

Irving Wallace
David Wallechinsky

ALMANAQUE de lo insólito

Explorando el tiempo *

Desastres y violencia *

La guerra *

3



grijalbo

Irving Wallace
David Wallechinsky

ALMANAQUE de lo insólito

Explorando el tiempo *
Desastres y violencia *
La guerra *

3



grijalbo

David Wallechinsky
Irving Wallace

Almanaque de lo insólito
Vol. 3

EDICIONES GRIJALBO, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - MEXICO, D. F.

Título original

THE PEOPLES ALMANAC

Traducido por

ESTHER RIPPA y M.^a CRISTINA RIVAROLA

de la 1.^a edición de Doubleday & Company, Inc., Nueva York, 1975

© 1974, DAVID WALLECHINSKY e IRVING WALLACE

© 1977, EDICIONES GRIJALBO, S. A.

Deu y Mata, 98, Barcelona – 14

Primera edición

Edición digital: Sargont (2017)

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

ISBN: 84-253-0915-8 (rústica)

Depósito Legal: B. 37835 – 1977

Impreso y encuadernado

en Printer, industria gráfica sa Tuset, 19 Barcelona

Sant Vicenç deis Horts 1977

ÍNDICE

I. Historia mundial — Explorando el tiempo

Testimonio de los acontecimientos relevantes de la historia mundial — Los fenicios inventan el alfabeto moderno — El siglo de Pericles — Sócrates condenado a muerte — Ministerio y crucifixión de Cristo — Las Cruzadas — América es bautizada — Lutero expone sus 95 tesis. Protestantismo — Publicación de la versión de la Biblia del rey Jacobo — Marx y Engels escriben el Manifiesto Comunista — Darwin publica su Origen de las especies — La primera persona en el diván, comienzo del psicoanálisis — Asesinato en Sarajevo — Mao y la Larga Marcha — Hiroshima y la bomba — El primer hombre en la Luna — Otros hechos notables de la historia mundial — Los descendientes de los amotinados del Bounty en la isla Pitcairn — La otra cara de algunos personajes históricos.

2. Desastres y violencia — Catástrofes naturales

La erupción del Vesubio — Los mayores terremotos de la historia — Desastres no naturales — Otros desastres: naturales y no naturales — Asesinatos extraordinarios — ¿Se descubrirá el asesino? — Asesinatos exitosos y fracasados — La lista de los diez fugitivos más buscados por el FBI.

3. La guerra

Famosas batallas de la historia: en aire, tierra y mar — Armas raras de los militares norteamericanos, de los cuerpos de camellos al Delfín — Pasando lista: el quién es quién de los mandamases militares — Cortes marciales de todo el mundo — Pequeños incidentes que provocaron grandes guerras — Orden internacional de espías — El espía de ocho ojos: la familia que entregó a Pearl Harbor.

1

Historia mundial. Explorando en el tiempo

Testimonios de los acontecimientos relevantes de la historia mundial

Los fenicios inventan el alfabeto moderno

Cuándo: Alrededor del año 1000 a.C.

Cómo: La mayor parte de las letras de nuestro alfabeto son simplificaciones de antiguos dibujos de animales u objetos. Una *Q* mayúscula, por ejemplo, representa a un mono. La *CH*, de la palabra acerca», se transformó *en H*. La *M* fue primero una lechuza y, después, «agua».

Pero vayamos al principio o lo más cerca de él que podamos llegar. Los historiadores coinciden generalmente en que nuestro alfabeto proviene de los antiguos jeroglíficos egipcios, conocidos como «escrituras sagradas» porque los usaron sacerdotes por primera vez hace más de 5.000 años. Los jeroglíficos eran simples dibujos grabados en piedra o escritos en papiros. Un pequeño círculo con un punto en el medio significaba a sol». Una figura mostrando dos brazos, uno sosteniendo un escudo y el otro una lanza, quería decir «batalla».

Cuando nuevas palabras entraron en el vocabulario se crearon otras figuras simbólicas; hasta que, finalmente, la escritura de algunos documentos llegó a ser más complicada que un programa de computadora moderna. Entonces, los egipcios comenzaron a combinar algunos dibujos para representar *sonidos* en lugar de cosas. Por ejemplo, en el lenguaje hablado la palabra egipcia que significaba «lapislázuli» era *khesteb*. No existía su representación, pero había un símbolo llamado *khesf* que significaba «detener» y un dibujo de un *teb*, o sea «cerdo». De este modo,

un dibujo combinado de un hombre sosteniendo un cerdo por la cola significaba *khesteb* o «lapislázuli».

Siglos después de la declinación de la cultura egipcia, el significado de los jeroglíficos descubiertos en Egipto desconcertó a los exploradores, hasta que, en 1799, un oficial del ejército napoleónico descubrió, cerca de la aldea de Rosetta, una piedra lisa, gruesa y negra cubierta con grabados y dividida en tres secciones diferentes. Una sección relataba una historia en griego; las otras dos estaban escritas con jeroglíficos y en demótico (jeroglíficos simplificados). El relato griego decía lo mismo que el egipcio, lo cual permitió a los eruditos descifrar los misteriosos grabados antiguos.

La escritura ideográfica presentaba una gran dificultad, ya que un mismo material se prestaba a diferentes interpretaciones cuando se leía. Una vieja historia cuenta cómo Darío el Grande, rey de los persas, dirigió su ejército contra las fuerzas escitas al norte del mar Negro, alrededor del año 512 a.C. Cuando los ejércitos estuvieron cerca uno de otro, un emisario enemigo trajo un mensaje a Darío. En lugar de dibujos grabados en piedra, el comandante enemigo le envió objetos reales: un ratón, una rana, un pájaro y algunas flechas.

Darío, entonces, convocó a sus oficiales.

—Hemos ganado —les dijo—. Estas flechas indican que el enemigo se rendirá. El ratón y la rana significan que nos dará su tierra y el agua. Y el pájaro, que sus ejércitos escapan ante nuestras legiones victoriosas.

Esa noche los escitas se precipitaron sobre los persas y los vencieron.

—Mi mensaje fue claro —dijo el general escita—. Decía que nunca escaparían a la muerte de nuestras flechas, a no ser que pudieran transformarse en pájaros y volar, o en ratones y cavar una madriguera, o en ranas y ocultarse en los pantanos.

Alrededor del año 1000 a.C., la escritura ideográfica se convirtió en algo complicado para el uso cotidiano, especialmente para los comerciantes.

El comercio no sólo fue activo para los mercaderes locales, sino también para quienes se encargaban de las exportaciones e importaciones entre las naciones que bordeaban el Mediterráneo. Los más importantes de estos últimos eran grupos semitas, llamados fenicios o caananitas, que venían de las tierras que ahora conocemos como el Líbano y Siria. Sabían

leer y escribir, eran creativos e intercambiaban mercancías y conocimientos con sus clientes, especialmente con los griegos.

Los animales, objetos y sonidos representados por los jeroglíficos egipcios no cubrían las necesidades de los fenicios, que precisaban utilizarlos en los registros, contratos de venta, recibos y otros documentos. En consecuencia, concibieron la idea del uso de símbolos que representarían sólo sonidos y que podrían ser combinados para formar palabras. Por ejemplo, la palabra semita *aleph*, que significaba «buey», se indicó con un simple trazado de la cabeza del animal. Pero en lugar de usar este croquis para decir «buey», eligieron para representarlo sólo el sonido de la primera letra de la palabra *aleph*, o sea la *A*. La palabra *beth*, que quería decir «casa», perdió ese significado y representó entonces el sonido de B, la primera letra de la palabra.

Otras palabras fenicias que provienen del lenguaje ideográfico son:

<u>Palabra</u>	<u>Sonido</u>	<u>Significado ideográfico</u>
Gimel o Gamal	G	Camello
Daleth	D	Puerta
He	H	Ventana
Vau	V	Gancho o uña
Zayin	Z	Balanza
Cheth	Ch	Cerca
Teth	Th	Ovillo de hilo
Yod	Y	Mano
Kaph	K	Palma de la mano
Lamed	L	Látigo (vara de la justicia)
Mem	M	Aguas
Nun	N	Pez
Sameth	S	Correo
'Ayin	A breve	Ojo
Pe	P	Boca
Tsade	Ts	Palo
Qoph	Q	Mono
Resh	R	Cabeza

Shin
Tau

Sh
T

Dientes
Marca o cruz

A partir de las dos primeras palabras, *aleph* y *beth*, este arreglo proporcionó 22 símbolos que representaban 22 sonidos diferentes. Las vocales no fueron representadas, excepto la *A* breve y posiblemente la *Y*.

Los griegos adoptaron el alfabeto fenicio porque lo encontraron más eficiente y útil que el antiguo sistema ideográfico, pero necesitaban vocales en su vocabulario. Entonces hicieron algunos cambios y agregados. Tomaron 19 letras fenicias y les agregaron vocales y otros caracteres hasta forjar un alfabeto de 24 letras. Entre los cambios, el *aleph* fenicio se convirtió en la *alfa* griega y *beth* en *beta*; y de la combinación de estas dos proviene la palabra *alfabeto*.

Los historiadores coinciden en que quizás este alfabeto llegó a los romanos a través de los misteriosos etruscos y que también aquéllos hicieron unos cuantos cambios, resultando 23 letras: *A, B, C, G, D, E, F, H, I, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, V, Y, X, Z*.

El alfabeto romano y la lengua latina se extendieron a otras naciones durante las conquistas de los Césares. En Inglaterra, sin embargo, los escribas normandos se encontraron con la necesidad de una nueva letra, la *W*. Se dice que agregaron a la letra *U* otra más y formaron una doble *U*, o doblaron la *V (W)*, que ya era usada como una *U*.

En el siglo XV se agregó la 26.^a letra al alfabeto. La *I*, cuando era usada al principio de algunas palabras, se oía como *dz* y gradualmente se convirtió en nuestra *J*.

Testimonio:

Herodoto, el historiador griego, dijo: «Los fenicios introdujeron en Grecia el conocimiento de las letras, por lo que me parece que los griegos fueron hasta ese momento ignorantes».

Plinio el Viejo, estadista y escritor romano, hizo algunas observaciones interesantes: «Siempre tuve la opinión de que las letras eran de origen asirio, pero otros escritores, Gillius por ejemplo, suponen que fueron inventadas por Mercurio en Egipto. Otros también creyeron que fueron

descubiertas por los sirios y que Cadmus trajo 16 letras de Fenicia a Grecia. Se dice que durante la Guerra de Troya, Palamedes le agregó 4 letras, *Th*, *X*, *Pb* y *Ch*. Simónides, el poeta lírico, añadió más tarde un número igual, *Z*, *E* larga, *Ps* y *O* larga; sonidos que han sido asimilados a nuestro alfabeto».

Por otro lado, Aristóteles es de la opinión de que había originalmente 18 letras, *A*, *B*, *G*, *D*, *E*, *Z*, *I*, *K*, *C*, *M*, *N*, *O*, *P*, *R*, *S*, *T*, *U*, *Ph*, y que 2, *Th* y *Ch* fueron introducidas por Epicarmio y no por Palamedes. Arístides dice que en Egipto un tal Menos inventó letras

1 5 años antes- del reinado de Phoroneus, el más antiguo de todos los reyes griegos, e intenta demostrarlo a través de testimonios allí existentes. Mientras tanto, Epígenes, un escritor de mucho prestigio, nos informa que los babilonios hicieron una serie de observaciones sobre las estrellas para un período de 720.000 años y las inscribieron en ladrillos cocidos. Berosus y Cristodemus hacen el período más corto y le dan 490.000 años. De esto se desprendería que las letras han sido usadas durante toda la eternidad. Los pelasgos fueron los primeros en introducirlas en Lacio, un antiguo país de Italia central.

El doctor Isaac Taylor, canónigo de York, famoso erudito y autor de un trabajo en dos volúmenes, *La historia del alfabeto* (1899), escribió: «El arte de escribir puede ser llevado al alcance de la mano de todos solamente gracias a la simplicidad poderosa del alfabeto. Los ejemplos familiares de Egipto, Asiria y China son suficientes para probar que sin el alfabeto... la ciencia y la religión necesariamente se inclinan a permanecer en la propiedad exclusiva de una casta sacerdotal, se hace imposible cualquier cultura nacional extendida y difundida; la religión degenera en magia; aumenta el abismo que separa a los gobernantes de los gobernados y se hace más infranqueable; y el verdadero arte de escribir, en vez de ser el más efectivo de todos los medios del progreso, se convierte en uno de los más poderosos instrumentos por medio del cual las masas humanas pueden ser esclavizadas».

Desde el arte al alfabeto

Aleph «buey»	: A
Beth, «casa»	: B

Qoph, «mono»	: Q
Cheth, «cerca»	: H
Daleth, «puerta»	: D; también <i>delta</i>
Mem, «agua»	: M
Jeroglífico para «búho»:	M

El Siglo de Pericles

Cuándo: 457-430 a.C.

Cómo: Pericles fue el líder político de Atenas durante el apogeo del imperio ateniense. A pesar de que su nombre está a menudo asociado con la forma de gobierno conocida como democracia, el sistema que presidió fue a duras penas el «gobierno del pueblo», como el nombre lo sugiere. Sólo los ciudadanos atenienses —menos de un cuarto de la población adulta— tenían derechos políticos. Las mujeres, los esclavos y los extranjeros no eran ciudadanos. Y el mismo Pericles aprobó una medida limitando la ciudadanía a los que tenían ambos padres atenienses.

Inclusive, había entre los ciudadanos una rígida división de clase basada en la propiedad y en la renta. Sólo los más ricos podían ocupar altos cargos. Los ciudadanos que no eran propietarios sólo tenían derecho a votar y a ser miembros de los jurados.

Pericles era noble de nacimiento. Su madre era sobrina de Cleisthenes, un antiguo gobernante que había ayudado a proclamar la constitución ateniense; su padre, Xanthippus, fue un general de fortuna.

Aún siendo joven, Pericles fue conocido por sus modos reservados y por su astuto estilo oratorio. Hizo de esto una regla, de tal forma que nunca era visto en cenas o reuniones sociales porque, como observó Plutarco, «estas reuniones amistosas frustran rápidamente cualquier presumida superioridad. Es difícil mantener una solemnidad exterior dentro de una familiaridad íntima...». Para evitar al pueblo cualquier sensación de hastío y vulgaridad, Pericles solamente se presentaba ante él a intervalos.

Como muchos políticos de la clase dirigente, Pericles encontró conveniente asumir el rol de reformador. Según Plutarco, «él tomó partido por la mayoría pobre y no por los pocos ricos, contrariamente a su tendencia natural que estaba lejos de ser democrática. Pero temiendo más

ser visto como sospechoso de pretender un poder arbitrario y viendo a Cimón (el líder que intentaba reemplazar) del lado de la aristocracia..., se puso de parte del pueblo con vistas al mismo tiempo a afirmarse y procurarse recursos contra Cimón».

La carrera política de Pericles comenzó poco después de las guerras médicas, en las cuales los intentos de Persia de conquistar Grecia fueron rechazados bajo la jefatura de Atenas, ya que Esparta había negado su ayuda a las otras ciudades-estado.

El último gobierno había estado en manos del Consejo de los Areópagos, cuyos miembros provenían solamente de los estratos sociales más ricos. El jefe de estado era Cimón, el general que había conducido la lucha contra los persas. Su política exterior pretendía compartir el control de Grecia con Esparta: Atenas como ama del mar, Esparta como ama de la tierra. Cimón llevó tan lejos sus ideales que mandó una expedición a Messenia para ayudar a los espartanos a sofocar una revuelta de esclavos. Esto enfureció a los pobres de Atenas, que habían contado con obtener algún poder político después de los años de servicio cumplidos en la guerra contra Persia.

El partido opositor despojó de su poder al Consejo de los Areópagos, bajo la jefatura de Ephialtes, un demócrata auténtico, y de Pericles, y dispusieron el destierro de Cimón. Poco después Ephialtes fue asesinado misteriosamente. Un historiador contemporáneo, Idomenus, acusa a Pericles de esa muerte. El punto de vista más ampliamente aceptado fue que la aristocracia ateniense, encontrando a Pericles más aceptable, mató a su «aliado».

Bajo su gobierno, Atenas llegó a ser la más poderosa e influyente entre las ciudades-estado de Grecia. Ejerció su dirección a través de la Liga Delio, que era aparentemente una confederación de iguales pero, de hecho, un aparato por medio del cual Atenas obtuvo apoyo y tributos.

Siguió un período de grandes realizaciones culturales: Esquilo, Sófocles y Eurípides llevaron la tragedia clásica a la cumbre; fueron construidos el Partenón y otros magníficos edificios; florecieron las matemáticas, la astronomía y la medicina; y una reforma política clave —el pago de los servicios públicos— fue instituida. Pero el imperialismo y su concomitante,

la esclavitud, fueron minando el vigor de la sociedad ateniense y hasta estos grandes exponentes culturales del siglo de Pericles pueden ser considerados como respuestas a la corrupción de la economía esclavista.

Atenas había alcanzado la supremacía militar en el Mediterráneo gracias a su avance tecnológico; la difusión de los utensilios de hierro favoreció la construcción de los barcos más grandes y de las mejores armas. Las máquinas para obtener aceite de oliva y para triturar plata dieron excedentes exportables. La alfarería, el vino y los armamentos atenienses eran demandados en cualquier puerto donde sus barcos atracaban. Como la exportación de manufacturas era tan ventajosa, se presionó el incremento de la producción y se organizaron pequeñas fábricas, dividiendo el trabajo entre varias personas. Hasta entonces el artesano no abandonaba la construcción de un objeto, por ejemplo una marmita, hasta completar el trabajo. En una fábrica, en cambio, un hombre podía encender el horno, otro dar forma al objeto, un tercero pintarlo y así sucesivamente. Al dividir el trabajo en escalones simples, el maestro artesano fue reemplazado por esclavos. Se hicieron comunes durante el siglo de Pericles las fábricas que empleaban 150 más hombres. En las minas el número subió a 1.000. Disminuyeron los inventos debido a que el trabajo estaba basado en un sistema esclavista.

Era más barato usar 3 o 4 esclavos para una operación pesada que diseñar y construir una máquina para hacerlo. Y la existencia del trabajo esclavista no sólo determinó los ingresos que se derivaban del trabajo manual, sino también marcó el status social. El trabajo llegó a ser despreciado.

En competencia con el trabajo esclavista, los residentes extranjeros debilitaron el orden establecido. Fue lo que más tarde Aristóteles llamó «esclavitud limitada». En cuanto a los más pobres ciudadanos, usaron su poder electoral para presionar a Pericles para que estableciera un sistema que les proporcionara bienestar. Muchas de las reformas democráticas claves, como el pago de los impuestos judiciales, fueron intentos para lograr una condición un poco más privilegiada a los ciudadanos que no eran propietarios.

En el año 430 a.C., el último año del gobierno de Pericles, 20.000 ciudadanos (entre 1/3 y 1/2 de la totalidad de la población) fueron mantenidos por los gastos públicos. El dinero provenía en parte de otras ciudades-estado griegas y, además, de la expansión colonial. Como resultado de esta situación, los líderes políticos de los ciudadanos pobres se transformaron en defensores del imperialismo ateniense. Apoyaron a Pericles en su política de confrontación con Esparta, política que produjo la Guerra del Peloponeso y la declinación del poder ateniense.

Plutarco señaló la conexión entre la política expansionista extranjera de Pericles y el desarrollo interno del Estado: «El mandó un centenar de atenienses como colonos a Chersonesse, para que se dividieran la tierra echando suertes, y 500 más a la isla de Naxos y la mitad de ese número a Andros; un centenar a Tracia para vivir entre los Bisaltae, y otros a Italia... Y esto que hizo con facilidad y produjo la desaparición de los ociosos de la ciudad, esa activa multitud entrometida, y al mismo tiempo para satisfacer las necesidades y restaurar las fortunas de los pobres, y también controlar a los partidarios de cualquier tentativa de cambio, lo logró ubicando un puesto de vigilancia entre ellos.

»La construcción de los edificios públicos y templos fue lo que dio más goce y ornamento a la ciudad, y despertó la más grande admiración y hasta el asombro de los extranjeros. Y además es ahora la única evidencia de que el poder y la antigua riqueza de las que se jacta Grecia no son novela ni historia infundada. Sin embargo, ésta

fue de todas sus acciones de gobierno la que sus enemigos miraban con más recelo y sin motivo la criticaban en las asambleas populares, pregonando cómo la República de Atenas había perdido su reputación y era criticada en el extranjero por haber trasladado el tesoro común de los griegos desde la isla de Delos a su propia custodia; y cómo Pericles lo había hecho inaccesible, a pesar de que ellos usaron como excusa más corriente la de guardarlo en un lugar seguro; y cómo Grecia no pudo menos que tomarlo como una afrenta insufrible y considerarse tiranizada abiertamente, cuando vio que el tesoro que ella contribuyó a formar por necesidades de la guerra era prodigado caprichosamente en nuestra ciudad. Para embellecerla,

adornarla y exponerla como si fuera una mujer vanidosa, llenándola de piedras preciosas, figuras y templos que costaron un mundo de dinero.

»Pericles, por otro lado, informó al pueblo que ellos no estaban de ninguna manera obligados a dar ninguna cuenta de su dinero a los aliados, mientras ellos los defendieran y los mantuvieran alejados de los ataques de los bárbaros.»

El legado intelectual del siglo de Pericles fue tan democrático, en apariencia, como el de su política. Sus principales argumentos consistían en que Atenas era superior al resto de Grecia (y del mundo) y sería considerada como la escuela de la Hélade; que los esclavos eran seres humanos inferiores al hombre libre, y las mujeres a los hombres; que el término medio en todo, particularmente en las acciones sociales, era lo mejor.

Testimonio:

En el año 431 a.C., Pericles pronunció una famosa oración en honor de los atenienses que habían muerto en la lucha con Esparta durante el primer año de la Guerra del Peloponeso.

Presentó una versión de la democracia ateniense que es citada por Tucídides: «Nuestros antepasados son dignos de nuestras alabanzas y lo son más aún nuestros padres porque ellos aumentaron el patrimonio ancestral del imperio que hoy sostenemos nosotros y que entregaron, no sin trabajo, en las manos de nuestra generación. Mientras tanto, somos nosotros mismos, los que estamos ahora en la mitad de la vida, quienes consolidamos nuestro poder a lo largo de las más grandes partes del imperio y aseguramos la completa independencia de la ciudad tanto en la guerra como en la paz...

»Nuestro gobierno no es copia del de ninguno de nuestros vecinos; somos un ejemplo para ellos más que ellos para nosotros. Nuestra forma de gobierno es conocida como democracia, porque no está en manos de unos pocos, sino de muchos. Pero nuestras leyes aseguran justicia igualitaria para todos en los asuntos privados. Y nuestra opinión pública recibe y honra el talento en cada rama de la realización por su propia excelencia, más que por alguna razón particular...

»Abiertos y amistosos en la comunicación privada, en nuestros actos públicos nos mantenemos rigurosamente dentro del control de la ley. Somos respetuosos, obedientes a quien tiene la autoridad y a las leyes, especialmente a esas que ofrecen protección a los oprimidos y también a aquellas ordenanzas que, si bien no están escritas, su transgresión es censurada por nosotros más que por la ley.

»Sin embargo, la nuestra no es solamente una ciudad de trabajo. Ninguna otra ofrece tantas recreaciones al espíritu, concursos y sacrificios rituales a lo largo de todo el año, y belleza en nuestros edificios públicos para animar el corazón y deleitar los ojos día a día. Además, la ciudad es tan grande y poderosa que toda la riqueza del mundo confluye en ella, de modo que nuestros propios productos del Ático nos parecen tan caseros como los frutos de otras naciones.

»Somos amantes de la belleza sin extravagancia y del saber sin amaneramientos. La riqueza no es para nosotros un mero medio para vanagloriarnos, pero sí una oportunidad para realizar cosas. Haciendo el bien actuamos exactamente en forma opuesta al resto de la Humanidad. Ganamos amigos no aceptando favores, sino haciéndolos. Y así somos naturalmente más firmes en nuestras relaciones, porque estamos preocupados por fortalecer la unión con ellos mediante amabilidades. Si no nos respondieran sería porque sólo ofrecen sus servicios en pago de una deuda y no espontáneamente. Somos los únicos que beneficiamos al hombre, confiando audazmente en la libertad, más que calculando el interés individual.

»Nuestros colonizadores han encontrado un camino en cada mar y cada tierra, dejando constancias —ya sean benéficas o punitorias— de su colonización en toda la humanidad... Estos son los hombres que yacen aquí y ésta es la ciudad que los inspiró. Como sobrevivientes, nosotros podemos rezar por no haber sufrido esa amarga hora, pero no debemos desdeñar un encuentro menos audaz con el enemigo.

»Saquemos fuerzas, no simplemente de los argumentos repetidos —qué bello y noble es mostrar coraje en batalla—, sino del espectáculo animado de la vida de nuestra gran ciudad día por día, apasionándonos por ella cuando la vemos, y recordando que toda esta grandeza se la debe a hombres

con osadía de luchador, entendimiento de hombre sabio y autodisciplina de hombre bueno.»

Sócrates, condenado a muerte

Cuándo: 399 a.C.

Cómo: Sócrates era el hombre más sabio de Grecia, según dijo el oráculo de Delfos. Él fue, probablemente, el filósofo más grande de la época antigua. Nunca escribió una palabra sobre su vida e ideas. Lo hicieron su discípulo Platón, que lo secundaba en sabiduría, y Jenofonte.

Nació alrededor del año 469 a.C., hijo de un escultor y una partera. Sirvió en el ejército ateniense y combatió en tres campañas. Su busto en mármol se puede todavía ver en el Louvre. Era repulsivamente feo.

«Pero, ¿el exterior del hombre presenta al hombre que hay dentro? — pregunta W. Somerset Maugham—. La cara de un erudito o un santo puede ocultar un alma vulgar e insignificante. Sócrates, con su nariz achatada y sus ojos sobresalientes, sus labios gruesos y abultado vientre, parecía Sileno. Y estuvo lleno de sabiduría y de admirable templanza.»

Se casó con una mujer de lengua mordaz, Xantipa, que constantemente lo reñía por descuidar a su familia. Él tenía poca vanidad, excepto cuando consideró que podía perder peso con la danza. Era afecto a la bebida. Le disgustaban las posesiones, no así la compañía humana. No le apetecían ni los viajes ni el trabajo, pero le gustaba leer y enseñar. Andaba descalzo y siempre con la misma túnica raída.

Fue un «tábano» que enseñó en la plaza del mercado, a pesar que podía haber tenido una escuela. Aprendía de los demás, no leyendo, sino por medio de preguntas, en los exámenes rigurosos e ingeniosos a que sometía a sus compañeros.

Era característico: «Dime, Euthydemus, ¿has ido alguna vez a Delfos? ¿Observaste lo que está escrito en la pared del templo? “Conócete a ti mismo.” ¿No tuviste ningún pensamiento ante esta inscripción o hiciste caso de ella y trataste de examinarte y averiguar cuál es tu naturaleza?». »

Era ateo. Estaba lleno de dudas sobre las ciencias físicas. Le disgustaba tanto la democracia como la tiranía. Creía que una nación debía estar gobernada por aquellos que tenían conocimiento y habilidad, no por

hombres elegidos en una votación popular. Prefería más una vida austera y civilizada, a pesar de sus carencias, que vivir en contacto con la naturaleza. Creía en la lógica que conduce a la verdad y que a su vez provee al hombre de sistemas morales y éticos.

Cuando Sócrates sostenía, dice Will Durant, «que el bien no es el bien porque los dioses lo aprueben, sino que los dioses lo aprueban porque es el bien», estaba proponiendo una revolución filosófica insistiendo en que la bondad no era teológica o abstracta, era más bien terrenal y práctica.

Fue profunda su influencia entre sus contemporáneos y en los siglos posteriores. Su enseñanza, escribió Durant, con «su énfasis en la conciencia individual por sobre la ley, se convirtió en uno de los dogmas más importantes del cristianismo. A través de sus discípulos, la línea de su pensamiento llegó a ser sustancial para la mayoría de los filósofos de los 2 siglos siguientes».

Cuando Atenas perdió la Guerra del Peloponeso, los conservadores atenienses buscaron una víctima. Hacía ya largo tiempo que se habían disgustado con Sócrates porque había difundido entre los jóvenes tanto la incredulidad como el escepticismo hacia las instituciones tradicionales y la importancia de la familia.

Entonces determinaron librarse de él. Como existía una ley ateniense que decía que cualquier ciudadano podía acusar a su vecino de un crimen y llevarlo a juicio ante la Corte de los Helias, 3 enemigos de Sócrates se pusieron de acuerdo para acusarlo. Ellos eran Meleto, Licón y Anytus, cuyo hijo era discípulo de Sócrates. La acusación decía: «Sócrates es culpable de no creer en los dioses en los que la ciudad cree, y de introducir otras nuevas divinidades. Es también culpable de corromper a los jóvenes. La pena propuesta es la muerte».

Fue juzgado por un jurado de 501 ciudadanos varones, de más de 30 años. No eran abogados. Los acusadores pasaron uno después del otro y se dirigieron al jurado mediante un tiempo marcado por un reloj de agua.

Luego Sócrates se levantó en su propia defensa: «A la edad de más de 70 años, me encuentro por primera vez ante una corte de justicia, por lo tanto soy extranjero a la manera de hablar aquí».

Cuando continuó, dijo: «Si estoy corrompiendo a algunos jóvenes y ya lo he hecho con otros, algunos que ya son adultos y han venido a saber que cuando eran jóvenes recibieron malos consejos de mí, deberían aparecer ahora en la corte para acusarme y castigarme».

M. I. Finley escribió: «Sócrates hizo una zumbante presentación. No era un orador, pero sí un persuasivo y brillante conversador».

Por último, los jueces votaron. Cada uno echó su voto en una urna. El resultado final fue: culpable, 281 votos; 220, inocente. Ahora el jurado debía fijar el castigo. Meleto repitió su demanda de pena de muerte. Sócrates contestó sugiriendo que él votaba como pena uno de los más altos honores otorgados por el Estado, a saber, que lo mantuvieran por el resto de su vida en el Prytaneum a expensas públicas. Enfurecido por esta burla, el jurado votó en forma arrolladora la pena de muerte, 361 contra 140. Fue sentenciado a morir una semana después tomando un vaso de cicuta.

Testimonio:

Entre los que estuvieron con Sócrates en sus últimas horas —pasadas en la prisión griega de Phlius, 60 millas al este de Atenas— estaba Phaedo, un ex esclavo liberado por los amigos de Sócrates y su discípulo. Phaedo cuenta a Platón la siguiente escena en el momento en que el carcelero se aproximaba a Sócrates con la copa de cicuta: «Sócrates dijo: “Usted, mi buen amigo, que tiene experiencia en estas cuestiones, deme instrucciones sobre cómo tengo que proceder”.

»“Tiene sólo que caminar hasta que sus piernas estén pesadas y entonces échese y el veneno actuará.”

»Mientras decía esto, dio a Sócrates la copa, que tomó de la forma más sencilla, sin el más mínimo temor, sin cambiar de color o de expresión. Mirando al hombre francamente a los ojos, como era su manera, dijo: “¿Qué dice usted de beber un vaso en honor de algún dios?”.

»“Sólo preparamos lo que creímos necesario, Sócrates.”

»“Entiendo. Aún puedo y debo rezar a los dioses para que intercedan en mi trayecto desde este mundo al otro. Puede serme entonces concedida mi súplica.”

»Llevando luego la copa a sus labios, sin esfuerzo y de buen humor, tomó el veneno.

»Hasta ese momento la mayoría había podido controlar la pena. Pero ahora, cuando lo vimos bebiendo y vimos también que había terminado el trago, no pudimos controlarnos más. A pesar mío, mis lágrimas comenzaron a fluir rápidamente.

»Sócrates fue el único que mantuvo la calma.

»“¿Qué es ese extraño grito?”, preguntó. “Mandé las mujeres lejos principalmente para que no pudieran ofender este camino porque se me dijo que un hombre debería morir en paz. Estén tranquilos, entonces, y tengan paciencia.”

»Caminó hasta que, según dijo, sus piernas comenzaron a flaquear. Entonces se echó de espaldas, de acuerdo a las instrucciones.

»El hombre que le había dado el veneno miraba sus pies y manos permanentemente. Después de un rato, le apretó con fuerza el pie y le preguntó si lo sentía. Sócrates respondió que no. Luego tocó su pierna y más arriba y más arriba, mostrándonos que estaba frío y rígido.

»Dijo entonces: “Cuando el veneno llegue al corazón, será el fin”.

»El frío le estaba llegando a la ingle cuando descubrió su cara, que había tapado antes, y dijo: “Crito, debo un gallo a Asclepius. ¿Te acordarás de saldar la deuda?”.

»Fueron sus últimas palabras.

»“Sí, lo haré —dijo Crito—. ¿Quiere algo más?”

»No hubo respuesta para esa pregunta. Pero en uno o dos minutos se percibió un movimiento. Los acompañantes lo descubrieron. Su boca estaba rígida. Crito se la cerró junto con los ojos.»

Ministerio y crucifixión de Jesucristo

Cuándo: 27-30 a.C.

Cómo: ¿Revolucionario, fanático religioso o mesías? Cada uno de estos términos han sido aplicados a través de los siglos a Jesús de Nazareth. Un hombre que, en el breve plazo de 3 años —algunos entendidos lo hacen más corto—, creó un alboroto religioso que le costó su vida y hasta cambió la historia.

Ninguna información fidedigna sobre su infancia, adolescencia o temprana madurez puede encontrarse, a pesar que el año 4 d.C. es considerado la fecha de su nacimiento. Hasta esto es confuso debido a que el calendario sufrió más tarde una adaptación.

Jesús no escribió nada durante su vida que haya perdurado, y estamos forzados a confiar sólo en los Evangelios de San Mateo, San Lucas y San Juan, todos escritos algunos años después, cuando la conmoción se había calmado, entre los años 65 y 125 d.C. Estos, desafortunadamente, no pueden ser considerados estrictamente biográficos en su contenido, ya que su mensaje se convirtió en más importante que el hombre para los escritores. Y hay alguna evidencia de que ellos tomaron el ejemplo de su maestro, quien, en un pasaje del Evangelio de Marcos, les aconseja «no contar nada sobre mí». Lo que permite suponer que Jesús estaba más interesado en crear una imagen espiritual que física.

Como muchos otros judíos, él cayó bajo la influencia de Juan Bautista, un asceta de mirada penetrante que recorrió las tierras de Galilea y las riberas del río Jordán, predicando el próximo Juicio Final y la necesidad de arrepentirse antes de que ese día llegara.

En el año 28 d.C., Jesús dejó la tranquila vida de Nazareth y se encontró con las multitudes que se habían reunido en el Jordán para ver a Juan. Allí recibió de él el bautismo y cuando salió del agua, vivió una experiencia religiosa profunda en la que escuchó la voz de Dios proclamándolo Su Hijo (Marcos 1:9-11).

Luego pasó 40 días y 40 noches recorriendo y ayunando en el desierto y durante este tiempo fue gravemente tentado por Satán, pero resistió (Lucas 4:1-13). Cuando regresó de esta prueba, comenzó a enseñar con fervor.

Con el tiempo, Juan Bautista se enredó con las autoridades, es decir, con el rey Herodes, y fue hecho prisionero y asesinado. Jesús quedó solo; donde Juan había predicado un futuro de fuego y azufre, él tomó una línea más blanda poniendo de relieve la dulzura, la gracia y la misericordia de Dios. Una o dos veces en su vida, pareció aceptar el infierno eterno para los no creyentes, pero estos ejemplos son raros.

Llevó sus enseñanzas desde el desierto a las sinagogas y a las calles de la ciudad. Tenía un magnetismo que atraía a la gente y enseñaba por medio

de parábolas —simples historias en cuya interpretación era casi imposible equivocarse.

Jesús se diferenció de Juan Bautista en otra cosa. Mientras el segundo vivía como un asceta, subsistiendo gracias a langostas secas y miel y vistiendo pieles de animales, Jesús era gregario y fácilmente se contactó con grupos de todos los niveles sociales. En efecto, su primer milagro lo realizó en una boda donde los huéspedes habían acabado el vino.

Jesús dijo: «Llenen las tinajas de agua». Y cuando el agua fue probada, la gente se sorprendió al descubrir que era vino.

No estaba en contra de relacionarse con hombres ricos en los banquetes ni desdeñaba la compañía de taberneros y pecadores, pero estaba más que nada dedicado a los pobres y los humildes, y basó sus principios en ellos.

El pueblo se reunía en torno a él. Su mensaje era simple; su modo de expresarse, directo. Se convirtió rápidamente en un elemento perturbador en la sociedad. Claro que debe entenderse que la atmósfera de Jerusalén era propicia. Los judíos estaban preparados para cierta «llegada», pero no estaban preparados para recibir a Jesús. Los romanos, que a la sazón constituían el gobierno de ocupación, estaban intranquilos por la inestabilidad creciente del pueblo.

A pesar de que los invasores romanos no estaban considerados como opresores, se daba la oposición de dos sistemas ampliamente diferentes. Para ellos el Estado era lo primero que consideraban; mientras, para los judíos, Dios y los aspectos espirituales de la vida eran más importantes. Además, los judíos estaban fragmentados en grupos seculares de diferentes grados de ortodoxia. En conclusión, la escena era caótica.

Primeramente Jesús fue visto más como un mesías político que espiritual. La multitud lo aclamaba como el Rey de Israel, que había sido enviado para derrocar a los romanos y llevar a la cumbre a Judea. Esta opinión cambió, sin embargo, cuando comenzó a atacar algunas leyes judías y violentamente a los fariseos, que eran sus defensores. Luego se convencieron aún más de que él era, en verdad, el Mesías, y cuando abiertamente lo proclamó, su suerte ya estaba echada.

La aprensión de sus adversarios creció porque su reputación se difundió gracias a los milagros y curas que realizaba. Una cosa fue tornar el agua en

vino, pero algo más fue resucitar a Lázaro. Rápidamente se hizo evidente tanto para los romanos como para el Sanhedrín, el más alto consejo eclesiástico judío, que debían llegar a un acuerdo con este hombre.

«Si le permitimos seguir de este modo, todos creerán en él y los romanos vendrán y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación» (Juan 11: 48). Y el sumo sacerdote continúa: «Ustedes no conocen nada. No entienden que es conveniente que un hombre muera por el pueblo, y que toda la nación no se eche a perder» (Juan 11: 49-53).

Desde esta época, el Sanhedrín trabajó para acabar con él de una manera legal. En febrero del año 30 d.C., se dio a conocer el aviso de que quien conociera su paradero debería notificarlo a las autoridades para poderlo aprehender. Pero él decidió que el período de Pascua sería el más apropiado para el final que le estaba reservado y permaneció retirado. Una semana antes de esta fecha inició su retorno a Jerusalén y en este camino dirigió su marcha a la cima del Monte de los Olivos. Se encontró con una multitud de peregrinos que lo escoltaron en una solemne procesión, esperando que interviniera a su favor en política.

Cuando llegó a la ciudad, pasó varios días predicando y curando personas en el templo, pero no fue arrestado inmediatamente porque las autoridades querían evitar un incidente mayor. En lugar de esto, urdieron una forma de aprehenderlo silenciosamente. Fue en este momento que Judas Iscariote ofreció sus servicios por 30 monedas de plata.

Jesús y sus discípulos se reunieron para celebrar la cena de Pascua, en la casa de un amigo en Jerusalén.

Estaba enterado que uno de los discípulos presentes lo había traicionado y abiertamente acusó a Judas durante el transcurso de la noche. Estaba aparentemente conforme con lo que él sabía que debía ocurrir, pero ansioso porque pasara de acuerdo a lo que pensaba.

Cuando la cena terminó, Él y sus seguidores salieron de la ciudad hacia el Huerto de Getsemaní, donde se escondieron para evitar que lo arrestaran en forma inmediata. Pero un destacamento de soldados del templo lo encontró; y cuando Judas, besándole una mejilla, lo identificó, fue arrestado y llevado nuevamente a la ciudad para su juicio.

Estaba todavía oscuro cuando se presentó ante Caifás. Los judíos estaban tan ansiosos de iniciar el juicio que ya habían escuchado declaraciones contra Jesús.

Cuando Caifás le preguntó: «¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios?».

Se dice que Jesús dijo: «Sí, lo soy». Esto fue justo lo que necesitaban. Se reunieron nuevamente en la mañana y pronunciaron un veredicto que lo encontraba culpable de blasfemia, en aquel momento un delito capital.

Sin embargo, había un problema. El pronunciamiento de una sentencia de este tipo no era privativo de la autoridad del Sanhedrín desde que el procurador romano, Pondo Pilatos, era la máxima autoridad en la ciudad. Este hombre tenía fama de ser duro, pero no estaba convencido de que lo hecho por Jesús justificara tan severa sentencia, y tampoco estaba preocupado de que ésta se cumpliera. No obstante, el Sanhedrín lo presionó políticamente y finalmente devolvió el reo a sus perseguidores diciendo: «No encuentro en él ninguna falta».

Testimonio:

Como era costumbre, estas ejecuciones ordenadas por el Estado eran públicas. En ésta hubo un incalculable número de personas, pero se escribió muy poco en forma de relato testimonial, por lo que debemos nuevamente retornar a los Evangelios. Esta vez al de Juan, quien, dicen, fue testigo del espectáculo:

«Luego Pilatos trajo a Jesús y lo azotó. Y los soldados trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en su cabeza. Y lo ataviaron con una túnica púrpura y lo empujaron. Después dijeron: “¡Salve, Rey de los Judíos!”.

»Y Pilatos salió de nuevo, diciendo: “Miren, lo he traído ante ustedes. Deben saber que no lo encuentro criminal”.

»Jesús entonces salió portando la corona y su túnica y Pilatos agregó: “¡Este es el hombre!”.

»“¡Crucifiquenlo! ¡Crucifiquenlo!”, gritaron los sumos sacerdotes y los oficiales cuando lo vieron.

»Por consiguiente agarraron a Jesús, quien salió llevando la cruz sin ayuda hasta el sitio llamado Lugar de la Calavera (en hebreo, Gólgota), donde lo crucificaron junto a otros dos, El en el centro y uno a cada lado. Pilatos redactó esta inscripción: “Jesús de Nazareth, Rey de los Judíos”, que luego colocó en la cruz.

»Después de la crucifixión, los soldados tomaron su túnica y la rompieron en 4 partes, una para cada uno; y también quisieron hacerlo con el manto, pero como era de una sola pieza tejida y sin costuras, pensaron que era mejor no rasgarlo y echarlo a suerte para ver a quién le tocaba. Con esto se cumplían las Escrituras: “Ellos repartirán mis vestidos entre sí y los echarán a suerte”. Y así fue.

»Jesús, sabiendo que todo estaba ahora terminado, que la Escritura debía ser llevada a cabo, dijo: “Tengo sed”.

»Había allí una vasija llena de vinagre; entonces embebieron una esponja y con un hisopo la llevaron hasta su boca.

»“Está terminado”, dijo después de probarlo. Inclino su cabeza y murió.»

Las Cruzadas

Cuándo: 1095-1272.

Cómo: La palabra *millennium* significa mil años. Proviene de dos palabras latinas: *mille*, que quiere decir mil, y *annus*, año.

Muchos cristianos devotos creían que llegaría el fin del mundo en el año 1000 y, entonces, *millennium* comenzó a significar un cambio repentino para un mundo mejor. Había por esa época mucha miseria en Europa y este proyecto del «milenio» ayudó a muchos a olvidar sus problemas. Vendieron sus tierras y viajaron a Palestina para estar presentes en Tierra Santa cuando llegara el fin.

Pero el final no llegó y los miles de peregrinos que se habían trasladado fueron maltratados y hostigados por los turcos. Regresaron a Europa llenos de cólera e indignación, y esparcieron la historia de sus sufrimientos en ese lugar. Especialmente Pedro el Ermitaño, un peregrino famoso, que con una vara en la mano predicó al pueblo que debían rescatar la Ciudad Santa de Jerusalén de manos de los musulmanes.

Indignación y entusiasmo crecieron en la Cristiandad y, viendo esto, el Papa decidió dirigir el movimiento.

Por esta época había llegado de Constantinopla un pedido de ayuda contra los infieles. Todo el mundo cristiano, tanto Roma como Grecia, pareció ahora estar unido en contra de los vecinos turcos.

El poder naciente del Seljuk turco espantó a Europa, y especialmente al gobierno de Constantinopla, que estaba directamente amenazado. Historias del mal trato que daban los turcos a los peregrinos cristianos excitaban a los europeos y los llenaban de ira.

En el año 1095 un gran consejo de la Iglesia decidió proclamar una guerra santa contra los musulmanes para recobrar Jerusalén. De este modo comenzaron las Cruzadas, la lucha de la Cristiandad contra el Islam, de la Cruz contra la Media Luna. El Papa y la Iglesia ordenaron a todos los cristianos de Europa participar en este rescate.

Comenzaron en ese año y por más de 150 siguió la disputa entre cristianos e islamitas. Hubo un casi continuo estado de guerra y, en oleadas sucesivas, los cruzados fueron a luchar y la mayoría a morir en esas tierras.

Esta larga guerra no produjo resultados sustanciales para los occidentales. Por un corto tiempo Jerusalén estuvo en sus manos, pero luego volvió a las de los turcos y así permaneció. La principal consecuencia fue traer muerte y miseria a millones de hombres y cubrir con sangre Palestina y Asia Menor.

En Europa, las Cruzadas acrecentaron la idea de cristiandad. Se puso de manifiesto la oposición entre las tierras cristianas y las no cristianas. Europa tenía una idea común y un propósito: la recuperación de Tierra Santa de la mano de los llamados infieles.

Este propósito llenó a la gente de entusiasmo y muchos hombres abandonaron sus hogares y propiedades con motivo de esta gran causa. Muchos fueron con nobles ideas. Otros atraídos por la promesa del Pontífice de que todos los cruzados obtendrían el perdón de sus pecados.

Hubo también otras razones. Roma quería entonces, y lo había querido siempre, llegar a ser el amo de Constantinopla. Recordemos que la Iglesia de Constantinopla era diferente de la romana. Se llamaba Iglesia Ortodoxa y lo que disgustaba profundamente a los romanos era que considerara al

Papa un advenedizo. Este quería poner fin a esa fantasía y reintegrarlos a su grey. Bajo esta guerra encubría lo que había decidido obtener hacía largo tiempo. ¡Así piensan los políticos y los que se consideran estadistas!

La comercial fue otra razón para la concreción de este proyecto. Los mercaderes, especialmente los de los puertos florecientes de Venecia y Génova, lo apoyaron porque el tráfico había disminuido. El Seljuk turco había cerrado muchas de las rutas comerciales del este.

La gente común, por supuesto, no conocía ninguna de estas razones. Nadie se preocupó por decírselas. Los políticos usualmente esconden sus verdaderas ideas y hablan ampulosamente de religión, justicia, verdad y cosas así. Lo hacían en esa época, y todavía lo hacen. El pueblo participaba entonces; y aún ahora el lenguaje oportunista de los políticos convence a la gran mayoría.

Se reunieron grandes cantidades de hombres; entre ellos había personas buenas y sinceras, pero había muchas que estaban muy lejos de serlo y sólo iban atraídas por la posibilidad de saqueos. Era una mezcla de hombres piadosos y de los más ruines del pueblo, capaces de cualquier clase de crímenes.

En verdad, los cruzados o muchos de ellos, yendo a servir lo que era para ellos una causa noble, cometieron el más vil y repugnante de los crímenes. Muchos estuvieron tan ocupados con los saqueos y las malas acciones que nunca llegaron cerca de Palestina. Algunos asesinaron judíos en el camino; otros a los mismos cristianos.

Algunas veces los campesinos de los países cristianos que atravesaban, hastiados de su mala conducta, aparecían y los atacaban, matando a algunos y ahuyentando a otros.

Los cristianos, bajo el mando de un normando, Godofredo de Bouillon, lograron por último alcanzar Palestina. Cuando Jerusalén cayó en sus manos, la matanza se prolongó durante una semana. La masacre fue terrible. Un testigo francés dijo que «debajo del pórtico de la mezquita, la sangre llegaba hasta las rodillas y alcanzaba las bridas de los caballos».

Godofredo se convirtió en rey de Jerusalén.

Setenta años después, la ciudad les fue arrebatada a los cristianos por Saladino, sultán de Egipto. Esto excitó de nuevo a los europeos y provocó

varias cruzadas más.

Los reyes y emperadores acudieron personalmente en esta época, pero no tuvieron éxito. Riñeron entre ellos por la supremacía y sintieron celos unos de otros.

Esta es la lúgubre historia de una guerra cruel y espantosa, de intriga mezquina y crimen sórdido. Pero algunas veces lo mejor de la naturaleza humana prevalece sobre el horror y es así que se dan acontecimientos donde los enemigos se conducen con cortesía y caballerosidad. Entre los reyes extranjeros en Palestina estaba Ricardo de Inglaterra, Corazón de León, notable por su fuerza física y su coraje. Saladino era también un gran luchador, famoso por su caballerosidad y hasta los cruzados que lucharon con él apreciaron esta cualidad. Cuenta una historia que una vez Ricardo estaba muy enfermo y tenía fiebre. Saladino, al escuchar esta noticia, dispuso enviarle nieve y hielo de las montañas. El hielo no se fabricaba por congelamiento, como hacemos ahora. La nieve natural y el hielo debían ser sacados de la montaña por mensajeros veloces.

Un grupo de cruzados fue hasta Constantinopla y la tomaron. Echaron al emperador griego del Imperio Oriental, estableciendo un reino latino y la Iglesia romana. Aquí también hubo terribles masacres y hasta la propia ciudad fue quemada en parte por ellos. Pero este gobierno no duró porque los griegos, aun débiles como estaban, retornaron y los echaron sólo después de 50 años. Este imperio se prolongó por 200 años más, hasta 1453, cuando los turcos le pusieron definitivamente fin.

La posesión de estas tierras sacó a relucir el deseo de la Iglesia y del Pontífice de extender allí su influencia. Pero aunque los griegos de esta ciudad, en un momento de pánico, acudieron a Roma para buscar ayuda contra los turcos, ellos no ayudaron mucho a los cruzados y llegaron a disgustarlos enormemente.

La más terrible de estas Cruzadas fue la llamada Cruzada de los Niños. Gran número de muchachos, la mayoría franceses y algunos alemanes, dejó en un clima de excitación sus hogares y decidió ir a Palestina. Muchos murieron en el camino, otros se perdieron. Muchos llegaron a Marsella y los pobres fueron engañados y su entusiasmo fue aprovechado por los

bribones, ya que, con el pretexto de llevarlos a Tierra Santa, los tratantes de esclavos los vendieron a Egipto.

Los enemigos de Ricardo de Inglaterra lo capturaron en el este de Europa a su regreso de Palestina y hubo que pagar un fuerte rescate por su libertad. Ocurrió lo mismo con un rey de Francia en Palestina. Y, en un río de ese lugar, ahogaron a Federico Barbarroja, emperador del Sacro Imperio Romano.

A medida que el tiempo pasaba, el encanto de la aventura desaparecía. La gente se hastió. Y cuando Jerusalén retornó a manos musulmanas, los reyes y los europeos perdieron el interés en gastar más vidas y dinero para recobrarla. Desde entonces, y por aproximadamente 700 años, continuó bajo ese dominio. Fue sólo recientemente, durante la primera Guerra Mundial, que les fue arrebatada por un general inglés.

Testimonio:

Durante la primera Cruzada, mientras los cristianos pusieron sitio a la ciudad turca de Antioquía antes de dirigirse a Jerusalén, un soldado rico y noble llamado conde Esteban de Blois (quien más tarde desertó y por una eventualidad fue muerto en batalla) escribió a su esposa Adela, en una carta fechada el 29 de marzo de 1099:

«Encontramos la ciudad de Antioquía muy extensa, fortificada con la mayor solidez y casi imposible de ser tomada. Además, más de 5.000 valientes soldados turcos habían penetrado en ella, sin contar los sarracenos, árabes, sirios, armenios, publicanos y de otras diferentes razas, se le ha unido una infinita cantidad de hombres.

»Hemos soportado algunos sufrimientos e innumerables privaciones hasta este momento, luchando contra estos enemigos nuestros y de Dios. Algunos, además, ya han agotado sus fuerzas en la más sagrada empresa. Realmente muchos de nuestros franceses encontrarán la muerte por inanición, si la gracia de Dios y nuestro dinero no van a socorrerlos.

»Establecidos ante esta ciudad a lo largo de todo el invierno, sufrimos por Cristo un frío excesivo y lluvias torrenciales. No es cierto lo que dicen algunos sobre la imposibilidad de soportar el calor del sol en Siria, el invierno es muy similar al nuestro.

»Me encantaría decirte, querida, qué nos pasó durante la Cuaresma... La ciudad de Antioquía está a casi 5 leguas del mar y allí fueron enviados los excelentes Bohemond y Raymond, conde de St. Gilies, con sólo 60 jinetes y con la orden de traer marineros para ayudar en el trabajo. Mientras retornaban con los hombres, los turcos reunieron su ejército, cayeron de repente sobre nuestros dos jefes y los forzaron a participar en una peligrosa lucha.

»En este inesperado ataque perdimos más de 500 hombres de nuestra infantería, por la gloria de Dios, pero con seguridad sólo perdimos dos de nuestros jinetes.

»Nuestros hombres, llenos de furia ante estas noticias funestas, se prepararon a morir por Cristo, lamentándose profundamente por sus hermanos. Se abalanzaron contra los turcos y ellos escaparon apresuradamente intentando entrar a la ciudad. Pero gracias al Señor cambió la situación. Cuando trataron de cruzar el puente sobre el gran río Moscholum, los seguimos lo más cerca posible, matamos muchos antes que lo alcanzaran, empujamos otros al agua y murieron todos. También quitamos la vida a algunos sobre el puente y muchos más en la angosta entrada.

»Te estoy contando la verdad, mi amada, y debes estar segura de que en esta batalla matamos 30 emires, o sea príncipes, y otros 300 nobles turcos, sin contar las reservas y los paganos. En verdad el número de turcos y sarracenos muertos es calculado en 1230. Nosotros no perdimos ni un solo hombre.»

América es bautizada

Cuándo: 1507.

Cómo: Como Cristóbal Colón es el más afamado entre aquellos que se asegura han descubierto el Nuevo Mundo, hubiera sido lógico que la tierra se llamara Colombiana. En cambio, por el error de un cartógrafo y porque Colón negó creer que había encontrado un continente desconocido, la tierra se llamó América.

Hasta el día de su muerte, en 1506, Colón persistió en la idea de que había atracado en una zona inexplorada del este de Asia.

Mientras tanto, Américo Vespucio —que más tarde tomó el nombre latino de Americus Vespucius—, comerciante y astrónomo florentino que se convirtió en aventurero y navegante, hizo 4 viajes al hemisferio oriental. El primero, una expedición privada española en 1497, los otros en 1499, 1500 y 1503; todos eran a la tierra conocida como Sudamérica. Fue el primero en darse cuenta de que era una tierra desconocida por los europeos y sugirió llamarla *Mundus Novus*, Nuevo Mundo.

Vespucio nunca propuso llamarla con su nombre. Esto provino de una cadena de circunstancias insólitas. Mientras estuvo afuera, él escribió numerosas cartas a sus amigos contándoles lo que veía. Aparentemente un autor ignorante leyó algo de ellas, las transcribió y las publicó con el nombre de *Cuatro viajes*, atribuyéndoselas a Vespucio. Pero se comprobó rápidamente que eran falsas.

Con todo, dos estudiantes, durante el siglo XVIII, localizaron en Florencia dos cartas auténticas, una para su patrón, el notable italiano Lorenzo de Médici, y la otra para un viejo condiscípulo, Pedro Sodorini.

A pesar de todo, fue una de las cartas falsificadas la que inspiró el nombre de Nuevo Mundo. Esta había sido publicada por la Academia de Vosges en Lorraine durante el mes de abril de 1507. La leyó un joven cartógrafo alemán, profesor Martín Waldseemüller, que estaba preparando en la academia con cuatro estudiantes una versión de la Geografía de Ptolomeo. Waldseemüller la incluyó en su libro, *Cosmographiae introductio*, agregando lo siguiente:

«Pero ahora, después que estas zonas han sido extensamente exploradas, una cuarta ha sido descubierta por Americus Vespucius (como se deduce de lo que sigue), y no encuentro razón en no llamarla Amérigo por Americus, su descubridor, o por lo menos América, basándonos en Europa y Asia que tienen nombres con formas femeninas.»

El mapa del Nuevo Mundo fue publicado por separado y en el lugar donde está ahora Brasil escribieron valientemente «América».

En los últimos escritos y mapas, Waldseemüller suprimió el nombre y usó el de Tierra Desconocida porque, enterado de la participación de Colón, había decidido darle crédito. Pero para ese entonces su libro había sido varias veces editado y se había popularizado su primitiva sugerencia de que

la tierra debía ser llamada Amérigo o Americus. Además, Mercator la había hecho oficial llamando así al hemisferio oriental completo.

Vespucio había muerto en Sevilla en 1512 a la edad de 61 años, ignorando su inmortalidad accidental. A pesar de todo, en los años posteriores fue acusado de fraude y de usurpador del mérito de Colón.

En efecto, el ensayista Ralph Waldo Emerson escribió: «¡Es extraño que la inmensa América tenga que llevar el nombre de un ladrón! Amérigo Vespucci, el bandido comerciante de Sevilla, quien salió en 1499 como subalterno y cuyo mayor rango naval fue el de segundo de un contramaestre en una expedición que nunca se hizo a la vela, se las ingenió en este mundo mentiroso para suplantar a Colón y bautizar la mitad del mundo con su nombre deshonesto».

Pero Vespucio, que había participado realmente en la expedición de 1499, no hizo realmente lo que se le imputa; por el contrario, no tuvo más que elogios y amistad hacia Colón, quien lo consideraba un hombre muy digno.

Testimonio:

Aquí está lo que Vespucio vio del Nuevo Mundo, como lo escribió en una carta auténtica a Lorenzo de Médici en 1502: «Navegamos con un viento a un medio punto del sudeste del Cabo Verde, tal que en 64 días llegamos a una nueva tierra que, por muchas razones que están enumeradas en el párrafo siguiente, vimos que era un continente.

»Encontramos toda la zona habitada por gente enteramente desnuda... Por 27 días dormí y comí con ellos, y lo que aprendí sobre ellos aquí lo escribo: Viven de acuerdo a la naturaleza, sin leyes ni fe religiosa. No comprenden la inmortalidad del alma. No existe la propiedad privada, todo es compartido. No dividen sus tierras en reinos o provincias. No tienen rey y por lo tanto no obedecen a nadie. Cada uno es su propio dueño. No se administra justicia, que es innecesaria para ellos, porque en su código nadie gobierna. Viven en viviendas comunales, construidas a la manera de cabañas. Duermen sin mantas en redes tejidas de algodón y suspendidas en el aire. Comen en cuclillas sobre el piso. Su comida es muy buena; una

interminable cantidad de pescado, abundancia de cerezas amargas, camarones, ostras, langostas, cangrejos y muchos otros productos del mar. La carne que comen la llamo carne humana “á la mode”. Pero también comen otra carne cuando pueden obtenerla... el país es una espesa jungla llena de bestias salvajes y feroces.

»Sus casamientos no son con una sola mujer, sino que se acoplan con las que desean y sin ceremonia. Conozco un hombre que tiene 10 mujeres.

»Hay también guerreros... usan arcos y flechas, dardos y piedras. No usan escudo para protegerse el cuerpo y van a luchar desnudos... Lo que me sorprende más de sus guerras y crueldad es por qué se pelean entre ellos, considerando que no tienen propiedad privada o soberanía de imperio y reinos, y no conocen nada semejante a la codicia de la posesión o, lo que es lo mismo, el pillaje o el deseo de gobernar, que parecen ser las causas de guerras y de todo acto de discordia.»

Lutero expone sus 95 tesis. Protestantismo

Cuándo: 31 de octubre de 1517.

Cómo: La puerta de la iglesia del castillo en Wittenberg servía como una especie de tablón de anuncios y ahora llamaba a un debate sobre un tema de cierta importancia teológica: «Aquellos que no puedan estar presentes y discutir oralmente el tema, pueden hacerlo por carta». Martín Lutero envió entonces sus 95 tesis, cuya exposición en sí misma significó muy poco.

Claro, la cuestión parecía bastante académica, una disputa dentro de la familia católica romana que debía ser resuelta de manera tradicional: la jerarquía eclesiástica podía ignorar a Lutero o ejecutarlo como hereje. Había precedentes en cualquiera de las dos formas de acción, y por cierto el comportamiento de algún oscuro monje agustino no iba a perturbar la ecuanimidad del poderoso León X, pontífice de la Iglesia Católica Romana.

A despecho del desafío de individuos como John Wycliffe y John Huss, y de diferentes tendencias políticas e intelectuales como el nacionalismo y el neoclasicismo, la Iglesia Romana entró en el siglo XVI como una «Iglesia Católica», la fuerza más poderosamente unificada de la cultura occidental.

Pero no podía haber dudas, sin embargo, de que era un fértil semillero para las revueltas internas, agregado a los desafíos de la Iglesia Ortodoxa dirigida por católicos disidentes.

Había un tremendo malestar social y económico en el momento en que el orden feudal desaparecía y comenzaba a reemplazarlo el capitalismo y la sociedad urbanizada.

Lutero utilizó estos sentimientos de descontento como plataforma para lo que el mundo llamaría más tarde la Reforma.

Era de hecho un reformador, no un revolucionario. Estaba adaptado al sistema, pero por razones personales y psicológicas no podía guardar silencio frente a lo que consideraba ser una gran irreligiosidad por parte de la Iglesia. Fue la mezcla de su propia posición teológica con la falta de habilidad de la Iglesia para reprimir sus prácticas la que creó el cisma en las filas cristianas entre los protestantes y los católicos.

Lutero abandonó la intención de seguir la carrera de las leyes y retornó en cambio a la iglesia. Se convirtió en monje agustino y, en 1512, fue nombrado profesor de estudios bíblicos en la Universidad de Wittenberg. Se sumergió en el estudio de las Escrituras, llevado por un profundo temor de su propia condenación y por una gran inquietud por el destino de sus feligreses (era también sacerdote de una parroquia en Wittenberg).

Quería saber exactamente qué era lo que pedía Dios a cambio de la gracia de la salvación. ¿Esperaba El que la gente nunca pecara? Eso, por supuesto, no era posible desde que Adán pecó en el Paraíso. Pero la falta de amor a Dios podía producir una corrupción humana inimaginable.

¿Estaba Dios satisfecho con las confesiones, buenas acciones y otros actos de expiación prescritos por la Iglesia Católica?

Cuando novicio, en el monasterio agustino de Erfurt, Lutero exasperó a su confesor recitando las más triviales perversidades en sesiones que llegaron a durar 6 horas. Finalmente se convenció de que ninguna persona podía recordar todos sus pecados, y mucho menos expiarlos a través de confesiones y buenas acciones.

El problema, por lo tanto, era reconciliar la noción de un Dios amante con el concepto de la justicia divina. ¿Cómo hacía el ser humano —incapaz

de escapar de su naturaleza pecadora e incapaz de alterar su corrupción propia— para ganar la salvación y misericordia de Dios?

«Los justos vivirán por la fe.» Estas palabras de la epístola de San Pablo eran una verdadera respuesta a las oraciones de Lutero.

«De pronto comencé a entender la justicia de Dios, por la cual el justo vive por ese don de Dios que es la fe: esta virtud pasiva con la cual el Todopoderoso nos templea en la forma de fe, nos hace justos. Frente a esto experimenté tal alivio que fue como si hubiera nacido de nuevo y hubiera entrado por la puerta abierta del propio Paraíso.»

Dios salva no sólo a los que realizan buenas acciones sino también a aquellos que creen en El y en su gracia salvadora. Esto es todo lo que espera de la corrupta humanidad. Por lo tanto, el énfasis de la Iglesia en las reliquias sagradas, indulgencias y toda clase de otros medios para asegurar nuestra salvación es inútil además de engañoso, porque impide a la gente reconocer qué es lo que Dios requiere de ellos para salvarlos.

Así, la escena fue preparada para la revuelta en el momento en que el fraile dominicano Tetzel lanzó la gran campaña de la indulgencia a través de Alemania para reunir dinero para la reconstrucción de la basílica de San Pedro en Roma.

Tetzel prometió indulgencia al comprador de toda y cada cosa, pero la principal estocada de su lanzamiento fue que una contribución a la sagrada causa podía liberar a las almas del Purgatorio y ganar el perdón para los pecados cometidos por los compradores.

Las 95 tesis de Lutero eran meramente las razones por las que se oponía a las declaraciones de las indulgencias; éstas no podían reconciliarse con su creencia de que un hombre puede ser salvado por la fe.

Al poner sus tesis en la puerta de la iglesia, él nunca esperó la reacción siguiente. Para su asombro, recibió cartas elogiosas de toda Europa donde las tesis habían sido impresas y diseminadas. En Alemania llegó a ser una especie de héroe nacional.

Había hecho la propuesta sólo como un desafío teológico, pero se convirtió en un documento revolucionario. Su llamado a un debate sobre una duda de la ortodoxia cristiana se tomó de la tarde a la mañana en un

movimiento destinado a sacar el significado de la palabra «católico» fuera de la Iglesia de Roma.

Envalentonado por el apoyo del pueblo alemán y la nobleza, Lutero se negó a retractarse. Tres años después quemó en público el código de la ley canónica, excomulgando a la Iglesia de tal modo como él mismo había sido excomulgado.

El papa León ya no dispuesto a considerar a este monje terco como meramente un estorbo, ordenó a Carlos V, emperador del Sacro Imperio, ejecutar al hereje. Este lo mandó presentarse a la Dieta de Worms en 1521, creando así uno de los momentos verdaderamente dramáticos en la historia de la civilización occidental.

«No puedo retractarme de nada, ni lo haré, ya que no es correcto ni seguro actuar contra la conciencia. Aquí tomo mi posición. No lo puedo hacer de otra manera. Por lo tanto, ayúdame Dios.» Con esto, Lutero dejó el hall de la asamblea para enfrentarse con el arresto y la probable ejecución. Sin embargo, fue capturado por caballeros que estaban favorablemente dispuestos para la nueva teología y ansiosos por disminuir tanto el poder del emperador como los impuestos de la Iglesia.

Durante el año que estuvo escondido en un castillo en Wartburg, comenzó la traducción de la Biblia al alemán y la codificación de sus creencias en lo que después fue la religión luterana.

Cuando dejó su refugio, era el líder reconocido de la Reforma. Este protestante no fue más un miembro, sino más bien la cabeza espiritual de una nueva iglesia que reconocía sólo 2 sacramentos: el bautismo y la comunión.

Se casó, crió 6 hijos y trató de dirigir el activo movimiento protestante.

Sin embargo, en 1546, año de su muerte, lo que había comenzado con sus 95 tesis, estaba lejos de haberse consolidado.

Testimonio:

La siguiente es una carta escrita por Lutero al papa León, el 6 de setiembre de 1520:

«Entre los monstruosos males de este siglo con el que estoy desde hace 3 años en guerra, algunas veces me veo forzado a pensar en vos y llamaros a la reflexión, bendito padre León... Encuentro que la culpa está fuera de mí y que... temerario, soy juzgado por no haber perdonado ni siquiera vuestra persona.

»Ahora, para confesar la verdad abiertamente, soy consciente que cuando yo he tenido que mencionar vuestra persona, no he dicho nada de vos, sino lo que era honorable y bueno... He también prorrumpido en invectivas violentas contra doctrinas impías, y no he sido flojo en censurar a mis adversarios a cuenta, no de sus bajezas morales sino de su impiedad... ¡Maldito es el hombre que hace engañosamente el trabajo del Señor!

»Sin embargo, veis lo que es la Corte de Roma, que ni vos ni ningún hombre negarán que es más corrupta que cualquier Babilonia o Sodoma y verdaderamente, como yo creo, perdida, desesperada e impía. He abominado de esto y me he sentido indignado porque el pueblo de Cristo es engañado en vuestro nombre y con el pretexto de la Iglesia de Roma. Y entonces he resistido y resistiré en tanto la fe viva en mí.

»Por muchos años, no se ha vertido desde Roma hacia el mundo nada más —como no ignoráis— que el derroche de artículos, de cuerpos y de almas, y los peores ejemplos de todas las peores cosas. Esto es más claro que la luz para todos los hombres; y la Iglesia de Roma, en otro tiempo la más santa de todas las iglesias, se ha transformado en la más licenciosa madriguera de ladrones, el más desvergonzado de todos los burdeles, el reino real del pecado, de la muerte y del infierno; tal que ni el mismo anticristo, si viniera, podría inventar ningún agregado a esta maldad.

»Bajo la influencia de estos sentimientos, me ha apenado siempre que vos, mi excelente León, digno de un siglo mejor, hayáis sido el pontífice. La Corte romana no es digna de vos y de aquellos que se os asemejan, sino de Satán que en realidad es el gobernante de esa Babilonia.

»¿No es verdad que no hay nada más corrupto, más pestilente, más malévolo debajo del vasto cielo que la Corte de Roma? Ella sobrepasa incomparablemente la impiedad de los turcos, puesto que ella, formalmente la puerta del cielo, no es sino una especie de boca abierta del infierno, boca que, ni siquiera bajo la insistente ira de Dios, puede ser cerrada.

»Un solo rumbo nos ha sido dejado a nosotros, miserables hombres: hacer volver y salvar a unos pocos, si podemos, de este torbellino romano.

»He aquí, León, padre mío, con qué propósito y en qué principio es que he asaltado esa morada de pestilencia. Estoy tan lejos de haber sentido alguna cólera contra vuestra persona que aún espero ganar vuestros favores y ayudaros acometiendo activa y vigorosamente a ésta, su prisión y aun su infierno.

»Por lo que los esfuerzos de todos los espíritus que puedan procurarse contra la confusión de esa impía Corte serán ventajosos para vos y para vuestro bienestar y para muchos otros. Aquellos que le hacen daño están cumpliendo sus funciones, aquellos que por todos lados abjuran de ella están glorificando a Cristo. En pocas palabras, son cristianos los que no son romanos.»

Publicación de la versión de la Biblia del rey Jacobo

Cuándo: 1611

Cómo: La versión que dio el rey Jacobo de la Biblia fue apreciada por Thomas Babington Macaulay como «un libro que, si todo lo demás en nuestra lengua pereciera, serviría él solo para mostrar toda la extensión de su belleza y poder».

Sin embargo, el rey mismo tuvo muy poco que ver con la traducción que lleva su nombre.

Las traducciones de la Biblia al inglés habían comenzado en el siglo XIV. La primera fue completada en 1380 y es firmada por John Wycliffe. Estaba tomada de la Vulgata, traducción latina de fuentes hebreas y griegas.

Guillermo Tyndale hizo una traducción del Nuevo Testamento, basada en versiones latinas, griegas y alemanas en 1525. Fundamentada casi totalmente en la anterior, Miles Coverdale dio a luz la primera versión completa inglesa en 1535-36.

La Gran Biblia de 1539-41 fue la revisión de Coverdale de la primera traducción. La Biblia de Ginebra de 1560 tenía una tendencia calvinista. La del Obispo de 1568 fue básicamente una revisión de la Gran Biblia. Y los católicos ingleses confiaron en la Biblia Rheims-Douay de 1582 (Nuevo Testamento) y 1610 (Antiguo Testamento).

La mera idea de la traducción de la Biblia de sus lenguas originales era controvertible. Tyndale mismo tuvo que huir de Inglaterra por su trabajo y murió quemado en Bélgica en 1536.

¿Tenía el ciudadano común derecho de leer la Biblia en su propia lengua en su casa o sólo debía ser leída en el original por el sacerdote? ¿Era la Biblia un documento católico o protestante? ¿Cuál era la palabra de Dios? Estas grandes cuestiones religiosas entusiasmaban todavía cuando Jacobo IV de Inglaterra ascendió en 1603, después de la muerte de la reina Isabel.

Jacobo gobernó en Escocia por 36 años, habiendo sido colocado en ese trono al año de edad, luego de la abdicación de su madre, María Estuardo. Había sido erudito cuando niño y había traducido entonces algunos salmos. Cuando adulto, fue un gobernante enérgico aunque inclinado a las mañas y a la astucia.

Su vida personal, sin embargo, fue objeto de alguna duda. Cuando asumió el trono inglés, a la edad de 37 años, era un dicho común que el «rey Isabel» había sido sucedido por la «reina Jacobo».

El 24 de marzo de 1603, Jacobo fue aceptado por costumbre como nuevo monarca, a pesar de que no había sido todavía confirmado por el Parlamento.

Inglaterra y, particularmente, Londres estaban en las garras de una plaga y, según se alega, para evitar la Muerte Negra, Jacobo y su séquito hicieron una serie de prolongados y costosos gastos por todo su reino. Mientras el rey se gratificaba con festines, cazas y representaciones teatrales, las mayores cuestiones de estado quedaban sin resolver.

Quizá porque tenía que reunirse con el Parlamento en pocos meses para pedir más dinero, y también (según lo ve Christopher Anderson) porque quería mostrar al menos sus buenas intenciones, el monarca se detuvo en la corte de Hampton a principios de 1604 «para escuchar y resolver problemas que estaban importunando a la Iglesia».

En esa conferencia, que se prolongó en los días 14, 16 y 18 de enero, un erudito de Oxford, John Rainolds, sugirió hacer otra traducción de la Biblia. La oposición fue rápidamente expresada por el obispo de Londres, Ricardo Bancroft, que se quejó: «Si siguiéramos el capricho de cada hombre, las traducciones no tendrían fin».

A pesar de eso, a Jacobo le gustó la idea. Geddes Mac Gregor piensa que el rey habrá visto esta nueva producción como un monumento personal, así como Versalles era el monumento de Luis XIV. Quizás esto actuaría como una válvula de escape para el candente disturbio religioso. Y Jacobo era bien conocido por condenar la

Biblia de Ginebra, que en una nota marginal desaprobaba el derecho divino de los reyes.

De acuerdo a un informe escrito por el capellán real, Patrick Galloway (y corregido por la propia mano del rey), Jacobo ordenó entonces que fuera hecha una traducción entera tan semejante como pudiera a los originales hebreo y griego, escrita e impresa sin notas marginales y usada solamente en la iglesias de Inglaterra a la hora de los servicios divinos.

El 22 de julio de 1604, el monarca y el obispo Bancroft prepararon un conjunto de 14 instrucciones para los traductores, que circuló entre ellos 9 días después, el 31 de julio. Estaban proyectadas para asegurar que el próximo trabajo sería una Biblia protestante, a pesar de la variedad de puntos de vista de los traductores, y que en su mayor parte debía ser una revisión de la popular Biblia de Bishop; los nombres bíblicos debían ajustarse tanto como pudieran al original, y, cuando los traductores hubieran completado la parte que se les había asignado, «deberían reunirse, discutir sobre lo que habían hecho y ponerse de acuerdo sobre lo que quedaría por hacer». La versión de Jacobo es frecuentemente estimada como el trabajo más satisfactorio hecho por un comité gracias a esta última instrucción.

El rey eligió 54 eruditos para ejecutar la tarea, a pesar de que sólo 47 trabajaron en ella. Los hombres estaban divididos en 6 compañías, 2 de las cuales debían reunirse en Oxford, 2 en Cambridge y 2 en Westminster. Eran un grupo variado. Incluía profesores, predicadores, lingüistas, conocedores de la Biblia. Uno era experto en 15 idiomas, incluyendo árabe, persa y arameo. Otro había enseñado a la reina Isabel en Grecia. Otro había sido capaz de leer la Biblia en hebreo a los 6 años. Había un refugiado belga, un borrachín, un viudo que murió durante el proyecto y dejó 11 chicos en la indigencia. Otro más, muriendo de tuberculosis, tradujo en su lecho de muerte.

Los años que corren entre 1604 y 1607 fueron aparentemente dedicados a los estudios privados de las secciones asignadas. Desde 1607 a 1609 trabajaron juntos en sus respectivos lugares. Luego, un grupo de 12 (2 de cada una de las 6 compañías) se reunió en el Hall de los Papeleros en Londres para redondear la traducción, antes que el doctor Miles Smith, hijo de un carnicero, que se había graduado a los 19 años en Oxford, refundiera los trabajos para la publicación bajo la supervisión del obispo Thomas Bilson.

El impresor real, Robert Barker, quien tenía derechos exclusivos para su venta, empleó luego cerca de un año y medio para imprimir el libro.

«La Santa Biblia, conteniendo el Antiguo y el Nuevo Testamento», reza la publicación fechada en 1611, justo 5 años antes de la muerte de Shakespeare. El trabajo tenía permiso de la Compañía de los Papeleros (como todos los nuevos libros debían tenerlo) porque fue visto como una revisión de la Biblia del Obispo. Por esta razón, no existe otra fecha de publicación que la impresa en el título.

La traducción está dedicada a Jacobo, lo que explica el nombre que le da el pueblo. A menudo es considerada como una versión autorizada de la Biblia, a pesar de que no hay ninguna prueba creíble de que alguna vez haya recibido la autorización del rey o del Parlamento (la evidencia específica, más allá del hecho que Jacobo aprobó la idea de la traducción, pudo haber sido destruida con otras anotaciones en el incendio del siglo XVII).

¿Quién pagó el trabajo de esta versión? No fue Jacobo.

El 3 de julio de 1604, mandó un mensaje a todos los sacerdotes ingleses diciendo que estaba imposibilitado de pagar a los traductores, y pidiendo a la Iglesia que alguna contribución fuera dispuesta. Como se sabe, ninguna le fue hecha.

En 1651, un abogado inglés, William Ball, indicó, aparentemente por primera vez, que en verdad Robert Barker, el impresor real, había pagado 3.500 libras esterlinas a estos hombres. Los eruditos modernos aceptan esta versión, a pesar de que hay desacuerdos sobre si Barker comenzó a pagar este dinero en 1607 a todos, o en 1609 y sólo a 12, más Smith y Bilson.

Se piensa que acaso 28.000 copias de las 1.500 páginas fueron impresas, cada una de las cuales se vendió en alrededor de 30 chelines.

La versión de Jacobo de 1611 es muy a menudo mentada jocosamente como la Biblia de «El» o de «Ella», por la errata de imprenta en la palabra «ella» en el Libro de Ruth.

Testimonio:

En esta carta fechada el 22 de julio de 1604, el rey Jacobo le escribe al obispo Bancroft pidiéndole que solicite a todos los sacerdotes ingleses que tomen posiciones con respecto al pago de los traductores, que no habían sido recompensados financieramente en otra oportunidad.

En una parte de esta carta no reimpresa aquí, el rey también pide que los sacerdotes estén a la expectativa de personas que sean expertas en lenguas extranjeras, para el caso de que su ayuda sea eventualmente necesaria.

«Lo saludamos amablemente, fiel y bienamado. Considerando que hemos elegido algunos eruditos para la traducción de la Biblia y que entre ellos algunos no tienen ningún nombramiento eclesiástico o sólo uno muy pequeño, siendo esto impropio para hombres de sus méritos, y que nosotros en el momento conveniente no hemos podido retribuirles; por lo tanto, solicitamos que lo más pronto posible escribáis en nuestro nombre tanto al arzobispo de Nueva York como al resto de los obispos de la provincia de Canterbury, explicándoles que les encarecemos con urgencia... que (dejando todas las excusas de lado) cuando alguna prebenda o rectoría... quede en algún futuro vacía,... nosotros podemos recomendar para las mismas a algunos de los eruditos, ya que pensamos será preferido lo más adecuado...

»Sellamos en nuestro palacio de Westminster el 22 de julio, en el 2.º año de nuestro reinado de Inglaterra, Francia e Irlanda y en el 37.º de Escocia.»

Marx y Engels escriben el Manifiesto Comunista

Cuándo: 1848

Cómo: En la década de 1848, toda Europa parecía estar en estado de intranquilidad. Los sindicatos ingleses eran fuertes y poco satisfechos. Los

trabajadores alemanes se estaban inclinando hacia actividades sociales. La clase obrera parisina estaba irritada e intranquila. Era éste un mundo que estaba esperando a Karl Marx.

Hijo de un próspero abogado, provenía por ambos padres de una antigua descendencia de rabinos.

En 1842 ya era un político activo y había establecido en Colonia, Alemania, una revista llamada *Neue Rheinische Zeitung*, para la que escribió brillantes artículos. Uno de éstos alentaba a los ciudadanos a resistir con las armas un impuesto del gobierno. Así cayó en desgracia y el gobierno lo arrestó y lo procesó. Sus palabras, al defenderse, fueron tan efectivas que lo pusieron en libertad y continuó escribiendo más artículos en contra del gobierno en su revista, que finalmente fue suprimida. Marx publicó una última edición en tinta roja y marchó a París.

Esta ciudad cobijaba a intelectuales, teóricos sociales especialmente, y Marx se reunió con muchos de ellos, como el poeta Heinrich Heine y el socialista Pierre Joseph Proudhon.

Allí leyó nuevamente las historias de Francia, Alemania y los U.S.A. y estudió los trabajos de Maquiavelo, Rousseau, Montesquieu y Ricardo. Sin embargo, fue Hegel quien más lo influyó y él aplicó a sus propias ideas la dialéctica hegeliana de que todo contiene el germen del cambio, del cual emergen la tesis y la antítesis que a su turno crean la síntesis.

Más tarde, su hijo político dijo: «El nunca vio una cosa por sí misma, sin relación con su entorno; la contemplaba como una parte del complicado y móvil mundo de las cosas. Intentaba explicar toda la realidad de este mundo en su multiplicidad y variando incesantemente acción y reacción».

No aceptó todas las ideas de Hegel. Particularmente, no creyó en su *absoluto*, que según Hegel dirige el desarrollo del hombre. Marx pensaba que las economías causaban los movimientos humanos, no un absoluto espiritual.

En 1844 se encontró con Federico Engels, que se convirtió en su discípulo. Éste, hijo de un fabricante de algodón alemán, era estudiante de economía y estaba escribiendo un estudio sobre la clase trabajadora británica. En su investigación se encontró con un artículo de Marx e inmediatamente decidió conectarse con él. Los 2 se llevaron bien. El

hombre que encontró era un extraordinario personaje que más tarde fue descrito por Otto Ruhle: «Una espesa cabellera de pelo negro, una barba enorme y redonda y un sobretodo mal abotonado. Sin embargo, aparecía como dotado del derecho... de imponer respeto... Sus movimientos eran torpes, aunque audaz y confiado en sí mismo».

Perteneció durante algún tiempo a la Liga de los Justos, un grupo de refugiados alemanes que habían sufrido persecución política. En el primer congreso de este grupo, llevado a cabo en Londres en 1874, Marx y Engels lograron un control parcial, y se transformó en la Liga Comunista Internacional. Es innecesario decir que tenía un punto de vista marxista. Para aclarar cuál era este punto de vista, escribieron un documento que iba a influir a millones a través de todo el mundo, el *Manifiesto Comunista*. Fue publicado en 1848 en Londres, con el nombre de *Manifest der Kommunistischen Partei*, un panfleto de sólo 40 páginas. Allí Marx desarrolla sus ideas comenzando con una brillante evaluación de las condiciones socioeconómicas en Europa, desde las antiguas civilizaciones esclavas. Ha sido siempre lo mismo y lo dice: hay siempre una clase gobernante y una clase sometida, los que tienen y los que no tienen, la corteza de arriba y la de abajo. Sus nombres pueden cambiar pero siempre parece que un grupo posee los medios de producción y el otro hace el trabajo.

Predicó que cuando las fuerzas de producción no puedan ser usadas completamente por la propiedad capitalista privada, entonces las clases proletarias subirán al poder. En el *Manifiesto*, Marx y Engels llaman a estas clases a tomar ese poder, y defienden «la abolición de todas las clases sociales existentes». Marx suavizó esto 25 años después diciendo que Inglaterra y USA eran países donde los trabajadores podían esperar asegurar sus fines por medios pacíficos.

El *Manifiesto* no tuvo éxito inmediato (sin embargo, en 1964, más de 1.000 ediciones en más de 100 idiomas han aparecido, más de 14 millones de copias han sido vendidas). En ese mismo año, 1848, la revolución estalló en París, luego en Alemania. El pueblo estaba muy atareado hadando barricadas como para leer literatura inflamatoria. Parecía que la revolución de Marx estuviese ocurriendo.

Luego fue descubierto oro en California y el mundo se hizo más rico. Con las mejoras de las situaciones económicas, las sublevaciones se suspendieron. Marx pensó entonces que todo estaba acabado.

Expulsado de París, se fue a Londres con su mujer, hija de un aristócrata, y sus hijos. Vivió allí el resto de su vida, casi en la, pobreza, y si no hubiera sido por Engels que continuamente le enviaba dinero, hubiera muerto de hambre.

En 1851, consiguió un empleo escribiendo artículos para *New York Tribune*, pero no le pagaban mucho y cuando la guerra civil estalló, el trabajo terminó.

Pasaba la mayoría de su tiempo en la sala de lectura del Museo Británico, un lugar lleno de corrientes de aire, lóbrego, donde leía vorazmente.

En 1864, llegó a tener influencia en la Asociación Internacional de Trabajadores, que fuera fundada en Londres. Gradualmente, sus ideas adquirieron importancia para la organización, pero fueron discutidas por Bakunin, el revolucionario anarquista. Dividido por ideas conflictivas, el grupo histórico fracasó, para resurgir nuevamente más tarde como la II Internacional.

Terminó de escribir *Das Kapital*, su obra maestra, en enero de 1867. Allí define al capitalismo como la discrepancia entre el valor real del producto del trabajo y el valor del salario que percibe el obrero en el proceso de producción.

Es tan difícil de leer que hasta el censor ruso lo aprobó, a pesar de que lo intuyó subversivo: «Es imposible que encuentre muchos lectores».

Traducido a una docena de lenguas, se transformó en una biblia para los socialistas de todo el mundo.

Dijo a su yerno: «*El Capital* no pagará ni siquiera los cigarros que he fumado mientras lo escribía».

Si usted lee sobre Marx, encontrará dos personas: una arrogante, sarcástica, dogmática, demagoga (reputación que conquistó aplastando a todos los que discrepaban con él), y otra bondadosa y honesta como padre de familia. Quizás las dos estimaciones tengan algo de verdad. Era romántico y amoroso con los suyos. Los domingos hacían largas caminatas;

algunas veces se detenían para comprar queso, pan y cerveza de jengibre en una posada cualquiera y leía los diarios sobre la hierba. Marx contaba historias de un personaje llamado Hans Rockle, un irresponsable mago, que era en mucho como él mismo. Algunas veces citaba a Dante o a Shakespeare, o cantaba canciones folklóricas alemanas.

Heine decía de Marx que «era el más tierno y dulce hombre que conocí». Se dice que los niños en las calles de Londres lo llamaban *Daddy Marx*. Le gustaba jugar a las batallas navales en una tina de agua, poniendo fuego a toda la flota de barcos de papel para entretener a los chicos.

Su salud en general era buena, aunque algunas fiebres lo atormentaban, como Job. Cuando estaba trabajando en *El Capital* escribió a Engels: «Para terminar, debo al menos poder sentarme; espero que la burguesía recordará mis carbunclos».

Era pobre. En Easter, 1852, una de sus hijas murió y no tenía dinero para un ataúd. Su esposa escribió: «Un refugiado francés me dio 2 libras esterlinas y con esta suma pude comprar el cajón, en el que la pobre Francesca yace ahora en paz. No tenía cuna cuando vino al mundo y por un largo tiempo fue difícil encontrar una caja para su último lugar de descanso».

En 1881 su esposa, de la que estuvo siempre románticamente enamorado, murió. Engels comenta: «Marx estaba muerto también». Dos años más tarde lo estaba realmente.

En el funeral, Engels dijo: «Ante todo, Marx fue un revolucionario. Pocos hombres lucharon con tal pasión».

Y era verdad, a pesar del hecho de que él no trabajó físicamente ni un día en toda su vida, aunque luchó por el proletariado; aun cuando era revolucionario nunca levantó una barricada.

Testimonio:

Del *Manifiesto Comunista*: «Un espectro está vagando por Europa, el espectro del comunismo. Todos los poderes de la vieja Europa han celebrado una santa alianza para exorcizarlo: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los espías policiales alemanes.

»¿Dónde está el partido opositor que no haya sido desacreditado como comunista por sus oponentes en el poder? ¿Dónde está la oposición que no haya lanzado el oprobio calumnioso de comunista contra los más avanzados partidos opositores o contra sus adversarios reaccionarios?

»Dos cosas resultan de este hecho:

»I. El comunismo es reconocido ya por todos los poderes europeos como un poder en sí mismo.

»II. Es hora de que los comunistas abiertamente publiquen, en presencia de todo el mundo, sus opiniones, sus puntos de vista, sus tendencias, y que respondan a este cuento infantil del espectro del comunismo con un manifiesto del partido mismo...

»Hasta ahora la historia de la sociedad existente es la historia de la lucha de clases.

»Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señor y siervo, patrón y oficial, en una palabra, opresor y oprimido están en constante oposición uno de otro; conducen una ininterrumpida, ora oculta, ora abierta lucha, una lucha que en cada época termina tanto en una reconstitución revolucionaria de la sociedad en libertad como en una ruina común de las clases dominantes...

»Los comunistas desdeñan ocultar sus opiniones y puntos de vista. Abiertamente declaran que sus fines sólo pueden ser alcanzados por el derrocamiento violento de todas las condiciones sociales existentes. Que las clases gobernantes tiemblen ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen que perder más que sus cadenas. Tienen un mundo que ganar.

»“¡Proletarios del mundo, uníos!”»

Darwin publica su Origen de las Especies

Cuándo: 1859

Cómo: El padre de Charles Darwin, un agradable caballero de 350 libras de peso, dijo que su hijo no se interesaba por nada, excepto matar perros y cazar ratas.

Como muchos hombres famosos, Charles, cuando niño, mostraba muy poco de su futura grandeza. Era haragán y un estudiante mediocre.

Sin embargo, gustaba de coleccionar cosas (bichos, conchas, monedas y demás). El comentario de su padre era que «ensuciaba la casa con sus eternas basuras».

Cuando cumplió 16 años, su padre decidió hacerlo médico y lo envió a la Universidad de Edimburgo. El joven no soportaba mirar las operaciones, pero permaneció allí 2 años de cualquier modo porque tenía miedo de admitirlo ante sus mayores. En el momento en que se supo la verdad, fue enviado a Cambridge para hacerse clérigo. Más tarde dijo de su época de universitario: «Durante los 3 años que pasé en Cambridge, mi tiempo fue derrochado en cuanto se refiere a los estudios académicos».

Tuvo malas compañías, incluyendo «algunos jóvenes disipados y ruines».

«Sé que debería sentir vergüenza —agrega— de los días y las noches pasados hasta ahora.»

Quizás Charles Darwin hubiera sido un predicador bastante incompetente con un ligero interés en la naturaleza, si uno de los maestros, profesor J. S. Barlow, no lo hubiera recomendado para un cargo *ad-honorem* en HMS *Beagle* y destinado para una expedición científica de dos años a Sudamérica, pero que en realidad duró cinco.

Aun entonces, él casi no «quería» ir. Su padre pensó que el viaje contribuiría un poco a su trabajo como predicador. El capitán no le tenía simpatía, no le gustaba la nariz respingada de Charles, que sugería un joven falto de energía y determinación. Eventualmente obtuvo permiso para ambas cosas y partió.

Durante su viaje en el *Beagle*, hizo observaciones que más tarde le permitieron formular su teoría de la selección natural.

Llevó un diario en el que anotó su admiración ante «el mundo y los misterios de su hormigueante vida»; tanto como detalló notas sobre los fósiles, plantas y animales que coleccionaba. Exploraba cada lugar donde se detenía el *Beagle* y llevaba luego a su laboratorio lo que había encontrado y le adjuntaba los datos.

Los marineros lo llamaban el «papamoscas». El capitán, aun cuando todavía no le gustaba Darwin, le puso su nombre a algunos lugares, como las montañas Darwin y el estrecho Darwin en Tierra del Fuego.

Desde el principio, Darwin fue clasificando modelos. Encontró en las islas Galápagos 14 diferentes especies de pájaros insectívoros con diferentes medidas de pico. Había también un parecido entre las especies de tierra firme sudamericana y las de estas islas. Y los ratones de una vertiente de los Andes eran diferentes a los de la otra.

Más tarde escribió: «Era evidente que tanto estos hechos como otros solamente pueden ser explicados suponiendo que las especies se han ido modificando gradualmente; este tema me obsesiona».

Después que el *Beagle* regresó a Inglaterra, preparó notas para publicarlas con el nombre de *Diario de investigaciones en la historia natural y geología de los países visitados durante el viaje del HMS Beagle alrededor del mundo*. El libro le confirió una posición entre los hombres de ciencia, y su padre le dio la aprobación a su carrera de naturalista.

En 1837 comenzó su primer libro de notas y para el fin de 1838, había formulado su teoría de la selección natural. Sólo tuvo que probarla.

En resumen su teoría dice:

1 — Los animales se reproducen en un número mayor que el que puede soportar el medio ambiente.

2 — Una gran cantidad, aquellos que están menos preparados, muere en la lucha por la existencia. Los más aptos son naturalmente elegidos para sobrevivir. Más tarde, Herbert Spencer llamó a este proceso la «supervivencia de los más aptos».

3 — Las variaciones en la estructura son heredadas.

Creía que el medio ambiente podía modificar el organismo individual y que esta modificación alcanzaba el plasma germinal y pasaba a la generación siguiente.

Otros científicos, anteriores a él, se acercaron a su teoría, especialmente Lamarck, que omitió el concepto de la selección natural porque prefirió pasar por alto el desarrollo y saltar directamente a las conclusiones. El creía erradamente que los cuernos de los toros provenían de su hábito de topar con sus cabezas.

Meticuloso investigador, Darwin habló a los criadores de animales domésticos para que le informaran cómo obtenían animales con las

características que deseaban. También coleccionó un montón de otros datos para sostener su teoría.

En 1842 escribió una corta nota con la teoría de la selección natural. Sólo 25 hojas manuscritas. Dos años más tarde, la amplió a 230, las puso en un sobre y se las dio a su esposa para que las publicara en caso de que muriera.

Dijo: «Por último, me han llegado rayos de luz y estoy convencido (en contra a la opinión con que comencé) de que las especies (es como confesar un asesinato) no son inmutables».

Entonces reducía su investigación a una especie, el cirrópodo.

En 1858 recibió una carta de su amigo, Alfred Russel Wallace, que vivía en el archipiélago Malayo, que lo perturbó. Con ella llegó un manuscrito, *Sobre las tendencias de las variedades para dividirse indefinidamente a partir del tipo original*. Era una explicación de la teoría de la selección natural, en parte derivada del material del Diario de Darwin, y su autor quería que Darwin lo examinara y presentara a otros científicos.

Darwin no sabía qué hacer, pero explicó: «Hubiera preferido quemar todo mi libro antes que Wallace o cualquier otro pensara que me conducía con espíritu mezquino».

Tras lo cual tomó una decisión admirable. En una reunión en la Sociedad Linneana se leyeron un pequeño resumen de la teoría darwiniana junto con el manuscrito de Wallace.

Más tarde aclaró Wallace: «El único reconocimiento que reclamo para mis notas de 1858, es que obligaron a Darwin a escribir y publicar su *Origen de las especies* sin un nuevo retraso».

El libro *Sobre el origen de las especies, por medio de la selección natural o la preservación de las raigas favorecidas en la lucha por la vida*, fue publicado en noviembre de 1859.

El editor había sido cauteloso y le había sugerido que rehiciera el trabajo, limitándolo a las palomas, porque «todos están interesados en ellas». Naturalmente, Darwin se negó.

El día de la publicación, la edición completa de 1.250 copias fue vendida a 15 chelines cada una. El libro se convirtió rápidamente en un gran —aunque controvertido— clásico de la literatura científica.

Muchos hombres de ciencia se le opusieron. Herschel, el astrónomo, llamó a la teoría «la ley del sin orden ni concierto». Sedgwich, un geólogo, escribió a Darwin: «Leí su libro con más pena que placer. En algunas partes me reí hasta que mis comisuras estaban casi doloridas; otras páginas las leí con absoluta pena».

Sin embargo, muchos estuvieron de acuerdo con él. Uno fue Thomas Huxley, quien dijo que «estaba afilando sus uñas y pico para defenderlo». Y también se autodenominó «bulldog de Darwin».

La Iglesia estuvo en contra del libro ya que contradecía la primera parte del Génesis. Decía que el hombre tenía un antepasado común con el mono e inmediatamente la gente malinterpretó que significaba que el hombre descendía de este animal. La teoría pronto se conoció como «la teoría del mono».

Samuel Wilberforce, obispo de Oxford, llamó al *Origen de las especies* «una trama completamente fétida de conjeturas y especulaciones». Se llevó a cabo una asamblea en una biblioteca —tan repleta de gente que algunos se sentaron en las repisas de las ventanas— donde Wilberforce habló en contra de la teoría, usando la información de Richard Owens, superintendente de Historia Natural en el Museo Británico. Wilberforce, apodado Sam el Jabonoso, hizo un elocuente discurso. Luego se volvió hacia Huxley, que había venido a la reunión y dijo: «Su antepasado mono ¿viene por parte de su padre o de su madre?». La gente rió.

Entonces Huxley dio su respuesta: «He afirmado, y lo repito, que el hombre no tiene razón para estar avergonzado por tener un mono como antepasado. Si hubiera algo por lo que yo sintiera vergüenza, sería por hombre de intelecto intranquilo e inconstante, que no contento con el éxito en su propia esfera de actividad, se sumerge en cuestiones científicas de las que no tiene real conocimiento. De esta manera, las oscurece con una retórica sin objeto y distrae la atención de sus oyentes del tema en cuestión, por medio de digresiones y apelando a prejuicios religiosos».

Siguió un gran alboroto, durante el que hubo pelea a puñetazos y una dama se desmayó. El furor se prolongó hasta el experimento de Scopes en Tennessee, 43 años después que Darwin murió.

Algunos usaron la teoría para sus propios fines. Los lingüistas dijeron que las palabras apropiadas sobreviven. En la Alemania nazi fue usada para justificar la exterminación de los judíos.

El hombre alrededor de quien estalló la furia era una persona apacible, suave, bondadosa, con ojos azules, una cabeza calva y una larga y frondosa barba. Era excesivamente modesto y una vez dijo de sí mismo: «No tengo gran agilidad mental».

Le gustaba leer Mark Twain y Lewis Carroll y decía que todas las novelas debían tener un final feliz.

Escuchaba la crítica, la evaluaba y revisaba sus trabajos a la luz de estas evaluaciones. Decía: «Si estoy equivocado, cuanto más pronto me golpeo en la cabeza y me desbarato, tanto mejor».

Escribió otros libros diferentes, incluyendo *El descenso del hombre*. El 15 de abril de 1882 murió: fue enterrado en la abadía de Wetsminster, cerca de Newton.

Testimonio:

Del *Origen de las especies*: «Es interesante contemplar un ribazo enmarañado, cubierto con muchas plantas de muchas clases, con pájaros que cantan en los arbustos, con variados insectos sobrevolando y con gusanos reptando a través de la tierra húmeda, y reflexionar que estas formas elaboradamente construidas, tan diferentes unas de otras y dependientes entre sí de una manera tan compleja, han sido producidas por leyes que actúan alrededor de ellas.

»Estas leyes, tomadas en un sentido amplio, son el Crecimiento con Reproducción; la Herencia que está casi implícita en esta última; la Variabilidad de la acción directa e indirecta de las condiciones de vida, y de uso y desuso: una Proporción de incremento tan alta como para conducir a una Lucha por la Vida, y como consecuencia a una Selección Natural, vinculando la divergencia de Carácter y la Extinción de las formas menos perfeccionadas.

»Así, de la guerra de la naturaleza, del hambre y la muerte, surge directamente la producción de animales mayores, el objeto más elevado que

somos capaces de concebir.

»Hay grandeza en este panorama de la vida, con sus diversos poderes, estimulado por el Creador en algunas formas o en una sola. Y mientras este planeta ha estado rotando de acuerdo a las leyes fijadas por la gravedad, de un principio tan simple, las formas más hermosas y maravillosas siguen evolucionando sin fin.

La primera persona en el diván, el comiendo del psicoanálisis

Cuándo: 1880-1882

Cómo: 17 años después de su muerte, la verdadera identidad de Anna O., la primera persona en ser psicoanalizada, fue revelada al mundo entero. Hasta entonces fue un secreto bien guardado, y pocas personas sabían que el sujeto del primer caso histórico de psicoanálisis sería una persona destacada en su propia esfera.

Su analista no fue Sigmund Freud sino su amigo, el doctor Josef Breuer, un encantador médico vienés famoso por su casi mágica destreza para el diagnóstico y su compasión hacia los enfermos.

En diciembre de 1880, Breuer fue llamado al apartamento de una familia acomodada. Había dos personas enfermas: el padre, que se moría de un absceso tuberculoso en un pulmón y su hija, que tenía, según su madre, una tos molesta. A esta joven de 21 años asistió Breuer.

La paciente estaba tendida en la cama. Sus ojos oscuros estaban vítreos. Casi inmediatamente observó que la tos era uno de muchos otros síntomas. Una parálisis, cuya causa no descubrieron los neurólogos, había hecho presa de su brazo derecho y ambas piernas. Estaba muda. Tenía dolores de cabeza y su visión era pobre. Muy a menudo permanecía despierta hasta el amanecer.

Breuer reconoció un caso clásico de histeria, una misteriosa enfermedad que lo había interesado durante algún tiempo. En aquellos días (y algunas veces en la actualidad), los doctores pensaban muchas veces que las mujeres con esta enfermedad fingían para llamar la atención. Breuer no estaba de acuerdo. La veía como una enfermedad real, aunque inexplicable.

Decidió aprovechar para hacerle hipnosis cuando la joven estuviera en un estado como de trance. En ese momento le preguntó si la estaba

molestando. Ella sacudió la cabeza como respuesta. Le preguntó de nuevo, y entonces ella habló, pero todo lo que provenía de su boca era un incomprensible parloteo.

Por alguna razón, el médico decidió no hacer ninguna sugestión hipnótica, como era usual en la práctica, pero sí retomar la noche siguiente y volverla a hipnotizar.

Cuando lo hizo, le preguntó una vez más si algo le estaba molestando. Entonces ella contestó: «Jamais acht nobody bella mío please lieboehn nuit».

Una oración sin sentido en cuatro idiomas, francés, alemán, inglés e italiano. ¿Qué estaba pasando en la cabeza de la niña? Era como si tuviera dos mentes: una, controlada cuando estaba despierta y la otra, hablaba cuando estaba hipnotizada. Breuer decidió que la clave de la enfermedad estaba en lo que esta segunda mente podía decir, no en la sugestión hipnótica. Y se embarcó en «la cura hablada», como ella la llamó más tarde.

Durante el año y medio siguiente, el médico y la paciente exploraron juntos esa otra mente, su inconsciente; primer caso documentado de psicoanálisis.

Casi todas las noches, Breuer venía a ver a la joven, a quien más tarde llamó Anna O. (un seudónimo para proteger su identidad).

Mientras estaba en estado hipnótico, ella le contaba una historia que llamaba «teatro privado». Un relato generalmente triste, algo parecido a uno de los cuentos de Andersen y casi siempre incluía a un padre enfermo que era salvado por el cuidado devoto de una jovencita. Una reflexión de sus sentimientos mientras estaba su padre enfermo.

En tanto relataba, era capaz de expresar sus emociones más escondidas y generalmente se hallaba serena al día siguiente. Si no hubiera tenido oportunidad de contar, es probable que se hubiera puesto melancólica o violenta.

El tratamiento continuó. La muerte de su padre fue un golpe para ella. Tres días después, Anna no pudo hablar más. Luego le dijo a Breuer que no pudo reconocer los rostros hasta que hizo un «trabajo de reconocimiento». Esto sucedía así: para descifrar qué miembros de la familia o amigos estaban, ella tenía que tomar nota separadamente de cada rasgo distintivo

(cabello oscuro o un cierto perfil del rostro), luego suponía que fulano de tal tenía esas facciones. Todos le parecían figuras de cera, excepto Breuer. Así eran muchas de sus alucinaciones, como pesadillas. En el terrorífico mundo de su inconsciente había serpientes, calaveras y otros horrores.

Ambos descubrieron que, cuando eran capaces de identificar los incidentes en su vida durante los cuales las alucinaciones habían aparecido por primera vez, y de incorporarlos a sus síntomas psíquicos, las alucinaciones y los síntomas desaparecían.

En cada caso había una serie de incidentes, cada uno de los cuales debía ser llevado del inconsciente al terreno consciente. Lo peor había ocurrido por primera vez durante la enfermedad de su padre. Por ejemplo, una noche se había sentado al lado de su padre y se había quedado dormida, su brazo colgando sobre el respaldo de la silla. Cuando se despertó vio una serpiente que atacaba a su padre. No podía mover su brazo porque, colgado en una posición incómoda, se había entumecido. Miró hacia abajo y vio cada uno de sus dedos como una pequeña serpiente negra y cada uña como una calavera. Cuando trató de rezar, todo lo que pudo recordar fue una rima de niños en inglés: «Todos los caballos del rey y todos los hombres del rey no pueden armar nuevamente a Humpty Dumpty».

Este incidente había asustado tanto a Anna que lo relegó a lo más profundo de su inconsciente y su brazo se paralizó. Sin embargo, una vez que recordó cuanto había pasado y habló de ello con el doctor, no vio más serpientes ni calaveras y pudo mover de nuevo su brazo.

Finalmente, en junio de 1882, Anna parecía curada. El tratamiento había concluido; ella y el médico se despidieron, supuestamente por última vez. A pesar de esto, un día después, Breuer volvió a ser llamado. La madre de Anna le dijo que la joven sufría de contracciones. ¡Era más que eso! Cuando entró en la habitación, la escuchó decir: «Ahora llega el hijo del doctor Breuer».

Estaba dramatizando un nacimiento. Golpeado por esta abierta exhibición sexual que lo implicaba a él, Breuer la hipnotizó y le dijo que el incidente era imaginario. Se hizo además el propósito de no verla nunca más.

Es probable que por este incidente, el médico esperase largo tiempo antes de publicar nada sobre el caso y no llevase sus estudios de histeria mucho más lejos. Más tarde se enteró que Anna, tratada por otro médico, había terminado aficionándose a la morfina y confinada en un sanatorio.

Si Breuer no hubiera contado a su amigo Freud este caso, podría ser que éste nunca hubiera propuesto sus teorías revolucionarias sobre la mente humana. Pero Breuer lo hizo.

Al principio, Freud se mostró solamente un poco curioso, porque sus intereses profesionales lo mantenían en otra parte.

En 1886, sin embargo, una larga parte de su práctica médica estaba dedicada a las mujeres que sufrían de histeria. Los métodos de los tratamientos convencionales no eran satisfactorios y recordando el caso de Anna O., practicó la «cura hablada» con uno de sus pacientes. El análisis freudiano había nacido.

Breuer fue el primero que identificó la parte inconsciente de la mente, la mente que guarda los pensamientos que no son admitidos conscientemente, pensamientos tan terribles que no afloran a la superficie. Vio que podían curarse los síntomas de la histeria sacando estas ideas a la superficie. Pero fue Freud quien desarrolló estos conocimientos rudimentarios en una teoría; quien vio los elementos de sexualidad que yacen en la mayoría de los enfermos mentales (siempre decía que Breuer había cometido un error al no enfrentar la sexualidad en el caso de Anna O.). Fue él quien descubrió que el paciente transfería sus sentimientos de amor y odio al analista. Así inventó el psicoanálisis.

Anna O. fue Bertha Pappenheim en la realidad, escritora, feminista y acérrima enemiga de la trata de blancas. Dedicó su vida a ayudar a otros.

El tiempo transcurrido entre su tratamiento con Breuer y los comienzos de su carrera está totalmente en blanco. A los 29 años se mostró interesada en ayudar a los judíos sin casa ni hogar por los progroms de Europa del Este. Ella vivía entonces en Frankfurt, Alemania, con su madre. Inmediatamente puso en marcha un orfanato para niños judíos y formó una organización local y nacional para las mujeres judías que quisiesen trabajar en forma voluntaria.

Por este tiempo, estaba extendido el tráfico con jóvenes judías de los ghettos. Cuando lo descubrió, comenzó una campaña individual en contra, escribiendo panfletos, repartiendo lecturas y comenzando la construcción de un hogar para jovencitas delincuentes y vacilantes.

De paso encontró tiempo para escribir cuentos para niños (muchos como aquellos del «teatro privado»), obras teatrales y traducciones de literatura feminista.

A pesar de todo lo que hizo por los demás, estaba muy sola. Gozaba de pocas amistades verdaderas y, hasta donde sabemos, ningún amante. Una vez escribió en una carta: «He pensado con frecuencia que si uno no tiene a quién amar, odiar es algunas veces un buen sustituto».

El 28 de mayo de 1936 murió ya vieja, a los 70 años, haciendo valientemente chistes sobre cómo el color de algunas rosas amarillas igualaba al de su tez.

Años más tarde, el doctor Ernest Jones reveló la conexión entre Anna O. y Bertha Pappenheim en una biografía sobre Freud.

Quedan algunas preguntas por hacer. ¿Qué causó la enfermedad de Bertha Pappenheim? Si varios de sus parientes habían estado mentalmente enfermos, ¿se puede decir que estaba genéticamente dispuesta a ella? ¿Adónde hubiera llegado si hubiera podido continuar el tratamiento? ¿Hubiera sido, como lo fue, una ayuda para los demás o, en cambio, una esposa y madre feliz, aunque menos productiva socialmente?

Testimonio:

Mientras trataba a Anna O., Breuer tomó notas que más tarde escribió para publicarlas:

«...Emprendo su tratamiento, y de inmediato reconozco la seriedad del disturbio psíquico con el que debo tratar. Se presentaban, en forma alternada, dos estados de conciencia enteramente diferentes, a menudo sin aviso previo. Se diferenciaron cada vez más en el curso de su enfermedad.

»En uno de esos estados ella reconoció su entorno; estaba melancólica y ansiosa pero relativamente normal. En el otro, tenía alucinaciones y estaba

“desvergonzada”, quiero decir abusiva, acostumbrada a arrojar almohadones a la gente... arrancar los botones de sus ropas.

»Mientras estuvo en el campo, cuando no podía hacerle visitas diarias, la situación se desarrolló como sigue. Acostumbraba visitarla por las noches porque sabía que la podía encontrar en hipnosis y entonces la aliviaba de todo el stock de productos imaginarios que había acumulado desde mi última visita. Era esencial que esto fuera efectuado inmediatamente, si se esperaban buenos resultados. Cuando así sucedía, se ponía perfectamente en calma y al día siguiente estaba agradable, fácil de manejar y hasta complaciente. Pero durante el segundo día podía estar cada vez más hosca, terca y desagradable y llegar a empeorarse en el tercero. Si esto ocurría, aun en estado hipnótico era difícil hacerla hablar.

»Ella describía con aptitud su proceder, llamándolo “cura hablada” cuando hablaba en serio, mientras se trataba bromeando de “chimenea deshollinada”.

»Le hizo bien tener un perro Terranova que le regalaron y que le gustaba apasionadamente. En una ocasión, sin embargo, su favorito atacó un gato, y fue espléndido ver la forma en que esta frágil muchacha agarraba un látigo con su mano izquierda y ahuyentaba a la enorme bestia para rescatar a su víctima. Más tarde se ocupó de algunos pobres y enfermos y esto la ayudó muchísimo.

»Era marcadamente inteligente, con una sorprendente y rápida comprensión de las cosas y una intuición penetrante. Tenía dotes imaginativas y poéticas, que estaban bajo el control de un sentido común agudo y crítico. Su fuerza de voluntad era enérgica, tenaz y persistente; algunas veces alcanzaba el tono de una obstinación que se manifestaba en la bondad y preocupación por la gente...»

Asesinato en Sarajevo

Cuándo: 1914

Cómo: La noticia de que el archiduque de Austria, Francisco Fernando, venía a Bosnia no tardó mucho en llegar a Green Garland, un restaurante de Belgrado, a través de rumores estudiantiles.

En el Green Garland, 300 estudiantes, en su mayor parte politizados, se encontraban diariamente para hablar sobre todo de cómo recuperar el territorio de Bosnia, que había sido anexo recientemente por Austria.

Tres estudiantes del instituto bosnio-servio, Cabrinovic, Grabez y Gavrilo Princip, estaban muy interesados en la visita real. Habían estado planeando matar a un austríaco pero no estaban seguros cuál y ahora se les presentaba una víctima mucho más importante de lo que esperaban.

Mientras conspiraban, fueron oídos por casualidad por un oficial de la Inteligencia Militar Serbia, Vogislav Tankosic. En su momento, se lo contó a su coronel, Dragutin Dimitrijevic, quien, además de ser empleado en la Inteligencia, era la cabeza de la Mano Negra, una organización terrorista serbia cuya meta era recuperar la tierra de la que se habían apoderado otras naciones.

Dimitrijevic era conocido en la Mano Negra como «Apis». Sus colegas no se ponían de acuerdo sobre su personalidad: uno lo describía como un salvaje primitivo, otro como un patriota genuino.

Apis pidió a Tankosic que le trajera a los tres estudiantes con la idea de que los podría ayudar a crear disturbios en Sarajevo, una ciudad bosnia que el archiduque iba a visitar. Esto produciría dificultades políticas y podría ayudar a la Mano Negra a ganar una posición más favorable en el gobierno serbio.

Los tres estudiantes, meros adolescentes, fueron llevados a una oscura habitación iluminada con velas, donde Apis estaba sentado detrás de una mesa sobre la que había una calavera, una pistola, una bomba y un frasco pequeño rotulado «veneno». Les hizo poner sus manos sobre la calavera y repetir el juramento de la Mano Negra: «Por el sol que me calienta, por la tierra que me alimenta, por Dios, por la sangre de mis antepasados, por mi honor y mi vida, juro fidelidad a la causa del nacionalismo serbio y juro sacrificar mi vida por ella».

Les dio a cada uno una pistola y una granada. Más tarde ellos también adquirieron 6 bombas, 4 revólveres Browning y un poco de cianuro con el que se matarían si los llegaban a coger.

Atravesaron a hurtadillas la frontera de Sarajevo, donde fueron escondidos en la casa de un miembro de la Mano Negra, Danilo Ilic, a

quien se ordenó que reuniera más asesinos y los adiestrara.

A oídos del gobernador austríaco llegaron rumores del complot, pero alcanzaron justo al hombre equivocado —un confidente del emperador—, doctor von Bilinski, que no apreciaba al archiduque. Cuando advirtió al general Potiokek del peligro, se le recordó que los civiles no debían interferir en los asuntos políticos.

El general decidió no enviar tropas a la ciudad porque temía que el emperador se enojara si así lo hacía. El emperador, tío del archiduque, desaprobaba el casamiento de éste con una simple condesa, Sophie Chotek, y no quería que lo acompañara ni pompa ni ceremonia en su visita. Ya había declarado el matrimonio morganático y había desheredado a sus hijos.

El archiduque, su esposa y su séquito abandonaron Viena un martes y pasaron 4 días en una pequeña aldea no lejos de Sarajevo. Uno de sus hombres lo apremiaba para retornar a Viena porque había escuchado rumores del complot para asesinarlo. El grupo estaba nervioso. Un fotógrafo de la corte que, portando un gran flash, se ocultaba en los arbustos y trataba de tomar instantáneas del matrimonio mientras pasaba, fue arrestado.

El archiduque decidió no cancelar su visita a la ciudad, a la que llegó por tren. Era esperado en la estación y subió a un auto descubierto, de color verde oscuro, el segundo de la caravana. Marcharon entonces hacia la ciudad.

La archiduquesa llevaba un atuendo blanco y un gran sombrero, su marido un traje que comprendía una casaca celeste y pantalones blancos, con un sombrero de ala levantada adornado con plumas de avestruz. Parecía una ópera cómica.

Ellos saludaban a la multitud, que les respondía con «¡Zivio!». Entre la gente había 120 policías y entre ellos había también 7 asesinos en potencia, incluyendo a los 3 estudiantes.

A pesar que se les había enseñado a disparar y a arrojar bombas, nadie les había advertido sobre el peligro de hacerlo a través de la multitud y apuntando a un blanco móvil.

Uno de ellos estaba parado demasiado cerca de un policía para arriesgarse a disparar. Otro estaba cogido por la muchedumbre. Un tercero

sentía piedad por Sofía. El cuarto perdió su descaro. El quinto, Cabrinovic, se las ingenió para golpear el detonador de una bomba contra una boca de agua y la arrojó sobre uno de los coches.

Aquí difiere la historia sobre lo que realmente pasó. Unos cuentan que cayó debajo de las ruedas del tercer auto porque su tiro fue demasiado corto. Otro dice que fue a parar en el capó del auto del archiduque y que él la hizo saltar con un golpe, después de lo cual rodó debajo del tercer auto.

Cualquiera que sea la verdad, la bomba explotó e hirió a un oficial del ejército. Cabrinovic tragó su cianuro pero no le hizo efecto, entonces saltó al río y fue apresado.

Princip escuchó el estallido de la bomba y, pensando que el complot había tenido éxito, fue a un café para celebrarlo y gastó su última moneda en una taza de café.

En este momento, la caravana había llegado al Ayuntamiento de la ciudad. Furioso, el archiduque le dijo a Sarajevo que sería castigada y que no continuaría con las ceremonias y el desfile a través de la ciudad. En su lugar iría al hospital a ver al oficial herido.

Todos subieron de nuevo a los coches. El conde Harnack, un ayudante, saltó al estribo del auto del archiduque para protegerlo.

—No haga el tonto —gritó Francisco Fernando.

Los conductores no conocían el cambio de planes. El primer coche que llevaba al jefe de policía marchó a lo largo de Appel-Quai y dobló en una calle estrecha. El del archiduque lo siguió. Pero no era el camino al hospital.

Avisado, el chófer se detuvo volviendo hacia el desembarcadero donde por una completa coincidencia, Princip estaba bebiendo su café. Este se sorprendió al ver al archiduque; inmediatamente sacó su revólver, caminó hacia el auto y le disparó en el cuello. Luego apuntó al general Potiokek. Cuando Sofía se levantó de su sitio, alguien trató de arrebatarse el arma a Princip y éste perdió su puntería. La bala destinada al general dio con Sofía, que murió casi en seguida.

«Sofía, no mueras. ¡Vive por los niños!», gritaba Francisco Fernando. Quince minutos más tarde él también estaba muerto.

Princip tragó su cianuro, pero sólo lo hizo enfermar.

Francisco José enterró a su sobrino y a Sofía con indiferencia y marcó la tumba de Sofía con dos guantes blancos, símbolo de su estado de encinta.

Debería haber terminado con una serie de apologías. No fue así. Alemania y Rusia se vieron implicadas en la discusión entre Serbia y Austria. Luego también Francia y Gran Bretaña. La 1.ª Guerra Mundial había estallado. Justo cuatro años y medio después, morían 20 millones de personas.

De los 25 conspiradores enjuiciados en Sarajevo, 9 fueron absueltos y 16 fueron encontrados culpables, entre ellos los 3 estudiantes e inclusive Princip que fueron condenados a 20 años de prisión. Los 3 murieron en 4 años. Apis fue más tarde sentenciado a muerte.

Hoy, en Sarajevo, en el mismo sitio donde Princip se detuvo para llevar a cabo el asesinato, se ven sus huellas sobre el pavimento y en esa calle ha sido construido en su honor el Museo Gavrilo Princip.

Testimonio:

Borijove Jevtic fue arrestado también y más tarde describió el crimen en un artículo impreso en el *New York World*:

«Un diminuto recorte de un periódico, enviado sin comentario por una banda secreta de terroristas de Zagreb, capital de Croacia, a sus camaradas en Belgrado, fue la antorcha que encendió el fuego en el mundo con la guerra de 1914. Este papel arruinó antiguos y soberbios imperios. Dio nacimiento a nuevas naciones libres.

»Fui uno de los miembros de esta banda terrorista de Belgrado.

»El breve artículo declaraba que el archiduque austríaco Francisco Fernando visitaría Sarajevo, la capital de Bosnia, el 28 de junio para dirigir maniobras militares en las montañas vecinas.

»Llegó a nuestro lugar de reunión, el café llamado Zeata Moruna (Green Garland) una noche en los últimos días de abril de 1914. Los terroristas de 1914 pertenecían a todas las clases sociales. Muchos de ellos eran estudiantes. La juventud es el momento de la filosofía de la acción. Había también maestros, comerciantes y campesinos, artesanos y hasta

hombres de las clases altas eran ardientes patriotas. Eran diferentes en todo excepto en el odio al opresor.

»A estos hombres les fue enviado, por algunos amigos, el minúsculo pedacito de papel aquella noche de abril en Belgrado. En una pequeña mesa de un humilde café, debajo de un mechero de gas que brillaba con luz mortecina, nos sentamos y lo leímos... nuestra decisión fue tomada casi inmediatamente. ¡Muerte al tirano!»

Continúa describiendo las consecuencias del asesinato. «Los oficiales cogieron a Princip. Le pegaron en la cabeza con la hoja de sus espadas. Lo derribaron, lo patearon, arañaron la piel de su nariz con la punta de las espadas, lo torturaron. Todo menos matarlo... Yo estaba ubicado en la celda de al lado.

»Fue despertado en la mitad de la noche y le dijeron que sería llevado a otra prisión. Entonces Princip apeló ante el alcaide: “No hay necesidad de llevarme a otra prisión. Mi vida está ya menguando. Sugiero que usted me clave en una cruz y me queme vivo. Mi cuerpo llameante será una antorcha para iluminar a mi pueblo en su camino a la libertad”.»

Mao y la Larga Marcha

Cuándo: 1934

Cómo: La guerra entre el Koumintang de Chiang Kai-shek y los campesinos del Ejército Rojo se prolongó en China hasta 1928.

Al Ejército Rojo lo formaban voluntarios severamente disciplinados y sin embargo existía una igualitaria hermandad entre hombres y oficiales. Los más eminentes entre sus líderes eran Chang Kuo-t'ao y Mao, viejos amigos desde los días estudiantiles en Pekín y cofundadores del Partido Comunista Chino de Shanghái. Sus metas eran extremas: confiscar las haciendas a sus dueños y distribuir la tierra entre los campesinos pobres; establecer pautas socialistas en los medios de producción y corregir la desigualdad existente entonces en China.

Los soldados chinos gozaban antes de una reputación de crueldad. Hasta un proverbio se refiere a eso: «El hierro bueno no se convierte en clavo, así como tampoco el hombre bueno se transforma en soldado». Mao cambió

esto. Sus soldados, a diferencia de los otros, trataban bien a la gente. Decía una canción:

«1. Cierren las puertas cuando abandonen una casa. 2. Devuelvan y arrollen las esteras de paja. 3. Sean corteses y amables con la gente y ayúdenla. 4. Devuelvan los artículos prestados. 5. Sean honestos en todas las transacciones con los campesinos. 6. Paguen todos los artículos comprados. 7. Sean limpios, pongan las letrinas a una distancia prudencial de las casas.»

El comienzo de 1930 concierne al recién nacido Ejército Rojo. Chiang Kai-shek comenzó una guerra total pero perdió batallas. El Ejército ganaba practicando sus slogans tácticos: «Cuando el enemigo avanza, retrocedemos. Cuando hace alto y acampa, lo molestamos. Cuando busca evitar la batalla, lo atacamos. Siempre que retrocede, lo perseguimos».

Entonces Chiang comenzó a usar nuevos métodos sugeridos por sus consejeros prusianos. Construyó una serie de fuertes, extendió carreteras y comenzó a rodear al Ejército Rojo.

Los rojos recibían al consejo alemán a través del general Li The (Otto), que había sido metido de contrabando por el Comintem, el Soviet Comunista Internacional.

Mao y otros líderes habían ganado batallas operando desde la campaña y evitando las ciudades. Pero contra su consejo, Li The comprometió alrededor de 180.000 hombres en grandes batallas planeadas para tomar pueblos y ciudades. Y fueron derrotados gravemente.

Después de 7 años de luchas y triunfos, el Ejército Rojo se encontró rodeado. Las únicas opciones eran la rendición o la retirada. En un audaz golpe, Mao decidió retirar los 90.000 hombres que habían sido dejados a su cargo.

El 16 de octubre de 1934 comenzaron lo que más tarde se conoció como Liang Wan Wu-Ch'ien-Li Ch'ang Ch'eng, la Larga Marcha de 25.000 *li*. Comenzó en Fukien y terminó al final de la carretera, cerca del desierto de Gobi —una distancia de casi 9.700 kilómetros. Desde Jenofonte no hubo tan magnífica y moralmente triunfal retirada. Fue un camino marcado por batallas, privación, muerte y fe. Miles murieron.

El Ejército comenzó abriéndose paso entre las líneas y se instaló en Kweichow donde tomó el cuartel general del gobierno. Aquí, en una conferencia del politburó, Mao fue hecho presidente del Partido.

Fue bastante fácil para ellos cruzar el Yangtzé superior, el río de la Arena Dorada, pero desde allí se introdujeron en las montañas salvajes de Yünnan del este, donde un río traicionero corría a través de desfiladeros a miles de pies de profundidad. Todos los puentes para cruzarlo estaban ocupados por tropas enemigas. Todas las balsas habían sido conducidas a la orilla opuesta.

Chiang se figuró que había ganado y todo lo que debía hacer era acabar con ellos, cogiéndolos en el desfiladero. Olvidó su desesperación y su ingenio.

Una fuerza del comando rojo, después de caminar 85 millas a través de las montañas en 24 horas, capturó a un grupo nacionalista en un cruce. Entonces se pusieron los uniformes enemigos y persuadieron a las tropas de la otra orilla para que les mandaran balsas. Cruzaron el río en la oscuridad, se defendieron contra el ataque y se aseguraron una ruta hacia el este.

Pero había otro río para cruzar, el Tatú en Szechwan del este. Mao sabía que era imperioso que el Ejército Rojo rechazara a Chiang hacia el río. Para lograrlo, entraron en una peligrosa zona de tierra dominada por aborígenes, los Lolos, que odiaban a los chinos. Había dos clases de Lolos, Blancos y Negros. Los rojos se acercaron a los Negros diciéndoles que eran chinos rojos, enemigos de los chinos blancos (los nacionalistas) y, por lo tanto, amigos de ellos.

Gracias a un comandante rojo que conocía el idioma de los Lolos, se llegó a un acuerdo y el Ejército pudo tomar un atajo a través de su territorio. Fueron los primeros en cruzar el puente del Tatú.

Si no lo hubieran hecho así, probablemente los hubieran empujado por la fuerza hacia las montañas del Tíbet para morir en la nieve.

Delante de ellos estaban las montañas, las grandes montañas nevadas de Szechwan y muchas más detrás de ellas. Mao dijo después: «Sólo en la cima de Pao-tung Kand, el ejército perdió las 2/3 partes de sus animales de carga. Cientos cayeron y no se levantaron más».

A los hombres y mujeres de la Marcha no les fue mucho mejor. En julio llegaron al este de Tíbet, donde encontraron el Cuarto Frente del Ejército Rojo, conducido por Chang Kuo-t'ao.

Este y Mao se disputaron la supremacía, pero la disputa se interrumpió por el avance de las fuerzas de Chiang y la creciente de un río que dividía físicamente los dos ejércitos. Después, el ejército de Mao avanzó por semanas a través de lóbregos bosques, junglas, pantanos traicioneros y pasos montañosos constantemente amenazados por nativos que los odiaban.

«Buscar una oveja —reflexionó Mao más tarde— cuesta la vida de un camarada.»

En setiembre estaban muy metidos en los casi inhabitados Campos de Pastoreo. Llovía casi todo el tiempo y tuvieron que tomar su camino, guiados por nativos capturados, a lo largo de estrechos pasadizos para afirmar el pie.

Se perdió mucha gente, se desplomaban en el pasto mojado o desaparecían en los pantanos. No había nada que comer, excepto vegetales e hierbas salvajes. Por las noches «ligábamos y uníamos arbustos para construir refugios rudimentarios». Y, a pesar de la lluvia, no había agua potable; algunas veces debieron beber su propia orina.

Para la época que entraron en la llanura Kansu, quedaban sólo 7.000 hombres. Después de descansar un tiempo, se abrieron paso entre la caballería musulme y se encontraron las fuerzas rojas locales en el norte de Shensi. Era el 25 de octubre de 1935. La Larga Marcha había concluido.

De los 368 días de viaje, 235 habían sido empleados en marchas diurnas y 18 en nocturnas. El Ejército calculó haber pasado una escaramuza con el enemigo por día y 15 días en batallas más importantes; cruzado 24 ríos y 18 cadenas de montañas, 5 de las cuales tenían nieves eternas.

En Pekín, un piso entero del Museo Revolucionario está dedicado a la Larga Marcha. En un enorme mapa, luces de colores trazan cada etapa de la marcha, mientras un guía recuenta la historia.

Testimonio:

Según Chou En-lai: «Para nosotros, la más oscura hora en nuestra historia fue durante nuestra Larga Marcha hace 24 años, especialmente cuando cruzamos los Campos de Pastoreo cerca del Tíbet.

»Nuestra condición era desesperada. No sólo no teníamos para comer, sino nada para beber.

»Con todo sobrevivimos y obtuvimos la victoria.»

Un poema de Mao dice:

«El Ejército Rojo sin temer la Larga Marcha desafiante,
Se percibía ligeramente sobre los muchos picos y ríos,
La cadena de Wu Meng rosada, erosionada, ondulante,
Y los diferentes tonos de verde que tenían sus cimas redondeadas.
Tibios aleteos contra las rocas eran las olas del río de las Arenas
Doradas,
Y fría la estructura de hierro del puente Tatú.
Miles alegres *li* de refrescante nieve en Min Shan,
Y luego, vencido el último paso, el Ejército sonrió.»

Hiroshima y la bomba

Cuándo: 1945

Cómo: La caída de Little Boy, apodo de los científicos a la bomba de uranio de 9.000 libras, 10 pies de largo y 28 pulgadas de diámetro que encerraba el equivalente de 20.000 toneladas de T.N.T. y cuya construcción había costado 2 billones de dólares en un período de 2 años y medio, fue la más controvertida decisión tomada en la historia militar.

La llamaban «bomba atómica» porque contenía separadamente un núcleo atómico, que al ser bombardeado con neutrones, había estallar una reacción en cadena que liberaba enormes cantidades de energía, materia infinitesimal que se desataba en un poder infinito. Cayó en Hiroshima el 6 de agosto de 1945 e instantáneamente convirtió a la octava ciudad del Japón, de 300.000 habitantes, en lo que un escritor llamó «el conejillo de la India más grande del mundo».

No se dio ningún aviso, excepto el medio millón de panfletos que cayeron del cielo como miles de confettis 2 días antes. Avisaban: «Vuestra ciudad será destruida, a menos que el gobierno se rinda».

Ya en el verano de 1945, los más grandes centros urbanos de Japón, Tokio-Yokohama y Osaka, habían tolerado una destrucción «convencional» en un grado inimaginable por saturación y bombardeo.

B-29 las bombardearon diariamente con fuego, incendiaron 100 millas cuadradas de viviendas, destruyeron y arrasaron 2 millones de edificios, devastaron y dejaron sin casa a 13 millones de personas.

Los ataques se llevaban a cabo en bloque y se prolongaban durante toda la noche con 1.000 aviones y así fueron muertas y heridas 74.000 personas. Pero fue Hiroshima, una ciudad de significación militar menor y hasta entonces absolutamente incólume (los japoneses pensaron que los americanos la suponían un sector residencial), la que fue borrada del mapa por una simple bomba descargada por un avión.

Esa mañana del 6 de agosto, un B-29 Superfortaleza del Grupo Compuesto 509 de la 20.^a Fuerza Aérea, el Enola Gay —así llamado por la madre del joven piloto sureño que comandaba el avión, Paul Tibbets hijo— partió del pequeño atolón de Tinian en el Pacífico, lugar que fue tomado por los japoneses un año atrás.

Volando a una velocidad de 285 millas por hora y a una altura de 32.000 pies, su blanco era Aioi Bridge, en el corazón de los barrios céntricos de Hiroshima.

La bomba, que tenía escritas observaciones desagradables sobre el emperador, explotó en el aire a 560 metros sobre el suelo y sólo 250 metros fuera de su blanco.

Hubo un relámpago cegador de luz rosa, azul, rojo y amarillo —ninguno de los sobrevivientes coincide en el color— más brillante que 1.000 soles juntos y que provenía de una bola de fuego de 110 yardas de diámetro. En una fracción de segundo el punto de impacto alcanzó una temperatura de 300.000 °C. Y en un radio de 964 metros, los edificios se disolvieron, los puentes de piedra y de acero se quemaron y también el río que corría debajo, las baldosas de los tejados hirvieron y la gente se evaporó, dejando sus sombras impresas en paredes y pavimentos como negativos de radiografía.

En cuestión de segundos, 6.436 metros cuadrados del centro de la ciudad se extinguieron. Todos los relojes se detuvieron exactamente a la

misma hora, 8 y 15. Por la ionización, el aire sofocante se llenó con un nauseabundo y dulce «olor eléctrico».

El cielo brillante y azul iluminado por el sol se tornó de un color amarillo oscuro y una nube revuelta de humo a borbotones se elevó a 50.000 pies. A la distancia parecía un gigantesco hongo, pero para el Enola Gay que escapaba, la forma era más la de un signo de interrogación.

El capitán Robert Lewis, el copiloto, exclamó cuando lo vio enturbiando el aire: «Mi Dios, ¿qué hemos hecho?».

La nube rosa se calentó tanto que condensó vapor de agua. En un momento cayó una lluvia negra de gotas pequeñas como guijarros, pegajosas, y de un polvo radiactivo húmedo, salpicando la piel de los sobrevivientes con manchones rojos.

Cien mil japoneses en total habían muerto en una hora más o menos. También 22 americanos que eran prisioneros de guerra. El número 23, un joven soldado salvado de la explosión, fue arrastrado por furiosos japoneses desde el campo de detenidos y asesinado.

La población que aún era capaz de caminar vagaba entre las ruinas humeantes en un atónito aturdimiento, incapaz de encontrar a sus seres queridos y de orientarse, porque toda señal de referencia se había desvanecido.

Asombrosamente los sobrevivientes sintieron poco dolor. Fue como si el gran horror de lo desconocido suprimiera el horror más pequeño del sufrimiento.

Muchos de los que caminaban estaban desnudos, sus ropas habían sido quemadas o volaron y era imposible distinguir a los hombres de las mujeres entre los cuerpos.

Aquellos que usaban ropas blancas tenían menos heridas que otros porque los colores oscuros absorben, más que desvían, la luz termonuclear.

Los amigos no se reconocían entre sí porque algunos habían perdido sus caras. Otros tenían «impresiones» de su nariz u oreja en sus mejillas. Aquellos que se aproximaron para ayudar a los más seriamente inhabilitados encontraron que sólo estaban sosteniendo pedazos de carne carbonizada. Las heridas echaban humo cuando eran sumergidas en agua.

En su momento, otros 100.000 japoneses murieron lentamente de quemaduras y enfermedades producidas por la radiactividad. Esto, una de las más horripilantes consecuencias de la bomba atómica, se manifestó y continúa manifestándose caprichosamente —más temprano o más tarde— tanto entre personas malheridas cuyas cicatrices ya se han curado como entre otros que en apariencia habían escapado originalmente ilesos. Los síntomas, irregulares y repentinos, son inequívocos: pérdida de cabello, repentina e inmovilizadora debilidad, vómitos, diarrea, calor en los días más fríos, escalofríos en el verano, manchas de sangre debajo de la piel y un fuerte descenso de glóbulos blancos en el recuento sanguíneo.

Lo más terrible para esta gente fueron los efectos biológicos posteriores: un extraordinario número de defectos de nacimiento y mutaciones generacionales fueron encontrados en niños de madres que vivieron durante el bombardeo. Por primera vez, como escribió un corresponsal, no sólo gente inocente había sido asesinada, sino también los que todavía no habían nacido fueron mutilados.

A pesar de que los norteamericanos la arrojaron, la bomba atómica es producto del esfuerzo mancomunado de muchos hombres del pasado y del presente. Desde el descubrimiento de Roentgen en 1895 de la electricidad negativa de los rayos X, el descubrimiento que la materia y la energía son una sola por Einstein en 1905, al establecimiento de trabajos de radiactividad de Rutherford en Inglaterra y la búsqueda de un átomo, la historia armó constantemente pedazo tras pedazo el rompecabezas de la bomba atómica.

En las décadas del 1920 y 1930, el físico japonés Shimizu y su contrafigura en la URSS, Kapitka, compartieron informes con el italiano Fermi que logró la primera reacción en cadena en el uranio; con el alemán Hans que descubrió la fisión nuclear; con el danés Bohr que produjo el agua pesada como un propulsor para la radiactividad y así apresuró la reacción en cadena en el uranio natural al ser expuesto a un bombardeo de neutrón retardado; y con el americano Lawrence que separó isótopos en una difusión termal.

El fascismo europeo mandó a muchos de los más distinguidos científicos atómicos del mundo a América, y fue allí que la habilidad, los

medios, el método y el dinero, todo cristalizó esta realidad. Comenzó en octubre de 1938 cuando Einstein escribió al presidente Roosevelt la posibilidad de crear una bomba de fisión de un poder destructivo superlativo.

«Esto requiere acción», dijo Roosevelt a su ayudante.

La teoría detrás de la posibilidad se transformó en algo probable.

En Los Álamos, Nuevo México, se produjo el establecimiento del proyecto supersecreto de Manhattan en 1943, y allí se reunió un equipo de científicos extranjeros y americanos que trabajó con una velocidad y un espíritu de cooperación emocionantes. Después de esto, comenzaron a levantarse como espectros inoportunos las implicaciones del futuro.

Niels Bohr, ganador del Premio Nobel y una de las más brillantes luminarias que trabajaba en Los Álamos, se preocupó ya en febrero de 1944 por las implicaciones políticas que podría acarrear la bomba y la tensión que crearía entre las superpotencias, Rusia y Estados Unidos de Norteamérica.

«Un arma de poder incomparable está siendo creada. A no ser que se llegue a un acuerdo internacional para el control de estos nuevos materiales activos (uranio, plutonio, etc.), sacándose así alguna ventaja temporal, una perpetua amenaza pesará sobre la sociedad», escribió a Churchill y a Roosevelt. El primero dijo: «No estoy de acuerdo». El otro: «La sugerencia no es aceptada».

Mientras tanto, Klaus Fuchs, otro refugiado alemán de Los Álamos, convencido de que ningún país, por benévolo que fuera, podía ser único poseedor de los medios con los que se podía destruir el mundo entero, pasó el secreto de la bomba a los rusos.

En abril de 1945, Einstein pensó por segunda vez sobre lo que él mismo había iniciado. Nuevamente escribió a Roosevelt pidiéndole extrema cautela en el uso de la bomba, pero el presidente murió y la carta quedó abandonada en su escritorio.

El alemán James Franck, el húngaro Leo Szilard y 57 científicos más de alta categoría solicitaron en junio de 1945 que «si los EE.UU. permiten el uso indiscriminado de estos medios de destrucción sobre la humanidad,

sacrificarán el favor público de que gozan a lo largo del mundo y precipitarán la carrera hacia el armamento».

«Cuando usted ve algo que es técnicamente bueno, usted sigue adelante y lo hace», dijo Robert Oppenheimer, encargado de los científicos del proyecto Manhattan.

Por otro lado, su compañero Arthur Compton quería una demostración no militar para «advertir» e «impresionar» a los japoneses antes de usar la bomba.

Stimson, el secretario de Guerra, y algunos otros miembros del Estado Mayor Conjunto insistieron en que la bomba salvaría la vida de 100.000 americanos y que si la arrojaban por sorpresa «en un blanco que combinara lo militar con lo residencial, produciría un shock psicológico máximo» (era la misma razón que Hitler había dado para atacar Rotterdam).

El general Marshall pretendía que los rusos entraran en guerra contra Japón y reservar la bomba para usarla en alguna posible fecha en contra de los soviéticos.

El general Eisenhower sentía que los japoneses estaban ya derrotados; la guerra acabaría el trabajo y traería la rendición. En pocas palabras dijo que la bomba era completamente innecesaria y provocaría la condenación del mundo.

Pero a lo largo de las discusiones y disputas, como observó después Compton, «parecía una conclusión tomada de antemano que la bomba sería usada».

La decisión final fue elevada al presidente Truman. Cuando John Tolaud, autor de *El sol naciente*, le preguntó si había hecho algún examen de conciencia antes de decidirse, él le respondió: «¡Por el infierno, no! Lo hice así nomás». Y chasqueó sus dedos en el aire.

Para Truman, la bomba era sólo otra arma poderosa en el arsenal de la justicia. El 24 de junio de 1945, desde Potsdam, ordenó que fuera enviada a la Fuerza Aérea. Y el 16 de julio estaba en Tinian.

El día 27 los japoneses fueron informados por primera vez del ultimátum amenazante, «destrucción total» o «rendición incondicional». En todo caso, los japoneses estaban ya pidiendo la paz a través de los rusos, que no estaban todavía en guerra con ellos.

Con todo, la bomba cayó anunciando una nueva era en la historia bélica del mundo.

Bombas A, bombas H y todas sus semejantes termonucleares son hoy comunes en nuestras vidas, si bien no en nuestras conciencias. Los U.S.A., U.R.S.S., China, Francia e India detonan diferentes versiones de ellas, variando los grados de megatones y magnitud sin constreñirse. Inglaterra, Canadá y Japón usan reactores atómicos para fines no bélicos, pero saben que estas comodidades pueden ser convertidas y fabricar puntas de torpedos y armamentos con poco tiempo de aviso.

El secreto de la bomba, que alguna vez fue el elemento de la inteligencia militar más cuidadosamente guardado, es conocido ahora por todos. Cualquiera que tenga conocimientos secundarios de física y alguno de laboratorio puede construir con facilidad su propia arma atómica simplificada para hacer las tareas del hogar.

Internacionalmente, sin embargo, se afirma que otras 12 explosiones sobre la superficie terrestre envenenarán irreversiblemente la atmósfera, ya sea a modo de ensayo o para su uso inmediato.

Las manecillas del reloj del Día del Juicio Final que aparece en la portada del *Boletín de científicos atómicos*, fundado después de la segunda Guerra Mundial por los hombres que construyeron la primera bomba, ahora están parados a los 3 minutos antes de la medianoche.

Testimonio:

El doctor Michihiko Hachiya, director del Hospital de Comunicaciones de Hiroshima, fue herido en el bombardeo mientras estaba en su casa a 1.700 metros del epicentro en Aioi Bridge. Su hospital estaba a 200 metros, más cerca del centro de destrucción.

Ochenta de los 190 médicos de la ciudad murieron durante el bombardeo, y Hachiya fue el único que llevó un registro de sus experiencias día por día desde el 6 de agosto hasta el 30 de setiembre de 1945. Este documento, único en los anales de la literatura sobre la bomba atómica, información técnica y perceptiva, fue primero escrito por entregas en una pequeña revista médica que circulaba entre los doctores y el personal de

empleados postales, telegráficos y telefónicos del Ministerio de Comunicaciones.

En 1955 el manuscrito fue llevado y publicado en América bajo el título de *Diario de Hiroshima. Apuntes personales de un médico japonés*.

Hiroshima en el primer día: «Estábamos parados en la calle, desconcertados y asustados, hasta que una casa al otro lado comenzó a inclinarse y luego con un movimiento estremecedor cayó a nuestros pies. Nuestra casa también empezó a tambalearse y en un minuto se desplomó en una nube de polvo. Otros edificios se venían abajo.

»Los incendios nacían de golpe y, movidos por un viento fuerte, comenzaron a extenderse.

»Finalmente, empezamos a comprender que no podíamos permanecer allí en la calle, entonces dirigimos nuestros pasos hacia el hospital. Nuestra casa había desaparecido; estábamos heridos y necesitábamos atención médica; y, después de todo, era mi deber estar con mi personal. Este último fue un pensamiento irracional: qué útil podía ser, herido como estaba.

»Nos pusimos en marcha, pero después de 20 o 30 pasos debí detenerme. Se acortó mi aliento, mi corazón golpeteaba, y mis piernas cedían debajo mío. Una irresistible sed se apoderó de mí y le rogué a Yaeko-san (su esposa) que me diera agua. Pero no había agua.

»Todavía estaba desnudo y, aunque no sentía la más mínima vergüenza, estaba perturbado al darme cuenta de que la modestia me había abandonado.

»Me detuve brevemente para descansar. Gradualmente las cosas que me rodeaban adquirieron claridad. Veía formas vagas de personas, algunas de las cuales lucían como espectros que caminaban. Otros se movían como espantapájaros, sus antebrazos y manos colgaban flojamente de sus brazos extendidos. Esta gente me dejó perplejo, hasta que repentinamente me di cuenta que habían sido quemados y estaban sosteniendo sus brazos para evitar la dolorosa fricción de la piel en carne viva frotándose contra su cuerpo.

»Una mujer desnuda llevando a un bebé también desnudo se puso ante mi vista. Evité mirarla fijo; a lo mejor habían estado en el baño. Pero luego

vi un hombre desnudo y se me ocurrió que alguna extraña cosa lo había privado de sus ropas como a mí.

»Una vieja estaba tirada cerca de mí con expresión de sufrimiento en su cara, pero no emitía ningún sonido. Una sola cosa era en verdad común a todos: el completo silencio...

»Las calles estaban desiertas, sólo cubiertas de muertos. Algunos parecía como si hubieran sido helados por la muerte en el momento en que se disponían a volar; otros tendidos laxamente como si algún gigante los hubiera arrojado a la muerte desde una gran altura.

»Hiroshima no era más una ciudad, era una llanura quemada. Por el este y el oeste todo estaba arrasado. Las montañas distantes parecían estar más cerca de lo que nunca recuerdo. Qué pequeña era Hiroshima sin sus casas...

»Entre el Hospital de la Cruz Roja y el centro de la ciudad no vi nada que no estuviera quemado. Los tranvías estaban detenidos y dentro docenas de cuerpos ennegrecidos, imposibles de ser reconocidos. Vi acequias llenas hasta el tope con gente muerta, que parecían haber sido cocidas en vida, allí distinguí a un hombre horriblemente quemado agachado cerca de otro que estaba muerto. Estaba bebiendo agua tinta en sangre. En una acequia había tantos muertos que los heridos no tenían suficiente espacio para tenderse. Debieron morir sentados en el agua...

»Qué débil es el hombre ante las fuerzas de destrucción. Después de esto, la población entera se vio reducida a un nivel general de debilidad física y mental.

»Aquellos que podían caminaban en silencio hacia los suburbios y colinas lejanas, sus templos destrozados, su iniciativa perdida. Cuando se les preguntaba de dónde venían, señalaban la ciudad y decían: "De allí". Y adonde iban, señalando lejos: "Hacia allá".

»Estaban tan destrozados y confusos que actuaban como autómatas... La gente desanimada había abandonado una ciudad destruida; el camino y los medios no tenían importancia. Algunos siguieron las vías ferroviarias; otros, como por instinto, habían elegido las sendas para peatones y los campos de arroz; mientras que otros se encontraron arrastrando los pies a lo largo de los lechos secos de los ríos.

»Cuando el día terminó fue como si hubiéramos estado suspendidos en el tiempo, porque no teníamos relojes ni calendarios.»

El primer hombre en la Luna

Cuándo: 1969.

Cómo: Eran las 9.32 de la mañana, hora del meridiano de 75°, el 16 de julio de 1969, cuando 3 astronautas, Neil Armstrong, Michael Collins y Edwin Aldrin se elevaron del Complejo de Lanzamiento 39 en la Apolo II. Impulsada por un cohete, el Saturno V, que tenía una altura de 364 pies, iba camino a la Luna, donde el hombre pondría su pie por primera vez.

Después que se detuvieron temporalmente a 115 millas sobre la Tierra para controlar los instrumentos, la nave se puso nuevamente en movimiento, viajando a una velocidad de 24.300 mph. Al cumplir 34 horas de vuelo, los astronautas comenzaron a transmitir al mundo un programa especial para televisión en color sobre lo que estaban haciendo. Más de 500 millones de personas lo presenciaron. Los tres dijeron que estaban impresionados por la visión de la Tierra que retrocedía y Aldrin agregó: «La visión es de fuera de este mundo».

Cuando se acercaron a la superficie de la Luna, el sistema de propulsión se incendió y el aparato disminuyó la velocidad de la nave de 6.500 a 3.700 mph y la puso en una órbita elíptica alrededor de la Luna. Eran las 1:22 P.M., hora del meridiano, el 19 de julio. Habían viajado 244.930 millas en poco más de 3 días.

Dieron 2 vueltas alrededor del satélite, luego reencendieron el sistema de propulsión para poner a la nave en una órbita aproximadamente circular entre 62 y 75 millas sobre la superficie. Armstrong dijo: «Se la ve como en los dibujos animados, pero existe la misma diferencia que cuando se ve un partido directamente o por televisión. No existe nada comparable al estar aquí».

Mientras la Apolo estaba sobre la otra cara de la Luna, desprendieron el *Eagle*, el módulo lunar, desde el *Columbra*, el módulo de comando. Armstrong y Aldrin, que caminarían en la Luna mientras Collins pilotaría el *Columbra*, gatearon a través del túnel estrecho entre los dos módulos y abrieron las compuertas conectivas para entrar en el *Eagle*.

Cuando volvieron a la cara conocida de la Luna, los expertos de la NASA en Houston les preguntaron por radio: «¿Cómo anda?».

«*Eagle* tiene alas», contestó Armstrong. El módulo lunar se había liberado del *Columbia*.

El *Eagle* comenzó una órbita extremadamente elíptica, volando alrededor de la Luna a casi 50.000 pies sobre la superficie. Desde allí comenzó a bajar aceleradamente hasta que estuvo a casi 7.600 pies de la superficie y 26.000 alejado del punto de aterrizaje planeado, en el Mar de la Tranquilidad al noroeste del cráter Moltke.

Casi a los 500 pies, Armstrong y Aldrin observaron hacia abajo para elegir el mejor lugar donde detenerse. Poco después los dos tomaron la dirección de los controles, poniendo al *Eagle* en semiautomático. Luego, una alarma programada mostró que el tablero de computación estaba sobrecargado; entonces los astronautas, con la ayuda de Houston, bajaron el aparato por medio de instrumentos y guías visuales. Fue un momento cargado de tensión. El *Eagle* fue dirigido hacia un cráter rocoso, un lugar poco favorable para aterrizar.

Armstrong mantuvo funcionando los motores durante otros 70 segundos, con el fin de alcanzar otro sitio de aterrizaje casi a 4 millas más lejos. Aldrin, en los últimos momentos, dijo: «Adelante, adelante, bien. Cuarenta pies. Estamos levantando algo de polvo..., desviando hacia la derecha... Luz de contacto. OK. ¡Pare motor!».

Habían aterrizado. Armstrong miró hacia abajo para ver, dijo después, un trozo de luna polvorienta que era soplada por el escape del cohete. Detuvo el motor y transmitió: «Tranquilidad al asentarnos. El *Eagle* ha alunizado».

Parecía calmo. Sin embargo su corazón estaba latiendo a 156 latidos por minuto, el doble del promedio habitual. Eran las 4:17, hora del meridiano, el 20 de julio de 1969.

Se suponía que los dos pasarían 8 horas inspeccionando el módulo, comiendo y descansando pero estaban ansiosos por abandonar la nave y explorar la Luna; ciertamente muy excitados para descansar.

Por lo tanto, Houston acordó que podían saltar el período de descanso.

Les llevó 3 horas ponerse el traje, incluyendo el embarazoso equipo de supervivencia. Pasaron 6 horas y media antes de sacar la presión de la cabina y estar preparados para abrir la compuerta.

Armstrong bajó lentamente los 9 escalones de la escalerilla. Cuando alcanzó el segundo, dejó caer una cámara de televisión. En las pantallas de toda la Tierra apareció la imagen de su pie calzado con una pesada bota. Luego tocó la superficie. Eran las 10:56:20 de la noche. Se detuvo para decir sus ahora famosas palabras: «Este es un pequeño paso para un hombre, pero un salto gigante para la humanidad».

Comenzó a describir la materia sobre la que estaba caminando: «Esta superficie parece estar compuesta por unas muy, muy finas partículas, como un polvo... Puedo patearlas fácilmente con la punta del pie. Es como polvo de carbón. Puedo ver las huellas de mis botas impresas en las pequeñas, finas partículas... No hay ningún problema en caminar por todos lados».

Aldrin, que había quedado en la cápsula, preguntó si tenía permiso para salir. «Quiero moverme hacia atrás e ir cerrando las compuertas en mi camino hacia afuera», dijo.

«Buena idea», contestó Armstrong.

«Este será nuestro hogar por el próximo par de horas —agregó Aldrin—. Queremos cuidar de él.»

Los dos saltaron como canguros, encontrándolo más fácil de ejecutar de lo que habían predicho los expertos.

Armstrong mostró a los espectadores la placa que puso en el lugar del aterrizaje: «Aquí los hombres del planeta Tierra pusieron por primera vez su pie sobre la Luna en julio de 1969. A. D. Venimos con fines de paz para toda la humanidad». Estaba firmada por los astronautas y por el presidente Richard Nixon. Pusieron también una bandera norteamericana de metal, que nunca ondeará en la Luna, donde no hay viento.

Durante las dos horas y media siguientes, Armstrong y Aldrin inspeccionaron si el *Eagle* tenía alguna avería debido al aterrizaje; estudiaron las depresiones dejadas por sus patas; corrieron, caminaron y recogieron datos.

Armstrong arrancó casi 50 libras de muestras rocosas y tierra que pusieron en un primer momento en valijas herméticas y luego en cajas de

aluminio. Más tarde un funcionario de la NASA dijo que «éstas tenían más valor que todo el oro de Fort Knox». Las rocas eran asombrosamente viejas, algunas más antiguas que cualquiera encontrada en la Tierra.

Los hombres establecieron tres sistemas instrumentales: un detector de la composición del viento solar, un detector sísmico y un reflector Láser.

Armstrong trató de obtener algunas muestras más profundas de materiales del subsuelo, pero tuvo dificultades: «Pude obtener la primera muestra profunda en las primeras 2 pulgadas sin mucho problema y luego martilleé tan fuerte como pude. Para la segunda necesité poner las dos manos sobre el martillo y costó unas buenas y hermosas abolladuras en el extremo superior del formón. Y no pude seguir más. Pienso que la profundidad total debe haber sido de 8 o 9 pulgadas».

«Pero, aun allí, la herramienta... no parecía querer mantenerse derecha, y cavó una especie de agujero pero no penetró en el sentido justo para que lo soportara... si aquello tenía algún sentido, para mí realmente no lo tenía.»

Hablaron de los cráteres, de las huellas que sólo alcanzaban 1/8 de pulgada de profundidad y las esferillas de vidrios pequeñitos en el suelo que lo hacían resbaladizo.

Después de dos horas y media retornaron al módulo. La visita a la Luna había concluido. Detrás de ellos dejaron «chatarras» —cámaras, equipos, herramientas y algunas huellas que probablemente permanecerán por siempre en ese suelo sin viento.

Había sido una extraña aventura, descrita casi prosaicamente por dos hombres atemorizados: el triunfo de la tecnología y el cumplimiento de un sueño que era tan viejo como la humanidad.

Testimonio:

Una vez que aterrizaron en la Luna, Armstrong y Aldrin contemplaron el satélite en el que pronto caminarían y transmitieron a la Tierra una descripción de lo que veían:

«Hay una llanura uniforme con un gran y variado número de cráteres distribuidos en forma regular. Y algunas sierras pequeñas, de 20 a 80 pies

de altura, supongo. Y materialmente miles de pequeños cráteres de 2 pies alrededor de la zona.

»Vimos bloques a un centenar de pies enfrente de nosotros, tienen bordes angulosos. En nuestro campo visual hay una colina, justo en el sendero delante nuestro. Es difícil de estimar, pero puede tener media milla o una entera...

»Yo había dicho que el color de la superficie es comparable en mucho a la que observamos mientras estamos en órbita en este mismo ángulo del sol —10° ángulo del sol aproximadamente—. Es mucho más bella sin color. Es gris y muy blanca cuando se mira de cerca. Y es de un considerable gris oscuro, un gris ceniciento, cuando miramos a 90° en dirección al sol.

»Algunas de las rocas superficiales, que han sido quebradas y desordenadas por el motor del cohete, están revestidas con este gris claro. Pero en el lugar que han sido rotas, muestran un oscuro, muy oscuro, gris interior que luce como si fuera basalto.»

OTROS HECHOS NOTABLES DE LA HISTORIA MUNDIAL

3000000-1500000 a.C. — El primer hombre verdadero surge en África y en India oriental.

Las criaturas bajaron de los árboles, aventurándose en la llanura. Después de andar a cuatro patas, aprendieron a caminar y correr con las dos piernas, lo que les permitió portar armas.

Descubrieron el fuego, aprendieron a cocinar.

Comenzaron a hablar cuando su aparato vocal se desarrolló. Mientras hablaban, su inteligencia se amplió. Llegaron a ser seres humanos. Todo lo que sabemos sobre ellos está basado en descubrimientos de huesos fosilizados y excrementos, herramientas y cenizas.

1792-1750 a.C. — Hammurabi escribió el Código de la Ley

El sexto y más conocido rey de la 1.a dinastía amorita de Babilonia, Hammurabi, ganó la inmortalidad por la introducción de un código de 282

leyes. Éstas se ocupaban de cuestiones comerciales, de matrimonio, robo, esclavitud y deudas.

1250 a.C. — El Éxodo de Egipto y los 10 Mandamientos

Moisés condujo a 600.000 hebreos esclavizados fuera de Egipto —a través del mar Rojo, que separó sus aguas en dos para dejarlos pasar— hacia la seguridad.

Cuando subió al monte Sinaí, recibió los 10 Mandamientos de la mano de Dios. El primero decía: «No tendrás otro Dios más que yo». El décimo: «No codiciarás la casa ni la esposa de tu prójimo...»

1210-1200 a.C. — La Guerra de Troya

Según *La litada*, del poeta griego Homero, París, hijo del rey de Troya, raptó a Helena, esposa del rey de Grecia. Este hecho condujo a un sangriento conflicto que se prolongó 10 años entre los griegos y los troyanos. El primer encuentro entre los orientales y occidentales.

Los griegos convencieron a los troyanos para que admitieran en su ciudad un colosal caballo de madera, que tenía guerreros escondidos en su interior. Troya cayó.

355-323 a.C. — Alejandro el Grande conquista el mundo

Criado por su madre y educado por Aristóteles, el joven Alejandro tomó el control de Macedonia después del asesinato de su padre.

A la cabeza de 30.000 soldados, conquistó el imperio persa. Se dirigió luego a conquistar la India, pero sólo logró su muerte de malaria en Babilonia.

73 a.C. — La rebelión del esclavo Espartaco

Espartaco era un esclavo romano que había sido entregado como gladiador. Encabezó una sublevación con otros 78 esclavos fugitivos y el ejército aumentó rápidamente a 12.000 hombres.

Durante tres años atacaron y derrotaron a las legiones romanas. Pero finalmente las fuerzas combinadas de Craso y Pompeyo los aplastaron.

800 d.C. — Carlomagno fue coronado emperador del Sacro Imperio Romano

El más grande de los reyes medievales, Carlomagno de Frankland, conquistó y convirtió al cristianismo el territorio que ahora ocupan Francia, Bélgica, Alemania, Austria, Suiza, Italia del norte, Polonia, Hungría, Yugoslavia y los Países Bajos.

Fue proclamado jefe del Sacro Imperio Romano por haber defendido la vida y el papado de León III.

1215 — El rey Juan firma la Carta Magna

Cuando 40 barones, furiosos con el rey Juan porque había usurpado sus derechos y privilegios, se preparaban para destronarlo, él transigió. Se reunió con ellos en una pradera de Runnymede y firmó una carta, la Carta Magna, que eventualmente sirve como plan detallado para la ley inglesa común.

1231 — El comienzo de la Inquisición

La Inquisición fue el procedimiento iniciado por la Iglesia católica para suprimir la herejía.

Con procedimientos secretos, cualquier acusado de hereje era entregado a los funcionarios seculares para quemarlo.

Esta Inquisición medieval que alcanzó la mayor parte del norte de Italia y el sur de Francia, se prolongó en la más imparcial y bárbara, la Inquisición española en 1483, año en que 2.000 personas fueron quemadas en la hoguera.

1256 — La invención de la pólvora

Mientras un polvo explosivo había sido inventado por los chinos en el siglo X, la versión moderna se debe a un monje franciscano inglés, filósofo y experimentador llamado Roger Bacon.

La fórmula era: 41,2% de salitre y 29,4% de carbón y de azufre.

En 1325 se descubre la posibilidad del uso de la pólvora en relación con el revólver.

1272 — Marco Polo va a Catay

Un mercader veneciano, viajero y narrador, Marco Polo, fue el primer hombre que cruzó el continente asiático entero. Visitó dos veces Catay, nombre tártaro de China, y fue recibido por Kublai Khan, emperador de los tártaros.

Polo les dio a los occidentales la primera visión de la vida en la China medieval. Más tarde, mientras fue prisionero de guerra, escribió *Los viajes de Marco Polo*.

1381 — La revuelta campesina

El clérigo inglés John Ball predicaba la igualdad social y fue encarcelado. Más tarde, un ex soldado, Wat Tyler, dirigió a 20.000 campesinos insatisfechos contra Londres.

El rey Ricardo II, que tenía 14 años, cedió ante ellos e introdujo reformas.

La pequeña revuelta terminó cuando el Lord Mayor de Londres apuñaló a Tyler hasta matarlo y Ball fue ahorcado. Todos los derechos concedidos fueron revocados por el Parlamento.

1428 — Juana de Arco defiende a Francia

El rey Carlos II controlaba el sur de Francia y su reino fue amenazado por el asedio inglés a Orleans.

Una hija de un granjero, de 17 años de edad, Juana de Arco, escuchó la voz de Dios que le decía que debía salvar al rey. Se dirigió a Carlos, quien la convirtió en jefa de sus ejércitos y la envió en contra de los ingleses. Venció.

Más tarde, capturada por sus enemigos, fue juzgada y quemada en la hoguera. En 1920, la mártir fue convertida en santa por la Iglesia católica.

1455 — La invención de la imprenta: la Biblia de Gutenberg

Mark Twain alguna vez llamó a la imprenta «el acontecimiento incomparablemente más grande de la historia del mundo».

John Gutenberg, de Mainz (Alemania), produjo modernas impresiones en serie, gracias a su invento de las letras móviles.

Treinta documentos existentes prueban que hubo un Gutenberg, pero sólo tres que él fue impresor.

Gutenberg lanzó la impresión de la famosa Biblia de 42 líneas con su nombre, aunque Peter Schoeffer, que le brindaba apoyo financiero, probablemente produjo la mayor parte de esta histórica versión.

1492 — Colón descubre América

A las 2 de la mañana del 12 de octubre, un navegante en la borda de La Pinta divisó a la luz de la luna un promontorio de piedra caliza.

La visión fue recibida como una liberación por los 88 hombres agotados que habían estado navegando en tres pequeños barcos durante 9 semanas. Buscaban la costa oriental del Asia bajo el mando de un visionario, el capitán Cristóbal Colón.

Al amanecer Colón puso su pie en tierra (actualmente una isla menor de las Bahamas) cargado con insignias reales y estandartes flameantes, para proclamarla en nombre de los reyes de España.

Algunos tripulantes, que habían estado hablando de amotinarse unos días antes, cayeron ahora a sus pies y le pidieron perdón.

Pero, ¿fue Colón el verdadero descubridor de América? Según las sagas nórdicas, Leif el Afortunado, hijo de Erik (Leif Erikson), perdió su rumbo en un viaje desde Groenlandia y fue arrastrado por la corriente a Norteamérica alrededor del año 1000. Sin embargo, las informaciones de las sagas vikingas son tan contradictorias como inconclusas.

1543 — Copérnico dirige una revolución en la astronomía

Nicolás Copérnico nació en Polonia 19 años antes del descubrimiento de América.

A simple vista, siguiendo los destellos de luz en el cielo nocturno, de este hombre nació una teoría radical: la Tierra gira alrededor del Sol y no el Sol alrededor de la Tierra.

Derrocó las firmemente establecidas teorías de Ptolomeo y estableció el fundamento de la astronomía actual.

1684 — Isaac Newton descubre la gravedad

Fue en una granja inglesa donde Newton vio la famosa caída de la manzana, aunque hacía ya tiempo que trabajaba en teorías sobre la gravedad.

Fue un genio que también determinó las propiedades de la luz; inventó el telescopio reflexivo; desarrolló leyes fundamentales de movimiento; creó el cálculo.

Después de publicar su teoría sobre la gravedad, hizo muy pocos trabajos científicos. En su lugar se dedicó a la política y fue designado director de la Casa de la Moneda.

1783-1830 — Bolívar y la independencia de Sudamérica

En Roma, Simón Bolívar, a los 22 años de edad, juró liberar a su Venezuela nativa y a otras colonias sudamericanas de la dominación española.

Circunstancialmente, dirigió los ejércitos que otorgaron la independencia a Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia (que lleva su nombre) y Panamá. Luchó en 200 batallas y tuvo 200 amantes.

Murió a los 47 años, de tuberculosis.

1789 — La toma de la Bastilla - La Revolución Francesa

Cuando Luis XVI negó al pueblo francés un gobierno representativo, casi 8.000 personas asaltaron una armería y marcharon hacia la Bastilla, la cárcel de los aristócratas en París. Entraron, encontraron sólo 7 prisioneros dentro —4 falsificadores, 2 locos y un lord irlandés que había estado encerrado durante 30 años por deudas— y los liberaron.

El único comentario que hizo el rey en esta oportunidad fue: «Nada». Pero *sí* que era algo: condujo a la Revolución Francesa que duró 10 años. Esta produjo la dictadura de Napoleón Bonaparte y más tarde un retorno a la monarquía con Luis XVII. Finalmente se estableció un sistema de libertad política y de derechos humanos.

1792 — Comienza la lucha por los derechos femeninos

Mary Wollstonecraft, una institutriz inglesa, publicó un libro, *Reivindicación de los derechos de las mujeres*, demandando educación para ellas y su participación en el gobierno. Fue el primer manifiesto feminista. Era la madre de Mary Shelley.

1812 — Retirada de Napoleón en Rusia

Napoleón invadió la Rusia zarista y tomó Moscú, interesado sólo en su poder personal y en la expansión del imperio francés.

Los rusos retrocedían incesantemente para ganar tiempo; la topografía y el clima colaboraron con ellos y derrotaron al emperador.

El ejército francés de 500.000 se redujo a 20.000 sobrevivientes, mientras huían de Moscú y de Rusia, en un helado invierno.

Como consecuencia, el sistema imperial francés se desintegró y Napoleón desapareció de la escena mundial.

1821 — Champollion y la piedra de Rosetta

La misteriosa piedra fue descubierta por un oficial ingeniero francés cerca de Rashid o Rosetta, en Egipto en 1799. En ese momento Jean François Champollion era un niño francés de 9 años.

La losa de basalto negro parecía un tablero y llevaba una inscripción indescifrable.

A los 13 años, Champollion estudiaba ya árabe, caldeo, copto, chino y lenguas oscuras como zend, pahlavi y parsi, y a los 17 era un eminente egiptólogo. Le llamó la atención esta piedra que había sido llevada a Londres después de la derrota de Napoleón. Por medio de su conocimiento de las lenguas muertas, descifró su escritura —un decreto-ley de los sacerdotes egipcios del 196 a.C—, y abrió la puerta hacia el pasado glorioso del antiguo Egipto.

1871 — La Comuna de París

Después de la derrota francesa en la guerra franco-prusiana, la nación se dividió en dos facciones. Una era el nuevo ejército republicano bajo el mando de Thiers, en Yersalles, y la otra la Comuna de París, compuesta por

proletarios y por la Guardia Nacional. Esta última, que controlaba la capital, abolió la conscripción militar, separó a la Iglesia del Estado, puso al mismo nivel el salario de los funcionarios públicos y el de los trabajadores calificados, planeó la transferencia de las fábricas abandonadas a las asociaciones de los trabajadores y admitió mujeres en el gobierno.

El 21 de mayo, el ejército de Versalles entró en París, ejecutó 20.000 comuneros, arrestó 36.000 ciudadanos, y encarceló y deportó 15.000.

1905 — Einstein formula la teoría de la relatividad

Einstein, un desconocido de 26 años que estaba trabajando en una oficina de patentes suiza, publicó un artículo titulado *Teoría especial de la relatividad*.

Afirmaba que la luz no seguía las leyes fundamentales de Newton acerca del movimiento; que nada podía moverse más rápido que la luz; que masa, energía, espacio y tiempo están relacionados mucho más de lo que se había pensado.

Los principios básicos de su teoría condujeron al microscopio electrónico, la televisión, el ojo eléctrico y la bomba atómica.

1917 — La Revolución Rusa

El levantamiento ruso no comenzó con un gran proyecto político sino que se debió a millones de estómagos vacíos, así como a la opresión del zar y la tensión creada por la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial.

En marzo, 150.000 soldados se enfrentaron en Petrogrado a los rebeldes y tomaron el control de la ciudad. El zar abdicó en breve.

En octubre, después que Lenin retornó desde Europa y Trotsky de USA, la minoría bolchevique comenzó a asumir el poder. El gobierno temporal de orientación moderada, levantado por Kerensky, fue derrotado y el partido bolchevique estableció un nuevo gobierno soviético, que introdujo un programa de comunismo de Estado.

1933 — El incendio del Reichstag - Surgimiento de Hitler

Justo antes de la crucial elección para confirmar a Adolfo Hitler como canciller de Alemania, el Reichstag (edificio del Parlamento alemán) fue destruido por el fuego.

Los nazis acusaron a un joven, a quien declararon parte de un complot del Partido Comunista Alemán. Las evidencias posteriores, sin embargo, indican que fueron ellos mismos los que iniciaron el incendio.

Este hecho produjo el surgimiento de un Hitler todopoderoso y, a través de él, el fin de la constitución de Weimar, de toda oposición política, de todas las libertades civiles, y condujo a la salvaje persecución de los judíos y a la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial.

1942-1943 — Stalingrado: Hitler contra los rusos

Operación Barbarroja era el nombre en clave de la invasión de Hitler a Rusia. El ataque alemán cubrió 1.500 millas, desde el mar Negro hasta el Ártico. Inicialmente el Wehrmacht obtuvo espectaculares victorias, pero gradualmente las líneas de suministro y el movimiento de la tropa fueron estorbados por lluvia, frío y nieve.

El ejército llegó a Stalingrado y allí Rusia se aprestó para una conclusión forzosa. Durante semanas la lucha ardió en las calles.

Pero los ejércitos soviéticos tuvieron éxito en un movimiento de pinzas que aisló a 250.000 soldados alemanes. Estos, al verse cercados, quisieron abrirse paso y reencontrar sus unidades de socorro, pero Hitler no las poseía en ese momento.

El 30 de enero, los alemanes, magullados y hambrientos, se rindieron en masa.

1944 - Día D

La invasión a la Europa de Hitler, a través del cruce del Canal desde Inglaterra, llevada a cabo por las Fuerzas Aliadas, comenzó el 6 de junio de 1944. Fue llamada Operación Sobrecarga y mantenida en secreto.

Cinco playas francesas eran las puntas de lanza del operativo y fueron protegidas por el ataque aéreo más grande de la historia (900 aviones, 100

planeadores y 183.000 paracaidistas).

Las embarcaciones de desembarco trajeron oleadas de soldados aliados. Se informó más tarde que en la sangrienta playa Omaha, 2.500 hombres fueron muertos, heridos o perdidos. A pesar de esto, la invasión tuvo éxito y el Tercer Reich fue sentenciado a muerte.

1945 — Fundación de las Naciones Unidas

Cuarenta y seis naciones enviaron 300 delegados a San Francisco para formar un cuerpo mundial que «salvaría a las sucesivas generaciones del flagelo de la guerra». Después de 9 semanas de trabajo intensivo, la Carta de las Naciones Unidas fue terminada el 25 de junio de 1945.

Este organismo está instalado en Nueva York, incluyendo una Asamblea General consultora y un Consejo de Seguridad (que ha crecido desde 9 miembros originales a 27 en nuestros días) que da lugar permanente y reto a las grandes potencias.

1945-1946 — El juicio de crímenes de guerra en Nüremberg

El juicio de Nüremberg abarcó los crímenes cometidos contra la humanidad por los líderes nazis en Alemania, después de 1939. Los USA, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética, representados por ocho jueces, se sentaron en el tribunal.

De los 22 nazis juzgados por tortura, deportación, persecución, crimen y exterminación en masa (como la muerte de 6 millones de judíos), 19 fueron encontrados culpables y 3 sobreseídos. Doce recibieron sentencia de muerte, 3 cadena perpetua y 4 condenas menores.

1957 — Sputnik - El comienzo de la era espacial

El 5 de octubre, la Unión Soviética lanzó un satélite artificial al espacio. El *Sputnik* («Compañero de viaje») era del tamaño de una pelota de playa (23 pulgadas de diámetro), poseía 4 antenas plegables y un transmisor interno, que enviaba señales en dos frecuencias de radio de difusión normal. También llevaba instrumentos científicos.

El satélite se movió en la órbita de la Tierra durante 15 semanas, antes de caer a través de la atmósfera e inflamarse. Inauguró una nueva era en la historia: la era espacial.

1967 — El primer trasplante de corazón humano

El doctor Christian Barnard, de 44 años, hijo de un ministro, y un equipo de 30 adjuntos, ejecutaron el primer trasplante de corazón en el Hospital Groote Schuur de Capetown, Sudáfrica. La operación llevó 5 horas.

El receptor fue Louis Washkansky, de 55 años, comerciante de venta al por mayor, que había sufrido sucesivos infartos. El donante fue Denise Ann Darvall, víctima de un accidente automovilístico, de 25 años.

«Mi momento de verdad, el momento en que la enormidad de esto realmente me golpeó, fue justo después que había sacado el corazón de Washkansky. Miré hacia abajo y vi ese espacio vacío...», dijo Barnard.

El paciente murió 18 días después del trasplante. Su nuevo corazón estaba todavía fuerte, pero fue víctima de una neumonía.

Los descendientes de los amotinados del Bounty en la isla Pitcairn

Casi durante dos siglos, los amotinados del famoso *Bounty* han estado trabajando por su existencia en una pequeña isla volcánica en el sur del océano Pacífico, la isla Pitcairn.

Fletcher Christian seleccionó este remoto, inaccesible sitio, como un lugar seguro y oculto a los grupos de búsqueda británicos que, estaba seguro, serían enviados cuando la noticia del motín llegara a Inglaterra.

El 28 de abril de 1789, el día del motín, el *Bounty* estaba retornando a casa después de haber permanecido durante casi 6 meses en Tahití. Su misión había sido obtener la difusión del árbol del pan entre los dueños de las plantaciones de las Indias Orientales, para procurar el aprovisionamiento de comida barata para los trabajadores nativos.

Alguien dijo que la tripulación se había puesto nostálgica por la buena vida que había gozado en Tahití y encontró la disciplina del capitán Bligh cada vez más intolerable.

Cualquiera que haya sido su causa, Christian y sus compañeros amotinados echaron en un pequeño bote a la deriva al capitán y a 18 tripulantes que le eran leales. El viaje en ese bote repleto y su regreso final a Inglaterra es una historia bien conocida de supervivencia.

En cuanto a los rebeldes, Christian navegó hacia Tahití, donde 16 de los hombres decidieron quedarse. Pero él y otros 8, junto con 6 tahitianos y 12 mujeres, se dirigieron a Pitcairn. Arrojaron el barco entre las rocas, sacaron todos los elementos que podían servir y, finalmente, el 23 de enero de 1790 lo quemaron.

El pequeño grupo comenzó lo que Christian imaginó como una idílica, pacífica existencia en una isla utópica. Sin embargo, los problemas los acuciaron casi inmediatamente debido, en parte, a la proporción desigual de hombres y mujeres.

En 4 años murieron 5 amotinados, incluyendo a Fletcher, como también todos los hombres tahitianos. El primero en morir por causa natural fue Edward Young, de asma, en 1800. Sólo 10 años después del motín, John Adams (alias Alexander Smith) era el único sobreviviente masculino, con 11 mujeres y 23 niños.

«Tuve un sueño», relató Adams, «que cambió toda mi vida. Un ángel que parecía estar parado a mi lado me habló, amonestándome por mi vida pasada, y después me llamó a arrepentirme e ir y enseñar a los niños el camino de la Biblia de Christian.

Luego de esto, Adams, con el mayor de los hijos de Fletcher, buscó en el arcón de marinero de Christian y encontró su Biblia y el libro de rezos, que su madre le había dado años antes. Estos fueron los libros de texto usados en la escuela que se organizó.

Desde este momento, bajo la benevolente guía de un amotinado penitente, el poblado comenzó a desarrollarse como una sociedad pacífica.

El mundo exterior conoció por primera vez su existencia en 1808, cuando el capitán Mayhew Folger, a bordo del barco americano *Topang*, avistó la isla y se detuvo para buscar focas. Para su asombro, un pequeño

bote remó suavemente desde la costa y 3 jóvenes lo saludaron en «un perfecto inglés», solicitándole que atracara allí porque tenían un hombre blanco en tierra.

El capitán informó su hallazgo, pero el descubrimiento de este escondite no causó impresión en Inglaterra porque estaban preocupados con las guerras napoleónicas. Fue 7 años más tarde que dos barcos ingleses volvieron a encontrar la isla, casi por accidente, y nuevamente los capitanes pasmados encontraron jóvenes de habla inglesa.

El amotinado John Adams asumió las responsabilidades para ser llevado a Inglaterra bajo arresto y, de esta manera, demostró su anhelo por retornar a la tierra natal a despecho de los cargos pendientes sobre él. Su mujer, su hija y otros miembros de la comunidad le rogaron que no partiera.

«Obligarlo a marcharse», escribió el capitán del *Tangas*, «en oposición a ellos y a sus ruegos, hubiera sido un ultraje a la humanidad». Adams entonces se quedó en Pitcairn, muriendo allí en 1829 a la edad de 62 años.

Ya más en contacto con el mundo, los habitantes hicieron dos tentativas en la década de 1800 para asegurar su futuro, en contra de las amenazas de sequía y el terror a la sobrepoblación. Algunos emigraron una vez a Tahití, más tarde a la isla Norfolk. Un grupo retornó, organizó un sistema de gobierno y la colonia entera abrazó la fe Adventista del Séptimo Día. Hoy esta iglesia es la única de Pitcairn.

Algunas personas que visitaron la isla informaron que la comunidad era devota, hospitalaria, alegre y vivía en economía cerrada. Las casas y los muebles eran simples, aunque adecuados, a la manera de la antigua Polinesia. Para cubrirse, las mujeres hacían *tapas*, una especie de vestido de papel. Era un trabajo lento y laborioso, pero las prendas producidas eran confortables y a la vez modestas. Las mujeres también sabían cómo preparar abundantes comidas a partir de los alimentos existentes en la isla. La dieta era predominantemente vegetal y frutal e incluía carne y pescado, una o dos veces a la semana. La comunidad vivía como una gran familia y aumentaba su población por medio del casamiento entre primos. Debemos notar que desde varias generaciones atrás, no hubo en apariencia degeneración de las condiciones genéticas ni enfermos endémicos. Por el

contrario, los últimos visitantes los describen como individuos básicamente sanos, fuertes y listos.

Su población declinó de más de 200 en 1937 a menos de 70 en 1974. Sólo 6 familias están ahora representadas, 3 de las cuales perpetúan los apellidos de los amotinados: Christian, Young y McCoy.

En contra de muchas conveniencias modernas, la gente vive a la manera como lo hacían sus antepasados. Sus vestidos *tapa* han sido reemplazados por el vestuario estilo *western*, en su gran mayoría abandonado por los barcos que han pasado.

Tienen unas cuantas motocicletas, unos pequeños autos para moverse y hay también motores para lanchas. Pero todavía se requiere gran habilidad de parte de los marineros para evitar los peligros de las botaduras y de los ataques.

Las lanchas han sido siempre y son todavía el único medio por el cual cualquier persona o cosa llega o sale de allí. Aún hay días en los que no saben cuándo llegará el próximo barco.

No es fácil organizar una visita a Pitcairn. Los turistas que optan por permanecer más de 24 horas son los que tienen la aprobación del consejo de la isla y del gobierno inglés de Auckland, en Nueva Zelanda. Aun cuando el permiso es generalmente concedido, el procedimiento lleva meses.

Ian M. Ball, un corresponsal austríaco, tuvo éxito en este trámite. En su libro *Pitcairn: hijos del motín*, hace algunas observaciones sobre el estilo de vida de la que «es probablemente la más remota isla habitada de nuestro planeta».

Escribe: «La vida social gira alrededor de una cosa: comida». Contó 42 platos diferentes en la mesa de una fiesta de nacimiento, a la que asistió inmediatamente después de su arribo. Fue la primera de cerca de una docena de fiestas a la que los Ball y sus tres chicos fueron invitados, a lo largo de una estadía de un mes.

Había carne de cabra y pollo; carne de vaca en conserva y lengua importada de Nueva Zelanda. Espaguetis conservados en frío se mostraban en la mesa del buffet, con etiqueta y todo. Los pescados de la isla aparecían al lado de latas de sardinas de Portugal. Otros platos tenían papas irlandesas, remolachas, judías, guisantes, coles, cebollas encurtidas, puré de

tomates, zanahorias hervidas, bananas, calabaza cocida al horno y habas. Variedad de ensaladas con la misma presentación, estaban acompañadas por pan y bizcocho caseros cocidos en hornos de piedra. Y luego los postres: pasteles de calabaza en forma de panes cuadrados, hechos dentro de las latas que los hombres enderezaban; gelatinas de fruta y tortas surtidas; bollos y pastelitos. La fruta fresca estaba olvidada, probablemente porque era un alimento muy común en la vida diaria como para ser usado en ocasiones festivas. Y también los productos lecheros; ellos no tenían paladar para el queso y la leche. El agua era su bebida favorita.

Los invitados, bien limpios y pulcramente vestidos, se alineaban por edad de 11 meses a 80 años. Charlaban excitadamente con sus parientes, con los que habían estado la mayor parte del día. El tema central era la comida.

El anfitrión imponía silencio y luego entonaba una bendición solemne. Después de un «Amén» espontáneo de cada uno de los presentes, gritaba: «¡Ahora tomen! ¡Hagan saber si es suficiente con un grito!».

El correo, la iglesia, el palacio de justicia y el pequeño dispensario estaban agrupados en la plaza. También allí, dos piezas del recordado *Bounty* en exhibición pública: la Biblia y el ancla de 12 pies. Actualmente no está la Biblia del barco, sólo existe la que la madre de Christian le dio y que John Adams sacó de su arcón. Es la reliquia más reverenciada.

La campana del barco, ubicada también en ese lugar, ha sido siempre usada como el único medio de comunicación. A través de los años su código ha permanecido igual:

5 campanadas: «¡Barco a la vista!».

4 campanadas: reparto público de las mercancías que traen los barcos.

3 campanadas: reunión de la aldea.

1 campanada: servicios religiosos.

A los chicos se les ha enseñado que nunca deben hacerla sonar jugando.

Ian notó que «la campana tiene hoy una abolladura profunda en la parte de abajo, la solución que los isleños adoptaron cuando un hombre no pudo ser salvado de la horca: hicieron sonar la campana un número confuso de veces y pusieron a la comunidad en falsa alarma.

Cuando la campana suena 5 veces, se produce una gran excitación en la aldea. Los hombres echan a correr hacia las lanchas, cogiendo su provisión de curiosidades talladas a mano, cestas tejidas por las mujeres, frutas frescas y sellos que son populares entre los comerciantes y coleccionistas de todo el mundo. Quieren vender sus productos en los barcos que pasan.

Cinco campanadas también significan que habrá atención médica, siempre que el barco lleve un doctor. Nunca hubo uno en la isla. En el pasado, si los remedios caseros fallaban, el paciente moría. Ahora tienen un radioaficionado, Tom Fletcher, descendiente de la sexta generación de Fletcher, que puede solicitar una ayuda de emergencia si un barco está lo suficientemente cerca como para responder al llamado. En años recientes, la Iglesia Adventista del Séptimo Día ha exigido al pastor tener una esposa que sea enfermera registrada.

Según Ball, el pastor actual siente que la mayor parte de los miembros de la congregación ve sus orígenes como una «historia deshonrosa». No hay cultura folklórica y se le da poca importancia al pasado. Cuando se les pregunta la opinión de por qué sus antepasados se amotinaron, los hombres de alguna relevancia en la comunidad responden: «Está todo en el film de Charles Laughton. Fue la crueldad de Bligh... No hubiera podido hacer nunca lo mismo que hizo Fletcher... Pero esto no quiere decir que tengamos algún rencor contra él. Nadie lo odia realmente.».

Los deseos de Fletcher de la isla utópica nunca se materializaron. Los isleños continúan enfrentando penalidades y un futuro incierto provocado por los recientes ensayos atómicos franceses, a 500 millas de distancia.

A pesar de las muchas y constantes amenazas contra la continuidad de su existencia, los viejos prefieren permanecer allí. Sin embargo, los jóvenes parecen sucumbir cada día más a los encantos del mundo exterior y hablan con ardor de una tercera y quizás última evacuación.

La otra cara de algunos personajes históricos

Serie de personas que en diferentes campos del esfuerzo humano han obtenido un pequeño renombre en el pasado o el presente por sus

realizaciones interesantes o por sus carreras particulares, pero cuyas vidas personales han sido ignoradas u olvidadas por los historiadores y los biógrafos.

Joan Anglicus (818-855). Papa de Roma

«Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu Nombre. Vénganos el Tu reino, así en la tierra como en el cielo. Danos hoy a nuestro Florus diario...» La oración de la papisa Juana al Señor sustituía Su Nombre por el de Florus, su chambelán privado y amante.

El Vaticano tiene muchos secretos y quizás el más cuidadosamente guardado a través de los años es éste: durante 2 años, 5 meses y 4 días, entre 853 y 855 d.C., el papa fue una mujer.

En algún lugar entre el papa León IV (847-855) y el papa Benedicto III (855-858), Juana, que había vestido como hombre toda su vida, ocupó el más alto asiento de la Iglesia católica. Gobernó casi dos años y medio, y hubiera gobernado más a no ser porque su sexo verdadero fue descubierto cuando dio a luz un niño en un ceremonia pública.

Durante tres siglos la Iglesia procuró echarla en el olvido como una ficción, a pesar de que más de 1 5 0 historiadores religiosos entre los siglos XIII y XVII conocían su corto reinado.

Juana nació en Bretaña en 818; fue a la escuela en Colonia donde se enamoró de un joven monje benedictino llamado Felda. Se disfrazó como hombre para acompañarlo a Atenas y cuando murió, varios años después, Juana fue a Roma para entrar en el sacerdocio.

Gracias a su erudición, ganó un puesto en la universidad como profesor de ciencia. Desde allí había un corto paso al Vaticano, donde Juana — llamada Juan de Inglaterra— se convirtió en notario de la curia. Daba conferencias y sermones constantemente y su popularidad creció. Su escalada en la jerarquía eclesiástica fue rápida.

En 853, fecha probable de la muerte del papa León IV (cambiada por los apologistas de la Iglesia al año 855), se buscó un nuevo pontífice. Como escribió Emmanuel Royadis en su biografía romántica *Papisa Juana*, publicada en 1886: «Ellos alababan la virtud y el altruismo del padre Juan, insistiendo en que, como no tenía sobrinos para proponer ni tampoco un

harén para mantener, era más seguro que él gastaría la renta de San Pedro entre los pobres. La discusión duró 4 horas completas... De pronto ella escuchó el grito de sus partidarios elevándola al cielo, saludando al nuevo pontífice Juan VIII. Tembló de alegría mientras vestía la túnica púrpura sobre sus hombros y se ponía las zapatillas en presencia de la Cruz».

El autor fue excomulgado de la Iglesia por haber escrito este relato. Cuando los críticos desacreditaron su biografía diciendo que era una larga invención, Royadis publicó una serie de panfletos indignados: «Cada frase de mi libro... está basada en los testimonios de autores contemporáneos».

Durante su reinado, la papisa introdujo témporas y consagró al rey Luis II de Francia. Según Royadis, «también ordenó 14 obispos, construyó 5 iglesias, agregó un nuevo artículo al Credo, escribió 5 libros contra los iconoclastas...».

Las cosas iban marchando totalmente bien para Juana hasta que, en el segundo año de su reinado, se enamoró de su chambelán privado, un jovenzuelo de 20 años llamado Florus. Se convirtieron en amantes y Juana, horrorizada, se encontró embarazada.

Su deseo era desaparecer del Vaticano por algún tiempo, tener el niño en secreto y desembarazarse de él, pero las circunstancias la mantuvieron confinada.

Entonces, un día, durante una procesión ceremonial desde San Pedro hasta el Palacio Lateranense, ella sintió los dolores del parto mientras cabalgaba, aunque todavía no era la fecha indicada.

La procesión fue interrumpida. Ella bajó de su caballo y cayó en la calle y, delante de los ojos de una muchedumbre pasmada, «un niño prematuro salió de entre los pliegues de las vestimentas del Papa».

La multitud, dándose cuenta de que no era un milagro y sintiéndose decepcionada, se enfureció. Juana fue atada a la cola de su caballo y arrastrada a través de las calles romanas, para luego traerla al sitio donde se había descubierto la mentira. Allí fue apedreada hasta morir.

La enterraron en el centro de esa avenida. Su hijo sobrevivió y, más tarde, fue obispo de Ostia. Florus se retiró a un monasterio.

Las tentativas para desacreditar la verdadera existencia de Juana han sido muchas y fuertes. Todavía hoy los papas evitan la calle donde ella dio a

luz, en airada deferencia a este ejemplo de lucha de una mujer en un mundo de hombres.

William Beckford (1759-1844). Un constructor excéntrico

Fue el constructor más excéntrico que haya existido, además de mimado hijo del siglo XVIII, prolífico autor, pianista prometedor y brillante lingüista. Pero a pesar de estos atributos, la historia lo recuerda más por su gusto salvajemente raro en arquitectura y por el igualmente extravagante estilo en que lo satisfizo.

Nació en Londres en 1759, hijo de un rico e influyente terrateniente con extensas posesiones en las Indias Occidentales.

Cuando murió su padre, el niño de 10 años las heredó junto con un millón de libras y la finca familiar —Fonthill— en Wiltshire. Se le confió al conde de Chatham la crianza del jovencito y éste aprendió a tocar el piano con Mozart. Fue un buen estudiante de lenguas, incluyendo el árabe y el persa. Viajó extensamente por Europa y fue educado por maestros privados porque su madre no creía en la educación convencional.

A los 20 años se encontraba en Venecia gozando de los favores de una amante vieja, que había sido previamente la querida de Casa- nova. Más tarde se casó con una dama con título nobiliario y tuvo 4 niños, pero fue acusado durante largo tiempo de ser homosexual. Un rumor —que él nunca se molestó en desmentir— decía que había corrompido a un joven amigo en la aldea de Powderham.

A pesar de la vida galante que llevó en sus 20 años, Beckford fue realmente productivo: escribió 10 u 11 libros, 2 bajo el improbable seudónimo de Lady Harriet Marlowe y Jacquette Agneta Mariana Jenks.

Su producción literaria incluía *Vathek*, una novela que fue considerada una obra maestra de la literatura gótica. Su protagonista es un califa que construye cinco palacios, cada uno dedicado a un sentido. La escribió en francés y luego la tradujo al inglés. También trabajó en crítica literaria ofreciendo una colección de garrapatos marginales bastante anticonvencionales, titulados *Frutos del orgullo y flores del disparate*.

Fue en 1790 que el joven tomó posesión del manejo de sus propios asuntos comerciales y retornó a Fonthill para vivir como un caballero desocupado.

Había adquirido algunos conocimientos de arquitectura en sus viajes por el exterior y decidió construir él mismo una casa de proporciones épicas. Más que una casa sería su monumento personal y llegó una vez a decirle a lady Craven: «Crecí rico para construir torres».

El primer paso fue la construcción de una pared alrededor de la obra para dejarla fuera de la mirada de los curiosos. Esta fue diseñada por el conocido arquitecto James Wyatt y medía 12 pies de alto y 7 millas de perímetro. Listo para comenzar, Beckford reunió alrededor de 500 obreros y a muchos los hizo dejar los trabajos que estaban realizando, ofreciéndoles generosas sumas.

El, que toda la vida había actuado impulsivamente a menudo a su propia costa, ahora mostró los signos de una clásica personalidad compulsiva, insistiendo en que el trabajo debía continuar al mismo ritmo que el reloj, hasta en condiciones climáticas poco favorables y poca luz, y hasta sin ella.

El local zumbaba continuamente de actividad hasta medianoche; aun cuando cayera una lluvia torrencial y una espesa niebla oscureciese los árboles, los casuales transeúntes podían ver una constante caravana de obreros alumbrando su camino con antorchas y trabajando en los andamios. Tanto ellos como los vecinos estaban convencidos de que Beckford estaba loco.

Obsesionado por la velocidad, los obreros, para ganar tiempo, ponían a la vez la madera y el concreto, sin poner cuidado ni pensar en la resistencia o intensidad de la construcción.

Terminada la abadía, también llamada Fonthill, era como una catedral de estructura rosa que se elevaba 300 pies en el aire y a partir de una base

excesivamente estrecha. Parecía una manzana almibarada que se sostenía en un palillo. Antes que los toques finales hubieran sido puestos en esta colosal atrocidad arquitectónica, una suave agitación la abrió en dos, como una balsa de madera, y cayó desplomándose estrepitosamente al suelo.

Beckford examinó brevemente los daños y luego emitió una orden: «Construyan una nueva torre. ¡Ahora!».

El basamento original era muy angosto y ésa fue la razón por la que se había producido el derrumbe. Era simple lo que había que hacer, pero él no quería esperar a que uno nuevo fuera construido. Pagó más de un cuarto de millón de libras para obtener piedra y agregarla a la mezcla de madera y cemento. Los obreros se movieron más velozmente que nunca. Para el 20 de diciembre de 1800 tenía su torre.

La fiesta para festejar el estreno fue tan extravagante como el propio edificio. El mismo supervisó la colgadura de varios miles de faroles de colores en la densa maleza que separaba la abadía del ancestral edificio vecino, donde habían estado parando los más distinguidos invitados después de su arribo, entre ellos el almirante Nelson y sir William Hamilton. Cuando llegaron a la abadía junto a su anfitrión, enmudecieron ante tanta opulencia y tanta vastedad.

Ricos tapices colgaban sobre las paredes, cortinas de felpa purpura cubrían las ventanas y la casa tenía muebles de ébano taraceado.

Fueron recibidos por una banda que tocaba *Manda Bretaña* y por soldados del «ejército privado» de Beckford, a quienes había contratado con fines decorativos. Los invitados comieron ante una mesa de 50 pies de largo y se emocionaron por las palabras pronunciadas, pero se sintieron un poco decepcionados porque él les había prometido «unos cuantos días de reposo confortable, sin la contaminación ni la charla de parásitos de sala», y cuando llegaron se dieron cuenta que muchos otros también habían sido invitados.

La suntuosa comida servida esa noche debió ser cocinada en la vieja casa familiar y traída desde allí a la abadía, ya que su cocina no había sido todavía construida. Pero en la Nochebuena, Beckford ordenó que la comida del día siguiente fuera preparada en el edificio nuevo. Eso significaba que una cocina debía ser levantada literalmente en esa noche.

Nuevamente los obreros trabajaron a todo lo largo de la noche a un paso vertiginoso, economizando materiales aquí, cortando ángulos allá y terminándola a la salida del sol. Más tarde, en ese mismo día, cuando el dueño de la casa y sus invitados comían una excelente cena, la primera hecha en la abadía, fueron aturridos por un ruido atronador.

Como era de esperar, el calor del fuego usado para cocinar fue superior al que podía soportar la argamasa y el cemento todavía mojado, y la cocina se desplomó. Se le informó a Beckford y, sin moverse de la silla, él dijo a sus sirvientes que fuera construida una nueva. Luego retornó a su comida, como si no hubiera sido interrumpido por nada más problemático que un derramamiento de vino.

Tiempo después se instaló definitivamente en la abadía, ocupando una de las 18 diminutas y mal ventiladas habitaciones. Lo recibió un ejército de sirvientes, que incluía un enano español de librea encargado de recibir a los invitados.

Pasaron los años, su fortuna disminuyó y su renta desapareció junto con ella. Como la construcción contribuía a aumentar su fastidio, la vendió en 350.000 libras esterlinas a un comerciante de municiones, John Farquhar. Él se trasladó a Bath, donde construyó una torre de 130 pies. Le enloquecían dos cosas: los espejos y las mujeres, y, como en Fonthill, construyó nichos en los corredores para que se ocultaran las criadas cuando su amo pasaba cerca.

Mientras estaba confortablemente acomodado en su nueva propiedad, escuchó que la abadía Fonthill había sido completamente destruida por un fuerte ventarrón, y se rió silenciosamente para sí mismo.

Vivió en Bath sin problemas y a los 84 años murió.

Louis Braille (1809-1852). Inventor y maestro

Era hijo de un guarnicionero de la aldea de Coupvray, en las afueras de París. A los 3 años, mientras jugaba en la tienda de su progenitor, se clavó una lezna en su ojo izquierdo y en el curso de pocas semanas encegueció de ambos ojos.

Las reformas de Napoleón no incluían a los débiles y a los impedidos; un niño ciego era comúnmente adiestrado para ser un mendigo profesional

o puesto a apalea carbón en una fábrica.

Simón René Braille, sin embargo, estaba decidido a que su hijo no sufriera tal destino. Lo mandó a la escuela de la aldea hasta que tuvo 10 años y luego lo llevó a París y lo puso en el Instituto Nacional de Jóvenes Ciegos.

En esa época el establecimiento tenía en su biblioteca exactamente 3 libros, cada uno de los cuales estaba dividido en 20 partes que pesaban 20 libras cada una. El contenido de ellos estaba grabado en grandes letras realzadas y así aprendió Braille a leer.

Fue un estudiante excepcionalmente hábil, tanto en su trabajo en la Academia como en el piano y el órgano, y antes que pasara mucho tiempo ya ayudaba a enseñar a los niños más pequeños.

En el mismo año que Louis Braille entró allí, un tal Charles Barbier, capitán de artillería del ejército de Luis XVIII, informó a la

Academia de Ciencias que había inventado una «escritura de noche», un sistema de puntos y rayas en relieve sobre un cartón delgado que, combinados de una manera determinada, servían para mandar mensajes. Cuando más tarde trajo su trabajo al Instituto, el joven Braille se puso a perfeccionarlo.

Trabajaba silenciosamente en la cama durante la noche, valiéndose de una tablilla, aguja y resmas de papel suave. Probó y descartó este método, hasta que finalmente se le ocurrió un sistema que usaba sólo puntos. Descubrió que con un modelo patrón de 2 puntos atravesados y 3 puntos abajo —6 en total— lograba un número bastante grande de variaciones posibles. A través de este patrón que era como una «celdilla», Braille gradualmente divisó 63 combinaciones separadas que representaban todas las letras del alfabeto francés (la w fue agregada más tarde al serle requerido por un inglés), acentos, signos de puntuación y signos matemáticos.

El doctor Pignier, director del Instituto y entusiasta de Braille, adoptó su método casi inmediatamente y en unos pocos y gratificantes años el inventor asistió a su florecimiento allí mientras él mismo se encargaba de enseñarlo; a la vez que estudiaba en el Colegio Francés, actuaba como

organista en Notre Dame des Champs y pronto comenzó a componer aplicando su sistema a la notación musical.

Sus talentos musicales fueron inmediatamente reconocidos; dio un concierto que fue aclamado por muchos de los músicos más eminentes de su época y comenzó a frecuentar la mayoría de los salones musicales de la capital francesa.

Pero la burocracia gubernamental impidió que su sistema fuera oficialmente adoptado en el Instituto y cuando Pignier partió, su sucesor insistió en que los maestros retomaran a las aprobadas letras en relieve. Su método se transformó entonces en clandestino. Los estudiantes continuaban aprendiéndolo y usándolo, pero subrepticamente, y eran castigados cuando se les sorprendía.

Existe una historia muy romántica acerca de cómo el gobierno francés reconoció la superioridad del método de Braille sobre todos los otros existentes. Supuestamente una joven ciega y muy talentosa, Thérèse von Kleinert, a quien Braille le había enseñado el órgano y sus métodos de lectura, ejecutó en el elegante salón de una rica señora parisina ante muchos de los intelectuales contemporáneos. Después de los aplausos, informó a la audiencia que a la persona a quien se debía rendir honores era a un tal Louis Braille, que había desarrollado el sistema que le permitió a ella copiar las partituras musicales y aprender a leer y escribir.

Hizo notar tristemente que Braille estaba muriendo de tuberculosis sin haber sido reconocido. Según la historia, el discurso de Thérèse cambió el asunto y el método fue rápidamente adoptado en toda Francia.

Diácono William Brodie (1741-1788). Modelo para el doctor Jekyll y el señor Hyde

La figura de la vida real que inspiró los ficticios Dr. Jekyll y Sr. Hyde, fue un ebanista de Edimburgo y diácono llamado William Brodie. Nació en 1741 y murió ahorcado en 1788, después de haberse preparado para que su «cadáver» fuera secretamente revivido por un médico francés.

Desde la madurez hasta su muerte, Brodie vivió una increíble doble vida: de día era un próspero hombre de negocios y un respetado funcionario en la ciudad; de noche, el jefe enmascarado de una pandilla.

En 1885, cuando el inquieto Robert Louis Stevenson se encerró en su estudio durante 3 días para escribir *El extraño caso del Dr. Jekyll y el señor Hyde*, tomó a William Brodie como modelo.

Toda su vida había estado obsesionado con este personaje. Creció en Edimburgo, donde una calle fue llamada Brodie, y fue criado en un cuarto de niños fabricado con un antiguo armario hecho a mano por Brodie. Stevenson conocía perfectamente los antecedentes del caballero de dos caras.

A los 15 años, Stevenson escribió un melodrama, *Diácono Brodie o la Doble Vida*. Más tarde, la pieza teatral en colaboración con W. E. Henley, que tuvo un éxito moderado en Londres, Nueva York y Filadelfia. Prefigurando a Jekyll y Hyde, el autor le hace decir al diácono: «Si fuéramos tan buenos como parecemos, ¿qué sería del mundo? La ciudad tiene su máscara y nosotros por la noche estamos desnudos».

Más tarde reflexiona: «¿No puede el hombre tener derecho a una doble vida? ¿No puede poseer 8 de 24 horas? Sólo me miran las estrellas, soy una vez más un hombre hasta la mañana».

Sin embargo, Stevenson no estaba seguro de haber aprovechado bien a Brodie. En 1885 su mujer lo despertó de una horrible pesadilla: había estado soñando la escena de la primera transformación de Jekyll y Hyde. Inmediatamente, basando el argumento en este sueño, basó su obra maestra moderna. Según lo confirmó una amiga suya, la señora E. Blantyre Sympson, el personaje fue sin embargo inspirado en Brodie.

Hasta la gran autoridad escocesa del crimen, William Roughead, afirma que «es casi seguro que su hondo conocimiento del diácono haya influido en el subconsciente de Stevenson».

Brodie debió abandonar precipitadamente Edimburgo porque un miembro de la banda, al ser echado de ella, se dirigió a la policía para acusarlo. Un mensajero del rey fue despachado para perseguirlo. En Londres evadió dos veces al detective con mucha sencillez. Luego el fugitivo se embarcó en una pequeña embarcación que se dirigía hacia el continente. Los pasajeros vieron su rostro en carteles que pedían su captura y avisaron a las autoridades que el hombre había cruzado el Canal. Lo encontraron finalmente escondido en un aparador en Ámsterdam.

El juicio fue realizado el 27 de agosto de 1788. Como se había decidido que el proceso no podía ser prorrogado, los jueces estuvieron sentados 21 horas consecutivas sin interrupción, mientras Brodie permanecía de pie tras la barra. Fue encontrado culpable y sentenciado a la horca. En su celda lo encadenaron al piso.

La última mañana de su vida, comió de buena gana un biftec y salió con muy buen humor a cumplir la sentencia. Estaba seguro que podía burlar a la muerte: había deslizado un tubo de plata en su garganta para evitar la asfixia, sobornando al verdugo para que pusiera la soga de tal manera que no rompiera su cuello y, también, sobornando a un médico para que lo reanimara.

Después que quedó colgando y que la soga fue cortada, sus amigos lo pusieron en una carretilla y lo condujeron con rapidez al cirujano.

Una leyenda escocesa afirma que sobrevivió y que fue visto vagabundeando en París años después. Pero su cadáver puede ser encontrado detrás de la capilla del Bienestar en Edimburgo, y en la Corte de Justicia están su linterna y su juego de ganzúas. No, el diácono Brodie no sobrevivió hasta que Robert Louis Stevenson se despertó de aquella pesadilla.

Cinque (1813?-1880). Un amotinado africano

Aun después de su muerte en 1974, Donald David DeFreeze, el líder del Ejército de Liberación Simbiótico, permanece como una figura misteriosa y hasta desconocida para su familia. Adoptó el nombre de general Field Marshall Cinque, un negro que encabezó un motín a bordo de un barco que llevaba esclavos y trató de regresarlo a África. Se sabe más sobre este hombre que sobre el líder terrorista que tomó su nombre.

El antiguo Cinque ocupó muchas más primeras planas en los periódicos que DeFreeze, 135 años después. Era hijo de un minero en lo que es ahora la República de Sierra Leona, en la costa oriental de África. Lo llamaban *Sing-Gbe*, en la lengua de la tribu. Sin embargo, la prensa lo apodó «Cinque» y así permanece en la historia.

En la primavera de 1839 fue apresado por unos tratantes de esclavos, que lo vendieron a un comerciante portugués para ser embarcado a Cuba.

En este primer viaje no tuvo oportunidad de escapar, ya que los esclavos estaban encadenados pierna con pierna en las estrechas cubiertas del *Tecora*. Gastó todas sus fuerzas y su coraje para poder sobrevivir los 3 meses de viaje, rodeado por hombres, mujeres y niños que morían atados a sus cadenas. Los captores los alimentaban a la fuerza como a gansos para ser vendidos en el mercado, azotándolos para someterlos y frotándoles vinagre y pólvora en sus heridas para prevenir las infecciones.

Al atracar en La Habana, Cinque y 52 hombres más fueron comprados por dos cubanos llamados José Ruiz y Pedro Móntez a menos de 10 dólares por persona. Marcharon sin cadenas ahora, hacia otro puerto cubano ubicado más en el este y fueron cargados a bordo de la goleta *Amistad*. Pero nunca llegaron a destino porque Cinque convenció a sus compañeros para que se amotinaron. Ellos deben haber estado muy impresionados por su líder que, de acuerdo a las palabras de un periódico contemporáneo, parecía un personaje bastante heroico.

«Tiene 5 pies y 8 pulgadas de altura, de 25 a 26 años, una figura erecta, está bien constituido y es muy activo», escribió el periodista más tarde. «Se dice que puede vencer hasta a dos hombres juntos. Para ser un negro africano tiene un semblante inusualmente inteligente y revela una tranquilidad y una decisión poco común, con una serenidad que caracteriza al coraje verdadero... Mientras espera ser ejecutado manifiesta, sin embargo, una sangre fría, digna de un estoico bajo circunstancias similares.»

Su palabra fue también inspiradora para su banda porque, según el abolicionista Lewis Tappan, él era «un orador naturalmente poderoso y nacido para sacudir las mentes de sus compañeros». De cualquier modo, en la cuarta noche de viaje, los otros esclavos lo siguieron a la cubierta donde toda la tripulación, menos el timonel, estaba durmiendo.

Cogieron los cuchillos de los marineros que tenían 2 pies de largo y rápidamente se hicieron cargo de la situación. Cinque mató al capitán y al cruel cocinero, pero ningún otro sufrió daño alguno. Pusieron a la tripulación en botes y los echaron al mar; sólo Móntez y Ruiz fueron retenidos para que guiaran la goleta de vuelta a África.

El capitán Cinque asumió el mando de la nave y usaba una tabaquera con una cuerda alrededor de su cuello como insignia de su rango. Su tripulación se vistió con las ropas encontradas a bordo.

Ordenaron a través de señas a Móntez y a Ruiz que navegaran hacia el sureste, hacia Sierra Leona y que se fueran turnando en el timón. Pero sus antiguos amos los engañaron y fueron moviendo el barco un poco hacia el norte o al oeste cada noche. Después de 50 días, la *Amistad* terminó en las aguas de Nueva York.

Los amotinados desembarcaron y compraron provisiones con el oro que encontraron a bordo, sirviéndoles de traductor un esclavo que había aprendido unas pocas palabras del idioma inglés en África. Pero pronto un bergantín americano de vigilancia costera divisó el barco y «su casco y costados... cubiertos de musgo, mientras sus aparejos y sus velas presentaban el aspecto del Barco Fantasma después de una travesía fabulosa».

Cuando los americanos subieron a bordo, Cinque se zambulló en el agua evadiendo, de esta forma, a sus perseguidores por más de una hora. Finalmente lo apresaron y la *Amistad* fue devuelta al oficial de justicia en Nuevo Londres, donde los amotinados fueron acusados de asesinos y piratas.

Allí se realizó uno de los más sensacionales juicios del siglo, un juicio que muchos historiadores consideran como la causa de una guerra civil. Un comité de abolicionistas defendió a los acusados y su caso alcanzó al fin la Corte Suprema, en febrero de 1841. El ex presidente John Quincy Adams defendió su postura con elocuencia.

La Corte decidió que los hombres no eran ni súbditos ni esclavos españoles y que debían «ser declarados libres y se les debía levantar la custodia de la Corte y dejar partir sin retraso».

Luego Cinque y sus hombres recorrieron el norte del país recolectando dinero para pagar su viaje de regreso. El viaje fue un gran suceso en cuanto a las finanzas y a los comentarios que acarreó.

Un periodista del *New York Sun* escribía sobre Cinque: «Sus ojos pueden revelar su pensamiento, desde el desacato tranquilo de un jefe altanero a la gran resolución que debe ser sostenida a través del martirio...

Muchos hombres blancos podrían haber tomado una lección de dignidad y de paciencia de este africano».

Se juntó dinero más que suficiente como para permitir al grupo de negros alquilar el bergantín *Gentlemen* y navegar hacia Sierra Leona. Fue el 2 de diciembre de 1841.

Más tarde el líder se convirtió en intérprete de una misión cristiana en su tierra, pero nunca se arrepintió de su comportamiento a bordo de la *Amistad*. Una vez le preguntaron si no habría orado por el capitán y el cocinero, en lugar de matarlos, en el caso en que tuviera que hacerlo de nuevo. «Sí —contestó—, hubiera rezado por ellos y también los hubiera matado.»

Murió en 1880, de casi 67 años.

John Cleland (1709-1789). Autor inglés

Ganó inmortalidad escribiendo un simple libro, *Fanny Hill o las memorias de una mujer de la vida*, que más tarde el censor Anthony Comstock llamó «el libro más obsceno que se haya escrito jamás».

Se piensa que fue hijo de un recaudador de impuestos llamado William Cleland, un fanfarrón que sirvió como modelo para el ficticio Will Honeycomb de Joseph Addison. Fue educado en Westminster School en 1722.

Llegó a ser el cónsul inglés en Smirna y, en 1736, trabajaba para la Compañía de la India Oriental en Bombay. Perdió este empleo, después de discutir con su empleador, y retornó a Londres empobrecido. Malogrado su intento de mantenerse por medio de la escritura, terminó en la prisión por deudas.

En la cárcel fue puesto junto a un editor, Ralph Griffiths de 28 años, que le ofreció una fianza para salir de allí si escribía una novela licenciosa. Estuvo de acuerdo y el resultado fue *Fanny Hill*, que apareció en 2 volúmenes en 1750. Era una sexual (30 actos de copulación y perversión), eufemística y escandalosa historia de experiencias acrobáticas en el dormitorio de una huérfana de 15 años.

La novela le dio 10.000 libras esterlinas al editor (cerca de 25.000 dólares hoy en día) y a su autor sólo 20 guineas (alrededor de 50 dólares). Y

también dio ganancias al vendedor, Drybutter, castigado con la picota por haber «alterado y empeorado el lenguaje del libro después que había recibido una crítica favorable en la *Monthly Review*.

Cleland escapó del castigo cuando Lord Granville, presidente del Consejo Privado, intervino a su favor y hasta le otorgó una pensión de 100 libras esterlinas en pago a la promesa de que no escribiría más libros sucios.

Hasta ese momento había escrito 2 libros pornográficos, ya que *Las memorias de un fanfarrón* fue publicado un año después del anterior, y entonces desistió de meterse nuevamente con la pornografía. Escribió artículos políticos para periódicos, con la firma de «Britano» o «Modestus». También varias piezas dramáticas, una de ellas titulada *Timbo-Chiqui o el salvaje americano, un entretenimiento dramático en tres actos*.

Después de dejar Inglaterra para instalarse en Francia, se dedicó enteramente a escribir oscuros libros de filología. Entre sus más conocidos panfletos sobre el lenguaje, uno está escrito en sánscrito y otro en celta antiguo.

La revista de los hombres de febrero de 1789 publicaba la lista mecanografiada de los muertos recientes y entre ellos: «En Petty, Francia, a los 80 años, Mr. John Cleland... Tenía una conversación agradable y llena de anécdotas, conocía la mayoría de las lenguas vivas y las hablaba todas con fluidez. Como escritor se mostró a sí mismo en novelas, canciones y los más brillantes párrafos, pero cuando tocaba la política... era un soporífero».

Fanny Hill fue el clásico clandestino más importante de la literatura erótica durante 2 siglos, hasta que fue publicado abiertamente por una firma de Nueva York, Hijos de G. P. Putnam en 1963. Le hicieron juicio y la editorial ganó, perdió luego una instancia intermedia y de nuevo ganó en la Corte de Instancias en 1964, 4 votos contra 3. *Fanny Hill* era libre al fin.

Robert Coates (1772-1848). Actor inglés

Uno de los peores actores de la historia del teatro fue un inglés llamado Robert Coates, que había nacido en las Indias Orientales. Apodado Romeo por su apasionada forma de actuar y Diamante por su originalidad en el vestido, llegó en la pubertad a estar loco por las tablas. En 1809 invadió —quizás «asaltó» sería la palabra indicada— el teatro londinense para dedicar una larga y desenfrenada vida a probarse que era otro Garrick, y

llamándosele a menudo el Dotado Aficionado. No lo era en realidad, pero se entretuvo bastante en su camino.

Le gustaba representar Shakespeare y diseñó sus propios vestuarios para *Hamlet* y *Macbeth*. Como Romeo apareció con un sombrero blanco emplumado, capa de lentejuelas y pantalones, que usaba también fuera de la escena.

Antes de aparecer en una obra de Shakespeare, la adaptaba de acuerdo a lo que convenía a sus talentos. «Pienso que lo debo perfeccionar», dijo a sus sorprendidos amigos.

Mejóro el final de *Romeo y Julieta*, intentando forzar con una palanca la tumba de la joven. Cuando le gustaba hacer particularmente una escena, la repetía tres veces en una misma representación mientras el público permanecía estupefacto en sus asientos.

Fue probablemente el actor más inepto de la historia del teatro inglés. Recorrió incansablemente de arriba abajo las Islas Británicas, declamando sobre las tablas. Año tras año encontró burlas, chiflidos, risas, pero insistía sin perturbarse. Durante una representación, en Richmond, varios espectadores se agitaron tanto por reírse que se debió llamar a un médico para atenderlos.

Los representantes teatrales, temiendo la violencia del público, lo excluyeron de la escena, pero él los sobornó para que le permitiesen aparecer. Y cuando los compañeros actores se negaron a actuar con él porque temían agresiones corporales, les trajo guardias para tranquilizarlos.

En resumen, por pura insistencia y por la audacia que da la mediocridad, se convirtió en un personaje legendario adornado con joyas, pieles y botas de arpillera. Fue la estrella de los teatros más importantes de Londres y dio representaciones ante la realeza. Nada parecía poder moverlo de su lugar ante las candilejas: ni la crítica, ni el ridículo, ni las amenazas de linchamiento. Todos coincidían en que sólo la muerte podía silenciarlo y salvar a la escena inglesa, pero no moría. A los 74 años, reducido en algunos aspectos, pero aún declamando y gesticulando, estaba activo como nunca. Pero al año siguiente, en una tarde de 1848, un carruaje lo atropelló y murió.

A pesar de que el drama inglés sobrevivió a su paso, su comedia no podrá ser nunca la misma.

Emile Coué (1857-1926). Curandero francés.

«Cada día, en cada camino, me siento cada vez mejor.»

«Cada día, en cada camino, me siento cada vez mejor.»

«Cada día, en cada camino, me siento cada vez mejor.»

¿Una canción como las del primitivo Dale Carnegie? ¿O la moraleja de una historia dedicada a los más jóvenes?

Por supuesto no es eso: es el canto de los devotos de Emile Coué, cuyo inusual método de curas se estaba extendiendo por toda la nación durante los años 20. La idea era que por una insistente aplicación de la «autosugestión» —esto es, insistiendo en que usted se siente «mejor y mejor»— usted se convencerá de que no está enfermo.

Fue descrito como un francés de Nancy, pequeño y seco, que tenía gran poder, era amable y hasta digno, «algunas veces firme, en otras ligeramente burlón».

Desarrolló sus ideas mientras trabajaba como boticario y observando que sus clientes recibían efectos benéficos de algunas drogas que no podían ser atribuidos a la medicina. Esto le hizo creer que era el poder de la «imaginación» el que efectuaba la cura.

No dio una explicación teórica a sus pacientes, sino que dejó que los resultados hablaran por sí mismos. En la primera experiencia se le indicaba al paciente que juntara sus manos y pensara: «No puedo abrirlas». Después que las tenía firmemente unidas, se le ordenaba pensar: «Las puedo abrir», y ellas inevitablemente se separaban.

De allí había un corto paso al enigma de la cura: «Tous les jours, á tous points de vue, je vais de mieux en mieux», era repetido 20 veces seguidas 2 veces al día.

Coué registró casos de curación de úlceras, de problemas al corazón, bronquitis, llagas, pies calcáneos, inflamaciones, nervios, etcétera. De sus registros: «Mme. M., 43 años, Rué d'Amance 2, Malzeville, vino al final de 1916 porque tenía dolores agudos en la cabeza, de los que había sufrido toda la vida. Después de unas pocas visitas desaparecieron totalmente. Dos

semanas más tarde ella verificó que también estaba curada de un prolapso en el útero, que no había mencionado y en el que no estaba pensando cuando se autosugestionó. Este resultado es debido a las palabras “en cada camino” que están contenidas en la fórmula usada de mañana y de noche».

Organizó un consultorio clandestino en Nancy y luego mantuvo otro en Nueva York, que abandonó al final porque debía hacer un viaje al medioeste para dar algunas charlas. Era tan popular que hasta las inmensas salas de conferencias no eran suficientes para contener a la entusiasta muchedumbre que se agolpaba para ver al maestro repetir las famosas palabras. A pesar de los incrédulos, muchos están de acuerdo en que sentirse mejor se logra queriendo estar mejor, con la ayuda de la cancioncita de M. Coué.

Aleister Crowley (1875-1947). Ocultista

Fue quizás el más grande maestro del ocultismo durante el siglo pasado. Nació en Leamington, Inglaterra. Su vida, dice John Symonds, su denostador literario, «estuvo formada por una serie de éxtasis, abominaciones y extravagancias». Fue echado de Cambridge y, entonces, se dedicó por entero a escribir; fue autor de 45 libros de poesía, 3 libros eróticos, 150 más de ocultismo y religión, y también una autobiografía.

El más interesante entre los legados literarios de Crowley es un pequeño libro, ahora extremadamente raro, llamado *The Yi King, Una nueva traducción del Libro de Cambios del maestro Therion*. Por supuesto que este maestro era el mismo Crowley y su *Yi King* es lo que hoy en día se conoce como *I-Ching*. Más tarde, en 1909, publicó una edición limitada y en ese momento lo tituló *Liber Trigammaton, El libro de Trigams de las mutaciones del Tao con el Yin y el Yang*.

Crowley no sólo tradujo y escribió su versión de *I-Ching*, sino que creyó apasionadamente en sus predicciones y, a través de su vida, practicó lo que aprendió en el *Libro de las mutaciones*. J. Symonds cita incontables ocasiones en las que el maestro consultaba al *I-Ching*. Dos ejemplos:

El maestro quería establecer un centro de estudios de ocultismo. «¿Dónde deben ir a hacer ese Gran Trabajo? El *Yi King*, ese antiguo libro chino de oráculos fue consultado. ¿Deben ir a Argelia o a los lagos

italianos? ¿Qué sobre España? ¿Nápoles o Sicilia? La respuesta del hexagrama era indecisa...

»EL 1.º de marzo de 1920, a las 5 y media de la tarde, consultó nuevamente el oráculo. ¿Dónde debía comenzar el Gran Trabajo? La aceptación universal de la Ley de Thelema como la única guía de conducta podrá salvar al mundo. Él debe encontrar una comunidad, el modelo de todas las comunidades futuras, cuya única ley será hacer lo que tú quieras.

»¿Puedo pasar abril y junio cerca o en Marsella?

»Fuego de Agua. No.

»¿Capri? Tierra de Agua. No.

»¿Cefalú? No podía ser mejor.

»El oráculo chino había hablado y Crowley anota con énfasis en su diario que esta respuesta del hexagrama de *Yi KJng* lo llevó a Cefalú, una aldea pesquera en la costa norte de Sicilia.»

En 1923 el dictador Mussolini ordenó su expulsión. «Esto fue de veras una puñalada en la espalda. ¿Habían arruinado su trabajo? Debió consultar al *Yi King*. ¿Qué camino debía tomar?... Los palillos chinos estaban sobre la mesa. ¿Cuál era el símbolo que correspondía a la situación presente? Hexagrama XLVII. Detenerse. ¿Cuál era el mejor rumbo para adoptar? Prepararse para moverse. Ser resuelto. Estar preparado para la reconstrucción. Buscar ayuda entre los amigos. Aceptar asistencia sustancial. Dar vuelta a la situación incrementando los simpatizantes. Habrá un número inesperado que estará preparado para ayudarnos.

»¿Deben presentar una protesta al Ministerio del Interior? Si es así, ¿qué deben decir? El oráculo fue indefectible. Thwan. Sí, debían formular su caso en forma sistemática. Presionar el asunto. Guardarse de presentar opiniones dispares. Retroceder en orden para avanzar después. Desmentir todas las falsedades que hay sobre ellos. Dejar aclarado que representan a un movimiento importante y muy extendido.

»¿Deberían apelar ante su propio embajador en Roma? Sí, pero no esperen mayores cambios. Mientras tanto ¿adónde debía ir la Bestia? El oráculo le ordenó cruzar el agua, África sería muy favorable. ¿Qué parte del continente? La costa o algún lugar con agua; donde haya indiferencia por los hechos públicos, y tan apartado que sea difícil llegar a él.»

Y así, siguiendo estos consejos, se trasladó a un suburbio de Túnez.

Crowley era algo más que un escritor y un estudioso del *I-Ching*, era también alpinista. Escaló el volcán Popocatepetl en México e intentó llegar al Himalaya, alcanzando los 20.000 pies de altura. En 1905 fue líder de la expedición que intentó escalar Kanchenjunga en el Tíbet, esfuerzo que costó la vida a 5 hombres.

Estaba siempre viajando. A los 30 años fue desde la India a Burma y luego caminó por gran parte de China. Más tarde retornó a Greenwich Village y se dedicó a pintar enanos, tatuar damas blancas y negras y dar conferencias en Nueva York.

Odiaba el cristianismo y fundó su religión propia. Creía en «el culto al sol y en la capacidad de creación del hombre, en la relación sexual como la más elevada expresión religiosa». Fundó la abadía de Thelema en Sicilia y, con sus mujeres y seguidores, practicó ritos paganos y sexuales.

En Italia y en Francia practicó la magia negra y dirigió orgías. Por toda esta actividad fue expulsado de ambos países.

Sus seguidores lo consideraban el Mesías. Su credo tenía los siguientes mandamientos: «Hacer lo que tú quieras será toda la ley... Los hombres y las mujeres son estrellas... El único pecado es la restricción».

Crowley era drogadicto y en la última época de su vida adicto a la heroína. Sus dos primeras esposas terminaron en asilos de insanos. De sus docenas de mujeres, 5 se suicidaron.

La prensa inglesa lo ultrajaba llamándolo *La Bestia* y *El hombre más malvado de la tierra*. En cambio, sus admiradores lo adoraban como a un genio místico.

Murió el 1.º de diciembre de 1947, a los 74 años, en Brighton, Inglaterra, donde fue cremado.

Lorenzo Da Ponte (1749-1838). Libretista italiano

Sólo un buen libreto puede servir para hacer una gran ópera, pero, irónicamente, pocas personas han ganado fama escribiéndolos.

Para escribir sus tres grandes óperas — *Las bodas de figaro*, *Don Juan* y *Cosí Fan Tutte*— Wolfgang Amadeus Mozart colaboró con el más talentoso libretista de su época, Lorenzo Da Ponte. Singularmente era «un poeta

mediocre y listo» según su biógrafo April Fitz-Lyon, además de un «muy inexperto dramaturgo». Esto es un disparate, ya que es el mismo quien «entre otros satisfizo a Mozart en cuanto le proporcionó una perfecta estructura para su música»; y, por otra parte, los libretos de Da Ponte fueron sólo algunas de sus realizaciones porque fue también sacerdote católico, poeta, erudito, comerciante y uno de los más pintorescos libertinos que jamás hayan existido. Pero murió en la oscuridad y hasta se desconoce el paradero de sus huesos. La historia seguramente tiene deudas con él.

Nació con el nombre de Emmanuelle Conigliano en un ghetto judío de Ceneda, Italia, en 1749. Su padre, un curtidor, se convirtió al catolicismo con sus 4 hijos en 1763 y juzgó conveniente poner a los niños el nombre del obispo que los había bautizado —Lorenzo Da Ponte— y mientras tres de ellos tomaron solamente el apellido, el joven Emmanuelle se convirtió en su tocayo.

Con 14 años de edad y la cabeza llena de travesuras, Lorenzo fue inscrito inmediatamente en el seminario de Ceneda. El obispo, complacido, pagaba la cuota.

Al niño le parecía que el clero era una forma de trabajo tan buena como cualquier otra y preparaba sus lecciones con diligencia, mostrando un talento particular para escribir tanto en latín como en italiano.

Se ordenó en 1771 y fue elegido rector del seminario de Portogruaro. Sus colegas estaban encolerizados por su rápido ascenso, que les parecía eminentemente injusto. Y sin duda se debieron haber encolerizado aún más, cuando supieron que no era un modelo de decoro eclesiástico: siempre que podía se deslizaba fuera del seminario e iba a Venecia, donde perdía el tiempo con Angela Tiépolo, una joven arruinada de una rica familia veneciana.

En 1773 dejó el seminario y se trasladó a Venecia donde estaba libre de la promesa solemne de celibato y donde poco después tuvo que escuchar los reproches de sus celosos rivales en la facultad.

Angela, una fierecilla sin dinero, le hizo la vida difícil. Estaba enamorada de él pero era petulante; generosa pero también celosa. Cuando en una oportunidad sospechó que su amante le había sido infiel, le cortó todo el cabello y le arrojó una botella de tinta en la cara.

Para Da Ponte la vida en la ciudad era una seguidilla de robos y estafas; pero colmó la medida el hecho de que hasta el hermano de Ángela le sacara dinero con engaños. Recogió sus pertenencias y partió hacia el seminario de Treviso, donde enseñó durante dos años hasta que fue despedido por escribir poemas heréticos.

Desde allí se dirigió a Padua, viviendo de pan y aceitunas durante seis semanas y se mantuvo con todos los juegos de damas de los cafés. Retornó luego a Venecia y estrechó Amistad con Angioletta Bellaudi, una mujer casada que había estado vendiendo sus favores desde la temprana adolescencia. Aun embarazada por Da Ponte, continuó trabajando en la calle. Ahí tuvo su hijo con la ayuda de su amante.

Siguió agregando atrocidad tras atrocidad y junto con su mujer abrió un burdel, donde el sacerdote con su sotana puesta brindaba música de fondo con un violín. Después de haber engendrado tres hijos ilegítimos y viendo las autoridades que se convertía en un estorbo, lo desterraron de la ciudad.

Durante dos años vagabundeo por Europa —principalmente por Alemania— manteniéndose con la escritura. Lo estafaron y defraudaron continuamente. Flirteó con diferentes mujeres, descartando una conquista después de otra como si fueran limones exprimidos. (En una ocasión se pintó a sí mismo en un rincón en atenta actitud hacia una mujer y sus dos hijas.)

Se estableció en Viena, donde se convirtió en el Poeta del Teatro Italiano bajo la protección del emperador José II y escribió libretos para oscuros compositores italianos. Allí, en 1782, se encontró con Mozart y los dos decidieron trabajar juntos en una versión operística de la pieza de Beaumarchais, *Las bodas de Fígaro*. Concluyeron la labor en seis semanas, la obra causó sensación inmediata en Austria.

En 1787 escribió tres libretos para tres diferentes compositores en 9 semanas, trabajando 12 horas diarias, y para ello se fortificaba con rapé y con las atenciones de la núbil hija de su casera.

El *Don Juan* fue una de estas óperas —cuyo libreto es en parte autobiográfico— y se estrenó en Praga en 1788; le siguió al año siguiente, *Cosí Fan Tutte*.

Cuando murió el emperador, Da Ponte perdió su trabajo y se quedó sin comida. Se marchó a Trieste y, a los 43 años, «una edad en la que los hombres respetables y casados tienen una amante y los aventureros desacreditados piensan en matrimonio», se enamoró de una inglesa, Nancy Grahl. Se instalaron en Londres, donde él escribió libretos artísticos como poeta de la Ópera Italiana en el Drury Lane Theatre. Estuvo en Inglaterra 12 años y durante ese lapso hizo el libreto de cinco nuevas óperas que ahora están olvidadas. En el mismo período viajó a Italia una vez para contratar cantantes y allí abrió una imprenta, ayudó a promover una fábrica de pianos, estableció una librería, escribió y publicó ciertas escandalosas —y hasta obscenas— hojas sueltas contra sus enemigos, fue arrestado treinta veces y se arruinó.

Desconsolado y sumergido en deudas, decidió que Inglaterra no tenía nada más para ofrecerle y entonces él, Nancy y sus cinco hijos partieron para América.

En Nueva York abrió una tienda de comestibles y luego se trasladó a Elizabeth, Nueva Jersey, donde se quejó del hecho de que ahora escribía «cuentas de salchichas y ciruelas secas» para los transportistas, cuando alguna vez había escrito libretos operísticos para reyes.

Su negocio estaba predestinado al fracaso porque tenía buen corazón y daba a los clientes créditos infinitos y hasta aceptaba «caballos cojos, carretas rotas..., zapatos viejos..., manteca rancia» a cambio de alimentos.

En 1807, retornó a Nueva York y dio lecciones de italiano. Encontró al poeta Clement Clarke Moore (autor de *Una visita de San Nicolás*) y ambos fundaron la Academia Manhattan para Jóvenes, dedicada a elevar la moral de los estudiantes.

Abandonó la ciudad por las zonas más verdes de Sunbury, Pennsylvania, donde montó un pequeño almacén. Quebró una vez más y se trasladó a Filadelfia abriendo esta vez una tienda de sombreros de señora y servicio de reparto a domicilio, al que llamaba «el vagón de L. de Ponty».

Pero echaba de menos Nueva York y, en la primavera de 1819, a los 70 años, retornó. Dio conferencias sobre cultura italiana, enseñó el idioma, escribió poesía, tradujo a Byron al italiano, publicó sus memorias y abrió una librería.

Llegó a ser el primer profesor de Literatura Italiana en el Columbia College, en 1825. A los 84 años, financió e hizo construir la primera casa de ópera de Nueva York en la esquina de las calles Church y Leonard, en el bajo Manhattan. Este proyecto era gratificante en grado sumo pero lo arruinó financiera y físicamente.

El 17 de agosto de 1838 murió a los 89 años de edad. A pesar de haberse convertido al anglicanismo se le enterró en un cementerio católico, siendo trasladado años después más lejos. Hoy en día, nadie tiene la más mínima idea sobre dónde están su lápida o sus huesos.

Don Manuel de Godoy (1767-1851). Favorito real

Puede haber sido el estadista más inepto que haya conocido jamás Europa, pero tuvo en sus manos el poder de los asuntos españoles, poder que derivaba más de sus incursiones a la alcoba de la reina que de cualquier hazaña militar o diplomática.

Era un campesino joven y musculoso cuando llegó a Madrid. Y mostraba una figura llamativa con el sombrero de ala vuelta hacia arriba, cuando fue asignado a la Guardia Real a los 17 años. Era alto y extraordinariamente apuesto, con una piel entre cremosa y rosada y ojos oscuros y almendrados.

Pronto se vio envuelto en una docena de relaciones galantes con damas de la corte. En un determinado momento fue avistado por María Luisa de Parma, una notable sensualista, que era también la esposa del futuro rey de España.

La mujer era evidentemente muy poco atractiva, tenía ojos brillantes, piel cetrina y una boca amargada y dura, llena de dientes postizos. Era 16 años mayor que Godoy.

Su apariencia, sin embargo, no le había impedido tener un impresionante número de amantes, incluso antes de encontrar a este joven. Después, a pesar de que él fue el amor de su vida, también gozó de las atenciones de otros.

Todos en la corte española, conocían hasta los detalles más lujuriosos de esta relación. Claro, todos excepto su marido. Su esposa estaba ya bajo el

fuerte hechizo de Godoy, en la época en que aquél asumió el trono como Carlos IV.

Con la venia de la reina, el joven oficial era ascendido un rango por mes, hasta que a los 21 años se convirtió en jefe de todas las fuerzas armadas españolas. Ante esta situación, un bromista local soltó un perro en las calles madrileñas con una nota en el cuello que decía: «Pertenezco a Godoy, no temo nada». Como el autor no fue hallado, el perro fue encarcelado en su lugar.

Carlos IV no tenía dotes de mando. Creció pensando en que nunca iba a tener que gobernar, pero cuando su hermano mayor fue eliminado de la sucesión, porque era imbécil, la corona cayó por descuido en él, que sólo era medio imbécil. No solamente nunca sospechó la relación existente entre su mujer y Godoy, sino que le gustaba tanto el buen mozo y joven caballero como a ella.

Don Manuel era atrevido y se convirtió en hombre de confianza de la familia, un grupo de cretinos reales cuyos cuerpos hinchados se conservan en los devastadores retratos de Goya.

A los 25 años fue hecho Primer Ministro y se enemistó rápidamente con Luis XVI de Francia. Pero luego, cuando cayó la Bastilla, buscó apaciguar a la nueva República Francesa y negoció el retomo de los Borbones. Sugirió la restauración de la monarquía e instaurar una república en la isla de Santo Domingo; los revolucionarios, como respuesta, cortaron la cabeza de Luis XVI.

Excitado por el tratamiento que se le había dado al rey, un Borbón, España marchó a la guerra para tratar de suprimir el radicalismo francés de una vez por todas. Sin embargo, en pocos meses, las tropas francesas habían cruzado los Pirineos y Godoy pidió con rapidez la paz procurando complacer a Napoleón y esperando aliarse con sus enemigos anteriores. Sus esfuerzos dieron lugar a 12 años de guerra con Inglaterra y la aniquilación del poder naval español en Trafalgar.

Mientras tanto, el caballero había conseguido una amante estable y una esposa, además de conservar sus amores con la reina. Ahora el Primer Ministro era «un hombre grande, robusto y grueso, con una piel de color

rojo subido y un aspecto pesado, adormecido y sensual», según lo describe un observador.

En 1801 colaboró con Napoleón en la invasión a Portugal y, mientras él permanecía deleitándose aún con el sometimiento de su vecino, los franceses entraron en España y forzaron la abdicación de Carlos IV.

Godoy estuvo a punto de ser aniquilado por una muchedumbre encolerizada; luego fue citado en Bayona junto con Carlos y María Luisa por Napoleón, quien los recibió amablemente y los mandó al exilio. Se retiraron entonces a Roma, llevando consigo el séquito de Godoy: su esposa, su amante y los niños.

Mientras las guerras napoleónicas ardían y nuevas cabezas coronadas entraban y salían de España, el pequeño y despreciable grupo prolongó sus años en Italia. En 1819, Carlos y María Luisa murieron. Godoy quedó solo, ya que el cortejo que lo acompañaba lo abandonó. Muchos años después, el nuevo monarca de España, la reina Isabel —que era casi con certeza la nieta de Godoy— le restituyó algunos de sus títulos. Pero aún era un hombre sin patria.

Encorvado y con una barba gris, se trasladó a París, donde fue visto en sus últimos años jugando con niños en Las Tullerías. Murió a los 84 años, completamente olvidado, en una tierra extraña.

Daniel Dunglas Home (1833-1886). Notable vidente inglés

«Un luminoso vapor se acumuló sobre la mesa y mientras ellos miraban, lentamente formó una mano de niño... La pieza se sacudió; los cristales que pendían de la araña chocaron entre sí; el pañuelo de encaje de la emperatriz se elevó en el aire..., un acordeón sostenido por Napoleón tocó aires melodiosos y la mesa misma se volvía ligera o pesada, según se le ordenaba.»

Este peculiar acontecimiento en la corte de Napoleón III, era un evento rutinario para los que frecuentaban los salones donde Daniel Dunglas Home, médium, celebraba sus reuniones.

Nacido en Escocia, fue recogido en Connecticut por una tía. Sufría de tuberculosis y era de constitución débil. A edad temprana se reveló como un niño poco común: cuando tenía 13 años tuvo su primera visión —un amigo muerto apareció ante él y también vio a su madre muerta—. A los 17 años

se movieron inesperadamente a su alrededor los muebles en la casa de su tía, y eran escuchados a menudo sonidos extraños. Su parienta, exasperada, lo echó de la casa a los 18 años.

Entonces comenzó para Daniel una vida de viajes exóticos, simpatizantes aristocráticos, regalos costosos, escándalos públicos y sobre todo quizá la serie de sesiones más extraordinarias que se hayan visto en la tierra.

El esquema general era éste: en una pieza bien iluminada (desdeñaba a los abundantes impostores que practicaban su oficio en la oscuridad), Home se sentaba en un círculo de ocho personas ansiosas, casi siempre miembros de la clase alta. Entraba en estado de trance y los habitantes del mundo de los espíritus tomaban posesión del ambiente. Soplaban brisas frescas; los muebles se entrechocaban y sacudían; se escuchaban sonidos extraños; se materializaban manos de espíritus enguantadas en seda (algunas veces las de algún pariente muerto de alguno de los asistentes). Flotaban independientemente objetos o eran sostenidos por estas manos descarnadas que también tocaban instrumentos musicales, sobre todo acordeones; y a las preguntas se contestaba con golpecitos secos. Algunas veces se oían voces de espíritus y hasta sermones inspirados.

Home, un joven de apariencia amable y con una salud precaria que no cesó nunca de molestarlo, no aceptaba dinero por su trabajo, mostrándose muy ofendido cuando le hacían alguna oferta. Sin embargo, le gustaban y aceptaba con gusto joyas, pieles y otros regalos. Además agradecía gentilmente el hospedaje que le brindaban en sus casas los acaudalados personajes de la élite social. Se decía que su compañía era agradable y su presencia entretenía a los huéspedes y que, como era un invitado codiciado, ayudaba al prestigio del dueño de la casa.

«La naturaleza lo había dotado como para que fuera un perfecto anfitrión.» El éxito de Home incluía a Nueva Inglaterra, Inglaterra, Italia, Francia y Rusia, y no sólo los aristócratas sino también los artistas se transformaron en devotos de sus habilidades. Por ejemplo, así lo hizo, en forma notable, la poetisa Elizabeth Barret Browning, cuyo esposo, el poeta Robert Browning, despreció violentamente a Home y sus amigos

espiritistas y hasta se marchó lejos para escribir el poema *Mr. Sludge, el médium* para desacreditarlo.

Tuvo un año difícil cuando sus admiradores lo abandonaron porque encontraron su conducta demasiado disoluta (se convirtió al catolicismo durante ese período). Pero retornaron a él en un día ya determinado, como ellos mismos lo habían prometido. Su mejor anfitrión en aquel momento era Alejandro Dumas, padre.

En 1858 se casó con una joven rusa, Sasha, que no conocía sus habilidades y al principio se sintió algo desconcertada al encontrar espíritus materializándose en su dormitorio, pero pronto se convirtió en una ávida devota del espiritismo. Le dio un hijo, Gricha, que murió a una edad temprana. Home escribió su autobiografía después de esta muerte y luego marchó a Roma para estudiar escultura, pero fue casi inmediatamente excomulgado por brujo.

Siguieron más aventuras, incluyendo un sucio caso legal con una vieja viuda que lo apañó. En esa época se hizo amigo íntimo de Lord Adare que tomó escrupulosamente nota de sus actividades y escribió un libro sobre él, mostrando hazañas como la levitación y el manipuleo de carbones encendidos. Adare dice de una sesión que se dio en los últimos años de la década de 1860: «Escuchamos a Home entrar en la habitación contigua, cómo levantó la ventana con rapidez y apareció de pie completamente derecho del lado de afuera de nuestra ventana, la abrió y entró con serenidad». Lo notable es que las ventanas estaban en un tercer piso, a 60 o 70 pies sobre el suelo y que no había balcón.

Hacia el final de su vida y aún viudo solitario, dedicó su tiempo a escribir y viajar, dando sesiones ocasionales para sus amigos, incluyendo entre éstos a Mark Twain. Murió en Francia a los 53 años.

A pesar que muchos escépticos trataron de desacreditar sus demostraciones, ninguno tuvo jamás el más insignificante éxito, y en la actualidad Daniel Dunglas Home es considerado como uno de los más grandes médiums de la historia.

Sir Jeffrey Hudson (1619-1682). Galante enano inglés

Jeffrey Hudson, que tenía apenas 19 pulgadas de alto a los 30 años, fue uno de los hombres más notables de su tiempo, así como uno de los más pequeños. Ganó fama en el siglo XVII como confidente de la realeza, soldado de fortuna y prisionero político. Cuando murió en 1682 a los 63 años, era tan conocido en toda Inglaterra por su política radical como por su estatura.

Se puede decir que la pequeñez irrumpió en su familia cuando él nació, ya que sus padres eran de estatura normal, así como sus hermanos y hermanas. Vino al mundo en Oakham, Rutlandshire, en 1619.

Cierta vez, unos vecinos bromistas robaron el gato de una vieja, llamado Rutterkin, lo mataron y desollaron y vistieron al niño con el pellejo. Esa tarde, justo después que la viuda sin sospechar nada había servido la merienda a algunos invitados, el niño salió lentamente de su escondite y entró en la sala. Una de las mujeres le preguntó si Rutterkin quería un bocado.

«Rutterkin se sirve solo, cuando tiene hambre», contestó Jeffrey locuazmente. Las damas se sobrecogieron de pánico y gritaron en forma histérica a la dueña de la casa. Toda la fiesta se sumergió en el alboroto. Solía ser blanco de este tipo de bromas cuando era joven.

Su padre era empleado del duque de Buckingham y cuando el niño tuvo 8 años, lo presentó al duque y a la duquesa, que lo incorporaron a la casa. Era tratado con gran honor y atendido por sirvientes.

Cuando Carlos I de Inglaterra y la reina Enriqueta María vinieron a visitar el estado ducal en Burleigh-on-the-Hill, Jeffrey los sorprendió y los entretuvo, después de emerger como un polluelo de un pastel frío que fue servido durante la cena. Esta presentación había sido una obra del cerebro de la divertida duquesa, que ofreció al enano como regalo a la reina.

María estaba deleitada y apabullada por el presente, y lo aceptó a su servicio con entusiasmo.

Ya en el palacio real, fue mimado continuamente y participaba con frecuencia en los entretenimientos de la corte. En uno de ellos, Williams, el gigante de 7 pies de alto, sacó un inmenso pan de un bolsillo y a Jeffrey del otro. Luego pretendió comer a los dos juntos como si fueran un emparedado.

A pesar de los favores reales de que gozaba, las necesidades de la vida diaria le creaban problemas por su baja estatura y hasta en algunas oportunidades su vida peligró. Una vez, mientras lavaba su cara y manos estuvo cerca de caer en el lavabo. En otra ocasión, un viento fuerte lo hubiera arrastrado a la muerte en las aguas del Támesis si no se hubiera cogido a un arbusto.

Pero su pequeñez no quedaba sin recompensa porque, como escribía un periodista del momento, las damas de la corte estaban verdaderamente encariñadas con el niño enano: «Podía poner los cuernos a los esposos sin provocar sus celos, y engañar a las madres de las doncellas sin que nadie supiera que tenían un galán.»

En 1630, cuando contaba sólo 11 años, fue despachado por la reina a Francia para traer una comadrona desde allí. La reina francesa, María de Médici, quedó muy impresionada por la madurez, la dase y la mundanidad de este niño precoz en grado sumo, otorgándole importantes regalos a él y a su hija, reina de Inglaterra.

En el camino de regreso a casa, su barco fue capturado por los piratas y se lo llevaron cautivo. Después de un breve encierro, escapó y retornó a su tierra enteramente sorprendido de encontrar que no había perdido ningún favor en la corte o entre la masa, a pesar de la demora para completar su misión.

Jeffrey fue siempre leal a Enriqueta María, defendiéndola de sus enemigos políticos y acompañándola a París cuando se expatrió a sí misma en 1644. En la capital francesa se entreveró en una disputa con un tal Crofts, hermano más joven de un lord inglés, en defensa de su reina, y lo desafió a batirse en duelo.

Su enemigo aceptó y el enano apareció en el sitio señalado armado hasta los dientes pero con un revólver de juguete. El inglés se mostró furioso ante el insulto y volvió a desafiarlo a un duelo con armas verdaderas. Debajo de la sombra de un árbol, no lejos del palacio del duque de Nevers donde la reina estaba alojada, Jeffrey hirió de muerte a su enemigo.

El duelo, y en particular cuando terminaba fatalmente, estaba considerado fuera de la ley en Francia; por lo tanto, fue hecho prisionero.

Sin embargo, una carta convincente enviada a las autoridades por Enriqueta María lo puso en libertad y en viaje de retorno a Inglaterra, desterrado para siempre de Francia.

Los detalles sobre sus últimos 38 años de vida son vagos y están oscurecidos por suposiciones y rumores. Durante la guerra civil inglesa sirvió con distinción en la Caballería del Rey como capitán de los guardias.

En 1649 fue apresado por los piratas turcos y vendido como esclavo, maltratado y ultrajado. Durante este cautiverio, misteriosamente duplicó su altura y llegó a 3 pies y 9 pulgadas. Al fin fue rescatado y retornó una vez más a Inglaterra, donde vivió como protegido del duque de Buckingham.

Ganó notoriedad cuando fue arrestado en 1679 por estar implicado en el complot papista de Tito Oates y por eso fue encerrado en Gate House, en Westminster, durante 3 años; puesto en libertad en 1682, murió poco después a los 63 años.

William Henry Ireland (1777-1835). Falsificador inglés

William Shakespeare escribió 37 piezas en su vida: ni una, ni siquiera el fragmento de una escrita por su mano, le sobrevivió. Hasta su firma es escasa y las únicas tres existentes sobre tres hojas suyas se convirtieron en tesoro nacional. No queda ni un párrafo de la correspondencia a su editor, patrón, productor, compañero, actor o amigo, y los documentos que conciernen a Shakespeare —no de él sino sobre él— son raros en extremo: existen de su casamiento, del bautismo de sus hijos, de la muerte de uno de ellos a los 11 años, de

su presentación como actor en la corte, de la compra de su casa y otros relacionados con el estado real de sus inversiones. Pero se desconocen documentos que revelen sus actividades entre 1585 y 1592, los años cumbre de su carrera. Esta falta es una pérdida para la humanidad y la erudición.

La fama o notoriedad de Ireland se debió a que intentó suplir esta pérdida y todo comenzó cuando conmovió al mundo mostrando un alto de papeles escritos por Shakespeare, que él decía haber encontrado. Por dos años consecutivos el mundo excitado homenajeó a este tesoro sin precio y al mismo Ireland.

Había un solo problema: los contratos, escrituras, arrendamientos, cartas y obras teatrales no habían sido escritas por el Cisne de Avon sino por el precoz Ireland. Era la más osada y exitosa falsificación de la historia de la literatura.

El padre del joven, Samuel Ireland, era un grabador conocido en Londres también por ser comerciante de libros raros y antiguos. El niño creció entre los tesoros mohosos del pasado.

Un día encontró en una colección un antiguo volumen que llevaba el signo de la biblioteca de la familia real y escribió con picardía una dedicatoria del autor, en la hoja de guarda, a la difunta reina Isabel. William se sintió conmovido cuando su padre aceptó sin dudar como genuina la inscripción falsa, aprendiendo con este éxito dos cosas: que poseía un natural don para la falsificación y que era posible engañar totalmente a un experto.

La combinación de tres hechos lo volvió a Shakespeare. Por un lado, una visita que hizo a Stratford-on-Avon le resultó inspiradora. Por otro, allí supo de la rigurosa escasez de papeles originales del autor. Y, finalmente, un breve empleo como escribiente en una oficina de traspasos le permitió manipular documentos antiguos y le dio modelos para la empresa que estaba agitando su mente.

Una vez localizó un fajo de boletas de alquiler del período isabelino, que tenía una de las hojas en blanco. En seguida diluyó el líquido de encuadernación para asemejarlo a la tinta de color castaño desvanecido. Luego copió de un libro impreso la firma de Shakespeare hasta que fue capaz de escribirla a pulso. Finalmente inventó un arrendamiento de propiedad del siglo XVI y en el borde firmó «William Shakespeare» con una rúbrica.

Fue corriendo a mostrarle el documento a su padre y le contó sin aliento cómo lo había obtenido: «Había conocido en un café a un caballero de fortuna que por mi conversación entendió que tenía gran predilección por todo cuanto fuera antiguo y en consecuencia me solicitó una visita, diciéndome en el mismo momento que tenía muchos papeles antiguos que había heredado de sus antepasados».

Ireland hizo la visita y examinando un paquete de papeles, «descubrí con total asombro una carta de nuestro Cisne a Michael Fraser, con la firma de Shakespeare». El caballero le ofreció este documento y otros más que podían ser encontrados con la condición que el nombre del dueño debía mantenerse en el anonimato porque el caballero «no se consideraba suficientemente fisto para someterse a las preguntas impertinentes» que seguirían a esto.

El viejo, deslumbrado, estudió el documento, analizó el antiguo papel, examinó los sellos, la tinta desteñida, hasta la firma, y lo dio por auténtico. Inmediatamente envió la noticia de la novedad a los eruditos de la nación y a la prensa.

Mientras tanto su hijo comenzó a producir un desfile constante de licencias, notas, recibos, escrituras, fragmentos de versos y contratos de actores del siglo XVI: todos de la mano de Shakespeare y regalos del misterioso caballero.

A principio de 1796, Samuel Ireland recolectó los descubrimientos del joven y los publicó como *Papeles varios e instrumentos legales de la mano y sello de Shakespeare*.

Los Ireland se hicieron famosos rápidamente. William estaba aumentando su propio prestigio pero quería hacer lo mismo con su ídolo, ya que deseaba demostrar que el poeta era aún en su época un hombre de reconocido peso social. Entonces fabricó correspondencia entre Shakespeare y el conde de Southampton, falsificando las cartas del poeta con la mano derecha y las del noble con la izquierda. Siguió adelante y «descubrió» unos cuantos intercambios locuaces entre Shakespeare y la reina Isabel y, para evitar sospechas de que había sido católico, encontró conveniente una *Profesión de fe protestante* de 300 palabras probando que era un buen anglicano después de todo.

Un sacerdote erudito, que leyó la declaración, dijo: «Tenemos muchos hermosos pasajes en nuestra liturgia y en nuestra letanía abunda la belleza, pero éste, Sir, es un hombre que deja atrás a todos».

Emocionado por esta alabanza, Ireland descubrió el manuscrito completo del *Rey Lear* y fragmentos del original de *Hamlet*. Continuó con una carta de amor a Anne Hathaway y un bucle de su cabello.

En esta época su padre se encargaba de recibir al público que venía a verificar la evidencia en exhibición en su casa. W. Pitt, Edmund Burke y el príncipe de Gales estaban entre los que se sintieron profundamente conmovidos. James Boswell se arrodilló ante las falsificaciones y gritó: «Beso las reliquias sin precio de nuestro Cisne y le doy gracias a Dios por haber vivido para verlas».

William tenía ahora 18 años y se estaba preparando para el gran paso: anunció que por su amigo pudo poner sus manos sobre una obra de Shakespeare completa e inédita. Dijo que la pieza era *Vortigern*, una tragedia ubicada en la Bretaña romanizada, recordando una pintura al óleo en el estudio de su padre que mostraba a la princesa sajona Rowena dando vino a Vortigern.

Demoró dos meses en escribir una escena ante un público ansioso que esperaba la muestra de este descubrimiento culminante. Algunos se habían impacientado por lo que percibían como una falsificación. Tres eruditos shakespearianos así lo sospecharon y uno de ellos se preparó para hablar. El orador era Edmund Malone, que escribió, para desenmascarar los descubrimientos de Ireland, un trabajo que tituló: *Averiguación acerca de la autenticidad de ciertos papeles atribuidos a Shakespeare, la reina Isabel y Enrique, conde de Southampton*. Este libro, aunque no fue publicado hasta 1796, ya era conocido en Londres.

Por esta época Ireland ya había lanzado la obra completa y todos los empresarios teatrales la solicitaban.

Richard Brinsley Sheridan la adquirió al precio reducido de 300 libras esterlinas y la promesa de la mitad de las ganancias a los Ireland. Hizo objeciones sobre la longitud de la pieza. Como el autor confesó más tarde: «Teniendo 18 años cuando escribí *Vortigern*, no me pareció de peso el siguiente asunto. Estaba en realidad tan poco informado de la longitud conveniente de un drama que me vi obligado a contar el número de líneas de una de las obras del maestro y, sobre este modelo, armar *Vortigern*. La pieza que había elegido era tan larga que por consecuencia la mía resultó así también; cuando la completé tenía 2.800 líneas o más».

Mientras tanto el asunto seguía adelante. El gran John Philip Kemble fue seleccionado para dirigir la obra. A Henry James Pye, el poeta laureado

de Inglaterra, se le encargó escribir un prólogo apropiado. Más de 2.000 personas compraron entradas para el estreno, el 2 de abril de 1796, en el Drury Lañe; cientos más rompieron la puerta e invadieron el local.

Ireland siempre insistió en que *Vortigern* marchó bien los dos primeros actos y que perdió en el tercero.

Los incrédulos de la audiencia, influidos por Malone, dejaron ver su hostilidad sólo cuando los actores se aliaron con ellos, ya que intuyeron lo que muchos críticos literarios y políticos habían dejado pasar: el diálogo chapucero puesto en sus bocas nunca podía haber sido escrito por el mismo hombre que había escrito las más perdurables palabras de la lengua inglesa. Entonces decidieron sabotear la puesta en escena.

Cuando se suponía que el personaje tenía que llamar para que las trompetas de guerra sonaran, el actor pronunciaba la frase en «falsetto», dejando que la audiencia se sofocara de risa. Otro que «era muerto» en una batalla, cayó donde estaba el telón, dejando la mitad inferior de su cuerpo asomado en el tablado. Gimió de forma audible debajo de su peso y finalmente «el muerto» se liberó y gateó hacia los bastidores.

«Y cuando esta burla solemne haya acabado», dijo el actor que representaba a Vortigern, pero con tal énfasis significativo que el público entendió perfectamente.

Cuando las risotadas acabaron, él no continuó con el texto sino que repitió: «Y cuando esta burla solemne haya acabado...».

Ireland se había deslizado ya fuera del teatro viendo lo que se aproximaba. Cuando el telón cayó, terminó la primera y última representación de *Vortigern*.

Antes de esa noche, el joven había soñado con la gloria y así lo escribe: «Después que la obra tuviera éxito y el manuscrito fuera reconocido como auténtico, mi intención era escribir una serie de piezas desde el reinado de Guillermo el Conquistador hasta el de la reina Isabel. Es decir, yo había planeado un drama para cada reinado, tema que no había sido tratado por Shakespeare».

Pero su proyecto no resultó. Todos parecían culpar a su padre por haber cometido la torpeza, incapaces de creer que un hombre tan joven como su hijo podía realizar semejante hazaña con éxito.

Los amigos de William le rogaron que descargara a su padre revelando el nombre del rico caballero que le había dado los papeles. Más tarde, en 1796, confesó su entera falsificación en un libro titulado *Información auténtica sobre los manuscritos shakespearianos*. Pero aun esto no absolvió completamente a su padre que murió en 1800, alegando todavía su inocencia.

Su hijo vivió otros 40 años. En 1805 confesó por segunda vez su falsificación en un libro más detallado, *Confesiones de William Ireland*. Continuó escribiendo bajo diferentes nombres y produciendo una sarta de novelas nada memorables, colecciones de versos y hasta un catálogo de los trabajos de Shakespeare, donde no figura el título de la obra creada por él.

Didius Julianas (132-193). Emperador romano

En la mañana del 28 de marzo de 193 d.C., 300 miembros de la Guardia Pretoriana romana (los guardaespaldas de los Césares alcanzaban a 12.000 en total) invadieron el palacio del emperador, al que se suponía que tenían que proteger, y lo mataron. Era Pertinax, un mandatario honesto y a la vez grosero, que había hecho sufrir a sus hombres un gobierno riguroso, acarreando de esta forma su muerte.

No tuvieron que buscarlo mucho porque Pertinax se adelantó para encontrarse con ellos y sin ningún temor les reprochó su futuro asesinato. Por un momento se inmovilizaron y avergonzaron, pero repentinamente un guardia se separó del resto, saltó hacia adelante y clavó su espada en el cuerpo del emperador. Los otros se reunieron a su alrededor para decapitarlo. El hecho estaba consumado.

Lo que siguió después queda como uno de los más increíbles episodios en los anales de la historia.

El brutal asesinato dejó vacante el trono de Roma, muy importante porque el hombre que se sentara en él no gobernaría sólo sobre Italia sino también sobre 150 millones de personas esparcidas desde el Rin hasta el Éufrates, en el este, y hasta el Támesis en el oeste. Tenía, en efecto, dominio sobre la mayoría del mundo conocido de ese entonces.

Los pretorianos debían encontrar a alguien para reemplazar al emperador asesinado. El cetro fue ofrecido a varios senadores pero lo

rechazaron porque temían que el trono se convirtiera en algo candente. Pertinax había sido popular y el populacho estaba furioso por el asesinato.

Un soldado desconocido tuvo una idea: sugirió que la guardia podía dar el cargo al ciudadano romano que más pagara por él; en seguida propusieron una subasta pública.

Herodianus, el historiador del siglo III, nos cuenta que un soldado trepó inmediatamente a la muralla que rodeaba a la ciudad y gritó con voz fuerte: «¡El Impero se subasta! ¡El Imperio se subasta!».

Esta extraordinaria noticia llegó a oídos de Didius Julianus, de 61 años, el más rico senador de Roma, mientras estaba cenando con su mujer Marilina Scantilla y su hija Didia Clara. Este milanés de nacimiento, caracterizado por Edward Gibbon como «un viejo vanidoso», había hecho su fortuna en la marina mercante. Y ahora, después de haber sido convencido por su familia de que el manto púrpura debía guardarse en su guardarropa, se apuraba hacia el campo donde los soldados esperaban con impaciencia las ofertas.

Junto a él, el otro postor era Sulpicianus, suegro del asesinado. Didius hizo la primera oferta, Sulpicianus respondió inmediatamente, y en seguida el remate se hizo intenso.

Según cuenta el historiador Dio Cassius: «Los guardias le informaron a Julianus: “Sulpicianus ofrece tanto; ¿cuánto le agrega usted?”».

»Y de nuevo a Sulpicianus: “Julianus ofrece tanto; ¿a cuánto lo eleva usted?”».

Por último, Sulpicianus hizo su última oferta de 240 millones de sestercios o el equivalente de 800 a cada uno de los 12.000 soldados de la guardia. Instantáneamente, Julianus hizo la propuesta vencedora «con un grito fuerte e indicando asimismo la cantidad con los dedos»: 300 millones de sestercios o 1.000 para cada hombre. En un momento el Imperio Romano se perdió.

Esa misma noche, el primer acto del nuevo gobierno fue reunir al Senado hostil. Como lo cuenta Dio Cassius que estuvo presente, Julianus estaba confortablemente sentado en la silla tradicional del emperador y pronunció la siguiente alocución para los ex simpatizantes de Pertinax: «Al ver, oh venerables padres, que el trono está vacante, debo decirles que no

encuentro a nadie más digno para ocuparlo que yo mismo. No tomaré mucho de vuestro tiempo alabándome o recordándoles mis virtudes porque creo que nadie las ignora. Estoy persuadido de que ustedes me conocen muy bien, entonces sin ocasionarles un nuevo problema, les solicito que se informen de que el ejército ha considerado apropiado elegirme emperador y he venido para confirmar su elección».

El Senado, lleno de amargura e intimidado por la proximidad de los pretorianos, así lo hizo.

El emperador fue llevado a su nueva casa, el palacio real, protegido por sus guardaespaldas privados de los ciudadanos enfurecidos que le tiraban piedras.

«Ordenó que se preparara una magnífica fiesta», escribió Gibbon, «y se divirtió con los dados y con la presentación de Pylades, una bailarina célebre.

»Después que los lisonjeros se dispersaron y lo dejaron en la oscuridad, pasó toda la noche desvelado pensando en la locura que había cometido, en el destino de su virtuoso predecesor y en lo peligroso y dudoso que resultaba poseer un imperio que no había sido ganado por mérito sino comprado con dinero.»

Sin embargo, si bien Didius Julianus estaba sufriendo con estos pensamientos en la noche oscura, no sabía que su destino había sido ya decidido. Un grupo de rebeldes romanos había despachado mensajeros a las unidades de combate de las legiones romanas que estaban en los rincones más alejados del imperio, en Bretaña, Siria, Pannonia y Dalmacia. Los poderosos generales recibieron la noticia del infamante remate, pero sólo uno, Septimus Severus, un cruel y guapo abogado, decidió actuar. En su campamento de Pannonia ofreció a sus soldados una prima equivalente a 2.000 dólares a cada uno si abandonaban sus puestos en el Danubio (cerca de la actual Viena) y marchaban inmediatamente a Roma.

Julianus se enteró, por los informes diarios de los mensajeros, del cruce de los Alpes y de la rápida marcha de esta tropa furiosa, y entonces los asuntos locales dejaron de interesarle. Rechazó la proposición de una estatua de oro de él mismo y se conformó en cambio con una hecha en bronce. Eligió a su yerno gobernador de Roma y emitió la orden de

masacrar al vacilante Senado, pero luego la revocó. Se mostraba agitado y preocupado.

Esperaba que otras ciudades romanas resistieran a Severus, pero no lo hicieron. Gastó febrilmente dinero en nuevas fortificaciones y preparó a su infeliz guardia. Intentó adiestrar elefantes para defenderse esperando aterrorizar a las tropas del norte, pero los animales, previamente usados para desfiles, eran demasiado flojos y había muy pocos conductores suficientemente expertos como para permanecer sentados en ellos.

Llegó al colmo cuando mandó secretamente asesinos para matar a Severus. Fue imposible, ya que el general marchaba con una guardia personal de 600 hombres.

En su desesperación, mandó a Severus un mensajero para ofrecerle la mitad del imperio o para matarlo si rechazaba la oferta. Pero éste le respondió que prefería más tenerlo como enemigo que como colega y ejecutó al mensajero con prontitud.

Sin saber ya qué hacer, mandó un grupo de sacerdotes y vestales para detenerlo. El fracaso de éste su último intento lo sumergió en sacrificios y ritos mágicos.

La marcha de 800 millas hecha por Severus era como para suscitar admiración militar. Iba montado a la cabeza de sus hombres, cubierto totalmente por un peto y hacía en muy raras ocasiones una pausa para comer o descansar, empujando, en cambio, a sus guerreros 20 millas por día.

Llegaron a Roma en el 40.º día de su viaje, el 2 de junio de 193 después de C., y violaron la tradición al entrar en la capital con sus ropas de combate.

Encontraron a Didius Julianus temblando en su palacio. Una docena de soldados lo condujo a los baños de sus aposentos para descabezarlo, mientras gritaba: «¿Qué daño he hecho? ¿He obligado a alguien a morir?».

Había comprado un imperio por 66 días, pero resultó una mala inversión.

Johann Nepomuk Maelzel (1772-1838). Empresario austríaco

En su juventud, Maelzel fue conocido en ambos márgenes del Atlántico como inventor, director de espectáculos y charlatán extraordinario. Comenzó su vida profesional con modestia enseñando música en Viena en 1792, pero como este trabajo no le satisfacía pasaba sus horas libres construyendo estrafalarios aparatos musicales donde exponía sus talentos mecánicos y su pasión por lo absurdo. El más elaborado de ellos era el panarmonicon: un conjunto de instrumentos de viento interconectados, a través de los cuales se soplaban con un fuelle. Las notas se controlaban por medio de un cilindro de bronce giratorio fijado con clavillos.

Varios años después, el inventor conoció a Ludwig van Beethoven y le habló de escribir una composición musical especial para esta «orquesta mecánica». También le propuso que recorrieran juntos el continente, poniendo a prueba la máquina en las salas de concierto más importantes de Europa. Era un plan que podía ser llevado a cabo; a Beethoven le gustó la idea y compuso *La victoria de Wellington* o *La batalla sinfónica*, una pieza de cuestionable calidad que conmemora la victoria del duque de Wellington sobre Napoleón en la batalla de Vitoria, España, en junio de 1813.

Después de unas pocas presentaciones, el compositor acusó a Maelzel de tramposo y retiró la obra de circulación —que todavía hoy es tocada por orquestas humanas— haciendo fracasar su plan.

Luego tuvo éxito con un juego automático de ajedrez conocido como El Turco; aún hoy es más recordado por este invento que por su colaboración con Beethoven o por el «metrónomo Maelzel» que lleva su nombre injustamente, ya que sólo agregó algunos refinamientos a lo que fue en esencia una creación de Stockel. Lo mismo ocurrió con El Turco: su verdadero progenitor fue el barón Wolfgang von Kempelen, muerto en 1805, y Maelzel sacó, como un ave de rapiña, el juego de las manos de su hijo.

En 1809, Napoleón fue vencido hábilmente por la máquina y no sólo eso, sino que lo castigaba moviendo todas las piezas del tablero cuando el emperador trataba de «probarla» haciendo un falso movimiento.

El hijastro de Napoleón, Eugène de Beauharnais, estaba intrigado con El Turco desde hacía largo tiempo y le ofreció comprárselo por 30.000

francos. Maelzel aceptó la oferta pero con la idea de comprarlo de nuevo después.

En 1817 juntó suficiente dinero como para pagar la primera cuota y prometió pagar el resto en los años siguientes. Los términos eran fáciles, pero tuvo problemas con la entrega y no cumplió.

Antes que renunciar al aparato decidió embalarlo en una cesta lacrada, recogió sus pertenencias, se deslizó secretamente fuera de Viena por la noche y finalmente cogió pasaje en un barco con destino a América. Era el año 1825.

Hizo su primera representación en USA el 23 de abril de 1825, en el Hotel Nacional de Nueva York. Las dos apariciones diarias atraían a grandes multitudes, que debían permanecer de pie. Lo que veían cuando subía el telón era esto:

Un imponente y expresivo Turco —fabricado en madera, por supuesto— tocado con turbante, vestido y adornado con joyas. Estaba sentado derecho, detrás de una caja de madera de dos pies y medio de alto, cuya tapa tenía un tablero grabado.

Cuando la audiencia se había hartado del exterior de El Turco, Maelzel procedió a abrir una serie de puertas en la tapa de madera para exponer la mecánica de la máquina, una masa de ruedas dentadas, círculos, cilindros metálicos y piezas de unión de bronce que giraban zumbando.

Cerró las puertas después de hacer arrancar el aparato con una manivela y requirió un voluntario entre los espectadores para desafiar a El Turco. Varias personas levantaron la mano y uno se adelantó. El Turco eligió las blancas y jugó primero, como lo hacía siempre. Maelzel dio un golpe y las ruedas dentadas se pusieron ruidosamente en movimiento. El largo brazo de El Turco rechinó y se dirigió hacia el peón, haciendo el movimiento de apertura. Luego retornó a descansar encima de una almohada mientras su oponente se preparaba a responder. En media hora el juego había acabado y seguro que la máquina había ganado.

La audiencia estaba excitada. «Nada de naturaleza similar había sido nunca visto en esta ciudad, nada que soportara la comparación más leve con ésta», escribió el *New York Evening Post* y estaba en lo cierto: El Turco era único.

Sin embargo, no sólo estaba constituido por una máquina. A pesar de que muchos se tragaron toda la representación completa, maravillados ante el milagro de una máquina jugadora de ajedrez, pocos supieron que el impresionante aparato que Maelzel había ostentado con desenvoltura ante ellos, era manejado por un joven y ágil asistente que estaba oculto adentro.

La estructura interna del cajón permitía al asistente moverse de un compartimento al otro bastante rápido sobre una serie de patines y tablas cuando Maelzel abría las puertas. Como las abría sólo una por vez, no era del todo difícil escapar a la inspección.

Durante las primeras presentaciones en Nueva York, era una jovencita quien hacía este trabajo. Una pequeña y bastante atractiva parisina a la que se vio forzado a aceptar hasta que W. Schlumberger, un jugador de ajedrez que había conocido en París, pudiese llegar adonde él estaba. La mujer era una neófita en ese campo, pero un curso rápido sobre la estrategia y la técnica la capacitó para ganar muchas jugadas. A pesar de eso, pensó nervioso que el riesgo de perder era muy grande y anunció, a mitad de camino de su contrato en Nueva York, que El Turco no jugaría más partidos contra sus retadores. Tomaba demasiado tiempo, dijo, y aquellos que en el público no eran muy entendidos en el juego podían perder interés. En cambio, se prestaría para jugadas finales.

Para esto, Maelzel hizo memorizar a su asistente un largo repertorio de situaciones finales de juego, así como todos los movimientos posibles que podía desarrollar —una hazaña en sí misma— asegurándose siempre el primer movimiento. Mientras tanto esperaba ansioso el arribo de Schlumberger.

Tenía buena razón para estar nervioso porque una docena de jugadores competentes de ajedrez esperaba para disputar con él juegos completos, ya que la consideraban como la única prueba real de su capacidad.

Cuando Maelzel dijo que el juego completo no era una provechosa atracción, ellos dijeron que estarían gustosos de jugar en privado. Los evitó lo mejor que pudo, ofreciendo excusas pobres y haciéndose prácticamente inaccesible mientras esperaba al francés que lo iba a salvar.

Cerró su show neoyorquino y se trasladó a Boston conmoviendo a la muchedumbre en el Concert Hall e impresionando profundamente al

director de espectáculos P. T. Barnum. Por suerte, cerca del final de su recorrido arribó Schlumberger y pudo respirar aliviado, ya que hasta entonces pensaba que El Turco era indigno de confianza.

En una gira a través de Baltimore en mayo de 1827, se conoció la verdad: dos niños que estaban espiando desde una puerta en la sala de espectáculos descubrieron a Schlumberger, que emergía del cajón después de la representación.

El estafador negó en forma terminante las acusaciones que salieron al día siguiente en la primera página de *Baltimore Gamite*, pero ubicó a El Turco en un depósito y dejó pasar el verano esperando que la historia fuera olvidada.

Al mismo tiempo aparecieron algunos aparatos similares que pueden haber sido inferiores al original pero que, de cualquier modo, borraron la afirmación de que era único. Maelzel intentó comprar alguno, como la *Jugadora de ajedrez americana* promovida por el empresario John Scudder. A otras las desacreditó públicamente acusándolas de ser imitaciones débiles.

En los primeros años de 1830, Maelzel dominaba el circuito Nueva York, Boston, Filadelfia, Baltimore y Richmond. Todavía atraía público, pero los críticos, incluido el gran lógico Edgar Allan Poe, estaban tratando de descubrir públicamente los defectos de El Turco.

Las aspiraciones del inventor dieron su último suspiro en 1837. Una popular revista francesa, *Fittoresque*, trajo la historia de la falsa maquinaria y explicaba cómo sus movimientos eran dirigidos por un experto en ajedrez astutamente escondido adentro. En consecuencia la concurrencia al teatro decayó en forma violenta.

Marchó con su show a otra parte, al medio este, a Nueva Orleans y luego a La Habana, donde causó sensación. Desgraciadamente, un contrato de retorno en Nueva York y Filadelfia le produjo un desastre financiero y el showman retornó a La Habana y pidió prestados fondos, esperando devolverlos con los espectáculos que daría.

De su última visita allí dedujo que los amistosos cubanos no habían leído todavía de su estafa o si lo habían hecho no se preocupaban. Pero su

segunda aventura en Cuba fracasó miserablemente: por un lado el público no respondió; por otro, Schlumberger contrajo la fiebre amarilla y murió.

Muy deprimido y sin dinero, Maelzel partió a Filadelfia el 14 de julio de 1838 a bordo del *Otis*. Bebía continuamente botellas de clarete barato encerrado en su camarote para olvidar sus penas. Fue encontrado muerto en su litera una semana más tarde.

B. F.

John Merrick (1863-1890). Monstruo inglés

En Mile End Road, frente al Hospital londinense, había una hilera de pequeñas tiendas, incluyendo una vacía. Toda la fachada, excepto la puerta, estaba escondida por un cartel de lona anunciando que el Monstruo Humano podía ser visto adentro. Una tosca pintura representaba una criatura espeluznante con figura de hombre y rasgos de elefante.

Cuando llamé por primera vez, la exhibición estaba cerrada pero se me concedió una entrevista privada por un chelín. La tienda vacía, gris por el polvo, estaba fría y húmeda. Era en noviembre de 1884.

El representante abrió el telón mostrando una figura encorvada, cubierta con una manta, encogida en un banquillo.

«Levántese», le dijo duramente. Y la «cosa» se irguió lentamente y dejó caer la capa.

Allí estaba de pie el más repugnante espécimen de la humanidad que yo hubiera visto jamás. Era un hombre pequeño, desnudo hasta la cintura, con una enorme cabeza deformada. De la frente le colgaba una protuberancia descomunal y huesuda como un pan, que casi le cubría un ojo. Desde la nuca pendía una bolsa de piel esponjosa y de aspecto fungoso. La cabeza tenía la misma dimensión que la circunferencia de su talle. Otra masa de hueso sobresalía de su boca. La nariz era un bulto de carne. Desde la espalda y hasta los muslos, tenía un colgajo de carne cubierto con una piel como de coliflor y también tenía la misma piel en su brazo derecho, que era grande y deformado con una mano que parecía una aleta. En contraste, el otro brazo era normal. En el pecho colgaba una bolsa de la misma repulsiva piel. Las piernas estaban deformadas excesivamente. Un hedor nauseabundo se desprendía de él.

Supe por su representante que su nombre era John Merrick y que tenía 21 años.

En ese momento yo daba conferencias de anatomía en el Colegio Médico que estaba enfrente y, ansioso de preparar un relato de las anormalidades de este personaje, arreglé para que me visitara.

Para evitar inconvenientes en la calle, usaba un vestuario poco común: un largo y negro capote colgaba de sus hombros y una tela gris de franela con una abertura horizontal para poder ver ocultaba su frente.

Cruzó la calle en un taxi llevando en su mano mi tarjeta, lo que le aseguró su admisión inmediata. Este papelito iba a jugar una parte importante en su vida.

Lo examiné con cuidado. Era asustadizo y su lenguaje casi ininteligible porque la masa huesuda sobresalía de su boca. Estaba muy confundido. Me imaginé que era imbécil.

Al día siguiente las autoridades suspendieron el espectáculo y su empresario lo llevó a otra parte.

Pasaron dos años hasta que un día un policía preguntó por mí y me dijo que una criatura de aspecto misterioso vestida con una capa negra había aparecido en la calle de la estación Liverpool. Era incapaz de hablar pero le había dado mi tarjeta.

Merrick pareció complacido de verme aunque estaba exhausto y con hambre. Lo conduje inmediatamente al hospital donde le asigné una cama y le di comida.

Decidimos que no lo podíamos devolver al mundo de nuevo, y mandamos una carta al *Times* pidiendo dinero para el Monstruo; el público inglés se mostró generoso, aportando dinero suficiente para mantenerlo indefinidamente. Dos habitaciones vacías en el fondo del hospital fueron convertidas en cuarto y baño para él. Tenía ahora algo con lo que nunca había soñado: un hogar para vivir.

Inmediatamente comencé a estudiar a mi paciente y, con el trato diario, comprendí pronto su lenguaje, de tal manera que pudimos charlar con libertad. Le fascinaba conversar porque nunca había tenido nadie con quien hacerlo. Lo encontré marcadamente inteligente y lector voraz, especialmente de novelas.

En su visión del mundo, sin embargo, era más un niño que un hombre.

No pude saber mucho de su primera infancia: de su padre no conocía nada, de su madre tenía algún recuerdo. Hasta de pequeño debe haber sido repulsivo y ella seguramente lo habría abandonado por eso. Lo más antiguo que recordaba era el asilo, hablaba de él con orgullo y reverencia, con un deje de romanticismo.

La mayor parte de su vida había sido un tedioso registro de degradaciones, de ser degradado de ciudad en ciudad, de feria en feria como una bestia enjaulada. No tuvo infancia ni nunca experimentó placer. Su idea de la felicidad era arrastrarse hasta la oscuridad y esconderse.

A pesar de todos estos sufrimientos, Merrick era gentil y afectuoso. Le pedí a una amiga mía, una viuda joven y hermosa, que lo visitara. Mientras le daba la mano, inclinaba la cabeza hasta sus rodillas y suspiraba. Era la primera mujer que le había sonreído y le había apretado la mano. Desde ese día se empezó a transformar en un hombre.

El caso de Merrick se publicitó cada vez más. Todos querían verlo. Muchas damas notables lo visitaron y le dieron su mano, y hasta la misma reina vino a verlo varias veces. Su habitación brillaba con regalos, adornos y cuadros. Poco a poco fue perdiendo la conciencia de su fealdad.

Una de las ambiciones que lo consumía era ir al teatro, y otra ver las maravillas de la vida en el campo. Ambos deseos fueron satisfechos, si bien se tomaron precauciones especiales para esconderlo de la mirada de la gente.

Rodeado de estas bondades, se convirtió en una de las personas más satisfechas del mundo. «Me siento feliz a cada rato», me dijo. Feliz a su manera, claro, porque por su boca deformada su cara permanecía sin expresión. Podía llorar pero no podía sonreír.

En abril de 1890, Merrick fue encontrado muerto en su cama. Murió de una manera peculiar. Su cabeza era tan grande y pesada que no podía dormir echado. Se sentaba en la cama con la espalda sostenida por almohadas, encogía sus rodillas y las abrazaba con sus brazos mientras su cabeza descansaba sobre ellas. Decía a menudo que desearía dormir «como la gente».

Supongo que esa noche debe haberlo intentado. Al poner la cabeza en la muñida almohada, debe haberse caído hacia atrás dislocándose el cuello. La meta que había dominado su vida lo llevó a la muerte: el deseo patético y desesperado de ser «como la gente». (Como está relatado originalmente en *El Monstruo Humano y otras reminiscencias* —1923—, de Sir Frederick Treves.)

F. D. rep.

Joseph Miller (1684-1738). Padre del humor moderno

En una tarde de octubre de 1943, tres actores profesionales —Harry Hershfield, Joe Laurie Jr. y Ed Ford— dieron una fiesta importante en Nueva York en honor de un tal Joe Miller.

Hagamos historia: casi todos los chistes modernos provienen de un libro clásico publicado hace más de dos siglos y del que Miller era autor. Mucho tiempo después, el gran comediante Fred Allen dijo: «¿Dónde estaríamos todos sin él?».

Josias o Joseph Miller nació en Londres justo 68 años después de la muerte de Shakespeare. Credo en la Inglaterra de la reina Ana, pero donde también reinaban sir Richard Steele, el doctor Johnson y David Garrick. Miller decidió emular a este último y convertirse en actor. A los 25 años apareció por primera vez en las tablas del Drury Lane. Más tarde representó el 1.^{er} Sepulturero de *Hamlet*, Trinculo de *La Tempestad* y Marplot de *The busie boy*, obra esta última de Susannah Centlivre.

Joe Miller era analfabeto, no había tenido educación formal ni de otro tipo. Contrajo matrimonio por una sola razón: su mujer era capaz de leer los libretos para él.

Su actuación en la escena era deslucida, pero se dice que tenía otro fuerte: empleaba el doble sentido, la pulla y el juego de palabras a la perfección. Sin embargo muchos de sus contemporáneos nunca apreciaron bastante su tan desarrollado sentido del humor.

Por otro lado, algunas fuentes contradicen la afirmación de que Miller fuera cómico. Manifiestan en su lugar que se le atribuyó, como a Dorothy Parker, el mérito de otros chistosos. De acuerdo a una historia, Joe Miller

«era tan excepcionalmente grave y taciturno que, cuando contaba un chiste, sus amigos se lo atribuían a él».

Murió el 16 de agosto de 1738 dejando a su esposa y a sus hijos en completa pobreza. Sólo les dejó una herencia: sus amigos. Después de su fallecimiento, ellos trataron de procurar algún dinero a su familia. John Mottley fue elegido para acoger todos los chistes dispersos que había creado. Los publicaron en un libro y sus ganancias fueron a parar a manos de Mrs. Miller.

Mottley, hijo del favorito del rey Jacobo II, era un tahúr que había renunciado a su empleo en la Oficina de Recaudación de Impuestos a causa de desafortunadas especulaciones. Más tarde, durante los años en que se emborrachaba con Miller, el joven Mottley escribió varias obras que fueron publicadas, entre ellas *El cautivo imperial* y *La viuda encantada*. Un mes después de la muerte de su amigo, comenzó a juntar los chistes de su compañero.

El libro que resultó tenía el siguiente título: *Los chistes de Joe Miller o el vademécum de agudezas: colección de las bromas más brillantes, las agudezas más cultas, las historias breves más simpáticas de la lengua inglesa. Cuidadosamente recogidas y muchas de ellas transcritas de la boca del caballero cuyo nombre llevan*.

El delgado volumen de 72 páginas, editado por T. Read, de la calle Fleet, tenía 247 originales ocurrencias. Fue vendido en 1739 a un chelín la copia. Llegó a ocho ediciones y se aseguró así la posteridad.

La mayoría de los chistes tratan sobre la distracción de los clérigos, la calamidad del matrimonio, la consideración del rival como un asno o el destino de los irlandeses.

Sólo tres chistes del libro mencionan el nombre de Miller. Uno de ellos dice: «Una historia de marineros que nos contaron una noche a Joe Miller y a mí dice que corriendo una vez un gran peligro en el mar, todos los hombres cayeron de rodillas para rezar. Uno, que estaba a un costado, fue invitado a unírseles. “No”, dijo, “d problema de poner a resguardo el barco es vuestro. Yo sólo soy un pasajero”».

El libro fue muy vendido y el número de los chistes creció, hasta que una edición tirada 50 años después contenía 1.564, todos acreditados a John

Miller.

Hoy el contenido de los originales es para nosotros grosero, poco divertido y muy conocido. Un ejemplo típico:

«Un famoso profesor de aritmética había estado casado largo tiempo sin haber podido tener hijos. Una vez le dijeron a su esposa: “Señora, su marido es un excelente aritmético”.

»“Sí”, respondió, “sólo que no sabe multiplicar”.»

Los 242 chistes representan la primera publicación de humor profesional y son la base de todas las historias que se cuentan en cine, radio, televisión, teatro y hasta en algún salón familiar.

Para apreciar completamente la contribución de Miller, para darnos cuenta de cómo su colección sigue siendo el Corán de los cómicos, veamos cómo un chiste moderno se desarrolla a partir de uno de su libro.

El chiste de Miller es así:

«Un joven entrometido sentado en una mesa, enfrente del erudito John Scot, le preguntó cuál era la diferencia entre Scot (escocés) y Sot (borracho). “La anchura de esta mesa las separa”, contestó.»

Después de 200 años quedó así:

«Una vez, mientras estaba cultivando grano, Will Rogers fue interrumpido por una pregunta molesta de un vecino, pero se negó a encolerizarse. Al final el vecino le chilló: “Rogers, a usted no le falta mucho para tonto, ¿no es cierto?”

»“No”, pronunció lentamente, “sólo estar del otro lado de la cerca”.»

Hay otro, refinado a través de los años, que ha sido revisado y revivido por cada nueva generación de cómicos. Si Joe Miller lo pudiera contar en el presente, diría así:

«Estaba viajando en diligencia de Bristol a Londres y un joven desconocido estaba sentado al lado mío. Saqué mi reloj en una estación y lo comparé con la hora de la misma. Se inclinó hacia mí y me preguntó: “Diga, señor, ¿le molesta decirme la hora?”. No le contesté.

»En la estación siguiente saqué nuevamente mi reloj y el muchacho hizo de nuevo la misma pregunta y yo no contesté. En la próxima, cuando pasó lo mismo por tercera vez, el hombre dijo: “Señor, no me importa si usted

rechaza decirme la hora, pero ¿es usted sordo o cuál es la razón para no contestarme?”.

»“Bueno, joven”, le dije, “se debe a lo siguiente: primero me pregunta la hora y se la digo. Usted dice que es un lindo día y estoy de acuerdo. Luego agrega: tal vez lloverá mañana. E inmediatamente continúa hablando y yo le digo que vivo en Bristol y que, la próxima vez que venga por esta parte del país, pase a saludarme. Después usted encuentra que mi hermana es muy hermosa y viene otras veces por aquí, pero a verla a ella, no a mí. Y yo sé que me dirá que la ama y que quiere casarse con ella y, señor, se lo estoy diciendo, ¡no quiero que ningún hombre se case con mi hermana cuando ni siquiera puede comprarse un reloj!”.»

Fue George Ade quien insistió: «Hay sólo tres chistes básicos, pero como los que se refieren a la suegra no son chistes sino una cuestión muy seria, hay sólo dos. Y la cuestión es que ambos se pueden encontrar en Joe Miller».

I. W.

Alexander Selkirk. (1676-1720). Náufrago.

Aunque pocos lo reconocerán por su verdadero nombre, fue en la vida real el modelo para el más conocido personaje de la ficción: Robinson Crusoe.

Los libros parroquiales de la diminuta aldea pesquera de Largo, County Fife (Escocia), lo señalan como Alexander Selcraig, un joven de mal genio, perpetuamente con problemas y en pugna con la comunidad.

Era el hijo número 17 de la familia y su madre pensó que estaba destinado para un buen futuro. Pero para la época en que tenía 19 años, su principal logro fue ser echado a puntapiés de la ciudad por aporrear a sus rivales en la mitad del servicio religioso.

Se embarcó entonces en una nave alemana con destino a las Indias Occidentales. Retornó a Largo seis años más tarde y pronto estuvo de nuevo metido en problemas. Esta vez trató con dureza a su padre y a varios de sus hermanos en una reyerta familiar. Antes que hacer un acto de contrición público ante la iglesia, partió y se encontró con una banda de corsarios que buscaba galeones españoles cargados de oro, en los mares del Sur. Por esta

época se había llamado Selkirk, no queriendo acarrear oprobio sobre el nombre de su familia al conectarlo con la piratería.

Su barco, el *Cinco Puertos*, dejó los muelles londinenses en septiembre de 1703. Él vería Inglaterra nuevamente, no así *Cinco Puertos*. El barco era viejo e iba atestado de gente.

Hasta poco antes de levar andas estuvo discutiendo con su superior inmediato, Lient Thomas Stradling.

Mientras se movían lentamente hacia la costa oriental de Sudamérica, el discutiendo Selkirk surgió como líder de una facción disidente entre la tripulación. Circundaron luego el cabo y encontraron a los aborrecidos españoles lejos de la costa chilena.

El barco sobrevivió a las batallas, pero tuvo necesidad de ser reparado con emergencia. Momentáneamente anduvieron en una faja de playa rocosa conocida por los cartógrafos como Más a Tierra, parte del archipiélago de Juan Fernández.

Cuando Stradling se preparaba para zarpar, Selkirk argumentó que el barco no estaba todavía en condiciones de navegar y que preferiría desembarcar en esa isla desierta, antes que continuar en un barco que hacía agua y además con un capitán ignorante.

Stradling estaba contento. En el último momento, el temerario joven cambió de idea y chapoteó en las olas implorando ser subido nuevamente. Pero el capitán, burlándose de él, navegó mar adentro.

Sin embargo, la apreciación del joven había sido correcta: *Cinco Puertos* anduvo 1.000 millas siguiendo la costa y quedó varada en el Perú. La tripulación entera fue capturada por los españoles, torturada y encadenada.

Ya de vuelta en Más a Tierra, Selkirk estaba incansable. Hizo el inventario de sus pocas pertenencias y pasó su primera noche temblando en un árbol, temeroso de las bestias salvajes.

Los primeros ocho meses fueron los más duros. Cuando no estaba desesperado por comida o agua fresca, estaba atormentado por su retiro forzoso de la raza humana. Mientras no pudo apartar sus ojos del horizonte y buscar otra comida, tuvo que subsistir de tortugas y pescados hasta que se puso enfermo.

Lentamente se fue acostumbrando a su destino. Fabricó un recipiente para beber, con una cáscara de coco, y un cuchillo con un aro de acero. Se trasladó a una cueva, comenzó a marcar el paso de los días en el tronco de un árbol y cazó cabras salvajes que vagabundeaban en abundancia. Había también hordas de ratas que habían desembarcado de los barcos que pasaban. Le mordisqueaban los pies y frustraron sus esfuerzos por construir un aprovisionamiento de comida para más adelante. Entonces domesticó gatos, también abandonados por barcos, y pronto tuvo a la población de roedores bajo su control.

Cuando ya no pudo cazar cabras con su trabuco, aprendió a derribarlas con la agilidad de una pantera. Cosió pieles con un clavo viejo y algún tendón hasta que reemplazó sus harapos por un raro vestido de pieles.

Una Biblia había sido dejada dentro de su arcón de marinero. Leía en voz alta sus versículos para acrecentar su fe y para evitar la locura. También improvisaba pequeños bailes con sus gatos favoritos. A la larga, dominó el medio ambiente y lo transformó en su reino privado.

En enero de 1709, 4 años y 4 meses después de comenzado su exilio, llegó a su fin. Dos embarcaciones inglesas, teniendo a la vista Más a Tierra durante una tormenta, desembarcaron al ver sus señales de fuego. El capitán Woodes Rogers describió la criatura que encontraron como una bestia peluda vestida con pieles de cabra y «que se veía más salvaje que los propios animales». El hombre de ojos saltones «parecía hablar con palabras entrecortadas», observó Rogers, pero finalmente recuperó el habla humana y contó su historia.

Selkirk navegó con el capitán y sus hombres y más tarde se distinguió en una batalla contra los españoles. El antiguo proscrito fue hecho jefe de un barco capturado y se enriqueció con 800 libras esterlinas del botín. Esto ocurrió tres años antes de volver a Inglaterra.

Pronto se hizo célebre y fue entrevistado por numerosos periodistas: era una época en la que una buena historia del mar —especialmente una verdadera— resultaba sabrosa noticia. Al fin, su relato fue aprovechado por un autor de folletines llamado Daniel Defoe. Él lo bautizó «Robinson Crusoe» y usó este tema para escribir la inmortal historia de la resistencia

de un hombre frente a la adversidad. Hoy los historiadores recuerdan a Defoe como el padre de la novela moderna.

A pesar de que Robinson ganó la fama, Alexander Selkirk fue menos afortunado. Retornó a Largo, donde los aldeanos pronto repararon en sus hábitos extraños. Al tratar de ambientarse nuevamente al mundo civilizado, se puso cada vez más triste y ensimismado. Finalmente construyó una pequeña cueva en el jardín detrás de la finca familiar y se recluyó allí, enseñando a los gatos de la callejuela vecina a bailar extrañamente.

Concluyó por incorporarse a la Marina Real y marchó de nuevo al mar. Su barco dejaba la costa de África cuando contrajo fiebre y murió. Fue arrojado al mar.

Había dejado su mohoso arcón de marinero y un recipiente de coco hecho por su mano en la cueva escocesa. Este último está ahora en el Museo de Antigüedades de Edimburgo, sobre un pie de plata.

D. P. P.

Charles Waterton (1782-1865). Naturalista inglés y excéntrico

Uno de los realmente excéntricos clásicos ingleses, Charles Waterton, vivió una serie constante de aventuras raras, todas originadas en su dedicación al estudio de la naturaleza.

Charles nació de una de las más viejas familias del norte de Inglaterra; Shakespeare menciona a los Waterton en *Ricardo II*. Sus padres eran ricos pero sin títulos y, como heredero de Walton Hall, la finca familiar, pudo entregarse a sus aficiones, la gran aventura y la historia natural.

Educado como católico romano, en 1796 fue enviado al Stonyhurst College, una escuela jesuita donde desarrolló su talento en el campo de la historia natural. Terminó la escolaridad en 1800; cuatro años después decidió visitar algunas propiedades que su familia tenía en la Guayana Británica.

Después de manejar su hacienda en Sudamérica hasta 1812, Waterton se preparó para ir a regiones inexploradas de la jungla brasileña en busca del veneno que los indios usaban en las cerbatanas —*wourali*, o, como se llama ahora, *curare*—. Por alguna razón estaba convencido de que éste era el remedio para la hidrofobia. Fue durante este viaje y los tres siguientes por

la selva que Waterton vivió muchas de las hazañas que garantizaron su papel de completo excéntrico en la historia.

En 1825 publicó un relato de los cuatro viajes en un volumen titulado *Vagabundeos* —que ahora ocupa un lugar permanente en la literatura— donde detallaba los peligros extraordinarios que enfrentó con incansable y temerario coraje.

Por ejemplo, cuando se le avisó que una pitón había sido descubierta en la vecindad de su choza, salió como un rayo con los pies descalzos para capturarla (nunca usaba zapatos o botas en la jungla).

Después que los nativos tuvieron éxito en sujetar la cabeza de la serpiente en el suelo, Waterton se arrojó sobre su cola en movimiento y, finalmente, apretó la boca del animal con sus tirantes. Volvieron a la choza y la depositaron en una bolsa grande; cerraron la abertura con una cuerda y la colocaron en un rincón para pasar la noche. «Durante toda la noche estuvo irritada e inquieta», escribió el vagabundo, pero aparentemente no sintió disgusto en compartir su cuarto con una pitón».

En otra ocasión, tratando de atrapar un cocodrilo, sus ayudantes, con mucha dificultad en empujarlo hacia la orilla, lo cogieron en un ribazo de pocos metros. «Vi que sentía miedo y que estaba perturbado. Instantáneamente dejé caer el palo, me levanté de un salto y me arrojé sobre el animal dando una media vuelta mientras saltaba, de tal forma que me senté en posición correcta. Sujeté casi de inmediato sus patas delanteras con mucha fuerza y las doblé sobre su lomo para que sirvieran de freno.» Sus ayudantes arrastraron al cocodrilo con Waterton todavía a horcajadas sobre él. «Fue la primera y única vez que estuve sobre el lomo de un caimán», escribió.

En otro viaje por la jungla sudamericana, se interesó en que un murciélago chupara la sangre de la punta de su pie. Trajo uno a sus habitaciones y durmió adrede con un pie expuesto, pero a pesar de sus esfuerzos, sus deseos quedaron frustrados. El vampiro lo rechazó, y en su lugar hincó los dientes en el inmenso pie de un hindú que estaba durmiendo cerca.

Waterton heredó la finca de Walton Hall en Yorkshire después de la muerte de su padre en 1806, mientras estaba todavía administrando sus

propiedades sudamericanas.

Cuando retornó a Inglaterra decidió convertir su posesión en refugio para cualquier clase de animales salvajes (especialmente pájaros) que quisieran vivir allí.

Trajo a un ex cazador para servir como guardián; se presume que debía conocer todas las mañas del oficio.

No se permitían armas y tenía una barrera de 8 pies de alto construida a lo largo de 3 millas alrededor de la finca para evitar a cualquier persona o cosa que pretendiera apresar o devorar a sus protegidos.

Junto a su amor por los animales, Walton Hall satisfacía otra de sus pasiones: trepar. A pesar que había instalado un telescopio en una habitación de su residencia, su pasatiempo favorito era subir a los árboles para observar la vida salvaje tan cerca como fuera posible. Era usual, especialmente durante la estación en que se hacen los nidos, verlo trepar a lo alto con gran agilidad. Invitaba a sus huéspedes a hacerlo con él, y todavía a los 80 años escalaba.

Había demostrado una habilidad realmente extraordinaria para trepar en su juventud. En un viaje a Roma, descansando de la jungla, subió con un amigo a lo alto de San Pedro. Pero como esto no fuera suficiente, trepó para poner sus guantes en el punto más alto, como prueba de su proeza. Las autoridades papales, molestas, ordenaron que fueran quitados de allí, y Waterton, como buen católico, volvió con rapidez a subir hacia el lugar para retirarlos.

Su vida familiar estaba lejos de ser común, como era de esperar. A pesar de ser rico, llevaba una existencia espartana, durmiendo en el piso de su habitación con un trozo ahuecado de roble como almohada. Todas las medianoches se levantaba e iba —con los pies desnudos, por supuesto— a su capilla privada a rezar. Después de dormir un rato, se levantaba a las 4 de la mañana para comenzar las labores del día.

Su trabajo consistía, en primer lugar, en una clase extraña de taxidermia. Desarrollaba un método para solidificar la piel de los animales, de tal manera que se veían como cuando estaban vivos, pero sin haber sido rellenados.

No contento con preservar lo que la naturaleza había creado en cuanto se refiere a animales, inventó algo de su propiedad: criaturas compuestas por partes de diferentes animales. Confundió a los profesores de historia natural con sus monstruos, a muchos de los cuales les puso nombres de protestantes eminentes. Su creación favorita (apodada el «Inclasificable») se asemejaba de manera pasmosa a un ser humano, pero era en verdad un mono aullador rojo de Sudamérica.

Cuando salía de su casa, a menudo se mostraba tan andrajoso que era confundido con un vagabundo. Tenía una especial afición por los pordioseros y mostraba con mucha frecuencia su extraordinaria generosidad para con ellos. Compraba botas nuevas a los que encontraba mal calzados y, en ciertas ocasiones, dio las que tenía puestas a algún alma desafortunada, retornando descalzo como en la jungla.

Se casó en 1829 con la nieta de una princesa guyana. Ella tenía 17 años, 30 menos que él, y después de su boda (¡a las 4 de la madrugada!), acompañó al terrateniente a París para estudiar disecación de pájaros. Ella murió un año después y él nunca más se volvió a casar. El resto de su vida lo dedicó a preservar la vida salvaje de Walton Hall y a las extrañas aventuras que tanto le gustaban.

Nunca estuvo seriamente enfermo y deslumbraba a los amigos que lo visitaban con sus proezas como trepador y con su destreza física general, buena todavía a su edad. A los 83 años, sin embargo, tropezó mientras arrastraba un leño pesado y se hirió seriamente. Murió poco después del accidente.

J. L. K.

John Wilkes (1725-1797). Pintoresco político inglés

John Wilkes, el paladín de la libertad angloamericana, fue uno de los más estimados entre los candidatos elegidos para puestos políticos. La agudeza irlandesa y su modo amable compensaron su pequeñez —hasta era bizco—; sin embargo, fue capaz de hacer progresar más su carrera con un casamiento conveniente. «Me casé con una mujer que doblaba mi edad», escribió poco después de su noche de bodas. «Fue un sacrificio a Plutón, no

a Venus.» Por supuesto, el matrimonio se deshizo una vez que obtuvo el dinero que necesitaba.

Después de la separación, comenzó una doble vida en serio. Primero se incorporó al Club Hellfire, una fraternidad secreta que incluía entre sus socios a funcionarios como Lord Oxford, Lord Sandwich y Charles Churchill. Por esta época había escrito y hecho imprimir su obsceno *Ensayo sobre la mujer*, una parodia al trabajo de Pope, *Ensayo sobre el hombre*, que perturbó su carrera política tanto como las orgías por las que el club tenía mala fama. Wilkes a duras penas durmió alguna noche en su domicilio mientras fue socio porque eran de rutina las fiestas desenfundadas con mujeres desnudas y enmascaradas y extrañas ceremonias religiosas, todo empapado en licores.

Al fin Wilkes dedicó sus energías a las cuestiones de estado y para iniciarse trató de ser electo como parlamentario. Durante su primera campaña, la oposición importó un barco entero de votantes de otro distrito. Wilkes sobornó en seguida a la autoridad para que depositara su cargamento en Noruega. Era persistente.

«Prefiero votar por el diablo antes que por John Wilkes», le dijo una vez un elector.

«¿Y qué si su amigo no participa?», le contestó.

Finalmente, gracias a su inteligencia y al cohecho, fue elegido en 1751 con un arreglo que le costó sólo 35.000 dólares del dinero de su mujer.

Su vida personal era desenfundada y nómada —«el capítulo de los accidentes», escribió, «fue el más largo de mi vida»—, pero como miembro del Parlamento demostró que tenía aptitudes políticas.

La gran agudeza de sus primeras polémicas dio como resultado la caída del primer ministro, Lord Bute, y aceleró la marcha de su victoria; entusiasmado con la voz del pueblo, dirigió su cáustica pluma contra el mismo rey Jorge III. En el 45 de *North Briton*, atacó de forma ruin una conferencia del rey.

El soberano quiso vengarse inmediatamente y emitió una orden general: Wilkes fue arrestado y encarcelado en la Torre de Londres. Pero cuando su caso fue llevado a juicio, la Corte declaró que un decreto que no nombraba a las personas que debían ser arrestadas era ilegal. De este modo, una gran

victoria había sido ganada en nombre de la libertad personal... pero el gobierno no había terminado con él: se recogieron evidencias sobre su actividad en el Club Hellfire con la ayuda de su una vez amigo Lord Sandwich —quien había inventado el «sándwich» porque las especulaciones lo absorbían de tal manera que no tenía tiempo para comer carne de un plato.

Este no economizó esfuerzos para dañarlo y reunió información sobre el *Ensayo sobre la mujer*, que fue declarado obsceno y difamatorio. Como consecuencia de su ataque al rey, lo desterraron de Inglaterra.

Pasó cuatro años en Francia desde donde tuvo el descaro de informar a su soberano que todo andaba bien y que él estaba «ocupado en placeres amorosos».

En 1768 se puso nervioso y decidió cruzar el Canal de la Mancha para enfrentarse con su castigo. Aceptaría un término de dos años de prisión a cambio de que le permitieran volver a casa, pero sus perseguidores no permitieron esto último y una muchedumbre enorme se reunió para defender su inocencia.

Cuando las tropas del gobierno sofocaron el disturbio —muchas vidas se perdieron durante la demostración—, Wilkes escribió un artículo exponiendo la brutal represión y ganó aún más popularidad. Fue elegido para el Parlamento tres veces mientras estaba en prisión, pero el gobierno le negó su legítimo sitio y, por su estado, las clases inferiores se hicieron más conscientes de la privación de su propio derecho.

Sus simpatizantes crecieron con fuerza y se hicieron numerosos; alborotaban, hacían huelgas generales. «Wilkes y Libertad» era gritado como eslogan y «#45» fue garrapeado sobre las puertas de todo Londres.

Había muchos que pensaban que Wilkes sería «beneficiado con la muerte», pero finalmente lo dejaron en libertad.

Despreocupado como siempre, comenzó a bosquejar un programa de reformas que incluía el derecho al voto del ciudadano común, el fin de los inexistentes o «viciados» distritos municipales y la libertad de expresión y de prensa.

El nombre «Wilkes» se convirtió en sinónimo de libertad y el mayor libertino fue elegido Lord Mayor de Londres. Así, entró al Parlamento con

la decisión de abogar por la libertad de las colonias americanas. Más tarde fue elegido Lord Chambelán de Londres.

Rechazó muchos puestos lucrativos en una época en que escaseaban las vacantes políticas por muerte y no había ninguna por renuncia. Sólo en 1780, al enajenarse la simpatía de antiguos seguidores debido a la corajuda oposición que manifestó contra los alborotos populares anticatólicos dirigidos por Lord Gordon, perdió buena parte de su poder político.

Se las ingenió para devolver un poco de orden a Londres pero su carrera estaba terminada. A pesar de que siguió en el Parlamento durante 10 años más, pocas veces protagonizó hechos políticos. Pero hasta el viejo y áspero Dr. Johnson —que había declarado en una ocasión que prefería comer con Jack Ketch, el verdugo público, antes que con Wilkes— terminó admirándolo en los últimos años.

En la época en que murió, a los 70 años, había logrado ser tan universalmente respetado como antes había sido vilipendiado.

R. H.

2

Desastres y violencia - Catástrofes naturales

La erupción del Vesubio

La erupción del Vesubio fue una sorpresa aterradora para los sibaritas romanos que languidecían en sus villas palaciegas de la bahía de Nápoles. No se enteraron de que la gran montaña que se elevaba a 4.000 pies de altura detrás de su patio de recreo era un volcán hasta que Pompeya y Herculano fueron enterradas.

Cuándo: El 24 de agosto del año 79 a.C.

Dónde: 14 millas al sudeste de Nápoles.

La pérdida: De 20.000 a 30.000 personas murieron asfixiadas por el monóxido de carbono, o fueron enterradas vivas en dos grandes ciudades.

La catástrofe: El último día de vida de los pompeyanos comenzó con una intensa actividad. El traqueteo de las carretas de madera resonaba en las estrechas calles. Los postigos golpeaban. Caccilius Jacundus, el banquero, caminaba con paso rápido hacia el foro. Las jóvenes preparaban vino caliente y especias para sus primeros clientes en las *thermopilia* de Aselinia (vinerías). En todas partes se hablaba con animación de las próximas elecciones y de los juegos que tendrían lugar aquella tarde en el anfiteatro. El 24 de agosto no era un día diferente a la mayoría de los otros en la concurrida ciudad, pero estaba destinado a transformarse en una pesadilla de terror.

A la 1 p.m., el Vesubio puso fin a sus 1.500 años de inactividad. El suelo del cráter, debilitado por el violento terremoto del 63 a.C., no pudo contener las violentas presiones subterráneas. La boca del volcán vomitó una fuerte explosión. Aterrorizados por el estruendo los pompeyanos, que nunca habían oído nada semejante, dejaron sus villas y negocios para correr por las calles buscando con sus ojos las suaves laderas verdes de la montaña. Una nube negra se elevó como un largo pino hacia el cielo manchando el

sol. Escondida entre la capa de humo y cenizas, la lava se enfriaba rápidamente y caía otra vez dentro de la garganta ronca del Vesubio. A cuatro millas de distancia, Pompeya estaba intacta.

Con la segunda erupción, más temible que la primera, la oscuridad extendió su manto en el cielo y una lluvia de lava cayó sobre la indefensa ciudad. Los gladiadores que estaban allí por los juegos y algunos ciudadanos de mente ágil, huyeron de Pompeya hacia el mar. Unos pocos vivieron para contar la catástrofe. Pero muchos buscaron refugio en sus hogares, en los templos y en los baños públicos. Separadamente y en grupos desaparecían en la oscuridad. Las piedras y los *lapilli* (pequeños fragmentos de lava) se amontonaban en los techos hasta hundirlos. Los que estaban adentro quedaban atrapados. Las cenizas calientes prendían fuego a los techos de madera más sólidos. Luego llegó el gas venenoso del monóxido de carbono mezclado con un pesado olor a azufre. En 24 horas Pompeya y su gente fueron enterrados bajo 10 o 12 metros de ceniza y piedras.

La población de Herculano, una ciudad cercana a Pompeya, contemplaba el espectáculo del Vesubio presintiendo algo. Iba a asombrarse del destino de Pompeya, pero no tuvo tiempo necesario para el asombro. El tremendo calor del volcán condensó la humedad en las laderas de la montaña. Pronto un río de ceniza y lodo descendió sobre la ciudad de 10.000 habitantes. Apenas si alcanzaron a gritar cuando Herculano quedó enterrada bajo 20 metros de lodo que se endureció como el cemento.

Consecuencias: Hasta el siglo XVIII Pompeya y Herculano no fueron sino un vago recuerdo. En 1709 comenzaron a hacerse esporádicas excavaciones en Pompeya, pero los trabajos no comenzaron realmente en Herculano hasta 1927. En la actualidad la mayor parte de los 160.000 acres de Pompeya y casi la mitad de Herculano han sido desenterradas. Ambas ciudades son lugares de atracción turística.

Cientos de miles de visitantes llenan anualmente las angostas calles de 2.000 años de antigüedad.

Mañana: El Vesubio ha entrado en erupción varias veces desde el 79 a.C., la última fue en 1953. La historia puede repetirse en cualquier momento, pero hasta que eso suceda, Pompeya y Herculano continuarán

siendo las únicas ciudades romanas de 2.000 años de antigüedad que pueden visitarse sin necesidad de una máquina del tiempo.

Los mayores terremotos de la historia

Para la mayor parte de los habitantes de los 50 estados de USA es sabido que los terremotos ocurren en California. Quizá sea menos conocido el hecho de que los terremotos no ocurren únicamente allí sino también en otros estados. Durante aproximadamente dos meses, una serie de los más grandes terremotos de la historia, con una intensidad de 10, la máxima que registra la escala correspondiente, conmocionó no a California, sino a un territorio de un millón de millas cuadradas del medio Oeste y el Este de USA.

Cuándo: El 16 de diciembre de 1811; el 23 de enero y el 7 de febrero de 1812.

Dónde: En Missouri, Kentucky, Tennessee, Ohio, Georgia y Carolina del Sur.

Las pérdidas: Una muerte. Si tres de estos terremotos hubieran ocurrido en cualquier gran ciudad en la década de 1970, la pérdida de vidas hubiera sido de 50.000 o más personas y los daños superarían los mil millones de dólares.

La catástrofe: Los habitantes de New Madrid se despertaron alrededor de las 2 de la mañana del 16 de diciembre de 1811 cuando un temblor de tierra los sacudió de sus camas. Nadie había sufrido la experiencia de un terremoto; no sabían qué pasaba. Los cazadores y tramperos habían oído la vieja leyenda india Shawnee acerca del gran espíritu que plantó sus pies para sacudir la tierra, pero ningún hombre blanco creía en ella. Sin embargo, sin ninguna clase de advertencia, una zona de un millón de millas cuadradas se sacudió en forma alarmante. En St. Louis, Cincinnati y Louisville se cayeron las chimeneas y se destrozaron las ventanas.

Los temblores se sintieron a 500 millas en New Orleans, a 600 en Detroit y a 1.100 millas en Boston. Se registraron por lo menos 2.600 temblores aislados en Louisville. La tierra se elevó y cayó hasta causar hundimientos y plegamientos. Los árboles se quebraron. El fondo de los lagos subió 7 metros. Las corrientes cambiaron de dirección y el río Pemisco voló por los aires. El Mississippi y el Ohio se retiraron invirtiendo

el curso de sus aguas. En el noroeste de Tennessee el suelo se hundió y formó el lago Reelfoot de 5 millas de ancho y 18 de largo.

Consecuencias: Los geólogos comenzaron el primer estudio serio de los terremotos y sus causas. Para tal efecto se creó un nuevo departamento en la Universidad de St. Louis.

Mañana: Muchos recién llegados a California, luego de experimentar el primer temblor se fueron en busca de un lugar seguro al sur y este de USA. Ningún estado está exento de terremotos y el día de mañana puede registrarse el más grande de la historia en cualquier parte.

La erupción en Krakatoa

Después de medio millón de años de completa inactividad, el monte Perboewaten —uno de los tres conos volcánicos de la deshabitada isla de Krakatoa— se despertó con un rugido para vomitar cenizas, vapor y lava hasta una altura de 36.000 pies. Durante los tres meses siguientes, el supuestamente extinto volcán tuvo espasmos de vida. Luego entró en erupción varias veces y se produjeron explosiones que duraron 22 horas. La isla entera explotó con tal fuerza que las ondas expansivas rodearon el globo.

Cuándo: El 27 de agosto de 1883.

Dónde: En Krakatoa, la isla más grande de un grupo de cuatro en las Indias Orientales holandesas —Lang, Verlaten, Polish Hat y Krakatoa.

Las pérdidas: 36.417 personas perdieron la vida, 165 millas fueron arrasadas y otras 132 resultaron seriamente dañadas.

La causa: Un volcán es un agujero en la corteza terrestre que sirve de chimenea al centro de la tierra. Como el núcleo se enfría y la tierra se contrae, el gas y el vapor son comprimidos por las tremendas presiones (100 toneladas por pulgada cuadrada) que buscan expandirse y pugnan por salir a la superficie a lo largo de un laberinto de corredores atravesando 1.800 millas del manto terrestre y la litosfera. La presión continúa hasta que el magma, la lava y las cenizas rompen la corteza y un infierno estalla en la atmósfera.

El desastre: El primer anuncio del inminente desastre ocurrió un domingo a las 10.55 a.m., el 20 de mayo de 1883. A escasas millas de Krakatoa, el capitán Hollman, a bordo de la corbeta alemana *Elizabeth*, notó que una ondulante nube de vapor subía a una altura aproximada de 36.000 pies. De ella emanaron relámpagos de fuego, detonaciones y cenizas sulfurosas. En unos días la actividad disminuyó tan sólo para recrudecer el 16 de junio y otra vez a principios de julio. Los aldeanos holandeses estaban despreocupados (había 49 volcanes activos en Java). Los nativos javaneses recordaban sus antiguas leyendas de Krakatoa y oraban en silencio para salvarse.

En la mañana del domingo 26 de agosto, el sol salió en un cielo despejado. Hacia el mediodía las islas languidecían envueltas en un caluroso vapor. El verdor exuberante de Krakatoa resplandecía en contraste con un fondo azul opaco. En las profundidades de la tierra, debajo de Krakatoa, una masa revuelta e hirviente luchaba por liberarse. Los montes Rakata, Danan y Perboewaten se mantenían firmes impidiendo su salida.

A la 1.06 p.m. las energías comprimidas, encerradas durante siglos, golpearon con violencia la superficie. Los montes volaron. Con una explosión atronadora, hongos de vapor y escombros fueron lanzados a 7 millas. Cientos de miles de personas oyeron aquella explosión que rompía los tímpanos. Las nubes pudieron verse durante una hora, luego las cenizas ennegrecieron un área de 1 50 millas cuadradas oscureciendo el día por completo. Nadie pudo ver nada durante 3 días, excepto débiles relámpagos de luz. El último telegrama de Anjer a Batavia fue enviado a las 2 p.m. Las explosiones continuaron. A las 3 p.m. ocurrían cada 2 minutos.

El mar se puso negro, embravecido y amenazante subiendo y bajando 4 metros cada 1 5 minutos. En cada población, a lo largo del estrecho de Sunda, se produjo un éxodo de gente que intentaba alcanzar tierras más altas. Aquellos que procuraban hacerlo por los caminos de la costa, fueron alcanzados por la marejada. Una fuerte lluvia de ceniza y lava ensombreció todo. A las 7.55 p.m. toda la región fue sacudida por un violento terremoto seguido de relámpagos y lluvia. El miedo hizo presa de holandeses y nativos por igual. Había llegado el Día del Juicio. Entre los vómitos

rítmicos de Krakatoa, los temblores de tierra destruían edificios y el rugido de los vientos se unía al del mar.

En el Observatorio de Batavia el reloj se detuvo a las 11.32 p.m. A partir de la medianoche, las tierras bajas de la costa comenzaron a sumergirse bajo las enormes olas. Los barcos que había en el mar pudieron superar el peligro sin mayores dificultades aunque la oscuridad era absoluta y algunos marineros estaban aterrados. A la 1 a.m. la población de Sirik, a 6 millas al sur de Anjer, fue arrasada por las aguas. Telok Betong fue destruida a la 1.30 a.m. Las olas subsiguientes llegaron a 2 metros del lugar en que se encontraban los refugiados que habían subido a lo alto de una colina de 40 metros de altura. A bordo del *Berbice*, a 15 millas de Krakatoa, las cenizas se acumularon hasta una altura de 1 metro.

A las 6.30 a.m. una ola de 10 metros cayó sobre Anjer y penetró 6 millas dentro de la isla. Merak fue alcanzada al mismo tiempo. La ola más grande llegó a la costa a las 7.45 a.m. Levantó el cañonero *Berouw* y lo depositó a más de una milla dentro de la isla, 10 metros sobre el nivel del mar. Murió toda la tripulación. Las erupciones aún continuaron, la tierra se sacudió y las olas contribuyeron a la implacable catástrofe.

El 27 de agosto a las 10.02 a.m., después de 22 horas de erupciones, un rugido que empalideció a los otros salió de Krakatoa. Tres cuartas partes de la isla, 20 kilómetros cuadrados (un área casi tan grande como Manhattan), se derrumbaron en el mar. El estruendo se oyó a 3.000 millas de distancia. La *Enciclopedia Británica* informó más tarde: «Fue el ruido más grande de la historia». La gente de Texas contó que se oyó como si hubieran disparado innumerables cañones.

La fuerza de la explosión originó vientos que dieron vuelta siete veces el globo. Frente a Krakatoa se arremolinó una pared de agua que se desató sobre las playas y enterró llanuras y poblaciones para luego desgarrarse en lo alto de las colinas y destruir lo que encontraba a su paso. A través de los estrechos, las gigantescas olas escaparon al océano Índico hasta alcanzar el cabo de Hornos, luego se precipitaron al Atlántico para lamer las orillas del canal de la Mancha a 11.500 millas de Krakatoa.

A las 10.32 a.m. la ola asesina golpeó Tjaringin, a 30 millas de Krakatoa y mató a 10.000 personas. Cuando llegó a Pepper Bay, la ciudad de

Penimbang que se encontraba a 10 millas, quedó sumergida. Tjeringur, Karang Antoe, Telok Betong, Beneawany y Batavia quedaron sembradas de cadáveres. Cientos de ellos fueron arrastrados al mar mezclados con los escombros.

El golpe mortal llegó a Krakatoa a las 10.52 a.m. cuando el monte Danan se sumergió 600 metros bajo el mar. Nunca se supo cuál fue el número de muertes, pero los cálculos más conservadores estiman que fue de 36.147 o más.

Consecuencias: Cuando todo terminó y se enviaron barcos a la zona devastada, el *Algeeman Dagblad* informó: «Los cálculos más sombríos se desvanecen faltos de realidad». De la capital de Bantam llegó el siguiente mensaje: «Todo ha desaparecido. Se han perdido innumerables vidas».

El primer grupo que llegó a lo que quedaba de la isla no encontró ni un árbol, arbusto o brizna de hierba. No encontraron ni una pequeña araña tejiendo una tela que, de todos modos, no atraería a ningún insecto viviente.

Mañana: en 1923 Krakatoa estuvo verde otra vez. A principios de 1928 una nueva isla de 190 metros de largo por 4 de ancho emergió del mar y luego desapareció. El 3 de febrero y el 25 de junio se registraron nuevas explosiones y erupciones. En octubre de 1952 un cono ceniciento emergió de las aguas. Había nacido el hijo de Krakatoa. En un año creció 91 metros. En 1960 la isla tenía 500 metros de ancho por 1.000 de largo. ¿Cuán grande será en el año 2000? ¿Cuándo hará otra vez erupción Krakatoa? Son preguntas incontestables.

El maremoto de Galveston

Durante 50 años Galveston, Texas, ganó incontables batallas al mar. Pero un día después del Día del Trabajo, la naturaleza entró en actividad. Arrasadoras aguas huracanadas provenientes del golfo formaron olas de un millón de toneladas que se arrojaron violentamente sobre las playas. A medianoche Galveston era una pesadilla de devastación.

Cuándo: El 8 de septiembre de 1900.

Dónde: Galveston, Texas.

Las pérdidas: 6.000 personas muertas. Los daños superaron los 17 millones de dólares.

La catástrofe: A las 10 a.m. de aquella, fatídica mañana del sábado, 30.000 galvestonianos trabajaban como de costumbre. Una llovizna caía del cielo encapotado. Quienes aún estaban de vacaciones abotonaron impávidos sus abrigo para inclinarse en el viento y la persistente lluvia mientras miraban un fuerte oleaje. El barómetro había bajado a 29°. Los marineros que estaban a bordo de los barcos en el puerto aseguraron las escotillas, reforzaron el ancla y amarraron muy bien las líneas.

Al mediodía los barómetros registraban 28,5°. Quienes habían estado observando el oleaje se alejaron del golfo tormentoso mientras, una tras otra, las olas rompían cada vez más altas en los muelles. La lluvia arreció. El cielo se puso más oscuro y el frío húmedo de los vientos que corrían a 20 km por hora atravesaba la ropa forzando a la gente a buscar refugio.

Esta escena se había repetido muchas veces con menos encarnizamiento desde 1836, cuando Michael B. Menard comenzó la primera urbanización de la isla, un estrecho banco de arena de 25 millas de largo por 2 de ancho. Los nativos estaban familiarizados con las tormentas características de la estación y les prestaban poca atención. Pero los vientos soplaron cada vez con más fuerza hasta que a las 3 p.m. se convirtieron en un vendaval. Los pronosticadores Joseph e Isaac Cline sabían que aquella no era una tormenta común y corriente.

Las calles de Galveston se inundaron de agua de mar. Las altas olas golpeaban ya, y cada vez con mayor fuerza, los almacenes que estaban a una cuadra del golfo. Joseph Cline subió cautelosamente a la terraza del edificio Levi. Sus instrumentos, un pluviómetro y un anemómetro, volaron con el viento. Apretó la barandilla de seguridad para sostenerse y miró hacia abajo advirtiéndole que medio Galveston estaba bajo las aguas.

Richard Spillane, director de *Galveston Tribune*, recordaría más tarde: «Salir a la calle era correr hacia la muerte. Se caían las cisternas, partes de edificios, los hilos del telégrafo y las paredes. El rugido del viento y del desmoronamiento de edificios era aterrador. La gente estaba atrapada. Por la tarde, los porfiados que se habían quedado mirando el oleaje comenzaron a retirarse con el agua hasta las rodillas hacia las zonas más altas. Era

demasiado tarde para tratar de ir por tierra firme. Las plantas de energía estaban fuera de servicio y la oscuridad dificultaba la marcha».

A las 7.32 p.m. el gran maremoto atacó con una furia desatada. El viento soplaba a 85 km por hora. Todas las personas que residían en el Hogar de Ancianas de Roseberg Avenue murieron. Los buques eran arrojados sobre los muelles. Las implacables aguas arrancaron las lápidas de los cementerios y se llevaron los ataúdes flotando entre los escombros hasta el golfo.

Las hermanas del Convento de las Ursulinas rescataron muchas víctimas de las aguas que pasaban por el gran edificio de ladrillos a 5 manzanas de la playa. La parte más alta de Galveston estaba a sólo 2 metros de altura sobre el nivel del mar. Ante la violenta embestida de las aguas, las casas y el resto de los edificios se desmoronaron como si fueran de cartón. La casa Cline, refugio de más de 50 personas, había sido construida para resistir la tormenta más fuerte. Pero también ella se tambaleó cuando fue golpeada por una sección de 200 millas de vías de ferrocarril. Dañada pero aún en pie, la casa flotó Ubre pero sólo para ser derribada por el viento; la gente que estaba en su interior fue arrastrada entre gritos en la oscuridad.

Hacia medianoche las fuerzas destructivas de la naturaleza comenzaron a aplacarse. Galveston había perdido su mayor batalla. El desastre que causó el maremoto fue indescriptible. El mundo civilizado al conocer la noticia se conmocionó. Pero la historia no termina con muerte y destrucción.

Consecuencias: La mayoría de la gente de Galveston, luego de un lógico período de lamentaciones, rehusó aceptar la derrota. A pesar de que los más prudentes estimaban que el daño de las propiedades estaba por encima de los 17 millones de dólares, los ciudadanos entraron en acción. Reconstruyeron la ciudad por completo. Se levantó un nuevo muro de contención más alto que el anterior y la isla fue elevada en 6 metros. En la actualidad, Galveston permanece como una memoria viviente para los tempranos pobladores que rehusaron darse por vencidos ante una furiosa Madre Naturaleza.

El terremoto de San Francisco

California es una región de terremotos. Más de 1.000 millas de su línea costera sigue la Gran Cuenca del Pacífico donde se originan el 80% de los terremotos del mundo. El estado tiene cientos de fallas volcánicas que producen mil o más temblores por año. Afortunadamente la mitad de ellos pasan desapercibidos salvo para los animales, pájaros y sismógrafos y sólo 30 son capaces de provocar daños menores. Un terremoto de grandes proporciones que deje un saldo de víctimas y dañe propiedades ocurre una vez cada 100 años. Fue uno de éstos el que, a lo largo de la falla de San Andreas, atacó a un San Francisco desprevenido en una mañana de primavera. En contados minutos, los edificios y las casas se convirtieron en montones de escombros. Luego el fuego transformó a la devastada ciudad en una llameante pira funeraria.

Cuándo: El 18 de abril de 1906 a las 5.13 a.m.

Dónde: En San Francisco, California.

Las pérdidas: 600 muertes, 300.000 personas sin hogar. Los daños a las propiedades se evaluaron en 400 millones de dólares.

La catástrofe: Los habitantes de San Francisco dormían plácidamente en una mañana de primavera de 1906. Su histórica ciudad, recostada junto al puente Golden Gate, estaba envuelta en un manto de niebla gris. Una fresca brisa marina ondulaba las aguas de una plácida bahía y lamía suavemente los barcos anclados. Dentro de la tierra, San Andreas, el abuelo de las fallas de California, comenzó a quejarse primero con suavidad, en tono apagado, y luego cada vez más fuerte hasta estallar en una explosión de un millón de cañones. Los pies de un gigante invisible sacudieron la ciudad sin misericordia. Desde Nob Hill hasta el puerto, los edificios comenzaron a derrumbarse.

El palacio municipal, que había costado 7 millones de dólares, fue uno de los primeros en caer. Luego la gran bóveda de cristal del hotel Palace se desintegró en una lluvia de astillas. Los ciudadanos salieron a tropezones y medio dormidos a las calles onduladas para ser bombardeados por fragmentos de ladrillo y cemento. Aturdidos y a gritos buscaron un lugar seguro, pero no lo había. Enrico Caruso, con una toalla envuelta en la garganta, corrió hacia abajo por Market Street sosteniendo un cuadro de

Theodore Roosevelt. Las rotas cañerías de agua y gas saltaban por el aire tomando formas grotescas. Las cañerías de las cloacas estallaron agregando un olor pestilente al panorama de destrucción. En todas partes el fuego consumía a la ciudad derrumbada.

Durante el día y la noche reinó el caos. Miles de personas intentaron dormir en los parques. Otras, demasiado cansadas para seguir corriendo, se echaban a dormir en el camino del fuego. Los bomberos disputaban a las llamas una batalla ya perdida. En 24 horas San Francisco era nada más que escombros y cenizas. Los muertos estaban en paz, pero las 300.000 personas sin hogar tenían una expresión desesperada.

Consecuencias: Mientras la ciudad se debatía en agonía, varios bebés nacían en un improvisado hospital de campaña en Golden Gate Park. De las cenizas que quedaron luego de la destrucción se levantaría un nuevo San Francisco a mayores alturas todavía. Se desarrollarían nuevas medidas de seguridad contra terremotos y en las décadas siguientes se construirían edificios a prueba de terremotos.

Mañana: La compleja naturaleza de los terremotos ha desafiado las predicciones de exactitud a pesar de que los sismólogos han afirmado recientemente que están por descubrir la forma de prever un seísmo. ¿Dónde y cuándo ocurrirá el próximo? En un futuro, en algún lugar de California.

La epidemia de influenza hispánica

El más temible de los asesinos de masas, la «influenza hispánica», golpeó sin previo aviso una fortaleza del ejército en el Medio Oeste de USA una mañana de primavera, durante la primera guerra mundial. Durante semanas, todo el mundo civilizado estuvo atareado enterrando sus muertos.

Cuándo: En marzo de 1918.

Dónde: En Fuerte Riley, Kansas, y luego el mundo.

Las pérdidas: Murieron 21.640.000 personas.

La catástrofe: La desconocida enfermedad atacó en primer lugar el campamento Funston, acantonado en los 20.000 acres del Fuerte Riley resacos por el sol, y se extendió rápidamente de costa a costa a otras

instalaciones militares. Los médicos no sabían qué enfermedad era ni cómo tratarla. En Norfolk y Boston pronto el personal de los barcos de la armada quedó fuera de acción; sus elevadas temperaturas diagnosticaban una neumonía. En California una tercera parte de los presos de San Quintín fueron afectados.

Los médicos franceses bautizaron a la enfermedad *la grippe* cuando *les poilus* —los «Tommies» franceses—, con dolores en músculos y huesos, prorrumpieron con estornudos y toses. Luego miles de casos de *Flanders grippe* hicieron olvidar a los Tommies ingleses. Por la noche los escoceses informaban de 15 a 20 muertes al día. Los médicos alemanes pusieron el nombre de *Blitz Katarrh* a la enfermedad cuando 16.000 berlineses cayeron en cama. En el verano, Londres informaba de 300 muertos por semana.

Totalmente fuera de control, la enfermedad devastó China e India y saltó al Pacífico para atacar Hawái y en forma casi simultánea Alaska, Puerto Rico, Islandia, Noruega y las islas Falkland. Luego llegó a España. A partir de entonces los médicos la apodaron «influenza hispánica».

Esta sembradora de muerte barrió USA, México y Canadá para afligir a millones y cobrar muchos cientos de miles de vidas. Ni las pequeñas poblaciones ni las grandes ciudades escaparon. Solamente en Pennsylvania 25.000 habitantes cayeron en cama. En ninguna parte se encontraban suficientes ataúdes, cementerios o enterradores. Los entierros masivos eran algo común. El Dr. Cari Holmberg, jefe de la Junta de Salud de Brockton, Massachusetts, se lamentó de estar luchando contra un fantasma. Las industrias se paralizaron y los barcos navegaban con dificultad por la escasa tripulación.

El Secretario Asistente de la flota Franklin D. Roosevelt fue llevado a tierra cuando el *Leviathan* llegó al puerto de Nueva York en septiembre. Antes de partir de Hoboken con 3.100 efectivos, 200 víctimas fueron desembarcadas para ser hospitalizadas. Al llegar el *Leviathan* a Francia, 200 pasajeros fueron enterrados en suelo extranjero. Ningún país del mundo quedó intocado. Los médicos estaban desorientados.

Un oficial de salud pública de Virginia dijo que la enfermedad era causada por una pequeña planta venenosa llamada el «germen de la influenza». El Dr. Louis Dechmann, de Seattle, la consideró una

enfermedad de signo negativo y recomendó que se la tratara envolviendo el abdomen con toallas embebidas en vinagre caliente.

Los domingos sin iglesia se volvieron norma. Las industrias, los comercios y almacenes trabajaban media jornada. Los teatros y lugares de reunión cerraron sus puertas. Prosperó la charlatanería. El mercado se vio inundado de remedios para una «cura segura».

De todas las ciudades y aldeas llovieron las sugerencias al Departamento de Guerra. Un hombre de Kansas, Joseph Peloquin telegrafió: «Enjuáguese la boca con agua de tilo y métase en cama». El doctor Charles E. Page, un médico de Boston, declaró: «La influenza es causada sobre todo por el exceso de ropa». A pesar de las recomendaciones de médicos y especialistas en remedios caseros, aumentaba el número de muertes. A pesar de que la epidemia alcanzaba proporciones catastróficas, el humor no estuvo ausente. Este pequeño anuncio encabezaba la lista: «Yo tenía un pajarito y su nombre era Enza. Abrí la puerta e *in flew Enza*»^[1]

A principios de octubre la gripe epidémica había logrado lo que el poder militar de Alemania no logró. País tras país estaban arrinconados contra la pared. En Filadelfia el índice de mortandad era de 700 % sobre lo normal y continuaba creciendo. Los campamentos militares en USA informaban una muerte por hora. Los pedidos de refuerzo cesaron cuando el número de efectivos muertos llegó a 7.000. Inglaterra informó 2.000 muertes por semana. India perdió un total de 12 millones y medio. USA perdió 500.000.

Tan sólo una región del mundo escapó a la epidemia: la pequeña isla de Tristan da Cunha, entre Brasil y Ciudad del Cabo. No había una explicación lógica. Por último, en noviembre, con el anuncio de armisticio que marcó el fin de la Primera Guerra Mundial, la epidemia cesó tan repentinamente como había comenzado. El cálculo de muertes en todo el mundo arrojó el saldo de 21.640.000 víctimas.

Consecuencias: Hasta los años 30, con la invención del microscopio electrónico, no se supo que la causa de la influenza era un virus diminuto que parecía una bolita de algodón. Se podían juntar en la cabeza de un alfiler 30 millones de ellos sin que quedaran demasiado apretados.

Desde ese día de noviembre de 1918 no se ha oído nada acerca del virus asesino de la influenza hispánica. ¿De dónde provino y adonde fue? El

misterio sigue sin solucionar.

El terremoto del Japón

En Japón, donde los sismógrafos registran un terremoto cada hora, la actitud de la nación es de indiferencia. Pero poco antes del mediodía de un día húmedo de verano, un gigantesco seísmo transformó la indiferencia en pánico. Cuando terminaron los temblores y desapareció el humo de los incendios, Tokio y Yokohama eran ciudades devastadas.

Cuándo: El sábado 1.º de septiembre de 1923, a las 11.58 a.m.

Dónde: En Tokio y Yokohama, Japón.

Las pérdidas: 99.331 muertos; 43.476 desaparecidos; 103.733 heridos graves; 1.500.000 personas sin hogar; el 60% de Tokio y el 80% de Yokohama, destruidos.

La catástrofe: Obreros y oficinistas se secaban las frentes transpiradas y continuamente echaban un vistazo al reloj. El día era muy caluroso y esperaban impacientes que llegaran las 12 y el momento de suspender el trabajo. Las amas de casa encendieron sus hibaches para preparar el almuerzo de la familia. Dentro del nuevo hotel Imperial a prueba de terremotos proyectado por un arquitecto americano, Frank Lloyd Wright, la gerencia preparaba la inauguración. El hotel descansaba sobre columnas de hierro y cemento clavadas en una base de espeso lodo de 70 pies de profundidad. Este nuevo y no experimentado concepto «flotante» de un edificio a prueba de terremotos era inaceptable para los arquitectos japoneses que opinaban que a menos que la base de un edificio estuviera afianzada en tierra sólida, éste se vendría abajo en el primer terremoto.

A las 12 menos 2 minutos, el temblor sacudió la ciudad con el rugido de un dragón legendario. Los edificios de comercio se derrumbaron, se cortaron las amarras de los barcos del puerto y éstos fueron arrojados mar adentro. Miles de personas llenaron las calles y las estrechas callejuelas y quedaron enterradas bajo una lluvia de escombros. Los tanques de petróleo de la costa explotaron transformando el mar encerrado por el rompeolas en una masa en llamas.

Las nubes del polvo amarillo de los edificios que se derrumbaban ahogaron a una población presa del pánico. Cien mil hibaches llenos de brasas rodaron por las cocinas de las casas hechas de papel de arroz. Las lenguas de fuego saltaban devorando todo lo que alcanzaban. Olas de 20 metros castigaban las playas. Los peñascos que se desprendían de las montañas derribaron un tren de pasajeros y 500 de ellos cayeron en un mar de espuma. Los túneles ferroviarios se destruyeron y murieron otros cientos de personas. Los puentes cedieron bajo el peso de la gente que intentaba escapar.

Con el primer temblor volaron las cañerías de agua y gas, trescientos noventa y cuatro tranvías volcaron y las vías retorcidas y quebradas se levantaron grotescamente. El fuego impedía los trabajos de rescate. Cerca de 40.000 personas se reunieron en un área abierta y murieron asfixiadas por el humo y el polvo y luego fueron consumidas por el fuego. Los hombres entraban en el infierno en busca de sus familias y también quedaban atrapados y morían. Fueron un día y una noche de terror. Las provisiones de alimentos y medicamentos se terminaron y 9 millones de personas se quedaron sin agua potable. Cuando el humo se despejó había 99.331 muertos, 1.500.000 personas sin hogar, 103.733 heridos graves y 43.476 personas desaparecidas. En medio de los escombros el Hotel Imperial se erguía sin daños. El proyecto a prueba de terremotos de Frank Lloyd Wright resultó eficaz.

Consecuencias: El 2 de septiembre de 1923 Tokio y Yokohama quedaron arrasadas. De todas partes del mundo llegaron ofrecimientos de ayuda junto con dinero. Los sorprendidos funcionarios japoneses aceptaron agradecidos manifestando: «Pensábamos que no nos querían». En un análisis posterior se determinó que el fuego fue el responsable de un mayor número de muertes y daño a las propiedades que el terremoto.

Mañana: Japón aceptó la catástrofe con estoicismo oriental y comenzó en masa el trabajo de reconstrucción. En la actualidad Tokio y Yokohama son monumentos a una tecnología adquirida que promete incontables beneficios futuros al mundo entero.

El incendio forestal de Tillamook.

No existe una catástrofe más terrible que un incendio forestal. Ya sea vista por los ojos de un turista, un cazador, un leñador, un montañero o un pescador, la pérdida de vida natural y del suelo es inaceptable. Las plantaciones vírgenes de abetos en la región de Tillamook en Oregón se quemaron debido a un rayo una tarde de verano y el incendio, fuera de control, destruyó mil millones de pies de madera.

Cuándo: El 14 de agosto de 1933 a la 1 p.m.

Dónde: En la región de Tillamook, en Oregón, a 600 millas al oeste de Portland.

Las pérdidas: Una muerte, 270.000 acres de bosque destruidos y una pérdida económica de 200 millones de dólares para Oregón.

La catástrofe: Los bosques de Tillamook estaban secos como yesca aquel agosto de 1933, especialmente en Gales Greek Canyon, donde se estaban talando los árboles. Fue a la 1 p.m. cuando se vio humo desde el mirador de la torre de Saddle Mountain. Nadie se preocupó; todos creían que los leñadores extinguirían el incendio antes de que comenzara, pero no fue así. Fue enviado el personal regular del bosque, pero ya el fuego estaba fuera de control cuando los hombres llegaron al cañón.

Burlar los vientos de la naturaleza es un trabajo agotador y frustrante aun para los expertos y éstos contaban con mucha ayuda: miembros de CCC (Civilian Conservation Corps) y grupos de voluntarios que sumaron un total de 3.000 hombres. Aun así no pudo contenerse el fuego. Las terribles llamaradas formaban un ballet de destrucción acompañadas por el sonido de la explosión de los árboles, más fuerte que una descarga de artillería. A un cuarto de milla del incendio, el calor llegaba a 120° y el humo era denso y sofocante. Chispas, humo y fragmentos de madera subían a 8.500 pies para llenar en pocos días la atmósfera con los polutores que en condiciones normales tardarían un año en saturarla. El guardabosques Lynn Cronemiller recordó: «En todos mis años como guardabosques del estado de Oregón no vi nunca nada semejante a este incendio. Lo más que pudimos hacer fue mantener temporalmente la línea de fuego, pero pronto fuimos desbordados. Se perdió una vida, un muchacho de CCC de Indiana que murió al caerle encima un árbol. Pero la cantidad de madera destruida por el incendio fue equivalente a la de las tablas y maderas que se cortaron

en todos los aserraderos de USA durante 1932». Nunca se supo cuál fue el total de vida natural destruido.

Consecuencias: Tillamook, el peor incendio forestal de la historia, trajo aparejados importantes cambios en los métodos de conservación; se desarrollaron nuevos programas educativos para prevenir incendios forestales y se reforzó el personal regular que trabaja en la explotación de bosques.

Mañana: Desde entonces se han tomado nuevas medidas de seguridad y se han desarrollado programas de rescate y equipos especiales. Las perspectivas para disminuir el número de incendios, lograr un mejor control y menos pérdidas de vida natural que en el descontrolado incendio de Tillamook de 1933, son buenas.

La inundación del valle Ohio-Mississippi

En un mes, nubes henchidas de lluvia descargaron ciento cincuenta y seis mil millones de toneladas de agua hasta causar la peor inundación en la historia de USA.

Cuándo: Enero de 1937.

Dónde: En 196 condados de los 12 Estados que forman el valle Ohio-Mississippi.

Las pérdidas: 250 personas muertas, daños a la propiedad evaluados en 300 millones de dólares.

La catástrofe: Las fuertes lluvias y el valle Ohio-Mississippi guardan una estrecha relación, especialmente en enero. La gente del lugar llama «tiempo de estación» a este mes. En 1937 fue un poco más que de estación. La válvula principal quedó abierta y no paró de llover en todo el mes.

Se esperaban las lluvias y a principios de enero de 1937 éstas comenzaron. Nadie les prestó atención. Pero tres semanas después, cuando los ríos Ohio y Mississippi estaban a punto de desbordarse, las lluvias se convirtieron en el principal tema de conversación. Si el aguacero se hubiera localizado en Pennsylvania, en un plazo de 10 días todo el Estado habría quedado sumergido bajo un metro y medio de agua. Ese enero llovió más que en cualquier momento de la historia en el valle Ohio-Mississippi.

El 24 a medianoche, el «domingo negro», la situación era crítica. Se paralizó el transporte por tierra y se declaró la ley marcial con la movilización de unidades de salud pública —CCC (Civilian Conservation Corps), WPA (Work Projects Administration)— y del ejército. Una zona de 12 Estados se acercaba rápidamente a una situación de emergencia nacional. El 23 el Ohio tenía 15 metros de profundidad en Evansville y continuaba creciendo.

Las grandes ciudades a lo largo de los ríos Ohio y bajo Mississippi esperaban que se produjera lo inevitable. Se improvisaron centros de campamento de refugiados en todas partes. Antes de que las aguas desbordadas bajaran, 1.754 de estos centros tendrían a su cargo

700.000 víctimas. La Cruz Roja Americana cuenta en sus archivos: «La inundación del valle Ohio-Mississippi fue, después de la Primera Guerra Mundial, el peor desastre en la historia de la nación. En cierto sentido, se concentraron en una calamidad tantos problemas como los que se esperaban de desastres de menor proporción en un plazo de 32 años».

El 25 de enero, 400 manzanas de Evansville, Indiana, estaban bajo el agua. Se necesitaron botes con urgencia. En un esfuerzo conjunto, a instancias de la Cruz Roja Americana, se reunió una flotilla de 7.000 botes en cinco días. Estos se usaron para salvar vidas y propiedades en una zona de 12.700 millas cuadradas de 196 condados. Por medio de los botes llegaron provisiones de alimentos, ropa, ropa de cama y medicamentos a las regiones afectadas.

Se improvisaron perreras y corrales para el ganado, perros, gatos y animales salvajes cerca de los centros de refugio o junto a ellos. Así se pudo rescatar a muchos miles de animales.

El 29 las últimas 35.000 víctimas que estaban expuestas al tifus fueron vacunadas. La provisión de agua esterilizada fue racionada estrictamente. Los alimentos llegaban a las áreas devastadas por el ferrocarril, sobre vías que aun habiendo sido reparadas, eran peligrosas. El 30 de enero el río Ohio creció hasta alcanzar 18 metros de profundidad.

Un encargado de los servicios de asistencia informó: «Recibimos ayuda de todas partes». Los presos de una cárcel de Louisiana enviaron 63 dólares. El país contribuyó con 25.565.680 dólares por intermedio de la

Cruz Roja. Fue una de las mayores donaciones que se hicieran en USA para las víctimas de una catástrofe.

Consecuencias: A pesar de que hubo numerosas inundaciones en el valle Ohio-Mississippi a lo largo de los años, la magnitud del desastre de 1937 empalideció a todos los demás. Cada año desde entonces se han construido cientos de compuertas para contener parcialmente a los grandes ríos. Esto ha ayudado a prevenir otro gran desastre, pero aún queda mucho por hacer.

Mañana: Cada invierno son evacuadas algunas personas del valle Ohio-Mississippi, para regresar en la primavera y comenzar otro año. El inherente espíritu de lucha de los hombres no puede aceptar ni aceptará ninguna derrota.

El huracán de la costa del Este

A pesar de las redes de comunicación modernas, las estaciones de pronósticos radiales, los radiotelégrafos y las innumerables estaciones meteorológicas, los huracanes pueden ser impredecibles y difíciles de detectar. El huracán que azotó la costa del Este un verano, se formó en el mar durante días antes de llegar a la costa para provocar uno de los peores desastres en la historia de USA.

Cuándo: El 21 de septiembre de 1938.

Dónde: En New York, Connecticut, Rhode Island, Massachusetts y Vermont.

Las pérdidas: 600 muertos; 30.000 heridos aproximadamente;

93.000 sin hogar; 16.000 casas y comercios destruidos; 75.000 cabezas de ganado y aves de corral perdidas; 26.000 automóviles y 2.500 botes arruinados; daños a la propiedad estimados en mil millones de dólares.

La catástrofe: El huracán, nacido como «un área de baja presión» en la primera semana de septiembre en el Oasis Bilma del Sáhara, se transformó en una «perturbación circular» en un área propicia del Atlántico, luego pareció desvanecerse pero sólo para reaparecer el día 16. El barco brasileño *Alegrete* informó de él en el Caribe, 500 millas al noreste de las Islas Leeward. Soplab a una velocidad de 64 millas por hora. Pasó muy cerca de

barcos e islas y cambió de dirección varias veces, dejó St. Martin, del grupo Leeward y pasó junto a Miami, tocó apenas Mayaguana y siguió viaje. La tormenta no fue considerada lo suficientemente seria como para despertar preocupación. El 21 por la tarde la costa Este fue azotada por violentas lluvias, el primer indicio de un huracán. Estaba preparando su entrada en escena.

El violento huracán llegó a New York y Long Island justo a tiempo para interrumpir los programas de ópera. Demasiado tarde, las oficinas meteorológicas anunciaron la tormenta tropical simultáneamente a su llegada. Los metros fueron los primeros en inundarse. Los barcos del puerto reforzaron sus amarras. A las 2.30 p.m. las calles de Manhattan eran el blanco de los fragmentos de techo y letreros rotos. A una milla de la costa, en Quogue, el agua creció 70 centímetros e inundó calles y aceras.

El tren *Bostonian* salió de Grand Central Station a horario con dirección a New Haven, Connecticut. Antes de llegar a destino, todos los coches menos cinco descarrilaron en Stonington. El ingeniero Eaton llevó a estos cinco a un nivel más alto salvando a 273 de los 275 pasajeros. El parque de diversiones Savin Rock de New Haven fue arrasado por las aguas. Mucha gente que estaba cerca de la costa se dirigió en automóvil a las playas, con más curiosidad que prudencia, para ver cómo era un huracán. No llegaron a verlo. La mayoría se ahogó cuando sus autos fueron sumergidos. Los postes del alumbrado cayeron ante la fuerza de los vientos. Las casas se derrumbaron como si estuvieran hechas de fósforos. Botes y fragmentos de los muelles fueron lanzados a las calles de la ciudad. El Observatorio de Harvard en Milton informó que había ráfagas que soplaban a una velocidad de 186 millas por hora. El *Oíd Ironsides* se alejó de otra tormenta en la base naval de Charlestown. El huracán castigó a cinco estados. Las plantaciones de azúcar de Vermont fueron arrancadas de cuajo, dejando los campos desnudos. A las 8 p.m. el lago Champlain se parecía al tormentoso Atlántico. Durante toda la noche, el heroísmo, la cobardía y la imprudencia fueron parte del caos que dejó un saldo de increíble devastación.

Consecuencias: El presidente Roosevelt abrió de par en par las puertas del Tesoro de USA y se asignaron unidades del ejército para socorrer a las

víctimas de la tormenta. Los daños a las propiedades excedieron a los provocados por el terremoto de San Francisco y el incendio de Chicago. 6.923 iglesias sufrieron daños y muchas resultaron totalmente destruidas. En forma inexplicable, las iglesias episcopales y las sinagogas quedaron intactas.

Mañana: En 1969, en la costa del Golfo, el huracán Camille provocó daños materiales equivalentes, pero debido a los sistemas de alarma más eficaces, la pérdida de vidas quedó muy por debajo de la de esta tragedia en la costa Este.

El terremoto de Alaska

Anchorage, la ciudad más grande de Alaska, el estado n.º 49, está construida sobre una base inestable de arcilla que se encuentra sobre el arco volcánico de la Gran Base del Pacífico, «el círculo de fuego» que comienza en el Norte del Pacífico y sigue hasta las islas Kuriles y Japón. Una tarde de Viernes Santo, con 24° bajo cero de temperatura y la nieve que transformaba una gran parte de las 600.000 millas cuadradas de Alaska en una tierra de invierno, un terremoto de mayor intensidad que el de San Francisco de 1906 golpeó con violencia. Los edificios se derrumbaron, se agrietaron las calles, el mar se levantó y luego cayó formando olas de la altura y fuerza de un maremoto.

Cuándo: El 27 de marzo de 1964, a las 5.30 p.m.

Dónde: En Anchorage, Alaska.

Las pérdidas: 115 muertos. Daños materiales estimados en 300 millones de dólares.

La catástrofe: En Alaska los terremotos no son una sorpresa, pero el que sacudió a Anchorage el Viernes Santo de 1964 fue algo distinto. Siguiendo la tradición de la mayoría de los terremotos, éste llegó sin anunciarse desde su epicentro, 1.200 pies debajo de Prince William Sound, 80 millas al este de Anchorage. En Valdez, «la Suiza de América», al noroeste de Anchorage, un buzo estaba reflatando el *Chena*, un barco de 10.815 toneladas. En el muelle había tres trabajadores y dos niños. Cuando se produjo el terremoto, el muelle, los trabajadores y los niños desaparecieron.

A lo largo de 500 millas del «arco volcánico», entre Cordova y Kodiak, la tierra se retorció y plegó como las olas. Las casas junto a la playa quedaron destruidas. Los edificios de la zona céntrica se derrumbaron como si fueran de arena. Fourth Avenue se hundió 4 metros y las castigadas aceras 6 metros. Grietas que medían de 2 a 30 metros se abrían y cerraban.

Tanto los edificios de departamentos como el almacén J. C. Penney se destruyeron; las escuelas se partieron en dos y los hospitales se derrumbaron. En Valdez, el agua se retiraba del puerto para volver formando enormes olas. En Prince William Sound, en Chenega, un maremoto de 28 metros de altura demolió la ciudad y 1/3 de la población se ahogó. En Crescent City, California, un terremoto destruyó 56 manzanas de negocios.

Todas las formas de comunicación excepto la radio estaban inutilizadas. El personal militar de Fuerte Richardson y Elmendorf fue acuartelado. Las tropas patrullaban el centro de Anchorage. Las cañerías de agua y gas fueron arrancadas y los tanques de gasolina se rompieron llenando de combustible las calles. En tres horas y mientras los últimos coletazos del seísmo aún golpeaban el área, las aplanadoras del ejército limpiaban las calles de escombros alumbrándose con reflectores de emergencia.

El lunes 30 de marzo se pudo evaluar los daños: 215 casas; 156 edificios de comercio destruidos y 115 muertos en Anchorage.

Consecuencias: Si un terremoto de 8,6 de intensidad hubiera sacudido Los Ángeles, Nueva York o cualquier otra ciudad de gran número de habitantes, las escenas que se produjeron en Anchorage se hubieran multiplicado. Hasta se hubiera duplicado el número de muertos si el terremoto hubiera ocurrido durante las horas de trabajo y escuela. Con la ayuda económica del Gobierno, gran parte de Alaska fue reconstruida sobre el mismo suelo inestable. Seis años después del desastre, el Consejo Nacional de Ciencias informó: «Los planes para prevenir desastres naturales no han sido desarrollados en absoluto y tampoco resulta claro qué medidas se han tomado para asegurar mejores construcciones».

Mañana: El informe del Consejo intenta analizar todos los factores de la catástrofe de Alaska, desde el emplazamiento de las ciudades y los factores económicos hasta los sistemas de alarma. Hasta qué punto este particular

análisis es correcto, no se puede saber en la actualidad, pero según el informe, el mañana promete las mismas catástrofes naturales que han afectado al mundo desde el comienzo.

El huracán Camille

Soportar un huracán es vivir un mundo irreal de pesadillas de un terror indescriptible. El golpe inicial embota la mente y entumece el cuerpo y la gente hace lo que puede. Fue en la Costa del Golfo en donde el huracán Camille castigó con toda su furia para sembrar destrucción a lo largo de 70 millas.

Cuándo: El domingo 17 de agosto de 1969.

Dónde: A lo largo de las costas de Louisiana, Mississippi y Alabama.

Las pérdidas: 241 muertos, 19.467 hogares y 700 negocios destruidos, daños materiales por valor de 1.000.000 de dólares.

La catástrofe: Cuando se anuncia un huracán mucha gente deja sus hogares para buscar un lugar seguro en suelos más altos; 150.000 personas hicieron eso el 17 de agosto de 1969. Aquellos que se quedaron para no exponerse a la tormenta no conocían la fuerza del Camille. A pesar de que fueron tomadas todas las precauciones, nada fue suficiente. A las 7 estaba oscuro y fuertes vientos y lluvia azotaban las casas. Se cortó la electricidad y los generadores portátiles no funcionaban a causa del agua. Las casas comenzaron a sacudirse desde sus cimientos y se cayeron destrozadas. Los techos volaron. Los barcos de carga soltaron amarras.

El agua de mar inundó las casas a 8 y 10 metros sobre el nivel del mar. En Gulfport, Mississippi, el Camille se llevó un tanque de combustible de 600.000 galones y lo arrojó a 3 millas y media. Los postes del teléfono se rompieron como astillas. El rugido de la tormenta parecía el estruendo de una batalla.

El Dr. Robert H. Simpson, director del Centro Nacional de Investigaciones sobre Huracanes, en Miami, dijo: «Con su aliento concentrado en unas 70 millas lanzaba vientos de una velocidad aproximada de 200 millas por hora y levantaba mareas de 10 metros. Devastó todo lo que encontró a lo largo de la Costa del Golfo».

Consecuencias: El 18, los habitantes de Gulfport regresaron a un escenario de destrucción increíble, sembrado con los cuerpos de hombres y animales. El Gobierno Federal se movió con rapidez para transportar 2.200 toneladas de comida, casas y aulas rodantes. Se ofrecieron préstamos a largo plazo y de bajo interés.

Mañana: Inmediatamente comenzó el trabajo de reconstrucción. Pero ¿qué sucederá con los huracanes en el futuro? Mejores sistemas de alarma y la evacuación forzosa salvarán vidas, pero los edificios a prueba de huracanes aún no entran en los cálculos de las oficinas de planeamiento.

El terremoto del Perú

Un terremoto de un minuto y medio puede hacer tanto daño como la bomba atómica en Hiroshima. Esto ocurrió un domingo de primavera por la tarde en América del Sur. Noventa segundos de semejante prueba destructora hicieron tambalear a una gran nación.

Cuándo: El domingo 31 de mayo de 1970.

Dónde: 15 millas al oeste de Chimbote, Perú.

Las pérdidas: 70.000 muertos, 800.000 sin hogar, daños materiales estimados en miles de millones.

La catástrofe: Comenzó con un ligero temblor para crecer rápidamente y dedicó sus 90 segundos de vida a una monstruosa destrucción —el peor terremoto en la historia de Sudamérica—. Quienes escaparon de los edificios rodaban por tierra. Nadie puede resistir la tremenda sacudida del suelo. Casas, hospitales, lujosos hoteles de turismo y edificios se derrumbaron como fichas de dominó.

Los caminos desaparecieron y nubes de polvo oscurecieron el cielo. Pueblos y ciudades fueron arrasados. No hubo tiempo de escapar. Huarás, Jungay y Teófilo se convirtieron en escombros en contados segundos. En el monte Huascarán, un pico nevado de 22.205 pies de altura, en la cordillera de los Andes, se inició una avalancha que enterró a Raurahirca y los restos de Jungay. Chimbote, a 55 millas al oeste de Huascarán, parecía una ciudad bombardeada; 30.000 millas cuadradas quedaron reducidas a polvo.

Consecuencias: Se intentó el trabajo de rescate sin medios adecuados. Miles de heridos murieron por falta de asistencia. El mundo no conoció la dimensión de la catástrofe hasta 48 horas después. Luego comenzaron a llegar las provisiones de comida y medicamentos. Pero el accionar de los mismos helicópteros provocaba nuevas avalanchas en las laderas inestables de las montañas.

Mañana: Ofrecer esperanzas para las futuras víctimas de terremotos es una vieja historia. Pero quizás uno de estos días la ciencia descubra la forma de pronosticar temblores. Un sistema de alarma previa salvaría vidas, y nuevos métodos de construcción asegurarían edificios a prueba de terremotos.

El ciclón de Pakistán

Noviembre en Pakistán Oriental (ahora Bangladesh) es temporada de ciclones. Cada año las tierras bajas del delta del Ganges, fuera de la bahía de Bengal, son sacudidas por tormentas tropicales que inevitablemente se cobran vidas y dañan propiedades. Pero desde que el río Yangtzé se desbordó en China Central en 1931, no hubo una tormenta tan cruel o tan impresionante número de muertes. Esa noche, a 800 millas al sur del delta del Ganges, los vientos soplaron a 150 millas por hora, arrastrando una ola de agua de 7 metros que devastaría el Pakistán Oriental.

Cuándo: El 12 de noviembre de 1970.

Dónde: En Pakistán Oriental.

Las pérdidas: Las muertes se calcularon en un millón o más de personas.

La catástrofe: El 12 de noviembre había luna llena y las mareas tenían la altura máxima, cuando el ciclón se desató en las islas y en la costa. Un informe de USA vía satélite había sido enviado a los pakistaníes, pero su propio sistema meteorológico ya había pronosticado cuándo se desencadenaría la tormenta. Los pronósticos fueron retransmitidos por radio, pero no había suficientes receptores. Además, no se dijo nada de las grandes marejadas que se acercaban. Y aunque lo hubiera dicho, no hubiesen podido evitar su llegada ya que la mayoría de las zonas afectadas

no tenían más que unos pocos centímetros sobre el nivel del mar. Cuando las grandes olas cayeron sobre las islas, la gente no encontró ningún lugar seguro; diez de cada cien se ahogaron con su ganado. Aquellos que se pusieron a salvo temporariamente subiéndose a los techos, vieron llegar las grandes olas con temor y creyeron que era el fin del mundo.

De los 26.000 habitantes de Manpura sólo sobrevivieron 6.500. Una semana después de la catástrofe, Maynard Parker, de *Newsweeks* informaba:

«Hoy volé sobre las islas más castigadas del delta del Ganges y en todas partes se veía el mismo horripilante panorama. Los cuerpos, ennegrecidos e hinchados por el agua salada, estaban desparramados como grandes muñecos de plástico tirados por un niño caprichoso. Algunos están en los arrozales y otros flotan boca abajo en los canales que entran como dedos avaros desde las aguas turbias de la bahía de Bengala. La carne en estado de putrefacción llena el aire de un olor efermante que atrae a los buitres sobre los cadáveres de hombres y bestias.»

Todas las cosechas de arroz se arruinaron. El agua potable escaseaba. Las provisiones de alimento y remedios no llegaron. En pocos días se produjeron brotes de cólera.

Consecuencias: Inmediatamente después de la tragedia, USA prometió 10 millones de dólares de ayuda, China Comunista 1.400.000, Gran Bretaña envió sus Royal Marines, un helicóptero, alimentos y medicinas. India también envió dinero y alimentos. Desafortunadamente, a pesar de que no faltaban aviones que trajeran las provisiones, no llegaban a la gente que las necesitaba. El número de aeropuertos era ínfimo y la mayoría de éstos estaban sumergidos. Había muchos camiones pero no caminos. Gran parte de las provisiones que llegaban se estancaban en los puertos y en los almacenes de Dacca. Un gran porcentaje iba a parar al mercado negro.

Mañana: Cuatro años antes del desastre, se habían desarrollado complejos sistemas de alarma para las tormentas. Se construyeron diques de cientos de millas. Pero resultaron ser demasiado pocos y demasiado débiles. En el futuro se tomarán más medidas de precaución, pero la gran esperanza de los bengalíes es que las futuras tormentas sean más débiles.

Los desaparecidos la noche de Saint-Jean-Vianney

Las palabras «desmoronamiento» y «avalancha» figuran entre las más aterradoras de cualquier lengua; sin embargo, a menudo evocan un cuadro de escarpadas laderas montañosas. El pueblo canadiense de Saint-Jean-Vianney se levantaba en un suelo llano. Allí es donde estaba una noche de primavera antes de que la tierra se abriera y el pueblo desapareciera.

Cuándo: El martes 4 de mayo de 1971.

Dónde: 135 millas al norte de Quebec, Canadá.

Las pérdidas: 31 muertos, 38 hogares destruidos, daños materiales estimados en un millón de dólares.

La catástrofe: Saint-Jean-Vianney, una comunidad suburbana de 1.038 habitantes que vivía de las fábricas de aluminio y de papel cercanas, tenía sus aparatos de televisión sintonizados en la transmisión del partido de hockey entre Montreal y Chicago por la copa Stanley. Aquella era una noche de primavera como cualquier otra para todos, excepto para los perros. Estos eran animales domésticos bien entrenados pero esa noche no había reprimenda que los hiciera dejar de ladrar y ahogar la voz del comentarista. Corrían de un lado a otro como hormigas, olfateando el suelo y ladrando cada vez más fuerte. Si los pobladores hubieran entendido lo que decían los perros, hubieran salvado sus vidas.

Lo que la gente del lugar no sabía era que su comunidad se encontraba en lo alto de una tierra que era producto de un desprendimiento de hacía 5 siglos. Saint-Jean-Vianney y otras poblaciones de la provincia de Quebec están sobre un lecho de arcilla de 30 metros de espesor. Mezclada con arena que se satura con la humedad, la arcilla puede disolverse y licuarse para fluir como un río.

Antes de que se produjera la catástrofe hubo signos que pasaron inadvertidos: grietas en las calles y avenidas; los cimientos de algunas casas se hundieron de 5 a 8 cm; la gente oía golpes debajo del piso y el sonido de agua que corría. Nadie prestó atención a estos hechos poco frecuentes.

Durante el mes de abril había llovido mucho y el agua no había corrido sino que se había filtrado en el suelo para disolver la capa de arcilla y arena. El 4 de mayo a las 10.45 p.m. la tierra se hundió 30 metros hasta formar un

cañón de 1/2 milla de ancho. Luego un río de lodo corrió por el cañón en dirección al oeste desde Blackburn Hill hacia el río Saguenay.

Las luces del pueblo se apagaron y las pantallas de televisión se oscurecieron. La gente miró por las ventanas y sólo vio oscuridad; fue entonces cuando todos se dieron cuenta de que las casas normalmente a la vista, habían desaparecido. Una a una las casas del lado oeste de la ciudad se hundieron en el lodo. Hacia medianoche la pesadilla de terror había terminado. El río de lodo se detuvo y comenzó a solidificarse. Habían desaparecido 38 casas y 31 personas con ellas.

Consecuencias: El gobierno canadiense declaró inhabitable toda la zona. Los sobrevivientes fueron trasladados sin coste alguno a una nueva comunidad en Arvida.

Mañana: Los curiosos aún visitan el lugar donde desapareció un pueblo. A su tiempo, el gran cañón se llenará de tierra lentamente y hará desaparecer los signos delatores de la tragedia. A pesar de todo, quizá mañana se construya otra ciudad en el lugar del desprendimiento secular y los futuros historiadores registren otra catástrofe.

El huracán Agnes

Con las características del huracán, Agnes comenzó su corta pero activa vida con un humor más alegre que destructivo. Luego, a medida que crecía y absorbía humedad en la saturada región este del país, fue cobrando violencia y golpeó el sudoeste de Virginia. En cuatro días arrojó 281 millones de galones de agua sobre Maryland, el distrito de Columbia, Pennsylvania y Nueva York, una cantidad suficiente para llenar un lago de 600 metros de profundidad y 67 millas cuadradas de superficie. Agnes originó la catástrofe más costosa de la historia.

Cuándo: El 21 de junio de 1972.

Dónde: En Maryland, el distrito de Columbia, Pennsylvania y Nueva York.

Las pérdidas: 118 personas muertas; 330.000 sin hogar; 2.400 granjas y 5.800 negocios destruidos; 25 ciudades de 142 condados dañadas o

destruidas; pérdida de cosechas por 132 millones de dólares y daños a la propiedad evaluados en tres millones de dólares.

La catástrofe: El miércoles 21 de junio, Agnes se acercaba al sudoeste de Virginia cargado de humedad y portador de destrucción. Todo comenzó cuando descargó esa humedad sobre el río James, que ya estaba crecido, e hizo que se desbordara e inundara la planta de filtración de agua de Richmond. Desde Camp A. P. Hill se transportaron unidades de filtración portátiles para proveer de agua potable a 250.000 personas en la capital. Algunos puentes que fueron castigados por la tormenta fueron destruidos. En Alexandria se incendió un centro comercial. Los autobombas no pudieron llegar al lugar porque las calles estaban bloqueadas con escombros. En Pennsylvania, la crecida del río Susquehanna destruyó la casa del gobernador Milton Shapp.

Se enviaron helicópteros a Pottstown, a 35 millas al oeste de Filadelfia para rescatar a las víctimas que se habían refugiado en los techos de las casas. Wilkes-Barre, una ciudad industrial que se creía a salvo, sufrió lo más duro de la tormenta; los diques no la protegieron. El director del *Times header* y del *Evening New*, Jim Lee, dijo: «No podíamos creer que el río (el Susquehanna) rompiera las represas». Pero eso fue lo que hizo el 22 de junio al empujar los «diques de seguridad» como si fueran de arena. En Wilkes-Barre y el valle de Wyoming se perdieron 13.000 casas, puentes y edificios de comercio. Cerca de 200.000 personas debieron ser rescatadas. El corazón de Wilkes-Barre se transformó en un lago contaminado y hediondo. El colegio de Wilkes se inundó y varios cables de electricidad hicieron cortocircuito y provocaron incendios que pronto estuvieron fuera de control ya que los equipos de extinción no pudieron llegar al lugar.

En un cementerio histórico de un suburbio del norte los ataúdes quedaron al descubierto y flotaron en las aguas desbordadas como si fueran tablas de *surf*. A la destrucción de los comercios siguió el saqueo y siniestros roedores atacaron a los hombres. Las empresas de servicios públicos dejaron de prestar sus servicios y faltó la mano de obra que se necesitaba. El golpe adormeció los sentidos de los sobrevivientes; fue demasiado violento y sorpresivo para que la gente reaccionara a tiempo.

Consecuencias; En Wyoming Valley se arrojaron en paracaídas un millón de kilos de alimentos. El trabajo de limpieza duró meses. Los daños a las autopistas nacionales e internacionales fueron de 186 millones de dólares y de 382 millones en los otros sistemas viales.

DESASTRES NO NATURALES

La muerte negra

El azote del siglo XIV, la Muerte Negra o peste bubónica, cobró muchas más vidas que las «plagas» de Pericles y Marco Aurelio y las masacres de Hulagu y Tamerlán. La misteriosa enfermedad se extendió desde Asia Central a todo el mundo y mató a media humanidad.

Cuándo: De 1341 a 1351.

Dónde: Asia, Europa, África, Egipto, Islandia y Groenlandia.

Las pérdidas: 75 millones de muertos.

La catástrofe: Antiguos informes sobre la muerte negra dicen que entró en Génova desde Crimea en un barco genovés y que comenzó en China después de una tormenta violentísima que provocó cambios atmosféricos. La historia registra su origen en Asia Central. Desde allí se extendió a todo el mundo civilizado. A partir de entonces la medicina se ha preocupado por desvelar el misterio y ha descubierto al culpable.

La muerte negra o peste bubónica la transmiten los roedores a los hombres a través de las pulgas. La enfermedad ataca la sangre, se forman ganglios bajo los brazos y en la ingle y aparecen manchas en la piel. La falta de salubridad y de conocimientos médicos en el siglo XIV fueron los determinantes de las reiteradas epidemias de peste bubónica, cólera y otras enfermedades. John Richard Green (1837- 1883), un historiador inglés, dijo: «Los estragos de la enfermedad fueron mayores en las grandes ciudades donde las calles sucias y sin desagüe eran un foco propicio para la lepra y la fiebre».

La isla de Chipre fue la primera en sucumbir a la muerte negra a fines de 1347. Inglaterra fue golpeada a principios de 1348. Las dos terceras partes de los estudiantes de Oxford murieron. Se calcula la muerte de la

cuarta parte a la mitad de la población del país. En Bristol las víctimas morían tan rápido que los vivos no alcanzaban a enterrarlas.

En una crónica latina, la hermana carmelita Jean de Venette escribió en Francia acerca de la muerte negra: «La mortandad era tan grande en el Hôtel-Dieu en París que durante largo tiempo se cargaron diariamente en carretas más de 500 muertos para enterrarlos en el cementerio de St. Innocent de París».

Murió la mitad de la población italiana. Había pocos servicios fúnebres y aún menos tumbas. La mayoría de los muertos eran enterrados sin ceremonia en fosas profundas: una hilera de cadáveres, luego una delgada capa de tierra, luego otra hilera de cadáveres. Cuando una fosa se llenaba excavaban otra. La peste golpeaba en dos formas. Las víctimas que eran atacadas en los pulmones tenían fiebre alta, escupían sangre y morían en tres días. Las víctimas de la fiebre bubónica tenían temperaturas elevadas, abscesos, carbunclos y morían en cinco días.

En su *Decamerón* escribió Bocaccio: «Esta tribulación infundió tal terror en los corazones de todos que el hermano abandonaba al hermano, el tío al sobrino, y a menudo la esposa al esposo; y lo que es más extraordinario e increíble, algunos padres y madres rehusaban visitar o atender a sus muchos hijos como si no fueran suyos».

Cuando en 1351 la muerte negra disminuyó, habían muerto por lo menos 75 millones de personas, sin lugar a dudas el mayor número de muertes que provocara cualquier catástrofe en la historia.

Consecuencias: El brote de la muerte negra o peste bubónica duró hasta mucho después de 1351 a pesar de que se cree que los gatos domésticos jugaron un papel importante en su disminución limpiando de roedores las ciudades y las aldeas. La enfermedad aún existe, pero se la conoce con otros nombres, como la peste oriental o del Levante. Tampoco es extraña a Asia Menor, Turquía y Egipto.

Mañana: Los estilos de vida del siglo XX suponen la existencia de servicios sanitarios para eliminar desperdicios y residuos humanos, pero si por alguna razón estos sistemas dejaran de funcionar, lo que pasó en 1347 podría ocurrir otra vez.

El gran incendio de Londres

El número de víctimas de la peste bubónica que afectó a Londres en 1665 había comenzado a disminuir lentamente cuando un pequeño fuego originado en una panadería se extendió hasta envolver a todo Londres. En 4 días la gran ciudad quedó ennegrecida y devastada.

Cuando: A la 1 a.m. del domingo 2 de septiembre de 1666.

Dónde: En Londres, Inglaterra.

Las pérdidas: 87 iglesias y 13.000 casas destruidas; 100.000 personas sin hogar.

La causa: En 1666 fue imposible encontrar la causa específica del incendio de Londres y es aún más improbable encontrarla 300 años después. Quizás el hombre que hacía la limpieza, pensando erróneamente que los hornos estaban apagados, dejó las puertas abiertas y así permitió que una chispa encendiera un trozo de manteca de panadería que habría sido olvidado. La panadería King, una construcción de yesca en Pudding Lane cerca del puente de Londres, fue el lugar indicado para que se originara una conflagración. En unos instantes las llamas salieron de la panadería para hacer presa de los edificios adyacentes. A las 3 a.m. el fuego estaba fuera de control y se extendía a lo largo de Fish Street junto al puente de Londres.

El desastre: No había nada que pudiera impedir el avance de las llamas. De uno a tres hombres manejaban las pequeñas bombas de los equipos extintores. A las 7 a.m. del 3 de septiembre, Samuel Pepys, secretario de Marina, subió a la Torre de Londres. Las llamas de los edificios a lo largo del gran puente se elevaban con fuerza. Por todas partes había grandes grupos de gente que trataba de escapar y que no tenía un lugar a dónde ir y sólo le quedaba la alternativa de arrojar al Támesis. El Lord Mayor de Londres le dijo a Pepys: «¡Señor!, ¿qué puedo hacer? Estoy agotado. La gente no me obedecerá. He estado derribando casas, pero el fuego nos alcanza más rápido de lo que trabajamos».

El fuego siguió su curso irrefrenable sobre la ciudad y cuando cuatro días más tarde se aplacó, sólo un tercio de Londres quedaba en pie. Cien mil personas quedaron sin hogar y 2/3 de la ciudad eran sólo cenizas.

Consecuencias: No se registraron los daños materiales sufridos ni el número de muertos y heridos. Las comodidades de que disponían los hospitales no eran mejores que los equipos para combatir incendios, de modo que cualquier estimación de los daños podría calcularse en millones de libras esterlinas mientras que el número de muertes sería de varios miles.

El incendio de Chicago

La transformación del Fuerte Dearbon, en el pantano próximo al lago Michigan, en Chicago, la ciudad-jardín del Medio Oeste, llevó 68 años. Una extensa metrópoli de casa de madera, la ciudad era una víctima propicia en el otoño de 1871. El verano había sido caluroso y seco y en la primera semana de octubre hubo 24 pequeños incendios. Alrededor de 300.000 personas se enjugaban la frente preguntándose cuándo sonaría la próxima alarma. El incendio que se convirtió en el holocausto del siglo comenzó en el granero de Patrick y Catherine O'Leary en la calle De Koven 137 y se extendió descontrolado hasta convertir a la más grande ciudad al oeste de Pittsburgh en un mar de cenizas brillantes.

Cuándo: A las 8.30 p.m. del domingo 8 de octubre de 1871.

Dónde: Chicago, Illinois.

Las pérdidas: 300 muertos; 17.500 edificios destruidos; 100.000 personas sin hogar; daños materiales estimados en 400 millones de dólares.

La causa: Con excepción de los adornos de metal y piedra, Chicago fue construida con madera. Los elevadores de granos de 5 pisos, los hoteles de 4, los edificios de oficinas, las casas, los puentes, las aceras eran todos de madera. Muchas calles estaban pavimentadas con bloques de pino. Chicago, una importante ciudad industrial, manufacturaba, almacenaba, compraba y vendía mercaderías inflamables. Casi todas las casas tenían una especie de granero que servía para guardar el ganado, para almacenar aserrín, leña para las estufas y carbón para los hornos. Comparada con otras ciudades, Chicago tenía en 1871 un moderno sistema de alarma contra incendios: 17 máquinas a vapor tiradas por caballos, 23 mangueras, 4 carros, 2 mangueras extensibles y 185 bomberos activos y bien pagados para proteger 18 millas cuadradas. En 1870 con este sistema se habían combatido exitosamente 600 incendios. Pero el domingo 8 de octubre los bomberos de Chicago estaban

cansados. Habían extinguido 24 incendios la semana anterior. Dos de los motores estaban en reparación y los 15 restantes necesitaban trabajo de mantenimiento. Las mangueras estaban muy gastadas y muchas de ellas perdían. Además de esto un fuerte viento se levantó en la mañana del domingo.

El desastre: Chicago estaba preparado. La noche anterior, en Farewal Hall, George Train, viajero y conferencista, abrió su discurso con palabras fatídicas: «¡Ésta será la última conferencia pública que se dé entre estas paredes!». Aquellos que habían asistido todavía estaban pensando en esas palabras el domingo porque en la noche del sábado dos incendios habían destruido cuatro manzanas.

Los O'Leary tenían visitas el domingo a la tarde, sus vecinos Daniel Sullivan y Dennis Rogers. Cuando éstos se fueron los dueños de casa se acostaron. Era temprano, alrededor de las 8 p.m. Sullivan no fue directamente a su casa, sino que se sentó en la calle frente a la casa de Thomas White. Corría una brisa fresca y la noche era agradable.

Desde donde Sullivan estaba sentado se podía ver el granero de O'Leary y a las 8.30 vio llamas. Inmediatamente corrió por la calle gritando: «¡Fuego!». Las llamas ya alcanzaban el heno y los animales que estaban en el granero. A pesar de que Sullivan caminaba despacio debido a su pierna de madera, se ingenió para soltar las vacas antes de que el fuego fuera demasiado fuerte. No se veían signos de vida en la oscura cabaña de O'Leary. Varias personas intentaron hacer funcionar una alarma antes de las 9 p.m., pero los lugares en donde estaban colocadas estaban cerrados y los ciudadanos no pudieron obtener las llaves de los adormilados guardianes. Las llamas se extendieron rápidamente a las casas vecinas de los Dalton y los Lee y luego alcanzaron otras. A las 9.30 ardía una manzana entera. A las

12.30 a.m. del lunes había incendios en los tres distritos de Chicago. Debido a los vientos que arreciaban nadie podía detener las llamas.

El sol salió en la mañana del martes 10 de octubre sobre las cenizas de lo que había sido una gran ciudad. Habían quedado destruidos 17.500 edificios en 73 millas. Igual suerte corrieron las fábricas de madera, los puentes y el palacio de justicia que había costado un millón de dólares. El incendio de Chicago vivirá en la memoria colectiva durante largo tiempo, al

igual que la legendaria vaca de Mrs. O'Leary la cual, según se dijo, había iniciado el desastre al patear una linterna.

Consecuencias: En unas semanas las víctimas del incendio recibieron 4.820.148,20 dólares entre contribuciones individuales, de empresas, de otros estados, de países extranjeros y del gobierno de USA. Filadelfia informó que había recibido pedidos de ayuda de 14 millones de personas que afirmaban haber sido víctimas del incendio. En 1871 Chicago tenía 6.000 cabañas nuevas, 2.000 casas y 500 mansiones.

La inundación de Johnstown

Poco antes de su centésimo aniversario, Mrs. Anne Freidhoff, de Quail Valley, California, recordaba con detalles lo que ella, su hermano y sus cuatro hermanas vieron durante la inundación de Johnstown:

«¡Fue terrible! Estábamos de pie en nuestro pórtico de entrada mirando el tren que pasaba debajo cuando una pared de agua llegó arrasando la ciudad. Llegaba a la altura de los techos y barría todo a su paso, incluyendo el tren y la gente. La gente comenzó a subir a la colina para escapar. Algunos lo lograron pero cientos fracasaron en el intento. Después que todo pasó, algunos desalmados se dedicaron a cortar los dedos y las orejas de los muertos para robarles sus pendientes y anillos.»

Cuándo: El 31 de mayo de 1889 a las 4.10 p.m.

Dónde: En Johnstown.

Las pérdidas: Hubo 2.200 muertos y daños a la propiedad evaluados en 10 millones de dólares.

La causa: El dique que atraviesa el río Conemaugh, a 14 millas arriba del valle de Johnstown, tenía 450 metros de ancho, 125 de espesor en su base y 45 de altura. Construido por el estado de Pennsylvania a un coste de 290.000 dólares, estaba originalmente destinado a suministrar agua a un sistema de canales entre Filadelfia y Pittsburgh, y a ser utilizado al mismo tiempo para el ferrocarril.

El sistema, que quedó terminado entre fines de la década de 1820 y comienzos de la del 30, fue descrito en forma entusiasta por un antiguo pasajero, Charles Dickens. La única queja que manifestó estaba relacionada con el menú: té, café, pan, mantequilla, salmón, sábalo, hígado, biftec,

patatas, pickles, jamón, chuletas, budín y salsa eran servidos tanto en el desayuno como en el almuerzo y la cena.

El dique comenzó a deteriorarse antes de que el lago Conemaugh alcanzara su máximo volumen. Pennsylvania gastó 20.000 dólares en la reparación de los daños que provocaron fuertes lluvias en 1846. Cuatro años más tarde todo el sistema, incluyendo el inservible dique, fue vendido a los ferrocarriles de Pennsylvania por 7 millones y medio de dólares. En los 12 años siguientes el dique fue olvidado. En julio de 1862 se derrumbó una sección de la represa que medía 90 metros de ancho por 23 de alto. El dique no fue reparado.

En 1875 el congresista John Reilly compró el dique, el lago y la tierra de la zona por 2.500 dólares; luego perdió 500 dólares cuando se lo revendió a Benjamín F. Ruff en 1879. Ruff fundó el exclusivo Club de Caza y Pesca de South Fork, del que eran miembros cien acaudaladas familias, incluyendo las de Andrew Carnegie, Andrew Mellon, Henry C. Frick, A. V. Holmes, Philander C. Knox, W. L. Dun y John A. Harper. Cada uno pagó 2.000 dólares para asociarse. El administrador del club hizo saber desde un principio que el club no permitiría que la población local interfiriera y que sus dueños no tenían intenciones de gastar dinero en lo que ellos definían como reparaciones innecesarias del dique. Su opinión era que el Estado de Pennsylvania había construido el dique para que durara. Y duraría. No se le dio ninguna importancia al hecho de que las compuertas originales quedaran seriamente dañadas en 1862 y de que así resultaran destruidos los únicos canales de desagüe.

Los pobladores de Conemaugh Valley eran indiferentes a cualquier posible amenaza del dique. Johnstown había sido construida a principios de 1800 en la confluencia de los ríos Little Conemaugh y Stonycreek y los pobladores estaban habituados a las crecientes que inundaban las calles de Johnstown y a que el agua llegara al primer piso de las casas. Aunque no existiera el dique, las aguas subirían tan sólo de 50 cm a 1 metro, así que no podría haber daños serios.

El desastre: En abril y mayo de 1889 cayeron más de 40 milímetros de lluvia y nieve en una zona de 12.000 millas cuadradas al oeste de Pennsylvania. Las divisorias de agua de los Alleghenies fueron rebasadas

por más de 5 mil millones de toneladas de agua que provocaron la crecida de riachuelos, ríos y arroyos. El 31 de mayo todo el campo estaba bajo un manto de nubes tormentosas. Las calles de Johnstown se inundaron. Entonces, en aquel memorable viernes a las 3 p.m. el viejo dique de South Fork perdió su batalla de 60 años contra los elementos. La obsoleta pila de tierra y piedra excavada cedió con un rugido ante la presión de las aguas. Las aguas del lago Conemaugh se transformaron en una gigantesca ola de destrucción de 20 metros de altura que viajaba a la velocidad de un tren expreso por el valle arrastrando lodo, rocas, árboles, trenes y casas a su paso. A las 4.10 p.m. la avalancha líquida arrasó Johnstown. Fue imposible rescatar a la gente que se ahogaba. Los testigos sólo podían presenciar el espectáculo demudados de horror mientras miles de personas desaparecían. Mezclados con escombros, los cadáveres se apilaron contra el puente Stoneycreek. Grandes cantidades de limo y sulfuro se incendiaron y la pila se convirtió en un llameante crematorio.

Consecuencias: A pesar de que en su momento y lugar hubo cientos de intentos de describir la tragedia, sólo las palabras del habitante de Johnstown, Isaac G. Reed, son un epitafio adecuado para expresar los sentimientos de los sobrevivientes:

Una hora de inundación, una noche en llamas,
una semana de dolor sin nombre,
una semana en la que no existió el sueño con esperanza,
mientras la miseria cobraba vidas,
una semana de una milla de cadáveres,
una larga semana sin una sonrisa,
una semana inenarrable,
una semana que no tiene parangón.
Todos los horrores que puede envidiar el infierno,
tal fue el precio pagado por... pescar.

El incendio del Teatro Iroqués de Chicago

Era un crudo día de invierno en la ventosa ciudad de Chicago. La temperatura era de 80 bajo cero. Los precios de la matiné en el Teatro Iroqués «a prueba de incendios» atraían a una gran audiencia de madres y

niños para ver una representación de *Mr. Blueheard* en la que trabajaba el joven Eddie Foy. Incluyendo actores y tramoyistas, el lujoso palacio de entretenimiento que ostentaba 30 salidas estaba colmado por 2.400 personas.

En el segundo acto, en una pieza musical titulada «A la luz de la luna», una de las lámparas de carbón que creaban la ilusión de la luz de la luna cayó sobre un telón pintado que representaba un ala. La lámpara prendió fuego al telón. En pocos instantes los demás telones de gasa, las cuerdas y puntales fueron presa de las llamas. Se bajó la pesada cortina de amianto para detener el fuego. La orquesta comenzó a tocar con fuerza una obertura y el comediante Eddie Foy se paró en la tarima central. Pero cerca de 2.000 personas presas del pánico se empujaban hacia las salidas que no estaban iluminadas.

Cuándo: El miércoles 30 de diciembre de 1903 por la tarde.

Dónde: En el famoso Teatro Iroqués de Chicago.

Las pérdidas: 589 muertos.

La causa: En 1903 Chicago aún no se había recuperado por completo del episodio de la vaca de la señora O'Leary de 1871. Los arquitectos y constructores eran extremadamente cautelosos con respecto al fuego. La piedra, el mármol y el hierro habían reemplazado a muchas de las trampas de madera del siglo XIX. Pero todavía no se prestaba suficiente atención a los halls estrechos y poco iluminados y a los materiales de decoración inflamables. Las salidas de emergencia estaban mal indicadas y no había un sistema de inspección que asegurara su eficacia en caso de emergencia. Más aún, nadie entendía las reacciones de una multitud presa del pánico. La evacuación de los edificios que se incendiaban era posible sólo en condiciones ideales.

El desastre: Cuando el incendio comenzó no se dio ninguna alarma. No parecía lo suficientemente serio como para hacerlo. El fuego se extendió rápidamente desde el primer telón a los otros de gasa y muselina. En instantes cuerdas, escalas, telones y pasarelas estaban en llamas. Lo rápido e inesperado del incendio en el teatro a prueba de fuego hizo que nadie atinara a hacer nada. Los extinguidores estaban más llenos de polvo que de

líquido químico. No tenían presión suficiente para llegar a los materiales inflamados. Las mangueras no estaban en su lugar.

Eddie Foy actuó con la rapidez necesaria como para señalar que bajaran la cortina de amianto y que la orquesta comenzara a tocar una obertura. Esto y el improvisado entretenimiento de Foy frente al peligro mismo salvó unas 600 vidas. Elogiando la acción de Foy, George Williams, el comisario de Chicago, dijo más tarde: «Pudo haber sido menos de lo que fue o quizá más». Durante ocho terribles minutos que parecieron horas, la confusión fue total. Moviéndose como un fantasmagórico rebaño de novillos la gente se precipitaba a las salidas sólo para encontrarlas cerradas. El fuego en realidad provocó pocas muertes. La inhalación de humo produjo miedo y como resultado la gente fue pisoteada hasta morir. El incendio fue extinguido y hubo pocos daños materiales, pero el número de muertes aquel día en Chicago será recordado durante largo tiempo como una gran tragedia.

Consecuencias: Cuando se investigó el incendio, el operador de luces fue citado por negligencia criminal. La tragedia inspiró muchos cambios en la construcción e incontables medidas de seguridad. Los extintores se volvieron obligatorios; las puertas de salida debían estar en condiciones; las mangueras fueron inspeccionadas regularmente; se fabricaron cuerdas, telones y escaleras a prueba de incendios; los cambios en todos los viejos y nuevos edificios incluyeron halls más amplios sin curvas de 90°.

Mañana: Mientras el hombre proyecte y construya para obtener beneficios, habrá tragedias y la experiencia debe ser un maestro paciente. El progreso tarda en llegar a las cosas importantes, pero quizás en el futuro el conocimiento y la preocupación venzan a la ignorancia, la apatía y la codicia.

El insumergible Titanic

Fue un viernes a la tarde cuando el *Titanic*, el último trasatlántico lujoso que se agregaba a la flota británica Estrella Blanca, partió de Queenstown, Irlanda, en su viaje inaugural desde Southampton a Nueva York. Llevaba a bordo 1.493 pasajeros, una tripulación de 903 hombres y 3.814 bolsas de correo. Había una gran excitación a bordo ya que el gran barco atravesaría

el Atlántico a una velocidad de 23 nudos horarios, lo que era un verdadero récord para esa travesía. Pasados unos cientos de millas de la mitad del recorrido, los vigías avistaron un témpano a menos de un cuarto de milla de distancia. No había tiempo de detener la marcha o de desviar el curso. El sordo estruendo del impacto indicó apenas que el insumergible *Titanic* había sido fatalmente averiado.

Cuándo: El lunes 15 de abril de 1912 a las 11.59 p.m. Poco después de las 2 a.m. el *Titanic* se deslizó hacia su tumba acuática.

Dónde: A 1.191 millas de New York.

Las pérdidas: 1.493 pasajeros y toda la tripulación perecieron. El *Titanic* había costado más de 8 millones de dólares.

La causa: El avistar un obstáculo no resulta infalible para indicar un inminente desastre. Después de la catástrofe los expertos acordaron que el capitán del *Titanic*, E. J. Smith, debió haber sabido del peligro del témpano por lo menos una hora antes del desastre y sin embargo no se dieron órdenes de reducir la velocidad. El cielo estaba despejado, hacía frío y la visibilidad era excelente. Aparentemente, lograr un récord en la travesía era muy importante. El capitán, los pasajeros y la tripulación creían en lo que se había publicitado acerca del trasatlántico, que era insumergible.

El desastre: Poco antes de medianoche el témpano hizo su aparición con su altura de 45 metros por encima de la superficie. Poco después, el *Titanic* lo embistió con un crujido en la proa; luego se subió al témpano. La proa se rompió y quedó bajo el agua. El ruido fue tan apagado que nadie se asustó. Después de algunos minutos los pasajeros más curiosos se asomaron de buen humor a cubierta para echar un vistazo y se inclinaron para tocar el témpano. No advirtieron un segundo peligro. Antes de dejar Southampton había comenzado un incendio en las carboneras y aún no había sido extinguido. A las 12.25 a.m., después de calcular los daños, el capitán Smith ordenó que todos se reunieran en la cubierta superior. La orden se cumplió en 15 minutos, ya que la gente tenía buena disposición. Los pasajeros fueron informados de lo que había ocurrido y de la decisión del capitán de abandonar el barco. No hubo ninguna disensión ni pánico hasta las 12.50 a.m. El oficial en jefe Murdock ordenó: «¡Tripulación a los botes! ¡Mujeres y niños primero!».

Los gritos de angustia se sintieron en todas partes. Las esposas rehusaban dejar a sus esposos. Los hombres de la tripulación comenzaron a llevar a rastras a las mujeres, al azar, empujándolas dentro de los botes salvavidas. La seriedad de la situación asustó a las familias. Los hombres cooperaban empujando a las mujeres y a los niños dentro de los botes. A las 2. a.m. todos los botes salvavidas estaban en el agua.

Quienes iban en los botes pudieron ver que el *Titanic* se había hundido de 10 a 15 metros y que su popa estaba fuera del agua. La tripulación de los botes remaba furiosamente para poner a la gente a salvo. A una milla del trasatlántico averiado los sobrevivientes miraban al *Titanio* partido en dos; la parte de delante se deslizaba bajo la superficie. Por un momento la mitad posterior se mantuvo erguida, luego hubo otra explosión y comenzó a hundirse en las aguas heladas. Los sobrevivientes relataron más tarde que pudieron oír tocar a la orquesta de cuerdas mientras la popa desaparecía.

Muchos barcos habían recibido el SOS del *Titanio*: «Hemos chocado contra un témpano. Serios daños. Ayuda urgente». El *Carpathia* llegó al lugar a las 4 a.m. y recogió a los aturdidos y golpeados sobrevivientes que pudo encontrar y luego se dirigió a Nueva York.

Harold Bride, el radiotelegrafista del *Titanio*, informó que fue accidental que la radio funcionara. Se había descompuesto el domingo y Bride y Phillips la arreglaron horas antes de la tragedia. Otros sobrevivientes informaron que habían oído disparos. Algunos contaron que varios miembros de la tripulación que intentaron subir a los botes fueron muertos a balazos. También se dijo que el capitán Smith se suicidó con un revólver antes de que el *Titanio* se hundiera. Más tarde, cuando los sobrevivientes de la tripulación fueron interrogados, se dejó de creer en tales historias. El *Carpathia* llegó a Nueva York a las 9 a.m. del 18 de abril con 700 sobrevivientes a bordo.

Consecuencias: El 30 de julio de 1912, el informe de 74 páginas de la Comisión Investigadora dado a conocer en Scottish Hall estableció lo siguiente: «La Comisión, habiendo analizado cuidadosamente las circunstancias de la arriba mencionada pérdida del barco, encuentra, por las razones que aparecen en el anexo, que la pérdida de dicho barco se debió a la colisión con un témpano producida por la excesiva velocidad a que

navegaba aquél». No se dijo nada acerca del hecho de que el *Titanio*, con capacidad para 3.500 pasajeros y tripulación, tuviera botes salvavidas sólo para 950.

El Lusitania

Hace sesenta años y antes de que USA entrara en la primera guerra mundial, el *Lusitania*, un gran galgo de los mares, fue torpedeado y hundido por un submarino alemán. La tragedia ocurrió tan rápidamente que fue imposible abandonar el lujoso trasatlántico. Hubo pocos sobrevivientes y la polémica historia no se aclaró nunca por completo.

Cuándo: Poco después de las 2 p.m. del 7 de mayo de 1915.

Dónde: A 12 millas de Old Head of Kinsale, Irlanda.

Las pérdidas: 1.198 pasajeros y hombres de la tripulación incluyendo 128 americanos perdieron la vida. El palacio flotante de 31.950 toneladas había costado aproximadamente 10 millones de dólares.

La causa: El *Lusitania* nació maldito y lleno de problemas desde que los directores y la Marina británica dieron sus instrucciones al diseñador Leonard Peskett: debía ser el barco más rápido de los mares, transportar 2.000 pasajeros más una tripulación de 800 hombres y navegar a 24 nudos horarios. Sus enormes motores —capaces de desarrollar 68.000 HP— y los 4 compartimentos que contenían 25 calderas, combustible y complicados controles, debían estar ubicados debajo de una estrecha viga de 88' X 760' en la línea de flotación, dejando espacio para compartimentos herméticos a cada lado. Al hacerse esto no quedó lugar para el combustible —las 6.600 toneladas de carbón necesarias para impulsar al *Lusitania* entre Liverpool y New York.

Sus herméticos compartimentos longitudinales fueron transformados en carboneras, algo que sería inadmisibile hoy en día. Arriba de esta inestable estructura de energía, Peskett agregó seis cubiertas, haciendo al *Lusitania* más alto que cualquier otro barco en uso. El 12 de mayo de 1913 el gigantesco trasatlántico fue llevado al dique seco para ser armado con 12 cañones. El 4 de agosto, cuando Inglaterra declaró la guerra a Alemania, el *Lusitania* fue registrado como un crucero auxiliar armado. Los submarinos alemanes atacaban a tantos barcos ingleses que Winston Churchill ordenó

que los barcos llevaran las banderas de los países neutrales incluyendo la de USA. Se afirmó que Churchill esperaba que el hundimiento de barcos que llevaban la bandera norteamericana haría que USA entrara en el conflicto bélico.

En el fatídico viaje de Nueva York a Liverpool la carga del *Lusitania* era casi toda de contrabando: 1.248 cajas (51 toneladas) de proyectiles de ametralladora de 3 pulgadas de diámetro, 1.639 lingotes de cobre, 76 cajas de varas de latón y 4.927 cajas de cartuchos calibre 303 (1.000 unidades por caja). La carga pesaba cerca de 10 toneladas y su detalle ocupaba en total 24 páginas de las cuales sólo una fue usada en «espacio para navegación».

El desastre: En la mañana del 7 de mayo de 1915 el *Lusitania*, con su pesada carga y los pasajeros, estaba cerca de la costa de Irlanda. El capitán William Turner esperaba de un momento a otro establecer contacto con su barco de escolta, el *Juno*. No se le había informado que la armada había cancelado la escolta el 5 de mayo. Doce años más tarde el comodoro inglés Joseph Kenworthy escribiría en su libro *The Freedom of the seas*: «El *Lusitania*, navegando a media velocidad por entre los submarinos en la costa de Irlanda, fue enviado a su destrucción deliberadamente».

El 6 de mayo, después de que varios barcos ingleses hubiesen sido torpedeados, al almirante Coke, en Queenstown, se le prohibió iniciar una acción de represalia o enviar algún mensaje por radio pero desobedeció las órdenes. A las 7 p.m. envió un aviso a Turner: «Los submarinos se desplazaron al sur de la costa de Irlanda». A pesar de que las órdenes de Turner no permitían que se desviara de su curso, él redujo la velocidad y previno a sus pasajeros del peligro. Aún ignoraba que no tendría escolta. A las 11.02 a.m., en el séptimo puente, Coke envió un mensaje en clave de 12 palabras al remolcador *Hellespont* para que fuera a Queenstown inmediatamente. Turner interceptó el mensaje y decidió desviar el *Lusitania* a Queenstown, a 25 millas de su posición, 12 millas fuera de Oíd Head of Kinsale. La Marina inglesa negó más tarde que el mensaje fuera enviado, pero hay una copia certificada de él en la estación naval de Valentia.

A la 1.30 p.m. aproximadamente Walter Schweiger, comandante del submarino alemán U-20, satisfecho con el número de barcos ingleses hundidos cerca de Queenstown, estaba por regresar a Alemania con sus tres

últimos torpedos cuando vio el humo del *Lusitania* y cambió de curso para interceptarlo. Alrededor de las 2.10 p.m. efectuó el primer disparo desde 700 metros de profundidad. Turner vio que el torpedo se acercaba antes de que chocara contra estribor directamente debajo del puente. Hubo una tremenda explosión. El trasatlántico se inclinó 15°. Luego hubo una segunda explosión, más fuerte que la primera. El puente quedó destruido y el gran barco se detuvo con la popa fuera del agua. Lentamente comenzó a hundirse a estribor.

El *Lusitania* había salido de Nueva York con poca tripulación para las salas de máquinas y pocos marineros realmente capacitados. Ahora no tenía suficiente tripulación para que se hiciera cargo de los botes salvavidas que podían transportar de 48 a 70 pasajeros. Pronto reinó el pánico. No había tiempo y nada funcionaba bien. Los pescantes de lanzamiento estaban helados. Muchos de los 26 botes salvavidas de hule plegables, guardados debajo de los botes de madera de 22 toneladas y media, no pudieron bajarse fácilmente debido a la inclinación de 15°. Cuando se bajaron los botes más pesados, los botes plegables y los pasajeros quedaron aplastados contra el casco. Los botes salvavidas a babor se hundieron en el mar. El torpedo alemán que había agujereado las carboneras prendió fuego al combustible e hizo estallar la carga de contrabando. Fue esta segunda explosión la que hundió el *Lusitania*. En 18 minutos el lujoso trasatlántico se encontraba bajo 91 metros de agua. Sólo podían verse 6 botes salvavidas flotando en la superficie del océano.

Consecuencias: En Londres, después de una investigación, se encontró la declaración de cargamento. En USA se halló otra y luego las Cunard Lines dieron a conocer una tercera. Todas eran diferentes. Franklin D. Roosevelt encontró una cuarta entre los papeles de Woodrow Wilson. Esta cuarta declaración, que era una copia de la que iba en el *Lusitania*, confirmaba que el cargamento era de contrabando y que no era pacífico en absoluto.

Mañana: Muchos barcos han sido hundidos por torpedos desde que ocurrió la tragedia del *Lusitania* y muchos más seguirán el camino hacia el cajón de «Davy Jones», tanto en la guerra como en la paz. ¿Serán los informes oficiales de las tragedias del futuro tan conflictivos como los del

Lusitania? Esta pregunta sólo encontrará su respuesta en los gobernantes del futuro.

El dique St. Francis

En la mañana de un día de marzo, Dan Matheus, un hombre que trabajaba en el mantenimiento de la central eléctrica 2, una milla debajo del dique St. Francis, informó que por la estación corría agua mezclada con lodo y que al parecer provenía de debajo de la estructura. No daba la impresión de que hubiera pasado por encima del dique o por las compuertas. El jefe del Departamento de Agua y Energía de Los Ángeles, ingeniero William Mulholland, corrió desde su oficina a investigar. Después de la inspección se decidió que a pesar de que la situación no era buena, no había un motivo real de alarma. Doce horas después 137.000 metros cúbicos de hormigón se desmoronaron y 12 mil millones de galones de agua corrieron con violencia por el valle en dirección a las 20.000 personas que lo habitaban.

Cuándo: El 13 de mayo de 1928.

Dónde: 40 millas al norte de Los Ángeles, California.

Las pérdidas: 450 muertes, 700 casas destruidas. El dique había costado 1.300.000 dólares y hubo daños declarados por 30 millones.

La causa: El dique, que fue terminado en mayo de 1926, descansaba sobre un cimiento que estaba hundido 10 metros bajo tierra. Tenía 175 pulgadas de espesor en su base y sobresalía 50 metros por encima de la corriente. Si se hubiera consultado a los geólogos no se hubiera elegido el cañón de San Francisquito para construir el dique. Pero los ingenieros del proyecto no pudieron ver los problemas que habría en uno de los lados del dique, construido sobre mantos rocosos inestables y en el otro, que estaba sobre rocas compuestas de grava y piedras. Entre estos puntos de apoyo el resto del dique descansaba sobre un lecho de piedra arenosa que era semisoluble. A pesar de que fue construido a gran altura, en realidad dependía de su peso para contener los elementos y la presión de las aguas. A menos de dos años de su terminación, el moderno dique St. Francis se derrumbó.

El desastre: El hilo de agua enlodada encontrado cerca de la central eléctrica n.º 2 en la mañana del 13 de marzo fue ignorado. Nadie en el valle se dio cuenta del inminente desastre. Doce horas después fueron arrancados de cuajo primero uno de los lados del dique y después el otro. Una ola de 25 metros de altura salió disparada de la represa. Impulsada por el peso de 12 mil millones de galones de agua, la ola arrancó enormes trozos de hormigón y arrastró algunos de ellos una milla valle abajo.

Todo fue repentino y sorpresivo. Donde antes había casas y gente, ahora había un reguero de muerte y destrucción. Los autos que viajaban por la carretera 126 fueron arrastrados hacia el mar por el torrente. Meses después de la tragedia, los buzos todavía rastreaban la costa en busca de restos.

Consecuencias: Puesto que el dique St. Francis fue construido para suministrar agua a la ciudad de Los Ángeles, la ciudad asumió la responsabilidad del desastre e indemnizó las muertes y la destrucción de bienes de un valor evaluado en 30 millones de dólares. La investigación posterior de la tragedia puso de relieve la necesidad de emplear el conocimiento de los geólogos en la construcción de diques, edificios y puentes.

La explosión de la escuela de New London

Era un típico día de primavera. La escuela cuyo coste había sido de un millón de dólares estaba en medio de un bosque de 10.000 torres de perforación de petróleo. Hasta media tarde 700 o más estudiantes y profesores asistieron a clase. Luego los alumnos de los grados primarios se retiraron a sus casas. Pocos minutos después, a las 3.05 p.m., la hermosa escuela de New London explotó. Techos y paredes se convirtieron en una pila de escombros que cayó sobre 547 estudiantes y maestros.

Cuándo: El martes 18 de marzo de 1937 a las 3.05 p.m.

Dónde: New London, Texas.

Las pérdidas: 297 muertos y 250 heridos. La escuela había costado un millón de dólares.

La causa: En enero de 1937 las autoridades escolares iniciaron una innecesaria campaña de economía. La cuenta de gas para proveer de calefacción a la escuela era de 250 dólares al mes, una suma que podía

ahorrarse si la escuela usaba gas de desecho, lo que no reportaría ningún gasto. A pesar de que se sabía que este gas tenía un punto de ignición inestable, era usado en los comercios y casas que había en los alrededores de New London. El gas no tenía efectos nocivos y no costaba nada. Cada aula tenía su propio radiador el cual, cuando se decidió el empleo del gas de desecho, debió haber sido adaptado. Pero en su afán de ahorrar dinero las autoridades no tomaron ninguna medida. Los expertos en los sistemas de conversión para el uso del gas no fueron consultados. ¿Para qué molestarse si el portero de la escuela podía hacer la conexión estupendamente bien? Después de todo, no era nada complicado.

El desastre: El 18 de marzo de 1937, como todos los días, los alumnos de los grados primarios se retiraron a primera hora de la tarde. A las 3.05, 10 minutos antes de que se retirara el resto de los estudiantes, una acumulación de gas de desecho «crudo y húmedo» se encendió con una chispa que quizá salió de un interruptor. Se produjo una tremenda explosión seguida por otras de menor intensidad. El estruendo se oyó en varias millas a la redonda. En un informe posterior a los hechos, E. P. Schoch, un experto en el uso de gases combustibles de la Universidad de Texas, explicó que si se dejaba abierta cualquiera de las principales líneas de gas de la escuela aunque sólo fuera por medio día, el punto de saturación podía crear las condiciones para una explosión.

Durante toda la mañana, el mediodía y parte de la tarde, las ondas de aire de los alrededores de New London habían sido bombardeadas por la nueva estación de radio ubicada en los pinares al este de Texas que pertenecía a Ted Hudson. Cuando la explosión conmocionó la zona, Hudson «cerró el negocio», tomó su equipo de transmisión portátil y no tardó mucho en cubrir las 12 millas que había hasta New London.

Cuando llegó, los cuerpos de los jóvenes estaban desparramados entre escombros de madera, hierro y yeso. Hudson armó su equipo en el lugar y comenzó a transmitir: «La escuela de New London ha explotado. Los niños están muertos. Se necesitan médicos, enfermeras, ambulancias y coches fúnebres... ataúdes y hombres fuertes para cavar tumbas». La respuesta fue inmediata. Se envió ayuda a New London y junto con ella llegaron los periodistas, incluyendo un joven radioaficionado llamado Walter Cronkite.

Por la noche se emprendió la macabra búsqueda de las víctimas. Los hospitales y casas mortuorias estuvieron muy pronto colmados de muertos y heridos.

Consecuencias: Médicos, enfermeras, personal de hospitales y casas mortuorias y Ted Hudson, así como muchos como él, más un ejército de voluntarios, trabajaron durante tres días y tres noches. A partir del momento en que fue internada la primera víctima y hasta que se rescató el último cuerpo, se registraron 297 muertos y más de 250 heridos.

Con el tiempo New London cicatrizó sus heridas y en la actualidad la ciudad cuenta con el sistema escolar más moderno y seguro del país. Pero el monumento erigido en memoria de aquellos que murieron en el innecesario desastre será el recuerdo permanente de lo que el gobernador James V. Allread definió como el peor desastre en la historia de la educación.

El Hindenburg

Sin contar las tormentas que demoraron su llegada por más de 10 horas, el vuelo del zepelín *Hindenburg* desde Frankfurt, Alemania, a Lakehurst, N. J., fue un vuelo de rutina sin incidentes. Durante años, más de 32.000 pasajeros habían volado alrededor de

10.000 millas en zepelines alemanes sin sufrir un solo accidente. En la primavera de 1937, a su llegada a Lakehurst, la gran nave plateada arrojó una vez más sus amarras al suelo. El personal naval y civil se hizo cargo de ellas para guiar al *Hindenburg* al mástil de amarras.

Mientras los periodistas sacaban fotografías y los locutores de radio grababan su llegada para una transmisión posterior, comenzó a salir humo de la popa del zepelín. El gran *Hindenburg* se estaba incendiando. Poco después de produjo una explosión de gas de hidrógeno. En 34 segundos el gracioso gigante de los cielos era una pira funeraria en llamas.

Cuándo: El 6 de mayo de 1937 a las 7.25 p.m.

Dónde: En la estación aérea de Lakehurst, N. J.

Las pérdidas: Murieron 15 pasajeros, 20 miembros de la tripulación y uno de los encargados de las amarras. El *Hindenburg*, el último de los grandes zepelines, había costado más de 5 millones de dólares.

La causa: Quizá nunca se conozca la causa real del desastre puesto que en las investigaciones posteriores tanto los alemanes como el gobierno de USA se negaron a considerar la posibilidad de sabotaje por miedo a crear un incidente internacional. La causa oficial fue catalogada como «el fuego de St. Elmo», a pesar de que no se registró otro caso en que el fuego de St. Elmo causara una explosión. Antes de que el zepelín emprendiera el vuelo, tanto la Gestapo como las SS tenían razones para creer que a bordo del *Hindenburg* habría una bomba. Un registro cuidadoso de los pasajeros y la nave reveló que no la había, pero como medida de precaución, el oficial 1.º de la Luftwaffe, coronel Fritz Erdmann, el mayor Franz Hugo y el teniente Klaus Hindelbein, fueron enviados a bordo como pasajeros.

El *Hindenburg*, el mayor zepelín del mundo, de más de 245 metros de largo, llevaba 16 tubos de gas que contenían 7.200.000 pies cúbicos de gas de hidrógeno explosivo. Sus motores diesel 4 V-16 desarrollaban 5.000 HP y conducían a la nave en silencio y sin vibraciones a una velocidad de 80 nudos horarios. Había compartimentos con lavabos para 50 pasajeros, una tripulación de 30 personas y comedores de 1.ª clase. Las pasarelas cruzaban la nave cuyo esqueleto estaba formado por 16 recintos cuadrados distribuidos en 10 pisos y 36 vigas longitudinales. Los veinticinco tanques del *Hindenburg* tenían una capacidad de 137.500 libras de combustible, las necesarias para un recorrido de 10.000 millas. Puesto en servicio en marzo de 1936, el Z-129 había hecho 10 viajes entre Alemania y USA. La nave, diseñada para usar helio no explosivo, fue cargada con gas de hidrógeno. USA era el único proveedor de helio y el coste para más de 7 millones de pies cúbicos habría sido de 600.000 dólares aproximadamente. Según opinión de la Deutsche Zeppelin- Reederei Company, a cargo de las líneas de pasajeros Graft-Zeppelin, el gasto era innecesario. El hidrógeno era absolutamente seguro cuando era manejado por expertos, y ¿quiénes eran más expertos que los alemanes?

El desastre: El Z-129 o *Hindenburg* llevaba un retraso de 10 horas cuando llegó a Lakehurst y la lluvia, los vientos y relámpagos impedían el aterrizaje. Después de varias horas de mantenerse en el aire, las condiciones climatológicas cambiaron y a las 7.10 p.m. la lujosa nave estaba a 60 metros de altura de la estación aérea. Los pasajeros habían recogido sus

efectos personales y estaban listos para desembarcar. Se habían arrojado las amarras. Seis hombres de la tripulación estaban en la proa listos para enganchar la nave. Noventa y dos hombres del personal naval y ciento treinta y nueve civiles tomaban en tierra las líneas para guiar al 2-129 a su mástil de amarras. A las 7.25 la operación de enganche estaba próxima a finalizar. Herb Morrison, de la WLS, registraba los preparativos. De pronto el hecho común se transformó en una tragedia. Morrison gritó por el micrófono: «¡Está en llamas! ¡Oh, mi... está ardiendo, está en llamas...! ¡Oh, la humanidad y todos sus pasajeros!».

A setenta y siete horas de Frankfurt, *algo* había encendido el hidrógeno. A bordo del *Hindenburg* cundió el pánico. Los pasajeros rompieron las ventanillas para saltar 30 metros hacia su muerte. Luego hubo una segunda explosión fuerte. En 34 segundos la orgullosa reina del aire estaba ardiendo en tierra. De los que intentaron escapar, varios murieron debido a las quemaduras. De las 97 personas a bordo, 35 tuvieron una muerte horrible.

Consecuencias: La tragedia del *Hindenburg* marca el fin de una era de viajes en zepelín. Se estaban desarrollando los aviones y a pesar de que podían llevar menos pasaje y menos carga, eran mucho más rápidos. Se esperaba que algún día los aviones pudieran viajar a través del océano.

Mañana: El año 2000 podrá ver lo que puede parecer el fantasma del 2-129, pero no será un zepelín ni llevará tubos de gas. Será una nave espacial del siglo XXI que se desplazará entre las galaxias del universo.

La muerte condujo al Balvano Limited

Nunca, antes o después del extraño desastre del tren de carga italiano n.º 8017, ha ocurrido un incidente semejante. Debido a que sucedió durante la segunda guerra mundial los detalles fueron censurados y no se publicaron sino mucho tiempo después.

En realidad el *Balvano Limited* no sufrió un choque ni fue bombardeado o descarrilado; sin embargo, la pérdida de vidas en una trágica hora, hizo de éste uno de los mayores desastres viales del siglo.

Cuándo: El 3 de marzo de 1944 poco después de la 1 a.m.

Dónde: Cerca de Balvano, Italia, en la zona montañosa de Salerno.

Las pérdidas: Se estiman en 500 vidas.

La causa: Nápoles, Italia, sufría la escasez de los tiempos de guerra y del mismo modo se veían afectados los ferrocarriles. No se conseguí carbón de primer grado, el normalmente utilizado en las locomotoras. Los sustitutos de tercer y cuarto grado despedían gas de monóxido de carbono venenoso. Como éste es inodoro pasaba desapercibido.

Muchos ciudadanos que no deseaban sufrir la falta de mantequilla, huevos, aves y productos lácteos se sumaban al creciente número de oportunistas que lucraban en el mercado negro. Obtenían cigarrillos, caramelos y chicle de los soldados y luego los cambiaban por productos agrícolas. Esto produjo una tremenda alza de los precios en Nápoles. Para llegar a los granjeros viajaban en los trenes de carga que tenían prohibido llevar pasajeros. Pero todos los días viajaban cientos de personas en estos trenes, otro hecho que pasó desapercibido oficialmente.

El desastre: La lluvia arremolinada por el viento agitaba los miles de charcos en las vías del ferrocarril de Salerno y castigaba los 47 coches del *Balvano Limited*. Veinte de ellos iban vacíos y estaban programados para regresar con mercadería y armamentos. Después de las 6. p.m., la noche del 2 de marzo de 1944 fue siniestra. El tren n.º 8017 llegó a Eboli, unas millas más allá de Battipaglia, a las 7.12 p.m. y más de 100 pasajeros ilegales se amontonaron en los vagones abiertos. Luego vinieron las estaciones de Persano y Romagnano. En cada parada aumentaba el número de viajeros. Fue enganchada una segunda locomotora para recorrer los 45 kilómetros montañosos que había por delante.

Eran las 11.40 p.m. y ahora el n.º 8017 llevaba 650 pasajeros ilegales. El tren resoplaba lentamente mientras subía otros 6 km para detenerse en la pequeña estación de Balvano que estaba entre dos largos túneles. Un tren que venía en dirección contraria tenía problemas en la locomotora. Mientras el n.º 8017 esperaba la señal de vía libre, la mitad de sus 47 vagones estaba en el túnel inferior envueltos en un manto de humo negro que habían dejado sus dos locomotoras. Durante 38 minutos no hubo aire en el túnel. Sin saber que estaban en peligro, los pasajeros ilegales, aprovechando una tregua en el duro viaje, respiraron profundamente el monóxido hasta quedar inconscientes.

A las 12.50 a.m. las dos locomotoras que llevaban al n.º 8017 emprendieron nuevamente la marcha para trepar lentamente por el túnel superior a menos de 8 km de la próxima parada en Bella-Muro. Llegarían en 20 minutos. El terreno era escarpado y la ruta peligrosa. A la 1 a.m. el n.º 8017 entró por el túnel más largo, Galleria delle Armi, de más de un km y medio de largo. Una vez adentro se detuvo, luego se deslizó hacia atrás empujando a los tres últimos coches al aire libre. Las locomotoras continuaban arrojando humo y monóxido dentro del túnel. Aquellos que habían escapado a la muerte durante los 38 minutos que el tren estuvo detenido en el primer túnel fueron menos afortunados en la Galleria delle Armi.

A las 2.40 a.m., cuando el n.º 8017 ya llevaba dos horas de retraso, el jefe de la estación de Bella-Muro se alarmó. Pero él y el jefe de Balvano decidieron esperar en lugar de caminar por las vías en busca del tren perdido. En la escena de la catástrofe, el motorman Giuseppe de Venuto despertó de un sueño espasmódico y luchó por llegar a la salida del túnel. En el momento en que llegó al aire libre se dio cuenta de lo que había ocurrido dentro del túnel. La muerte conducía al *Balvano Limited*. Debía notificar a las autoridades.

La noche era muy fría, oscura y lluviosa. Venuto no tenía luz para encontrar el camino de regreso por las peligrosas vías ni para atravesar los túneles, aún más oscuros. Se arrastró una buena parte del camino. A las 5.10 a.m. llegó a la estación de Balvano, señaló hacia atrás las vías y dijo: «Están todos muertos». Luego se desplomó.

Consecuencias: Con la llegada de las autoridades civiles y militares a Balvano, se desenganchó una locomotora de otro tren para llevarla a Galleria delle Armi. Durante el trayecto debieron retirarse los cadáveres que había en las vías. El túnel estaba sembrado de cadáveres y los vagones estaban llenos de muertos. Un coronel del ejército de USA escribió en su informe: «Las caras de las víctimas tenían una expresión serena. No mostraban ningún signo de sufrimiento. Muchos estaban sentados o en las posiciones que debían adoptar normalmente durante el sueño».

Después de la tragedia, el gobierno destacó guardias en cada túnel. No se permitía pasar a ningún tren mientras hubiera humo en los túneles. Las

500 víctimas del *Balvano* fueron enterradas en una fosa común y sus familias fueron indemnizadas por el gobierno. En el Día de los Muertos, el 2 de noviembre de cada año, se colocan flores en la fosa común de Balvano en memoria de aquellos que murieron cuando la muerte conducía el *Balvano Limited*.

La explosión del Fort Stikine

El barco carguero de 7.142 toneladas *Fort Stikine* dejó Inglaterra en el mes de febrero de 1944 llevando 2 millones de libras en barras de oro, explosivos, aviones y municiones. En Karachi una parte de su carga de aviones y municiones fue canjeada por sulfuro, resina, aceite, pescado y 8.700 fardos de algodón. En el puerto de Bombay, la base de aprovisionamiento para la planeada invasión de los aliados a Japón, se detectó un incendio. No se veían las banderas rojas que indican carga explosiva. Una serie de errores de juicio dieron por resultado uno de los peores desastres ocurridos durante la segunda guerra mundial.

Cuándo: El 14 de abril de 1944 poco después de las 3.30 p.m.

Dónde: En el puerto de Bombay, India.

Las pérdidas: Se calculan 1.500 muertos, 3.000 heridos, 10.000 toneladas de carga evaluadas en mil millones de dólares destruidas.

La causa: En abril de 1944 el puerto de Bombay, vía de entrada a la India, estaba atestado de barcos aliados. Las tripulaciones de diversas naciones recorrían la ciudad haciendo compras como los turistas ansiosos de souvenirs. Los estibadores del puerto echaban un vistazo al reloj permanentemente. A las 12.30 dejaron de trabajar para ir a almorzar. A bordo del *Be Ir ay* el marinero Roy Howard vio que de un ventilador del *Fort Stikine* salía humo. No se informó nada.

Los estibadores que regresaron al *Fort Stikine* a la 1.30 encontraron la bodega n.º 2 llena de humo y se abrieron paso con dificultad por la cubierta gritando: «¡Fuego!». La brigada de incendios que estaba en el muelle subió a bordo pero no hizo nada mientras su jefe telefoneaba para pedir refuerzos. Este, al no poder utilizar el teléfono sin disco del muelle, accionó una alarma contra incendios.

Eran las 2.16 p.m. A las 2.25, un oficial de una estación de bomberos llegó con 2 bombas, luego dejó inmediatamente el barco para telefonar pidiendo más hombres y bombas. Diez minutos después llegó el jefe de la Brigada de Incendios de Bombay, Norman Coombs. Mientras tanto, el hedor del pescado que se quemaba hizo que el capitán del barco, A. J. Naismith, ordenara sacarlo. Mientras se hacía esto el oficial de artillería capitán B. T. Oberst subió a bordo con una copia del plan de carga del *Fort Stikine*. Confrontándola con la que obraba en poder de Naismith advirtió que había que renunciar al barco. A ellos se sumó el administrador del puerto, coronel J. R. Sadler, quien les recordó que el puerto era demasiado poco profundo para hundir un barco de carga y sugirió que el *Fort Stikine* fuera llevado mar adentro. Confundido por las sugerencias contradictorias, Naismith se separó del grupo para telefonar a la compañía de seguros de su barco.

El desastre: La carga explosiva a bordo del *Fort Stikine* hizo del barco una bomba de 120 metros de largo rodeada de otros barcos que no advertían el peligro. Los marineros de los barcos vecinos, el *Bebay* y el *Japalanda*, observaban los movimientos con más aburrimiento que interés. Los bomberos habían arrojado agua en la bodega n.º 2 durante una hora. De pronto el humo cambió de color, se hizo marrón amarillento, el color que indica explosivos. Sin más anuncio, el barco se transformó en mil velas romanas y a ello siguió una explosión que conmocionó a Bombay y dejó esparcidos sobre las cubiertas gran cantidad de cadáveres destrozados. Murieron 66 bomberos y otros 83 resultaron heridos de gravedad.

En pocos segundos se produjo una segunda explosión que arrojó metal incandescente y escombros a una altura de 9.000 metros y que se transformaron en una lluvia mortal sobre un círculo de una milla. En los muelles, comercios y casas comenzaron los incendios. La fuerza de la segunda explosión creó una ola gigantesca que levantó al *Japalanda*, de 5.000 toneladas, a 20 metros para arrojarlo sobre las barracas del muelle. Horas después, los hospitales y casas mortuorias todavía luchaban por salvar a los heridos y por rescatar a los muertos.

Consecuencias: Veintisiete barcos se hundieron o se incendiaron. Muelles y edificios quedaron destruidos. La entrada a la dársena Victoria y

la misma puerta de entrada estaban bloqueadas por los restos de los barcos destrozados. Llevó seis meses y el esfuerzo de 10.000 hombres así como el empleo de gran cantidad de equipos limpiar el puerto de más de 1.000.000 de toneladas de escombros. La pérdida de vidas se determinó en base al número de víctimas atendidas y al número de muertos. Aquellos que volaron destrozados o fueron calcinados, y cuyo número se desconoce, podían elevar la cifra oficial en 1.000 o más.

La causa del incendio en la bodega n.º 2 no fue determinada. Hubo sospechas de sabotaje pero no fueron concluyentes. Las únicas evidencias son que la explosión y los incendios en aquel día de abril en el puerto de Bombay representaron uno de los peores pero menos conocidos desastres de la Segunda Guerra Mundial.

La colisión del tren de Jamaica

William W. Murphy, un ferroviario con 45 años de experiencia en el oficio y a 4 años de su retiro, respondió a la señal de «Alto» de la torre «C», 2 millas antes de que el primer tren horario se detuviera en Jamaica. Cuando cambió la señal Murphy reanudó la marcha a una velocidad de 12 kilómetros por hora. La siguiente señal luminosa de la torre en Jamaica fue nuevamente «alto» y otra vez Murphy aplicó los frenos de aire, pero éstos fallaron. El tren 7 80 y sus 12 vagones que llevaban 1.000 pasajeros de regreso a casa se deslizó hacia la muerte. El guarda Bertram N. Biggam comenzó a lanzar los cohetes de señales para hacer retroceder al tren detenido.

Detrás y por la misma vía, el tren 174, con 12 coches y 1.200 pasajeros, avanzaba a toda máquina hacia Jamaica. El motorman Benjamin J. Pokorny obedeció la señal de la torre «C» y detuvo el tren. Cuando la señal cambió aceleró a 20 km/h. Detrás de él la señal de la torre «C» indicaba «alto», pero enfrente suyo la señal de la torre de Jamaica daba paso. El tren 174 reanudó a toda máquina. Pokorny vio demasiado tarde al tren detenido más adelante. En sus últimos segundos de vida tiró de la cuerda de frenos.

Cuándo: A las 6.26 p.m. del miércoles 22 de noviembre —Día de Acción de Gracias— de 1950.

Dónde: Cerca de la torre de Jamaica en 126 Street y Hillside Avenue en el distrito Richmond Hills de Queens, en Nueva York.

Las pérdidas: 77 pasajeros muertos, 318 heridos y 14 heridos graves.

La causa: Ninguno de los trenes estaba equipado con un sistema de señales de repetición automática. Un dispositivo electrónico en las cabinas de los maquinistas Murphy y Pokorny debía confiar en las torres de señal que estaban espaciadas a lo largo de su ruta. El sistema de señales luminosas generalmente andaba bien, pero si una señal cambiaba después de que un tren había pasado la torre, el sistema no funcionaba. Pokorny debería haber visto los faros traseros del tren detenido si éstos hubieran estado encendidos. Aquello abrió un interrogante sin respuesta, porque en un informe del Ferrocarril de Long Island a la Comisión de Servicios Públicos consta que durante 7 días los faros traseros de 50 trenes no habían funcionado.

El desastre: Los pasajeros a bordo del tren 780 sufrieron la molestia en silencio. No era ésa la primera vez que llegaban tarde a casa. No hubo anuncio de peligro hasta que la luz frontal del tren 174 bañó el último vagón con su brillo eneguedor. En pocos segundos los dos coches se telescopiaron. El primer coche del tren de Pokorny se incrustó en el último vagón del de Murphy. Aquellos que no murieron de inmediato cayeron presas del pánico. Los trenes quedaron a oscuras. En el interior de los coches reinaba la confusión. La gente que era capaz de moverse no podía hacerlo debido a la montaña de muertos y heridos.

El estruendo de la colisión se oyó en 126th. Street y Hillside Avenue. La ayuda llegó pronto pero pasó una hora y veinte minutos antes de que pudiera sacarse al último pasajero de los vagones retorcidos. Las amputaciones fueron practicadas en el lugar y para liberar a muchos pasajeros atrapados se debieron usar antorchas de acetileno. Mientras los médicos administraban plasma, los sacerdotes administraban la extremaunción. Para cientos de neoyorquinos la tragedia transformó el día de Acción de Gracias en el martes más negro.

Consecuencias: Una larga investigación determinó que la causa de la tragedia fue «Pokorny». El veredicto militar fue: «Desobediencia de señales».

Choque aéreo sobre Nueva York

El trigésimo noveno pasajero abordó el cuatrimotor TWA, vuelo 266 con destino a Nueva York en el aeropuerto de Port Columbus poco antes de las 9 a.m. En el aeropuerto internacional O'Hara de Chicago el pasajero n.º 76 abordó un DC-8, jet de 107 toneladas, de United Airlines en el vuelo 826 con destino a Nueva York. El TWA cubriría la distancia más corta a 300 millas por hora. El DC-8 de UAL cubriría la más larga a una velocidad de 600 millas por hora. Era invierno y ambos vuelos mantenían contacto radial con el Control de Tráfico Aéreo de Nueva York. Minutos antes de aterrizar, los dos vuelos colisionaron a 1.500 metros de altura sobre Staten Island, en uno de los peores desastres aéreos del siglo.

Cuándo: El viernes 16 de diciembre de 1960 a las 10.34 a.m.

Dónde: A 1.500 metros de altura sobre Staten Island, N.Y.

Las pérdidas: Murieron 127 pasajeros y los miembros de la tripulación, más 6 personas que estaban en tierra. Ambos aviones quedaron destrozados.

La causa: El mal tiempo, la falta de visibilidad, el tráfico aéreo pesado de un día festivo, las velocidades variables, los cambios de altura frecuentes y las ineficientes comunicaciones radiales contribuyeron a la trágica colisión encima de Nueva York.

El desastre: El capitán David A. Wollam, un veterano con 14.500 horas de vuelo, apuntó la trompa de su avión en dirección al cielo a las 9 a.m. Apenas comenzado el vuelo 266 el capitán activó el sistema de comunicación interno para dar la bienvenida a bordo e informar a los pasajeros que la duración del vuelo hasta el aeropuerto de La Guardia sería de 1 hora y 32 minutos. Volarían a 7.000 pies de altura de acuerdo a las normas de vuelo del control de tráfico aéreo.

Once minutos más tarde comenzaba el vuelo 826. El capitán Robert H. Sawyer, un veterano con 20.000 horas de vuelo, informó a sus pasajeros que volarían a 27.000 pies de altura a una velocidad de 600 millas horarias y que la duración del vuelo hasta el Aeropuerto Kennedy sería de 1 hora y 29 minutos.

A una hora de Columbus, el Centro de Control de Tráfico Aéreo de Nueva York —ARTCC— hizo que el vuelo 266 modificara su altitud de 7.000 pies llevándolo a 19.000 pies y que descendiera a

11.000 después de pasar sobre Allentown, Pa. A las 10.19 a.m. Wollam avisó a Nueva York que de acuerdo a sus instrumentos estaba sobre Allentown a una altura de 11.000 pies como se le había indicado. Nueva York informó a Wollam que se había establecido el contacto de radar.

10.12 a.m. — ARTGC al vuelo 826: Se instruyó al capitán para que descendiera y mantuviera la altura de 25.000 pies y se le informó que el servicio de radar no funcionaba. Sawyer acusó recibo.

10.14 a.m. - Nueva York al vuelo 826: Se informó a Sawyer que el espacio de vuelo estaría limitado entre Preston, N. J. y Robbinsville a una altura de 25.000 pies.

10.21 a.m. - El vuelo 826 a United Aeronautical Radio, Inc.: Sawyer informó a ARINC que su receptor no funcionaba. ARINC recibió la información pero no la pasó a ARTCC. El Centro de Control de Nueva York dio instrucciones a Sawyer para que descendiera a 13.000 pies.

10.23 a.m. - El vuelo 826 a NYCC: «Si vamos a sufrir un retraso mejor nos mantenemos arriba. Necesitaremos 3/4 de milla de visibilidad en la pista de aterrizaje. ¿Tienen el pronóstico del tiempo?». Se le informó a Sawyer que el Aeropuerto Kennedy, Ilwold International, tenía 450 metros de cielo encapotado, lluvia, nieve y menor visibilidad de la conveniente en la pista de aterrizaje. Sawyer respondió: «Comenzamos a bajar».

10.23 a.m. - Aeropuerto de La Guardia al vuelo 266: Informó a Wollam que había 150 metros de cielo cubierto, una milla de visibilidad, nieve y viento N.E. a 15 nudos. Se le informó que usara la pista 4 y que las luces de aterrizaje no funcionaban.

10.24 a.m. - La Guardia al vuelo 266: Wollam recibió instrucciones de descender de 11.000 pies a 9.000 e informar.

10.25 a.m. - NYCC al vuelo 826: Se le ordenó a Sawyer modificar su curso y descender a 11.000 pies.

10.27 a.m. - NYCC al vuelo 266: Se informó a Wollam que el control de radar había cesado; recibió instrucciones de conectarse con el Control de La Guardia. LGAC instruyó a Wollam para que mantuviera 9.000 pies de altura.

10.28 a.m. - LGAC al vuelo 266: Descender a 8.000 pies.

10.30 a.m. - Vuelo 266 a LGAC: Wollam confirmó el cambio de altitud y se le ordenó mantener la velocidad y reducirla en la etapa final.

10.32 a.m. - Vuelo 266 a LGAC: Wollam informó que su altura era de 6.000 pies y se le ordenó bajar a 5.000 y girar 150°.

10.33 a.m. - NYCC al vuelo 826: Se instruyó a Sawyer para que estableciera contacto con la Torre de Control del Aeropuerto Kennedy. Sawyer recibió la información. Su altímetro marcaba 5.500 pies.

10.33.14 - LGAC al vuelo 266: Wollam recibió órdenes de descender a 1.500 pies y girar 130° a la izquierda. Se le informó que habría intenso tráfico a las 3 una milla al N.E.

10.33.28 - El vuelo 826 a KAAC: «Nos acercamos a Preston a 5.000 pies». KAAC recibió la información y luego dio el tiempo. ¡Sawyer no contestó! Los vuelos 266 y 826 habían chocado.

El vuelo 826 cayó en Park Slope, en Brooklyn, abriendo un cráter en Sterling Place y Seventh Avenue. No hubo sobrevivientes. El vuelo 266 cayó en Miller Field, Staten Island. Se rescataron vivas a cinco personas que murieron camino del hospital.

Consecuencias: Supuestamente, los vuelos 266 y 826 debían estar a una distancia de 10 millas entre sí antes de aterrizar, pero la visibilidad era cero y ningún vuelo estaba donde su capitán pensó que estaba. Desde el despegue hasta la colisión todo se desenvolvió casi como si el choque sobre Nueva York hubiera estado predestinado.

El derrumbamiento del puente West Gate

Iba a ser una obra maestra en materia de puentes, y por lejos, el más grande de Australia. Pero desde el principio, el West Gate, de 8 pistas de 22 kilómetros de largo que cruzaba el río Jarra en Melbourne, Australia, tuvo algo más que una cuota de mala suerte. Primero hubo disensiones entre los obreros que desembocaron en huelgas; luego errores de apreciación hasta que la suma de estos dos factores provocó el derrumbamiento de una arcada de 120 metros. Fue uno de los peores desastres en la historia de la construcción de puentes.

Cuándo: El 15 de octubre de 1970 a las 11.50 a.m.

Dónde: En Melbourne, Australia.

Las pérdidas: 35 a 68 obreros murieron. El daño material se estimó en 10 millones de dólares.

La causa: Desde los proyectistas, contratistas y proveedores a los ingenieros, la lista del West Gate incluye el «quién es quién» de la construcción de puentes. Construcción que comenzó en 1968 como una máquina bien aceitada que pronto comienza a deteriorarse. La grande y feliz familia de 1.000 personas que participó en la construcción se fragmentó en pequeños grupos en pugna. Un hombre pedía un bocadillo de jamón con pan de centeno y sin mostaza. Si se lo traían con mostaza, una cuadrilla entera dejaba de trabajar hasta que se rectificara el error. Los incidentes de esta naturaleza dieron lugar a huelgas que retrasaron el trabajo. En el primer año y medio de construcción, debido a la falta de supervisión, se produjo un retraso de 7 meses con respecto al plan de trabajo trazado.

Luego, un equivalente del West Gate —una obra en construcción en Milford Haven Wales— se desmoronó el 2 de junio de 1970 provocando la muerte de varios operarios. Esto causó más problemas en el West Gate. Los sindicatos pidieron mayores medidas de seguridad para los obreros. Los contratistas discutieron entre sí. Los ingenieros debieron revisar sus cálculos. Los obreros se negaron a trabajar más de lo establecido.

El desastre: Los problemas de construcción se acumulaban. El arco de casi 122 metros de largo entre los pilares 10 y 11 fue uno de los grandes dolores de cabeza. Se había decidido unir las dos partes de la arcada en el suelo, luego levantarlas y unir las con pernos. Aquél era un método de unión bastante común y habitualmente exitoso, siempre que se llevara a cabo con cuidado. Pero cuando en agosto de 1970 las dos secciones de la arcada se unieron, la mitad norte quedó a 4 1/2 cm sobre la mitad sur.

En lugar de bajar ambas secciones para corregirlas, los ingenieros decidieron colocar un peso de 8 toneladas sobre la alta para nivelarla con la más baja. El trabajo se detuvo y se deliberó durante un mes. Finalmente, los ingenieros decidieron destrabar las dos secciones de la arcada. Consideraban que el peso sobre la alta haría que ésta bajara e igualara a la más baja. Luego podrían ser unidas nuevamente. La operación «desenganche» comenzó a las 8.30 a.m. del 15 de octubre. Al principio

pareció tener éxito. La sección alta se hundió 1 1/8 cm, pero antes de que ambas pudieran juntarse el agujero se agrandó.

A las 11.50 la enorme arcada no pudo tolerar más la presión —las tensiones eran demasiado grandes—. Con un tremendo rugido, puente, hombres y equipo se desplomaron 45 metros en el río. Más de la mitad de los operarios que se encontraban encima y debajo de la arcada perdieron la vida.

Consecuencias: En la investigación posterior sólo los proveedores quedaron exentos de culpa y cargo. Los proyectistas, contratistas e ingenieros fueron despedidos y reemplazados por quienes afortunadamente terminarían el West Gate Bridge sin accidentes.

La colisión de un tren y un ómnibus escolar

Con un pasaje que sobrepasaba la capacidad, el ómnibus escolar n.º 596 giró en Gilchrest Road, en Nyack, N. Y. Al final de la calle cruzaría las vías del ferrocarril Central de Pennsylvania. A unos minutos de Congers, el tren de carga n.º 2653 con 73 vagones también se dirigía a Gilchrest Road. A una distancia de 35 metros del cruce sonó el silbato de aviso reglamentario. El ómnibus escolar mantuvo su velocidad. Hubo un segundo toque de advertencia, luego el maquinista Carpenter aplicó los frenos de aire que trababan las ruedas pero, debido a la carga de 4.000 toneladas, los frenos no respondieron. Segundos más tarde se produjo el impresionante choque. *Cuándo:* El 24 de marzo de 1972 a las 7.55 a.m.

Dónde: En las afueras de Valley Cottage, cerca de Congers, N.Y.

Las pérdidas: Murieron tres estudiantes en el acto y de las 46 víctimas hospitalizadas murieron 2. El ómnibus había costado 8.000 dólares.

La causa: El cruce de Gilchrest Road, como otros 2.400 del estado de Nueva York, no tenía barrera ni guardabarrera ni sistema de campana, ni luces indicadoras. Gilchrest Road estaba bordeada de árboles hasta el cruce y si bien el conductor del ómnibus, Joseph Larkin, de 35 años de edad, había seguido esta ruta durante una semana, no había habido trenes.

A pesar de la enorme responsabilidad, los conductores de ómnibus escolares están mal remunerados. Para desempeñar este trabajo no se requiere más experiencia que la de pasar un examen de conducir. Debido al

bajo salario se produce una rotación constante de conductores. Es un trabajo que atrae a quienes están desempleados temporariamente, a quienes buscan un empleo extra, a las amas de casa que necesitan empleos de medio tiempo y a los que se han jubilado. Quizá todas estas personas sean buenos vecinos y excelentes conductores, pero no están suficientemente preparadas para un trabajo que, cuanto más, es una experiencia para ellas frustrante y enervante.

La mañana del desastre era una mañana de primavera como cualquier otra. El tiempo era bueno y el autobús había sido revisado por las posibles fallas mecánicas que pudiera tener. El tren n.º 2653 viajaba a 45 km/h y había hecho sonar los silbatos reglamentarios. No debería haber habido un choque, pero lo hubo.

El desastre: Las vías del ferrocarril central de Pennsylvania forman una curva antes del tramo que llega al cruce con Gilchrest Road. Siempre que un tren pasaba hacía sonar dos largos silbatos de aviso seguidos de uno corto y luego otro largo. Desde la ventana de la cabina de la máquina Diesel se podía ver claramente el autobús escolar amarillo que bajaba por Gilchrest Road. Estaba a mucha distancia del cruce, de modo que el 265 3 siguió adelante. Del otro lado de las vías, frente al autobús escolar que se acercaba, William Muccio había detenido su camión recolector de basuras para esperar a que el tren pasara. Muccio vio que el autobús no disminuía la marcha. Miró demudado el espacio que había entre el ómnibus y el tren. Presa de desesperación hizo sonar la bocina. Esta se confundió con un largo silbato de la Diesel.

Desde la cabina, el maquinista vio que el autobús amarillo mantenía la velocidad camino de un choque. Golpeó los frenos de aire rogando que detuvieran a su monstruo de 4.000 toneladas. Dentro del autobús, los pasajeros que estaban sentados del lado de la ventanilla apretaron sus caras desdibujadas por el miedo contra los cristales, demasiado asustados hasta para gritar.

La locomotora embistió al autobús escolar por el medio partiéndolo en dos y haciendo volcar la parte de atrás fuera de las vías. Asientos, cuerpos, libros y papeles volaron en todas direcciones. La mitad delantera del autobús quedó prendida a la máquina y fue arrastrada unos 300 metros.

Desde la ventana de la colina de su casa, a unos cien metros del cruce, John, Joan y Elleen Fitzgerald lo vieron todo. El único que habló fue John. Repetía: «Dios mío, el autobús no paró. El autobús no paró».

Consecuencias: Una hora y veinte minutos después de la tragedia 45 niños y un adulto estaban en el hospital. Para el mediodía se habían hecho 300 radiografías, 25 transfusiones de sangre y 17 operaciones quirúrgicas. Dos de los internados no se recuperaron. En un año, 1971, hubo 906 accidentes de autobuses escolares en el estado de Nueva York solamente, con un saldo de 8 muertos y 402 heridos. En el orden nacional hubo 47.000 accidentes con 170 muertos y 5.600 heridos. Ese mismo año 290.000 autobuses escolares llevaban 20 millones de estudiantes por día y cada año el total aumenta en 500.000.

Mañana: Para el 2052 el estado de Nueva York tendrá señales de advertencia en todos los cruces de ferrocarril. Se espera, especialmente lo esperan los padres, que mucho antes de esa fecha los autobuses escolares sean fabricados con un 100 % de seguridad más que en la actualidad y que la orientación para el trabajo y los cursos de entrenamiento sean obligatorios para los conductores de esta clase de vehículos. Sólo se podrá confiar en conductores especializados, bien remunerados y con dedicación completa para el transporte de nuestro patrimonio nacional más valioso, nuestros niños.

OTROS DESASTRES: NATURALES Y NO NATURALES

AÑO	CLASE / TIPO	LUGAR	PÉRDIDA
79a.C.	incendio	Roma, Italia	3/4 de la ciudad quemada
526	terremoto	Antioquía, Siria	250.000 muertos
740-	peste	Constantinopla,	200.000 muertos
744	bubónica	Turquía	
1228	inundación	Friesland, Holanda	100.000 muertos
1290	terremoto	Chichli, China	100.000 muertos
1545	tifus	Cuba	250.000 muertos

1556	terremoto	Provincia Shensi, India	800.000 muertos
1642	inundación	China Central	300.000 muertos
1672	peste bubónica	Nápoles, Italia	400.000 muertos
1711	peste bubónica	Alemania y Austria	500.000 muertos
1737	ciclón	Calcutta, India	300.000 muertos
1792	peste bubónica	Egipto	800.000 muertos
1831	cólera	Europa	900.000 muertos
1826- 1837	marítimo	New Jersey	El <i>Lady Sherbrooke</i> se hundió. 283 muertos
1834	incendio	Londres, Inglaterra	El edificio del Parlamento se quemó
1850	marítimo	Margate, Inglaterra	El <i>Royal Adelaide</i> naufragó. 400 muertos
1855	mina	Virginia	Una mina de carbón explotó. 55 muertos
1856	ferrocarril	Filadelfia, Pa.	Un tren chocó. 66 muertos
1859	marítimo	Mar de Irlanda	El <i>Royal Charter</i> naufragó. 450 muertos
1863- 1875	cólera	El mundo	230.000 muertos
1865	marítimo	Memphis, Term.	El <i>Sultana</i> explotó. 1.400 muertos
1866	incendio	Quebec, Canadá	2.500 edificios destruidos
1876	ciclón	Bakargani, India	200.00 muertos
1877	incendio	St. John, New Brunswick, Canadá	100 muertos. 12.500.000 dólares de daños
1878	marítimo	El Támesis. Londres, Inglaterra	<i>Princess Alice</i> . 700 muertos

1881	incendio	Viena, Austria	Teatro Ring. 600 muertos
1881	tifón	Indochina	300.000 muertos
1883	terremoto	Ischia, Italia	2.000 muertos
1884	tornado	USA central	800 muertos
1884	mina	Colorado	Una mina de carbón explotó. 59 muertos
1887	incendio	París, Francia	La Opera Comique se incendió. 200 muertos
1887- 1888	inundación	Honan, China	De uno a siete millones de muertos
1888	ventisca	Costa Este, USA	400 muertos
1888	ferrocarril	Pennsylvania	50 muertos
1891	marítimo	Gibraltar	El <i>Utopia</i> se hundió. 574 muertos
1891	ferrocarril	Bael, Suiza	Choque. 100 muertos
1894	incendio forestal	Hinckley, Minnesota	160.000 acres incendiados
1898- 1908	peste bubónica	China e India	3 millones de muertos
1900	incendio	Hoboken, N. J.	300 muertos. 4.500.000 de dólares de daños
1904	marítimo	New York, N. J.	El <i>General Slocum</i> se incendió. 1.000 muertos
1907	mina	Jacobs Creek, Pa.	Explosión en una mina. 239 muertos
1908	terremoto	Sicilia, Italia	100.000 muertos
1909	huracán	Louisiana y Mississippi	350 muertos
1909- 1918	peste bubónica	China e India	1.335.000 muertos
1911	inundación	China	100.000 muertos
1911	incendio	New York, N. Y.	Fábrica de camisas, 145 muertos

1913	tornado	Omaha, N ebr.	100 muertos
1914	marítimo	St. Lawrence River, Canadá	El <i>Pacific Express</i> se hundió. 1.024 muertos
1915	tifus	Serbia	150.000 muertos
1915	marítimo	Río Chicago, III.	El barco de excursión <i>Eastland</i> zozobró. 900 muertos
1917	marítimo	Halifax, Nova Scotia, Canadá	El <i>Mont Blanc</i> colisionó con un barco belga. La explosión originó un incendio que dejó un saldo de 1.400 muertos en un área de 1 milla cuadrada
1917-1921	tifus	Rusia	2.500.000 muertos
1920	peste bubónica	India	2.000.000 muertos
1921	cólera	India	500.000 muertos
1921	marítimo	Mar de la China	El <i>Hong Kong</i> naufragó. 1.000 muertos
1924	cólera	India	300.000 muertos
1926-1930	viruela	India	423.000 muertos
1927	mina	Everettville, W. Va.	Explosión en una mina de carbón. 97 muertos
1928	inundación	S. Florida	1.836 muertos
1930	incendio	Columbus, O.	Incendio en una penitenciaría. 317 muertos
1932	terremoto	Kansu, China	70.000 muertos
1933	terremoto	Long Beach, California	115 muertos
1934	incendio	Hakodate, Japón	El incendio destruyó la ciudad. 1.500 muertos
1939	terremoto	Anatolia, Turquía	30.000 muertos

1942	ciclón	Bengal, India	40.000 muertos
1942	mina	Manchuria	Explosión en una mina. 1.549 muertos
1944	terremoto	S. Juan, Argent.	5.000 muertos
1947	tifón	Honshu, Japón	2.000 muertos
1947	marítimo	Texas, Texas	El <i>Grandcamp</i> hizo explosión, la ciudad se incendió. 561 muertos. 67 millones de dólares de daños
1948	terremoto	Fukui, Japón	5.000 muertos
1949	terremoto	Ecuador	6.000 muertos
1950	terremoto	Assam, India	1.500 muertos
1951	avión	Colorado	Un DC-6 se estrelló. 50 muertos
1952	terremoto	Sur de California	14 muertos
1953	terremoto	Irán	1.000 muertos
1955	ferrocarril	Guadalajara, México	Un tren descarriló en un cañón. 300 muertos
1958	avión	Kanash, URSS	Un TU-104 se estrelló. 65 muertos
1962	avión	Océano Pacífico	El <i>Flying Tiger Constellation</i> desapareció. 109 desaparecidos
1962	avalancha	Perú, América S.	3.000 muertos
1965	tornado	Centro Oeste de USA	272 muertos
1965	avión	El Cairo, Egipto	El <i>Pakistán 707</i> se estrelló. 119 muertos
1967	cohete	Cabo Kennedy, Fia.	La nave espacial <i>Apolo I</i> se incendió. Murieron 3 astronautas
1970	ferrocarril	Buenos Aires, Argentina	Choque. 235 muertos

1971	terremoto	Los Angeles, California	64 muertos
1972	avión	Palermo, Italia	Un DC-3 se estrelló. 115 muertos
1972	ferrocarril	Saltillo, México	Un tren de pasajeros descarriló. 110 muertos
1972	terremoto	Iran	5.000 muertos
1972	inundación	Rapid City, S. Dakota	225 muertos

F. M. W.

ASESINATOS EXTRAORDINARIOS

El asesino que invitaba a los hombres a cenar hasta que morían

Difícilmente pueda encontrarse mejor alimento para la imaginación en los anales del crimen o de la cocina que la historia del asesino francés Père Gourier. La historia de la «cuisine» francesa está llena de personajes increíbles: Louis XIV, el Rey Sol, cuyo estómago era tres veces más grande que el de un hombre común; el chef Vatel, que se suicidó cuando le salió mal un banquete que él había preparado; el gourmand Desessart, cuyo estómago era tan grande que un oponente a duelo dibujó graciosamente un círculo sobre él puesto que el primero estuvo de acuerdo en que ése sería su único blanco; el cocinero anónimo que sirvió «Sesos de burro á la Diplómate» a Napoleón III; el chef Jules Maincave, quien inventó entre otros manjares la manteca de cacahuete y la sopa de gelatina. La lista es interminable, pero ningún gourmand o asesino francés fue más increíble que Gourier, quien invitaba a los hombres a cenar hasta que morían.

Gourier, conocido en la historia sólo como Padre Gourier, asesinó realmente a sus muchas víctimas dándoles de cenar. Su técnica no tenía nada que ver con un veneno raro o con algo ilegal. No, Gourier, un rico terrateniente, siempre se mantenía estrictamente dentro del marco de la ley. Cada año elegía una víctima y la mataba en la mesa de cena. A veces le llevaba un año, otras veces le llevaba dos meses, pero Gourier se las ingenió para dar muerte a 7 o 9 hombres antes de ser descubierto.

El método de Gourier consistía en saciar a sus invitados con comidas ricas y pesadas no una vez sino todos los días en todas las comidas durante el tiempo que le llevara matarlos. La gula y la glotonería eran sus cómplices. Puesto que podían comer cuanto quisiesen, sus víctimas comían felices todo lo que podían. El dinero no tenía importancia para Gourier. El maître d'hôtel y los camareros del Brébant, el Véjour, el Tortoni's, el Café de Paris y otros caros restaurantes parisinos conocían bien a Gourier. Los camareros descubrieron incidentalmente el gusto de Gourier por el asesinato pero no podían hacer nada al respecto. El gourmand comenzó a jactarse de sus hazañas. Aparecía repentinamente con un nuevo invitado y el camarero le preguntaba por su compañero de la noche anterior. «Oh, lo he enterrado esta mañana», decía Gourier. «No era nada extraordinario. Lo obtuve en menos de dos meses». Cayó a causa de su jactancia y no porque lo atrapara la ley.

Gourier halló su fin a manos de un tal Ameline, el segundo asistente del verdugo público. Eugène Chavette, el hijo de Vachette, el propietario de un restaurante, realizó un estudio exhaustivo del caso hacia fines del siglo XVIII, pero nunca pudo determinar el primer nombre de Ameline ni si había sido el 7.º, 8.º o 9.º «invitado» de Gourier. Quizá Gourier haya pensado que resultaba irónico elegir a un verdugo como víctima. Si así fue, la elección demostró ser más irónica de lo que pudiera imaginar.

En primer lugar, Ameline tenía un apetito aún mayor que Gourier. Aquellos que observaron a este hombre juraban que debía tener piernas huecas que le sirvieran de estómagos de reserva. Gourier le dio de comer durante un año y luego durante otro. Ameline se veía más saludable que nunca y no había aumentado ni una libra. Gourier le elegía los platos más pesados, platos que él mismo digería trabajosamente, pero que Ameline aún apetecía después de la tercera o cuarta porción.

El asesino prometió que mataría a Ameline como a los otros aunque en ello empeñase toda su fortuna. Pero no había reparado en un segundo factor. Ameline conocía los planes de Gourier y estaba preparado para morder la mano que lo alimentaba. Christian Guy, en su *History of French Cuisine*, sugiere que algún mozo pudo haberlo prevenido, pero sea como fuere, Ameline, siguiendo un plan propio, desaparecía periódicamente durante 2 o

3 días para purgar su cuerpo con aceite de castor y otros laxantes. Las excusas que daba eran siempre verosímiles y Gourier nunca sospechó de él.

Père Gourier tuvo su fin gracias al verdugo asistente, pero no en la guillotina. Ocurrió una noche en el restaurante más caro de París, el Cadran Bleu. Esa noche Ameline se sentó a comer solomillo tras solomillo sin esfuerzo mientras Gourier intentaba en vano alcanzar a su invitado. Pero finalmente la carrera demostró ser excesiva. De pronto, Gourier, después de haberse servido la 14.a porción, comenzó a ponerse rojo y luego blanco. Ameline, que cortaba su 15.a porción, soltó una carcajada cuando Gourier echó atrás la cabeza, pensando que su anfitrión estaba a punto de estornudar. Pero entonces Gourier se inclinó hacia adelante. Sin poder hablar intentó incorporarse pero no pudo, sus ojos y su boca estaban por cerrarse para siempre. Sus labios esbozaron una sonrisa irónica mientras caía sobre el plato. El gourmand asesino debe haber pensado que era de lo más apropiado que él tuviera su justo postre durante el curso de su última comida.

R. H.

Los ladrones de cadáveres

William Burke (1792-1829), un obrero irlandés que emigró a Escocia en 1817, fue uno de los asesinos más conocidos y más imprudentes. Puso un negocio de ropa usada en Edimburgo y, lo que es más importante, alquiló una habitación a William Haré, un irlandés que era dueño de una pensión con comida para vagabundos y ancianos. Esta fue la época de los ladrones de cadáveres o resurrectores, aquellos que robaban tumbas por la noche para proveer de cadáveres para disección a los anatomistas. Los ladrones de cadáveres debían pagar fuertes multas o bien eran deportados, pero si dejaban las vestimentas de los cuerpos no podían ser acusados de robo u ofensa grave. En aquel tiempo había una gran demanda de cadáveres porque sólo se permitía emplear para disección los cuerpos de aquellos hombres que habían sido ejecutados por asesinato, los que eran relativamente pocos, y porque la anatomía acababa de empezar a ser considerada una ciencia.

En 1827 Burke y su compañero dieron inicio a su carrera. Uno de los pensionistas de Haré, un anciano llamado Donald, había muerto debiéndole 4 libras y el dueño de la pensión convenció a Burke de que tenían a su alcance una fuente de ingresos fácil. La pareja quitó la tapa del ataúd en el que las autoridades de la parroquia habían guardado a Donald, escondió el cuerpo en una cama, llenó el ataúd con resina, lo volvió a sellar y luego vendió el cadáver por 7 libras con 10 chelines al Dr. Robert Knox, director de una escuela de anatomía en Surgeon's Square. Burke y Haré pronto aumentaron sus actividades. Otro pensionista estaba por morir, pero su agonía duraba demasiado y ellos lo ayudaron a pasar la puerta de la muerte asfixiándolo con una almohada. Luego vendieron su cuerpo a Knox por 10 libras.

Haré y su esposa y Burke y su amante, Helen Me Dougal, dieron muerte a 14 o 28 infortunados más de forma similar, recibiendo 14 libras por cada cadáver. Al asfixiar a sus víctimas tenían cuidado de no dejar rastros de violencia de modo de aparecer como simples ladrones de tumbas. Cuando las provisiones de la pensión mermaron, comenzaron a atraer nuevas víctimas eligiendo para ello a viejas brujas, borrachos y prostitutas a los que a menudo emborrachaban. Si un candidato ofrecía demasiada resistencia a una almohada, Burke lo sostenía mientras Haré lo asfixiaba apretando sus manos contra la nariz y la boca de la víctima.

Pero los asesinos se descuidaron. Primero mataron a Mary Pater- son, una voluptuosa joven de 18 años tan suelta con su cuerpo que fue rápidamente reconocida por los jóvenes estudiantes de medicina de Knox que hasta la preservaron antes de la disección como un perfecto ejemplo de belleza femenina. Luego mataron a «Daft Jamie» Wilson, un inofensivo idiota que era muy conocido y vivía de hacer recados en las calles de Edimburgo. Finalmente los vecinos comenzaron a sospechar y la policía los atrapó con el cuerpo de una mujer llamada Mary Dougherty que había desaparecido. Haré delató a sus cómplices en el juicio, el cual comenzó en Navidad. El y su esposa fueron puestos en libertad y Helen McDougal también, por falta de pruebas. Burke, por alguna razón, se negó tontamente a prestar declaración. Fue condenado y ahorcado un mes más tarde, el 28 de enero de 1829, ante una multitud de 30.000 personas. La palabra con la que

el asesino contribuyó al lenguaje se oía aun mientras estaba de pie en el cadalso en el Grassmarket; los espectadores exhortaban a los verdugos con gritos de: «¡Burke him! ¡Burke him!» (no lo cuelguen, asfixienlo o estrangúlenlo hasta que muera).

La muchedumbre también quería «burke» a Haré a pesar de su inmunidad, pero el verdadero cerebro escapó y se cree que murió de muerte natural muchos años después en Inglaterra, donde vivió bajo un nombre falso. Durante el proceso la esposa de Haré había asistido al tribunal con su bebé para ganar la simpatía del jurado a pesar de que el niño sufría de tos convulsa. Burke, quien firmó una confesión admitiendo unos 16 asesinatos, fue diseccionado en la Escuela de Medicina de la Universidad de Edimburgo luego de ser «horcado y sus restos fueron vistos por decenas de miles de personas. Alguien debe saber dónde se encuentra su esqueleto, en el rincón de algún salón de clases. En cuanto al Dr. Knox, la gente se volvió en contra de él después de la ejecución e intentó destruir su escuela. La policía intervino para salvarle la vida. A pesar de sus protestas de inocencia se vio forzado a abandonar la ciudad.

William Burke no fue el primero que asesinó para lucrarse con los cadáveres ni el primero en asfixiar a sus víctimas por este motivo. Dos enfermeras, Helen Torrence y Jean Valding habían sido ahorcadas por el mismo crimen en 1752. Pero debido a la publicidad del caso el nombre de Burke pasó a significar literalmente el acto de «»ahogar o tapar la boca» y quizás el uso se acentuara cincuenta años más tarde en relación con el asesino Thomas Henry Burke, subsecretario de Irlanda.

Es una ironía que el nombre de Burke, en la forma de «to burke», ««burke» y «burking», sea tan recordado ya que quizá fue Haré quien tuvo mayor intervención en el momento de asfixiar a las víctimas debido a que su cómplice tenía más fuerza para sujetarlas. Se cree que burke y Haré fueron los inspiradores de *The Body Snatchers* de Robert Louis Stevenson. Como resultado de sus «asesinatos de anatomía», las leyes de disección existentes fueron modificadas y esto facilitó la tarea de quienes trabajaban en dicha rama de la medicina puesto que a partir de ese momento no hubo necesidad de recurrir a medios ilegales para obtener cadáveres.

R. H. rep.

¿Se descubrirá el asesino?

Una selección de algunos de los más fascinantes, horribles, ingeniosos, extraños y memorables casos de asesinato en la historia del crimen internacional.

El caso Madeleine Smith (1857)

El asesinato: ¿Se descubrirá el asesinato? No siempre. En la madrugada del 23 de marzo de 1857, Emile L'Angelier caminaba tambaleándose a su casa, una sórdida pensión en Glasgow, Escocia, con fuertes vómitos y calambres en el estómago. La dueña de la pensión llamó a un médico y éste le recetó láudano pero horas más tarde Emile estaba muerto. Había sufrido tres ataques de esa naturaleza en un mes. La autopsia reveló que la causa de la muerte fue una gran dosis de arsénico, la suficiente como para matar a 50 hombres. El asesinato de un oscuro empleado de 31 años no merecía grandes titulares. Sin embargo el proceso que se siguió a la acusada de su muerte fue uno de los más sensacionalistas de la historia del crimen en la Inglaterra del siglo XIX.

Nacido en Inglaterra y de origen francés, Emile L'Angelier era un hombre bajo, oscuro y mujeriego con una fatal ambición de mejorar su posición social a través del matrimonio. Después de su muerte se encontraron más de 100 cartas de amor en su habitación y en el escritorio de su oficina. La autora era Madeleine Smith, la bella hija de 21 años de un rico arquitecto de Glasgow. Sus cartas eran incriminatorias y, lo que era aun más importante para la sensibilidad gazmoña de la sociedad victoriana, «indecentemente» apasionadas.

La correspondencia clandestina prueba una romántica relación desigual entre una audaz Julieta y un calculador Romeo. Emile L'Angelier conoció a Madeleine Smith y la sedujo rápidamente en 1885, cuando ella sólo tenía 19 años. El padre de Madeleine lo acusó de ser un cazafortunas y le ordenó a su hija terminar la «amistad». Audaz, de fuerte temperamento y extremadamente sensual para ser una adolescente de la sociedad victoriana, Madeleine Smith, llegado ese punto, estaba dispuesta a renunciar a su herencia y a casarse con Emile. Sin embargo su amante fue más cauteloso.

Obviamente quería casarse más con el dinero que con Madeleine y hasta estaba decidido a usar el chantaje para avanzar en su relación. Presionando a Madeleine para que actuara de modo más persuasivo a fin de ganar la aprobación de sus padres, le escribió: «Piensa lo que diría tu padre si yo le enviara tus cartas para que las examinara». Esta era sólo una de las tantas copias de cartas escritas a Madeleine que, curiosamente, guardó Emile.

En enero de 1857 Madeleine se distanció en forma inexplicable de su amante. Sin que Emile lo supiera aceptó una propuesta de matrimonio de William Minnoch, un próspero hombre de negocios y uno de los amigos más íntimos de su padre. Luego, a principios de febrero, le pidió a L'Angelier que le devolviera sus cartas y su «retrato». La respuesta de él debió haber sido amenazadora porque el 12 de febrero, Madeleine volvió a escribirle rogándole: «¡Emile, por el amor de Dios, no envíes mis cartas a papá!». En la misma carta desmentía los rumores de su compromiso con Minnoch. Poco después Madeleine reanudó su apasionada correspondencia y los encuentros furtivos con el inconstante Emile.

La captura: La relación de Madeleine con Emile fue objeto de habladurías y los amigos de él, en particular Mary Perry, una solterona confidente, consideraron a Madeleine la principal sospechosa del asesinato al igual que la policía. Además de las cartas reveladoras, Madeleine había adquirido abiertamente grandes cantidades de arsénico en tres oportunidades durante los meses de febrero y marzo. Cuando fue interrogada por el fiscal de Glasgow, Madeleine admitió haber comprado arsénico no para envenenar ratas como había dicho el los farmacéuticos sino con el propósito de utilizarlo «en cosmética». Madeleine fue igualmente sincera cuando confesó que le había mentado a Emile acerca de Minnoch y que había reanudado su relación con L'Angelier sólo porque tenía esperanzas de recuperar sus cartas de ese modo.

Una de aquellas cartas, considerada una evidencia clave en su contra, le fue entregada a L'Angelier el sábado 21 de marzo por la tarde. En ella decía: «Oh, mi amor, ¿estás enfermo? Ven a verme, querido. Te estaré esperando mañana a la noche». Madeleine insistió en que había escrito la carta el viernes 20 de marzo. Por lo tanto la palabra «mañana» significaba sábado y no domingo, la noche en que él recibió la dosis fatal de arsénico.

Ella lo había esperado toda la noche del sábado, dijo Madeleine, pero Emile ni acudió a la cita ni envió un mensaje. A pesar de sus ingeniosas explicaciones, Madeleine Smith fue arrestada el 31 de marzo y acusada del asesinato de Emile L'Angelier. El histórico proceso, que duraría nueve días, comenzó el 30 de junio de 1857.

La acusada: La enigmática Madeleine Smith era realmente hermosa — un cuerpo agraciado, blanca, perfil de camafeo, cabello renegrido y una intensa vitalidad física—. Durante el juicio recibió cientos de propuestas matrimoniales. Su madre era inválida y Madeleine se hizo cargo del manejo de la casa desde muy temprana edad. Tenía una inteligencia aguda y mucho aplomo, lo que le permitió sobrellevar el proceso. Si hubiera nacido cien años más tarde quizás hubiera sido una militante feminista o quizás una abogada. En cambio era una acusada de homicidio y, ante los mejores ojos, sólo una coqueta y aquél era uno de los pocos papeles que podían desempeñar las mujeres más resueltas de la época victoriana.

El proceso: Durante el juicio que se llevó a cabo en Edimburgo una testigo describió a Madeleine: «Usaba un vestido de seda marrón y un sombrero de paja con una cinta blanca... el personaje más impasible y frío que pueda haber. Miss Smith no cesa de examinar lo que ocurre a su alrededor devolviendo las miradas que se fijan en ella con interés». Tres jueces, el lord auxiliar de justicia Hope y los lordes Ivory y Handyside, presidieron el juicio. John Inglis, decano de la facultad, tuvo a su cargo la defensa y el lord abogado James Moncrieff fue el fiscal.

El testimonio más perjudicial para Madeleine fue el de Mary Perry. Juró que Emile le había contado que sufrió su primer ataque después de tomar una taza de cacao que le preparó Madeleine y que agregó: «Si ella (Madeleine) estuviera por envenenarme, la perdonaría». La defensa sostuvo que L'Angelier era adicto al arsénico y que probablemente se hubiera dado muerte él mismo de forma deliberada o al ingerir una sobredosis accidental. Sin embargo no tenía pruebas de que L'Angelier hubiera comprado arsénico.

El punto más débil de la acusación fue la falta de evidencias de que Madeleine se hubiera encontrado con L'Angelier antes de que éste sufriera alguno de los tres ataques. Emile llevaba un diario en el que había hecho

anotaciones de sus encuentros con Madeleine en una o más de aquellas oportunidades, pero se dictaminó que resultaba inadmisibile que un hombre pudiera usar semejantes notas para vengarse de otro después de la propia muerte.

Madeleine jamás fue interrogada directamente. En aquel tiempo no se permitía prestar declaraciones a los acusados. El veredicto fue «Inocente» en uno de los cargos de envenenamiento y «No probado» en los otros dos. Un veredicto de «No probado» es reconocido por las cortes de Escocia, pero no por la ley inglesa o de USA. Muchos criminalistas creen que el jurado en realidad trataba de expresar: «Creemos que lo ha hecho, pero no podemos probarlo y quizás el canalla se lo merecía».

El veredicto fue aplaudido con entusiasmo por el público que asistió al tribunal, pero el abogado de Madeleine eludió darle la mano y felicitarla como es costumbre. Los padres, quienes nunca asistieron al juicio, fueron igualmente fríos. Poco después la familia cambió de nombre a pesar de que «Smith» era lo suficientemente común como para garantizar el anonimato.

El fin: La impertérrita e inquebrantable Madeleine se trasladó a Londres en el otoño de 1857 acompañada por su hermano Jack, el único miembro de la familia que permaneció a su lado. Allí se unió al movimiento socialista del poeta William Morris y se casó con uno de sus seguidores. En 1909, cuando tenía 73 años, la envejecida mujer emigró a USA para estar junto a su hijo. Tenía 92 años y estaba sorda y en la miseria cuando murió en 1928.

Orgullosa aun en la pobreza había rechazado recientemente una oferta de Hollywood para hacer una película muda basada en su vida. En 1950 se produjo un film inglés con Ann Todd en el papel de Madeleine. Desafortunadamente la película no respondió al enigma: ¿lo hizo o no lo hizo?

J. B. C. y J. C.

El prolífico Thomas Neill Cream (Actuó desde 1878 a 1892.)

Los primeros asesinatos: En 1878 una criada, Kate Gardner, fue encontrada muerta detrás de la oficina de un médico en Montreal con una botella de cloroformo a su lado. La policía decidió que se había suicidado.

Dos años más tarde, en Chicago, Julia Faulkner murió en la mesa de operaciones de un médico que practicaba abortos. La policía lo acusó de asesinato pero el médico escapó a la condena.

Al año siguiente una tal señorita Stack murió a causa de la medicina prescrita por el mismo médico que le había practicado el aborto a Julia Faulkner.

Poco después, el esposo de la amante de este médico, Julia Scott, murió de lo que en un principio se pensó era causa natural.

La primera persecución: El médico, Thomas Neill Cream, fue apresado por la policía de Chicago en 1880 y acusado de asesinar a Julia Faulkner. El fiscal no logró que se le condenara.

El mismo Cream ofreció a la ciudad una segunda oportunidad de procesarlo. Dijo que la muerte de Scott no había sido natural y escribió una carta amenazante al químico que suministraba el medicamento que había ingerido Scott, acusándolo de poner demasiada estricnina en él. Pidió que se exhumara el cuerpo de Scott. Así se hizo y, cuando en el proceso que se le siguió, Julia Scott declaró en contra de su amante, Cream fue acusado de asesinato en segundo grado y condenado a prisión. Cumplió una condena de diez años y luego fue puesto en libertad. Poco después su padre murió dejándole una fortuna considerable.

Los siguientes asesinatos: En 1891, Ellen Donworth, una prostituta de 19 años, recibió en Londres (donde Cream se había trasladado) una carta de un tal «H.M.D.» en la que se le advertía que iba a ser envenenada por Frederick Smith, de W. H. Smith e Hijo. Poco después recibió una segunda carta en la que se repetía la advertencia y se le pedía que se encontrara con el autor de la carta en el Hotel York. Así lo hizo y no pasó mucho tiempo antes de que se debatiera en agonía. Murió camino del hospital, pero antes de dar el último suspiro dijo: «Un caballero alto, bizco, con sombrero de seda y grandes bigotes me dio de beber dos veces de una botella... Había una sustancia blanca en ella».

Una semana más tarde la prostituta Matilde Clover murió en circunstancias similares.

El 11 de abril de 1892, dos prostitutas más, Alice Marh y Emma Shrivell, murieron a causa de la estricnina. Alice murió de inmediato, pero

Emma vivió 6 horas después de su llegada al hospital. Le contó al jefe de policía Crumley, quien había visto al asesino cuando dejaba la casa, que había estado con un médico llamado Fred. Ella, Alice y Fred habían comido un poco de salmón en lata y tomado cerveza y Fred les había dado a las dos tres píldoras alargadas que, dijo, les harían bien.

La captura: Cream cayó por sí mismo. Intentó chantajear a algunos laboratorios. Con la firma de «Mr. O'Brien» escribió una carta al coronel Lambeth ofreciéndole entregar al asesino de Ellen Donworth 3.000 libras de recompensa y llegó aún más lejos. Hizo imprimir 500 circulares en las que se leía:

A LOS HUÉSPEDES DEL HOTEL METROPOLE. POR LA PRESENTE CERTIFICO A USTEDES QUE LA PERSONA QUE ENVENENÓ A ELLEN DONWORTH EL 13 DE OCTUBRE ÚLTIMO ESTÁ EMPLEADA EN EL HOTEL METROPOLE Y QUE SUS VIDAS ESTARÁN EN PELIGRO MIENTRAS PERMANEZCAN EN ESTE HOTEL.

(firmado) W. H. MURRAY

Intentó hacer recaer los crímenes sobre un tal Dr. Harper, a quien envió cartas amenazantes. La policía identificó la escritura.

Cuando descubrió que la policía lo vigilaba se dirigió indignado a Scotland Yard para presentar una queja. Esta fue rechazada y lo arrestaron el 3 de junio.

El acusado: Nacido en Glasgow, Cream se trasladó con su familia a Canadá en 1863. Era bizco (sobre todo cuando estaba excitado), calvo y usaba un par de quevedos de oro. A pesar de que se graduó en medicina vivió de cometer estafas en compañías de seguros, del robo en pequeña escala, de practicar abortos y como incendiario. En Londres, después de cumplir su condena por los asesinatos en Canadá y USA, se relacionó con prostitutas. Cuando iba con ellas usaba una vestimenta particular, un sombrero alto de seda, una capa de terciopelo sobre la ropa de noche, un clavel y un bastón con mango de oro. Quizás intentara emular a Jack el Destripador, quien había ganado su fama dos años atrás matando a prostitutas. Sea cual fuere su fuente de inspiración, él también las mataba.

El proceso: Una de las testigos en el juicio que se le siguió fue Lou Harvey, una prostituta a la que Cream le había dado algunas píldoras. Había sido lo suficientemente inteligente como para no tomarlas. Hubo otros

testigos además, gente con la cual Cream se había jactado de sus actividades. El jurado deliberó sólo 10 minutos antes de regresar con un veredicto de culpabilidad.

El fin: Thomas Neill Cream fue ahorcado por el asesinato de Matilde Clover el 5 de noviembre de 1892. Fue hacia la horca afirmando alternativamente que era inocente y que era Jack el Destripados

A. E. y M. T.

El caso Peltzer (1882)

El asesinato: Armand Peltzer era un ingeniero de Antwerp, Bélgica, que cobraría renombre en los anales del crimen por haber concebido el plan más ingenioso de la historia moderna para deshacerse de una persona por medio del asesinato.

El enamoradizo Armand Peltzer había quedado impactado por la esposa de otro. Estaba muy enamorado de Julie Bernays, la joven esposa de un abogado belga llamado Guillaume Bernays, hombre tosco e insensible. Peltzer decidió eliminar a Bernays para lograr que su esposa quedara viuda y libre para casarse con él. Pero Peltzer sabía que para conseguir a Julie su crimen debía ser perfecto. Por lo tanto se dedicó a idear diversos medios para matar y al mismo tiempo quedar inmune y de ese modo se transformó en el artífice de una coartada sin igual en la tradición del crimen.

Armand Peltzer tenía un hermano menor, León, el cual tenía una gran deuda con él. Era tiempo, decidió Armand, de llamarlo para que se la pagara. Tras algunas incursiones financieras en Argentina, León vivía bajo un nombre falso en Nueva York, donde trabajaba como vendedor de artículos de hilo. Peltzer se puso en contacto con León y le pidió que fuera a encontrarse con él a París lo antes posible. El 1.º de noviembre de 1881, León se embarcó en el *Ariyona* en Nueva York y viajó a Europa.

Los hermanos Peltzer se encontraron en París el 16 de noviembre y Armand le explicó a León su plan. Si León lo ejecutaba, dijo Armand, se redimiría de su deuda puesto que le habría pagado satisfactoriamente. León escuchó con atención y luego respondió que estaba de acuerdo en cooperar. El ingrediente básico del argumento era simple e infalible. El crimen sería

cometido por una persona inexistente. En consecuencia la policía no tendría a quién buscar después del asesinato.

El plan se puso en marcha de inmediato en París. León cambió su aspecto, su complexión, su vestimenta y se disfrazó de Henry Vaughan, un millonario que se aprestaba a crear una flota de barcos que uniría Amsterdam y Sydney. Después de transformarse en el ficticio Henry Vaughan, el magnate, León visitó Bremen, Amsterdam y Bruselas, alojándose en los hoteles más lujosos y llegando a ser conocido por la mayoría de las firmas navieras.

Finalmente León le escribió una carta a Guillaume Bernays firmando como el falso Vaughan, en la que le explicaba que unos amigos ingleses se lo habían recomendado como abogado para representar a la nueva línea de vapores en Bruselas. A continuación León llamó a Bernays desde Antwerp a Bruselas para concertar una entrevista en la cual tratar asuntos de negocios y Bernays accedió encantado. León, ahora un dandy con barba y gafas, recibió a Bernays en su apartamento y lo condujo a una silla. Luego extrajo una pistola con silenciador y le disparó en la nuca dándole muerte. El asesinato había sido perpetrado con suma pulcritud.

La captura: Después del homicidio León Peltzer quemó su peluca y la falsa barba, se deshizo de sus anteojos, se limpió al maquillaje y se fue del lugar para siempre. Vaughan, el asesino, se desvaneció en el aire. Un hombre llamado León Peltzer que había viajado desde Nueva York recientemente no podía ser sospechoso. Y, por cierto, su hermano Armand Peltzer, que había estado ocupado en sus negocios en Antwerp, no podía tener ni la más remota conexión con el violento crimen. El asesinato lo había cometido una mano desconocida. El asesino no existía. Se había cometido el crimen perfecto. Armand Peltzer tenía a la esposa de la víctima para sí.

Sólo una falla desbarató tanto ingenio y fue producto de la vanidad humana. En Bâle, Suiza, León Peltzer leía diariamente los periódicos buscando la noticia del descubrimiento del cadáver de la víctima. Cuando habían pasado 10 días sin que se encontrara el cuerpo, el impaciente León, ansioso por leer las noticias en la prensa, escribió una carta a la policía belga orientándola hacia el cadáver. En ella explicaba que la muerte de

Bernays había sido el resultado de un «horrible accidente». El había estado reunido con Bernays por asuntos de negocios, le había mostrado un revólver y éste se había disparado por accidente y había matado a Bernays. Asustado, explicaba el autor de la carta, y con gran temor porque él era extranjero, huyó. La carta estaba firmada «Henry Vaughan».

La policía belga, si bien creía en la posibilidad de que la muerte de Bernays hubiera sido accidental, sospechaba que podía tratarse de un asesinato y comenzó una investigación exhaustiva. Incluso estableció una recompensa de 25.000 francos para quien proporcionara información que pudiera conducir a la captura de Henry Vaughan y puso en circulación copias de la carta de Vaughan.

Fue la carta de León la que desentrañó el misterio. Había cometido un error. Al preparar su carta como Henry Vaughan olvidó cambiar o disfrazar su propio estilo de escritura. En la ciudad de Verviers, un químico vio la fotocopia de la carta de Henry Vaughan que dio a conocer la policía y reconoció que pertenecía a León Peltzer. Una vez que la policía estuvo sobre la pista de León, el proceso llevó rápidamente a dar con el verdadero cerebro, Armand Peltzer, y ambos hermanos fueron arrestados.

El juicio: La batalla entre la Corona y los cinco abogados de la defensa dio comienzo en el Palacio de Justicia el 27 de noviembre de 1882. La corona, que presentó 91 testigos, demostró cómo Armand Peltzer había dirigido el crimen utilizando a su hermano como a un títere. Armand había llevado a su hermano a un peluquero parisino especializado en peinados para teatro como parte del disfraz, había creado al inexistente magnate naviero con el nombre de Vaughan, había enviado a su hermano menor a Londres para adquirir el arma homicida. Durante el largo proceso ambos hermanos se mostraron fríos, calmos y estuvieron vestidos siempre con elegancia, incluso usaban guantes. El 22 de diciembre el caso quedó en manos del jurado. A pesar del alegato de la defensa el jurado sólo tardó media hora para encontrar a ambos hermanos culpables de homicidio. Fueron sentenciados a muerte, pero puesto que la pena de muerte había sido abolida en Bélgica, las sentencias se conmutaron por prisión perpetua.

El fin: Los Peltzer fueron llevados a la prisión Louvain. Dos años y 4 meses más tarde Armand cayó enfermo y murió después de compartir un

vaso de vino caliente con su hermano menor. León continuó viviendo y aprendiendo lenguas —conocía seis— y pasaba el tiempo trabajando como traductor no oficial para el Ministerio de Justicia. Después de pasar treinta años entre las paredes de la cárcel fue dejado en libertad condicional y se fue a vivir fuera de Bélgica. Libre a los 65 años, cambió su nombre por el de Albert Preitelle y se trasladó a Londres. Luego fue a Ceilán donde trabajó siete años como secretario. Finalmente se le permitió regresar a Bruselas y entró a trabajar en una firma comercial gracias a la ayuda de algunos amigos. Pero sintiendo que había obtenido ese trabajo por caridad, decidió que no deseaba vivir más. Planeó su suicidio con tanto cuidado como su hermano había planeado el asesinato de Bernays. Un día en 1922, cuando tenía todo planeado, León tomó un tren a Ostende. Desde allí se dirigió a las afueras de la ciudad y saltó al mar, ahogándose.

I. W.

Los asesinatos de Whitechapel (1888)

Los asesinatos: El último día de agosto de 1888, Mary Ann Nichols se encaminó hacia las calles que rodean Buck's Row en el extremo este de Londres intentando ahorrar los cuatro peniques que necesitaría para alquilar una cama donde pasar la noche. En lugar de una cama con pulgas en una pensión iba a tener una tabla en la morgue, después de haberle sido extraídas brutalmente las entrañas y cortada la garganta de oreja a oreja.

A pesar de que se le atribuyeron catorce muertes al asesino de Whitechapel, que se autodenominaba «Jack el Destripador», en general se estima que sólo cometió cinco asesinatos. Mary Ann Nichols fue la primera, Anne Chapman la segunda, Elizabeth Stride y Catherine Eddowes las tercera y cuarta y Mary Jane Kelly la quinta y última. Perpetrados en una zona de 1/4 de milla cuadrada entre el 31 de agosto y el 9 de noviembre de 1888, los asesinatos tuvieron características comunes: 1.º) Las cinco mujeres eran prostitutas; 2.º) las cinco habían sido asaltadas por detrás y tenían la garganta cortada; 3.º) en todos los casos se intentó mutilar los cuerpos aunque uno de los intentos fue frustrado; 4.º) todas las muertes ocurrieron ya sea el primero o el último fin de semana del mes a primeras horas de la mañana; 5.º) a excepción del brutal asesinato de Mary Jane

Kelly, el resto tuvo lugar en las calles de la parte más sórdida de la ciudad; 6.º) en ningún caso hubo evidencias de violencia sexual y 7.º) cada asesinato fue más salvaje y audaz que el anterior.

Los crímenes eran frecuentes en el extremo este, pero las matanzas de Whitechapel atraparon y fomentaron la imaginación de Londres y sus periódicos. Después de que fuera descubierto el cadáver de Annie Chapman el 8 de septiembre, con el vientre abierto y los intestinos fuera, sobre un hombro, los periodistas comenzaron a clamar por la captura de «Delantal de cuero»; el primero de los muchos apodosos siniestros que inventaron con la presunción de que el asesino era un matarife. «Delantal de cuero» alimentó el hambre de noticias sensacionalistas de los medios de difusión y también determinó su nombre definitivo el 27 de septiembre, cuando envió una nota escrita con tinta roja a la Agencia Central de noticias. En un fragmento se leía:

«Estimado jefe, he oído decir que la policía me ha atrapado, pero no lo logrará todavía. Me río de su inteligencia y de que pregonen estar sobre la pista... Persigo a las prostitutas y no dejaré de destriparlas hasta que no den conmigo. El último fue un gran trabajo. No le di a la dama ni tiempo de chillar. ¿Cómo pueden atraparme ahora? Amo mi trabajo y quiero empezar otra vez... Cuando haga el próximo cortaré las orejas de la dama y se las mandaré a la policía sólo para divertirme, ¿qué le parece?»

La nota estaba firmada: «Sinceramente suyo, Jack el Destripador», y como escalofriante postdata asesinó a dos mujeres en una noche el fin de semana siguiente y a Catherine Eddowes le sacó el riñón izquierdo.

De los cientos de cartas que se atribuyeron a Jack el Destripador por lo menos tres son auténticas: la arriba citada y dos que siguieron al doble asesinato del 30 de septiembre.

Una de las cartas llegó a la mañana siguiente de los asesinatos; iba dirigida a la Agencia Central de Noticias y una huella digital ensangrentada adornaba el sobre.

«No lo engañé, querido jefe, cuando le di la pista. Oirá del descarado trabajo de Jack mañana. Un doble acontecimiento esta vez. La número uno chilló un poco, no pude terminar directamente. No tuve tiempo de sacarle las orejas para la policía. Jack el Destripador.»

La tercera nota llegó el 16 de octubre, dirigida al jefe del Comité de Vigilancia de Whitechapel, George Lusk. Iba dentro de una caja de cartón que también parecía contener un trozo del riñón de Catherine Eddowes:

«Desde el infierno, Mr. Lusk, señor, le mando la mitad del riñón que le saqué a una mujer. Lo guardé para usted; el resto lo freí y me lo comí. Estaba muy bueno. Le enviaré el cuchillo ensangrentado con el que lo saqué si espera un poco más. Atrápeme cuando pueda, Mr. Lusk.»

El 9 de noviembre de 1888 el dueño de una pequeña pensión del extremo este envió a un hombre a buscar a una prostituta que se había quedado rezagada en su habitación. No pudiendo entrar por la puerta del frente que estaba cerrada, el hombre miró por una ventana rota y descubrió a Mary Kelly muerta en su colchón ensangrentado, víctima de uno de los asesinatos y una de las mutilaciones más salvajes en la historia del crimen. Y con el asesinato de Mary Kelly, Jack el Destripador desapareció dejando tras de sí un reguero de sangre y terror. Nunca fue apresado.

La persecución: El general sir Charles Warren fue nombrado jefe de policía metropolitano en 1886 por su habilidad para controlar a los bantúes en Griqualand West y también porque se necesitaba un militar para terminar con las cada vez mayores manifestaciones de los desocupados. Sir Charles no perdió tiempo en emplear su arte militar ganándose rápidamente el odio y la burla de los pobres y los desocupados. Fue Warren el responsable del «Domingo sangriento» al enviar sus tropas contra una gran manifestación en Trafalgar Square. Hubo cientos de heridos y dos muertos. Este hombre fue el encargado del caso de Whitechapel.

La investigación se caracterizó por la estrategia militar utilizada y por una cómica ineptitud. Se limitó casi por completo a las guaridas de criminales que se encontraban en los bajos fondos del extremo este y se usaron médiums, detectives e incluso sabuesos dejando que hicieran cuanto pudieran. En el caso de los últimos, lo «más» que hicieron los dos perros elegidos fue perderse inmediatamente. En el caso de los policías vestidos de civil, uno de ellos fue golpeado por ser un perverso y luego lo golpearon más duramente por ser un «poli». Se tomaron fotografías de los ojos de las mujeres asesinadas porque se creía que la imagen del asesino estaría

grabada en ellos. También los resultados de este procedimiento fueron decididamente negativos.

Algunos sugirieron que las innegables malas actuaciones en el caso eran parte de un deliberado encubrimiento. Durante la investigación de los asesinatos no se llamó a muchos testigos claves y, según se afirma, el mismo Warren ordenó que una de las pruebas fuera destruida después de que se descubriera el cadáver de Catherine Eddowes. La reprobación pública recaía cada vez más sobre Sir Charles hasta que el día del asesinato de Kelly Warren se vio obligado a renunciar.

El asesino: Si bien el Destripador pudo haber desaparecido, no ocurrió lo mismo con la especulación sobre su identidad. En teoría el asesino había sido juzgado de todo, desde un caníbal hasta un policía, desde un fanático religioso hasta un loco reformador social. Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes, opinó que los asesinatos habían sido cometidos por una comadrona psicópata. Richard Barker dijo una vez: «Parece mucho más verosímil que fuera un profesor de mediana edad apasionado por las bromas pesadas y que no era capaz de reprimir por más tiempo sus tendencias homicidas... Semejante teoría ayuda a explicar la falta que puede imputársele razonablemente a Jack, su incorregible desprolijidad».

A través de los años han continuado levantándose acusaciones contra personajes tan siniestros como Michael Ostrog, un médico ruso enviado por el gobierno zarista para desacreditar a los anarquistas y manifestantes londinenses. Pero en noviembre de 1970 el doctor T. E. A. Stowell encendió las llamas del escándalo con la insinuación de que el asesino había sido Edward, duque de Clarence, nieto de la reina Victoria. En *Clarence (¿Fue él Jack, el Destripador?)* Michael Harrison afirma decididamente que Edward no fue el Destripador, pero sugiere que el asesino fue el tutor del duque, J. K. Stephen, hombre de Cambridge, poeta y misógino. La evidencia en su contra, al igual que la evidencia contra el duque de Clarence es sólo una suposición y parte de ella no alcanza ni siquiera a eso.

La especulación, se puede estar seguro, continuará en el futuro.

Consecuencias: Por el hecho de llamar en forma sensacionalista la atención sobre la miseria y suciedad del extremo este, Jack el Destripador sirvió con éxito como palanca para la reforma social. El solo hizo más por

poner de manifiesto las condiciones de aquellas víctimas de la miseria que todas las manifestaciones públicas de la época. «En nuestra época de contradicciones y absurdos —señaló el *Commonwealth*— un fanático asesino puede transformarse en un reformador más eficaz que todos los honestos propagandistas del mundo.» En una carta abierta al *Star*, George Bernard Shaw retrató al Destripador como una especie de guerrillero que «con sólo asesinar y desentrañar a cuatro mujeres, convirtió a la prensa privada en una clase inepta de comunismo».

Inmediatamente después de que cesaron los asesinatos comenzó la reforma de los barrios bajos y cada vez más se hacía referencia a los habitantes de la zona como «pobres infortunados» y no como «escoria». El Destripador puso en movimiento este proceso. Un editorial de *Justice*, una publicación socialdemócrata, resumió esta línea de pensamiento con un interesante epitafio para el Destripador:

«El verdadero criminal es el cruel sistema burgués, el cual al basarse en la injusticia de clase condena a miles a la pobreza, el vicio y el crimen.»

M. T.

El caso Lizzie Borden (1892)

Los asesinatos: En la mañana del 4 de agosto de 1892, en una tranquila y pequeña ciudad de New England, una azorada hija soltera encontró a sus ancianos padres muertos a golpes en su hogar Victoriano. Andrew J. Borden, 70 años, uno de los dirigentes de hall River, era director retirado de una funeraria y había amasado 250.000 dólares en su vida. Era un hombre enjuto y de pocas palabras, un trabajador esforzado y ahorrativo según el criterio imperante en New England, algo obsesivo y tacaño según el nuestro. Fue encontrado boca abajo en un charco de sangre sobre un sofá negro forrado con crines en medio del salón. Su cara y su cráneo estaban golpeados y aplastados como por un cuchillo de carnicero o una pequeña hacha. Le había sido cortada y sacada la mitad de la cara; un ojo estaba fuera de la cuenca y colgaba cerca de la mejilla destrozada. Había recibido diez golpes.

Arriba, en una habitación de huéspedes, yacía el cuerpo de su esposa de 67 años, Aby Durfee Gray Borden. Había recibido diecinueve golpes de

hacha. Los huesos del cráneo, el cabello y la cara habían sido golpeados hasta quedar convertidos en una masa informe y sanguinolenta.

El aviso fúnebre en el periódico local fue austero y desprovisto de sensacionalismo. Funeral privado, decía; los amigos tendrán la amabilidad de no enviar flores. Pero las noticias de los asesinatos se difundieron por toda la comunidad como una onda expansiva. La gente cerró sus puertas y evitó salir a la calle. Una sombra de recelo y terror cayó sobre los ciudadanos de Fall River. En cien años nada fuera de lo común había perturbado el movimiento comercial y la sobriedad cristiana. Pero ahora todo había cambiado; algo invisible e inimaginable había irrumpido entre ellos.

La difunta pareja había dejado dos hijas solteras. La mayor, Emma Borden, tenía 42 años. Estaba fuera visitando a unos amigos en el momento del asesinato. La menor, de 33 años de edad, era Lizzie Borden. Fue ella quien descubrió el cadáver de su padre. La criada de la familia, una joven inmigrante de origen irlandés que había trabajado en la casa durante tres años, fue la otra persona que estuvo presente en la casa en la mañana fatídica.

A pesar de la considerable riqueza de la familia, vivían en una zona desprestigiada de la ciudad, en una casa sin luz de gas ni bañera. No tenían biblioteca y pocos amigos. Lizzie Borden declaró más tarde que no había intercambiado más que unas pocas palabras con su padre o su madrastra en los dos últimos años. Los cuatro miembros de la familia Borden se encerraban en sus habitaciones separadas y sólo se reunían en las comidas. En la mañana del día 4 la familia se sentó a desayunar carne y caldo de cordero, dulce de bananas, torta, pan, galletas y café. Afuera hacía un calor sofocante pero todas las puertas y ventanas de la casa estaban cerradas. Mister Borden usaba su habitual traje de lana negro con el cuello alto cerrado. Aquél era el uniforme con el que sería enterrado.

La búsqueda: Después de que se descubrieron los asesinatos y la gente hambrienta de sensacionalismo se reintegró a la normalidad, se destacó un miembro del departamento de policía de Fall River en la casa para proteger a las mujeres. Si bien se hicieron croquis y se tomaron fotografías de las habitaciones en las que se encontraron los cadáveres, nadie investigó el

sótano ni las habitaciones de las hijas. En la época en que se cometió este crimen, el método de huellas dactilares Bertillon era considerado antiamericano y en consecuencia no se usaba. Las pruebas químicas para las manchas de sangre aún no se conocían. Se hizo una lista de los vestidos de Lizzie pero luego se perdió. También se perdió un registro de las manchas de sangre y hubo que reconstruirlo de memoria. En un rincón del lavadero que había en el sótano un policía descubrió dos días más tarde una pequeña hacha sin mango. La rotura parecía ser reciente y la hoja había sido limpiada con cenizas. El policía la dejó en su sitio. A los cuatro días de que fuera descubierta el hacha fue recogida por orden del jefe de policía. Coincidió exactamente con las heridas mortales ijue les habían sido infligidas a las víctimas.

Las sospechas se centraron repentinamente en Miss Lizzie. La joven admitió que había comprado ácido cianhídrico en una farmacia local para «limpiar un abrigo de piel de foca». De acuerdo a lo manifestado por diversos profesionales, la sustancia es fatal en pequeñas dosis; es absorbida rápidamente por el sistema nervioso y no deja rastros después de la muerte. No se utiliza como agente limpiador. Sin embargo la evidencia no fue considerada durante el proceso porque el ácido cianhídrico no era la causa de las muertes. Pero el día anterior a que se cometieran los asesinatos ella había comprado una pequeña hacha. El sótano de la casa de los Borden contenía un pequeño arsenal de hachas, pero el hecho en sí mismo no llamó la atención. De todos modos se decidió retener a Miss Lizzie en la cárcel de la ciudad acusada de homicidio.

El día antes del encarcelamiento, una amiga vio a Lizzie quemar un vestido similar al que llevaba el día de los asesinatos. Lizzie dijo que estaba manchado con pintura.

El proceso: Lizzie Borden asistió al juicio correctamente vestida con un traje azul, un sombrero negro con cintas de color cereza y guantes blancos cortos como correspondía a una dama y a la heredera de una gran fortuna. Antes de producirse el crimen había actuado en varias asociaciones religiosas y había enseñado en la escuela dominical. Su pastor le enviaba un fresco ramo de flores todos los días. El alcalde de Fall River y los notables

de la ciudad siguieron el juicio con atención. La huérfana de mediana edad despertó simpatía por la experiencia penosa que atravesaba.

En un principio Lizzie declaró que ella estaba en el patio trasero comiendo peras cuando el crimen fue cometido. Más tarde un lapsus de memoria la ubicaba en el desván reuniendo plumadas para su línea de pescar. Los vecinos no habían visto entrar o salir a ningún extraño de la casa. No había señales de que se hubiera forzado la entrada. Y sin embargo, argumentaba la defensa, si Lizzie Borden hubiera realmente asesinado a sus padres, hubiese tenido sólo 9 minutos para bañarse y cambiar sus ropas ensangrentadas entre la ejecución del crimen y su descubrimiento del mismo. Según los relatos de los testigos, estaba inmaculada y sin una mancha cuando pidió ayuda.

Uno de los abogados de la defensa, un ex gobernador del Estado, resumió el alegato de la defensa: «Caballeros, para encontrar culpable a Lizzie Borden deben creer que es una desalmada. ¿Tiene ese aspecto? La acusada es una mujer, y una mujer cristiana, igual que sus esposas y la mía».

El jurado deliberó una hora y media. Finalmente se pronunció en forma unánime por la absolución. Lizzie Borden, que se había convertido en una especie de símbolo de los derechos de la mujer, recibió el abrazo emocionado de gran cantidad de amigos.

El fin: Años más tarde, los métodos utilizados en un caso similar demostraron que un asesino que empleara un hacha para matar a su víctima no debía necesariamente interponerse en la trayectoria de la sangre. Las ropas ensangrentadas no son un problema.

La flamante heredera disfrutó de una libertad social que no había conocido antes. Ella y su hermana vendieron la casa de sus padres y compraron una lujosa residencia en la mejor zona de la ciudad. Doce años después Emma se mudó y les contó a sus amigos que su vida allí se había vuelto «absolutamente intolerable». Lizzie continuó viviendo sola hasta su muerte en 1927 a los 66 años. Su fortuna ascendía a más de un millón de dólares; dejó 30.000 a la Asociación Protectora de Animales local. Su legado más perdurable fue una canción infantil para saltar a la cuerda:

Lizzie Borden tomó un hacha,

Dio a su madre cuarenta golpes;
Cuando vio lo que había hecho,
Dio a su padre cuarenta y uno.

S. W.

El caso Hawley Harvey Crippen (1910)

El asesinato: Cora Turner Crippen, cuyo nombre de soltera era Kunigune Mackamotzi y cuyo nombre profesional era Belle Elmore era una llamativa mujer de ojos negros que habitualmente vestía como un pavo real y se adornaba con alhajas. La última vez que fue vista con vida fue la noche del 31 de enero de 1910 cuando ella y su esposo Hawley Crippen, un hombre de modales serenos, recibieron a sus amigos Martinelli. Los cuatro jugaron al *whist* hasta la 1.30 a.m. Mrs. Crippen despidió en lo alto de la escalera a sus invitados poco después de terminarse el juego.

«No bajas, Belle», le dijo la señora Martinelli. «Pescarás un resfriado.» Pescó algo más que un resfriado.

La próxima vez que se vio algo de ella en público fue cuando se mostró dentro de un plato sopero un trozo de la piel de su vientre con una larga cicatriz, en el juicio contra el asesino, en Oíd Bailey, Londres.

La captura: Mrs. Crippen, que se imaginaba a sí misma una actriz, no era muy talentosa a pesar de lo que podía indicar el fantástico guardarropa que le había comprado su esposo. No obstante, actuaba en la compañía femenina del Music Hall de la que también era miembro Mrs. Martinelli, y tenía muchos amigos. Aquellos amigos quedaron algo sorprendidos cuando el Dr. Crippen les dijo una semana después de la cena que ella se había ido a California. No era muy suyo el no haberles comentado semejantes vacaciones. Belle hablaba mucho.

Sus amigos se preocuparon aún más cuando unas semanas después el Dr. Crippen asistió a una fiesta de beneficencia organizada por el Music Hall acompañado de otra mujer, una tal Miss Ethel Le Neve. No parecía ser de la clase de hombres que buscan divertirse mientras su esposa está de vacaciones. Más aún, su acompañante llevaba una joya que pertenecía a su esposa.

El 12 de marzo Miss Le Neve se mudó a la casa de Crippen. El 24 de marzo el Dr. Crippen envió un telegrama a Mrs. Martinelli comunicándole que Belle había muerto en Los Angeles a las 6 de la mañana. Los amigos de Belle no dejaron las cosas así. Querían conocer los detalles y dónde debían

enviar las flores. Crippen les dijo que Belle había sido cremada y que sus cenizas estaban camino de Inglaterra.

A fines de junio un amigo de Belle que tenía cada vez más sospechas sobre las circunstancias de su muerte se dirigió a Scotland Yard para iniciar una investigación. El inspector en jefe Walter Dew y el sargento Arthur Mitchell visitaron al Dr. Crippen en su oficina el día 8 de julio. Crippen les dijo inmediatamente que su historia no era cierta, que su esposa le había abandonado por «un hombre que la complacía más», posiblemente un actor llamado Bruce Miller. Crippen confesó que había tenido vergüenza de admitirlo y condujo voluntariamente a los oficiales a su casa. Estos no vieron nada que resultara sospechoso y se fueron.

Todo podría haber quedado en ese punto si Crippen no hubiera perdido su sangre fría. Al día siguiente de que lo visitaran los oficiales se fue a Rotterdam con Miss Le Neve y de allí a Antwerp donde sacó pasajes para Quebec en el *S. S. Montrose*.

El 11 de julio, Dew advirtió que Crippen se había ido. Las sospechas lo llevaron a registrar la casa nuevamente y no encontró nada. Al día siguiente volvió. Otra vez nada. Sin embargo, al tercer día Dew advirtió que los ladrillos de la carbonera estaban sueltos y comenzó a cavar la arcilla que había debajo. A escasos centímetros encontró lo que más tarde se reconocería como el cuerpo de un ser humano sin cabeza, miembros, huesos ni órganos sexuales. (Más tarde se dijo que Crippen arrojó las partes que faltaban por la borda del barco que iba a Dieppe.) Poco después se libró una orden de arresto contra Crippen y Miss Le Neve.

Mientras tanto, a bordo del *S. S. Montrose*, Le Neve se había disfrazado de muchacho, pero no demasiado bien. El capitán pensó que había algo raro en Mr. Robinson y su «hijo». Eran demasiado afectuosos el uno para el otro y los pantalones del «hijo» parecían estar sujetos con alfileres. El capitán envió un mensaje a Londres (fue la primera vez que se usó el telégrafo inalámbrico para avisar que un criminal había escapado). Dew viajó en un barco más rápido a Quebec y disfrazado de piloto abordó el *S. S. Montrose*, donde arrestó a Crippen por el asesinato de su esposa.

El acusado: Crippen, un médico especialista en oído y oftalmología, nació en Michigan. Tenía ojos saltones, un bigote desprolijo y usaba

gruesos lentes con aros de oro. Tenía un aspecto sumamente respetable. Algo tímido, era dominado por su esposa (era la segunda). Ella lo obligaba a hacer las tareas domésticas que en aquellos días eran algo humillante para los hombres. Más aún, le era infiel. Antes de su desaparición, Belle intentó dejarlo y llevarse los ahorros comunes de 600 libras. (En efecto, notificó al banco en diciembre de 1909 que planeaba hacerlo.)

No había dudas de que Crippen tenía una amante, Miss Le Neve, quien trabajaba en su oficina. Le Neve era lo opuesto a su esposa —silenciosa, elegante, reservada, distinguida.

El 17 de enero de 1910 el Dr. Crippen ordenó 5 gramos de hyoscina a Messrs. Lewis y Bubbows y firmó por ella con su propio nombre. Con su habitual serenidad eligió usar aquella droga para matar a su esposa. La hyoscina era usada en el tratamiento de la meningitis y el delirium tremens; como veneno, inducía a un sueño tranquilo que terminaba en la muerte.

Dos semanas más tarde aproximadamente, Crippen cometió el asesinato.

El proceso: El juicio se abrió en Oíd Bailey ante el jefe de Justicia Lord Alverstone el 18 de octubre de 1910. El fiscal Richard Muir hizo preguntas muy comprometedoras. Tres días después el proceso se cerraba con un veredicto de culpabilidad. Lord Alverstone pidió a Crippen que «buscara la paz con Dios Todopoderoso». «Aún protesto que soy inocente», replicó Crippen.

Fue leal con Le Neve y escribió una carta defendiéndola: «En esta carta de despedida al mundo, escrita mientras me enfrento a la eternidad, digo que Ethel Le Neve me ha amado como pocas mujeres aman a los hombres y que su inocencia de todo crimen, salvo el de someterse a los dictados de su corazón, es absoluta. Mi última plegaria será que Dios la proteja y la libre de todo daño y le permita reunirse conmigo en la eternidad».

También Ethel fue procesada y fue encontrada inocente.

El fin: Crippen murió en la horca en 1910.

A. E.

Henri Désiré Landrú, Barbazul (actuó desde 1914 a 1919)

Los asesinatos: a Hombre soltero, 45 años, 400 libras anuales, desea contraer enlace con mujer hogareña de edad e ingresos similares». Anuncios como éste, que aparecieron regularmente en los diarios de París en los primeros años de la década de 1900, fueron el comienzo de una serie de relaciones amorosas —y el comienzo del fin— para por lo menos nueve francesas.

Una de ellas fue Mme. Célestine Buisson, quien desapareció en 1917 después de su estadía en una casa de campo en Gambais con un tal monsieur Frémyet. Pagado algún tiempo, la hermana de madame Buisson comenzó a preocuparse por la desaparición de su hermana y le pidió al alcalde de Gambais que la ayudara a encontrarla. Todo podría haber terminado allí si el alcalde de Gambais no hubiera recibido una solicitud parecida de la hermana de Mme. Anna Collomb, quien había desaparecido de la misma forma. Al hacer averiguaciones acerca del dueño de la casa de campo, el alcalde descubrió que se ajustaba a la descripción que hicieran ambas hermanas. Era conocido como M. Dupont, llevaba barba y había desaparecido sin dejar dirección. Los vecinos se quejaron del extraño humo negro que ocasionalmente salía de la chimenea de la casa, pero no sabían nada acerca del propietario.

El alcalde, al estimar que el caso rebasaba su jurisdicción, se puso en contacto con las autoridades. Estas, a su vez, tenían una lista de mujeres desaparecidas —Mme. Thérèse Laborde-Line, viuda, 47 años; Mme. Désirée Guillin, viuda, 59 años; Andrée Babelay, empleada doméstica, 19 años; Mme. Louise Jaume, una mujer casada y separada de su esposo, 38 años; Mme. Anne-Marie Pascal, divorciada, 33 años; Mme. Marie-Thérèse Marchadier, regenta de un prostíbulo y ex prostituta; Mme. Jeanne Cuchet, viuda, alrededor de 40 años. Pero no podían encontrar al esquivo hombre barbado.

La captura: El 11 de abril de 1919 la hermana de Mme. Buisson caminaba por la Rue de Rivoli cuando vio a un hombre que paseaba con una mujer joven. Era el hombre de la barba que había llevado a su hermana a la casa de campo. Excitada y nerviosa, comenzó a seguirlo. Él entró en un comercio y compró una vajilla de porcelana blanca, acto que le costaría la vida, ya que dejó su nombre al dueño del negocio.

A la mañana siguiente, el hombre de la barba, ahora Luden Guillet, tomaba café con su joven amante, Fernande Segret, cuando alguien golpeó a la puerta. Cuando respondió, un grupo de policías irrumpió en la casa y lo arrestó por asesinato. La policía se llevó como evidencia su anotador —un pequeño libro negro con páginas sueltas—, en el que había registrado cuidadosamente todos sus crímenes. Guillet, cuyo verdadero nombre era Henri Désiré Landru, era un meticuloso tenedor de libros y llevaba un registro exacto de todos sus gastos. El hecho de que los nombres de las mujeres desaparecidas estuvieran escritos a lápiz en el interior de la cubierta era lo suficientemente incriminatorio; y resultaba aún más comprometedor el que los billetes de tren para sus casas de campo (la última en Gambais) estuvieran a menudo registrados como «uno solo, uno de regreso». El anotador daba cuenta de sus tramitaciones con 283 mujeres.

Con suma curiosidad ahora, la policía investigó su chimenea en la casa de Gambais. Cuando examinó las cenizas y la parte de afuera de la casa, así como del jardín, encontró cientos de fragmentos de huesos humanos, algunos dientes y algunos corchetes.

El acusado: Henri Landru había sido un niño alegre que al crecer se transformó en un adulto veleidoso e inteligente. Sensual, amaba las rosas de modo tal que cuando la policía estaba escarbando su patio para encontrar cuerpos, su principal preocupación fueron las flores.

Landru no era especialmente apuesto. Bajo y delgado, tenía una espesa barba roja, una voz agradable, modales excelentes y ojos negros magnéticos con largas y sedosas pestañas.

A los 22 años dejó embarazada a su prima y más tarde se casó con ella convirtiéndose en un amante hombre de familia, papel que jugó hasta su muerte.

Comenzó su vida criminal como estafador, haciendo negocios con autos, juguetes, deudas incobrables y muebles de segunda mano. En 1900, a los 31 años, fue sentenciado a 3 años de prisión por defraudar a una anciana viuda en un contrato matrimonial. Desde entonces hasta su arresto por el asesinato de por lo menos nueve mujeres, fue sentenciado cinco veces por estafa.

Cuando comenzó su carrera defraudando a mujeres, no tenía, al parecer, intenciones de asesinarlas. Las mujeres que respondían a sus anuncios eran invitadas a cenar una o dos veces; había un poco de sexo y mucho de aventura sentimental en sus relaciones, las que duraban hasta que obtenía su dinero y luego desaparecía. Era un modo de vivir complicado y lento. Con frecuencia Landru operaba concertando varias citas bajo diversos nombres en un mismo día. No es extraño que necesitara un anotador para ordenarse. Paradójicamente no gastaba mucho, sólo unos 250 dólares por víctima, como se estimó más tarde.

Mme. Cuchet había sido la primera en caer. De cabello oscuro y ensortijado, era una persona seria con un trabajo estable en un comercio de París. Para ella Landru era M. Diard. Pronto «se enamoraron» y él puso con ella una casa en el verano de 1914. Unos meses después ella le dio 5.000 francos, probablemente la mayor parte de los ahorros de su vida, y entonces él desapareció. Por casualidad volvió a encontrarla y ésa fue la causa de la muerte. A pesar de lo que había hecho, a pesar de que era casado, lo quería. De modo que Landru la llevó a ella y a su hijo de 18 años, a pesar suyo, a su nueva casa de campo en Vernouillet. Finalmente, cansado de ambos y sin encontrar solución, los asesinó. A partir de entonces, el asesinato entró a formar parte de su *modus operandi*.

Fernande Segret no fue y nunca habría sido una de sus víctimas. Joven y bella, trabajaba en una peletería. Cuando visitó con ella la casa de campo, Landru compró dos billetes de vuelta. En el juicio la joven declaró: «No tengo ni un solo reproche en su contra. Lo amo profundamente. Fui muy feliz con él».

El proceso: Elegantes mujeres con perros y cestas de comida se congregaron en el juicio, luchando por conseguir asientos en la sala del tribunal. «Si alguna dama deseara mi lugar se lo cedería con gusto», dijo Landru.

Eso fue casi todo lo que dijo. Durante el juicio rehusó prestar declaraciones y sólo manifestaba que era inocente. Pero las pruebas fueron aplastantes: el anotador, las cenizas de la chimenea y su cuenta bancaria. (Cuando Mme. Jaume fue con Landru a la casa de campo llevó consigo

274,60 francos. Poco después las reservas de Landru aumentaron exactamente en esa cantidad. Había muchas «coincidencias» semejantes.)

En los únicos momentos que perdió el control fue cuando su familia se vio implicada. Durante las investigaciones su esposa y su hijo fueron arrestados. Su esposa se había hecho pasar por dos de las mujeres para sacar sus ahorros. Landru, protestando su inocencia, dijo que las mujeres desaparecidas estaban «fuera», que él le había pedido a su esposa que firmara como una formalidad. «Si he hecho algo malo lo he hecho inconscientemente. Soy una mártir y no una criminal. Mi desgracia ha sido amar a mi esposo demasiado», manifestó su esposa.

Al jurado le tomó una hora y media encontrar culpable a Landru.

El fin: El 23 de febrero de 1922 Landru fue ejecutado en la guillotina. Momentos antes de que cayera la cuchilla dijo: «Ah, bueno, no es la primera vez que un hombre inocente es condenado».

A. E.

El caso Snyder-Gray (1927)

El asesinato: El asesinato de Albert Snyder el 20 de marzo de 1927 en Lond Island, N. Y., fue un caso típico de incompetencia de asesinos torpes. La esposa de la víctima, Ruth Snyder, contó a la policía una historia que resultaba inverosímil desde el comienzo al fin. Ella y Albert habían regresado de una fiesta a las 2.30 a.m. aquella madrugada, dijo Ruth. Después de que su esposo e hija se acostaron, un ladrón con un bigote al estilo italiano entró en la habitación y la golpeó en la cabeza. Cinco horas después recobró el conocimiento y, atada y amordazada, se arrastró hasta la habitación de su hija. Asustada, Lorraine, de 9 años de edad, alertó a los vecinos y poco después llegó la policía.

Encontraron a Albert Snyder muerto en la habitación del frente, atado de pies y manos, con un alambre alrededor del cuello. Su cabeza había sido golpeada en el lado derecho y le habían dado cloroformo. También se encontró un revólver sobre la cama y tres cartuchos en el suelo. Si bien la muerte pudo ser provocada por cualquiera de los tres métodos, el médico del condado, Dr. Howard Neail, dijo que Albert en realidad había muerto por asfixia, estrangulado con el alambre.

La captura: Las autoridades sospecharon de Ruth desde el comienzo. Sus ataduras estaban muy flojas (curiosamente ella les había pedido a los vecinos que la dejaran atada hasta que llegara la policía); y el Dr. Neail no pudo encontrar un rastro de sangre o una herida lo suficientemente seria como para dejarla inconsciente durante cinco horas. A pesar de que la casa fue registrada minuciosamente, no había ningún indicio de que se hubiera forzado la entrada.

Lo único que desapareció fue dinero de la cartera de Albert. En un principio Ruth dijo que el ladrón o los ladrones —contó historias contradictorias— se habían llevado sus joyas. Sin embargo, después de que se encontraran las gemas bajo el colchón, Ruth recordó repentinamente que ella las había escondido allí por precaución.

Al registrar la casa se encontró una cuerda manchada de sangre que pesaba dos kilos y medio en la caja de herramientas y una funda ensangrentada en la canasta de la ropa sucia. Más tarde se encontraron pólizas de seguro de vida a nombre de Albert Snyder por un monto de 90.000 dólares en doble cláusula de indemnización en una caja de seguridad. La caja estaba registrada a nombre de Mrs. Snyder, pero con su nombre de soltera, Ruth Brown.

Lo más interesante de todo para el inspector Arthur Carey era un alfiler de corbata con las iniciales J. G. que fue encontrado en el suelo del dormitorio. En el escritorio de Ruth se descubrió un cheque cancelado por 200 dólares a H. Judd Gray. El nombre de Gray figuraba, junto con el de otros 28 nombres, en su libreta de direcciones. Sobre la base de esta evidencia, Ruth Snyder y Judd Gray fueron arrestados y acusados del asesinato de Albert Snyder. Después de que se les interrogó por separado — primero a Ruth, luego a Judd— ambos confesaron. Se acusaron mutuamente.

Los acusados: Al parecer, Ruth Brown Snyder era una típica ama de casa de una zona suburbana que vivía en plena era del jazz. Usaba el cabello rubio «á la cargon» según la moda, bailaba y jugaba bridge mientras su esposo de 44 años se quedaba en casa. En general aparentaba el papel de una mujer atolondrada y ligera, aunque un poco pasada de edad (32). La «verdadera» Ruth Snyder estaba hecha de una fibra más fuerte, si bien no

siempre admirable. Nacida en la pobreza, tenía sólo 13 años cuando comenzó a trabajar de telefonista nocturna para poder estudiar taquigrafía y teneduría de libros durante el día. Ruth era una ambiciosa frustrada y voraz lectora de historias de amor en las que Cinderella finalmente se casa con el jefe.

En 1915 Ruth hizo exactamente eso; se casó con su empleador, Albert Snyder, un director de la revista *Motor Boating*. Sin embargo «después no vivieron felices». Parte del antagonismo de Ruth hacia el hombre que ella llamaba «el viejo cangrejo» era probablemente justificado. Por ejemplo, Albert colgó una foto de su ex novia, Jessie Guishard, en la pared de su primer hogar. Además, bautizó su yate con el nombre de ella. Jessie, a quien Albert describió a Ruth como «la mujer más hermosa que jamás haya conocido», había muerto hacía diez años.

Aburrida y desilusionada de su mediocre matrimonio, Ruth vivió una vida de fantasía hasta junio de 1925, cuando encontró a Judd Gray, de 33 años de edad. El tímido y débil Gray era un vendedor de la Compañía Bien Jolie Corset. Su cursi relación duró 18 meses. Se encontraban habitualmente en el Waldorf-Astoria. Ruth dejaba algunas veces a la pequeña Lorraine en el vestíbulo mientras ella y Judd gozaban de una «matinée» en su habitación del hotel. Finalmente, en 1926, Albert, de repente y en forma sospechosa, se volvió propenso a los accidentes. Judd afirmó que Ruth en siete ocasiones había intentado ahogar, envenenar o asfixiar con gas a su esposo, pero esto no se verificó en el tribunal.

A pesar de que más tarde ambos afirmaron que el otro era el que dominaba la situación, el apodo de «Momma» o «Mommie» con que Judd nombraba a Ruth parecía indicar que era ella quien mandaba en la relación. Ruth no era hermosa pero tenía un magnetismo animal. Durante su proceso recibió 164 propuestas de matrimonio.

El proceso: En el momento en que se inició el juicio (25 de abril de 1927), la prensa comenzó a referirse a él como «El caso Ruth versus Judd». Ambos reos habían confesado y el jurado sólo debía determinar si eran culpables de asesinato «premeditado». Sin embargo, Ruth negaba todo. Decía que había sido idea de Judd. Ella ni siquiera había entrado en el dormitorio durante el asesinato. Lo único que sabía era que cuando Judd

salió le dijo «creo que ya está». Judd, por otra parte, insistía en que Ruth lo había «hipnotizado» y obligado a cometer el asesinato «dándole de beber, por medio de amenazas veladas y de seducciones». Más aún, Judd ahora sostenía que Ruth y no él había atado el alambre alrededor del cuello de Albert provocándole la muerte.

El despreciable testimonio fue noticia central en los diarios de USA y Europa durante semanas. A Ruth se la llamaba «la rubia sangrienta» y «la mujer de mármol». Ambos asesinos eran evidentemente monstruos de segunda clase y, sobre la base de parte del testimonio, Judd podía incluso haber sido un poco débil mental. O quizás inconscientemente quería que lo capturaran. Después de atar a Ruth y dejar la escena del crimen llamó repetidas veces la atención sobre sí mismo. Primero preguntó a dos hombres, uno de ellos policía, cuándo llegaba el próximo autobús. Luego tomó el autobús a Jamaica y un taxi a Nueva York. El precio del viaje fue de 3,50 dólares y Judd dejó una duradera impresión negativa en el taxista dándole una propina de 5 céntimos.

El jurado sólo deliberó una hora y media. El 9 de mayo de 1927, Ruth Snyder y Judd Gray fueron condenados por asesinato.

El fin: El 22 de enero de 1928, Snyder y Gray fueron electrocutados en la cárcel de Sing Sing. En el momento en que se bajó el interruptor de Ruth el fotógrafo Thomas Howard, que estaba sentado en primera fila delante de ella, cruzó las piernas y le sacó una foto con una cámara atada a su tobillo. Al día siguiente el *New York Daily News* dedicó toda la primera página al horripilante momento de la ejecución. Aún se considera a esa foto como una de las más famosas en la historia del periodismo sensacionalista. De modo que, aun en el momento de su muerte, Ruth Snyder llamó más la atención que su amante.

J. B. C. & J. C. S.

El enigmático asesinato Wallace (1931)

El asesinato: El 19 de enero de 1931, un hombre llamado Qual- trough intentó comunicarse por teléfono con William Herbert Wallace en su club de ajedrez. Tuvo problemas para obtener el número y llamó a la operadora, una tal Miss Kelly. Más tarde ella declaró: «Era una voz bastante común.

Una voz de hombre. Dijo: “Operadora, he apretado el botón A pero no he recibido la comunicación correspondiente”. No mantuve más conversación con la persona en la cabina. Después de eso comuniqué Anfield 1627 con Bank 3581». Wallace no estaba en el club de ajedrez y Samuel Beattie, el administrador, atendió la llamada. Qualtrough dejó un mensaje: que Wallace fuera a su casa en Menlove Gardens East 25 la noche siguiente a las 7.30 p.m.

¿Quién era Qualtrough? Cuando Wallace fue más tarde al club, dijo que nunca había oído hablar de él. Pero puesto que Wallace era un hombre que trabajaba en seguros, debía tratarse de una llamada por asuntos de negocios.

La noche siguiente Wallace fue a encontrarse con Qualtrough y se dio cuenta de que la dirección Menlove Gardens East 25 no existía. Preguntó a varias personas si podían indicarle dónde quedaba, incluyendo un policía, pero no llegó a ninguna parte. Desconcertado, pensando que le habían hecho una broma, se dirigió a su casa.

Puso la llave en la cerradura de la puerta principal. Esta no se abrió, lo que significaba que la puerta había sido cerrada por dentro. Sorprendido, fue hasta la puerta de atrás y también la encontró cerrada. Golpeó dos veces, aquélla era una señal para su esposa, pero nadie atendió la puerta.

Sus vecinos Mr. y Mrs. John Johnston salieron de su casa para entonces y Wallace les pidió consejo. Mr. Johnston sugirió que probara su llave (la de Mr. Johnston) en la puerta de atrás. Esta vez Wallace pudo abrir la puerta... sin la llave de Johnston. Entró en la casa y los Johnston vieron que se encendía una luz arriba. Un minuto o dos más tarde Wallace salió y les dijo: «Entren y vean; ha sido asesinada».

Sobre el suelo de la sala de estar, boca abajo, estaba Mrs. Wallace. Tenía una herida de 7 centímetros en la oreja izquierda. Debajo de su cuerpo había un impermeable, el impermeable de Wallace. Wallace registró la casa para ver si faltaba algo pero no faltaba nada. Se llevó las manos a la cabeza dos veces y sollozó. «La han matado», dijo. «Miren los sesos.»

Al poco rato llegó el jefe de policía de la ciudad de Liverpool, William. Interrogó a Wallace y registró la casa, encontrando el dormitorio principal en desorden. No encontró señales de lucha ni de que se hubiera forzado la entrada, ni tampoco un arma con la que se hubiera cometido el asesinato.

(La mujer de la limpieza diría más tarde que faltaba una barra de hierro que estaba habitualmente junto a la chimenea.) Wallace, dijo el jefe de policía Williams, actuaba «con extraordinaria frialdad y serenidad».

Poco antes de las 10 p.m. llegó el profesor J. E. W. McFall, un médico forense. Examinó el cuerpo y dijo que la muerte se había producido a las 6 de la tarde. La mujer había sido golpeada once veces aunque quizá muriera al primer golpe. Encontró sangre y cenizas en el impermeable.

La captura: Al ser interrogado, Wallace dijo que había llegado a su casa «posiblemente a las 6 y 5 minutos» la noche del asesinato. Mrs. Wallace le había servido té. Dejó su casa alrededor de las 6.45 p.m. para encontrarse con el esquivo Qualtrough (pero según McFall, Mrs. Wallace había muerto a las 6 p.m.).

La policía también buscó a Qualtrough. No pudo encontrarlo. Más tarde, durante el juicio, circuló una canción:

Lo buscaron aquí,
lo buscaron allá
(¿no saben si vive?)
O en el infierno...

Aquel condenado y esquivo Qualtrough.

Alan Close, un muchacho de 14 años que repartía leche a los Wallace, dijo que había visto a Mrs. Wallace recoger la leche a las 6.30 aquella tarde. El periódico llegó a las 6.35 p.m. La policía lo encontró abierto en la mesa de la cocina como si alguien lo hubiera estado leyendo. Un cerrajero encontró ambas cerraduras en malas condiciones.

El 2 de febrero de 1931 Wallace fue arrestado por el asesinato de su esposa.

El acusado: Williams Herbert Wallace, quien fue dependiente en una lencería a una edad temprana, tenía una veta de intelectualismo y aventura que contradecía su aspecto sereno, respetable y frío. Leía a Marco Aurelio y se interesaba por los estoicos griegos. Decidió que para ser un buen estoico necesitaba ir al extranjero. Trabajó en India y Shanghai, donde llevó una vida singularmente rutinaria antes de regresar a Manchester. Allí desempeñó un cargo político que lo satisfacía plenamente. Conoció toda clase de gente, incluyendo a Julia Thorp, una mujer de cabello oscuro, muy

agradable, que también tenía inclinaciones de corte intelectual. Leía y hablaba francés y se interesaba por el arte y la música. En 1913, dos años más tarde, ella y Wallace se casaron. Según el diario de Wallace, el matrimonio fue feliz y tranquilo y carecía de fricciones.

En agosto de 1914 Wallace perdió el trabajo y se empleó en la Prudential Assurance Company. Si bien no era especialmente sociable, era consciente y agradable a sus clientes.

Era un hombre de rostro sereno, usaba anteojos y un bigote poco pulcro. No bebía y fumaba muy poco. Su única distracción era el ajedrez y era un buen jugador.

El proceso: El juez que tuvo a su cargo el proceso fue Mr. Justice Wright, y el fiscal fue E. G. Hemmerde. Durante el juicio el jefe de policía James Tothwell dijo que había visto a Wallace la tarde del asesinato en Maiden Lañe y que parecía estar llorando. «Estaba ojeroso y tenía aspecto de cansado y afligido... Se restregaba los ojos con la manga de su abrigo y parecía haber estado llorando.» Sin embargo, una cliente de Wallace lo vio poco después y declaró que estaba de buen humor. Otros corroboraron sus afirmaciones.

Aún no se había encontrado a Qualtrough. ¿Era Wallace?

Hemmerde no pudo quebrantar a Wallace, cuyas declaraciones y protestas de inocencia eran tranquilas y razonadas. El juez Wright dijo acerca de las declaraciones de Wallace: «Las he leído cuidadosamente y pienso que es sorprendente que sean tan lúcidas, precisas y lógicas como son». Al dirigirse al jurado aclaró que la evidencia contra Wallace era circunstancial. Pero a pesar de eso el veredicto fue culpable. El público que asistió al juicio quedó sorprendido e indignado. En la catedral de Liverpool se ofició un servicio especial de intercesión. Una Corte de Apelaciones derogó el veredicto de culpabilidad.

Si Wallace no mató a su esposa, ¿quién lo hizo? ¿Qualtrough, quienquiera que fuese? Nadie lo sabe hasta hoy.

El fin: Sin que se determinara su inocencia o culpabilidad, Wallace murió dos años más tarde de cáncer en los riñones.

A. E.

El caso De Koven (1937)

El asesinato: En las historias de asesinatos todas las mujeres jóvenes son inevitablemente caracterizadas como hermosas. Jean De Koven *era* hermosa. Era una bailarina profesional. Acompañada por su tía, Miss Ida Sackheim, viajó de Brooklyn a París para pasar las vacaciones. Visitó el Louvre, los Folies, el Café de la Paix. A las 5.20 de la tarde del 23 de julio de 1937 regresó al hotel Le Studio en la orilla izquierda, después de un día de visita a lugares de interés. Se puso un vestido azul y zapatos de charol. Al salir le dijo al ascensorista que le transmitiera a su tía que estaría de regreso a las 8 de la noche. «No he tenido tiempo de dejarle una nota —dijo al dejar un mensaje por teléfono—. Alguien me está esperando.» Cuando cortó... la esperaba la muerte.

Cuando su tía vio que no regresaba fue a la policía. Los policías se rieron. Dijeron que probablemente la joven tuviera una aventura amorosa. Cuando llegó la primera nota en la que se pedían 5 00 dólares en pago por el rescate y en la que al mismo tiempo se advertía a Miss Sackheim que no acudiera a la policía («o terminaremos las negociaciones y la llevaremos a dar un paseo, usted sabe cómo operan los gánsters de Chicago»), Miss Sackheim corrió a la policía otra vez. Esta vez definieron el caso como una maniobra en busca de publicidad. Pero 15 días más tarde, después de que fueron cobrados cheques de viajero del American Express que pertenecían a Jean De Koven por un valor equivalente a 240 dólares, con la firma muy mal falsificada en todos ellos, la policía se dio cuenta de que no se trataba de una maniobra sensacionalista.

La persecución: A M. Primborgne, un joven experto de la Sûreté, le fue asignado el caso. Para ese entonces había llegado desde Nueva York Henry, el hermano de Jean De Koven y ofreció una recompensa de 10.000 francos. El gobernador Lehman de Nueva York pidió al FBI que interviniera en el caso. Pero su intervención no fue necesaria. Primborgne, de la Sûreté, llevó a cabo una de las más brillantes persecuciones en las décadas recientes.

Poco después de la desaparición de Jean De Koven comenzaron a aparecer una serie de cadáveres, y todos ellos evidenciaban brutales asesinatos —un chófer llamado Josef Cauffy, una cocinera de Estrasburgo llamada Jeanine Keller, una agente de publicidad llamado Roger Leblond,

un estudiante llamado Fritz Frommer—. Primborgne llegó a la conclusión de que una persona había cometido todos los asesinatos y también el de Jean De Koven. Primborgne tejió su red. Había pocas pistas pero sacó partido de cada una de ellas. En los zapatos de una de las víctimas había hojas. Las hojas indicaban el bosque Saint Cloud, en las afueras de París. Junto a otro de los cuerpos se encontró una tarjeta con manchas de sangre. Esta pertenecía a un viajante que tenía un sobrino el cual le habló de un almuerzo con un ex presidiario de Saarbrücken.

Finalmente todo apuntaba a Eugen Weidman, que había cumplido una condena de 16 años por hurto; un hombre de trato agradable y bien parecido que hablaba alemán, francés, inglés y portugués. La Sûreté fue a su chalet ubicado en las afueras de París para arrestarlo. Él aparentó rendirse pero los engañó y les disparó tres veces con un Mauser. Los hombres de la Sûreté lo redujeron golpeándolo con un martillo hasta dejarlo inconsciente. Más tarde se supo que había disparado para cubrir la huida de alguien más que estaba en la casa.

El acusado: Weidman había asesinado a Jean De Koven y a otras cinco personas. El móvil fue el dinero. Estaba secundado por una fantástica pandilla de cuatro hombres, incluyendo un tímido hombrecito llamado Roger Million. Weidman se lamentó sólo de la muerte de Jean De Koven. «Sólo quise secuestrarla —dijo—. Les aseguro que no pensaba matarle. Me contó acerca de su vida y agregó que podría aceptar algunos ofrecimientos para bailar en importantes cabarets de París. Me confesó que desde que me conocía encontraba la vida más bella. Fuimos a caminar por el jardín, y Jean me sacó dos fotografías con su cámara. Estaba oscureciendo, de modo que entramos en la casa y continuamos hablando hasta las 3 de la mañana. Jean tomaba leche y fumaba. Como estaba cansada se recostó en el sofá. Yo estaba sentado junto a ella. Necesitaba dinero; me di cuenta de que nunca hubiera sido capaz de secuestrarla sin matarla. De pronto puse mis manos alrededor de su cuello. Ella se paró. Se dio cuenta de que intentaba estrangularla. Cerré los ojos porque no podía soportar ver su adorable cara. Querida Jean, qué dulce era... Era suave e inocente. Me divertía hablándole en inglés; lo aprendí en Canadá. Cuando apreté su garganta, cayó como una muñeca.»

El proceso: El juicio de Weidman fue toda una sensación. Convirtió al recinto del tribunal en un enorme diván de psicoanalista. No miró a Jean después que la desenterraron de debajo de la entrada (se había conservado bien en la arcilla), pero habló con gran soltura de sí mismo y de sus crímenes. Las mujeres francesas siguieron el proceso con avidez y se enamoraron de él. La gran escritora francesa Colette lo observó y escribió para su diario: «Weidman era un romántico. Amaba las flores y cultivaba rosas. También amaba la naturaleza. No fue sólo la necesidad del asesino profesional la que lo llevó a elegir los bosques para sus crímenes...».

El fin: Fue el último hombre guillotinado en público en Francia. Su ejecución se convirtió en un festival de sadismo. La gente bailó y bebió durante horas antes del amanecer, junto a la enorme cuchilla. Weidman salió valientemente de la vieja celda de Landru y flaqueó sólo una vez: mientras inclinaba la cabeza bajo la cuchilla cerró los ojos.

I. W.

Los asesinatos de Brooke-Heath (1946)

Los asesinatos: En 1946 Mrs. Margery Aimée Gardner, de 32 años, habiéndose separado de su esposo, dependía sólo de sí misma, y alcanzó una cierta notoriedad como «Ocelote Margie» por el abrigo de imitación de piel que usaba y al que era tan aficionada. La noche antes de su muerte estuvo bailando en el club Panamá de Londres con un joven bien parecido, el teniente coronel Neville Heath.

Su cadáver desnudo fue descubierto el 21 de junio de 1946 en la habitación de un hotel de Notting Hill (Londres) en el que se había registrado bajo el nombre de aquel mismo teniente coronel Heath. Tenía el cuerpo y la cara marcados a latigazos y estaba mutilada de una forma horrible. Sus tobillos estaban atados a las patas de la cama y las marcas en las muñecas indicaban que también se las habían atado. Murió por asfixia. El arma homicida fue una almohada o, lo que era más probable, su mordaza.

Al poco tiempo una mujer que paseaba con su perro descubrió el cadáver de otra víctima, Doreen Marshall, en Bournemouth, a orillas del mar. El cuerpo estaba cubierto de moscas entre unos arbustos. El arma utilizada para cometer el asesinato fue un instrumento cortante,

probablemente un cuchillo. Después de muerta había sido mutilada como Mrs. Gardner. Junto a su cuerpo había 27 perlas artificiales de su collar roto.

Doreen Marshall había sido vista por última vez en compañía del capitán de brigada Rupert Brooke (un homónimo del poeta), con quien se había encontrado poco antes. Después de cenar con él en su hotel, le pidió que la llevara a su casa. «Estaré de regreso en media hora», le dijo el joven al portero. «No, en un cuarto de hora», rectificó inmediatamente Doreen.

La hora de su regreso es un interrogante. En lugar de entrar por la puerta usó una escalera para llegar a su habitación. (Más tarde afirmó que lo había hecho para jugarle una broma al portero.)

La búsqueda: Tres días después de que se descubriera el cuerpo de Margery Gardner, el funcionario de policía Thomas Barrat, que estaba a cargo del caso, recibió una carta. El autor era Neville Heath y en la carta explicaba que si bien había tomado aquella habitación en la que Margery Gardner había encontrado la muerte, esa noche él le había prestado la llave. «Se encontró con un amigo suyo con quien mantenía relaciones», explicaba. Le había pedido a Heath que regresara más tarde y pasara el resto de la noche con ella. Según decía la carta, cuando volvió a la habitación la encontró muerta y se dio cuenta de que «él estaba en una situación injusta». Por lo tanto tomó la decisión de esconderse bajo un nombre falso e informaba de ello en la carta. «Tengo en mi poder el arma con la que Mrs. Gardner fue golpeada y se la enviaré hoy mismo —escribía—, encontrará en ella mis huellas digitales, pero también otras.» Fiel a su palabra, Heath desapareció. Nunca se supo nada del arma homicida.

Tres días después de que se informara la desaparición de Doreen Marshall, el capitán de brigada Brooke llamó a la policía de Bournemouth ofreciéndole información acerca de la joven. La policía entró en sospechas y conjeturó que había encontrado al desaparecido Heath él y Brooke eran una sola persona. Al verse atrapado, Heath pidió que le entregaran la americana que había dejado en el hotel. En ella había evidencias incriminatorias: un comprobante de guardarropa, el cual, según descubrió la policía, era para una maleta. Dentro de la maleta había artículos marcados con el nombre de Heath y un látigo de montar de cuero trenzado. En el

bolsillo de la americana encontraron también la mitad de un billete de tren que pertenecía a Doreen Marshall y en su habitación encontraron una perla artificial. Dos días después apareció el cadáver de la joven.

El acusado: Neville George Clevely Heath tenía 29 años cuando fue arrestado. Simpático y afable, tenía hoyuelos, una boca bien formada y cabello rizado. Había sido juzgado en la corte marcial en 1937 por haberse ausentado sin permiso de la RAF. En 1938 fue enviado a la prisión de Borstal por hurto, atraco a una casa y fraude. En 1940 se alistó en el ejército y fue separado del servicio al año siguiente por tener un segundo libro de pago falsificado y por hacer circular cheques falsos. Poco después se enroló en el ejército sudafricano y se casó pero se divorció en 1945. Fue llevado a los tribunales en reiteradas oportunidades por usar galones militares que no le correspondían.

El proceso: Heath quería declararse culpable del asesinato de Margery Gardner pero su abogado le convenció de que no lo hiciera. Su defensa alegó insania y los debates acerca de esto dominaron el juicio que duró tres días. La principal preocupación de Heath fue cómo vestirse para el juicio. Se decidió por un traje gris, camisa gris y corbata azul a lunares.

El jurado demoró 59 minutos para decidir un veredicto de culpabilidad.

El fin: Heath fue ejecutado sin apelación el 26 de octubre de 1946. Se dijo que camino al cadalso pidió al director de la prisión un whisky. «Ahhh... —agregó nervioso—, que sea doble...»

A. E. y M. T.

Nebraska, Wyoming y Charles Starkweather (1958)

Los asesinatos: En la casa de una planta donde Marión Bartlett vivía con su esposa Velda y sus dos hijos reinaba una calma absoluta. Había demasiado silencio detrás de la nota cuidadosamente impresa que advertía en la puerta principal: «No entre. Todos estamos engripados. Mr. Bartlett». Demasiado silencio como para no despertar la curiosidad y preocupación del vecindario en la zona Belmont de Lincoln, un lugar de poca actividad. Y esa preocupación, a fines de enero de 1958, hizo que algunos parientes de la familia entraran a ver si podían ayudar en algo.

Pero no había ayuda posible para los padres, cada uno de los cuales había recibido un disparo en la cabeza y cuyos cadáveres habían sido escondidos en un cobertizo. Tampoco necesitaba ayuda la más joven de las hijas, muerta tras haber sido salvajemente golpeada. Caril, la hija del primer matrimonio de la madre, de 14 años, no fue encontrada en ninguna parte.

Cuando la policía de Lincoln terminó de reunir los elementos necesarios para averiguar lo que había ocurrido en la casa de los Bartlett; cuando la población de Lincoln, Nebraska, comenzaba a sentir el golpeteo escalofriante del dedo del miedo en su hombro; cuando el APB se había lanzado a la búsqueda de Charles Starkweather y su novia Caril Fugate; para entonces, el dúo comenzaba a desplegar un largo juego de amedrentamiento contra la ley y la cultura de los años 50 silbando por la carretera 77 en el Ford 49 de Charles y acompañados sólo de una radio, un 38, un rifle calibre 22 y una escopeta calibre 410. Se dirigían a Bennet buscando un lugar donde esconderse en la primera etapa de una carrera de 525 millas en la que morirían 10 personas.

Fue en una tarde de invierno cuando el Ford quedó empantanado en el camino a la granja del viejo amigo de Starkweather, August Meyer. Una pareja se detuvo para ayudarlos y Charles les disparó y tomó su auto, también un Ford pero no tan viejo como el suyo y lo suficientemente bueno como para llegar hasta la granja de su amigo. Una vez allí Charles asesinó a Meyer con el objeto de robarle las armas y municiones. Luego decidió regresar a Lincoln.

C. Lauer Ward, de 48 años, era el presidente de *Capital Steel Works* y uno de los ciudadanos más ricos e influyentes de Lincoln. La hermosa mansión de Ward estaba ubicada casi en el centro de la zona residencial más exclusiva de Lincoln. Ward vivía allí con su esposa Clara y un ama de llaves llamada Lillian. Ambas fueron llevadas al segundo piso donde las ataron, amordazaron y luego apuñalaron hasta quedar sin vida mientras C. Lauer estaba en la ciudad reunido con Victor Anderson, el gobernador de Nebraska. Y Charles aún estaba allí para recibir a Ward en lugar del ama de llaves cuando éste llegó a su casa aquella tarde. C. Lauer Ward ni siquiera tuvo oportunidad de sacarse su abrigo.

El Packard negro modelo 56 de Ward se puso en marcha lentamente. Mientras Lincoln y el resto del Estado se acercaban a una histeria colectiva, Charles se acercaba a Douglas, Wyoming, que estaba a unas 500 millas. ¿Se había cansado del Packard? ¿O simplemente se dio cuenta de que el auto calentaba mucho? Doce millas después de Douglas, Charles Starkweather se puso a un lado del camino detrás del Buick de Merle Collison, se bajó y caminó hacia el conductor del auto mientras Caril se subía al asiento de atrás y le disparó -nueve veces en la cabeza al vendedor de zapatos que dormía. Esa fue la última víctima.

La captura: Fue la búsqueda de un «perro asesino». Desde el momento en que se descubrieron los asesinatos en la casa de Bartlett hasta la captura de Charles Starkweather el 30 de enero, tres días más tarde, la policía de Nebraska y los guardias nacionales levantaron cientos de barreras para bloquear las rutas, organizaron grupos de control caminero y planearon la estrategia junto con algunos civiles. La policía había dado órdenes de disparar a matar. El gobernador había llamado a la Guardia Nacional para proteger el Banco Nacional de Comercio en el supuesto caso de que fuera cierto el rumor de que Starkweather estaba decidido a asaltarlo. Algunos ciudadanos de Lincoln organizaron controles para colaborar con las medidas de seguridad. Los padres sacaron a sus hijos de las escuelas. Se atrancaron las puertas y se dejaron encendidas las luces de las casas durante toda la noche.

Charles Starkweather fue capturado finalmente, no por los miles de policías que se movilizaron para su arresto, sino por un hombre que trabajaba en una compañía petrolera llamado Joe Sprinkle. Sprinkle descubrió el asesinato de Collison cuando se detuvo a ofrecer su ayuda en caso de que se necesitara cambiar un neumático. En cambio encontró el cuerpo ensangrentado en el asiento delantero y a un chico apuntándole con un rifle. Sprinkle pensó que «debía morir peleando» y corrió para sacarle el arma. Y mientras forcejeaban llegó un ayudante del sheriff también accidentalmente. Sollozando y gritando «¡Es Starkweather, me va a matar!», Caril Fúgate corrió hacia el sheriff mientras Starkweather aprovechó la confusión para intentar escapar. Saltó hacia el Packard, se subió al auto y salió a toda velocidad. Aun yendo a una velocidad superior a

las 110 millas por hora, la suya era una carrera perdida. Rompió una barrera y siguió algunas millas pero finalmente se vio obligado a detenerse cuando las balas destrozaron su parabrisas.

«Disparé contra toda esa gente en defensa propia —le dijo al sheriff que había hecho fuego apuntándole a las botas cuando Charles se negó a levantar las manos—. La gente seguía acercándose y tuve que disparar. ¿Qué otra cosa hubiera hecho usted...?»

El acusado: Charles Starkweather, el tercero de siete hijos, era miope, ligeramente cojo y tenía un pequeño defecto de habla. Creció en la pobreza en Lincoln, Nebraska, y murió a los 20 años. Lo echaron de la escuela primaria por peleas reiteradas. En la secundaria era conocido por el manejo del cuchillo.

«Lo echaron de su trabajo como ayudante en un camión de basuras. Se había asomado por la cabina del camión y les había gritado a unos desconocidos “¡Váyanse al diablo!”» —dijo Barbara Starkweather.

«Se ponía en pose como James Dean. Se paraba con un cigarrillo en la boca separando los labios para mostrar los dientes» —dijo La Veta Starkweather.

«Desde pequeño perdía los estribos. No creo que hubiera dejado de matarme» —afirmó Guy Starkweather.

«Siento que hayas sido tú, Charles, pero me alegro de que hayas muerto» —comentó Michael Lydon, periodista.

«... Si nos hubieran dejado solos, no habríamos lastimado a nadie» —dijo Charles Starkweather.

El proceso: Charles Starkweather fue enviado a Nebraska para ser enjuiciado y aquello le agradó. «... Wyoming tiene una cámara de gas y no me gusta el olor del gas.»

La noche de su arresto, desde una celda en la pequeña cárcel de Douglas, Charles le escribió una carta al mundo aunque iba dirigida a su padre: «Pero, papá, no me arrepiento de lo que hice porque fue la primera vez que Caril y yo nos pudimos divertir mucho. Me ayudó mucho, pero si vuelve no la odies, no tiene nada que ver con las muertes. Lo único que queríamos hacer era salir de la ciudad». Y se mantuvo frío y sin dar muestras de arrepentimiento durante todo el proceso. A veces, se

comportaba como un espectador más atraído por la violenta acusación («¡Es un asesino de sangre fría y nada más!») que pendiente del tiempo que le quedaba. Y con respecto a sus abogados y a su incesante parloteo aduciendo locura, Charles obstaculizó todo intento de que se le declarase insano.

Durante el juicio se entabló un diálogo entre Charles y James Reinhardt, un criminalista de Nebraska. Charles describió sus sueños o recuerdos y Reinhardt trabajó para catalogarlo en forma definitiva. Su veredicto para este joven que evidentemente estaba en camino de la silla eléctrica fue: «paranoico esquizofrénico con un deseo obsesivo de matar».

El fin: Charles Starkweather fue a la silla eléctrica el 25 de junio de 1959. Tardó cuatro minutos en morir.

M. T.

ASESINATOS EXITOSOS Y FRACASADOS

La palabra «asesino» deriva de la palabra «hashishim» o tomador de hachís. Un relato de Marco Polo habla de una fortaleza inexpugnable en las montañas de Persia dentro de la cual vivía el Viejo de la Montaña. Era la cabeza de una secta religiosa llamada los Ismaíles (1090-1256 a.C.). Cuando el Viejo quería matar a un enemigo político o religioso pedía voluntarios. Aquellos que se ofrecían tomaban vino mezclado con hachís. Mientras estaban dormidos eran transportados a un valle donde se les daba frutas, drogas y obtenían placeres sexuales. Después de un tiempo eran nuevamente drogados y regresaban a la fortaleza. Esta era su visión del cielo y el paraíso eterno, los cuales les eran prometidos a cambio de una absoluta lealtad. Polo dijo que el Viejo a veces les ordenaba saltar desde altas ventanas simplemente para impresionar a sus invitados.

La práctica del asesinato ha existido desde tiempos inmemoriales. Han tenido lugar en la historia miles de asesinatos políticos. Se calcula que se han perpetrado de 5.000 a 6.000 asesinatos desde fines de la Primera Guerra Mundial. La mayoría tuvieron poco o mediana importancia pero al menos 70 de ellos fueron de jefes de estado.

El Antiguo Testamento describe el asesinato del rey Eglon y de Sisera en el siglo XII a.C. Veinte emperadores romanos fueron asesinados,

incluyendo a Julio César, en el 44 a.C. (como resultado de una conspiración en la que estuvieron involucradas más de 60 personas). Cicerón, el orador romano que aprobó el asesinato de César porque todo el poder se había centralizado en un solo hombre, fue asesinado por los soldados de Marco Antonio. Su lengua que con tanta frecuencia había criticado a Antonio, le fue cortada por la esposa de éste (43 a.C.).

En doce siglos de historia irlandesa, desde el 4 a.C. hasta el 1172 d.C., fueron asesinados 31 de 78 reyes. Thomas Becket fue muerto en la catedral de Canterbury en 1170 porque se opuso a Enrique II en su intento de consolidar el poder del estado.

Jean-Paul Marat, uno de los dirigentes violentos de la Revolución Francesa, fue apuñalado por Charlotte Corday quien tenía 25 años (13 de julio de 1793). «Al ver que Francia estaba al borde de la guerra civil y persuadida de que Marat era el autor principal de esta catástrofe, prefería sacrificar mi propia vida para salvar mi país.»

Rusia ha tenido, bajo los zares y bajo los comunistas, un gran récord de asesinatos, incluyendo las muertes de Pablo I, Alejandro II, Nicolás II y Rasputín, así como numerosas purgas.

El zar Pablo I de Rusia, hijo de Catalina la Grande, creía que su autoridad tenía origen divino. Aterrorizó al pueblo, envió a un gran número de personas pertenecientes a todas las clases sociales a las cárceles de Siberia, negó a sus súbditos el derecho a viajar al extranjero y aplastó cualquier intento de reforma liberal. El 23 de marzo de 1801, con el consentimiento de su hijo Alejandro I, fue estrangulado con una bufanda por un grupo de conspiradores que ocupaban altos cargos. El hecho fue beneficioso para todos ellos. El nuevo zar se rodeó de liberales, organizó un programa de educación nacional, dio a los campesinos la posibilidad de comprar su propia tierra, promulgó una constitución liberal para Polonia y dio la libertad a los siervos de las provincias bálticas. Como un escritor criminalista, Edward Hyams, lo definiera: «Los terribles sufrimientos y la degradación de millones fueron en parte aliviados y se recuperó la esperanza». Con respecto a los asesinatos de los comunistas, Lenin sufrió dos atentados y Trotsky fue muerto en México, presumiblemente por uno de los agentes de Stalin, el 20 de agosto de 1940.

El rey Humberto I de Italia era tiránico hasta el extremo demencial. Trataba a sus colaboradores y a sus súbditos como esclavos, enroló en su ejército a hombres que le juraron lealtad a él y no a Italia, y en general sometió al país a una monarquía totalitaria. Fue asesinado por un conocido anarquista llamado Bresci el 29 de julio de 1900. El país se salvó de una dictadura absolutista. La acción de Bresci fue elogiada por los republicanos y por miembros de otros partidos como un sacrificio necesario y humanitario.

El 28 de junio de 1914, el archiduque austríaco Francisco Fernando fue asesinado por Gavrilo Princip, un miembro de un grupo clandestino servio que buscaba independizar a su país del imperio Habsburgo. Fernando era un fanático antisemita y un tirano cruel. El asesino fue capturado en la calle en el momento de disparar su revólver. (Véase también: Momentos culminantes de la historia mundial, cap. 1.)

En Japón han sido asesinados nueve primeros ministros desde 1860.

En USA, cuatro presidentes han muerto durante su mandato. Otros cuatro han sido el blanco de intentos de asesinato frustrados: Andrew Jackson, 30 de enero de 1835; Theodore Roosevelt, 14 de octubre de 1912; Franklin D. Roosevelt, 15 de febrero de 1933; Harry Truman, 1 de noviembre de 1950.

Otros asesinatos de importancia desde la Primera Guerra Mundial: Rosa Luxemburgo (agitadora socialista alemana), 15 de enero de 1919; Emiliano Zapata (dirigente revolucionario mejicano), 10 de abril de 1919; Pancho Villa (dirigente revolucionario mejicano), 20 de julio de 1923; Alvaro Obregón (presidente de México), 17 de julio de 1928; Engelbert Dollfuss (canciller de Austria), 25 de julio de 1934; Sergei Kirov (dirigente soviético), 1.º de diciembre de 1934; Jean Darlan (oficial naval francés y jefe de estado en África francesa), 24 de diciembre de 1942; Lavrenti Beria (jefe de la policía secreta de la URSS), 23 de diciembre de 1953; Patrice Lumumba (primer ministro de la República del Congo), 15 de septiembre de 1960; Rafael Trujillo (dictador de la República Dominicana), 30 de mayo de 1961; Ngo Dinh Diem (presidente de Viet Nam del Sur), 1.º de noviembre de 1963; Che Guevara (dirigente revolucionario

latinoamericano), 8 de octubre de 1967; Martin Luther King, Jr. (líder de los derechos civiles norteamericanos), 4 de abril de 1968.

M. S.

Famosos intentos de asesinato

La víctima: Alejandro II, zar de Rusia.

La fecha: 1.º de marzo de 1881.

El hecho: Sofía Perovskaya encabezaba el grupo de asesinos. Armados de bombas 4 hombres se emplazaron a lo largo de la ruta del zar (desde y hacia el Palacio de Invierno). Perovskaya se apostó en el lugar de un programado desfile militar. Cuando se dieron cuenta de que el zar no pasaría por la calle prevista cambiaron de posiciones. El carruaje del zar se demoraba pero al fin apareció. Un estudiante de 19 años llamado Rysakov se adelantó corriendo y arrojó una bomba. Fue apresado. El zar se bajó para resolver la situación. Otro hombre se abalanzó sobre él y se produjo una segunda explosión. Ambos, el zar y su asesino Ignaty Grinevitsky, resultaron gravemente heridos y murieron pocas horas después.

Los asesinos: A Fines de la década de 1870 la agitación social en Rusia había alcanzado un punto crítico. El abuelo de Alejandro, Pablo I, el hijo despótico de Catalina la Grande, había sido asesinado en 1801. La miseria que sufría el pueblo y la persecución policial de que era objeto lo sublevaron contra los regímenes zaristas y originaron un movimiento revolucionario que propugnaba la violencia contra la monarquía totalitaria como única vía de disensión efectiva.

La indignación y el espíritu de rebelión se extendieron por toda Rusia. En enero de 1878, Vera Zasulich, una joven tipógrafa del periódico clandestino *Tierra y Libertad*, disparó contra el general Trepov, jefe de policía de St. Petersburg, en represalia por los malos tratos a que había sometido a un prisionero político. Según una fuente, Trepov resultó gravemente herido pero «no murió y el abogado de la defensa convirtió el juicio que se le inició a la autora del atentado en una violenta crítica a la brutalidad policial. Ante la sorpresa general, Zasulich fue absuelta. El zar libró de inmediato una orden para que fuera arrestada nuevamente, pero una multitud entusiasta que se había formado a su alrededor en la calle después

de su liberación, la hizo desaparecer protegiéndola de la policía. Abandonó el país y se estableció en Alemania aclamada por su heroísmo».

El zar Alejandro II fue más liberal que sus predecesores. «Emancipó» parcialmente a los siervos ofreciéndoles la posibilidad de adquirir sus propias tierras y de poder pagar los impuestos exorbitantes, y promovió diversas reformas superficiales.

No obstante, la izquierda presionaba en pro de demandas básicas: libertad para los siervos, educación pública, libertad de expresión, jurados en los procesos. La izquierda, compuesta por estudiantes, precomunistas y campesinos, estaba en extremo impaciente con la continua represión de los zares y estimuló los movimientos revolucionarios al adoptar una política de violencia dirigida contra el Gobierno. El general Mezentzev, otro alto oficial de la policía de San Petersburgo, fue muerto a puñaladas a plena luz del día por Sergei Kravchinsky, director de *Tierra y Libertad*, quien logró escapar y se exilió. La violencia policial recrudeció.

El movimiento revolucionario se escindió en dos líneas políticas: socialistas no violentos llamados *Chorny Peredel* (División Negra; propugnaban la redistribución de la tierra), y los radicales llamados *Norodnaya Volya* (La Voluntad del Pueblo).

En agosto de 1879 los dirigentes de La Voluntad del Pueblo decidieron asesinar al zar Alejandro. Su plan inicial era volar el tren en el que viajaba. Se dividieron en dos grupos y simulando ser comerciantes alquilaron dos edificios ubicados en la ruta Imperial. Durante el día trabajaban en los comercios y por la noche cavaban túneles y minaban las vías.

El 18 de noviembre el tren del zar se acercó a la primera trampa mortal, la que estaba a cargo del respetado dirigente Andrei Zhelya- bov, siervo de origen y educado en la Universidad de Odesa con una beca. Los explosivos fallaron.

La segunda emboscada, 24 horas después, estuvo a cargo de Sofía Perovskaya y sus camaradas. De acuerdo a la información que tenían, el séquito imperial estaba formado por dos trenes, el primero de los cuales estaría destinado a comprobar si la ruta era segura y el segundo llevaría al zar. Sofía dejó pasar al primer tren y voló el segundo. El tren descarrilló

pero no hubo ningún herido grave. De todos modos, el zar viajaba en el primero.

Después de sufrir este revés, los revolucionarios se embarcaron en una serie de atentados ambiciosos, incluyendo una gran explosión debajo del comedor del Palacio de Invierno. Todos los atentados resultaron inútiles.

Finalmente Zhelyabov y Perovskaya, ahora amantes, formularon el plan que se concretó en el exitoso tiranicidio del 1.º de marzo. Su plan incluía la compra de un almacén en un sótano frente a la calle Malaya Sadovaya y el establecimiento de un comercio simulado de venta de quesos. Cavaron un túnel debajo de la calle y colocaron una carga explosiva para volar el carruaje del zar cuando éste pasara camino al Palacio. Además había cuatro hombres preparados con bombas para atacar al zar personalmente.

Poco antes del programado asesinato, Zhelyabov fue arrestado. Perovskaya sumió la responsabilidad de la dirección. El zar decidió transitar por otra ruta evitando entrar en Malaya Sadovaya de modo que el plan orquestado tomando como base la calle minada debió ser abandonado. Poco después Ignaty Grinevitsky salió súbitamente de entre la multitud e hizo explotar la bomba que provocó la muerte del zar y del mismo terrorista. Aparentemente en ese momento podía comenzar la revolución.

No fue así. Los esperados levantamientos no se materializaron. Una confusión paralizante siguió al asesinato y después que los seis conspiradores principales fueran procesados y ejecutados, las organizaciones revolucionarias se deterioraron rápidamente. El gobierno ultrarreaccionario que sucedió usó el violento asesinato para justificar la brutal represión de la ciudadanía y el movimiento revolucionario ruso se debatió en la esterilidad durante casi 10 años. Como dijo Edward Hyams:

«La elección fue clara: En tanto hubiera herederos, continuaría existiendo la monarquía. Era inútil asesinar a los zares a menos que se siguiera con la destrucción y el reemplazo de todo el sistema socio- político, desde la base hasta la cima. La mayoría de los reformadores no aprendieron aquella lección; sólo la rama bolchevique del movimiento Social Demócrata la tuvo en cuenta y, a su debido tiempo, actuó en consecuencia.

M. S.

La víctima: Henry Clay Frick, presidente y hombre fuerte de la Compañía de Acero Carnegie. Frick era un archienemigo de los trabajadores y de los sindicatos. Su compañía era propietaria de grandes hornos de coque en los que estaban prohibidas las asociaciones y en donde los obreros trabajaban en pésimas condiciones. Fue incorporado a la compañía por su socio Andrew Carnegie para controlar los explosivos conflictos que se estaban desarrollando en las fábricas más grandes de la compañía en Homestead, cerca de Pittsburgh. Al expirar el convenio vigente, Frick rehusó reconocer al sindicato e intentó cerrar las fábricas y despedir a todos los empleados, quienes entonces deberían solicitar trabajo individualmente. La amenaza fue clara: «No una huelga, sino un “lockout”», anunció Frick. Los obreros pidieron que se les concediera el derecho de negociar colectivamente y la reacción pública no se hizo esperar ante los manejos arbitrarios de Frick. Emma Goldman describió lo que sucedió a continuación:

«Frick había fortificado las fábricas de Homestead, había construido una alta valla a su alrededor. Después, a la noche, una barcaza con rompehuelgas protegidos por unos cuantos asesinos de Pinkerton fuertemente armados se acercó silenciosamente por el río Monongahela. Los obreros se habían enterado del movimiento de Frick. Se apostaron a lo largo de la orilla dispuestos a hacer retroceder a los mercenarios. Cuando la barca estuvo a poca distancia de ellos, los de Pinkerton abrieron fuego sin avisar y mataron a un número de hombres de Homestead que estaban en la orilla, entre ellos un niño, e hirieron a otros.»

Fueron estas acciones de Frick las que provocaron el atentado contra su vida perpetrado por un joven intelectual anarquista de origen ruso, Alexander Berkman.

La fecha: el 23 de julio de 1892.

El hecho: Berkman, un hombre extremadamente amable y sensible, quedó impactado por estos asesinatos y por la explotación de los obreros de Homestead. Se sintió impulsado a asesinar al industrial tirano como primera medida tendente a liberar a sus queridos camaradas. Esperaba morir por este acto. El 23 de julio Berkman llegó a Homestead y se las ingenió para entrar en la oficina de Frick. Describió la acción en sus memorias:

«Por un instante la luz del sol que entraba a raudales por las ventanas me encegó. Distinguí dos hombres en el otro extremo de una larga mesa... Fr..., comencé. El terror que se reflejaba en su rostro me impidió hablar. Era el miedo que se siente al tener conciencia de la propia muerte. “Se da cuenta”, me relampagueó en la mente. Con un rápido movimiento saqué el revólver. Al levantar el arma vi que Frick asía con ambas manos el brazo del sillón e intentaba levantarse. Apunté a su cabeza. “Quizás lleva chaleco blindado”, reflexioné. Con una mirada de terror apartó rápidamente la cara mientras yo apretaba el gatillo. El disparo resonó en la habitación como si fuera el de un cañón. Oí un grito agudo y prolongado y vi a Frick doblado sobre sus rodillas con la cabeza sobre el brazo de la silla. Me sentía tranquilo y estaba concentrado, atento a cada movimiento del hombre. Tenía la cabeza y los hombros debajo del sillón y no hacía ningún movimiento ni emitía ningún sonido. “¿Muerto?”, me pregunté. Debía estar seguro. Nos separaban alrededor de 6 metros. Di unos pasos hacia él cuando de pronto el otro hombre, de cuya presencia me había olvidado por completo, saltó encima mío. Luché por librarme de él. Se veía delgado y pequeño. No quería herirlo: no tenía nada contra él...»

Berkman continuó forcejeando con este agresor, disparó otra vez contra Frick pero el «otro» hombre le golpeó la mano y desvió el disparo. Berkman intentó hacer fuego una vez más pero no hubo ningún disparo. Luego lo golpearon por detrás con un objeto contundente y se desplomó.

«Sentí voces confusas. Intenté levantarme penosamente. Sentía la presión de muchos cuerpos sobre mí. ¡Oí la voz de Frick! ¿No había muerto?... Me arrastré en dirección a la voz llevando conmigo a los hombres que me sujetaban. ¡Tenía que sacar el puñal de mi bolsillo! ¡Tenía que hacerlo! Golpeé con él varias veces las piernas del hombre que estaba junto a la ventana. Escuché los gritos de Frick... había muchos gritos y golpes...; me tiraban de los brazos y me los retorcían y me levantaron en vilo.

»Me rodearon policías, empleados y obreros vestidos con monos. Un oficial me tiró la cabeza hacia atrás agarrándome del cabello y mis ojos se encontraron con los de Frick. Estaba delante mío sostenido por varios hombres. Tenía la cara de un gris ceniciento, la barba negra manchada de

rojo y le sangraba el cuello. Por un instante tuve un sentimiento extraño, como de vergüenza, algo tan poco propio de un revolucionario. Lo miré directamente, desafiante y lleno de odio...»

Berkman fue arrestado y pasó los siguientes catorce años en prisión. Frick se reintegró a su trabajo en el término de una semana.

El autor del atentado: Alexander Berkman nació en un próspero hogar judío en Vilna, Rusia, en 1870. El populismo ruso se agitaba en torno a él y uno de sus tíos era un activo revolucionario. A los 12 años, Berkman escribió un ensayo negando la existencia de Dios. Leía literatura revolucionaria a los 15 y fue expulsado de la escuela por «ateísmo precoz, tendencias peligrosas e insubordinación».

El joven Berkman quedó huérfano en 1887 y 6 meses después dejó su país para empezar una nueva vida en América. Al llegar a Nueva York, Berkman fue enormemente influenciado por el ahorcamiento de los mártires de Haymarket llevado a cabo hacía tres meses. Se unió a grupos anarquistas y comenzó su intensa carrera de agitación contra el autoritarismo. Durante este período, Berkman conoció a Emma Goldman con quien entablaría una larga relación.

Cuando se produjo el *lockout* de Homestead, Berkman y Goldman vivían juntos con otra pareja en Worcester, donde habían abierto una heladería. Cuando llegaron las noticias de la lucha de los obreros, Berkman reaccionó. Emma escribió:

«“¡Homestead! —exclamó—. ¡Debo ir a Homestead!” Le eché mis brazos gritando su nombre. Yo también iría... Nunca había oído hablar a Sasha de un modo tan elocuente. Parecía tener mayor estatura. Se veía fuerte y desafiante, su rostro tenía una luminosidad interna que lo hacía aparecer más hermoso que nunca ante mis ojos.»

Fueron a Homestead, escribieron un manifiesto y regresaron a Nueva York. Entonces les llegaron las noticias de la matanza de Pinkerton. Quedaron pasmados. «Frick es el responsable de este crimen y deberá sufrir las consecuencias», dijo Berkman. Resuelto a eliminar a Frick, Berkman intentó infructuosamente fabricar una bomba casera. Emma salió a la calle como prostituta para obtener dinero con que comprarle un revólver a

Berkman. Fue recogida por un bondadoso caballero de 60 años que al advertir que no era una profesional, la envió a casa con 10 dólares.

Alexander Berkman intentó asesinar a Frick y falló. Fue a prisión a la edad de 21 años y salió a los 35. Durante su encarcelamiento estudió y escribió mucho y perdió la fe en la eficacia revolucionaria de los actos individuales de violencia. Desde el momento de su excarcelación en 1906 hasta que fue deportado en 1919, Berkman se convirtió, junto con Emma Goldman, en la figura más destacada del anarquismo en USA. Organizó asambleas y manifestaciones de obreros y desocupados. Editó *Mother Earth*, uno de los mejores periódicos libertarios, y muchos libros de Emma Goldman, incluyendo su autobiografía. Colaboró en la fundación de la *Ferrer Modern School*^[2] basada en principios libertarios y trabajó allí de maestro. Realizó muchas giras dando conferencias para combatir la creciente histeria de la primera Guerra Mundial. Luchó incesantemente por la libertad de los presos políticos que sufrían condenas injustas y organizó comités de defensa legal en todo el país.

En 1916 Berkman fundó *The Blast*, una publicación anarquista en San Francisco. En 1917 regresó a Nueva York para promover agitaciones contra los militares y por esta acción fue arrestado y sentenciado a dos años en la Prisión Federal de Atlanta. De los dos años, pasó 7 meses en confinamiento solitario por protestar contra el trato que recibían los presos.

Berkman y Goldman fueron deportados en 1919. De vuelta en Rusia, viajaron por la nueva nación de Lenin recogiendo material para el Museo Oficial de la Revolución. Sin embargo pronto se desilusionaron de las prácticas autoritarias del nuevo régimen, particularmente de los arrestos masivos de los anarquistas rusos, la destrucción de la guerrilla armada anarquista de Makhno y la represión de que fue objeto el levantamiento libertario de Kronstadt en 1921. Sentían que la verdadera revolución había sido traicionada. Ambos abandonaron Rusia.

Berkman emigró primero a Estocolmo, luego a Berlín y finalmente se estableció en Francia donde, solo y exhausto, continuó escribiendo y organizando. Publicó un manual de filosofía anarquista, *Now and After. The ABC of Communist Anarchism* en 1929 y vivió con estrecheces haciendo

traducciones, publicaciones y ocasionalmente escribiendo para editores europeos y americanos. También recibió ayuda de amigos y camaradas.

Cada vez más deprimido y enfermo, Berkman finalmente murió el 28 de junio de 1936, tres semanas antes del estallido de la República Española.

H. L. Mencken, el destacado autor y periodista norteamericano, escribió que Berkman era un «hombre de una honestidad transparente... el espíritu más lúcido y valiente que se haya visto entre nosotros desde la Guerra Civil».

M. S.

La víctima: William McKinley, 25.º presidente de USA.

La fecha: el 6 de septiembre de 1901.

El hecho: El presidente estrechaba las manos de una animada fila de correligionarios en el Templo de la Música en la Exposición Panamericana de Búfalo, N.Y. Cincuenta soldados y agentes del servicio secreto recorrían el edificio y, a pesar de que no se hicieron registros, la multitud fue cuidadosamente examinada. El presidente, flanqueado por sus ayudantes y varios agentes, quería estrechar más manos y pidió que la fila fuera más rápido.

Un ex obrero fabril y peón de 28 años llamado León Czolgosz se movió en dirección a McKinley y extrajo un revólver Iver Johnson calibre 32 de su bolsillo. Sosteniéndolo en su mano derecha, lo envolvió en un gran pañuelo blanco. La fila continuó avanzando. Un agente del servicio secreto le tocó el hombro. Czolgosz (se pronuncia Chol-gots) se dio vuelta lentamente. «¿Se ha lastimado la mano?», preguntó el agente. Czolgosz negó con la cabeza. «Quizás sea mejor que vaya a una estación de primeros auxilios...» Czolgosz sacudió la cabeza y luchó por mantener la voz calma. «Más tarde —murmuró—, después de que salude al presidente. He esperado mucho tiempo». Czolgosz se acercó a McKinley y dijo: «Disculpe que le dé la mano izquierda, señor presidente». McKinley le estrechó su mano izquierda y el peón siguió. Después que varios ciudadanos más saludaron al presidente, Czolgosz se detuvo otra vez a no más de un metro de aquél. El agente de servicio secreto Samuel Ireland tomó a Czolgosz del hombro para que avanzara. Czolgosz quitó la mano del agente y con un rápido movimiento hacia adelante disparó dos veces seguidas. Eran las 4.07 p.m.

Una de las balas fue desviada por el esternón de McKinley pero la otra le perforó el estómago y se alojó en los músculos de su espalda. McKinley se estremeció, se puso rígido, miró a Czolgosz estupefacto y se desplomó en brazos de quienes lo rodeaban. No perdió el conocimiento. Czolgosz fue derribado y golpeado varias veces por 8 o 9 guardias. «¡Moderaos, muchachos!», parece haber dicho McKinley. Czolgosz murmuró: «He cumplido con mi deber». El presidente murió 8 días más tarde.

El asesino: León Czolgosz afirmó ser un anarquista. Declaró que no creía en los gobiernos, en los gobernantes, en el voto, en la religión ni en el matrimonio. Los historiadores señalan que una semana antes del asesinato un periódico anarquista, *Free Society*, había publicado una advertencia contra Czolgosz denunciándolo como espía, como agente policial y maniático peligroso. Czolgosz había establecido contactos con grupos anarquistas como el *Liberty Club* de Cleveland, pero provocó una reacción negativa en sus miembros debido a su ignorancia de la literatura libertaria y a sus indiscretas preguntas sobre la violencia y los asesinatos. Se dijo que Czolgosz se acercó a los grupos radicales más en busca de compinches para sus planes ya elaborados que para enriquecerse o por un sentido comunitario. Se dijo que tenía nada más que un conocimiento superficial de los principios del antiautoritarismo y que basaba gran parte de su deseo de ser un anarquista en un recorte de diario que describía el asesinato, en Italia, del rey Humberto I perpetrado por el autoproclamado anarquista Gaetano Bresci el 29 de julio de 1900.

Sin embargo Emma Goldman escribió en su autobiografía que ella elevó una protesta al editor del *Free Society* pidiendo pruebas que justificaran la «indignante acusación» contra Czolgosz. Aparentemente no se disponía de ninguna y el periódico se retractó admitiendo que se había cometido un error. Goldman recordó que Czolgosz era un estudioso consciente de la literatura libertaria y que siempre buscaba «los libros correctos». La mayoría de los historiadores no mencionan esto y prefieren retratar a Czolgosz como un fracasado social, una criatura vil incapaz de comprender una filosofía política o un acto derivado de una idea personal positiva.

Czolgosz nació en Detroit en 1873, poco tiempo después de que sus padres llegaran de Polonia. Su padre trabajaba en las cloacas. Su familia

consideraba que era el mejor educado de sus ocho hijos y si bien su infancia fue relativamente «normal», a medida que crecía se fue aislando cada vez más. A los 16 años trabajaba en una fábrica de botellas. Cuando su familia se trasladó a Cleveland entró a trabajar en una planta eléctrica en la que se le consideró un buen trabajador fijo. Entregó sus ahorros a su familia para que los invier- tiera en la compra de una granja de 51 acres.

En 1893 los obreros de la planta se declararon en huelga y esto produjo un profundo impacto político en Czolgosz. Él y su único amigo —su hermano mayor Waldek— comenzaron a rebelarse contra la Iglesia Católica que los había atormentado durante su infancia. En 1894 León conoció a un tapicero de Cleveland llamado Antón Zwolinski que era el dirigente de un grupo de educación polaco en el que se discutían abiertamente el socialismo y el anarquismo. A pesar de ser una persona muy retraída, Czolgosz se hizo miembro de un club socialista que se reunía encima de la tienda de comestibles de su padre. Luego se lo recordó como una presencia silenciosa durante las reuniones a las que asistía

León trabajó continuamente hasta 1898 —tres años antes del asesinato— cuando experimentó una especie de «quebrantamiento» cuya naturaleza no resulta muy clara. Dejó su trabajo y se retiró a la granja de la familia donde pasaba el tiempo apartado de los demás, leyendo y haciendo cacharros de alfarería.

En 1900 Czolgosz asistió a una conferencia de la violenta anarquista Emma Goldman. Más tarde fue a buscarla a su hotel pero ella estaba demasiado ocupada como para prestarle mucha atención. Completamente solo, Czolgosz se trasladó a West Seneca, una pequeña ciudad cerca de Buffalo, y se fue a vivir a una pensión. Esto fue antes de que se anunciara que McKinley asistiría a la exposición panamericana. No se sabe cuándo Czolgosz decidió asesinar al presidente a pesar de que después de su captura, él afirmó que concibió la idea unos pocos días antes de llevarla a cabo.

En una confesión manuscrita posterior al asesinato, Czolgosz manifestó que no creía que «un hombre pudiera disponer de tantos servicios mientras que otro no tuviera ninguno». Se quejó de que «McKinley anduviera por

todo el país alardeando de la prosperidad cuando no había prosperidad para el pobre».

Czolgosz fue acusado de asesinato en primer grado y se le inició juicio el 23 de septiembre de 1901. Se asignaron al caso dos viejos abogados. No presentaron testigos y no respondieron al unánime dictamen médico de que León era completamente sano. Czolgosz se negó a hablar con sus abogados. No demostró ningún interés en los procedimientos, se negó a prestar declaraciones y recibió el veredicto de culpabilidad sin la menor emoción. El juicio duró 8 horas y 26 minutos.

En la mañana del 29 de octubre de 1901, León Czolgosz fue atado a la silla eléctrica en la prisión estatal de Auburn. «Maté al presidente porque era el enemigo de la buena gente, de la buena gente trabajadora. No me arrepiento de mi crimen», dijo.

A las 7.12 a.m. se descargaron 1.800 voltios de electricidad en su cuerpo durante 7 segundos, luego 300 voltios durante 23 segundos, luego 1.800 voltios durante 4 segundos y finalmente 300 durante 26 segundos. Se interrumpió el contacto. El médico de la prisión ordenó que se le aplicaran otros 1.800 voltios durante 5 segundos y luego se dictaminó que Czolgosz había muerto. Se echó ácido sulfúrico dentro de su ataúd y los médicos estimaron que su cuerpo se descompondría en el término de 12 horas.

Consecuencias: El asesinato de McKinley trajo aparejado una ola de arrestos y ataques a los anarquistas de USA, incluyendo a Emma Goldman y a Johann Most y llevó a la promulgación de las rígidas leyes antianarquistas de inmigración de dos años más tarde. El acto de Czolgosz inflamó significativamente la hostilidad pública contra la causa por cuyo progreso aquél había arriesgado todo... y había perdido.

M. S.

La víctima: Huey P. Long, el poderoso y extravagante «rey de la pesca» de la política de Louisiana, fundó una gran dinastía sobre la base de la reforma social y el bienestar creciente así como de la corrupción y la codicia personal. Huey Long odiaba los grandes negocios pero no la gran política. Su carrera atrajo la atención de todo el país y ha sido el tema de un considerable número de novelas, películas y estudios. Ha sido llamado de

todo, desde dictador a radical. Long era un senador con aspiraciones presidenciales en la época en que se produjo su muerte.

La fecha: el 8 de septiembre de 1935.

El hecho: Las circunstancias reales de la muerte de Long son oscuras y los relatos escritos están llenos de contradicciones.

He aquí la versión oficial y al mismo tiempo la más aceptada generalmente: Long asistía a una sesión especial de la Casa de Representantes en Baton Rouge, Louisiana. Cuando los legisladores estaban por suspender la sesión, Long se dirigió al despacho del gobernador. Sus cinco guardaespaldas lo esperaban afuera. Long reapareció en seguida y corrió hacia abajo por uno de los corredores del Capitolio; sus guardaespaldas lo siguieron. De detrás de una columna se aproximó a Long un joven médico de 29 años llamado Cari Weiss. Estaba vestido con un traje de hilo blanco y llevaba una automática calibre 32. Sin decir una sola palabra, Weiss efectuó un disparo que hirió a Huey Long en el bajo vientre del lado derecho. Long gritó, se apretó el costado derecho y corrió por el hall. Weiss fue desarmado instantáneamente; le dispararon dos veces y quedó tendido en el suelo de mármol. Los guardaespaldas descargaron salvajemente sobre su cuerpo una lluvia de balas y cuando todo terminó el traje blanco de hilo de Weiss quedó teñido de rojo por las heridas de bala de armas largas calibre 61 que recibió. Después de 30 horas y 44 minutos de intenso tratamiento médico también murió Huey Long.

Se ha registrado un apreciable número de distintas versiones y debe descontarse gran parte de las declaraciones de los testigos porque aquellos que dieron su testimonio —los guardaespaldas de Long y algunos partidarios— pudieron matar al «rey de la pesca» en medio de la explosión de la descarga cerrada. Se ha sugerido que quizás Weiss golpeara a Long en la cara (Long tenía un corte inexplicable en la boca y se pretende que dijo: «¡Es ahí donde me golpeó!») y después recibió el disparo. Se ha sugerido que los guardaespaldas —después de un incidente que no está claro— registraron a Weiss rápidamente, encontraron el revólver y lo dispararon. (La bala que mató a Long junto con las demás fueron ocultadas por la policía; no se sabe qué bala lo mató.) Weiss pudo haber intentado matar a Long y pudo haber errado el disparo; o quizás Weiss ni siquiera intentó

asesinar al senador (sin embargo todo indica que *llevaba* su 32, algo poco común en un médico).

Los únicos testigos que declararon en el interrogatorio judicial fueron los guardaespaldas de Long y los amigos y todos contaron en general la misma historia (la versión oficial) a pesar de lo cual hubo pequeñas contradicciones en los testimonios que quedaron sin resolver. Dos libros ampliamente documentados (*The Huey Long Muraer Case* de Hermann B. Deutsch, Doubleday, y *The Doy Huey Long Was Shot* de David H. Zinman, Ivan Obolensky Pub.) presentan grandes divergencias y aun versiones opuestas, cada una de las cuales está apoyada por evidencias razonables.

El asesino: Cari Austin Weiss, un médico brillante y de aspecto sereno así como buen padre de familia, nació en Baton Rouge el 18 de diciembre de 1905. Después de trabajar como interno en el Hospital Bellevue de Nueva York, Weiss entró a trabajar con su padre en Baton Rouge en 1932. Se casó con Yvonne Pavy, hija del juez Benjamín Pavy, un oponente político de Huey Long.

Weiss odiaba a Long, sus padres odiaban a Long y la familia de su esposa odiaba a Long. Sin embargo el interés de Weiss por la política no se manifestó en ninguna de las típicas actividades políticas. Aparentemente, ni siquiera le gustaba hablar del tema. Su trabajo y su vida familiar le consumían casi todas las energías. Cuando no estaba atendiendo pacientes u operando, Weiss diseñaba instrumentos médicos. Se le consideraba como un «médico de médicos» y como el más experimentado especialista joven de Louisiana en otorrinolaringología.

El día del asesinato de Long, el doctor Weiss pareció estar absolutamente normal y, en efecto, manifestó que iba a practicar una operación a la mañana siguiente.

M S.

La víctima: Adolf Hitler, canciller de la Alemania nazi.

La fecha: 20 de julio de 1944

El hecho: Durante varios años una conspiración en gran escala del ejército alemán había intentado eliminar al Führer. Se colocaron bombas de tiempo en su avión pero éstas no explotaron. Tres oficiales jóvenes que usaban los uniformes alemanes más modernos, se ofrecieron como

voluntarios para llevar bombas bajo sus abrigos y hacerlas explotar al presentarse ante Hitler. Sin embargo Hitler se retiró antes de que esto pudiera llevarse a cabo. Se desarrolló un plan similar para esconder bombas de tiempo en uniformes militares pero también falló. En una oportunidad, un conspirador se presentó en una conferencia de alto nivel con una bomba en su cartera. Hitler no apareció. Otro atentado suicida se basaba en un plan para asesinar al Führer en una galería de arte y, otra vez, Hitler se fue antes y el portador de la bomba tuvo que marcharse de prisa.

Adolf Hitler no era un blanco fácil. Esperaba que se atentara contra su vida y tomaba brillantes medidas de precaución. Durante sus últimos años, Hitler aparecía en público lo menos posible y permanecía oculto en su cuartel general. Comunicaba sus planes de viajes a muy pocos funcionarios y casi siempre los cambiaba en el último minuto. Llegaba temprano, se iba temprano y, como Robert Payne escribió en su biografía, «rara vez estaba donde la gente esperaba que estuviera». Hitler sospechaba que el ejército conspiraba contra él puesto que era el único gran sector de la estructura de poder que no había sido creado por los nazis y no estaba bajo su control. El Führer desplazaba constantemente a los altos oficiales de un comando a otro de modo que no tuvieran tiempo de organizar una conspiración. El canciller se rodeaba de buenos tiradores. Usaba un chaleco a prueba de balas y una chapa de acero de 3 pulgadas como forro bajo su gorra militar. Era un hábil tirador y siempre llevaba un revólver. Finalmente, el Führer poseía un sentido especial que le advertía de cualquier peligro inminente y afirmaba que también estaba protegido por la Divina Providencia.

La conspiración para matar a Hitler culminó el 20 de julio de 1944 con un plan de asesinato que estaría seguido por un golpe de estado coordinado de un modo impreciso. Para esta época la invasión de Norman día había asegurado la derrota de Alemania, pero quizá los conspiradores esperaran poder evitar la manía suicida que Hitler habría de desencadenar en la nación.

Eran las 12.30 del mediodía. El coronel Claus von Stauffenberg (Klaus Phillip Schenk), jefe del comando del ejército de reserva, llegó para encontrarse con Hitler y dos docenas de altos oficiales en «la guarida del lobo», el cuartel general que servía al Führer de refugio en Rastenberg,

Prusia Oriental. La conferencia programada para la 1 p.m. ya había comenzado porque Hitler debía encontrarse con Mussolini a las 3 en punto. Stauffenberg, que había estado hablando con los ayudantes de Hitler en la sala de guardia del bunker, entró furtivamente en el baño y activó el fusible de ácido conectado a las 2 libras de explosivo plástico inglés que tenía en la cartera. Faltaban 10 minutos.

La sala de conferencias se trasladó del bunker de cemento a *Lagebaracke*, una estructura más liviana con tres ventanas. Stauffenberg estaba decepcionado porque la carga explosiva de una bomba es mucho más letal si queda contenida dentro de un área cerrada.

A pesar de los cambios improvisados, Stauffenberg tenía acceso a la sala de conferencias y su presencia no despertaría sospechas. Pasaron tres minutos. Cuando entró a la sala, el general Heusinger estaba explicando en forma global la situación militar. El pequeño recinto estaba casi totalmente ocupado por una mesa de roble maciza soportada por dos enormes tablas también de roble. Alrededor de la mesa estaban sentados Hitler y 23 nazis de alto rango. El resto de los asistentes permanecían de pie.

Stauffenberg ocupó su lugar a metro cincuenta de Hitler en el lado derecho de la mesa y apoyó la cartera en la parte interior de uno de los soportes de roble. Murmurando algo acerca de una llamada telefónica, Stauffenberg abandonó repentinamente la habitación y el general Heusinger continuó con su informe. El coronel Brandt que estaba sentado a la derecha de Hitler con tres sillas de por medio movió la cartera de Stauffenberg hacia el lado exterior del soporte de roble, quizás porque le molestaba. El mariscal de campo Keitel, uno de los más altos ayudantes de Hitler, comenzó a preocuparse de que Stauffenberg no regresara a tiempo para dar su informe y envió a un subordinado en su busca. Este regresó para informar que no podía localizar al coronel.

Cuando Hitler se inclinó sobre la mesa para mirar un mapa, la bomba explotó. Los cuerpos fueron violentamente despedidos y las paredes y el techo volaron. Murieron cuatro personas y varias resultaron gravemente heridas. El Führer quedó afectado por el impacto, sufrió quemaduras menores y daños en los tímpanos pero se salvó gracias a la protección de la pesada mesa de roble. Se recobró lo suficiente como para reunirse con

Mussolini dos horas después. Stauffenberg vio la explosión desde una distancia de 70 metros y luego se las ingenió para salir del lugar y subirse a un avión. Creyendo que habían matado a Hitler, Stauffenberg y sus conspiradores pusieron en movimiento los aviones para tomar el poder.

El casi-asesino: El coronel Claus von Stauffenberg, de 37 años de edad, era un «liberal» dentro del contexto de la Alemania de tiempos de guerra. En 1936 ya “despreciaba a Hitler y se dijo que lo llamaba «el bufón» y «el enemigo del mundo». Stauffenberg preparó un programa de paz para la elección libre del gobierno, y propuso al líder socialista Julius Leber como candidato para cubrir el cargo de ministro del Interior.

La conspiración de la que participó Stauffenberg involucró fundamentalmente a oficiales aristocráticos o a militares puros que ocupaban cargos intermedios. Estos oficiales se agruparon tanto por su posición social como por su desconfianza hacia los nazis. Gran parte de su resistencia estaba motivada por un patriotismo de tendencia derechista. Pensaban que Hitler estaba destruyendo al país y muchos de ellos censuraban la inmoralidad de los actos de Hitler.

Algunos de los principales conspiradores ocupaban altos cargos. El general Ludwig Beck fue jefe del Alto Mando del Ejército hasta que en 1938 dimitió en protesta contra Hitler. Beck había sido la cabeza efectiva de la resistencia contra el Führer. El almirante Wilhelm Canaris fue jefe de Inteligencia Militar desde 1935 a 1944. Canaris junto con sus colaboradores Hans von Dohnanyi (asesor legal) y el mayor general Hans Oster (jefe de personal) fueron organizadores claves de la conspiración.

Otras figuras principales de la resistencia fueron el general Olbrich, quien trabajó junto con Stauffenberg, el teniente Schlabrendorff y el mayor Tresckow, quienes intentaron sin éxito liquidar a Hitler y a gran cantidad de sus colaboradores militares y civiles, o que bien participaron o respaldaron a la oposición.

La conspiración contra Hitler no estuvo en manos de un grupo de fanáticos. Estos hombres eran organizados y ambiciosos. En 1939 algunos agentes de la resistencia alemana visitaron a Winston Churchill y le informaron de sus planes. En 1943, un conspirador se reunió con el director de Inteligencia de USA, Allen Dulles, para activar los contactos entre los

aliados y la resistencia. En 1944 Rommel y otros comandantes importantes fueron invitados a sumarse a los conspiradores, o al menos a apoyarlos, después del golpe. Sin embargo, Rommel no aceptó puesto que era más partidario de que se arrestara y juzgara a Hitler que de asesinarlo. La mayoría de los generales preferían esperar los resultados del golpe antes de comprometerse con las fuerzas antinazis.

¿Qué pasó con la conspiración después que Stauffenberg fracasó en su intento de matar a Hitler? Durante dos horas tensas, Beck, Olbricht y los conspiradores que estaban en Berlín esperaron la señal de la guarida del lobo en la tarde del 20 de julio de 1944. No llegó ningún mensaje. Stauffenberg abordó su avión a las 3.42 p.m. Mientras estaba en vuelo, Olbricht en Berlín decidió seguir con el planeado golpe de estado. Se esperaba que se movilizaran unidades del ejército de reserva, rodearan el Centro Administrativo de Berlín —después de la muerte de Hitler— y que acataran las órdenes de los conspiradores quienes formarían el nuevo mando militar.

Se anunció la muerte del Führer y sobrevino una gran confusión. Los conspiradores llevaron a cabo muchos arrestos y los leales, por su parte, efectuaron contraarrestos. Stauffenberg llegó alrededor de las 5 p.m. y «confirmó» la muerte de Hitler. La Oficina de Guerra —cuartel general de los conspiradores— fue centro de una nueva actividad. Se hicieron llamadas telefónicas a los comandos europeos para anunciar el golpe y fueron arrestados más nazis, pero ya se dudaba de la veracidad del asesinato. Las unidades del ejército de reserva se desplazaron con demasiada lentitud y los conspiradores no pudieron tomar el Ministerio de Propaganda ni la emisora central de radiodifusión.

A las 6.45 la emisora de Goebbels transmitió a la nación la confirmación oficial de que Hitler estaba vivo. Los conspiradores continuaron con sus desesperadas llamadas telefónicas pero la cortina se estaba cerrando. A la noche un pequeño grupo de comandos de la SS irrumpió en la Oficina de Guerra y los arrestó. Inmediatamente se organizó una corte marcial que dictó sentencias de muerte. Al general Beck se le dio la opción del suicidio o el arresto. Eligió lo primero. Stauffenberg, Olbricht y los otros fueron ejecutados por un pelotón de fusilamiento.

En los días y semanas que siguieron, Canaris, Oster, Schlabrendorff, Tresckow y otras figuras principales fueron arrestados y ejecutados de inmediato o al poco tiempo. Según una fuente, se practicaron 7.000 arrestos y las «cortes populares» de los nazis dictaron 2.000 sentencias de muerte (no se permitieron pruebas a favor de los acusados).

El Führer ordenó que algunos conspiradores fueran colgados «como reses». De acuerdo a esto, un grupo de infortunados fue suspendido con ganchos de carne en las barracas de Plotzensee. Se filmaron películas del suceso y Hitler las tuvo inmediatamente en su sala de proyección personal para verlas.

M. S.

La víctima: Mohandas Karamchand Gandhi. Nació el 2 de octubre de 1869. Una de las figuras más respetadas de la historia moderna, Gandhi pasó su vida practicando y promoviendo la no violencia e hizo más que nadie por liberar a India de la hegemonía británica.

La fecha: el 30 de enero de 1948.

El hecho: Eran las 5.13 p.m. del 30 de enero de 1948. En la Casa Birla de Delhi, Mahatma (que significa «alma grande») Gandhi salió de su cuarto para presidir una reunión religiosa en los jardines. Gandhi subió los escalones de ladrillo que conducían al parque sonriendo a la multitud que se apartaba para darle paso. De pronto un hombre con un jersey verde y una americana caqui corrió hacia donde estaba Gandhi, se inclinó brevemente y luego disparó tres veces al pacifista de 78 años —una vez en el abdomen y dos veces en el pecho—. Gandhi gritó «¡Hai Rama!, ¡Hai Rama!» antes de caer mortalmente herido. El asesino fue apresado, golpeado y luego se lo llevaron arrastrando.

Los asesinos: Nathuram Godse tenía 37 años cuando mató a Gandhi. Era director de un diario nacionalista hindú. En cuanto a su temperamento, era reservado y atento. Su padre era un burócrata de pueblo que no estaba en condiciones de proporcionar a su hijo una educación formal. Godse trabajó como sastre y luego, a los 20 años, decidió dedicar su vida al Mahasabha Hindú, una organización político-religiosa antimusulmana que odiaba a Gandhi por su tolerancia a las creencias no hindúes.

Godse fue uno de los organizadores y partícipe principal de una conspiración que planeaba, algo torpemente, asesinar a Gandhi y que comenzó a desarrollar su plan en agosto de 1947. Godse decidió que un grupo armado tendría más posibilidades de éxito que un solo ejecutante y pasó varios meses reuniendo camaradas y armas. Los principales conspiradores eran:

- Gopal Godse, el hermano menor de Nathuram;
- Narayan Apte, el gerente de producción del periódico de Godse;
- Mandanlal Pahwa, un joven que había visto a un grupo musulmán asesinar a su padre y a su tía; era considerado uno de los hombres de acción más significativos en la conspiración;
- Vishnu Karkare, dueño de un restaurante y representante oficial del Mahasabha, también patrón de Pahwa;
- Shankar Kistayya, el más joven del grupo; analfabeto; sobre todo, era el portador de armas ilegales;
- Digambar Badge, vendedor de libros y proveedor de armamento;
- Vinayak Savarkar, un importante oponente político de Gandhi que se había retirado y que sería inevitablemente sospechoso de participar en una conspiración debido a su antagonismo con respecto a Gandhi. No se ha establecido su vinculación exacta con los conspiradores, si bien se cree que fue visitado por Godse y otros en momentos cruciales.

La conspiración tuvo continuos contratiempos en sus esfuerzos por asegurarse armas. A pesar de todo, finalmente consiguieron 2 pistolas, 5 granadas de mano y 2 planchas de algodón pólvora (explosivo). Los conspiradores intentaron inicialmente matar a Gandhi en la Casa Birla el 20 de enero de 1948. Pensaban colocar una de las planchas de algodón explosivo durante una reunión religiosa y, cuando cundiera el pánico, atacar a Gandhi con revólveres y granadas. En los preparativos de último momento se produjo una gran confusión. No pudieron decidir quién llevaría los revólveres y quién las granadas de mano. No se pusieron de acuerdo acerca de si dispararían por los intersticios de la pared de atrás o si entrarían para ello al jardín. No sabían si atacar a Gandhi de frente o por la espalda. Se dieron cuenta de que sus revólveres no funcionaban. Y, por último, olvidaron cambiar su aspecto hasta el último minuto.

Tenían una apariencia descuidada cuando llegaron a la reunión. Después de algunos cambios de último momento en los planes, se ubicaron alrededor del jardín. Pahwa hizo detonar la plancha de algodón explosivo a la vista de todos. No se produjo la reacción esperada y la reunión continuó como si nada hubiera pasado. Una mujer señaló a Pahwa y éste fue arrestado. Los otros huyeron.

Se ha dicho que Pahwa reveló los nombres de todos los conspiradores el 20 de enero a la noche. También se dijo que no reveló nada. De todos modos, Godse, Apte, Karkare, Badge y Kistayya abandonaron la ciudad rápidamente y volvieron a Bombay.

Como resultado de una investigación realizada en 1967, se cree que la policía conocía las identidades e intenciones de por lo menos algunos de los conspiradores. Robert Payne sugirió que la policía eligió «dejar que ocurriese» para permitir «un asesinato que lo posibilitaría todo».

A pesar de que la policía estaba alertada, Godse no se dejó intimidar. Badge y Kistayya abandonaron el proyecto y Godse hizo que su hermano Gopal también lo abandonara considerando que tenía esposa e hijos. Esto dejó sólo a tres conspiradores: Godse, Apte y Karkare. Godse les dijo a los demás que ellos eran los que estaban en mejores condiciones para llevar adelante el trabajo del Mahasabha después de su captura o muerte y que él estaba destinado a ser el asesino. Parecía feliz y sereno. El 30 de enero Nathuram Godse cumplió su cometido.

Los principales conspiradores —eran ocho— fueron arrestados. El juicio se inició en Delhi el 27 de mayo de 1948 y duró hasta el 10 de febrero de 1949. El fiscal citó a 149 testigos y todos los procedimientos debieron ser traducidos a varios idiomas. Godse permaneció afable y demostrando soltura durante los largos meses del juicio. Según se fue decantando la versión que diera de la conspiración el fiscal, Savarkar, dirigente político retirado, negó sistemáticamente estar involucrado y se valió de complejos argumentos legales para rebatir cualquier evidencia incriminatoria. Esto impresionó al juez —no había jurado— y Savarkar fue finalmente absuelto.

El 8 de noviembre de 1948, Godse leyó a la corte una declaración manuscrita de 92 páginas en la que asumía por completo la responsabilidad

del asesinato. Llamó a Gandhi «una maldición para India, una fuerza del demonio», y «un impostor político y ético». Acusó a Gandhi de proclamarse «infalible... el cerebro que guía el movimiento de desobediencia civil». Se quejó de «la persecución egotista de una política casquivana» de Gandhi a la cual temía porque las acciones de Gandhi se orientaban a que los musulmanes tomaran India y el hinduismo fuera destruido.

Godse culpó a Gandhi de la división territorial de agosto de 1947 y dijo que tomó la decisión de matarlo en ese momento. Citó significativas leyendas hindúes y personajes mitológicos para justificar su uso de la violencia e hizo referencias al sometimiento del hombre a Fuerzas Mayores y Meta-Destinos sin negar el acto que cometió voluntariamente.

El 10 de febrero de 1949, Godse y Apte fueron sentenciados a muerte. Savarker fue absuelto y los cinco conspiradores restantes recibieron condenas de cadena perpetua. Godse y Apte leyeron y escribieron profusamente en la cárcel mientras se consideraban sus apelaciones, las que finalmente fueron rechazadas. El 15 de noviembre de 1949 caminaron a la horca gritando «¡India unida!». Apte murió inmediatamente al rompersele el cuello; Godse tardó 15 minutos en morir estrangulado.

M. S.

La víctima: Harry S. Truman, 33.º presidente de USA.

La fecha: 1.º de noviembre de 1950.

El hecho: Mientras la Casa Blanca estaba siendo remodelada, el presidente Truman ocupaba la Casa Blair, una mansión georgiana de 4 pisos que quedaba al otro lado de la calle. El edificio de ladrillos amarillo estaba separado de la acera de Pennsylvania Avenue por un angosto patio, un seto y una verja de hierro. En cada extremo de la fachada había una garita de centinela. Diez escalones conducían a la puerta principal.

El presidente Truman dormía en una habitación del frente en el segundo piso. La tarde del 1.º de noviembre era cálida y despejada. A escasa distancia de la residencia, en el Hotel Harris, dos ciudadanos americanos de Puerto Rico, Oscar Collazo y Griselio Torresola, estaban haciendo los preparativos finales para el asalto al jefe del Poder Ejecutivo. Collazo, que no había disparado un revólver desde la niñez, torpemente probaba puntería con su Walther P-38 automática en la silenciosa habitación del hotel. Los

dos hombres se pusieron en camino hacia la Casa Blair llevando unas 69 municiones entre los dos. Esperaban penetrar en la casa y sorprender a Truman en una oficina o un vestíbulo.

La puerta principal estaba completamente abierta; sólo había una ligera puerta pantalla entre la acera y el presidente. Los dos portorriqueños se separaron y se acercaron a la entrada desde direcciones opuestas. El agente del servicio secreto Donald Birdzell estaba de pie en un ángulo de la escalinata principal. Un guardia (Joe Davidson) y otro agente (Floyd Boring) conversaban en la garita de la izquierda y en la de la derecha había un solo guardia (Leslie Cofflet).

Collazo avanzó por la izquierda. Llegó donde estaba Birdzell que en ese momento miraba en otra dirección, sacó su revólver y apretó el gatillo. No hubo disparo. Al sentir el clic, Birdzell se dio vuelta. Vio a un latinoamericano bien vestido que sostenía una automática Walther P-38 contra su pecho y la golpeaba con la mano izquierda. El revólver se disparó entonces accidentalmente y la bala hirió a Birdzell en la pierna. Este fue el único de los nueve disparos de Collazo que dio en el blanco. Birdzell corrió precipitadamente a Pennsylvania Avenue. Collazo al ver que el agente desaparecía se volvió y comenzó a subir los diez escalones. Cuando Davidson y Boring abrieron fuego desde la casilla de la izquierda, Birdzell se volvió y disparó desde la calle. Davidson y Boring eran excelentes tiradores pero su línea de fuego estaba obstruida por el seto y la verja de hierro. Collazo se agachó en el segundo escalón y volvió a disparar. Un disparo le rozó la nariz y luego otro una oreja. Una bala le atravesó el sombrero sin tocarlo.

Simultáneamente, Torresola avanzó por la derecha. Disparó contra Cofflet y derribó a otro guardia que se asomó por una puerta lateral. Torresola, un experimentado tirador, se volvió y se encargó de Birdzell que le disparaba a Collazo desde el medio de Pennsylvania Avenue. A pesar de estar gravemente herido, Cofflet apuntó a su atacante con un revólver y disparó una última bala que alcanzó a Torresola en la cabeza y le penetró en el cerebro. Cofflet murió 3 horas y media después. Estos dos hombres fueron los únicos que no sobrevivieron al tiroteo. Collazo recibió un disparo en el pecho y cayó de boca en la acera.

En menos de tres minutos intercambiaron veintisiete disparos. La bala de Collazo fue desviada por su cartera y él se recuperó. Se le hicieron tres acusaciones y fue condenado por el asesinato de Cofflet, intento de matar al presidente y asalto e intento de asesinato a dos guardias. Collazo fue sentenciado a la silla eléctrica el 1.º de agosto de 1952.

Los cuasi-asesinos: Oscar Collazo tenía 36 años cuando tuvo lugar el incidente en la Casa Blair; Griselio Torresola tenía 25. Ambos eran antiguos miembros del Partido Nacionalista portorriqueño, una organización que promovía la independencia del pequeño territorio americano. Anteriormente no habían protagonizado ningún hecho de violencia.

Collazo era el más interesante de los dos. Era un padre de familia de temperamento extremadamente apacible, un ciudadano amable, querido y serio. Era autodidacta y un lector voraz de historia y literatura, especialmente de los trabajos sobre el patrimonio y la cultura de su isla nativa. Nacido en Puerto Rico en 1914, Collazo se convirtió automáticamente en un ciudadano norteamericano (bajo la ley Jones) a los tres años de edad. Su padre murió cuando Oscar era un niño y la familia se disgregó. Oscar vivió con su hermano mayor.

Fue a Nueva York a los 17 años y desempeñó diversos trabajos no calificados, como el de lavaplatos en un Club del Ejército y la Marina. Desplazándose constantemente entre Nueva York y Puerto Rico y siempre trabajando, Collazo tuvo una cada vez más activa participación en el movimiento independista. Finalmente se radicó en Nueva York como pulidor de metales. Daba lecciones de inglés a sus compañeros de trabajo y regularmente iba al puerto a esperar barcos que traían inmigrantes portorriqueños a los que orientaba en el medio ambiente extraño y a menudo hostil de Nueva York.

Casado, divorciado y casado en segundas nupcias con Rosa Mercado, Collazo vivía en el Bronx con su esposa y dos hijas de ella. Se transformó en dirigente y operador del movimiento nacionalista y en su apartamento imprimía el material político con un mimeógrafo. Fue dirigente sindical en la fábrica en la que trabajaba y era respetado tanto por los obreros como por los patronos.

Torresola, acerca de quien se sabe muy poco, aparentemente no era tan inteligente ni capaz como Collazo. Los dos eran amigos pero no íntimos y estaban unidos fundamentalmente por su pasión por la independencia de Puerto Rico. Torresola llegó a Nueva York en 1948 y vivió en el Bronx con su hija y varias mujeres. Fue Torresola quien procuró los revólveres.

El gobierno de USA afirmó, pero no pudo probarlo, que el intento de asesinato del 1.º de noviembre de 1950, era el resultado de una conspiración que había sido programada para provocar el caos y una posible revolución en el momento exacto en que hacía eclosión una rebelión en gran escala en Puerto Rico. La revuelta se produjo pero fue rápidamente sofocada por las autoridades. Torresola se encontró con el presidente del partido nacionalista en Puerto Rico, Pedro Albizu Campos, un hombre educado en Harvard, dos meses antes del tiroteo de la Casa Blair y cuando murió tenía en su poder algunas notas provocativas pero inconclusas firmadas por Campos.

Collazo afirmó después del incidente que él y Torresola idearon el plan por su cuenta y que no tenían ningún resentimiento personal contra Truman sino que simplemente deseaban ayudar a sus camaradas que en ese momento se rebelaban en Puerto Rico.

Su esposa Rosa fue arrestada después del atentado pero luego fue puesta en libertad. Años más tarde, en un caso que no tuvo conexión con éste, fue condenada junto con otras doce personas por participar en una conspiración para derrocar el gobierno y sentenciada a 6 años de prisión.

En el juicio que se le siguió, Oscar Collazo habló apasionadamente de la explotación económica y los manejos políticos del gobierno de USA en contra del pueblo de Puerto Rico. Recordó al tribunal el gran número de portorriqueños que luchaban en Corea cuando no tenían libertad en su propia tierra. «Todo lo que he hecho ha sido por la causa de la libertad de mi país, y aún insisto en que tenemos el derecho a ser libres... No estoy aquí para pedir por mi vida. Estoy aquí para abogar por la causa de la libertad de mi pueblo.»

El apacible luchador, un mal tirador y amante de Swift —el satírico inglés— fue sentenciado a muerte. Cuando se retiró escoltado por la guardia del tribunal, su esposa le gritó «¡Adiós, mi paloma!». Collazo se negó a hacer uso de su derecho de pedir clemencia pero el 24 de julio, unos

días antes de la fecha de su ejecución, su sentencia fue conmutada por la de prisión perpetua por el presidente Truman. Collazo continúa en la Penitenciaría Federal de Leavenworth.

M. S.

La víctima: John F. Kennedy, 35.º presidente de USA.

La fecha: 22 de noviembre de 1963.

El hecho: A las 12.30 p.m. el presidente John F. Kennedy recibió un disparo mortal durante el trayecto que efectuaba a mediodía escoltado por una caravana de automóviles en su visita a Dallas, Texas. Fue una tragedia que conmocionó a la nación y al mundo.

El grupo presidencial había llegado a Love Field con un cielo despejado. Kennedy se detuvo a estrechar las manos de quienes se habían reunido en el aeropuerto para saludarlo; la gente parecía amable y receptiva con el presidente, quien no estaba muy seguro de la conveniencia de su visita a Texas.

El Servicio Secreto había estado alineando los automóviles para el desfile por las calles de la ciudad. Cada automóvil llevaba un papel con un número que indicaba la posición que ese vehículo tendría en la caravana. Kennedy iría en una limosina Lincoln Continental modelo 1961 abierta que tenía el número 7. Pero la limosina fue colocada segunda en la fila, debido aparentemente a una confusión.

Cuando comenzó el desfile, la Lincoln (sin el capote, puesto que Kennedy pidió que se lo quitaran si el tiempo era bueno) iba precedida por un sedán Ford modelo 1963 que llevaba al jefe de Policía de Dallas, Jesse Curry, y a otros funcionarios locales. Inmediatamente detrás de la limosina presidencial había un Cadillac modelo 1959, el automóvil en el que iba la escolta del Servicio Secreto. A pesar de que el vehículo de la prensa (que habitualmente se ubicaba delante del del presidente para facilitar la toma de fotografías) tenía el número 6, fue ubicado al final de la caravana en el lugar número 14. Por esta razón los fotógrafos que iban en ese vehículo no pudieron sacar ninguna fotografía del asesinato que estaba próximo a ocurrir, fotografías que hubieran tenido un gran valor testimonial.

El desfile se inició en Love Field y atravesó el centro de Dallas. El séquito se estaba acercando al final del recorrido, el Centro de Comercio

Mundial, donde Kennedy hablaría ese día.

Cuando el vehículo presidencial de 4.000 kilos salió de Houston Street, giró a la izquierda por Elm Street y casi tuvo que detenerse para girar. La caravana estaba ahora en Plaza Dealey.

Mr. Abraham Zapruder estaba en Elm Street subido a un bloque de granito a unos 25 metros de distancia del centro de la calle. Sostenía su filmadora Bell & Howell de 8 milímetros regulada en «telefoto» para filmar al presidente cuando pasara. Este film se transformó en la evidencia más importante en el caso del asesinato del presidente Kennedy, puesto que Zapruder fue el único entre varios fotógrafos que captó el incidente desde un ángulo que mostraba claramente a Kennedy. Había tomado algunas fotos de prueba a su secretaria en su oficina. Ahora ella lo abrazaba para evitar que se cayera de su lugar estratégico en la piedra.

Primero Zapruder filmó dos motocicletas mientras éstas despejaban la calle para que pasara el presidente. Sabía que el automóvil de Kennedy se aproximaría donde estaba él en cualquier momento. Desde el instante en que el conductor del vehículo de Kennedy, Will Greer, aminoró la marcha para girar por Elm Street hasta que el auto desapareció debajo de un puente al final de la calle, Zapruder lo filmó todo.

El film de Zapruder fue adquirido inmediatamente después del asesinato por la revista *Life* que pagó por él una elevada suma de dinero, pero esa corporación nunca lo dio a conocer por completo. En 1975 *Life* devolvió el film a la familia de Zapruder. Las únicas copias que existen oficialmente fueron hechas para el Servicio Secreto y el F.B.I. Estas dos copias quedarán bajo llave en los Archivos Nacionales hasta el año 2039 en virtud del decreto 11130 del presidente Lyndon Johnson. Sin embargo en 1967 el fiscal del distrito de New Orleans, Kim Garrison, acusó a Mr. Clay Shaw de haber tomado parte en la conspiración para matar al presidente Kennedy y la copia que estaba en poder del F.B.I. compareció como evidencia en el juicio. En ese momento Garrison obtuvo el film y sacó de él una copia y fue quien posteriormente lo proporcionó a los muchos investigadores que en la actualidad tienen copias. El film tiene aún mayor importancia si se lo estudia en el contexto del informe oficial del asesinato, el *Informe* de la Comisión sobre el asesinato del presidente Kennedy, llamada también

Comisión Warren porque su presidente era el juez Earl Warren de la Suprema Corte de Estados Unidos.

La cámara de Zapruder estaba filmando mientras se acercaba la limosina presidencial. Kennedy puede ser visto saludando a la multitud con la mano derecha. Luego desaparece brevemente del ángulo de filmación de la cámara mientras su automóvil avanza por la calle detrás de una señal de libre paso. Cuando aparece de atrás de la señal en el film de Zapruder, está levantando las manos con los puños cerrados delante del cuello, sus codos apuntan hacia cada lado de la calle. En este momento ya había recibido un disparo. La primera bala entró por la espalda y se alojó aproximadamente a 5 1/2 centímetros debajo de la línea del cuello.

Luego se produce un segundo disparo, y la Comisión Warren afirmó que esta segunda bala se perdió e hizo impacto en el cordón de la acera cerca de un espectador llamado James T. Tague. Esa bala salpicó los pies y las mejillas de Tague con trozos de cemento que se desprendieron del cordón y con fragmentos de cuerda.

La Comisión Warren también estableció que hubo un tercer disparo que hirió a Kennedy en la cabeza y lo mató. La mayoría de los testigos acordaron que el último disparo hirió a Kennedy en la cabeza, si bien se discutió mucho acerca de la dirección de donde provenía la bala.

Según la comisión, un hombre, Lee Harvey Oswald se encontraba en la ventana más oriental del 6.º piso del Almacén de Libros de la Escuela de Texas que está ubicado en Elm Street. También ha sido la opinión oficial del gobierno que Oswald actuó solo y que no hubo conspiración de ninguna naturaleza detrás del crimen. En el 6.º piso del edificio se encontró un rifle. Era un Mannlicher- Carcano 1938 que pertenecía a Oswald. Teniendo en cuenta la hipótesis de la Comisión Warren de que el segundo disparo se desvió e hizo impacto cerca de Tague, y que la última bala fue la que hirió mortalmente a Kennedy en la cabeza, sólo queda una bala que causara todos los demás daños que provocó el tiroteo. Sólo pudieron haberse efectuado a lo sumo tres disparos con este rifle en los 5 o 6 segundos que transcurrieron entre el último momento en que Kennedy pudo haber sido herido por primera vez (cuando aparece de atrás de la señal en el film de Zapruder) y el momento fácilmente reconocible del último disparo fatal en la cabeza

(Kennedy se conmociona violentamente en el film en el momento en que acusa el impacto).

Sentado directamente frente al presidente en la limosina Lincoln estaba el gobernador John B. Connally de Texas. Su esposa Nellie está junto a Mrs. Kennedy. El gobernador Connally fue herido en la espalda y la bala le salió por el costado derecho del pecho atravesándole la muñeca derecha y alojándose en el muslo izquierdo. Si la Comisión está en lo cierto con respecto al número de balas, la misma bala que hirió a Connally debe haber herido a Kennedy primero. Es decir, la bala que hirió a Kennedy en la espalda debería haber salido de su cuerpo y continuado hasta herir a Connally.

Si Oswald disparaba desde el 6.º piso del edificio, el ángulo de trayectoria debería ser de 17 grados, 43 minutos, 30 segundos y en dirección *hacia abajo*. Esa bala entró por la espalda de Kennedy a 5 1/2 cm de su cuello, la única herida en el cuerpo del presidente, además de la de la cabeza y de la que tenía orificio de entrada en su espalda, fue un pequeño corte en su garganta. La Comisión Warren opinó que este corte fue provocado por la salida de la bala que entró por la espalda de Kennedy y continuó hasta herir al gobernador Connally. Pero puesto que esta bala no tocó ningún hueso en el cuerpo del presidente que pudiera haber desviado su trayectoria sino que salió *hacia arriba*, parece que la única bala de la teoría de la Comisión Warren es una imposibilidad geométrica.

Este hecho, junto con otro elemento, el tiempo, sugiere que había más de un tirador en la Plaza Dealey aquel día fatídico. El lapso de tiempo fue determinado por el análisis que se hizo, cuadro por cuadro, del film de Zapruder. Cuando Kennedy salió de atrás de la señal en el film, ya había sido herido. Este es el cuadro 225. Cuando desaparece en el film en el cuadro 207 estaba saludando a la multitud con naturalidad. No pudo haber sido herido antes de pasar por detrás de la señal. John Connally declaró que escuchó el disparo que hirió a Kennedy, se dio vuelta y miró por sobre su hombro derecho y entonces fue herido por una bala. Su testimonio está confirmado por el film de Zapruder que lo muestra mirando por sobre el hombro y luego, antes de que pudiera mirar por sobre el otro (como afirma que intentaba hacer), recibió un disparo, no antes del cuadro 235. La cámara

de Zapruder filmaba a 18,3 cuadros por segundo. Los 10 cuadros entre el último en que Kennedy pudo haber sido herido (cuadro 225) y el más anterior en que pudo serlo Connally (cuadro 235), representan en tiempo un valor de .546488 segundos, un poco más de 1/2 segundo. Una bala disparada por el arma de Oswald que atravesara el cuello de John Kennedy, como la Comisión Warren afirma que hizo ésta, iría a una velocidad de 1.772' a 1.779' por segundo de acuerdo al *Informe* Warren y al testimonio de los expertos del FBI. Puesto que es imposible que una bala esperara en el aire a que transcurriera el medio segundo, un cálculo matemático simple arroja una duda fundamental sobre la conclusión de la Comisión de que una bala provocó las siete heridas que recibieron Kennedy y Connally.

El agente especial del FBI Robert A. Frazier prestó declaraciones como experto en armas de fuego ante la Comisión Warren. Estableció que liberar el cerrojo del viejo rifle italiano llevaba por lo menos 2 o 3 segundos, según las pruebas realizadas por expertos en rifles. Por consiguiente, es imposible que el arma haya sido disparada dos veces en medio segundo. Esto significa que no hay ninguna posibilidad de que Kennedy fuera herido por una bala anterior de Oswald en el momento de su desaparición detrás de la señal de libre paso ni de que Connally hubiera recibido otro disparo después, porque el lapso de tiempo que transcurrió entre los cuadros 207 (desaparición de Kennedy) y 235 (reacción de Connally) es sólo de 1,5 segundos y se hubieran necesitado 2 o 3 segundos para efectuar dos disparos.

Después del primer disparo, el presidente se inclinó hacia adelante un poco y su esposa advirtió que había sido víctima de una bala. Se había acercado a él y miraba su cara cuando una bala golpeó al presidente en la cabeza y le produjo una brillante mancha rosa rojiza de sangre de donde le salió materia gris y fragmentos de hueso. Aterrorizada, Mrs. Kennedy subió del asiento de la limosina al portaequipajes pero allí fue agarrada por el agente del servicio secreto Clinton J. Hill. Hill empujó a Mrs. Kennedy a su asiento y le protegió el cuerpo con el suyo mientras la Lincoln salía a toda velocidad.

Nada de esto escapó al ojo de la cámara de Zapruder haciendo del film una evidencia invaluable digna de tener en cuenta en las conflictivas conclusiones a que llegaron los miembros de la Comisión Warren.

Es una ley newtoniana de movimiento que cuando un objeto es golpeado por un proyectil, aquél se moverá en la misma dirección que ha tomado éste. Esto significa que si Kennedy fue herido por un tirador (presumiblemente Oswald) ubicado en una ventana a 90 metros detrás de él, su cabeza debería haberse movido hacia adelante a partir del momento en que hizo impacto la bala. El film de Zapruder muestra claramente la cabeza del presidente cayendo *hacia atrás* con gran violencia. Si se aplican las leyes científicas que gobiernan la situación no cabe duda de que Kennedy reacciona a una bala disparada desde enfrente de la limosina. Es una evidencia con peso suficiente para demostrar la falsedad de la teoría del asesino único.

Es interesante notar que un sitio determinado frente a la limosina era un excelente punto estratégico para un tirador en el momento en que se efectuó el disparo fatal. Los residentes de Dallas lo llaman el montículo de césped. Encima de él hay una verja de madera. Hay un espacio muy pequeño entre la parte de arriba de la verja y la parte más baja del follaje de los árboles que se alinean dentro de la verja. El montículo ofrece un lugar donde un tirador podría ocultarse de la vista.

Dos oficiales de la policía que flanqueaban la limosina presidencial en motocicletas, Billy Martin y Robert Hargis, estaban tan seguros de que el disparo mortal había salido del montículo que subieron directamente al terraplén y miraron por sobre la verja. Allí vieron a un policía y pensando que el sector estaba cubierto, se fueron para recibir órdenes de lo que debían hacer. Minutos más tarde se tomaron fotografías de un oficial —o de un hombre vestido como un oficial— que se alejaba del terraplén. Su uniforme era distinto del que usaba la Policía de Dallas. También su armamento y otros detalles diferían enormemente de los que usaban los oficiales en la Plaza Dealey aquel día, lo que indica que este hombre no era en absoluto un policía. Esto está todavía por investigarse.

El testigo Richard Carr fue uno de los observadores que más de cerca vio el disparo mortal. Carr indicó que el disparo provino de encima de su hombro derecho o del terraplén. Su testimonio en el procedimiento Clay Shaw en 1969 incluyó el siguiente diálogo:

Pregunta — Como resultado de las conversaciones con el FBI, ¿qué hizo usted?

Respuesta — Hice lo que se me ordenó. Me callé la boca.

Pregunta — ¿Fue usted llamado por la Comisión Warren para prestar declaraciones?

Respuesta — No, señor.

Parece que el trabajo de investigación en este caso no sólo no encontró los criterios genéricamente aceptados para buscar la verdad, sino que también sirvió para encubrir una revelación completa.

Estos puntos de evidencia subrayan inconsistencias graves en el relato oficial de los hechos del 22 de noviembre de 1963. Si, en efecto, no había más que un tirador que disparó contra el presidente, como la declaración parece indicar, se puede formular la pregunta de por qué todos los indicios fueron ignorados por la Comisión Warren. Un miembro de la Comisión escribió un artículo para la revista *Life* y también un libro y ambos apoyan las conclusiones del *Informe* Warren —la teoría de un único asesino y una sola bala—. Este hombre es hoy el presidente de USA: Gerald R. Ford.

Al intentar determinar las motivaciones de los asesinos —y las de la Comisión Warren, que no trató las evidencias en profundidad a pesar de que era su obligación para con el pueblo norteamericano— nos enfrentamos con problemas. Si comenzamos a sospechar que alguien estaba interesado en la muerte del presidente en 1963, tenemos que ocuparnos de demasiada gente. Y obviamente ninguna persona o grupo de personas admitiría nunca antipatía hacia este hombre al enfrentarse con una investigación: *de mortuis nil nisi bonum* (del muerto no digas sino lo bueno).

Sin embargo deberá llevarse a cabo una investigación si es que alguna vez se decide hacer público lo referente a este caso. Y el pueblo norteamericano tiene derecho a una completa revelación ya que es posible que alguien asesinara al presidente de USA y luego desapareciera.

El presunto asesino: Lee Harvey Oswald nació el 18 de octubre de 1939. Era hijo de Marguerite y Robert Oswald. En 1956, seis días después de su 17.º cumpleaños, Oswald se alistó en el Cuerpo de Marina de Estados Unidos.

En 1959 Lee Oswald fue licenciado de los Marines debido a que su madre estaba enferma. Puesto que ella no tenía dinero para pagar la atención médica que necesitaba, Oswald fue enviado a su casa para ayudarla. Luego de una corta estadía con su madre, Lee Oswald decidió viajar a Rusia. Compró un billete para un viaje en barco de lujo. El precio del billete excedía bastante de lo que él o su familia podían pagar.

Mientras estaba en la URSS le ofreció al Estado la información que había obtenido durante su estancia con los Marines concerniente a las instalaciones militares estratégicas y a los códigos. Solicitó que los soviéticos lo emplearan en una estación de radar teniendo en cuenta su experiencia anterior; fue destinado a una fábrica de radios a transistores en Minsk. En ese momento el FBI le hizo llegar a Oswald un «cheque en blanco» por intermedio de la CIA y la embajada de Estados Unidos en Moscú.

Lee Harvey Oswald se casó con la hija de un coronel ruso del KGB mientras estaba en el extranjero (el KGB ruso es el equivalente a la CIA en USA). Después de permanecer 30 meses en la URSS, Oswald decidió regresar a Estados Unidos con su familia. Su licencia del cuerpo de Marines tomó a partir de entonces un carácter deshonroso. El Departamento de Estado de USA le concedió un préstamo y se trasladó a Nueva Orleans. Allí fue entrevistado por un tal Mr. Spas T. Rankin del grupo de China Nacionalista, un activo frente de la CIA. Oswald solicitó un pasaporte y a pesar de sus dudosas actividades en el extranjero, le dieron sus papeles en 24 horas. Cualquier persona que esté familiarizada con el procedimiento normal para la obtención de un pasaporte puede darse cuenta de que éste no era un caso habitual.

Para 1962 Lee Oswald era miembro del Comité Pro Cuba en Nueva Orleans. La oficina del Comité estaba en Camp Street 544, en la planta baja de un edificio. Esa misma oficina tenía otra dirección en Lafayette Street 531 y había sido alquilada por un tal Mr. Guy Bannister, un conocido contacto que proveía de dinero, armas y municiones a las fuerzas contrainsurgentes de la CIA que se entrenaban para una segunda invasión a Cuba violando un decreto del presidente John F. Kennedy. Los hombres de uniformes khaki frecuentaban la misma oficina que era, a su vez, el lugar de

origen de la propaganda a favor de Cuba cuya distribución estaba sobre todo en manos de Lee Oswald. Oswald debe haber sido un hombre increíblemente fácil de llevar considerando que sus convicciones políticas diferían en gran medida de las de sus compañeros. Lo mismo podía decirse de Bannister y sus colegas. Una de las dos organizaciones era un frente de espionaje.

Por otra parte, el mejor amigo de Oswald y su permanente compañero en Orleáns era un hombre llamado David Ferrie. Ferrie, un antiguo piloto de la Eastern Airlines, era en aquel momento un agente de la CIA que suministraba armamento para Cuba. Para ser un fanático marxista y comunista, como la Comisión Warren lo pintaba, Oswald tenía extrañas compañías poco antes del asesinato de Kennedy.

En 1963 Oswald viajó a la ciudad de México y allí lo buscaron dos agentes de la CIA quienes tenían órdenes de su jefe E. Howard Hunt de «vigilar a Oswald». Luego regresó a Estados Unidos y a mediados de octubre comenzó a trabajar en el Depósito de Libros de la Escuela de Texas en Dallas desde donde, según se afirma, le disparó a Kennedy. Le pagaban 1,25 dólares la hora. Los fines de semana los pasaba con su esposa en la casa de Mrs. Ruth Hyde Paine. Mrs. Paine recibió una oferta destinada a Lee Oswald; le ofrecían trabajar en algo diferente y pagarle el doble de lo que le pagaba el Depósito. Se olvidó de mencionárselo a Oswald.

La identificación de Oswald en la ventana más oriental del sexto piso en el edificio del Depósito ha preocupado a quienes leyeron las declaraciones de los testigos. El principal testigo de la Comisión, Mr. Howard Leslie Brennan, vio a un hombre de pie (de acuerdo a las pruebas practicadas por el FBI, un asesino que disparara desde esa ventana tenía que *arrodillarse* para cumplir su cometido) en la ventana del quinto piso. Después de que el abogado de la Comisión, Arlen Specter, lo presionara un poco y, de hecho, después que Specter señalara la ventana, Brennan rectificó y dijo que había visto al hombre en el sexto piso. Luego Brennan identificó en la policía al «hombre que más se parecía» al que él había visto. Es interesante señalar que más tarde no pudo recordar si el resto de los que estaban en fila en la policía eran negros o blancos. Afirmó que, en ese momento, él no usaba sus gafas prescriptas cuando vio al hombre en la ventana. Este es un

ejemplo típico de la «segura identificación» de Oswald por parte de la Comisión Warren en el asesinato de Kennedy y en el asesinato posterior del policía J. D. Tippit, del cual también fue acusado.

Otro testigo, el sheriff suplente Roger D. Craig vio a Oswald salir corriendo de la parte posterior del edificio (la Comisión afirma que Oswald salió por delante sin ser visto) y subirse a un Rambler color claro modelo 1959. No se menciona esto en el *Informe* de la Comisión Presidencial que estudió el asesinato. De un tiempo a esta parte Craig ha sido víctima de muchos accidentes extraños y de otros hechos desafortunados.

Los accidentes sufridos por testigos no son hechos poco comunes en el caso de este asesinato: en los tres años que siguieron a los asesinatos del presidente Kennedy y de Lee Oswald (quien fue muerto por el dueño de un club nocturno, Jack Ruby), murieron 18 testigos materiales —6 por disparos de armas de fuego, 3 en accidentes automovilísticos, 2 por suicidio, uno degollado, otro de un golpe de karate en el cuello, 3 de ataques cardíacos y 2 por causas naturales—. Un periodista del *London Sunday Times* llegó a la conclusión de que el 22 de noviembre de 1963, las probabilidades en contra que tenían cada uno de los testigos que para febrero de 1967 ya estaban muertos, eran de cien mil trillones a una.

Todas estas informaciones fragmentarias llevan a pensar que hay demasiadas coincidencias como para que el caso sea de algún modo normal. Las conexiones entre Oswald y ciertas organizaciones gubernamentales de USA son, cuanto menos, sospechosas. El fiscal general Waggoner Carr descubrió de casualidad a lo largo de su investigación que Oswald tenía un cargo operativo en el FBI y que trabajaba con el número S-172. Esta evidencia fue escamoteada a la Comisión por uno de sus abogados, León Jaworski (quien casi diez años más tarde fue nombrado fiscal especial de Watergate por el presidente Nixon).

El anotador de Oswald contenía el nombre, dirección, número de licencia y número de teléfono del agente del FBI James P. Hosty. Más tarde Hosty figuraba entre los agentes que colaboraron en la investigación del asesinato.

Hay 51 expedientes del gobierno sobre Lee Harvey Oswald a los que no tiene acceso el público por una decisión de la Suprema Corte de fecha 13 de

mayo de 1974 en la que se reafirma la política de los Archivos Nacionales de no dar a conocer esos documentos al pueblo norteamericano. No hay duda de que estos documentos contienen información que podría ayudar en una investigación ulterior de la muerte de Kennedy. Sin embargo, sin la cooperación de las fuerzas públicas la verdad no se conocerá nunca.

B. C. & R. Rh.

La víctima: Malcolm X —nació con el nombre de Malcolm Little y murió como John Doe—, líder de los derechos civiles de los negros y fundador de la Organización de la Unidad Afro-Americana y de la Sociedad de la Mezquita Musulmana.

La fecha: 21 de febrero de 1965.

El hecho: Aquel domingo por la tarde, Malcolm X iba a hablar en el salón de baile de Audubon del distrito Manhattan de la ciudad de Nueva York. Antes de que comenzara el discurso y cuando se acercaba al atril, alguien le disparó y cayó muerto en el estrado.

El discurso estaba programado como la primera de una nueva serie de conferencias de Malcolm X en las que expondría y difundiría sus conocimientos acerca de la ideología del hombre. Hasta algunas semanas antes de su muerte, Malcolm X había sido un estricto segregacionista, pero luego sus prédicas violentas y sus radicales opiniones antiblancas se habían suavizado. Pensaba que había llegado el momento en que los grupos negros y los blancos coexistieran pacíficamente. Y en especial sentía una urgente necesidad, como le contó a su amigo y biógrafo Al ex Haley por teléfono la noche antes de su asesinato, de decirles a sus seguidores que no se debía culpar sólo a los Musulmanes Negros de desmanes tales como la quema de la casa de Malcolm X el 14 de febrero de 1965. Malcolm X pensaba que la violencia se originaba en algo mucho más poderoso que los Musulmanes Negros: en algo más grande y de mayores implicaciones políticas.

Malcolm X había sido miembro de los Musulmanes Negros, una secta religiosa. Como pastor musulmán fue suspendido el 23 de noviembre de 1963 por Elijah Muhammad, el jefe de la secta. El 8 de marzo de 1964, se separó definitivamente de los Musulmanes Negros para formar su propia secta religiosa, la Organización de la Mezquita Musulmana, y también la

organización de la Unidad Afro- Americana que tenía una clara orientación política. La tensión entre los Musulmanes Negros y la OUAA alcanzó su punto crítico y originó hechos de violencia a partir del momento de la separación de Malcolm X. La situación siguió después de su asesinato. Inmediatamente después del asesinato de Malcolm X, la policía y algunos medios informativos dieron por sentado que lo habían matado los Musulmanes Negros. Una mezquita musulmana fue incendiada en represalia poco después del asesinato. Para la policía, los medios de información y el público, esta venganza contra los Musulmanes Negros ratificaba la teoría de la responsabilidad de estos últimos en el asesinato. A todas luces, los Musulmanes Negros pudieron haber asesinado a Malcolm X. Sin embargo a través de los años las evidencias han demostrado que si bien los Musulmanes Negros fueron los responsables, al mismo tiempo fueron simples herramientas de una estructura de poder mucho más poderosa. Malcolm X, en su último y fallido discurso, justamente se iba a referir con pelos y señales a esa situación dependiente de los Musulmanes Negros.

Ha sido una tarea inútil la de intentar precisar los hechos del 21 de febrero de 1965. Los informes, los relatos de testigos, la declaración del gran jurado y los testimonios recogidos durante el juicio, se contradicen. Y en lo referente a los preparativos para la conferencia llevados a cabo por el Departamento de Policía de Nueva York, los medios de información difieren en cuanto al número de policías uniformados que estaban emplazados afuera del salón de baile aquella tarde fatídica. Los informes abarcan desde un simple guarda hasta un destacamento especial de 20 oficiales uniformados.

Malcolm X esperó hasta alrededor de las 3 p.m. y, con la seguridad de que el orador que debía intervenir antes que él no aparecería ese día, se presentó ante la multitud con las palabras «¡As-salaam alaikum! (La paz sea con vosotros)». La sala respondió con «Wa- alaikum salaam! (Y contigo sea la paz)». En ese momento se produjo un tumulto entre la concurrencia cuando un hombre le gritó a otro: «¡Quita tus manos de mis bolsillos! ¡No me manosees los bolsillos!».

Cuatro de los seis guardaespaldas de Malcolm X comenzaron a avanzar. «Ahora hermanos, sosegaos...», comenzó Malcolm X, mientras en la sala de baile se producía un nuevo incidente (el calcetín de un hombre había sido mojado con un líquido inflamable, lo llenaron de cerillas y luego lo quemaron en la parte de atrás del salón). Un hombre con una escopeta de cañón recortado avanzó y cuando estuvo a unos tres metros de Malcolm X disparó un proyectil que atravesó el atril de madera y alcanzó a Malcolm en el pecho. Simultáneamente otros dos hombres avanzaron hacia el estrado disparando al cuerpo caído del líder negro.

Uno de los guardaespaldas, Charles Blackwell, vio que un agresor huía hacia el lavabo de señoras. El hombre logró escapar. Por qué Blackwell no lo persiguió es algo que nunca se supo. Uno o dos hombres —los informes varían— huyeron hacia la escalera de salida enfrente del salón de baile. Reuben Francis, un guardaespaldas de Malcolm X que nunca fue llamado a prestar declaración, disparó hacia esta salida hiriendo a Talmadge Hayer en el muslo. Hayer cayó afuera e inmediatamente fue rodeado por miembros de la audiencia que comenzaron a golpearlo. Tuvo que ser rescatado de manos de la gente por dos oficiales de policía de Nueva York, el guardia Louis Angelos y el sargento Alvin Aronoff, quienes lo arrestaron y lo llevaron a Bellevue para que recibiera atención médica. (La bala calibre 32 no le fue extraída del muslo hasta el 8 de marzo de 1965.)

Los relatos periodísticos informaban que el público golpeó a un segundo hombre. Éste fue supuestamente arrestado por el guardia Tilomas Hoy. Jimmy Breslin informó en el *New York Herald Tribune* el 22 de febrero de 1965: «El otro sospechoso fue llevado a la zona de Wadsworth Avenue adonde inmediatamente convergieron las más altas autoridades policiales de la ciudad y en donde comenzó una de las más exhaustivas investigaciones de homicidio que esta ciudad haya visto nunca». La prensa no tuvo acceso a más información sobre este hombre ni se preocupó en averiguar por qué quería quitarle importancia a este segundo sospechoso. Por último, la policía de Nueva York negó el arresto aduciendo que se trataba de un error periodístico.

Reuben Francis, el mencionado guardaespaldas de Malcolm X que hirió a Hayer, también hirió a un tal William Harris de 51 años en el abdomen y

a William Parker de 36 a quien el disparo lo alcanzó en un pie. (Ninguno de estos espectadores que resultaron heridos compareció como testigo en el juicio.) Francis fue acusado de dispararle a Hayer, pagó una fianza de 10.000 dólares, desapareció y finalmente fue arrestado otra vez el 2 de febrero de 1966 en la oficina del ayudante del fiscal del distrito de Nueva York. El 15 de febrero de 1966 un portavoz del fiscal del distrito dijo a *The Militant*, un semanario socialista, que «Francis había sido atrapado por el FBI» y que había tenido que pagar una fianza de 25.000 dólares. En esa misma fecha «un portavoz del FBI negó que se tuviera conocimiento de Francis», según *The Militant*. Reuben nunca prestó declaración y se desconoce su paradero.

Benjamín X, el hombre que presentó a Malcolm X a la audiencia del Audubon segundos antes del asesinato, desapareció de la secta de la Mezquita Musulmana. «Sólo la policía sabe dónde encontrarlo», reveló uno de sus ex camaradas. Lo mismo dice la revista *Ebony* en su publicación de octubre de 1965. Tampoco hay pruebas de que los abogados de la defensa intentaran localizar a este Benjamín X, un testigo ideal.

El 14 de febrero de 1965 explotó una bomba en la casa de Malcolm X y fue en ese momento cuando miembros de la Mezquita Musulmana se hicieron cargo del sistema de seguridad de Malcolm. Poco antes de su muerte éste le había dicho a un periodista: «Nunca he tenido un guardaespaldas. Estar alerta es el mejor guardaespaldas».

Los informes señalan que el día del asesinato había seis guardaespaldas en el estrado. En octubre de 1965, tres de los antiguos lugartenientes y guardaespaldas de Malcolm X habían desaparecido. Dos de los tres acusados por el asesinato eran Musulmanes Negros y reconocidos adversarios de Malcolm X y sin embargo aquella tarde lograron pasar el control de seguridad en el salón de baile.

Los presuntos asesinos: El abogado de Talmadge Hayer/aka, Tilomas Hayer/aka, Thomas Hagan (22 años) lo describió a éste como «una persona callada». Casado y padre de dos hijos, Hayer negó ser miembro de los Musulmanes Negros cuando se enfrentó con la dudosa declaración de dos testigos que lo acusaban de serlo. El cuñado de Hayer, la hermanastra y su hermano testimoniaron que no era miembro de la secta religiosa. El fiscal

no pudo probar que Hayer era o había sido miembro de los Musulmanes Negros.

El juicio comenzó el 21 de enero de 1966 y el 23 de febrero Hayer testimonió en defensa propia. El 28 de febrero, confesó haber asesinado a Malcolm X y declaró que los otros dos acusados no tenían nada que ver. Hayer y sus tres cómplices, a quienes él no nombró, habían sido contratados para matar a Malcolm X. Rehusó decir cuánto dinero le habían ofrecido y afirmó que el hombre que lo contrató tampoco era Musulmán.

El 11 de marzo de 1966 el jurado condenó a los tres acusados del asesinato de Malcolm X.

Norman 3X Butler de 27 años, el segundo acusado y condenado, era un conocido y confeso Musulmán Negro. Butler no sólo era miembro de la orden religiosa sino que pertenecía al «Fruto de Islam», la minoría selecta que integraba la fuerza de seguridad musulmana. En la mañana del asesinato, Butler había sido atendido por el doctor Kenneth Seslowe del Hospital Jacobi de una tromboflebitis como resultado de lo cual le vendaron la pierna derecha y le recetaron algunos medicamentos por vía oral.

Existen pruebas de que Butler ni siquiera estaba presente en el salón de baile cuando asesinaron a Malcolm X. Si logró eludir el sistema de seguridad de Malcolm X para entrar en el salón de baile aquel domingo, y si realmente tuvo participación en el asesinato, ¿cómo consiguió escapar de la escena del crimen estando físicamente impedido? ¿O fue necesario que escapara? Las declaraciones de los testigos sitúan a Butler en la salida en donde Hayer fue herido por Reuben Francis. ¿Pudo haber sido Butler «el segundo hombre» arrestado en el lugar y cuya existencia negó la policía?

Thomas 15X Johnson de 30 años, el tercer acusado condenado, era pintor de casas y padre de 4 hijos. Era un conocido Musulmán Negro. Mientras estuvo en prisión esperando ser enjuiciado por el asesinato de Malcolm X y después de recibir la condena, se sometió estrictamente a los dictados de su religión hasta en los detalles de la dieta.

Antes del asesinato Johnson había sido compañero de Butler. En efecto, Johnson, Butler y un tercer desconocido fueron arrestados en enero de 1965 por agredir a Benjamín Brown, un desertor de los Musulmanes Negros.

Johnson negó haber estado en el salón de baile la tarde del asesinato, a pesar de que el fiscal lo acusó de ser quien disparó la escopeta. Las declaraciones de los testigos eran divergentes con respecto a cuál de los tres —o si alguno de ellos— llevaba la escopeta.

La investigación del asesinato nunca determinó quién detonó con un calcetín la bomba de humo fabricada toscamente. Durante el juicio se reveló que había sido hallada la huella digital de Talmadge Hayer en el trozo de una película que estaba dentro del calcetín pero nadie vio a quien la detonara. Hayer no pudo prenderle fuego y al mismo tiempo correr para atacar a Malcolm X. Si la huella digital no era una estratagema y Hayer participó en la fabricación de la bomba de humo —puesto que en esta táctica para desviar la atención estaba en juego el tiempo— debió necesitar un cómplice que la encendiera.

Los dos hombres que discutieron cuando Malcolm X se adelantó en el estrado pudieron haber sido los que efectuaron los disparos de revólver. Sin embargo esto nunca se probó y deja abierta la posibilidad de que haya habido por lo menos otro cómplice.

Los testimonios divergentes, las preguntas que quedaron sin respuesta, la falta de una completa investigación, la desaparición de las personas claves que estuvieron involucradas, todo esto continúa arrojando dudas sobre la identidad de los verdaderos asesinos.

B. C, S. H. Y. y R. Rh.

La víctima: Robert Francis Kennedy, senador del Estado de Nueva York y candidato por el partido Demócrata en las elecciones presidenciales de 1968.

La fecha: 5 de junio de 1968.

El hecho: Se respiraba una atmósfera de victoria en el hotel Ambassador de Los Angeles cuando Robert F. Kennedy hizo algunas breves observaciones a una multitud entusiasta compuesta principalmente por quienes trabajaban en la campaña electoral, Kennedy había reunido 174 votos para la nominación demócrata. Todos los presentes estaban convencidos de que Bobby Kennedy sería el próximo presidente.

El joven oriundo de Nueva Inglaterra expresó su agradecimiento a los electores, incluidos los astros del deporte Don Drysdale, Rosey Grier y Rafer

Johnson. Fue ovacionado cuando agradeció a César Chávez y luego dirigió la palabra a sus colaboradores y a los votantes de todas partes antes de dejar el estrado en la sala de recepción.

Kennedy se dirigió de la sala del Embassy al lugar donde estaba la despenda en la cocina, camino a la habitación Colonial que era donde aquella noche se alojaba la prensa. Cari Uecker, el maitre del Ambassador asía firmemente su mano derecha. Kennedy la liberó dos veces para estrechar las manos de Juan Romero y luego de Jesús Pérez, empleados del hotel. Uecker volvió a asírsela cada vez y ambos continuaron por el estrecho corredor seguidos de cerca por una guardia personal armada.

Cuando Sirhan B. Sirhan se acercó a ellos, parecía inseguro y tenía los ojos vidriosos. Estaba de cara al sur; Uecker y Kennedy caminaban hacia el norte. Entonces, antes de que Uecker supiera lo que pasaba, Sirhan disparó dos veces su pistola Iver Johnson calibre 22. Cuando Uecker reaccionó después del segundo disparo, lo hizo con violencia. Golpeó con todas sus fuerzas la mano de Sirhan que sostenía el revólver y éste cayó sobre una mesa que estaba a la izquierda. Otras manos que llegaron de todas direcciones se prendieron a la ropa y el cuerpo de Sirhan. En medio de la confusión Sirhan descargó su revólver contra la gente hiriendo a cinco personas.

Rafer Johnson y Rosey Grier se abalanzaron sobre el pequeño jordano con vehemencia; uno de ellos lo golpeó arriba y el otro abajo.

—¡Rafer, coge el revólver! —gritó alguien.

—¡Coge el maldito revólver!

Kennedy yacía en el suelo mortalmente herido y Juan Romero se acercó y puso un rosario en las manos de Bobby. En todo el hotel se sintieron los sollozos, las lamentaciones y un coro continuo de «Noooo».

Se extrajo una bala de una de las cinco personas que habían sido heridas: Paul Schrade, Elizabeth Evan, Ira Goldstein, Irwin Stroll y William Weisel; se recobraron dos que estaban incrustadas en el mostrador a la entrada de la despenda y una más del marco de la puerta que estaba detrás del estrado.

El senador había recibido el impacto de tres balas. Dos entraron en la región axilar a escasas pulgadas una de otra, y una tercera (una bala mortal)

penetró en el mastoides derecho (en el costado de la cabeza, detrás de la oreja derecha).

En total se recobraron 10 balas, incluyendo las que les fueron extraídas a las seis víctimas del tiroteo. La 22 de Sirhan podía efectuar sólo 8 disparos sin que se la volviera a cargar. Resultaba imposible que Sirhan hubiera recargado su arma y, por lo tanto, es evidente que fue disparado otro revólver en aquella temprana mañana de junio.

El Dr. Thomas Noguchi hizo el informe médico y dictaminó que la causa de la muerte había sido «una herida de bala en el mastoides derecho que penetró en el cerebro». Al dar su testimonio Noguchi opinó como profesional que la bala había sido disparada desde «muy, muy cerca» del senador. Estimaba que el caño del revólver debía estar a sólo «2 o 3 pulgadas del borde de la oreja derecha». Ningún testigo situó a Sirhan a una distancia menor a 24 pulgadas de Kennedy cuando efectuó los disparos. No obstante, inmediatamente detrás de Kennedy estaba el guardia de seguridad local Thane Cesar quien más tarde admitió haber sacado su revólver tan pronto como Sirhan comenzó a disparar. También reconoció que su revólver podía haberse descargado pero negó que le hubiera disparado a Kennedy.

La investigación criminal continuó y la conclusión fue que sin lugar a dudas los disparos se efectuaron desde dos posiciones y que se habían empleado dos armas diferentes. Un calificado criminólogo examinó las evidencias de que se disponía en el caso y llegó a esta conclusión comparando una bala extraída del abdomen de William Weisel con una bala que se había alojado en el cuello del senador (pero que había entrado por la axila). Ambas tenían características diferentes y una de ellas era el rayado. Es decir que las dos balas no pudieron provenir de la misma arma. En lo fundamental del estudio de Harper contó con la adhesión de varios criminólogos incluyendo a los doctores Herbert Leon MacDonell, Vincent P. Guinn y Lowell Bradford. Harper estableció con toda seguridad que a Kennedy le habían disparado desde una posición completamente diferente a la de Sirhan B. Sirhan.

Parecía razonable probar el revólver de Sirhan para determinar positivamente si fue la bala que recibió Kennedy o la que recibió Weisel la que provino de la pistola de Sirhan. Sin embargo esto no se hizo. Más aún,

uno de los números de serie que, según se comprobó, pertenecía a uno de los revólveres era el H 18602 mientras que el revólver de Sirhan tenía el número de serie H 53725. La policía admitió que los revólveres habían sido invertidos en el momento del juicio pero no presentó el arma de Sirhan para que se la pudiera probar.

DeWayne Wolfer, jefe del laboratorio del Departamento de Policía de Los Ángeles, rehusó probar el revólver de Sirhan. Marshall Houts, director de la revista *Trauma*, una publicación en el campo de la criminología, expresó su «profunda preocupación académica y profesional por los errores garrafales de Wolfer» en una carta enviada a Evelle J. Younger, abogado general del Estado de California.

Younger fue fiscal de distrito por el condado de Los Angeles en la época del asesinato de Kennedy y de su ulterior investigación. Como fiscal general se negó a reabrir el caso bajo ninguna circunstancia. El actual fiscal de distrito Joseph Busch también se negó a reabrir el caso o la investigación. Younger nombró fiscal de distrito a Busch cuando él fue electo fiscal general.

El 13 de mayo de 1975 el supervisor Baxter Ward del condado de Los Ángeles, 5.º distrito, convocó una audiencia. El tema era la reapertura del caso Sirhan Bishara Sirhan. Los doctores MacDonell, Guinn y Bradford tuvieron a su cargo los procedimientos y reiteraron sus observaciones profesionales. Los expertos apoyaron la teoría de los dos revólveres. Wolfer, Younger y Busch no hicieron acto de presencia.

Una mujer fue vista con Sirhan Sirhan en la zona de la despensa poco antes del asesinato. Usaba un vestido de punto y se fue antes de que Kennedy pasara por las puertas giratorias.

Durante el discurso de Kennedy, una persona que trabajaba en la campaña electoral, Ms. Sandy Serrano, había abandonado la habitación para salir al balcón a tomar un poco de aire y escapar del humo y el calor de esa noche de excitación. Mientras estaba allí vio pasar a una mujer joven con un vestido blanco de punto y luego la vio entrar en el edificio. Iba acompañada de otras dos personas. Más tarde, después del asesinato de Robert Kennedy, Ms. Serrano «casi fue atropellada» por esta gente cuando salieron corriendo. Según Ms. Serrano, la mujer que usaba el vestido de

punto gritaba «¡Lo matamos!». Mr. Serrano preguntó a quién habían matado y la mujer respondió «¡Matamos a Kennedy!».

La policía presentó una mujer con el nombre de Cathy Fulmer pero Serrano no la identificó como la que ella había visto. Sin embargo Fulmer fue encontrada muerta en un motel varios días después de que condenaran a Sirhan.

Esta evidencia parece arrojar una duda sustancial sobre la teoría del gobierno de que Sirhan era un asesino solitario.

El presunto asesino: Sirhan Bishara Sirhan nació el 19 de marzo de 1944 en Jordán. Cuando tenía 13 años sus padres lo llevaron a Estados Unidos.

La familia vivía en Pasadena, donde Sirhan asistió a la escuela primaria y secundaria. No tuvo problemas de disciplina ni en la escuela ni en su casa.

Más tarde asistió al Colegio de la Ciudad de Pasadena pero abandonó sus estudios cuando su hermana enfermó y luego murió. Había demostrado ser un trabajador responsable en los diversos oficios en los que se había desempeñado.

Qué fue lo que llevó al jordano de 26 años a dispararle al senador aun cuando sus balas no dieran en el blanco, debe ser la pregunta que más problematiza a cualquiera que se detenga a analizar los hechos.

Según su madre, Sirhan tenía extrañas compañías unos ocho meses antes del asesinato. Sirhan, que no tenía ningún antecedente de desorden en su vida, sólo entonces comenzó a llegar tarde en contradicción con sus hábitos.

Los médicos están de acuerdo en que si un sujeto no puede recordar un acto en un nivel consciente o inconsciente, es porque su conducta ha sido modificada o programada de alguna manera. O de lo contrario es un enfermo mental. Es dudoso que el estado mental de Sirhan fuera malo pero existe la posibilidad de que sufriera una modificación o programación en su conducta puesto que era capaz aún de recordar haber sacado o disparado un revólver aquella noche.

Puesto que pudo haber otros involucrados en el asesinato de Robert Kennedy es necesaria una investigación para determinar cuál es la verdad de este caso de una vez por todas.

R. Rh. & B. C.

La víctima: Dan A. Mitrione. Mitrione era un agente del Gobierno de USA que fue enviado a Latinoamérica como parte integrante del proyecto para mantener aliados-títeres de carácter totalitario. Supuestamente debía asesorar a la policía en lo referente a las medidas de seguridad para el tránsito, pero en realidad su trabajo era crear refinados cuerpos policiales para disminuir la posibilidad de levantamientos populares contra los regímenes dictatoriales.

Dan Mitrione se inició como policía en Richmond, Indiana, en 1945. En 1955 pasó a ser jefe de policía y en 1957 se unió al FBI. En 1960, bajo la Administración para la Cooperación Internacional del Departamento de Estado (un precedente de la Agencia para el Desarrollo Internacional-AID), viajó a Brasil para entrenar a la policía en avanzadas técnicas contrainsurgentes. Durante sus siete años de permanencia en Brasil como «asesor de seguridad pública», el uso de la tortura contra los oponentes del régimen militar prácticamente se convirtió en una rutina. Por añadidura la policía brasileña, gran parte de la cual fue entrenada por Mitrione, formó un «escuadrón de la muerte» que acabó con más de 100 «indeseables» sin que mediara arresto o juicio previo.

La documentación de las actividades de Mitrione ha sido reunida por los más variados investigadores, desde grupos religiosos hasta realizadores de films de Hollywood. NARMIC, una rama de acción/ investigación del *American Friends Service Committee* informó que:

«...después de entrenar a esa fuerza policial, Mitrione regresó a Estados Unidos como experto en cuestiones latinoamericanas. En 1967 entrenó a oficiales extranjeros en las técnicas de la guerra de contraguerrilla en la Academia de Policía para la Seguridad Pública perteneciente a la AID en Washington, DC. En julio de 1969, Mitrione viajó nuevamente a Sudamérica como miembro de la AID; esta vez su destino fue Uruguay. Era el dirigente de un equipo de cuatro hombres que se desempeñaban como asesores en Seguridad Pública y que adiestraron a mil policías uruguayos en coordinación, patrullaje, uso de ayuda técnica y científica, operaciones antiguerrillas y control de fronteras. Los entrenados instruyeron a su vez a un número no especificado de policías en regiones apartadas del país.

Durante su año de estancia, Mitrione adiestró a un grupo en técnicas de transporte, estableció un equipo de entrenamiento policial, creó una radioemisora para la policía de Montevideo y fundó un centro de comunicaciones para operaciones conjuntas con el objeto de facilitar la cooperación entre la policía y el ejército.»

Para dar cumplimiento a lo que él denominó la «completa penetración del Uruguay», Mitrione ideó y puso en marcha las siguientes medidas, según Costa-Gavras y Franco Solinas, autores de *Estado de Sitio*:

Una red de espías e infiltrados en las escuelas secundarias y en las universidades.

Cámaras ocultas en las terminales, etc., para fotografiar a todas las personas que viajan a los países socialistas.

Aumentar la milicia de la ciudad de 600 a 1.000 hombres.

Nuevos gases, nuevas armas calibre 45, intensificar el uso de escopetas.

Inspeccionar todo el correo y las publicaciones procedentes de los países socialistas.

Crear cursos de entrenamiento para reclutar informantes, técnicas de interrogación, uso de explosivos, etc.

Un informe realizado por siete senadores uruguayos revela que la tortura es una práctica «normal, frecuente y habitual» en las operaciones policiales del Uruguay. El reverendo Louis Colonnese, director de la División Latinoamericana de la Conferencia Católica de Estados Unidos, dice que «la investigación reveló que muchas de las víctimas de la tortura eran estudiantes y dirigentes sindicales...».

La fecha: Agosto de 1970.

El hecho: En agosto de 1970, Dan A. Mitrione fue secuestrado por los Tupamaros (MLN), una organización revolucionaria clandestina, en Uruguay. A pesar de haber casi implantado la ley marcial, las autoridades no pudieron localizar a los secuestradores. Cinco días más después, los Tupamaros dieron a conocer varios documentos oficiales que revelaban los cargos que Mitrione ocupaba en la policía y el FBI. El Senado y la prensa uruguaya hicieron gran número de preguntas y la noticia se transformó en un incidente de repercusión internacional. Los Tupamaros pidieron que se

liberara a presos políticos a cambio de la vida de Mitrione. El Gobierno se negó y Mitrione fue ejecutado.

La prensa mundial distorsionó los hechos y pintó el cuadro de una persona abnegada y benéfica asesinada salvajemente por un grupo de matones terroristas. Sin embargo la verdadera información comenzó a filtrarse y la muerte de Mitrione proporcionó al mundo una visión significativa en lo referente a la naturaleza represiva de la «ayuda extranjera» norteamericana.

Los asesinos: Los Tupamaros (MLN, Movimiento de Liberación Nacional) son un grupo de guerrilleros urbanos de ultraizquierda del Uruguay. John Gerassi describe su origen del siguiente modo: «... Los Tupamaros comenzaron como un grupo del sindicato de trabajadores del azúcar organizado por Raúl Sendic, un militante del partido Socialista. Después de diversas marchas legales de protesta que fueron infructuosas y de manifestaciones por mejoras de las condiciones laborales, una fracción del grupo pasó a la clandestinidad y Sendic desapareció. Más tarde, en julio de 1963 un grupo desconocido atacó un club de tiro. Poco después, hombres armados comenzaron a asaltar bancos, a saquear los fondos de las empresas estatales y a secuestrar a oficiales gubernamentales o de la policía que no eran populares...».

Los Tupamaros también expropiaban alimentos a las compañías poderosas de alimentación y los distribuían entre los pobres. Robaban uniformes de la policía para utilizarlos en sus acciones de alta eficacia y sustraían documentos incriminatorios del gobierno y de las oficinas de diversas corporaciones. Sus acciones estaban acompañadas de explicaciones políticas y de programas para una distribución democrática de la riqueza y el poder.

Consecuencias: Jerry Lewis y Frank Sinatra montaron un espectáculo en memoria de Mitrione. Los periódicos de las dos Américas elogiaron a este «indefenso ser humano» (así lo caracterizó la Casa Blanca). Los noticieros dedicaron gran parte de sus emisiones al funeral de Mitrione. Pero no pudieron refutar en absoluto las pruebas documentadas que dieron a conocer los Tupamaros. El pueblo uruguayo aprendió una lección rápida y

profunda acerca de la dominación extranjera, pero la lección fue bastante abstracta para el público de USA.

El gobierno de Estados Unidos envió agentes del FBI y la CIA a Uruguay para eliminar a los Tupamaros y el apoyo popular con que contaban. También fueron enviados los «asesores» Boinas Verdes. Mientras tanto se trasladaba a USA en aviones a cientos de policías uruguayos para entrenarlos en centros policiales avanzados.

El asesinato de Dan Mitrione centró de forma definitiva la atención del mundo en el papel de los «asesores de seguridad pública» de USA y quizás alentó un saludable escepticismo político que sólo pudo ser resultado de un trágico acontecimiento como éste.

M. S.

La víctima: George C. Wallace, gobernador de Alabama y candidato por la nominación Demócrata en las elecciones presidenciales de 1972.

La fecha: el 15 de mayo de 1972.

El hecho: En una soleada tarde en el centro comercial de Laurel, George Wallace habló ante una multitud reunida en el solar de un parking adyacente. Después del discurso, Wallace bajó por detrás del podio blindado desde el cual había estado hablando y se acercó a la gente para saludarla. Un hombre joven de cabello corto y rubio llamó al gobernador varias veces: «¡Eh, George, aquí!», gritaba.

Cuando George Wallace se acercó al lugar, el joven rubio le disparó repentinamente una descarga cerrada hiriéndolo varias veces. El tirador, Arthur Herman Bremer, fue arrestado casi inmediatamente y en el forcejeo disparó su arma.

Otras tres personas resultaron heridas por las balas de Bremer. El capitán E. C. Dothard, de la Patrulla de Carretera del Estado de Alabama, quien resultó gravemente herido en el pecho, sobrevivió. Era oficial del personal de seguridad de Wallace. Otra bala penetró en la garganta del agente del Servicio Secreto Nicholas Zorvas provocándole heridas graves. La tercera víctima fue una joven voluntaria que trabajaba en la campaña de Wallace, Mrs. Dora Thompson, quien fue herida en una rodilla.

Mientras George Wallace yacía en el pavimento, su esposa Cornelia salió del Equitable Trust Bank, cruzó el solar del estacionamiento y se

arrojó llorando sobre su esposo. Minutos después las autoridades la sacaron del lugar en tanto que un equipo médico se encargaba de las víctimas. Arthur Bremer fue retirado rápidamente por oficiales estatales y de la policía local.

Wallace fue llevado al Hospital de la Santa Cruz en las inmediaciones de Silver Spring donde quedó internado bajo el cuidado del Dr. Joseph Schanno. Más tarde el Dr. Schanno informó que el gobernador de Alabama había recibido por lo menos cuatro disparos. Se le extrajeron dos balas en una operación de urgencia. El equipo médico pudo controlar la hemorragia y reparar las lesiones en el intestino y los ligamentos intestinales. Una bala había perforado el tórax o cavidad torácica y el gobernador George Wallace aún sufre de parálisis debido a que una bala se alojó junto a la espina dorsal.

A pesar de que Wallace era un prometedor demócrata en la época en que se produjo el atentado, no era un secreto que intentaba postularse para presidente USA como un americano independiente si no resultaba nominado por los demócratas como, al parecer, no lo sería.

Una encuesta realizada una semana antes de las elecciones finales preguntaba al electorado por quién hubiera votado si George Wallace no hubiera sido eliminado como candidato después de recibir los disparos. Los resultados fueron: Nixon, 44%; McGovern, 41%; Wallace, 15%. Wallace había sido un gran obstáculo para Nixon. Probablemente la elección hubiera sido remitida a la Casa de Representantes y Wallace hubiera obtenido una considerable ventaja. Fuera como fuese, casi todos los que apoyaban a Wallace volcaron sus votos en favor de Richard Nixon proporcionándole en noviembre una victoria aplastante.

El cuasi-asesino: Arthur Hermán Bremer era portero de la Story Elementary School y también trabajaba en el Club Atlético de Milwaukee hasta que dejó ambos trabajos unas 18 semanas antes del atentado contra la vida del gobernador Wallace. Había aceptado los empleos cuando abandonó su casa después de cumplir los 21 años en 1971. Durante el corto período en que trabajó, en 1971-1972, sus ingresos fueron de 1.611 dólares.

El 14 de septiembre de 1971, Bremer compró un Rambler 1967 por aproximadamente 800 dólares. El 15 de octubre alquiló un apartamento en

West Michigan Avenue en Milwaukee por 138 dólares al mes. En enero de 1971 adquirió su primera arma de fuego, un revólver calibre 38.

El 18 de noviembre de 1971 Bremer fue arrestado por primera vez en su vida. Estaba sentado en su automóvil aparcado en una zona prohibida. En el asiento delantero, junto a él, había algunas municiones. Un oficial de policía se acercó y, al ser interrogado por las cajas y las balas, Bremer le mostró su 38. Primero fue acusado de llevar armas ocultas, pero luego el cargo se redujo al de desorden público. El departamento de policía confiscó el arma.

El 13 de enero de 1972, Bremer compró otro revólver 38 y una pistola Browning semiautomática de 9 mm y 14 disparos en algún momento anterior al atentado.

El 1.º de marzo de 1972 Arthur H. Bremer comenzó su gira siguiendo a Wallace y asistió a un encuentro para organizar la campaña en el Hotel Pfister de Milwaukee. El día 23 asistió a una cena para recolectar fondos en el Downtowner de 25 dólares por cubierto y esa misma noche fue visto en una reunión de Wallace. También asistió a una reunión con Humphrey durante su peregrinación, el 3 de abril de 1972. El día 4 concurre a la fiesta de la victoria en la sala de baile del Holiday Inn Midtown.

Luego comenzó a viajar fuera del Estado por asuntos políticos; los días 7 y 8 de abril de 1972 Bremer se hospedó en el exclusivo hotel Waldorf-Astoria de Nueva York donde también se alojaba Hubert Humphrey. Desde allí se trasladó al Lord Elgin en Ottawa, Canadá, otro hotel de lujo. Del 15 al 18 de abril estuvo en el Sheraton Motor Inn en New Carrollton. El 10 de mayo asistió a una reunión de Wallace en Cadillac, Michigan, y se sentó con un hombre de unos 40 años muy bien vestido, quien no fue identificado. Luego fue a la reunión en Landover, y después fue visto de nuevo en Michigan los días 12 y 13 de mayo en el Reid Hotel de Kalamazoo donde asistió a otra presentación de Wallace.

Todo este recorrido parecería estar a gran distancia de las posibilidades económicas con que podía contar un portero desempleado. Es obvio que el viaje de 18 semanas de Bremer fue financiado con recursos que no eran los propios. Se ha determinado que sus padres no contribuyeron con ningún dinero del que usó durante sus viajes o del que gastó para comprar las

armas, municiones, ropa y discos encontrados en su poder en el momento de su arresto. Cuando fue arrestado afirmó tener «...sólo tengo 300 dólares». Es sorprendente que tuviera incluso esa cantidad considerando que sus gastos se calcularon en un mínimo de 5.000 dólares.

Artie Bremer era considerado un «solitario». A pesar de esa descripción que hiciera de él uno de sus conocidos así como la revista *Life*, Bremer constantemente estuvo en compañía de varios individuos poco antes del atentado a Wallace.

Uno de estos individuos ha sido identificado como Mr. Dermis Cassini. Antes de que Cassini pudiera ser interrogado después del atentado, fue encontrado muerto a causa de una sobredosis de heroína en el baúl de su automóvil. Los oficiales de Milwaukee informaron de este incidente a la Oficina Federal de Investigación. Las autoridades federales, en ese entonces bajo la dirección de L. Patrick Gray, no intentaron profundizar demasiado el asunto.

Bremer también fue visto con un hombre mayor y corpulento en la sala de espera del transbordador Chesapeake-Ohio en Ludington. El empleado que lo atendió dijo que tenía «un acento irlandés de Nueva Jersey». Mr. Roger Gordon, un antiguo miembro de la Secret Army Organization (SAO), una agencia de inteligencia del gobierno, identificó al contacto de Bremer como Anthony Ulasewicz, un empleado de la Casa Blanca que sería muy conocido en las grabaciones de Watergate. Desde entonces Gordon está fuera del país.

Se informó que Charles W. Colson ordenó a E. Howard Hunt (ambos también involucrados en el caso Watergate) que entrara en el apartamento de Bremer una hora después del tiroteo y pusiera allí periódicos del partido Panteras Negras y literatura de Angela Davis. Un empleado del servicio de noticias dio cumplimiento a la orden que recibiera Colson. Wallace fue entrevistado por Barbara Walters del programa televisivo *Today*. Con referencia al allanamiento del departamento de Bremer, el gobernador dijo:

«Sólo me pregunto cómo alguien supo dónde vivía una hora después de que atentaran contra mi persona. Yo mismo no supe quién me había disparado hasta que pasaron varios días, pero por supuesto, no lo sabía porque no estaba en condiciones.»

El hecho de que se conociera la identidad del sospechoso y dónde quedaba su apartamento podría indicar también un conocimiento previo del incidente. Todos estos detalles podrían hacer pensar además que el «solitario» Airthur Hermán Bremer estaba en confabulación con otro grupo o grupos para atentar contra la vida del gobernador George C. Wallace. Sin embargo, en las esferas oficiales hasta el momento no se ha planteado la necesidad de una investigación más exhaustiva del caso.

R. Rh. & B. C.

LA LISTA DE LOS DIEZ FUGITIVOS MÁS BUSCADOS POR EL FBI

El cambiante cuadro de violencia en USA

Introducción: El lado oscuro de América ha fascinado durante largo tiempo a sus ciudadanos y si a ello se une su predilección por las estadísticas competitivas, ¿qué resulta más natural que una lista de primeras figuras de los criminales más sanguinarios, brillantes y audaces de la nación? Creada en 1950 después de discusiones entre J. Edgar Hoover y el Servicio Internacional de Noticias, la lista de los diez más buscados por el FBI apuntaba a capturar a los criminales más peligrosos por medio de la publicidad. Para incluir a un prófugo en la lista se examinaban —y todavía se examinan— los antecedentes criminales, la naturaleza de sus actos y la amenaza que implica para la comunidad. Ocasionalmente la lista se ha ampliado para incluir un caso de especial urgencia, como por ejemplo la persecución del carnicero-asesino de la Costa Oeste en 1961 y el rastreo de James Earl Ray en 1968 después del asesinato del Dr. Martin Luther King. Y si bien la lista puede reclamar a algunos de los mayores enemigos públicos de América, hay otros, tales como John Dillinger, cuyas actividades aterrorizaron a los ciudadanos antes de que aquella existiera.

No obstante un análisis de la lista en los 24 años de su existencia proporciona un cuadro curioso y revelador de la violencia en América. Lo que sigue es una selección del desfile impactante del crimen hecha por el FBI.

Los más buscados, 1950

Henry Randolph Mitchell. Delito: Buscado en conexión con el asalto a un banco en Florida. *Conclusión:* Mitchell nunca fue apresado y la orden de arresto federal que pesaba sobre él fue rechazada el 18 de julio de 1958. Fue el último de los Diez Más Buscados en ser sacado de la lista.

William Raymond Nesbit. Delito: Buscado por el robo de joyas evaluadas en 37.000 dólares y el asesinato de su cómplice a quien presuntamente hizo volar en un depósito de explosivos con 3.500 libras de dinamita y 7.000 libras de pólvora negra. La onda expansiva rompió las ventanas de 5 millas a la redonda. *Conclusión:* Nesbit fue a prisión por asesinato pero escapó. Se escondió en una cueva junto al río Mississippi en St. Paul, pero fue apresado después de que algunos jóvenes de las inmediaciones reconocieran su foto en un periódico.

Los más buscados, 1951

Ernest Tait. Delito: robo. *Conclusión:* Tait fue uno de los pocos «escogidos» que figuró dos veces en la lista de los Diez Más Buscados. La primera fue en 1951 después de que se le identificó como uno de los dos hombres involucrados en el robo de una casa en New Castle, Indiana. Tait fue capturado a las 24 horas de que se incluyera su nombre en la lista. Fue declarado culpable de robo en segundo grado y sentenciado a cumplir de 2 a 5 años en prisión. En 1960 el nombre de Tait apareció por segunda vez en la lista del FBI y nuevamente por robo. A continuación fue arrestado.

Los más buscados, 1952

Nick George Montos. Delito: «El pequeño Nick» fue incluido en la lista del FBI después de que él y dos cómplices asaltaran a un hombre mayor y a su hermana en Georgia. También se buscaba a Montos por ser miembro clave de una banda de asaltantes que tenía su base en Chicago. El FBI lo incluyó otra vez en su lista en 1956 cuando escapó de la prisión de Mississippi. *Conclusión:* Al ser capturado en 1954 Montos se describió a sí mismo como un ladrón «continental». Tres meses después de su fuga en 1956, el FBI rodeó la habitación del motel en que se había escondido y lo

obligó a salir con gas lacrimógeno. Finalmente recibió sentencias adicionales por portación de armas de fuego y por el robo en Georgia.

Los más buscados, 1953

John Raleigh Cooke. Delito: robo armado. *Conclusión:* fue arrestado en Detroit y les dijo a los agentes que para él era un «alivio» ser capturado.

Joseph James Brletic. Delito: escapó de prisión. *Conclusión:* Brletic intentó ocultarse en la pequeña ciudad californiana de Lancaster pero fue arrestado el 10 de febrero tras una intensa campaña de publicidad en los medios de difusión al ser incluido en la lista de los más buscados.

Joseph Levy. Delito: un experto timador, Levy era buscado por estafar a cientos de personas. Su radio de operaciones se extendía desde New England hasta el límite de México. Una de sus maniobras predilectas era comprar regalos costosos al vicepresidente Richard M. Nixon librando un cheque por un monto que excedía al de la compra y embolsarse la diferencia. *Conclusión:* Lo arrestaron casi en el mismo momento en que su nombre fue incluido en la lista del FBI y de ese modo logró el récord de todos los tiempos por haber estado en ella durante el período más corto.

Chester Davenport. Delito: figuró en la lista después de escapar de la cárcel de Oklahoma donde cumplía una condena por robo de ganado, secuestro y fuga de una prisión. *Conclusión:* cuando Davenport fue arrestado tenía las manos demasiado ocupadas como para sacar su revólver —estaba ordeñando una vaca en una granja de California.

Los más buscados, 1954

Alex Whitmore. Delito: asalto y robo. *Conclusión:* nervioso, Whitmore les dijo a los agentes del FBI cuando lo arrestaron en Seattle que estaba «asustado» y «sabía que sólo era cuestión de tiempo» que lo atraparán.

Los más buscados, 1955

George Lester Belew. Delito: falsificación, secuestro y fuga de prisión. *Conclusión:* fue arrestado porque el administrador de un motel en Illinois reconoció una foto difundida por el FBI.

Los más buscados, 1958

Quay Cleon Kilburn. Delito: fuga de prisión, robo y desfalco. *Conclusión:* otro de los escogidos que fue incluido en la lista más de una vez. Kilburn fue apresado en 1958 después de estar en la lista menos de dos meses. En 1964 se convirtió nuevamente en uno de los fugitivos más buscados al escapar de prisión y fue capturado tres meses más tarde.

Los más buscados, 1959

Joseph Lloyd Thomas. Delito: robo a un banco, violación de la libertad condicional. *Conclusión:* Thomas es el último con «doble entrada» en la lista del FBI. Figuró primero en 1959 y luego en 1969. Fue apresado en 1970.

Los más buscados, 1960

Joseph Corbett, Jr. Delito: buscado por el sensacional secuestro y asesinato del magnate de la cerveza de Colorado, Adolph Coors III. *Conclusión:* Corbett provocó una persecución transcontinental que comenzó en California, incluida Atlantic City, y terminó en Vancouver. Fue acusado de asesinato y sentenciado a cadena perpetua.

Stanley William Fitzgerald. Delito: le disparó a un «compinche borracho» en Truckee, California. *Conclusión:* Su conocida debilidad por cantar canciones de cuna irlandesas fue lo que condujo a su captura. Después de una presentación en un bar de Colorado se le siguió la pista hasta Portland donde fue apresado.

Los más buscados, 1961

Richard Laurence Marquette. Delito: el asesinato a hachazos de una mujer joven en Oregon; el hallazgo de partes del cuerpo en la nevera de Marquette y en los jardines de las casas de Portland aterrizó a los ciudadanos. *Conclusión:* la ansiedad que despertó la «matanza del carnicero» llevó al FBI a ampliar su lista por primera vez a más de 10 fugitivos para incluir a Marquette. Una vez capturado fue llevado a juicio y

declarado culpable de asesinato en primer grado por lo que recibió sentencia de cadena perpetua.

Hugh Bion Morse. Delito: intentó asesinar a su ex esposa. *Conclusión:* el viernes 13 de octubre fue un día de mala suerte para Morse. Un vecino de St. Paul reconoció una foto suya en las oficinas del FBI en Washington. Minutos después lo arrestaron y admitió haber sido el autor de varios asesinatos que no habían sido resueltos por lo que recibió una condena de cadena perpetua.

Los más buscados, 1962

Bobby Randell Wilcoxson y Albert Frederick Nussbaum. Delito: buscados por asesinato, múltiples robos a bancos y atentados con bombas en Washington DC. *Conclusión:* este dúo provocó uno de los mayores despliegues del FBI. Nussbaum fue apresado a principios de noviembre después de una persecución a gran velocidad por las calles resbaladizas y lluviosas de Buffalo. Flabía cambiado hábilmente su aspecto e iba armado de un rifle y dos granadas de mano. Wilcoxson fue arrestado menos de una semana después, cuando salió de su escondite de Baltimore acompañado de una joven. La intensa publicidad de los medios de difusión y la cooperación de los familiares hicieron posible su captura.

Brands Láveme Brannan. Delito: buscado por el asesinato de una anciana viuda de Illinois. *Conclusión:* Brannan llamó desesperado a la oficina del FBI en Miami para pedir «que vengan a buscarme, estoy cansado de correr».

Watson Young, Jr. Delito: el FBI agregó a Young a su lista cuando éste escapó de un hospital psiquiátrico y supuestamente perpetró una violación y un doble asesinato. *Conclusión:* Era conocido por su profundo interés en las casas funerarias y, conforme a ello, fue arrestado por la policía de Salina, Kansas, al encontrársele detrás del volante de una ambulancia robada de una funeraria con la luz roja encendida y haciendo sonar la sirena.

Michael Joseph O'Connor. Delito: buscado por el asesinato de un conocido suyo a quien le disparó a causa de una reyerta en una taberna. *Conclusión:* fue arrestado a los 15 días de ser incluido en la lista. Declarado culpable de asesinato en primer grado, fue condenado a cadena perpetua.

Los más buscados, 1963

Jerry Clarence Rush. Delito: buscado por el robo de 100.000 dólares a un banco de Perth Amboy y por escapar de una cárcel de Maryland. *Conclusión:* Rush gastó el dinero del botín en una costosa luna de miel recorriendo el país. Fue arrestado cerca de Miami en el momento en que subía a su flamante y lujoso automóvil y sentenciado a 29 años de prisión.

Ben Golden McCollum. Delito: asesinato y robo. *Conclusión:* fue encontrado muerto en su casa de Kentucky después de que dos ladrones le dispararon.

Leroy Ambrosia Frazier. Delito: escapó de una cárcel de Washington, D.C., pesaban sobre él numerosas condenas por actos criminales. *Conclusión:* después de haber cometido sus muchos crímenes, Frazier se ocultó. Su intento de iniciar una nueva vida en un negocio se vio frustrado cuando un periódico de Cleveland publicitó su caso.

Howard Jay Barnard. Delito: robo. *Conclusión:* Barnard, descrito por el FBI como «un experto en fugas, émulo de Houdini», fue apresado por la policía de Sacramento, California, en 1964 tras ser herido en una pierna mientras escapaba de la escena de un robo. Había cambiado su aspecto utilizando un maquillaje teatral y una peluca rubia y se había colocado algodón en la nariz y la boca para distorsionar sus rasgos faciales.

Los más buscados, 1964

George Zavada. Delito: numerosos robos de bancos, incluyendo un atraco por 73.000 dólares. *Conclusión:* Zavada, cuyo apodo «el Rey» le gustaba tanto que lo llevaba bordado en su ropa interior, había organizado numerosos asaltos a bancos de California a los que los agentes del FBI pusieron fin cuando lo arrestaron tras resultar herido en un tiroteo. Zavada fue sentenciado a 46 años de prisión pero murió de muerte natural en Leavenworth, en 1965.

Joseph Francis Bryan, Jr. Delito: múltiple secuestro y asesinato de niños. *Conclusión:* Bryan fue aprehendido en Nueva Orleans dos semanas después de su inclusión en la lista de los Diez Más Buscados. Fue condenado a cadena perpetua.

Jesse James Gilbert. Delito: pesaban sobre él los cargos de robo a un banco de Alhambra, California, y de dar muerte a un oficial de policía mientras huía después de fugarse de la prisión. *Conclusión:* los agentes del FBI lo arrestaron de noche en una esquina de Filadelfia. Estaba completamente transformado y se negó a reconocer su identidad hasta que una verificación de las huellas digitales eliminó toda duda.

John Gibson Dillon. Delito: «Matt» Dillon era buscado por violación de la libertad condicional y por tráfico de narcóticos, cargos por los que pudo haber recibido 190 años de prisión. *Conclusión:* su cadáver fue encontrado en avanzado estado de descomposición en el pozo de una apartada granja de Oklahoma bajo varios centenares de kilos de cemento. Para identificar su cuerpo se revisaron sus piezas dentales.

Thomas Hadder. Delito: un consumado artista de las fugas, Hadder era también buscado por el asesinato de un oficial de policía en Maryland. *Conclusión:* los agentes del FBI lo apresaron mientras asistía a un recital en un centro del Ejército de Salvación en Oklahoma.

William Hutton Coble. Delito: buscado por numerosos robos de bancos y por escapar de una cárcel de Nashville. *Conclusión:* un violento tiroteo precedió la captura de Coble por agentes del FBI tras un intento de robo a un banco de Charlotte. Fue sentenciado a 15 años en una prisión federal.

Jack Clouser. Delito: el «zorro de Florida» figuró más de 10 años en la lista de los Más Buscados por el FBI después de escapar de una institución psiquiátrica en 1964. Había estado recluido allí luego de ser condenado por secuestro, robo y asalto. *Conclusión:* se entregó a la policía el 22 de agosto de 1947 explicando que estaba cansado de huir. Durante los 10 años en que eludió a las autoridades, Clouser escribió cartas a las fuerzas de la ley con frecuencia y en una oportunidad se burló del director del FBI, J. Edgar Hoover, por «dormir con luz en el dormitorio».

Los más buscados, 1965

Edward Owen Watkins. Delito: buscado por 13 asaltos de bancos. *Conclusión:* Watkins fue capturado en 1966 junto a su novia, quien trabajaba en un espectáculo de striptease en Florence, Montana. Ambos

habían llevado una vida lujosa comiendo en restaurantes de categoría y concurriendo a clubes nocturnos y a salas de juegos.

Watkins fue declarado culpable de varios cargos y sentenciado a cumplir dos condenas de 45 años.

Garland William Daniels. Delito: un excelente falsificador, también se le buscaba por violación de la libertad condicional. *Conclusión:* murió de un aparente ataque al corazón en Dallas. Fue identificado luego de un examen de sus huellas digitales.

Walter Lee Parman. Delito: acusado de estrangular a una secretaria en Washington, D.C., se organizó una búsqueda masiva por todo el país para apresarlos. *Conclusión:* se le dio captura en un apartamento de Los Angeles en el que vivía con nombre falso. Fue sentenciado a cadena perpetua al declarársele culpable de asesinato en primer grado, pero más tarde escapó.

Leslie Douglas Ashley. Delito: escapó de un hospital psiquiátrico en el que había sido internado luego de cometer un brutal asesinato. *Conclusión:* los agentes lo capturaron en Atlanta, donde estaba trabajando como «Bobo el Payaso» en una feria.

Samuel y Earl Veney. Delito: esta pareja de hermanos, la primera que figuró en la lista, era buscada por un sangriento crimen perpetrado en Baltimore. Un teniente de policía fue herido con disparos de armas de fuego mientras investigaba un robo armado y un sargento de policía que investigaba la muerte del primero al día siguiente también recibió disparos que ocasionaron su muerte. Samuel fue acusado de matar al sargento mientras que Earl lo fue de intentar matar al teniente. *Conclusión:* fueron capturados juntos en Garden City, N. Y.

Warren Cleveland Osbome. Delito: acusado del asesinato de un empleado de una tienda de artículos de belleza. *Conclusión:* murió al estrellarse su automóvil cerca de Mount Washington mientras era perseguido por oficiales de la policía local. Estuvo tres semanas en la lista de los más buscados.

Los más buscados, 1966

Charles Lorin Gove. Delito: buscado por asalto a un banco y por escapar de prisión. *Conclusión:* los agentes del FBI lo sacaron de entre una

multitud reunida en Nueva Orleans el mismo día en que su nombre fue agregado a la lista de fugitivos.

Robert Clayton Buick, Delito: acusado de varios asaltos a bancos. *Conclusión:* este torero *part-time* fue aprehendido a los cinco días de ser incluido en la lista.

Donald Rogers Smelley. Delito: robo armado. *Conclusión:* Smelley afirmó que no lo iban a coger vivo. Sin embargo, finalmente fue apresado por agentes de policía en Hollywood, California.

Everett Leroy Biggs. Delito: robo a un banco y asalto a mano armada. *Conclusión:* Biggs fue cogido por sorpresa cuando salía de su escondite en Colorado.

Los más buscados, 1967

James Robert Ringrose. Delito: buscado internacionalmente por falsificación de cheques. *Conclusión:* Ringrose fue apresado en Osaka, Japón, cuando intentaba cobrar un cheque fraudulento. Cumplió una condena en una cárcel japonesa antes de ser devuelto a las autoridades de USA. El haber volado más de 7.000 millas le adjudicó el récord de viajes a distancia como fugitivo.

Florencio López Mationg y Víctor Jerald Bono. Delito: eran buscados por el brutal asesinato de dos oficiales de la Patrulla de Fronteras de USA que los habían sorprendido mientras pasaban un contrabando de drogas. *Conclusión:* ambos fugitivos fueron capturados simultáneamente al obligárseles a salir de su apartamento de Los Ángeles con gas lacrimógeno.

Henry Theodore Young. Delito: este asaltante de bancos se hizo famoso como uno de los presos más apacibles de la penitenciaría de Alcatraz. El FBI se lanzó en su búsqueda después de que escapó de una prisión de mínima seguridad en el Estado de Washington. *Conclusión:* Young cambió de nombre y vivió discretamente en Kansas City. El FBI lo arrestó luego de recibir el aviso de un ciudadano que había visto la foto de Young en una revista de detectives. No fue procesado por la fuga puesto que pesaba sobre él la condena de cadena perpetua por asesinato.

Alfred Johnson Cooper, Jr. Delito: acusado de dispararle a un oficial de policía, de secuestro y robo. *Conclusión:* Cooper utilizó por poco tiempo

una nueva identidad y emprendió una nueva forma de vida mientras se ocultaba de las autoridades. Cuando los agentes del FBI lo apresaron en Boston usaba el nombre de Joe Brady y hasta había boxeado en un campeonato de «Guantes Dorados» con ese alias.

Los más buscados, 1968

Ruth Eisemann-Schier Gary Steven Krist. Delito: buscados por el extraño secuestro de Barbara Jane Mackle, quien fue encontrada casi sin vida dentro de una «cápsula» acondicionada para mantenerla bajo tierra durante una semana. *Conclusión:* Eisemann-Schier, la primera mujer que figuró como fugitivo más buscado, fue arrestada en 1969 debido a que había solicitado un trabajo de enfermera y el servicio enviaba rutinariamente al FBI las huellas digitales de las personas que se ofrecían. Su presunto cómplice, Krist, fue aprehendido en un pantano infestado de cocodrilos en Florida dos días después de ser incluido en la lista. En el bote abandonado por Krist se encontró la mayor parte de los 500.000 dólares del rescate. Krist fue sentenciado a prisión perpetua luego de condenársele por secuestro. Eisemann-Schier fue sentenciada a 7 años.

James Earl Ray. Delito: este famoso «solitario» cobró notoriedad cuando fue acusado del asesinato del Dr. Martin Luther King, Jr. La lista se amplió por segunda vez y fue el número 11 de los fugitivos más buscados. *Conclusión:* Ray, cuyo acto desencadenó algunos de los disturbios más violentos de la historia americana, fue procesado por el asesinato del Dr. King luego de ser capturado por autoridades británicas. Las noticias de la captura de Ray debieron competir con las referentes a otra víctima de un asesinato, Robert F. Kennedy, quien era enterrado ese día. Ray intentó escapar dos veces de su celda de máxima seguridad en una prisión de Tennessee y en ambas oportunidades fracasó.

Phillip Morris Jones. Delito: buscado por el asalto a un banco en California, Florida y Maryland. *Conclusión:* en las casi 3 décadas de existencia de la lista, era el primer «Jones»^{3}. Se entregó a los agentes del FBI en San Mateo, California.

Richard Lee Tingle, Jr. Delito: se hizo famoso como uno de los asesinos de más sangre fría en Ohio al ser acusado de los asesinatos de dos adolescentes en una lechería y de cuatro habitantes de Cleveland cuyos cadáveres se encontraron enterrados en un parque. *Conclusión:* fue apresado después de una gran campaña publicitaria, incluyendo una descripción suya en el programa televisivo «El FBI». Tingle fue condenado a muerte acusado de asesinato, pero debido a los cambios con respecto a la aplicación de la pena capital, quedó confinado en la penitenciaría de Columbus.

Monroe Hickson. Delito: condenado por múltiples asesinatos; buscado por escapar de prisión. *Conclusión:* Hickson aparentemente murió por una combinación de «diversas enfermedades», según el FBI. Todo su cuerpo excepto las manos y antebrazos, había sido cremado. Sus restos pudieron ser identificados por las huellas digitales.

Byron James Rice. Delito: acusado de asesinar al guardia de un carro blindado. *Conclusión:* se entregó a los agentes del FBI en Chicago en 1972. Fue sentenciado a cadena perpetua.

Ronald Eugene Storck Delito: acusado del asesinato de tres miembros de una familia de Pennsylvania. *Conclusión:* fue arrestado el 29 de febrero de un año bisiesto en Waikiki, Hawaii.

Charles Lee Herrón. Delito: acusado del asesinato de un policía de Nashville. *Conclusión:* Herrón no había sido nunca antes condenado por un delito. A pesar de que el FBI generalmente incluye en la lista de los Diez Más Buscados sólo a aquellos que tienen antecedentes criminales, en este caso hizo una excepción puesto que Herrón llevaba gran cantidad de literatura de propaganda racial en su automóvil.

Los más buscados, 1969

Marie Dean Arrington. Delito: buscada por escapar de prisión mientras esperaba ser ejecutada por el brutal asesinato de una secretaria de Florida. Había acribillado a balazos a la víctima y luego la había atropellado varias veces con su automóvil. *Conclusión:* Arrington, la segunda mujer que el FBI incluyó en su lista, fue apresada en Nueva Orleans en 1971.

Billie Austin Bryant. Delito: Bryant fue el primer fugitivo responsable de la muerte de dos agentes desde el tiroteo de 1934 entre el FBI y Baby Face Nelson. Les disparó a los dos hombres mientras lo perseguían por el asalto a un banco. *Conclusión:* fue condenado a cadena perpetua por asesinato.

Cameron David Bishop. Delito: buscado por el supuesto sabotaje a cuatro torres de transmisión de energía en Colorado. *Conclusión:* Bishop, quien era un miembro de los estudiantes radicales por una Sociedad Democrática, fue el primer «revolucionario» que figuró en la lista. La apertura de un nuevo campo de operaciones para el FBI reflejó la tendencia social cambiante de un país cuyos claustros y ghettos fueron invadidos por la disensión y la violencia. Bishop, como muchos fugitivos extremistas, desapareció de la superficie y pasó a la clandestinidad, lo que le proporcionó una protección nada común para los tradicionales fugitivos del FBI. El 12 de marzo de 1975 las autoridades lo apresaron en Rhode Island.

Benjamín Hoskins P'addock. Delito: fuga de prisión. *Conclusión:* Paddock cumplía una condena de 20 años por asalto a un banco cuando escapó de la Institución Federal Correccional de La Tuna, Texas, el 31 de diciembre de 1968. Aún no ha sido apresado y según el FBI se le «ha diagnosticado psicópata con tendencias suicidas».

Los más buscados, 1970

Laivrence K. Plamondon. Delito: Plamondon, el «Ministro de Defensa» del partido revolucionario Pantera Blanca, fue acusado de colocar una bomba en una oficina de la CIA en Ann Arbor, Michigan. *Conclusión:* fue arrestado con la ayuda de los procesamientos del Centro de Información

Nacional del Crimen y fue también el primer fugitivo arrestado bajo este sistema de computadoras.

Bernardine Rae Dohm. Delito: buscada por promover disturbios y por ser partícipe de un supuesto complot para colocar una bomba en Flint, Michigan, así como por una serie de manifestaciones violentas en Chicago organizadas por la facción militante Weathermen del SDS. *Conclusión:* Dohrn compartió la lista de los diez más buscados con otros 15 fugitivos ese año. Dicha nómina se amplió a un punto máximo con respecto a épocas anteriores con la inclusión de prófugos extremistas. El gobierno retiró el cargo de conspiración en un atentado que pesaba sobre ella en 1973 y su nombre fue sacado de la lista.

Hubert Geroid Broum. Delito: H. Rap Brown, como se le llamaba, era un militante negro que encabezaba el Comité Nacional de Coordinación Estudiantil. Pesaban sobre él los cargos de obstaculizar un juicio por incendio intencional y de incitación a la violencia. *Conclusión:* fue capturado en Nueva York en 1971 después de un tiroteo con la policía en el que resultó herido.

Angela Yvonne Davis. Delito: buscada en conexión con los asesinatos de un juez y tres presos durante el intento de liberar al ohermano Soledad» George Jackson en Marín County, California. *Conclusión:* la persecución de Davis, una militante comunista confesa, quien también era negra, hermosa y de una personalidad brillante, despertó enormemente el interés público. Dos meses después de ser incluida como la tercera mujer en la nómina del FBI, Davis fue arrestada en un motel de la ciudad de Nueva York. El juicio que se le siguió duró tres meses y como resultado del mismo fue absuelta por un jurado compuesto en su totalidad por blancos.

Karelton Lewis Armstrong, Dwight Alan Armstrong, Leo Frederik Burty David Sylvan Fine. Delito: buscados por sabotaje, destrucción de la propiedad del gobierno y por atentar con una bomba contra el edificio de la Universidad de Wisconsin como resultado del cual murió un investigador y hubo varios heridos. Todos eran miembros del partido radical SDS. *Conclusión:* Karelton Lewis Armstrong fue capturado en Toronto en 1972 pero los otros —incluido Fine, quien con sus 18 años era el fugitivo más joven que haya figurado nunca en la lista— no fueron apresados.

Susan Edith Saxey Katherine Ann Power. Delito: identificados por el FBI como miembros de un grupo revolucionario, pesaba sobre ellos el cargo de asesinato de un policía en Boston. El agente los perseguía por el asalto a un banco. *Conclusión:* los tres experimentados criminales, a quienes las mujeres supuestamente ayudaron en el asalto al banco, fueron capturados en el término de una semana, pero las jóvenes quedaron prófugas. (Sin embargo, en marzo de 1975, Susan Saxe fue arrestada; Katherine Ann Power aún es buscada por las autoridades.) El hecho de que la lista de los más buscados haya incluido 16 nombre, impulsó a un periodista del *New York Times* a comentar: «Cualquiera sea su récord con los criminales ordinarios, el FBI no está demasiado fogueado en la captura de la nueva casta de fugitivos».

Los más buscados, 1973

Hermán Bell. Delito: buscado por el asesinato de dos oficiales de policía y por el asalto a un banco de San Francisco. *Conclusión:* Bell, un líder del Ejército de Liberación Negro, fue apresado sin oponer resistencia en una calle de Nueva Orleans.

Los más buscados, 1974

John Edvard Copeland, Jr. Delito: violación, robo, secuestro. *Conclusión:* junto con un cómplice, Copeland era buscado por varias violaciones, robos y secuestros en California a mediados de 1973. El cómplice fue arrestado, pero Copeland continúa prófugo.

Los más buscados, 1975

Billy Dean Anderson. Delito: en enero de 1974 un gran jurado en Fentress County, Tennessee, procesó a Anderson por asalto con intento de asesinato, conato de robo y uso de un arma mortal para cometer un delito. *Conclusión:* Anderson escapó de la sección de máxima seguridad de la cárcel del condado de Morgan, Tennessee, el 6 de agosto de 1974. Las autoridades continúan buscando a este criminal, cuya carrera delictiva abarca casi 20 años.

Nota al margen: Debido a su interés por los prófugos políticos a fines de los tormentosos años 60, el FBI no agregó nunca a la lista los nombres de aquellos que estuvieron involucrados en el extraño secuestro de Patty Hearst. Como manifestó un agente: «Simplemente no eran calificados».

Conclusión: Más de 320 fugitivos han estado en la lista desde 1950 y sus crímenes comprenden desde los asesinatos más brutales a los robos de bancos más sofisticados. El denominador común de los Diez Más Buscados es el hombre de un metro ochenta de altura con setenta kilos de peso y 37 años de edad. Un fugitivo promedio estará en la lista alrededor de 145 días y su captura tendrá lugar a unas 960 millas de la escena del crimen. La mayoría tiene un largo historial delictivo, ha cumplido condenas en prisión y se ha beneficiado con algún tipo de indulgencia judicial. Hasta los años 70, cuando el FBI fue duramente criticado por la preponderancia de extremistas en su lista, la organización arrestó a un promedio de 15 fugitivos por año. Sin embargo, entre 1970 y 1973 sólo 12 fueron capturados. Los prófugos radicales que dominaban la lista cuando ésta alcanzó el máximo de 16 nombres en 1970 podían buscar la protección de una organización clandestina extensa y bien estructurada. El fugitivo tradicional no tenía semejante opción. Al margen de las acusaciones de que el FBI se estaba transformando en una Gestapo americana, algunos observadores argumentaron que las listas extranjeras eran ineficaces. A pesar de todo, la lista de los más buscados por el FBI, con más de 300 capturas a su favor, ha demostrado ser una herramienta valiosa en la lucha contra el crimen. En cuanto al cargo que se le ha hecho al FBI de ser un organismo represor, el ex director Hoover escribió:

«Nosotros siempre estamos en la posición poco envidiable del policía que es asaltado por la pandilla. El agente del FBI ni decreta la ley ni juzga la legalidad de la misma, pero siempre es él y sólo él quien debe esquivar las críticas lanzadas por aquellos que protestan contra la ley.»

J- B.

3

La guerra

Famosas batallas de la historia

Marathón (490 a.C.)

El plan del rey persa Darío exigía el desembarco en la Llanura de Marathón con 20.000 hombres para vencer a las ciudades-estado griegas, habiendo antes organizado un asalto contra la misma Atenas. Su poderosa infantería, caballería y arqueros tuvieron éxito y adoptaron posiciones defensivas esperando un ataque del ejército ateniense que tenía 10.000 soldados, casi todos de infantería.

El comandante ateniense, Miltiades, se tomó su tiempo, taló árboles y los arrastró hacia adelante para poner obstáculos en la milla de distancia que separaba a ambos ejércitos.

Al escuchar que las tropas enemigas habían abandonado la escena temporalmente, presumiblemente para proveer de agua a sus caballos en los manantiales del norte, Miltiades aprovechó la oportunidad. Descartó el método tradicional de falange usado por los griegos —un acercamiento lento y deliberado— y ordenó cargar sobre los que quedaban. Tomaron a los arqueros persas completamente por sorpresa, y sus flechas de gran alcance cayeron inofensivamente detrás de ellos. Se aproximaron rápidamente hacia los desventurados infantes, ahora desprotegidos tanto por la caballería como por los arqueros, y los aniquilaron.

Los hombres de Miltiades, en combate mano a mano, armados con lanzas largas y usando armaduras de bronce, fueron capaces de vencer fácilmente a los persas, quienes no tenían ni protección en el cuerpo ni adecuados escudos para defenderse de las estocadas de los arremetedores griegos.

Cuando las dos fuerzas se encontraron, los flancos griegos (donde Miltiades había colocado el mayor número de soldados), hicieron retroceder a la infantería y luego pasaron arrasando hacia el interior para aplastar el centro de los persas, con maniobras en forma de pinzas.

Incapaz de hacer frente a la carga ateniense, Datis, el comandante persa, retornó a la playa y volvió a embarcarse en los barcos que lo estaban esperando; deseaba navegar en dirección opuesta hacia la costa occidental del Atica y caer sobre la desprotegida ciudad de Atenas.

Miltiades, previendo su plan, llevó a sus hombres hacia la ciudad en una forzada marcha nocturna. Cuando a la mañana siguiente la armada persa arribó, encontró al ejército ateniense apostado con aplomo en lo alto y preparado para duplicar la victoria del día anterior.

Profundamente consternado, Datis abandonó su campaña y retornó al Asia, dejando 6.400 muertos detrás suyo.

La victoria fue total para los griegos. Perdieron sólo 192 hombres que fueron enterrados en la Llanura de Maratón. El entierro fue contrario a la costumbre usual, ya que los restos de los hombres que caían por su país eran llevados a Atenas para ser depositados en el sepulcro Cerameico. En Maratón, sin embargo, la victoria fue considerada tan importante que se honró a los muertos enterrándolos en el campo de batalla.

W. K.

Termópilas (480 a.C.)

En 480 a.C., Xerxes, gobernador del poderoso Imperio Persa, invadió Grecia con más de 100.000 hombres. Procuraba vengar la derrota persa en Maratón y suprimir un competidor naval y comercial.

La amenaza obligó a las ciudades-estado griegas a unirse por primera vez en la historia. Enviaron al norte un ejército aliado para contenerlos. Los espartanos, deseando defender su suelo, mandaron sólo 300 personas bajo el mando del rey Leónidas, grupo famoso que constituyó el núcleo de los 5.000 griegos que marcharon a Termópilas.

Como sus tropas eran menos efectivas a las persas, los griegos tuvieron que depender de tácticas defensivas. El lugar más fácil de defender era el

estrecho paso de las Termopilas. Leónidas lo ocupó y distribuyó 1.000 focenses^{4} en la ladera lateral.

Los persas avanzaban rápidamente hacia el norte sin encontrar resistencia, por lo tanto les sorprendió el encuentro repentino con el enemigo. Xerxes hizo altos durante cuatro días enfrente del paso.

En el quinto, muy confiado, envió a los medos^{5} y a los cissans adelante, pero las fuerzas persas ligeramente armadas no eran suficientes para doblegar a los hoplitas fuertemente equipados.

Aturdido por el primer revés, el persa mandó sus hombres en oleadas sucesivas a enfrentar al enemigo: cada una fue diezmada por las largas lanzas griegas y por la defensa salvaje de los espartanos. Hasta llegó a entregar a su compañía conocida como los Inmortales, que fue rechazada.

El poderoso ejército estaba paralizado delante de esta inamovible muralla humana. Xerxes no sabía qué hacer. Pero un griego llamado Malis le ofreció guiarlo por un paso montañoso hasta la retaguardia griega. Los persas desfilaron a lo largo del sendero hasta que de repente encontraron a los focenses ubicados allí para cualquier emergencia. Se sintieron consternados con este encuentro pero, a pesar de todo, los atacaron con ferocidad. Los griegos creyeron por error que estaban siendo rodeados por todas las fuerzas persas y se retiraron a las montañas buscando una posición más favorable.

Los persas quedaron estáticos: el camino estaba abierto y el enemigo, perdido.

Leónidas había ordenado la retirada y con un último gesto decidió permanecer detrás con sus espartanos para cubrir a sus hombres. Atacado por todos lados, el pequeño ejército griego fue aniquilado: la ruta hacia el sur de Grecia estaba abierta.

W. L. S.

Accio (31 a.C.)

El destino de Europa fue determinado por la decisiva batalla histórica de Accio. Si las fuerzas navales de Antonio y Cleopatra hubieran vencido a las del hijo adoptivo de Julio César, Octavio, entonces Alejandría (Egipto) se

hubiera convertido en la capital del Imperio Romano y en el eje no cristiano de la cultura europea.

Después del asesinato del César en el año 44 a.C. por obra de envidiosos conspiradores, se formó un triunvirato con el emperador Octavio gobernando el oeste y Lépido, el África cartaginesa.

Lo mejor de Antonio era el oriente encantador... y Cleopatra. Los conspiradores querían una república gobernada por un Senado constituido por propietarios. Octavio y Lépido podían aceptar esto, pero Antonio se inclinaba preferentemente porque se perpetuara un emperador divino.

Se produjeron dos batallas seguidas en Filipos donde el ejército republicano dirigido por Casio y Bruto (cabecillas de la conspiración asesina) fue derrotado. Esto acabó la cuestión: Roma tendría una autocracia.

Octavio procedió a incitar al Senado a declarar la guerra a Cleopatra pero no a Antonio. Este proyecto decisivo no tuvo éxito.

Antonio y Cleopatra trasladaron juntos sus fuerzas de mar y tierra a Accio, en la orilla sur del golfo de Ambracia, para establecer una base fortificada. Esperaban luchar con Octavio más tarde, claro esto era en el futuro, y consideraban necesario estar preparados.

El 2 de septiembre del año 31 a.C. las flotas trabaron batalla. La de Octavio estaba en ventaja, ya que sus barcos eran más pequeños y maniobrables.

Cuando la derrota parecía inminente, Cleopatra (por razones conocidas sólo por ella) se escapó con 60 barcos, abandonando a Antonio sin apoyo. Luego, él abandonó atolondradamente a sus fuerzas y en una galera la siguió. Octavio fue el vencedor indiscutido.

Un año más tarde, cuando Octavio invadió Egipto, Antonio —creyendo que Cleopatra estaba muerta— se suicidó. Al ver ella, aún con vida, que Octavio planeaba una marcha victoriosa a través de las calles de Roma para exhibirla como cautiva, eligió el mismo camino que su amante.

Octavio regresó a Roma y se rebajó dando las riendas del gobierno al Senado y al pueblo. Ellos respondieron honrándolo con un título doble: de «Augusto» y el rango de tribuno para toda la vida. Así entonces se convirtió en el primer emperador del Imperio Romano.

F. M. W.

Tours (732)

En 732, un gran ejército árabe cruzó los Pirineos e invadió Francia dirigido por el Yemenite Abd-ar-Rahman. Venció un reino rebelde musulmán que estaba gobernado por Berber Othman y luego, extendiéndose hacia el norte, derrotó a las fuerzas de Eudo, duque de Aquitania, aliado del anterior.

Eudo, derrotado, se vio forzado a solicitar ayuda a su enemigo encarnizado, Charles Martel, quien cooperó con él porque los invasores estaban penetrando más en el norte, dejando detrás de ellos ciudades y monasterios saqueados.

Los árabes avanzaron cerca del corazón de Francia, atraídos por los ricos monasterios de St. Halaire y St. Martin. Después de destruir el primero, tomaron el camino romano hacia Tours y en alguna parte del sur de la ciudad, se encontraron con Charles y su ejército franco.

Durante siete días los dos ejércitos permanecieron frente a frente sin entrar en acción: los francos esperaban refuerzos y los árabes trataban de transportar su botín a lugar seguro. Luego éstos atacaron.

Con un refuerzo de 30.000, Charles dispuso a sus tropas en orden de batalla para rechazar la carga árabe. Eran, en su mayor parte de infantería, estaban armados pesadamente con espadas, hachas, jabalinas y una pequeña hacha arrojadiza que llamaban «la francisca».

El ejército árabe totalizaba alrededor de 80.000 personas y estaba compuesto enteramente por caballería ligera que, como era extremadamente veloz, confiaba en la lanza y en la espada. Tenía dos posibilidades: atacar o plegarse en retirada hacia el sur sin luchar. Rechazaron la idea de huir ante un grupo tan pequeño, y por lo tanto cargaron contra las líneas francas.

Los francos recibieron con resolución a los musulmanes y resistieron a los ataques sucesivos que buscaban su punto débil. Ellos eran como una muralla contra la que los enemigos se rompieron en pedazos.

Cuando las fuerzas de los árabes se desvanecieron, contraatacaron; en tanto, el flanco musulmán era castigado por el vengativo Eudo y sus hombres. Abd-ar-Rhaman fue asesinado mientras trataba de recobrar su desecho grupo y al día siguiente, los francos descubrieron el campamento enemigo desierto, excepto por su cadáver y el botín abandonado.

Charles ganó el nombre de «Martillo» y Francia nunca más fue invadida por los árabes. Un fracaso en Tours, aunque los árabes sólo habían llegado a hacer una incursión, hubiera dado comienzo a otras invasiones más importantes.

Como era de esperar, la muerte de Abd-ar-Rahman acarreó una revuelta entre los bereberes que destruyó la unidad árabe.

W. L. S.

Hasting (1066)

Cuando Eduardo el Confesor murió en 1066, no dejó heredero directo para el trono de Inglaterra. Muchos aspiraban llenar la vacante, pero sólo hubo tres demandantes: Guillermo de Normandía, el rey Harold Hardrada de Noruega y Harold Godwinson, conde de Wessex.

Los nobles ingleses eligieron al último, un general de las Guerras de Gales que inspiraba confianza. Los otros dos pretendientes amenazaron invadir. Harold, por miedo a que William, el Bastardo de Normandía, disputara su derecho por la fuerza, constantemente hacía patrullar el canal de la Mancha a la flota inglesa mientras preparaba su ejército para detenerlo.

Pero de repente, la vigilancia del sur fue interrumpida por una invasión en el norte de Inglaterra: el rey Harold de Noruega, a la cabeza de sus guerreros vikingos, derrotó a los norteños y se adelantó hacia York en su intento por conquistar Inglaterra.

Harold Godwinson se vio obligado a disminuir la vigilancia del canal para dirigirse con apuro al norte. Por suerte, su ejército sorprendió al enemigo y en una violenta batalla derrotó al poderoso rey del norte en Stamford Bridge. Pero exactamente cuatro días después, Harold recibió la peor noticia posible: Williams había desembarcado en el sur.

Harold guió a sus fatigados hombres a encontrarse con la nueva amenaza, intentando repeler al enemigo inmediatamente. Como rey de Inglaterra, él era protector de la tierra, y por lo tanto se le informó que los normandos estaban quemando y realizando pillajes en esa zona.

El invasor intentaba exactamente obligar a los ingleses a luchar en una batalla decisiva, ya que su pequeño ejército de 7.000 hombres no podía

soportar la práctica de una guerra de guerrillas. Su estrategia triunfó: Harold entró en su juego e, inmediatamente, lo desafió.

Confiaba en que su magnífica infantería, aunque estaba debilitada, podía ganar ventaja, el inglés atacó desplegando a sus hombres en su famosa «pared de escudos», sus campesinos escoceses en el centro y los sureños en las alas. Pero Williams estaba preparado y velozmente ordenó a los arqueros que hicieron mermar las filas contrarias; sin embargo, éstos fracasaron en su intento de acercarse lo suficiente como para penetrar a través de los gruesos escudos.

Luego, cuando el ejército normando se retiraba en desorden, algunos de los ingleses del sur rompieron formación para cazar al enemigo. Esto era lo que necesitaba la caballería de Guillermo: los normandos dieron media vuelta y mataron a los indefensos, asaltando con atrevimiento la ahora debilitada «pared de escudos».

Los hombres del rey aguantaron ferozmente hasta la caída de la noche, repeliendo al enemigo repetidas veces. Pero finalmente Harold cayó herido por un flechazo en el ojo y Guillermo ganó entonces el día.

El Bastardo de Normandía había ganado un nuevo título: Guillermo el Conquistador. Todo en Inglaterra le pertenecía, hasta la batalla más decisiva y de más largo alcance de la historia inglesa.

W. L. S.

Constantinopla (1453)

La antigua ciudad de Constantinopla, en otro tiempo plaza fuerte del Imperio Romano del Este, atrajo a muchos conquistadores en sus mil años de historia.

En 1453 fue atacada por el poderoso Imperio Otomano. Las inmensas tierras orientales habían ya caído bajo las manos de los turcos, quienes ahora pusieron su vista sobre la misma ciudad.

Mohammed II, cruel gobernador pero enérgico e inteligente general, mandaba una fuerza de entre 80.000 y 150.000 hombres, dividida en tres tipos de soldados: los turcos pobremente armados e indisciplinados; los reclutas anatolios que eran un poco mejor que los anteriores; y los jenízaros, soldados que eran la flor y nata del ejército turco. Estos últimos eran

cristianos por origen, apartados de sus padres a la edad de 12 años y entrenados cuidadosamente en el arte de la guerra. Eran los soldados más eficaces de ese tiempo.

Mohammed introdujo algo nuevo en el sitio de Constantinopla: la artillería. Los anteriores intentos de tomar la ciudad habían fracasado a menudo por sus 13 millas de gruesas murallas, pero el musulmán planeó primero hacer volar algunas secciones de este muro para eliminar la barrera de paso.

Para pelear contra los turcos, el emperador Constantino XI tenía sólo 8.000 hombres, aunque ellos estaban bajo el mando de un veneciano ingenioso, Giovanni Giustiniani. Constantino también trató de obtener ayuda de otros estados cristianos, pero el cisma entre los católicos romanos y los griegos ortodoxos había resultado muy encarnizado como para poder ser superado. Entonces, mientras el resto de la cristiandad se debatía y observaba, los turcos atacaban Constantinopla.

Al principio las cosas no fueron bien para los invasores: su flota no pudo entrar en el puerto. Las aberturas ocasionadas por los cañones musulmanes fueron rápidamente tapadas por los valientes defensores romanos.

Después de haber sido varias veces rechazados por Giustiniani, Mohammed trató de aproximar una gigante torre de madera a la muralla, pero el veneciano respondió colocando barriles de pólvora debajo de la estructura para volarla.

La defensa de este hombre resultó tan satisfactoria que Mohammed lo trató de sobornar para que desertara.

En un último y desesperado asalto, el turco mandó sucesivas oleadas de soldados para atacar las secciones más debilitadas de la muralla. Pero los defensores los hicieron retroceder con picas, ballestas y pólvora, y hasta los jenízaros sufrieron serias pérdidas.

Entonces, repentinamente, Giustiniani fue herido y se vio obligado a renunciar al mando. Recobrando su coraje, los jenízaros ganaron la delantera y dieron el ataque final mientras los enemigos trataban valientemente de recobrar sus fuerzas. Sin líder, la ciudad cayó.

W. L. S.

Armada (1588)

En 1588 Felipe II de España envió a su armada invencible para obligar a Inglaterra a retornar al seno católico, ya que desde la ejecución de la reina María Estuardo se habían frustrado las últimas esperanzas de una sucesión católica para el trono de Inglaterra.

La armada española constaba de 130 barcos de guerra, 8.000 marineros y 20.000 soldados. Su misión era coordinar una invasión a Inglaterra junto con el duque de Parma en los Países Bajos.

Inglaterra, gobernada por Isabel I, había reunido 180 embarcaciones para enfrentar a los españoles. La flota estaba al mando de famosos héroes navales: Drake, Howard, Hawkins, Raleigh y Fro- bisher.

Más tarde, en julio, las dos fuerzas se encontraron en el canal de la Mancha en una serie de batallas que se prolongaron varios días. Esta acción ha sido descrita muchas veces como el acosamiento conducido por los pequeños y hábiles barcos ingleses contra las gigantescas y lentas embarcaciones españolas, manejadas por marineros incompetentes. Esto no es cierto: a pesar que el tonelaje español excedía al de la flota inglesa, su primera línea igualaba en tamaño a los hispanos. Además el barco inglés *Triunfo* era el más grande de los dos bandos.

Ambos oponentes actuaban teniendo en cuenta sus respectivos puntos fuertes. Los barcos ingleses, mejor contruidos y más maniobrables, tenían cañones de gran escala y precisión. Los españoles estaban cargados con cañones pequeños y pesados. De acuerdo a esto, los hispanos hicieron una formación defensiva y apretada, esperando atraer a los enemigos a una línea donde pudieran usar sus armas y luego abordarlos. Los británicos, en cambio, rechazaron cooperar y bombardearon incesantemente a la armada con sus cañones que funcionaban a larga distancia. Al principio, las dos flotas gastaron grandes cantidades de tiros y pólvora, sin lograr mayor efectividad: las únicas pérdidas sufridas por ambos se debieron a accidentes internos. Los tiradores ingleses constantemente erraban el blanco, aunque habían tenido éxito en mantener a sus enemigos a una distanda que los mantenía a salvo. Al final lograron romper la defensa española incendiándole sus barcos y pudieron acercarse a ellos con todas las de ganar y lograron hundir a muchos de los barcos de Felipe. Un cambio de viento

les dio a los hispanos un descanso como para poder escapar hacia el norte, pero en el viaje de regreso, mientras rodeaban Escocia, perdieron más embarcaciones, esta vez debido al tiempo. El cómputo final fue 51 barcos perdidos y más de 9.000 hombres. Los ingleses perdieron poco más de 100 marinos.

La derrota de la Armada no cambió inmediatamente la balanza del poder sobre los mares, pero abrió el camino para que Inglaterra lo hiciera.

W. L. S.

Blenheim (1704)

La estrategia maestra de los franceses para ganar la guerra de la Sucesión Española exigió la fusión de dos ejércitos independientes franceses con el de su aliado, al Elector de Baviera. Se unirían en la Baviera occidental, en el Danubio, y el ejército combinado debía entonces tomar Viena, la capital del emperador Leopoldo I. Los ingleses, alemanes y prusianos estrecharon filas a la cabeza del duque de Marlborough, John Churchill, y frustraron el intento en la batalla de Blenheim, el 13 de agosto de 1704. Churchill atacó primero, antes que las dos fuerzas francesas se pudieran unir. Tomó esta decisión por consejo de sus generales que temían que un ataque frontal en Blenheim, contra posiciones bien atrincheradas y sobre el suelo pantanoso junto al Nebel, podía dar como resultado la derrota.

Las fuerzas opuestas eran casi iguales. Tallard y Marsin mandaban a 60.000 hombres; el duque a 56.000. Pero, como el atacante, él también se encaró con pérdidas importantes.

Los franceses habían ubicado tropas en la aldea de Blenheim y en Lutzingen, 3 millas al norte, formando una línea de defensa. En el centro, en Oberglau, colocaron una fuerza liviana de sólo 14 batallones incluyendo a una brigada irlandesa. Ellos pensaron erróneamente que el suelo pantanoso, que estaba delante de Oberglau, actuaría como un freno parcial al avance de Marlborough.

Churchill atacó primero a Blenheim que estaba rodeada por una empalizada, avanzando en una niebla que impedía ver bien. Tuvo serias pérdidas, pero reforzó su posición y se las ingenió para atravesar el terreno

malo a través del Nebel con su caballería. Su éxito estuvo por hacerse humo cuando las ropas prusianas, que estaban en el centro, al mando del príncipe Holstein-Beck, fueron empujadas por los irlandeses y bastante maltratadas. Los irlandeses, confiados en sí mismos, se separaron y fueron diezmados por el contraataque de la caballería de Marlborough.

El ala derecha de los atacantes, los caballeros del príncipe Eugenio de Saboya, se enfrentaron con un terreno malo en el que debían maniobrar, lo intentaron tres veces pero estuvieron cerca de ser derrotados y sufrieron inmensas bajas.

A las 5 de la tarde, Marlborough reunió su ala izquierda de 8.000 hombres —ahora al otro lado del Neveb— en dos grupos, apoyados por la infantería. Ellos atacaron en un esfuerzo final, y los 10.000 caballeros de Tallard, demasiado exhaustos para resistir, perdieron la cabeza y huyeron del campo. Los soldados franceses que estaban a pie fueron derribados cuando la tropa pasó arrasando, dividiendo a la línea francesa en dos. Rápidamente, los soldados de caballería de Churchill giraron hacia la izquierda y en torno a la barricada francesa que estaba en la aldea de Blenheim. Sus defensores, así rodeados, depusieron las armas, terminando efectivamente la batalla.

Marlborough tuvo 5.000 muertos y 8.000 heridos, principalmente debido a las dificultades que había sufrido el príncipe Eugenio. Tallard perdió 12.000 y 14.000 heridos, casi la mitad de las fuerzas que había mandado.

La decisiva derrota libró a los alemanes del posible yugo francés. Por otra parte, Francia permanentemente había perdido la iniciativa militar y con ella, la guerra.

W. K.

Poltava (1709)

El zar Pedro el Grande declaró la guerra a Suecia en agosto de 1700, ya que esperaba hacer de Rusia el más grande poder del Báltico.

Después que sus soldados encontraron una aplastante derrota en Narva, los jefes rusos reorganizaron a sus hombres junto a los ejércitos europeos y adoptaron sus tácticas de guerra. Así comenzaron a ganar.

En 1709 el rey sueco Charles XII invadió Ucrania con 32.000 hombres, poniendo sitio a Poltava. En seguida fue víctima de una bala cosaca que lo hirió en un pie y debió dar el mando a Field Marshall Rehnskóld cuando se vio inhabilitado, aunque continuó dirigiendo la estrategia desde la litera. Esta solución no funcionó.

Su ataque fracasó, fatalmente trabado por la inmovilidad del rey: sus generales, condicionados por campañas previas a actuar como un poco más que una brigada de comandantes, fueron incapaces de funcionar efectivamente sin la dirección personal del rey.

Las disputas crecieron entre Rehnskóld y el conde Lewinhaupt, los comandantes de infantería, y el último no estaba satisfecho evidentemente de recibir las órdenes del rey a través de Rehnskóld, que le disgustaba de manera personal.

En el asalto final, Charles ordenó su ejército al toque de tambores en el clásico esquema de ataque con bayoneta calada y mandó 18.000 contra 44.000 rusos bien atrincherados. Su desprecio por la nueva forma de pelear del zar produjo su derrota y rápidamente los rusos masacraron a sus tropas de avanzada. Perdió casi 7.000 hombres y con ellos la dominación sueca sobre el Báltico. Las pérdidas de Pedro fueron menores a 1.400.

El duque de Marlborough resumió en un corto comentario la actuación del rey en la batalla: «Diez años de éxito ininterrumpido y dos horas de mala administración».

W. K.

Quebec (1759)

Los ingleses estaban ocupados en una lucha colonial con los franceses en Norteamérica cuando decidieron avanzar sobre la estratégica plaza fuerte en Quebec. Muchos pensaron que la ciudad era inexpugnable, pero el general Wolfe, en una peligrosa acción nocturna, atravesó las líneas de defensa enemigas con 4.500 hombres y escaló a una sección de las cimas que estaba poco defendida. En la mañana, los franceses se sintieron sorprendidos al ver una larga línea escarlata formada encima de la ciudad en exposición, en la llanura de Abraham.

En general Montcalm, francés, inmediatamente comprendió la gravedad de este hecho: los ingleses serían capaces de subir ahora la artillería y sin prisa derrotar a Quebec. Entonces decidió atacar, arriesgando todo en la batalla.

Más tarde, en la mañana, el cuerpo principal de los franceses avanzó en tres grupos con bayoneta calada. Los ingleses, acosados por tiradores emboscados e indios, se habían puesto a cubierto acostándose sobre el paso alto pero, cuando vieron a los enemigos avanzar sobre ellos, fueron capaces de formar una línea de posición.

Los franceses abrieron fuego a 200 yardas y, envalentonados por la caída de unos pocos ingleses, acometieron con violencia. Sus oponentes esperaron serenamente hasta que la desigual formación estuvo a 50 yardas y entonces, como si fuera uno, hicieron una terrible descarga, haciéndolos titubear. Caminaron unos pasos adelante y volvieron a descargar. Los franceses huyeron dejando 1.400 víctimas.

El general Wolfe fue muerto cuando su victorioso ejército avanzaba hacia Quebec. Montcalm murió mientras trataba de reunir sus tropas en retirada. La ciudad se entregó 4 días más tarde.

W. L. S.

Trafalgar (1805)

Mientras ordenaba al almirante Pierre de Villeneuve dejar Cádiz (España) y llevar las tropas a Nápoles (Italia) para atacar a Austria, Napoleón Bonaparte agregó un segundo pedido: atacar la flota británica si era divisada. La orden anonadó a Villeneuve, quien se daba cuenta que probablemente perdería en ese encuentro. Tardó en acceder hasta que más tarde se enteró que el almirante Francois Rosily había sido enviado en su reemplazo. Para borrar la mancha de la degradación sobre su honor, el francés navegó hacia el Mediterráneo. Su renuente partida, anterior al arribo de su reemplazante, resolvió a Nelson el problema de cómo tentar a la flota de Napoleón para luchar.

El 21 de octubre de 1805, Nelson, moviéndose indolentemente gracias a una ligera brisa, se topó con los 33 barcos de Villeneuve. Dividió entonces sus fuerzas en dos columnas paralelas: un escuadrón de 15 barcos al mando

del almirante Collingwood en el *Royal Foreign* y otro más pequeño y lento, de sólo 12, comandado por Nelson que viajaba en el *Victoria*.

El plan de batalla exigía que Collingwood navegara a la cabeza de la columna y atacara primero. Poniéndose a tiro, el almirante inglés ejecutó una brillante maniobra en redondo y los barcos que iban detrás suyo siguieron su ejemplo y cargaron una andanada. Se introdujo entre el *Fouqueux* y el *Santa Ana*, que tenía cuatro cubiertas, separando los últimos 16 barcos en la larga línea de batalla.

Nelson, con todos sus barcos siguiéndolo en una sola línea, continuaba haciendo fuego sin interrupción. Especulaba que, al conducir el barco guía con un rumbo en línea recta, los capitanes enemigos, desconcertados y confusos en cuanto al punto de contacto propuesto, aumentarían la velocidad para avanzar al mismo paso. La maniobra de Nelson alcanzó su objetivo: se agrandó el espacio entre la mitad delantera de la flota francesa y los barcos de retaguardia separados ya por Collingwood, y eliminó la posibilidad que otros pudieran venir a socorrerlos. Una vez que lo logró, dio vuelta velozmente hacia estribor y se trabó en batalla con el *JKedoutable*, que navegaba justo atrás de la nave capitana de Villeneuve, la *Bucentaure*, en el centro de la línea de batalla francesa.

El capitán Harvey, que lo seguía de cerca en el *Temer aire*, trataba de vencer al *Redoutable* por el otro lado. Un cuarto barco francés se unió al trío y se cerraron los cuatro en combate mortal. Los artilleros de Nelson se vieron forzados a reducir las cargas de sus cañones de estribor para evitar que las balas pasaran de lado a lado del *Redoutable* y cayeran en el *Temer aire*.

Dos veces durante las cuatro horas de fuego, el almirante inglés ordenó el cese del fuego creyendo que la nave enemiga, que estaba con sus cañones momentáneamente en silencio, arriaría la bandera. Estaba equivocado y la última orden le costó a él la vida.

El momentáneo silencio le dio a los navegantes enemigos tiempo para renovar la batalla y dio, a un tirador escondido en la arboladura del *Redoutable*, una oportunidad para disparar la fatal bala de mosquete que hirió mortalmente al almirante Nelson, llamativo con su levita de almirante

con 4 estrellas de caballería dispersas en su pecho izquierdo, era un blanco fácil para el asesino que estaba a sólo 15 yardas de distancia.

Más de 4.000 cañones tomaron parte en la histórica batalla. La victoria fue desproporcionada: Villeneuve perdió 18 barcos, Nelson ninguno. Esta grandiosa batalla concedió a Inglaterra el control de los mares por 100 años, a pesar que costó la vida de su almirante más importante y de casi 1.600 hombres. Capturaron como botín a las naves enemigas pero cuatro se fueron a pique durante el temporal que debieron soportar más tarde.

La famosa señal de Nelson, que ordenaba que enviaran su flota a «entretener» antes que los barcos se acercaran a luchar, fue dada verbalmente al oficial señalero diciendo «confía», verbo que debía seguir a la palabra «Inglaterra».

El oficial pidió después permiso para sustituir en su libro de señales la señal 2-6-9 («espera») por «confía». Le fue concedido. El mensaje decía:

253 269 863 261 471 958
Inglaterraesperaque cada hombrecumplirá
220 370 4-27-19-24
con su deber

La señal también impresionó a Napoleón, quien más tarde la mandó pintar en sus barcos de guerra: *«La France Compte que chacun fera son devoir»*.

W. K.

Waterloo (1815)

Napoleón, a la cabeza de 124.000 hombres, pretendía derrotar al ejército anglo-alemán de 93.000 dirigido por Wellington y el prusiano de 120.000 por Marshal Blücher, atacándolos separadamente antes de que pudieran unir sus fuerzas. La primera acometida del emperador fue realizada en Charleroi, donde los tres ejércitos aliados independientes, desparramados a través de 100 millas desde Bélgica, se tocaron. Su plan contaba con una retirada de los enemigos: Wellington a Ostend y Blücher de regreso a Alemania, que separaría a las fuerzas abadas.

El comandante del ala derecha francesa, Grouchy, fue enviado a atacar a los prusianos dirigidos por el general Zieten. Simultáneamente, el mariscal Ney que comandaba el flanco izquierdo, avanzó a lo largo de la carretera hacia Bruselas para trabar batalla con la división alemana-belga de Wellington. Grouchy tuvo éxito en rechazar a Zieten, provocando a Blücher para que trajera sus tropas hacia adelante y así se topó con ellas en Sombreffe; en realidad los prusianos querían derrotar solos a Napoleón y no le dijeron a Wellington su intención. En una colisión sangrienta, ellos fueron enviados tambaleando a Wavre, a 16 millas al norte. Por pura casualidad, cayeron en una posición de reagrupamiento que estaba casi paralela a la propia línea de Wellington. Napoleón, fuera de contacto con Ney y sin conocer sus progresos, decidió no perseguir a los prusianos fugitivos hasta el día siguiente, y le ordenó a Grouchy perseguirlos. Este comandante inexperto así lo hizo, pero desparramó las fuerzas tan escasamente, que más tarde en la batalla, Napoleón perdió las divisiones de Grouchy como reserva efectiva cuando eran de vital necesidad. Ney, mientras tanto, había hecho un alto antes de tomar el importante cruce de caminos en Quatre-Bras, fanfarroneó en una parada en Grosselies, 10 millas al sur, al contactarse con un pequeño grupo del ejército aliado al mando de Perponcher. Tanto este último como su superior, el barón Jean de Constant-Rebecque, ignoraban las primeras órdenes de Wellington de defender Mons, a unas 30 millas hacia el oeste, ya que el duque había creído erróneamente que los franceses atacarían allí, una condescendencia que hubiera sido desastrosa. En lugar de esto, ellos trajeron refuerzos para defender Quatre-Bras. Cuando Wellington se enteró del encuentro en Quatre-Bras, ordenó a sus hombres de primera línea enfrentarse a los franceses, planeando una retirada a una posición más fuerte en Mont-Saint-Jean, algo al sur de Waterloo.

Inconscientes, cada uno había iniciado una confrontación mayor; tanto Ney como Napoleón necesitaban reservas con urgencia. El emperador, sabiendo que Ney con 50.000 hombres enfrentaba sólo a 20.000 en Quatre-Bras, le ordenó a la división de D'Erlon apoyar el avance de su compañero, para finalmente unírsele en el ataque final a Blücher. El general D'Erlon, sobre el ala izquierda del ejército francés, obró de acuerdo al mandato,

girando hacia el este, hacia Ligny. Al descubrir Ney que lo había perdido, envió a un mensajero para hacerlo retornar. Napoleón revocó la orden, pero no antes que el general hubiera inútilmente marchado durante todo el día en ambas direcciones sin tirar un tiro.

Napoleón abandonó a Grouchy y retornó hacia donde estaba Ney, encontrando que el mariscal estaba detenido mientras Wellington completaba una retirada ordenada hacia Mont-Saint-Jean. Furioso, ordenó un ataque inmediato pero éste llegó demasiado tarde, hundido por las lluvias que comenzaron a caer y que convirtieron el campo en cenegal.

El último día, el emperador, después de haber estado detenido en el Chateau Hougomont, envió a Ney a hacer un ataque final a la granja La Haye Saint, que había fortificado Wellington. Las tropas, la malograda división de D'Erlon, cargaron en largas columnas, la peor formación de ataque posible que podía ser elegida, y fueron diezmados. Cuando el inglés retornaba a bordo de la pendiente para escapar del cañoneo francés, Ney confundió la acción, ordenó atacar a la caballería y no la apoyó con la infantería. Perdió miles en trece cargas sucesivas sobre los sólidos cuadros enemigos, galopando alrededor de las compactas unidades de defensa, pero sin poder romperlas.

Napoleón finalmente tomó La Haye Saint, después de un largo día de asaltos que debilitaron sus fuerzas. Reunió sus tropas para un ataque final a Wellington pero fracasó, ante todo debido a un traidor que le había relatado al duque sus movimientos exactos. La iniciativa tuvo lugar finalmente a las 8 de la tarde cuando las tropas prusianas de Zieten, que venían de Wavre para apoyar a Wellington, cayeron en las líneas francesas y las obligaron a retroceder. Cuando la Guardia Imperial, que era la que inspiraba más confianza, también reculó ante el contraataque del duque, los soldados se llenaron de espanto y huyeron. Los ingleses exigieron a la guardia que se rindiera y recibieron una respuesta corta y obscena de su general Cambronne: «*Merde!*». (Esta contestación de los franceses es muchas veces traducida por «Los guardias mueren pero nunca se entregan».)

Los muertos y heridos permanecieron en el campo de batalla cerca de una semana. Wellington perdió 15.000 soldados y los prusianos 7.000. De los 74.000 traídos por Napoleón a Waterloo, más de 25.000 fueron víctimas,

más otros 8.000 capturados. Las 3 millas cuadradas del ondulante suelo de la granja fueron cubiertas por casi 50.000 caídos. Si se suman las 40.000 bajas de Ligny y Quatre-Bras, los dos días alcanzan casi 90.000 seres humanos. En la semana siguiente, venían visitantes desde Bruselas para merendar entre tanta carnicería, limpiando a los cadáveres de cualquier cosa de valor y matando a los heridos que se resistían.

Irónicamente, Grouchy —cuya inexperiencia en el campo de batalla privó a Napoleón de la utilización de otros 33.000 hombres, lo que hubiera tornado la lucha a su favor— obtuvo una inútil victoria sobre la retaguardia prusiana, a la que finalmente había alcanzado. Pero su triunfo llegó muy tarde, después del triunfo de Wellington.

W. K.

Balaklava (1854)

En septiembre de 1854, una fuerza franco-inglesa de 56.000 hombres apoyados por 5.000 turcos invadió Crimea. Su objetivo era tomar la base naval rusa en Sevastopol.

La defensa de la base británica de operaciones, Balaklava, dependía del control del terreno que quedaba inmediatamente al norte: dos valles, llamados Norte y Sur, respectivamente, corrían en forma casi paralela a la costa y estaban separados por las cimas Causeway, un cordón de colinas bajas. A menos que estas montañas fueran controladas, los rusos podían aproximarse sin ser vistos por el valle Norte y lanzar un ataque sobre las colinas para cruzar el valle Sur y asaltar Balaklava.

Como respuesta al aviso de avanzar, el comandante en jefe inglés, Lord Raglan, construyó 6 reductos provistos con 3.000 turcos con 9 cañones de 12 libras. Hacia el oeste, en el valle Norte, se situó la división de caballería de Lord Lucan, que comprendía la Brigada Pesada de Sir James Scarlett y la Ligera de Lord Cardigan.

El ejército ruso de 25.000 hombres dirigidos por el conde Lipandri bajó al valle Norte como se suponía, pero giró a la izquierda para tomar los reductos de manos de los turcos. Scarlett respondió con un contraataque que los hizo retirarse en confusión. Su compañero comandante eligió permanecer quieto, a pesar de que su ayuda hubiera puesto a los rusos en retirada y totalmente derrotados.

El estado mayor de Lord Raglan, que estaba observando desde las llanuras, vio que sus enemigos se preparaban para trasladar con ellos un cañón turco que habían capturado. Raglan emitió una orden a la Brigada Ligera: avancen e impidan que retiren el cañón.

No fue específico. Lord Lucan, que estaba observando la acción desde la llanura, pudo ver sólo el cañón *ruso* en el final lejano del valle Norte. Por lo tanto hizo objeciones vigorosamente a esa orden traída por el capitán Nolan, pero una enemistad existente desde hacía mucho tiempo entre los dos hombres impidió que tuviera lugar cualquier discusión clarificadora. El ayudante de Raglan prosiguió a entregar la orden a Cardigan, quien también protestó en vano, haciendo hincapié en que su ejecución acarrearía algún desastre.

Cardigan finalmente condescendió. Dirigió la exhausta carga hacia abajo en el valle Norte, aguantando un espeso tiroteo de los rusos que estaban apostados a su derecha e izquierda, en las colinas que bordeaban el valle, y también de la fuerza mayor rusa que estaba enfrente suyo. A pesar de que alcanzó las armas, él creyó equivocadamente que se le había ordenado apresar también a la caballería enemiga que estaba esperando detrás de los cañones; entonces se precipitó hacia adelante y volvió atrás con graves pérdidas. De 673 hombres que comenzaron el ataque, 113 fueron muertos y otros 134 heridos o capturados.

La victoria rusa tuvo poco efecto sobre el resultado de su campaña. En 6 semanas, ellos abandonaron los reductos de las colinas Causeway por los que los soldados de la Brigada Ligera perdieron erróneamente la vida.

W. K.

Sedán (1870)

En agosto de 1870, después de que el ejército francés, bajo el mando del mariscal Bazaine, fue obligado a meterse en la poderosa fortaleza de Metz y sitiado por los prusianos, se le ordenó al mariscal MacMahon hacer el relevo. Éste, a quien Napoleón le había dicho que la caída de Metz era una derrota inaceptable, marchó apurado a lo largo de la frontera belga hacia la plaza fuerte.

El comandante prusiano pudo a duras penas creer en su buena suerte. Abandonó su marcha a París e hizo dar vueltas a su fuerza hacia el norte para interceptarlo, planeando exterminar al desafortunado ejército francés contra la frontera belga. Los dos enemigos chocaron en el norte del bosque de Argonne y los prusianos detuvieron el avance francés. Más tarde ellos fueron sorprendidos en Beaumont. MacMahon se vio obligado a hacer retroceder a sus hombres que llegaban en más de 100.000 a la ciudad fuerte de Sedán.

Mientras tanto, Von Moltke había continuado cercando a los franceses y la situación se estaba aproximando velozmente a un estado crítico. Antes de que MacMahon hubiera podido decidir un nuevo rumbo de acción, fue herido y en tanto su sucesor, el general Wimpffen, deliberaba sobre las alternativas, 250.000 prusianos pusieron sitio a Sedán y los franceses perdieron toda posibilidad de escape.

La artillería prusiana, que había dominado las alturas de la ciudad, bombardeó a los franceses atrapados. El corajudo general Marguerite dirigió repetidas cargas de caballería intentando valientemente abrirse paso, pero todas fracasaron. Al final una bandera de tregua fue enviada desde el fuerte. Los franceses se rindieron a las 4.15 de la tarde del 1.º de septiembre; para sorpresa de los alemanes, ellos descubrieron que el mismo Napoleón III estaba en Sedán.

Con una pérdida de 9.000 hombres, los prusianos lograron un triunfo total; tomaron 100.000 prisioneros y mataron 17.000 franceses. Las tácticas superiores y la dirección prusianas hicieron temblar al 2.º imperio. La guerra ardió por otros 6 meses, pero Sedán fue la victoria crucial.

W. L. S.

Marne (1914)

El plan Schlieffen, proyectado por el predecesor del general Moltke, que era jefe del Estado Mayor alemán, exigía la conquista de Francia por una acometida rápida, «Guerra relámpago», a través de la Bélgica neutral y burlando las poderosas fortificaciones de frontera francesas. El golpe era entonces hacia el oeste, después de tomar París, balanceándose de sur a este

como una gigantesca guadaña y aplastando las principales fuerzas francesas desde la retaguardia en Alsacia-Lorena.

Von Moltke modificó el proyecto, con resultados desastrosos. Limitó nítidamente el ataque potencial de su 1.º y 2.º ejército enviando cinco nuevos cuerpos motorizados a los frentes rusos y de Alsacia-Lorena. Esta decisión violaba la estrategia del plan básico, ya que Schlieffen había aconsejado no llevar adelante una guerra con dos frentes simultáneos.

En la acción inicial, Von Kluck, el agresivo e insolente comandante del 1.º ejército, había ya movido su fuerza entera al norte del Marne en el río Ourcq, atacando al 6.º ejército francés de Maunoury. Continuó avanzando después que recibió órdenes de Von Moltke de mantener en suspenso el ataque a París, creyendo que el comandante supremo no entendía la situación real. Pero el ataque extendido de Von Kluck abrió una brecha de 25 millas, con el 2.º ejército de Von Bülow en su flanco izquierdo. Cuando Von Moltke interceptó un mensaje de radio dando estas noticias, envió a su jefe de Inteligencia, teniente coronel Richard Hentsch, el 8 de septiembre para que reviera la situación. Este individuo poseía autoridad oral para actuar en nombre del jefe superior si era necesario, ya que los cuarteles generales estaban en Luxemburgo, a más de 100 millas del frente.

Cuando el enviado llegó al campamento del 2.º ejército, se le informó de un ataque nocturno del 5.º ejército de D'Esperey que había retrocedido el ala derecha de Von Bülow. Temiendo un inmediato envolvimiento, Hentsch ordenó la retirada con la que estuvo de acuerdo un cansado Von Bülow. El Tetroceso dejó el flanco izquierdo altamente vulnerable, a pesar de que el 1.º ejército estaba en buena posición y atacando bien. El Jefe de Inteligencia llegó a los cuarteles del 1.º ejército mientras Von Kluck estaba en el frente, conferenció con el jefe del Estado Mayor del general y aconsejó enérgicamente una retirada similar. Tras el retorno de Hentsch a Luxemburgo con su relato completo, Von Moltke ordenó una retirada general no sólo del 1.º y 2.º ejércitos sino también del 3.º, volviendo a Aisne.

Para los franceses había tenido lugar un «milagro» en el Mame: la amenaza alemana a París había concluido. Pero las fuerzas del mariscal Joffre estaban demasiado exhaustas para continuar con su gran victoria

moral y los ejércitos alemanes ganaron un tiempo valioso para atrincherarse. Sus primeras tácticas posteriormente cambiaron de una movilidad rápida a un atrincheramiento estático, iniciando los sangrientos meses de los 3 años siguientes. La «posición fija» de la trinchera, protegidas con ametralladoras, alambres de púas y un nuevo invento llamado «tanque», se convirtió en el plan aceptado de batalla.

W. K.

Batalla aérea de Inglaterra (1940)

El ataque aéreo del *Reichsmarschall* Hermán Góring —al que se le dio un nombre en clave, Operación Aguila— comenzó a mitad de agosto y tenía como fin limpiar el camino para la inmediata operación de desembarco de Hitler en las Islas Británicas. El plan alemán exigía la derrota de la Real Fuerza Aérea en 4 días. Góring dirigió 3 *Luftflotten* (flotas aéreas) que tenían sus bases en el norte de Francia, Países Bajos y Noruega, con alrededor de 1.000 bombarderos y 800 combatientes de máquinas individuales. La contrafigura de Góring en Inglaterra, mariscal aéreo Sir Hugh Dowding, se opuso al ataque con casi 750 aviones del Cuerpo de Combatientes de los cuales el 80% eran Spitfires y Hurricanes preparados para luchar. Además, la RAF (Real Fuerza Aérea) también utilizó 600 bombarderos de largo alcance para conducir los ataques inesperados contra los blancos del continente, que están generalmente descontados cuando se comparan las fuerzas relativas de combate durante los encuentros sobre Kent y Sussex.

El alemán se concentró estratégicamente en los campos de aterrizaje de la RAF ubicados en el sudeste, dirigidos por el vicemariscal aéreo Keith Park. Dowding respondió dándole a Park la opción de ofrecer sólo un cometido aéreo limitado, ayudado por radar, contra los aviadores alemanes.

Las estaciones de radar, ubicadas en riscos y peñascos de la costa, permitió al inglés «ver» la llegada de «cajas» de bombardeo a una gran distancia. El sofisticado sistema de aviso anticipado permitió gran eficacia en la utilización del cuerpo de ataque aéreo. Sus hombres, guiados por la precisa información vectorial sobre el número y ubicación del enemigo,

podían atacar con rapidez y a menudo por sorpresa, sin derrochar tiempo valioso y combustible en patrullas defensivas.

A pesar de eso, las hostigaciones continuas de Góring descargadas durante todo agosto redujeron la resistencia del Cuerpo Aéreo a punto de estar cerca del fracaso. Perdió por encima de 200 pilotos veteranos y casi el 40 % de sus aviones. El 24 de agosto los ingleses recibieron una ayuda inesperada: los bombarderos Luftwaffe bombardearon por error Londres y la RAF inmediatamente respondió con una incursión sobre Berlín. La represalia enfureció a Hitler, que había prometido a los alemanes que Berlín nunca sería tocado. Entonces concentró su ataque aéreo sobre Londres, abandonando su plan original de destruir la RAF. Esta decisión fue el mayor disparate táctico, que dio al Cuerpo aéreo suficiente tiempo para recobrase.

Góring siguió el cambio en la estrategia y soltó un vuelo masivo a la luz del día sobre la capital británica el 15 de septiembre. El primer ministro, sir Winston Churchill, al visitar la Sala del Grupo de Operaciones en Uxbridge —llamada «el Agujero» porque estaba ubicada a 50 pies debajo de la superficie—, observó con grave interés el comienzo de la batalla. La pizarra de posiciones de Park, que mostraba el terreno de cada grupo atacante, pasó con rapidez de luces en la hilera del fondo (que indicaba «estar Alerta») a las rojas de la segunda fila, en el momento en que los aviones estaban en combate. Luego, una por una, las luces pasaban todas a la primera línea indicando que la acción de combate se había parado repentinamente para retornar a la base por combustible y proyectiles.

Los ingleses habían entregado todas las reservas disponibles. Ya que si bien la llegada de los aviones alemanes aparecía en el radar, Park no podía evitar la aniquilación total de los aviones que estaban en ese momento en el suelo. Churchill percibió una lenta retirada hacia el este y hacia el Canal de la Mancha mientras miraba los marcadores en el mapa de gran escala que estaba sobre la mesa: el curso de la batalla había cambiado. El Primer Ministro, hablando más tarde en el Parlamento, pagó tributo al valiente esfuerzo del Cuerpo de ataque: «Nunca en el campo de los conflictos humanos las personas debieron tanto a tan pocos hombres».

W. K.

Midway (1942)

En cuatro días reveladores, desde el 3 al 6 de junio, el almirante Isoroku Yamamoto perdió la posibilidad de tomar la isla de Midway, base del Pacífico central desde donde esperaba atacar a USA. Yamamoto envió fuerzas hacia el norte, hacia el puerto Alemán en las islas Aleutianas, esperando desalojar la flota del almirante Chester Nimitz de Midway. Sin embargo éste, que planeaba la estrategia desde Pearl Harbor, no se dejaba engañar.

Los japoneses bombardearon Midway con 108 aviones que tenían como base 4 portaaviones: el *Kaga*, *Akagi*, *Soryu* e *Hiryu*.

Simultáneamente 26 aparatos americanos se pusieron en alerta. El ataque de USA fue ineficaz. No fue obtenido ningún éxito y 15 aviones fueron derribados.

El comandante oriental del grupo que tenía que cumplir la misión, el almirante Chuichi Nagumo, atacó dos veces sucesivas ordenando que los aviones se reunieran en las cubiertas de vuelo para reabastecerse. En respuesta a informes radiales que decían que se requería un segundo bombardeo en Midway, Nagumo sacó los torpedos de los aviones y reparó las bombas fragmentadas. Cuando se supo que se aproximaba un portaaviones americano, ordenó que fueran puestos en su lugar de nuevo. Mientras esto ocurría, el encargado de artillería, esperando ganar tiempo, violó el procedimiento de seguridad, almacenando los torpedos y bombas cerca de los aviones en lugar de colocarlos dentro de los depósitos blindados. El japonés fue sorprendido por el bombardero norteamericano mientras preparaba el segundo ataque. También había despejado sus cubiertas para esperar la respuesta de su primer ataque, una decisión que lo dejó sin capacidad de lanzar aviones defensivos.

Desde Pearl Harbor, la Fuerza Especial N.º 16 (con el portaaviones *Yorktown*), se acercó para interceptar a los japoneses. Los almirantes norteamericanos Frank Fletcher y Raymond Spruance lanzaron un total de 152 aviones, 43 bombarderos (Escuadrones 3, 6 y 8), 65 bombarderos en picado y 46 «Wildcat». El Escuadrón 8 atacó solo, sin protección, y perdió sus 15 aviones; los 12 del N.º 3 también fueron aniquilados; al 6 le fue un poco mejor, perdiendo 10 de sus 14 aparatos. Los combatientes de *Hornet*

murieron por el gas y los 30 aviones fueron perdidos, tirando hasta el último cartucho antes de llegar al agua. Los 10 «Wildcat» del *Enterprise* quedaron sin combustible, abandonaron la lucha y volvieron a su portaaviones.

Los aviadores *Zero* de Nagumo, ensimismados en el ataque al Escuadrón 3 y combatiendo violentamente con los 6 bombarderos del *Yorktown*, se alejaron de los portaaviones japoneses, dejándolos sin protección. Los 17 bombarderos en picado del *Yorktown* en ese momento hicieron 4 impactos en el *Kaga* y voló en pedazos en grandes explosiones, aumentadas por las bombas y torpedos acumulados sin protección, en las áreas de abastecimiento. Los 33 del *Enterprise* atacaron al *Akagi* y al *Soryu* causando similares explosiones. Otros 15 aviones norteamericanos cayeron en este ataque.

Los aparatos del último portaaviones japonés —*Hiryu*— que permanecían a bordo, se dirigieron contra el *Yorktown*. Pasaron a través de las defensas americanas, infligiendo daños fatales. Y su destrucción total, junto al destructor *Hammann* que ya había dejado de apoyarlo, ocurrió al día siguiente cuando el submarino japonés *I-168* los hundió.

Diez bombarderos del *Enterprise* tomaron la revancha y acompañados por 14 aviones del ex *Yorktown* hicieron 4 blancos decisivos en el *Hiryu*, cuyo capitán, Torneo Kaku, y su superior, el almirante Tamon Yamaguchi, enfrentando la pérdida de su barco, se suicidaron antes que éste se hundiera.

El almirante Yamamoto, destrozado por su fracaso, se retiró a los puertos japoneses después de hacer un breve bombardeo sobre Midway. Había perdido sus 4 portaaviones y 13 barcos, el total de sus 275 aviones y cerca de 5.000 hombres. Nimitz perdió el *Yorktown* y el *Hammann*, 91 aparatos (60% del total) y cerca de 300 hombres. Pero había impedido el ataque y, quizás, la captura de las Islas Hawaianas.

W. K.

Dien Bien Phu (1954)

Durante 80 años Francia estuvo inmiscuida en el gobierno de Indochina y en este tiempo, los vietnamitas continuaron luchando a despecho de la intervención extranjera.

La batalla de Dien Bien Phu terminó 9 años de lucha sin esfuerzos ni resultados decisivos. El gobierno francés estaba demasiado preocupado con otros problemas para interesarse demasiado en una guerra en un pequeño país asiático tan lejano. Los soldados franceses en Indochina estaban agotados, aburridos de la guerra y hacía tiempo que habían olvidado por qué peleaban. Pero los vietnamitas no tenían tales sentimientos ni dudas: estaban luchando por sus hogares, por su arroz y el derecho de vivir su vida sin la intervención extranjera.

El general Henri Navarre fue elegido comandante francés en Indochina en 1953, con el único propósito de encontrar un camino para desembarazarse de una situación costosa y difícil. En el momento en que tomó el mando, las pérdidas francesas habían excedido las 50.000 vidas y 10 billones de dólares.

Como Navarre había sido educado en la lógica de los militares occidentales, desde luego, buscó una pura solución militar: eligió establecer una guarnición en el valle de Dien Bien Phu, que le serviría como señuelo para tentar a las fuerzas del general Vo Nguyen Giap y donde pensó que las destruiría con la habilidad militar superior de los franceses.

La estrategia estaba destinada al fracaso. La Inteligencia francesa malinterpretó, ignoró y no creyó en la logística vietnamita. Esta concentración francesa en el valle resultó ser un blanco fácil y visible para los morteros enemigos, mientras que la artillería de la guarnición se encontró apuntando a objetivos invisibles en el terreno circundante. El 7 de mayo, la plaza fuerte cayó después de un sangriento combate cuerpo a cuerpo y los sobrevivientes fueron tomados prisioneros.

A pesar que la batalla tuvo una importancia relativa, peleando con no más de 15.000 hombres de las fuerzas francesas regulares, mercenarios y de la Legión Extranjera, y 75 aviones de la Fuerza Aérea y Naval, fue decisiva ya que anunció la caída del colonialismo francés en Asia.

F. M. W.

***ARMAS RARAS DE LOS MILITARES AMERICANOS. DESDE
LOS CUERPOS DE CAMELLOS AL DELFÍN***

Cuerpo de camellos de USA

En 1848 antes que la primera locomotora llegara al oeste, el ejército americano estaba desesperadamente buscando un medio más veloz, barato y eficiente de aprovisionamiento de sus bases para la lucha constante contra los indios. Además, las tierras despojadas por la Guerra Mejicana habían agregado 529.000 millas cuadradas al ya inmenso oeste y, por los términos del tratado USA, era responsable de la protección de los colonos, ciudades y viajeros en la zona que ocupaban ahora Arizona, California, Nevada, Utah y las partes occidentales de Colorado y Nuevo Méjico. Por esta época, se le ocurre al teniente Edward Fitzgerald Beale, amigo de Kit Carson y superintendente de los asuntos indígenas en California y Nevada, aportar la idea de importar camellos al país. Cinco años más tarde, Jefferson Davis, que era secretario de Guerra del presidente Pierce, asesoró al 33.º Congreso: «Para fines militares, para ir a gran velocidad o para hacer reconocimientos, y también para transportar las tropas en un rápido movimiento a través del país, el camello suprimirá un obstáculo que ahora sirve sólo para disminuir el valor y la eficacia de nuestro ejército de la frontera occidental».

En 1855, debido a la presión ejercida por el senador de Illinois, el Congreso votó una asignación de 30.000 dólares «para ser gastados por el Departamento de Guerra en la compra e importación de camellos».

Dos hombres fueron encargados de llevar a cabo el extraño experimento. Uno de ellos, el mayor Henry Wayne fue enviado a Inglaterra para estudiar a los camellos en el Zoológico de Londres. El otro, David Porter, se embarcó en una nave americana, el *Supply*, hacia Italia. Ambos se encontraron en Pisa (Italia) para observar 250 animales de propiedad del duque de Tuscany, que realizaban el trabajo de 1.000 caballos. Luego continuaron por Malta, Túnez, Constantinopla, siempre estudiando lo mismo. En ese momento los ingleses estaban probando en la Guerra de Crimea que un camello solo podía acarrear 600 libras durante 30 millas diarias.

Los americanos compraron 3 en Túnez, 9 en Egipto y 21 en Smirna, 33 en total. Y también contrataron conductores árabes y turcos: Elias Calles, George Caralambo y Hadji Ali, hombres que conocían cómo manejar las

bestias y que acompañaron la carga hasta USA. Cuando el *Supply* atracó en Egipto, se usó una balsa para transportarlos a bordo. El embarque llevó 16 horas. Uno de los animales, de 7 pies y 5 pulgadas de alto, era demasiado grande para entrar en el bote y debieron hacer un agujero en la cubierta para que se acomodara su giba.

El viaje de Egipto a Texas se prolongó 3 meses. Los camellos demostraron ser excelentes navegantes: durante las tormentas permanecían echados, de rodillas, y parecía que no se daban cuenta de nada. El 14 de mayo de 1856, el barco llegó a Indianola (Texas), un puerto a 120 millas al sur de Galveston. Cuando las bestias fueron desembarcadas, «se excitaban en un grado casi incontrolable, encabritándose, dando coces y gritando». Acamparon a 60 millas al noroeste de San Antonio y cuando los habitantes de la ciudad se rieron de ellos, dudando de su fortaleza, el mayor Wayne lo tomó como un reto. Reunió una multitud, hizo adelantar a uno de los animales, lo obligó a arrodillarse, izó dos balas que pesaban juntas 613 libras sobre su lomo, y luego, para convencer hasta a los más escépticos, cargó dos balas más. Soportó un total de 1.256 libras. A una señal del jefe, se levantó con facilidad y caminó. La gente se puso frenética, ya que la hazaña fue considerada un milagro y el periódico local llegó a publicar una poesía sobre ella.

Es interesante notar que el coste total de la compra de las bestias alcanzó en 1856 a 7.331 dólares. El dinero restante (la asignación había sido de 30.000) fue devuelto a Washington, asentando un precedente único.

El arribo de un segundo cargamento de camellos a Indianola el 10 de febrero de 1857, elevó su número a 75.

En los meses de semiociosidad en la caravana de Camp Verde antes del 25 de junio de 1857, se aprendió mucho sobre ellos: requerían más comida y agua que los caballos, pero bebían de 20 a 30 galones de una sola vez; no sudaban, teniendo una mayor resistencia al calor que un equino o una muía. Siempre que era posible, comían constantemente cualquier alimento que fuera aprovechable, esto les permitía acumular energía en forma de un tejido fino de grasa. De esta sustancia estaban compuestas sus gibas y servían como reservas para las épocas de carestía. Un camello podía viajar ordinariamente 3 o 4 días, cubriendo una distancia de casi 300 millas, bajo

una pesada carga y sin comida ni agua. En contra de la creencia popular de que su lomo es tan Uso como el de un caballo, se debe saber que sus gibas de pura grasa varían de tamaño y se ponen relativamente chatas, después de algunos días sin alimentos, para volver a hincharse con una alimentación regular. Estos animales normalmente dóciles se ponen furiosos cuando se los maltrata y pueden escupir el bolo alimenticio de olor fétido con una precisión fantástica. En alguna ocasión dos machos se pueden irritar tanto como para luchar hasta la muerte. Su costumbre de elevar primero la parte posterior cuando han estado arrodillados, no es única de los camellos, sino que es característica de todos los rumiantes, incluyendo a la vaca, la oveja, la cabra, el ciervo, la jirafa y otros.

En marzo de 1857, el Secretario de Guerra ordenó la formación del primer Cuerpo del ejército de camellos y eligió al teniente Edward Beale de 35 años, creador del proyecto, para dirigirlo. En ese momento los animales estaban siendo fogueados, ya que los críticos opinaban que la totalidad del Cuerpo era un inútil derroche de dinero. Corrían rumores de que Beale estaba usando su trabajo para su propio beneficio.

Para responder a las murmuraciones, el teniente decidió utilizar a las bestias para abrir una nueva ruta de aprovisionamiento a través del caluroso desierto americano que se extiende entre Nuevo Méjico y California. El viaje era una epopeya menor, una batalla contra la sed, los indios, la soledad.

En la larga marcha hacia el oeste a través de un territorio inexplorado, el paso firme de los camellos sobre los terrenos rocosos, desiertos y montañosos les permitía imponer un paso difícil de seguir para las muías. Cuando vadearon ríos demostraron que eran poderosos nadadores. Si se avistaba un jinete o un carro que se aproximaba, un hombre avanzaba delante desde la caravana gritando: ¡Llegan los camellos! ¡Llegan los camellos! Invariablemente el encuentro era una repetición de calamidades ya previstas. Su apariencia extraña, sus campanas tintineantes y el olor poco familiar hacía que los caballos y muías embistieran frenéticamente a diestro y siniestro, agregando así algo nuevo a su impopularidad.

Cubrieron la última etapa entre San Bernardino y Los Angeles (65 millas) en 8 horas. Uno de los camellos, sin haber bebido durante 10 días,

rechazó el agua que se le ofrecía. De esta manera Beale continuaba lo que el Cuerpo era capaz de hacer. Al final del primer año sometió su informe al Congreso: «He probado el valor de los camellos, marcando una nueva ruta hacia el Pacífico, y viajando 4.000 millas sin un accidente».

El Secretario de Guerra acordó en que el experimento había sido un éxito y ordenó que se trajeran 1.000 cabezas más del Medio Oriente; pero mientras el Congreso debatía el pedido, estalló la Guerra Civil. El proyecto fue arrinconado... y pronto olvidado.

¿Qué ocurrió con los animales originales? Beale le concedió 28 a la floreciente ciudad de Los Ángeles y fueron alojados en Main Street, usados para transportar correspondencia y mover el equipaje pesado desde San Pedro. En 1864 el gobierno de USA los remató al mejor postor; un ranchero llamado Sam McLenaghan los compró, vendió 3 a un circo y empleó los 30 restantes en un servicio de carga entre estados. Gradualmente se fueron separando y se esparcieron a través del Oeste. Los confederados capturaron algunos en Texas, pero los conductores de muía no podían entenderlos y los dejaron libres.

Hubo también otros camellos. El éxito de Beale con los suyos pronto dio coraje a compañías privadas que los importaron. Una hizo traer 32 desde China subastándolos por 475 dólares cada uno en San Francisco. Fueron utilizados en las minas de sal de Nevada, maltratados y abandonados. Otra trajo 22 animales desde Tartaria, que fueron equipados con zapatos de cuero para atravesar terrenos ásperos en la Columbia Británica, pero espantaban a los caballos y también fueron abandonados.

La mayoría de los conductores árabes que había traído Beale se asentaron en la costa y cambiaron de oficio, a pesar que cada uno se las ingenió para obtener o retener uno de los camellos del rebaño original. Entre estos hombres, Elias Calles terminó en Sonora (Méjico). Su hijo, Plutarco Calles, fue presidente de este país en los primeros años de la década del 20. George Caralambo sirvió un largo tiempo en el ejército de USA y murió en Montebello (California) en 1913. Hadji Ali, conocido como Hi Jolly, se convirtió en una leyenda viviente hasta que murió en Arizona en 1903. Una vez sintiéndose insultado por no haber sido invitado a un picnic alemán en Los Ángeles, entró en la reunión en una carreta

amarilla acarreada por 2 de sus camellos favoritos. En los años 30 le erigieron un monumento en Quartzsite (Arizona) a su memoria.

Durante años los exploradores no dejaron de ver a los animales abandonados: Hace 50 años Nevada estableció una ley por la que multaba con 100 dólares a cualquiera que fuera por una carretera general con camello. En Arizona fue visto un gran camello rojo llevando una silla de montar gastada en su lomo durante el cambio de siglo. En 1907 un explorador corrió entre dos animales salvajes en Nevada. En abril de 1934; la *Oakland Tribune* editó lo siguiente: «HA MUERTO EL ÚLTIMO CAMELLO AMERICANO. Los Ángeles — Topsy, el último camello que andaba en el desierto de Arizona y California está muerto. Los asistentes del Griffith Park lo aniquilaron, después de haber padecido un ataque de parálisis en el terreno en donde había pasado los últimos años de su vida». Pero en la actualidad se sabe que Topsy no pudo ser el último de los camellos del ejército porque, de acuerdo a algunos rumores, ha sido visto uno recientemente en el desierto de Texas.»

El Cuerpo de Camellos de USA, que abrió con éxito la comunicación entre Texas y Colorado y que portaron cargas militares a través del nuevo Oeste, finalmente desapareció por el maltrato y la negligencia... porque era demasiado extraño.

F. M. W. e I. W.

El delfín de USA

Imaginen una raza de criaturas extranjeras, probablemente más brillantes que el hombre. Su lenguaje es sofisticado, pero su estructura y lógica son tan diferentes a la nuestra que nunca seríamos capaces de traducirlo. Pueden nadar a 40 nudos por hora. Pueden zambullirse a una profundidad en el agua que los pulmones humanos no podrían soportar. Imaginen que estas criaturas sensitivas también aman a los hombres y hacen por ese amor lo que los humanos le piden. Entonces considere cómo el hombre puede hacer uso de ellos en la guerra.

Son delfines, pertenecen a la familia de los mamíferos; son una de las ballenas dentadas que, si bien viven en el océano, respiran aire y crían a los más pequeños con leche como los seres humanos.

Estos animales han sido usados en la guerra para torpedear barcos enemigos, haciéndolos volar.

LA MARINA DE GUERRA ADIESTRA DELFINES PARA QUE ACTÚEN COMO KAMIKAZES, reza un titular de 1973. La historia era tan sensacional como la cabecera. Cuenta operadones militares secretas en las que delfines con explosivos en la parte trasera chocaban contra submarinos enemigos, suicidándose; ellos colocaban los explosivos magnéticos, que eran activados por un dispositivo, sobre los costados de la embarcación enemiga debajo de la línea de flotación.

El día del delfín, una película basada en este siniestro rumor, relataba la historia de Alfa y Beta, un adorable par de delfines que eran enseñados a entender y hablar inglés por un científico que era un «buen tipo». Después de esto Beta, secuestrado por un «mal tipo» del gobierno, fue equipado con una bomba en su cola y enviado a hacer volar la lancha presidencial y sólo pudo ser salvado por la intervención del científico y Alfa.

¿Cuánto de verdad hay en las historias en las que se basa *El día del delfín*? La declaración oficial de la marina de guerra decía: «A pesar de que lo que dicen las nuevas historias llamadas de ciencia ficción, por el contrario la marina de guerra nunca ha tenido planes ni ha entrenado a ningún animal para que se dañara en conexión con alguna supuesta misión o táctica militar».

Por otra parte, la marina dijo que sería impracticable el uso de delfines como bombas suicidas. Después de todo, se necesitaban 3 meses y 50.000 dólares para «domesticar» a uno de estos animales, y mucho más dinero y tiempo para entretenerlo. De esta forma era una bomba extremadamente cara. Además, por bien que estuviera preparado, el delfín que llevara el explosivo podía errar el blanco. Si así ocurría, se transformaría en una bomba flotante de alta peligrosidad. ¿Qué si daba contra la lancha de paseo de un amigo o entraba en el muelle por error?

Hubo otras historias. Se cuenta que los delfines actuaron como detectives submarinos y contraespías en Camranh Bay en Vietnam por más de un año. Parte de su trabajo era interceptar a cualquier hombre rana que se introdujera a hurtadillas en el puerto, según dicen. Pero algunas historias relatan que eran literalmente transformados en armas mortales con un

cuchillo atado a su trompa que introducían en el cuerpo del enemigo, a la señal de un operador de radio que estaba a bordo de un barco. Estos asesinos se supone que fueron usados en los alrededores del puerto Haiphong.

James Fitzgerald de los Laboratorios Fitzgerald, un pionero en las investigaciones sobre el delfín, dijo en un programa televisivo de la CBS, *60 Minutos*, que de 50 a 60 nadadores enemigos fueron verdaderamente interceptados por estos animales en Camranh Bay. Él mismo había entrenado a tres. Ray H armón, que representaba el rol de un buzo enemigo en el «Programa del Delfín Creado por la Marina de Guerra», contó cómo los delfines eran entrenados para sacar a adversarios a la superficie y los acorralaban en un sitio. Otros informes dicen que estos mamíferos estaban preparados para rasgar las máscaras faciales, los reguladores y las patas de rana de los nadadores.

Eran de esperar respuestas a estas historias: las cartas que opinaban sobre el tratamiento inhumano a estos amigos de la humanidad llovieron torrencialmente en la Oficina de Investigación Naval, en estaciones navales y oficinas del Congreso. La gente que no podía permitir el maltrato de otras especies, no permitía que se practicara con los delfines.

Durante siglos, los hombres y los delfines se han respetado mutuamente. Los griegos hasta insinuaron la idea de que los delfines habían sido alguna vez humanos; en verdad, habían vivido antes en la tierra, para luego retornar al mar hace miles de años. Estos animales podían matar con facilidad pero nunca lo hacían. No hay ningún incidente registrado de algún delfín, que si bien mataba tiburones sin problema, haya alguna vez asesinado algún ser humano... Y pensar que los hombres han exterminado a cientos de ellos. Por otro lado, hay informes comprobados de delfines jugando con niños, salvando a bañistas que están a punto de ahogarse, ayudando a los pescadores a apresar pescados. Cariñosos, con una sonrisa perpetua, despiertan ternura en los seres humano, y es inconcebible que los hombres los hagan sufrir.

La Marina admitió que tenía algunos en Camranh Bay, pero dijo que era por otras razones: para ver cómo respondían a un nuevo medio ambiente y al ser trasladado a largas distancias. Si los rumores del periódico no reflejan

la verdad, ¿cómo comenzó todo esto? Bosquejemos la escena: A un periodista, que estaba entrevistando a personal náutico especializado en el estudio y entrenamiento de delfines, se le dio toda la información que estaba permitida; esto es, toda la que se ocupaba de la investigación y preparación con propósitos pacíficos. Luego el entrevistador preguntó: «¿Qué me puede decir sobre los usos militares que se le dan?». Y como ese tipo de información era automáticamente secreta, respondió: «Use su imaginación». Y eso es lo que hizo el reportero.

La Marina nunca había negado que los habían estado estudiando y amaestrando por un largo tiempo, desde 1961, en efecto. ¿Cómo gastaron los millones de dólares necesarios para esto (30 en 1974)? ¿Qué recibieron a cambio?

Piel para submarinos: Max Cramer, un científico alemán que se instaló en USA después de la Segunda Guerra Mundial, fue un pionero en el estudio de cómo el delfín es capaz de nadar con tanta rapidez. Con todos los datos superficiales con que se contaba, no era posible que alcanzara la increíble velocidad de 40 nudos (cerca de 3 5 millas) por hora. El secreto que encontró Cramer está en la piel que, por su consistencia, es extremadamente elástica. Ésta se ondula cuando el animal anda, reduciendo la fricción. De alguna manera crea un vacío alrededor de él, que provoca menos resistencia al avance. A partir de estos estudios, comenzó la fabricación de una piel de delfín sintética, el lamiflo, que puede ser usada para cubrir submarinos, naves, torpedos; así aumenta su velocidad.

El sistema radiográfico sonoro del delfín: Por medio de un sistema sonoro extremadamente complejo, más sofisticado de lo que hubiera podido inventar el hombre, un delfín con los ojos vendados puede acertar en un blanco tan pequeño como un perdigón, distinguiendo un metal de otro y «viendo» las entrañas de otros animales. Envía al exterior miles de golpecitos que todos juntos suenan como un gozne oxidado. El sonido lo despierta hacia un objeto, luego vuelve a retornar al animal, que es capaz de decir a qué distancia está ésta, cómo es de grande y hasta «de qué se trata». Puede hacer lo que no está capacitado a hacer el hombre en el agua, ya que allí los sonidos vienen de todos lados y no se puede saber de qué dirección vienen. Tiene un sistema de recepción estereofónica que trabaja en pequeña

y gran escala. Desvelando el secreto de este sistema, la Marina quisiera perfeccionar el suyo propio.

Zambullida profunda: Un delfín puede zambullirse a una profundidad tres veces mayor que lo que lo puede hacer un ser humano. Un hombre, aunque esté a poca profundidad, debe detenerse en etapas submarinas y pasar por cámaras sobrecomprimidas para evitar «las cintas», una enfermedad causada por las burbujas de nitrógeno que se acumulan en sus tejidos. Como es mamífero, el delfín respira aire y entonces no adopta esta enfermedad. Los investigadores han descubierto recientemente por qué: cuando se zambullen, sus pulmones se detienen de tal forma que no dan lugar a ningún intercambio de gases; también, a grandes profundidades obtienen energía del combustible almacenado en el tejido muscular más que del oxígeno de los pulmones. A través del estudio de estos animales, podemos llegar a descubrir caminos para que la inmersión del hombre sea más segura.

Comunicación del delfín: El doctor John Lilly, un original aunque altamente calificado neurofisiólogo, pasó muchos años tratando de enseñar a los delfines a hablar y comprender el inglés. En 1968, afirmando un éxito parcial con ellos, los liberó y declaró: «Siento que no tengo derecho a mantener a los delfines en campos de concentración por mi sola conveniencia». Lilly, que ha experimentado con LSD y tiene mucho interés en otras formas del conocimiento, piensa que los delfines tienen un grado de conciencia más elevado que el hombre y que su lenguaje y su consideración de la vida están basados en lo no humano, pero, por supuesto, más inteligentes.

El personal naval estudió cintas grabadas de «Margit y Peter», que eran resultados de los experimentos de Lilly. En ellas, una mujer y un delfín macho supuestamente se comunican en inglés. Un científico naval, al escuchar que lo que decía el delfín cuando pasaron por primera vez la cinta no le hacía recordar en nada su idioma, tomó un vaso de jerez para fortificarse y la pasó de nuevo. Todavía nada. Declaró estar fascinado con el trabajo de Lilly, pero agregó: «También me gusta el Dr. Seuss».

El Dr. D. Batteau, un profesor universitario que hace trabajos para la Marina, ha inventado un «traductor» que transforma las vocalizaciones

humanas en los silbidos de los delfines. Usando un lenguaje artificial, los marineros pueden mandar por medio de una radio a los animales que están trabajando sumergidos en el agua.

Trabajadores submarinos: Dadas todas estas capacidades y el medio de comunicarse con él, los fines para los que el delfín puede ser utilizado parecen infinitos. Equipado con un arnés que contiene un radioreceptor, él podrá retornar a «casa» en respuesta a una señal acústica que es hecha con otro aparato.

Durante las operaciones navales de laboratorio, los animalitos traían herramientas y mensajes a los acuanautas. También estaban entrenados para rescatar a buzos perdidos: el hombre avisa con un pequeño aparato y el delfín responde tomando la cuerda del rollo de rescate y alcanzándosela a él. Son capaces de reconocer individualmente a los buzos aunque tengan máscaras faciales y trajes especiales.

En un programa de 1972 apodado Operación Profunda, ballenas piloto fueron entrenadas para localizar objetos perdidos siguiendo un sonido sibilante. Después de alcanzar el blanco, el animal hundía una horquilla junto al objeto, activando un sistema de hidracina en el proceso. Esto es, separado de la boquilla de la ballena, la horquilla inflaba un globo de gas para acarrear el objeto a la superficie.

Durante otra experiencia, un delfín llamado Tuffy localizó 7 cunas perdidas evaluada cada una en 4.700 dólares. También igualó la hazaña de algunos buzos navales encontrando minas muertas, que estaban «perdidas», desaparecidas de la isla de Santa Bárbara en un ensayo minero de la flota.

No hay ninguna duda que los delfines son valiosos para las operaciones militares pacíficas: recobran armas perdidas, localizan bombas y submarinos desaparecidos, salvan hombres ranas que han perdido su camino o que tienen algún problema.

La Marina es pragmática; la gente como Lilly es más «humana». ¿Es éste sólo un animal más que es útil para el hombre —una especie de submarino viviente, como dijo un científico—? o ¿es, como afirma Lilly, verdaderamente inteligente, siendo tan ajeno a tal forma superior de conciencia que los intentos humanos de usarlo con fines militares son actos inmorales?

PASANDO LISTA: EL QUIÉN ES QUIÉN DE LOS MANDAMASES MILITARES

Genereal Ambrose Burnside (USA, Guerra Civil)

El día de la boda de Ambrose Burnside su futura esposa lo miró y respondió con un resonante «¡No!» cuando el ministro le preguntó si tomaba a este hombre para que fuera su esposo legítimo. Si esto no tiene nada que ver con los indudablemente abrasivos bigotes que él usaba, si en verdad usaba alguno en ese momento, permanece desconocido para la historia, pero esta anécdota nos muestra cómo simplemente le «ocurrían» situaciones poco comunes a este hombre desafortunado. No sólo le ocurrían cosas desagradables, sino que el general, que más tarde desposó a otra novia satisfactoriamente, tenía una predisposición especial para las cosas innovadoras y osadas en la guerra tanto como para la moda, otra cualidad que se conserva en sus fotografías además de su compostura, que quedó grabada en la memoria de la gente.

Burnside comenzó con el pie izquierdo desde el momento en que entró en la vida militar. Después de servir como aprendiz de sastre en su Liberty (Indiana) natal, fue designado cadete en West Point, graduándose con bajas notas en su clase y sobresaliendo más en canto extracurricular y en la cocina que en tácticas militares. Mientras hacía un recorrido con la caballería en el Oeste, renunció al ejército en 1853 para montar la Fábrica de Rifles Bristol en Rhode Island donde preparaba la carabina de retrocarga de su invención. Las cosas fueron mal para él, como siempre. Su negocio fracasó a despecho del éxito de su nuevo tipo de rifle, pero no tan mal como hubiera podido ser, ya que después volvió a entrar en el ejército cuando el estallido de la Guerra Civil.

La expedición de Burnside a la costa de Carolina del Norte en 1862, que dio como resultado la captura de Roanoke Island, New Berne, Beaufort y Fort Macon, le otorgó el rango de general mayor y mucho prestigio. Después, cuando tomó el mando del Ejército de Potomac en el mismo año, demostró ser un indudable fracasado como líder y como estratega. Su plan

de tomar Fredericksburg a través del río resultó una matanza tan sangrienta que debió ser requerida una tregua especial para enterrar los 100.000 muertos de la Unión. Cómo sería que durante largo tiempo se conoció a Fredericksburg como la Carnicería de Burnside en Pennsylvania. Las victorias llegaron más tarde para el general, pero de algún modo nunca pudieron rivalizar con sus espectaculares reveses como, por ejemplo, la muy publicitada «Marcha sobre el Fango» cuando Burnside llevó a sus hombres fuera del campamento cerca de Fredericksburg y tuvo que hacerlos retornar de nuevo debido a una terrible lluvia que hacía imposible las maniobras.

Relevado de su cargo al principio de 1863, el desgraciado personaje fue luego reprendido oficialmente por el presidente Lincoln cuando, mientras lideraba el Departamento de Ohio, él sometió a consejo de guerra al ex congresal Clement Vallandigham por una conferencia política contra la guerra y clausuró *Chicago Tribune* cuando este periódico protestó. Finalmente fue transferido de nuevo al 9.º Cuerpo que originalmente había dirigido cuando se había alistado, sólo para enfrentar un espectacular fracaso final en la batalla de Petersburg en 1864. Fue una vergüenza que causó su caída. Aprobó un plan para cavar un túnel debajo de las líneas confederadas, lo llenó con explosivos de gran potencia y atacó en el momento en que las cargas estallaron. Triste de contar, el túnel fue construido, el ataque realizado, pero también rechazado. El general fue entonces relevado de su mando por una corte investigadora; y de hecho estuvo casi por ser expulsado del ejército.

Todos sus fracasos dependieron de que no se dieran las condiciones necesarias; por ejemplo, si los ingenieros hubieran construido a tiempo los puentes de barcas para su ataque a Fredericksburg, no habría sido derrotado; si no hubiera llovido inesperadamente, su «Marcha sobre el Fango» no habría tenido lugar; si se le hubiera permitido usar las tropas que él quería en Petersburg en lugar del poco entrenado regimiento blanco, su ataque habría tenido éxito. Quizás estas condiciones explican el hecho de que él permaneció tan popular; tanto que llegó a ser electo gobernador de Rhode Island durante tres términos 1866-1869, y senador de USA por dos, desde 1875 hasta su muerte en 1881, a los 57 años.

Pero su personalidad atrayente y su espíritu patriótico probablemente jugó un papel constante en sus triunfos políticos. Debido a la publicidad constante que se le daba a su persona, el llamativo sombrero que usaba en el campo llegó a ser estimado tanto como lo eran sus patillas y su barba con las que impresionaba. Miles lo intentaron y la palabra «patillas» («burnsides» en inglés) fue rápidamente invertida («sideburns» en inglés), esta inversión del nombre de Bumside no tiene nada que ver con sus reveses militares, a pesar que hubiera sido apropiado. Sea lo que sea, su nombre se convirtió en uno de los más conocidos epónimos. Aunque la barba del general creció hasta ponerse fuera de moda, las patillas son más populares hoy en día que en su época; y es la palabra invertida («sideburns») la que se aplica a la continuación lateral del cabello del hombre.

R. H. rep.

T. E. Lawrence (Gran Bretaña, Segunda Guerra Mundial)

El film *Lawrence de Arabia* retrataba al protagonista como un Robin Hood del desierto fascinante, alto y romántico. La historia muestra, sin embargo, que tenía 5 pies y 5 1/2 pulgadas de altura, era un fabulador desesperado, un masoquista y un imperialista británico, aunque no por esto menos fascinante.

La leyenda de este personaje aparece durante la Primera Guerra Mundial, guerra que fue una gran frustración para muchas personas ya que no fue ni tan breve ni una aventura gloriosa como esperaban. Pero en medio de la prolongada carnicería apareció un inglés caballeroso que lideraba a los árabes en las revueltas contra los amos turcos (que estaban del lado de los alemanes). El control del canal de Suez y el acceso al petróleo que había sido descubierto unos pocos años antes estaba en juego.

Lawrence obtuvo sus amplios conocimientos sobre el Medio Oriente gracias a las expediciones arqueológicas que realizó en la juventud, y estaba explorando el área para la Inteligencia Británica antes de que estallara la guerra. Cuando esto ocurrió, presionó sobre la Oficina Británica de Asuntos Extranjeros para que sostuviera al príncipe Faisal como el líder principal de los árabes. Se convirtió en su consejero y compañero principal, y poco a poco se fue vistiendo como un príncipe árabe y asumiendo el papel de jefe

en las incursiones guerrilleras contra los turcos y llegando a hacer saltar la línea ferroviaria.

Lawrence ganó su influencia con los árabes en varios aspectos. Primero fue capaz de adoptar completamente su personalidad árabe.

Tom Beaumont, su ametrallador, recuerda: «Era increíblemente tenaz y su meta fue hacer cualquier cosa que pudieran realizar los árabes y si fuera posible, aun mejor que ellos. Podía conducir un camello más rápido que muchos de ellos; podía correr a un costado de la montura y balancearse en ella —cerca de 9 pies del suelo— mientras estaba en movimiento, y lo podía hacer con más facilidad que cualquier árabe. Ellos lo aceptaban por esto».

Otra arma persuasiva en manos de Lawrence fueron las monedas de oro que el gobierno británico le permitió liberalmente distribuir y con las que sobornó a muchos y compró, al menos temporalmente, la lealtad de muchos miembros de las tribus nómadas.

Los árabes estaban igualmente embelesados con otra promesa que él les había hecho: la independencia una vez que la guerra hubiera terminado. Fue algo que en realidad no pudo y no intentó llevar a cabo. Como más tarde admitió: «Arriesgué el fraude en mi convicción de que la ayuda de estos hombres era necesaria para que nuestra victoria fuera barata y rápida en el Oriente, y que era mejor que ganáramos y rompiéramos nuestra palabra que perder». Al final de la guerra, los principales poderes coloniales comenzaron lo que Woodrow Wilson llamó «la repugnante arrebatina del Medio Oriente». Se supo que, durante la guerra, Gran Bretaña y Francia se habían puesto de acuerdo para cincelar el Medio Oriente entre ellos. En la Conferencia de Paz de París, Lawrence sostuvo uno de los más progresistas puntos de vista: los ingleses debieran primero controlar el Medio Oriente, con los árabes que alcanzarían la posición de una república del Imperio Británico con gobierno propio. Tenía un profundo odio por los franceses, entre los que procuró, sin éxito, ganar partidarios para que no entraran en conjunto en el área. Al final, los deseos de independencia de los árabes fueron traicionados, con Inglaterra y Francia repartiéndose el botín.

Mientras tanto, el público se deleitaba con las historias del coraje y atrevimiento de Lawrence escritas por el periodista americano Lowell

Thomas: «El Destronado Príncipe de La Meca», «El Salvador de Damasco». Con una conferencia acompañada por películas y diapositivas, Thomas atrajo la atención de las audiencias de todo el mundo y según se dice ganó un millón de dólares haciendo esto.

Irónicamente, en el momento en que Thomas alababa su fuerza, Lawrence estaba al borde de la desesperación. Durante la guerra su íntimo amigo árabe había muerto de tifoidea, dos de sus hermanos habían sido asesinados, y su cuerpo y su espíritu estaban cerca de quebrarse por la enfermedad, heridas, y posiblemente por un golpe y ataque sexual de los turcos que lo capturaron temporalmente. Evitó desplomarse durante un tiempo para tratar de influir sobre los resultados de la Conferencia de Paz de París, pero fracasó. Luego se sumergió en la redacción de su versión de la revuelta árabe en un libro titulado *Los Siete Pilares de la Sabiduría*.

La revelación de sus aventuras mientras escribía resultó demasiado para Lawrence. Durante los años siguientes vivió sin objeto, llevando una vida confusa. Desde su juventud se había enorgullecido de su resistencia, llamándose a sí mismo «un Hércules de bolsillo, tan fuerte en mi musculatura como las personas que tienen el doble de mi medida y más resistente que la mayoría». Esta arrogancia toma ahora un giro perverso. Contrata a un joven para que lo castigue con una rama de abedul. En 1922 se alistó en las filas de la Real Fuerza Aérea debajo de un nombre supuesto, Shaw, para escapar de su fama, su culpa y la convicción de no tomar nunca más decisiones. Cuando se descubrió su verdadera identidad, fue echado y se alistó entonces en el Real Cuerpo de Tanques con otro nombre nuevamente. Pero encontró que la existencia era demasiado ordinaria y se las ingenió para ser transferido otra vez a la Fuerza Aérea.

Fue durante este segundo período en la RAF que pareció encontrar paz. A pesar de que estaba cumpliendo el papel de un humilde aviador, a través de sus amigos influyentes (inclusive Winston Churchill) podía indirectamente hacer importantes reformas en el sector. Promovió el desarrollo de lanchas de alta velocidad (que adoraba conducir) y ayudó a diseñar, desarrollar y probar los modelos antecesores del «hovercraft».

En mayo de 1935, a los 47 años, y sólo 10 semanas después de dejar el servicio, sufrió un accidente fatal en motocicleta. Las evidencias sugieren

que él salió de la ruta para evitar atropellar a un niño que iba en una bicicleta, pero otras historias comenzaron inmediatamente a extenderse: que había cometido suicidio; que había sido asesinado por alemanes o árabes; hasta que lo habían hecho líderes ingleses que temían que asumiera poderes dictatoriales durante la guerra que se cernía en el horizonte. Después de muerto, La wr ence pareció más grande que lo que había sido durante la vida..Sin duda él había provocado muchos de los rumores que le rodeaban, contando raramente la misma versión de una historia más de una vez. Charlotte Shaw, la esposa de George Bernad Shaw y amiga íntima de Lawrence durante sus últimos 10 años de vida, en una oportunidad exclamó: «¡Es un mentiroso *infernal!*!». Su marido, sin embargo, ofrece una caracterización que sirve como un epitafio más justo para T. E. Lawrence: «No era un mentiroso. Era un actor».

J. W.

Sargento Ezra Lee (USA, Revolución americana)

En la noche del 6 de septiembre de 1776, un voluntario rebelde de Lyme, Connecticut, de 45 años, llamado sargento Ezra Lee, se puso a atacar, con el primer submarino militar del mundo, a la nave capitana del almirante Sir Richard Howe anclada en Staten Island, Nueva York. La embarcación, recién inventada por David Bushnell, granjero y graduado en Harvard, era una pesadilla de navegante. En forma de almeja, tenía 6 pies de alto y apenas un poco más de 7 pies de largo, con una habitación apenas suficiente para albergar a un solo hombre. Para sumergirlo, un resorte a pedal abría un grifo para permitir que el agua entrara, y para subir a la superficie, el diseño de Bushnell exigía una bomba manual que la forzaba a retirarse. Llevaba dos instrumentos de dirección: un compás y un indicador de profundidad.

Una vez en el dispositivo, el sargento Lee fue encerrado adentro. No podía salir por sus propios medios aunque surgiera una emergencia, ya que la pequeña entrada se mantenía cerrada herméticamente y con fuerza, y él no tenía posibilidades de alcanzarla desde el interior. Mientras el submarino se desplazaba en la superficie, tenía dos tubos ubicados para introducir aire fresco; pero después de sumergirse, Lee tenía que depender del contenido

en el interior del compartimento. El suministro estaba limitado a 30 minutos de maniobras submarinas. Bushnell fabricó dos juegos de paletas con forma de molinos de viento para la potencia motriz. Después de hacer arrancar el motor con una manivela y con una paleta en cada mano, Lee podía manejar el submarino a una velocidad máxima de 3 millas por hora. La *Tortuga*, como rápidamente fue llamado, se mantenía en una posición de flotación estable por medio de 700 fibras de plomo que se usaban como lastre.

El armamento era igualmente primitivo. A disposición, justo detrás de la compuerta, Lee llevaba una caja oviforme cargada con 150 fibras de pólvora, junto con un aparato detonante y un reloj para hacer estallar la carga. En teoría, esta bomba debía ser colocada en la base exterior de los barcos enemigos. Para ubicarla en el lugar antes que explotara, Lee exigía utilizar un instrumento parecido a un largo tornillo, que haciéndolo girar desde el interior del compartimento hiciera un agujero en el casco. Una vez que se había hecho esto, se lo debía dejar allí, ya que tenía la caja atada con una cuerda. El reloj daba 20 minutos para escapar después que el dispositivo había sido ajustado.

Casi a medianoche, el intrépido soldado entró en el submarino y comenzó su tarea. En minutos se había desorientado en relación a los contornos confusos de los barcos de Howe y la fuerte corriente lo arrastró velozmente lejos de su objetivo, dirigiéndose hacia aguas abiertas. En una operación frenética con su sistema de propulsión, Lee se las ingenió para volver atrás sin escalas, dos horas y media después. Siempre sumergido, comenzó a trabajar en la base de la embarcación elegida y se dio cuenta de un detalle que se le había pasado por alto: el cobre que cubría el maderaje de la base no podía ser agujereado con el tornillo de madera. La *Tortuga* se sacudía con cada vuelta que daba el instrumento.

Al amanecer, el «ataque» estaba concluido. Con la llegada del día, él ya no podía regresar periódicamente a la superficie para proveerse durante 1/2 hora de oxígeno, ya que podía ser descubierto instantáneamente. Lee comenzó el viaje de regreso, esta vez ayudado por la marea que estaba en ese momento desplazándose hacia la playa. Salió a la superficie para verificar su posición y se encontró a unas 100 yardas de Governors Island y, para su consternación, también vio que su llegada estaba siendo controlada

con excitación por cientos de soldados ingleses que corrían a lo largo de la playa. A través de sus pequeñas escotillas pudo percibir una barcaza avanzando a empujones sobre las olas, tripulada por un grupo de marineros, que se acercaba para investigar el extraño objeto.

La captura era inevitable, ya que no podía imprimir al aparato mucha velocidad y, además, las aguas eran muy poco profundas. Como estaba determinado a no caer en manos de sus enemigos, armó y soltó una bomba, esperando que la explosión los haría volar —incluyéndose a sí mismo y al submarino— en pedazos. Pero ocurrió algo inesperado: espantados por un nuevo objeto flotador, la barca dio marcha atrás, permitiéndole remar suavemente y escapar. La bomba flotaba sin prisa. Minutos más tarde, explotó con ruidoso estruendo que pudo ser escuchado con claridad por observadores que estaban tan lejos como en Battery en el extremo de la isla de Manhattan.

El sargento Lee finalmente alcanzó la costa, para ser recibido cálidamente por el general Israel Putnam y otros oficiales de la colonia que habían observado la sorpresiva explosión. El incidente no afectó mayormente su coraje, sin embargo. Continuó con sus ataques submarinos, aunque con menos éxito. Un año después logró un hecho sangriento, cuando la tripulación curiosa de la fragata inglesa *Cerberus* descubrió y arrastró un objeto que pensó que era un cuñete de madera. Pronto explotó, matando a tres hombres y haciendo volar en pedazos una goleta que el *Cerberus* había apresado y que llevaba a remolque. El capitán enemigo se quejó en voz alta sobre las tácticas antideportivas.

Por todas estas explosiones, Lee recibió las congratulaciones del general George Washington, que luego trasladó al héroe acuático al Servicio Secreto. Más tarde peleó en las batallas de Trenton, Brandywine, Monmouth. Vivió hasta los 72 años, muriendo en Lyme en 1821.

W. K.

Sargento André Maginot (Francia, Primera Guerra Mundial)

A pesar que André Maginot (1877-1932) apenas pudo escapar con vida en la Primera Guerra Mundial cuando lo hirieron severamente durante la defensa de Verdún, murió finalmente de tifoidea por haber ingerido ostras

envenenadas. Después que fue condecorado con la Cruz de la Legión de Honor y la Medalla Militar, el sargento, que se había alistado como soldado raso, pese al hecho de que era Subsecretario de Guerra de Francia en 1913, retornó al servicio del gobierno y finalmente llegó a ser Ministro de Defensa. Él y sus generales determinaron que su país nunca más sería invadido de nuevo, y para ello procedieron a planear la construcción de una muralla fortificada a lo largo de la frontera oriental desde Suiza a Bélgica, que se extendería 314 km (195 millas) a 2 millones de dólares la milla. La Línea Maginot, completa con fortines autosuficientes cavados 7 pisos debajo de la tierra, era un medio de evitar los ataques sorpresivos de los alemanes en Alsacia y Lorena, pero sólo engendró un falso sentido de seguridad que comenzó a ser conocido como la «mentalidad Maginot», si bien la muralla nunca se extendió hasta la costa.

Su muerte lo salvó de ver a los germanos atravesar fácilmente la barrera en la Segunda Guerra Mundial, cuando entraron a Francia a través de Bélgica. No fue probada nunca cuán inexpugnable era, pero fue rápidamente volada por bombas, estropeada por los tanques, o evitada por los paracaidistas donde había sido concluida. La falta no fue tanto de Maginot sino más bien del país, cansado de la guerra, que quería ser calmado con una seguridad que era en realidad falsa. Esta conclusión la demuestra la construcción de la muralla, así como lo hizo la Gran Muralla China en otras épocas.

En nuestros días la más pequeñas fortalezas de la Línea están siendo vendidas por el gobierno francés; muchas han sido compradas por aquellos que tienen un apego romántico a las cosas fútiles, porque las estructuras son inhabitables elefantes blancos con poco uso práctico. Otras por alemanes contra los cuales fue construida en otra época, ya que ninguna ley francesa prohíbe su venta a los extranjeros.

«Es perfectamente concebible —dijo un funcionario francés— que cada una de las fortificaciones pueda ser comprada por un oficial diferente del Estado Mayor General de Alemania.»

R. H. rep.

Mayor Vidkun Quisling (Noruega, Segunda Guerra Mundial)

De los hombres y mujeres cuyos nombres se han convertido en sinónimo de traidor, sólo el de Vidkun Quisling ha otorgado su letra mayúscula al diccionario (en inglés *quisling* = *traidor*). Un traidor es universalmente un títere traicionero del enemigo y la palabra «quisling» es una de las más rápidamente adoptadas de las nuevas adiciones que se le han hecho a la lengua, y hasta inspiró el poco usado verbo «quisle», que significa «traicionar a su país». El mayor Quisling (1887-1945) ganó su rango en el ejército noruego, habiendo servido como militar agregado en Rusia y Finlandia. Era un fascista ardiente y formó entonces el partido de la Unidad Nacional poco después que Hitler asumió el poder en 1933, pero nunca atrajo más que a unos pocos seguidores, ya que muchos noruegos lo consideraban mentalmente desequilibrado. Luego los nazis invadieron Noruega el 8 de abril de 1940 y el ridículo lunático de la derecha llegó al poder.

Quisling se había entrevistado con Hitler 3 días antes, confiándole información estratégica cuando el Führer le dijo que la ocupación era inminente. La mañana de la invasión fue a la radio controlada por los alemanes para revocar la orden del rey Haakon que decía que el ejército se tenía que movilizar en su totalidad. El rey y su ministerio escaparon a Inglaterra, y Quisling, que no tenía ninguna autoridad oficial, fue elegido Premier. La reacción pública lo obligó a dimitir una semana más tarde, pero Hitler insistía en que él sería repuesto el septiembre siguiente. El mayor no tenía ningún talento administrativo y mostró a los alemanes estar en situaciones embarazosas en muchas ocasiones. Pero sorprendiendo terriblemente a toda la oposición, el ministro-presidente asumió el trono de Haakon y se hacía conducir en el automóvil a prueba de balas presentándose al lado de Hitler. Se rodeó de lujos, ocupó una villa de 46 habitaciones preparada para los ataques aéreos en una isla cerca de Oslo, cuyas paredes tenían colgadas pinturas sin precio del museo nacional, y comía en platos de oro. Se convirtió en un paranoico de tal magnitud que 150 guardaespaldas lo acompañaban a toda hora y cada bocado de comida que comía era probado primero por una persona, pero esto no le evitó convertirse en uno de los grandes megalómanos de la historia. Se dio a sí

mismo autoridad para dar legalidad a cualquier documento, editó estampillas con su rostro y ordenó colgar su retrato por todas partes.

Los noruegos lo despreciaron a él y también a su organización SS, el Hird, como no lo habían hecho nunca, y mucho antes que la guerra terminara su nombre era ya un sinónimo de títere traidor. Después de que los alemanes abandonaran Noruega, fue acusado de traición, robo y asesinato, especialmente por la muerte de 1.000 judíos a quienes había ordenado deportar y de 100 compatriotas más. Como se le encontró culpable de todos los cargos, fue condenado a morir en manos de un pelotón de fusilamiento el 24 de octubre de 1945, cambiando el país sus antiguas leyes en contra de la pena capital al efecto.

R. H. rep.

Capitán Manfred Freiherr von Richthofen (Alemania, Primera Guerra Mundial)

No fue ciertamente considerado como una posibilidad que Manfred Freiherr von Richthofen se convirtiera en el as más importante de la Primera Guerra Mundial, cuando comenzó su entrenamiento de vuelo. Para colmo, que él sobreviviera a su primera etapa del entrenamiento fue visto como algo milagroso: no era de ninguna forma un aviador innato. No había duda que era valiente y aun su madre, cuando se le preguntó sobre su habilidad como jinete, observó: «Puede intentar hacer cualquier cosa, pero su habilidad sobre un caballo no se puede comparar con su coraje».

Nació en una antigua familia alemana cuyo origen puede ser rastreado hasta 1543 y que estaba desprovista de personalidades militares. Sus antepasados fueron más gente dedicada a la tierra, cultivando y cuidando rebaños de vacas y ovejas a lo largo del río Oder en Silesia. Su padre fue un capitán de caballería retirado y esto parecía ser la extensión de la herencia militar de Manfred. Su familia estaba en una posición moderada y creció en una atmósfera aristocrática que ponía gran énfasis en las cabalgatas, en la caza y en las actividades físicas. Como estudiante no obtuvo buenas notas en sus ocupaciones, y si no hubiera sido por sus habilidades atléticas, sus dos años en la escuela de cadetes de Wahlstatt en Berlín habrían sido descoloridos. No era considerado brillante por sus instructores. En realidad

fue su instinto de cazador y no su educación lo que colaboró ventajosamente cuando finalmente dominó los misterios de los aviones.

Después de dos años en Wahlstatt que abandonó en 1909, se inscribió en Lichterfelde para realizar estudios superiores. Von Richthofen encontró la atmósfera más de su gusto y su aprendizaje se recobró. Se mostró interesado por la historia militar.

En 1911, a los 20 años, se relacionó con el primer Regimiento Ulano, una unidad constituida por algunos de los mejores jinetes del mundo, y a pesar de poco aventajado, cumplió con este grupo las primeras etapas de la Primera Guerra Mundial.

La tradicional carga de caballería era todavía considerada tácticamente factible en 1912, pero las primeras fases de la guerra demostraron claramente que se habían producido cambios, y cuando él se desprendió de su caballo por una explosión de una bomba francesa que aterrizó cerca suyo, consideró que había tenido suficiente. La guerra deja de ser divertida cuando uno no puede ver al hombre que está tratando de matarlo.

También contribuyó a su desencanto de la guerra el hecho de que sus superiores no estuvieran particularmente impresionados con sus habilidades. Se encontró en movimiento hacia atrás, asignado finalmente a una posición de aprovisionamiento, que produjo una carta al comando general solicitando su traslado al servicio aéreo. En mayo de 1915, su petición fue otorgada y fue enviado a Colonge para su entrenamiento.

Su entusiasmo creció hasta el punto de persuadir a su piloto para que le diera lecciones de vuelo. Se las ingenieron para conseguir prestado un entrenador controlado doble, y en los días en que no estaba de servicio trataban de hacer un piloto de von Richthofen. Trabajaron juntos 25 horas, un tiempo extraordinariamente largo en esos días, antes de Zeumer, el instructor decidió permitirle al futuro as de ases tratar de aterrizar el avión. El primer intento fue un desastre y también lo fue el segundo. Pero su perseverancia prusiana lo llevó a intentarlo una tercera, en el día de Navidad de 1915. Al final se había convertido en un piloto, al menos por definición.

Los monoplanos eran su meta, pero aún lo eludían, y continuó como un observador. Finalmente le asignaron este tipo de aparato y en dos semanas

destruyó dos de ellos, pero por un revés. Fue trasladado de nuevo a los aviones de dos plazas, encargándosele misiones para bombardear en el frente ruso, que satisfacía algunos de sus instintos asesinos como lo confirman las cartas a su madre; pero era todavía lo bastante deportista como para desear una presa para voltear.

Durante muchos meses se dedicó a las técnicas combativas pidiendo prestado los monoplanos Fokker. Pidió nuevamente ser trasladado a un grupo de combatientes pero no se lo concedieron, y fue sólo por un golpe de suerte que se conectó con Oswald Boelcke, el líder de los ases alemanes, que estaba reclutando hombres para su escuadrón. Esto fue en agosto de 1916, y fue su entrenamiento con este individuo, quien era llamado «el padre de la aviación de caza», el que lo transformó en una máquina de matar.

Al principio Boelcke se mantuvo cauteloso con von Richthofen: él había escuchado de sus problemas en los primeros vuelos y estaba enterado del hecho de que su discípulo conocía poco o nada de la parte mecánica del vuelo. Pero en contra de esto, vio en su nuevo recluta un encarnizamiento para la caza, una indiferencia por el alcohol y las mujeres y un solo propósito en su cabeza, que le indicaban que si von Richthofen sobrevivía a las primeras misiones, podría perfectamente convertirse en un gran combatiente. Es penoso que Boelcke no haya vivido lo suficiente como para ver lo que realmente había creado, ya que murió unos pocos meses después en una colisión aérea con uno de sus mejores amigos.

El nuevo grupo, Jagdstaffel 2, debió salir de Lagnicourt (Francia) y von Richthofen llegó allí el 1.º de septiembre de 1916. No había aviones inmediatamente disponibles, y la primera semana la pasó escuchando *La doctrina según Boelcke*, una disertación que von Richthofen debe haber tomado en serio porque ganó su primera victoria cuando el grupo salió en su primera misión el 17 de septiembre.

Estaba tan excitado por la sangre que corría que casi estrelló su nuevo Aibatos cuando aterrizó cerca de los restos de su víctima. Llegó a tiempo para ver cómo los dos aviadores ingleses eran sacados de sus aparatos destruidos.

Uno murió mientras von Richthofen le estaba observando y otro antes de poder ser llevado a un hospital. En resumen, fue un día excitante para el novel piloto, y para conmemorarlo encargó una copa pequeña de plata, un ritual que se repitió hasta que a su joyero se le acabó este metal alrededor de su victoria n.º 60. También se dedicó a coleccionar recuerdos que consistían en pedazos y piezas de los aparatos derribados, que se los enviaba a su madre.

En abril de 1917, había superado el récord de 40 victorias de Boelcke y se transformó entonces en un sobresaliente as de la guerra. Fue un héroe nacional y se imprimieron tarjetas postales de «El Caballero Rojo», que se vendieron por toda Alemania para elevar la moral del pueblo.

La tensión de la guerra comenzó a hacer sus efectos sobre este individuo: se volvió taciturno y ensimismado. Las pérdidas en su escuadrón lo acobardaron y comenzó a cuestionarse sobre su propio futuro. El Alto Mando Alemán le concedió 6 semanas de permiso, pero lo que pudo descansar fue muy poco, ya que durante las vacaciones se debió entrevistar varias veces con el káiser y otros jefes nacionales. Pero como éste no era su campo de conocimiento, estaba ansioso por retornar al frente.

El 6 de junio, von Richthofen dirigió su Jagdstaffel 11 en un vuelo matinal para buscar un grupo de aviones británicos de observación, que había sido divisado sobre la línea de combate. Esto no hubiera sido ningún problema de ordinario, pero en esta oportunidad se encontró con un difícil adversario, al que no pudo intimidar. Como resultado, su carrera se terminó de repente. Su Albatros marrón bajó en picado, fuera de control, desde 12.000 pies de altura, y sólo cuando llegó a 1.000 pudo recobrar sus facultades y nivelarlo para hacer un aterrizaje razonablemente seguro. Había recibido una herida de bala en la cabeza que lo puso fuera de acción durante algún tiempo. Fue un von Richthofen diferente el que retornó a sus hombres el 25 de julio de 1917.

El 20 de abril de 1918, cuando el alemán realizaba sus 79 y 80 y victorias en un lapso de 3 minutos, su ingenio se enfrentó con el mal tiempo que había obligado a su escuadrón a permanecer en tierra. El día 21, mientras el mecánico estaba preparando su triplano marrón, se le pidió un autógrafo.

«¿Piensa usted que no volveré?», preguntó, mientras satisfacía la petición. Se sintió también incómodo cuando alguien le tomó una fotografía. Boelcke había sido fotografiado antes de su último vuelo.

Seis triplanos Fokker de colores brillantes despegaron, encabezados por la máquina de von Richthofen. En el grupo había otro individuo con el mismo apellido; era un primo que cumplía con su primer patrullaje. Había recibido indicaciones de Manfred para que evitara entrometerse en la pelea a toda costa.

Casi al mismo tiempo, el escuadrón N.º 209 de Sopwith Camels partió de Bertangles, al mando del capitán Arthur Roy Brown, quien, como el alemán, tenía un novato para dudar. En este caso era Wilfred R. May, un discípulo suyo, y quien también había recibido instrucciones para mantenerse fuera de acción.

Inevitablemente, los dos grupos se trabaron en una lucha furiosa. May, que no pudo resistir intervenir en ella, derribó a un avión que estaba separado del resto. Es muy probable que haya sido el del joven von Richthofen.

Las armas de May se trabaron y entonces se dirigió de regreso a casa, pero su retirada se vio interrumpida por un tiroteo. Miró por encima de su hombro para ver el triplano marrón que trataba de detenerlo. Y a la derecha detrás de éste distinguió al avión de Brown, con sus armas en actividad.

El combate entre los dos descendió a 200 pies de altura y en este punto se vio que el triplano vacilaba y planeaba sobre unas colinas bajas, bajo un fuego que provenía de tropas australianas que estaban en tierra. Finalmente el avión de von Richthofen se posó bruscamente sobre el suelo, rompiendo el tren de aterrizaje. Cuando los australianos llegaron hasta el aparato, encontraron al piloto muerto y en unos segundos descubrieron que era el conocido «Barón Rojo».

Este último vuelo, así como su propia persona, continúa rodeado por controversias. Tanto la RAF como los australianos se atribuyeron el mérito de su muerte y ambos demandantes emplean un buen argumento.

Así finalizó la carrera del capitán Manfred von Richthofen el 21 de abril de 1918, a los 26 años, y a partir de aquí, comenzó la leyenda del As de Ases de la Primera Guerra Mundial, El Caballero Rojo de Alemania.

Barón von Steuben (USA, Revolución americana)

En los últimos días de febrero de 1778, un oficial prusiano grueso y de mediana edad, resplandeciente con su uniforme azul que brillaba con medallas militares, entró cabalgando en el campamento de Washington en el valle Forge con su intérprete, un joven francés llamado Duponceau, dos ayudantes, un sirviente y un galgo. Este individuo impresionante, de nariz bulbosa, fue presentado al general Washington como Friedrich Wilhelm Augustus Henry Ferdinand, barón von Steuben, recomendado por Benjamín Franklin y Silas Deane, quien lo describió como «un teniente general al servicio del rey de Prusia».

El barón hablaba alrededor de 12 palabras en inglés y cuando las pronunciaba se ponía rojo de vergüenza. Había sido pagado por los franceses para ofrecer sus servicios al general; era un experto oficial en ejercicio.

Si un poco de decepción inocua precedió a la llegada de von Steuben, su presencia en el valle Forge fue como un soplo de aire fresco para Washington, cuyas tropas medio desnudas e indisciplinadas apenas podían ser dignas de batalla contra los ingleses cuidadosamente entrenados.

Steuben, como le gustaba ser llamado, no era teniente general; su rango cuando fue despedido del ejército del rey Federico, 14 años antes, era el de teniente. Y estaba sin empleo cuando se encontró en 1777 con un amigo inglés de Benjamín Franklin. Enterado que el Congreso no prestaría atención a un simple capitán, ya que tenía sus manos llenas con pedidos de oficiales extranjeros que buscaban altos puestos en el Ejército Continental, Franklin se mostró partidario de este pequeño engaño, junto con Silas Deane y el ministro de Guerra francés, Saint-Germaine. Este último conocía que Steuben era hijo de un talentoso oficial prusiano, bien educado, entrenado en el ejército y maestro de ejercicios. Por consiguiente, él, Franklin y Deane elevaron su rango, enviando el segundo una elocuente carta de presentación a Washington. Pero quizá fue el mismo prusiano quien ganó la aprobación del general, antes de reunirse en el valle Forge. En su carta al comandante en jefe, ofrecía sus servicios como voluntario sin rango, simplemente quería

ayudar a la causa de la libertad. Y así, con la aprobación de estas importantes personalidades, el jovial barón partió hacia América como voluntario, a pesar de que todos sus gastos estaban pagados por el gobierno francés.

Aunque el general Thomas Conway era todavía el inspector general del Ejército, Washington le otorgó los derechos de actuar en ese cargo sin rango, pendiente de la aprobación del Congreso, para entretener y ejercitar estas lastimosamente indisciplinadas tropas.

Steuben se mostró sorprendido por lo que encontró: no había ni libro de ejercicios ni manual de reglas del ejército. Los harapientos soldados no conocían nada sobre la práctica de la bayoneta, esta arma se usaba como asador para cocinar rosbif. No era común la obediencia inmediata a las órdenes severas, como a la manera europea, y los oficiales pensaban que el ejercicio estaba por debajo de ellos.

El prusiano era un hombre paciente; comenzó escribiendo su propio manual, reduciendo las 21 mociones consideradas necesarias para cargar las armas a sólo 10. Este texto fue traducido a un francés formal por Duponceau, luego al inglés para que los soldados lo pudieran comprender. Se transformó en la «biblia del Ejército Continental».

Fue la barrera del idioma, sin embargo, lo que le permitió hacerse querer por sus hombres. En el penoso y lento proceso de entrenamiento, él los insultaba en alemán, algunas veces gritándoles hasta durante 5 minutos, con la cara enrojecida, sus inmensas manos gesticulando, casi vencido por la frustración que le producía su inglés tan limitado. Un murmullo de risas espontáneas se escapaba desde las filas y Steuben, al que no le faltaba humor, se reía con ellos. Luego, dándose vuelta hacia Duponceau o al joven Benjamín Walker, les decía: «Mi querido Walker, mi querido Duponceau, maldiga en inglés por mí».

Para los últimos días de marzo se evidenciaba un nuevo espíritu en la tropa, a despecho del hambre, el frío y la falta de ropa. Desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde, Steuben permanecía en el campo de entrenamiento poniendo esmeradamente a prueba a los hombres, su voz gutural tronaba sobre el sonido que producían los pies al arrastrarse.

Los hombres aprendieron a marchar en columna y también en masas compactas, caminando en doble fila y en columna de cuatro. Pronto adquirieron destreza en el arte de pelear con bayoneta y no cupo duda de que su maestro los había transformado en una brigada de primera clase.

A Washington, Steuben le cayó del cielo y escribió al Congreso ensalzando las cualidades de este hombre que había convertido al ejército en una fuerza altamente disciplinada. El 6 de mayo el general brindó una recepción a sus oficiales y presentó al mayor general barón von Steuben como el nuevo inspector general de USA, por decisión del Congreso.

El 28 de junio de 1778, el entrenamiento realizado por Steuben fue sometido a una prueba muy difícil en la batalla de Monmouth. El general Charles Lee había llamado a retirada y Washington, estallando de rabia, mandó a Lee a la retaguardia por tan injustificada forma de actuar. El «loco» general Anthony Wayne, en cambio, se arrojó a luchar, impulsando a sus hombres a hacer fuego y encarando a los pájaros reales, los oficiales británicos. Ese fue el héroe de Monmouth y también lo fue Steuben.

En la confusión, cuando un regimiento vacilaba y comenzaba a debilitarse, la disciplina militar adquirida se ponía en acción. Gritando con voz ronca en su incomprensible alemán, siendo entendido más por sus gestos, Steuben hacía girar a los hombres sobre sus talones con tanta facilidad y velocidad como lo habrían hecho en el campo de entrenamiento. Ahora ellos eran veteranos tiradores, que se movían en forma coordinada, y hacían fuego sobre los enemigos usando las bayonetas con destreza. Fue la primera vez que Washington resultó vencedor en una acción importante.

El prusiano fue nuevamente exaltado cuando el 16 de julio de 1779, la Infantería Ligera, bajo la dirección del general Anthony Wayne, capturó de manos de los ingleses y sin necesidad de usar los mosquetes, el fuerte de Stony Point en el río Hudson. Sus soldados habían aprendido la lección.

En 1781 Steuben acompañó al general Nathanael Greene hacia el sur, a Virginia, para entrenar al ejército sureño, compuesto por reclutas ineptos y sin experiencia. Se convirtió en comandante y, con el tiempo, en el consejero militar de más confianza del presidente Washington.

Después de la guerra en 1786, Nueva York le concedió 16.000 acres de tierra en el valle Mohawk, cerca de Utica. Pero él compró una casa de

campo en Manhattan, donde está ahora la calle 55 del Este, y abrió sus puertas a amigos y camaradas.

El bondadoso barón casi cayó en bancarrota en 1790, luego que sus invitados bebieron su licor, comieron su comida y pidieron prestado su dinero. Si sus amigos Alexander Hamilton y George Washington no hubieran acudido a rescatarlo, hubiera languidecido olvidado y sin dinero. Finalmente, presionado por el presidente, el Congreso le concedió 2.500 dólares al año, durante el resto de su vida.

Nunca se casó, pero adoptó a uno de sus antiguos ayudantes, William North. Otro, Benjamín Walker fue como un hijo para él. Ambos fueron herederos y ejecutores de su testamento cuando murió en noviembre de 1794, a los 64 años.

En Lafayette Park en Washington y otra, en Utica en 1914, se erigió una estatua en bronce de Steuben. Muchas ciudades recibieron su nombre en Nueva York, Maine, Michigan, Wisconsin, y existe una ciudad Steuben tanto en Ohio como en Kentucky.

En una piedra que está cerca de su tumba en el Steuben Memorial Park, Oneida County, Nueva York, hay una inscripción que dice: «Sus servicios fueron indispensables para la obtención de la independencia americana».

E. J. G.

CORTES MARCIALES DE TODO EL MUNDO

Almirante John Byng (1704-1757)

Durante los primeros años del siglo XVIII, Gran Bretaña estaba sometida a la torpe política de Jorge II, el monarca hanoveriano cuyo principal interés estaba en reforzar las finanzas de Hanover, Alemania, a expensas de la estabilidad de Inglaterra. Bajo este reinado, el duque de Newcastle, Thomas Pelham, consintió los caprichos de Jorge y descuidó las fuerzas militares de su país.

Francia, que quería recuperar la isla de Menorca que le había sido arrebatada por los ingleses en 1708, estaba ocupada en ese momento en el equipamiento de 12 barcos y 16.000 hombres bajo el mando del almirante La Galissonnière. A pesar de que los espías habían informado a Pelham de

los planes franceses, ninguna contramedida fue considerada hasta que fue casi demasiado tarde.

El gobierno inglés, asustado por su falta de preparativos, envió su flota a Menorca dirigida por el almirante John Byng. Eran 10 barcos de guerra con escasa tripulación y en condiciones lamentables, que partieron de Spithead el 7 de abril de 1756. El 20 de mayo se toparon ambos enemigos.

El almirante Byng, que tenía una cantidad menos numerosa de barcos y hombres que los franceses, tomó una decisión: abandonó la isla junto con los 2.800 hombres que la defendían, pensando que su flota podría ser usada en la protección de Gibraltar.

Corte Marcial:

Cuando esta noticia llegó a Inglaterra, las fuerzas políticas se enfurecieron. Para salvar las apariencias, Pelham necesitó una escapatoria y Byng fue acusado. La opinión pública, cansada de la presión agobiadora de Hanover, pedía la muerte del almirante. Fue arrestado y se realizó un consejo de guerra a bordo del *St. George* en el puerto de Porstmouth.

El cargo: Cobardía frente al enemigo. Durante el juicio, éste fue reemplazado por otro: «En la batalla, Byng no hizo todo lo que pudo para derrotar a los franceses».

La sentencia: Muerte. El 14 de mayo de 1757, el almirante John Byng fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento.

Significación: Después de su muerte, se difundió la versión que él había servido como escapatoria de políticos incompetentes y corruptos. La única justificación de los jueces fue que ellos estuvieron obligados a actuar según los Artículos de Guerra del siglo XVIII.

Voltaire da el mejor resumen en su *Cándido*: «¿Por qué mataron al almirante? Porque no había matado a suficientes personas. En Inglaterra es común matar a un almirante de vez en cuando —*pour encourager les autes*».

Benedict Arnold (1741-1801)

A la edad de 30 años, Arnold abandonó su próspera actividad comercial para alistarse en el servicio militar del Ejército Revolucionario Americano.

Fue un brillante estratega y se cubrió con gloria en el campo de batalla en Ticonderoga, Quebec y Saratoga.

Ya un héroe nacional, Washington le asignó el puesto de comandante de la zona de Filadelfia en 1778. Pero su forma extravagante de vivir y algunos actos de arrogancia, pusieron en movimiento una serie de hechos que condujeron a una corte marcial el 23 de diciembre de 1779.

Corte Marcial:

El juicio tuvo lugar en la taberna de Norris en Morristown, Nueva Jersey, y sus jueces eran el mayor general Howe y sus oficiales. Los acusadores eran el general Joseph Reed y Timothy Matlack, presidente y secretario, respectivamente, del Consejo de Estado de Pennsylvania.

Arnold fue acusado de otorgar un pase militar a Robert Shewell, un comerciante que simpatizaba con los Tory; de cerrar las tiendas de Filadelfia para el público, pero no para sí; de imponer tareas serviles a los hijos de hombres libres; y de usar los vagones estatales para transportar parte de su propiedad privada.

Arnold condujo su propia defensa de manera elocuente y eliminó los tres primeros cargos. Sobre el cuarto, la Corte recomendó que recibiera una reprimenda de su comandante en jefe.

Como respuesta, Washington le envió un mensaje diciendo que consideraba que «el asunto de los vagones había sido imprudente e impropio». Esta suave reprimenda hirió tanto el orgullo de Arnold que lo sumergió en el infierno de la más negra desesperación, que culminó con el intento de traicionar a su país.

Significación: La corte marcial de Benedict Arnold, inspirada por la rivalidad y la envidia, mostró la necesidad de una reforma objetiva en el sistema de la corte marcial militar.

James Thomas Brudenell (1797-1868)

El único hijo de Thomas Brudenell, conde de Cardigan, creció como un niño mimado e idolatrado para llegar a ser a los 27 años un despreciable egocéntrico, cuyo sueño era dirigir su propio regimiento.

Como el régimen militar inglés del siglo XIX proporcionaba un orden social perfecto de amo-sirviente para los aristócratas endiosados, Lord

Brudenell, haciendo uso de sus privilegios de bien nacido, reclamó, como capitán, la reputación del héroe más odiado de la historia de Inglaterra.

Despreciaba a sus superiores militares tanto como a sus subordinados y su odio a los plebeyos se convirtió en leyenda; ellos eran animales y debían ser tratados como tales.

Muy pronto se mostró insatisfecho con la autoridad que tenía como capitán y entonces, usando de su riqueza, compró el mando del Cuerpo 15.º de los Húsares del Rey. Le costó 40.000 libras esterlinas. Bajo su autoridad, el grupo se trastornó: los oficiales y soldados fueron sometidos a cortes marciales. Este intolerable tratamiento, que golpeaba a todos los rangos, provocó rápidamente desertiones en masa.

En 1833 un furioso teniente coronel Brudenell presentó cargos disparatados e insignificantes contra el capitán Wathern. En la corte, el testimonio del noble fracasó ante un interrogatorio riguroso.

El juicio, tratado por el formal *Times* de Londres, despertó un sentimiento público en favor del acusado y esto tornó la corte en contra del acusador. El resultado fue no sólo que Wathern fue sobreseído, sino también que Brudenell fue expulsado de su puesto.

Dos años después el noble consiguió el apoyo de amigos aristocráticos y en 1834 lo eligieron comandante del Cuerpo 11.º de los Dragones Ligeros. Nuevamente el *Times* se hizo eco de la disconformidad de los ingleses con el poder de los militares que protegía a este tipo de privilegios.

Más ordenancista que nunca, Brudenell sometió a corte marcial a 54 oficiales y hombres, en sus primeros 6 meses de mando. Los Dragones sufrieron degradaciones infligidas por este aristócrata casi loco.

El Parlamento instigó una investigación del nombramiento de Brudenell, pero la presión del ejército la hizo fracasar y defendió de esta forma su posición.

Cuando murió su padre, además de conservar su cargo, se convirtió en conde de Cardigan. Nada podía detenerlo ahora. Comenzó a desembarazar el 11.º Cuerpo de plebeyos, con el fin de tener un puro regimiento de aristócratas. El *Times* publicó una carta anónima de protesta contra la arbitrariedad de este comandante, que fue atribuida a un capitán retirado y antiguo oficial de los Dragones, Harvy Tuckett.

Los segundos de Brudenell se dirigieron a él para que escribiera una apología, desmintiendo su acusación, pero no tuvieron éxito. En cambio, se batieron a duelo el 12 de septiembre, a las 5 de la tarde, en Wimbledon Common.

Corte Marcial:

Como resultado de este duelo ilegal y habiendo sido Cardigan sorprendido con una pistola humeante en la mano y Tuckett seriamente herido sobre el pasto, el noble fue llevado ante un gran jurado y encarcelado hasta el juicio. Pero como era par, su caso no podía ser tratado por una corte común y fue convocado ante los Lores del Parlamento para responder a los cargos, el 16 de febrero de 1841.

Por una vez en su vida, Brudenell no tuvo en cuenta el poder de sus influyentes amigos; él suponía que iba a ser colgado. Tanto la defensa como la acusación trabajaron en conjunto con triquiñuelas legales y en connivencia para lograr que fuera sobreseído, sin que importaran las protestas de la opinión pública. James Thomas Brudenell continuó su carrera, dirigiendo a la Brigada Ligera en Balaklava.

Significación: A despecho de los testimonios condenatorios, de la indignación pública y de que había sido descubierto con las manos en la masa, el acusado estaba libre. El poder de los militares ingleses y de la aristocracia había prevalecido, garantizando de esta manera la protección de uno de sus miembros.

A través de los años, resuenan todavía las palabras de Alfred Lord Tennyson:

«Media legua, media legua,
Media legua hacia adelante
Marchan los seiscientos
Todos en el valle de la Muerte».

Alexander Slidell Mackenzie (1803-1848)

En 1842 el pequeño bergantín norteamericano, *Somers*, un barco de adiestramiento de oficiales navales dirigido por Alexander Slidell Mackenzie, atravesaba las agitadas aguas de la costa africana. Era la época en que se usaban embarcaciones de madera, una tripulación enorme y pocos

oficiales, unido a una pobre alimentación, a espacios restringidos y una prolongada sumisión. Esta situación originaba el miedo a los motines, que pesaban como una amenaza sobre ellas.

Mackenzie, un escritor que había publicado varios libros, no estaba conforme con su tarea, con los hombres que lo servían y, en particular, con Philip Spencer, el joven hijo de 18 años de John Spencer, el ministro de Guerra. El comandante era, por naturaleza, un frustrado capitán Bligh, pero que corría asustado.

James W. Wales, el camarero del comisario de a bordo, le informó que Spencer le había propuesto un plan de amotinamiento en gran escala, durante el cual Mackenzie y sus oficiales debían ser asesinados. Las evidencias estaban dadas y los amenazados se sintieron aterrados. Día tras día, la incertidumbre alimentaba este cáncer hasta que, en un arranque de determinación para prevenir el desenlace tan temido, los oficiales actuaron. Por orden de Mackenzie, Spencer, Cromwell y Small fueron ahorcados.

Corte Marcial:

Cuando el *Somers* arribó al puerto de Nueva York el 14 de diciembre de 1842, fue convocada una corte de investigación para el día 28. Pero antes de completar el interrogatorio y, a pedido de Mackenzie, una corte marcial se reunió en Brooklyn, el 28 de enero de 1843.

El acusado recibió tres cargos por asesinato, dos por opresión, castigo ilegal y conducta indecorosa como oficial naval. En respuesta a las acusaciones, él afirmó: «Admito que se les quitó la vida al guardia marina Philip Spencer, al ayudante de contramaestre Samuel Cromwell y al marinero Elisha Small por orden mía, pero este acto fue demandado por el deber y justificado por la necesidad. Alego que no soy culpable de los cargos que se me hacen».

El juicio, una mera formalidad, presentó sólo una cara de la sordida historia, porque los muertos no podían hacer su defensa. Los jueces simpatizaban con el comandante, pensando que un hombre con ese cargo merecía tener el apoyo completo de la Marina para asegurar la disciplina.

Significación: En esta extramadamente controvertida corte marcial, no hubo manera de probar o de refutar los alegatos de Wales, otros oficiales y Mackenzie. Pero las repercusiones que tuvieron obligaron a hacer una

revisión de la justicia naval. Fueron abolidos los azotes y las sentencias de muerte en el mar.

Hermán Melville, que estaba relacionado con el teniente de navio Gansevoort del *Somers*, escribió *Moby Dick* y otras inolvidables novelas. Su *Billy Budd* ha preservado para la historia el infame asesinato a bordo del barco. Casi 130 años después del hecho, obras de teatro y películas están todavía basadas en el testimonio y la corte marcial de Alexander Slidell Mackenzie.

Alfred Dreyfus (1859-1935)

Para ser un campesino judío francés, Dreyfus era una rareza. Debíó superar enormes obstáculos para poder convertirse en un oficial del Estado Mayor francés. Por esa época, 1890, su país estaba conmocionado por tumultos internos y, en esta bolsa de gatos, Martin Brucker, un espía de la sección de estadística del Estado Mayor, lanzó una bomba: una carta firmada con la inicial «D», que había sido robada de la Embajada Alemana. Este «bordereau» indicaba que un espía estaba operando en las altas esferas del Estado Mayor.

Desde el ministro de Guerra, el general Auguste Mercier, hasta el último funcionario, nadie tenía la más mínima idea de la identidad del espía; era impensable que podía ser alguno de los oficiales de ilustre cuna. Entonces, Alfred Dreyfus fue elegido como cabeza de turco. Era perfecto: intruso, judío y su nombre comenzaba con la letra «D».

Corte Marcial:

El 19 de diciembre de 1894 dio comienzo el juicio en un viejo palacio iluminado con gas, en la calle Cherche-Midi. Estaban presentes 7 oficiales del ejército de alto rango, que actuaban como jueces: el general Charles Gonse, teniente en jefe del Estado Mayor; mayor Du Paty de Clam; mayor Georges Picquart, observador de Auguste Mercier; Alfred Dreyfus y su abogado, Edgar Demange.

El cargo: alta traición.

La prueba: mentiras, rumores y una carta que se suponía escrita por Dreyfus.

Picquart le informó a Mercier que las evidencias de la fiscalía no podían ser sostenidas durante más tiempo y éste se puso inquieto. La sección de estadística comenzó a trabajar. Se dio a conocer un «archivo secreto» que contenía evidencias irrefutables de hombres que ocupaban altos puestos en el gobierno, cuyos nombres no podían ser mencionados por seguridad nacional. Tan hábil y dramáticamente fue esto manejado por los abogados, que la decisión de los jueces fue unánime: Alfred Dreyfus fue declarado culpable y sentenciado a vivir en la isla del Diablo de por vida.

La prensa quedó extasiada. Las voces de los franceses resonaban por las calles de París: «Traidor, cobarde, ¡muerte al sucio judío!».

Durante 12 años, Lucy, la esposa de Dreyfus, su hermano Mathieu, el político francés Scheurer-Kestner, el estadista Georges Clemenceau, Emile Zola y otros, realizaron esfuerzos infatigables hasta que el prisionero fue dejado en libertad.

Significación: La corte marcial de Alfred Dreyfus demostró el poder de los militares para procesar injustamente, a pesar que muchas reformas han sido hechas desde entonces, en las palabras de Clemenceau: «La justicia militar es a la justicia lo que la música militar es a la música».

William (Billy) Mitchell (1879-1936)

Siete días después de entrar al servicio del ejército americano en 1898, Mitchell se convirtió en el más joven subteniente de ese ámbito. Y además, en un líder respetado, sociable y franco.

En 1912, ya con el rango de mayor, se trasladó a la primera Fuerza Aérea americana como piloto, después de haber recibido instrucción de Orville Wright durante dos horas.

El brigadier general Mitchell, un defensor constante del poder aéreo, discutía a menudo durante la Primera Guerra Mundial con el general John J. Pershing, quien amenazaba con enviarlo de regreso a casa si él no se callaba. También interpeló a sus superiores de Washington, que no pertenecían a la aviación, pero sus pedidos para formar una fuerza aérea poderosa e independiente cayeron en saco roto.

En 1921, cuando USA se preparaba para abandonar su experimento con este tipo de fuerza, dejó de lado todos los impedimentos y se decidió a

probar a los militares y a los americanos que los aviones podían ser un medio de lucha superior a los barcos o a la artillería.

En una prueba de ensayo, Mitchell dirigió su escuadrón formado por 7 aviones con base en tierra, que portaban bombas con forma de torpedo, a 100 millas de la costa en un día tormentoso con el fin de buscar, atacar y hundir el inalcanzable buque *Ostfriesland*. Todo estuvo concluido en 21 minutos y medio. El Congreso, la Marina y el Departamento de Guerra se refirieron al incidente como: «La suerte del tonto Mitchell».

En una gira por Hawái y Filipinas informó en detalle cómo ambas podían ser destruidas militarmente. Nuevamente, nadie le prestó atención: nadie, excepto los japoneses.

Después que fue destruido un dirigible naval, *Shenandoah*, en una tormenta sobre Ohio, él afirmó públicamente: «Estos accidentes son el resultado de la incompetencia, de la negligencia criminal y de la administración casi traidora de nuestra defensa nacional, mantenida por los Departamentos de Guerra y de Marina». Esta bomba sí que fue escuchada y, por consiguiente, se reunió una corte marcial.

Corte Marcial:

El juicio comenzó el 28 de octubre de 1925 en un sitio cuidadosamente elegido, en un pequeño almacén abandonado en Washington, Columbia.

El cargo: Violación al Artículo de Guerra N.º 96.

La prueba: Las afirmaciones públicas de Mitchell.

El presidente de la corte, general Charles P. Summerall, y los jueces eran hombres de mar y tierra que se oponían a sus ideas. Los testigos del acusado fueron: mayor Carl Spaatz, mayor Arnold, mayor Gerald C. Brandt y Eddie Rickenbacker. Después de 3 semanas de testimonios, los jueces ya predispuestos dieron su veredicto: culpable en todos los cargos.

La sentencia: 5 años sin poder gozar de su rango, mando y paga.

Significación: Este juicio prueba de nuevo el poder pasmoso de los militares en este sistema de corte marcial.

Motín en el Potemkin

Fue el 13 de junio de 1905, 12 años antes de la Revolución Ku » aunque ya se estaban insinuando los acontecimientos previos.

El *Potemkin*, un crucero ruso que estaba separado de la flota del mar Negro mientras realizaba ejercicios, tenía una tripulación formada por labradores reclutados, que sufrían un tratamiento cruel e inhumano, hambre y mareos.

Sobre la cubierta, dos marineros pasaban el lampazo sin ánimo, sus estómagos revolviéndose en forma espasmódica con cada movimiento del barco. En popa, pedazos de carne oscilaban lentamente mientras pendían de unos ganchos que estaban en el mástil; una espesa costra de cresa les daba una apariencia muy rara. Los dos limpiadores llamaron a sus camaradas, especialmente a Afansy Matushenko, su portavoz.

El calmó los ánimos enfurecidos de los hombres y envió por el doctor Smirnov para que inspeccionara el alimento; lo encontró fresco y comestible. Pero ellos, insatisfechos, se negaron a aceptar su opinión.

El jefe de los oficiales les ordenó dispersarse. Ellos seguían furiosos y poco a poco se transformaron en una chusma airada. El capitán Golikov tomó una de sus extrañas decisiones y armó a los marineros para aplacar a los amotinados. Ordenó que se les arrojara alquitrán a los que permanecían en cubierta.

Más tarde reapareció Afansy Matushenko gritando epítetos, inspirados en el credo de un movimiento socialista democrático que estaba creciendo. Siguió una descarga. El capitán perdió la vida y fue arrojado al mar. Los rebeldes se apoderaron de la dirección del *Potemkin*.

El 17 de junio, 5 barcos de la flota del mar Negro llegaron desde Sevastopol para reprimir el levantamiento. Uno, *Guillermo el Conquistador*, se unió al *Potemkin*, y escaparon juntos hacia Rumania. Allí el acorazado ruso *Tchesme* los apresó a ambos y a 75 de los amotinados.

Corte Marcial:

Cincuenta y dos rebeldes fueron sentenciados a prisión y 3 a morir. Afansy Matushenko logró escapar y nunca más se supo de él.

Después del juicio, las autoridades rusas permitieron la publicación de un boletín en el que se afirmaba: «El zar ha sufrido mayor impresión por el amotinamiento del *Potemkin* que por el desastre de Tsu Shima».

Significación: El motín del *Fotemkin* mostró, así como lo hizo el del *Bounty*, que los hombres de todas las nacionalidades tienen un límite de

tolerancia.

El desastre de Tsu Shima, que se menciona en el informe oficial, se refiere a la Batalla del Mar de los Japoneses, en la que fue destruida toda la flota rusa.

Motín en Wilhelmshaven

Las compulsivas contorsiones que acompañaron a la desaparición de la Marina Alemana en 1917-1918 fueron el resultado de sucesivos amotinamientos. Éstos eran animados por los hábiles políticos de los sindicatos de marineros, por los revolucionarios socialistas, los comunistas, y otras organizaciones izquierdistas que crecían en la creciente corrupción de una Alemania tambaleante.

Uno de los incidentes comunes comenzó a bordo del *Prinzregent Luitpol*, que estaba anclado en el arsenal de Wilhelmshaven.

Hans Becker, un líder del sindicato de marineros, estaba enegado de orgullo y casi borracho con el poder que le permitía influir sobre 1.000 compañeros menos extrovertidos.

Fue el 31 de julio de 1917. Seiscientos insatisfechos tripulantes esperaban con placer anticipado unas prometidas 24 horas de licencia, cine y comida especial. Pero no las alcanzaron: el teniente de navío anunció que la promesa no se llevaría a cabo y, que en su lugar, deberían practicar ejercicios. Corrieron murmullos que demostraron la furia de los hombres.

Bajo cubierta, Becker les dijo a sus simpatizantes: «Si no hay cine mañana, estaremos Ausentes Sin Licencia». Esta respuesta a una promesa rota fue la chispa de un motín en gran escala. El *Primgegent* propagó la noticia por el puerto para lograr que se realizara una investigación. Los simpatizantes a bordo del *Kaiserin*, *König Albert*, *Markgraf*, *Friedrich der Grosse*, *Konprinz Wilhelm*, *Grosser Kurfürst*, *Westfalen*, *Rheinland*, *Helgoland*, *Ostfriesland*, *Posen* y *Pillan* se levantaron en su apoyo. El 5 de agosto la flota entera del puerto; los amotinados fueron apresados.

Corte Marcial:

Aquellos acusados de crímenes menores recibieron sentencias entre 2 y 10 años de prisión. Para los que estaban acusados de crímenes mayores,

actuaban como jueces 3 funcionarios judiciales y 3 oficiales navales. Había 2 almirantes y 5 capitanes entre los 12 fiscales.

Sachse, Reichpietsch, Weber, Becker y Kobis, culpados de alta traición, tenían abogado consultor legal y fueron escuchados en forma separada. El suboficial Willy Sachse fue llamado primero.

El cargo: «Este hombre, que pertenecía al *Friedrich der Grosse* el 15 de julio de 1917, se unió a una conspiración ilegal durante el estado de guerra».

Después de un total de 12 horas de testimonios, los jueces con una cara imperturbable dieron su veredicto: «culpables».

La sentencia recomendada: muerte por un pelotón de fusilamiento.

Pero el almirante von Scheer, jefe de la flota marítima, ejerció su derecho a intervenir en el juicio final y eligió: la muerte para Kobis y Reichpietsch; para Sachse, Weber y Becker, 15 años de prisión.

Significación: Durante siglos, la estructura militar ha subsistido gracias a una orden: «Obediencia o muerte». Este credo irracional ha realizado poco, excepto originar otras creencias igualmente irracionales.

Eddie D. Slovik (1920-1945)

Eddie Slovik no era una copia al carbónico de aquel muchacho americano clásico que entraba a cumplir con el servicio militar con ojos brillantes y cantidades iguales de incertidumbre y entusiasmo. Su vida había contado con una serie de acontecimientos frustrantes que lo empujaron primero a un reformatorio y luego a la prisión.

Cuando a través del servicio militar, entró en el servicio durante la Segunda Guerra Mundial, había sido puesto en libertad hacía ya dos años, estaba felizmente casado y había realizado durante este período un buen trabajo y comportándose de manera razonable. Pero debajo de esta fachada de normalidad, él no había cambiado mucho. Durante el entrenamiento, le había dicho a un compañero que él no podría tirar con el rifle en el combate.

La lucha era pesada para los aliados cuando, en 1944, Slovik arribó a Omaha Beach para ser asignado a la 28.º División («la división de la mala suerte»), en la Compañía G de la 109.º Infantería. Antes que Slovik y otros

soldados reemplazantes llegaron a Elbeuf, a 5 horas de camión de Beach, el convoy se topó con fuego de artillería y tuvo que detenerse y atrincherarse. Cuando pudieron continuar su camino, un Slovik totalmente aterrorizado se quedó escondido en la trinchera.

Durante 6 semanas permaneció como «huésped» de las fuerzas canadienses antes de presentarse ante su división. Allí confesó su desertión, fue tomado prisionero y le ordenaron que estuviera preparado para ser juzgado por una corte marcial.

Corte Marcial:

La confesión del soldado Slovik jugó un papel importante en su rápido juicio. Él escribió: «Yo, soldado raso Eddie D. Slovik, n.º 36896415, confieso haber desertado del Ejército de USA... Me refugié con el Cuerpo Canadiense. Después de permanecer durante 6 semanas con ellos, fui entregado a la Policía Militar americana.

Ella me tenía como perdido. Le conté a mi comandante en jefe la historia; le dije que si volviera a salir a luchar, nuevamente me escaparía. Me dijo que no podía hacer nada por mí, entonces me escapé de nuevo, y LO VOLVERÉ A HACER SI OCURRE LO MISMO».

El juicio, que comenzó el 11 de noviembre de 1944, fue una de las cortes marciales más cortas de la historia, ya que duró sólo una hora y 40 minutos. Los 9 jueces lo condenaron por violación del Artículo de Guerra N.º 58: desertión para evitar obligaciones peligrosas.

La sentencia: expulsión del servicio, pérdida del derecho de recibir la paga y la pensión y la muerte por descarga de artillería.

Después de una prolongada revisión, la sentencia fue aprobada por el general Dwight D. Eisenhower. La vida de frustraciones de Slovik llegó a su fin ante un pelotón de fusilamiento, en los nevados Vosgos en enero de 1945.

Significación: La sentencia de muerte de Eddie Slovik fue la última de este tipo que se llevó a cabo en la historia del ejército americano. Fue propuesta como un ejemplo para desalentar la desertión, pero los hombres como éste continuarán escapándose de un sistema al que no pueden comprender.

James Roberson (? -1954)

Desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, más de un millón de soldados se acostumbraron a las arbitrariedades más increíbles y su aplicación a las injusticias dentro del régimen militar. El caso de James Roberson es no menos increíble que el de Fort Riley, Kansas, militar que se descubrió que tenía sólo 12 años, y al que ocultaron en una celda durante 3 meses.

El joven Roberson prestó juramento en el ejército en los primeros días de la Segunda Guerra Mundial. Tenía 18 años de edad. Al final de su enganche, había servido con coraje ejemplar, ganado una mención, 4 medallas y la Cruz Distinguida del Aire por su actuación como artillero aéreo.

Luego en 1947, se le otorgó un certificado de licencia con honor. Una vez que estuvo fuera de servicio, Roberson no estaba seguro de lo que deseaba hacer. Como los días pasaban solitarios uno tras otro sin ningún acontecimiento importante, decidió volver a alistarse en la Marina.

El oficial encargado de este trámite le informó que como él no cumplía con ciertas ordenanzas que no especificó, no tendría derecho a la paga durante la licencia, a las asignaciones de viaje o a las bonificaciones usuales. Esto no le cayó bien y pronunció algunas palabras fuertes. El oficial ordenó que fuera confinado en los cuarteles.

Como sus papeles para realistarse no habían sido completados y confiando en su permiso de licencia honorable, decidió retornar a Iowa para volver a pensarlo. No bien llegó a casa fue arrestado y luego se le sometió a juicio, con los cargos de desertión, huida después de haber sido arrestado, desobediencia a un oficial, embriaguez y conducta perjudicial para el servicio.

Corte Marcial:

Las aceitadas ruedas de la justicia militar se deslizaron rápidamente en los altos engranajes. Se frustró cualquier intento de Roberson de sacar a colación su famoso permiso de licencia.

En un tiempo récord, fue encontrado culpable de todos los cargos que se le hacían y condenado a 4 años de prisión.

A los nueve meses fue puesto en libertad condicional. Convencido de que la Marina debía conocer ahora su licencia original, se dirigió una vez más hacia Iowa. Y la historia se volvió a repetir. Fue arrestado por segunda vez y nuevamente hecho prisionero. Sus padres contrataron un abogado civil quien obtuvo una orden de hábeas corpus. Fue liberado por mandato de un juez de la corte federal que decidió, según las leyes, que la Marina no tenía jurisdicción sobre James Roberson.

El caso de Roberson llegó al colmo en 1954. En el mes de octubre, la Corte de Demandas desconocía que él hubiera sido condenado injustamente y lo tomó prisionero. Debido a este inconveniente, debía ser recompensado con una asignación de 5.000 dólares al contado, pero la confusión había concluido su círculo: el prisionero murió 2 meses antes que la Corte le avisara a su abogado de la decisión tomada.

Significación: Las cuestionables medidas que los militares usan para suprimir los defectos de la indisciplina, producen a menudo situaciones confusas. James Roberson es uno de los tantos ejemplos.

El presidio 27

El 1968, la guerra no declarada legalmente en Vietnam se había convertido en la más impopular de la historia americana. Los jóvenes escapaban hacia Canadá y a otros países para eludir el servicio militar. El uso de marihuana y drogas fuertes estaba en la cúspide. Los estudiantes universitarios quemaban sus tarjetas de incorporación y participaban en manifestaciones que se realizaban en el recinto de la universidad. Aumentaron las marchas por la paz y demostraciones públicas. Solos y en grupo, los jóvenes de 18 y 19 años llenos de miedo, confundidos y sin saber qué hacer, se convirtieron en fugitivos de una sociedad que no entendían ni aceptaban.

La capacidad del viejo presidio de San Francisco, que podía cobijar a 56 hombres durante la Primera Guerra Mundial, sufrió una repentina invasión: alcanzó a tener 115 prisioneros. Se publicaron testimonios de los reclusos que revelaron que las alguna vez confortables celdas estaban ahora divididas en pequeños compartimentos sin ventanas, muchos con dimensiones menores a las mínimas del ejército, de 6 pies por 8. Había 5

salas de aseo, llenas de agujeros, y, además de los desperdicios, el piso de las duchas estaba cubierto por agua contaminada. Las celdas, pintadas de negro, carecían de luz, lo que hacía imposible la lectura. La comida era tan pobre como escasa. Había menos de 50 tazas para todos los prisioneros.

Los guardiamarinas de la cercana isla del Tesoro, según cuentan, se divertían obligando a los reclusos a hacer uso abusivo de los dispositivos de descarga de los orinales, sacudiéndolos sin sentido, presionándolos a torcerlos con los dedos, bajo amenaza de muerte. En los detalles de este trabajo, los prisioneros eran supervisados por carceleros pendencieros y armados de escopetas, que a menudo los apuntaban con sus armas para atemorizarles: «Te volaré la cabeza». Este tipo de tratamiento inspiró 60 intentos de suicidio, todos negados por el ejército.

Mientras realizaban un trabajo en equipo, Richard Bunch contradijo a un guardia y se separó de él. Fue baleado en la espalda por tratar de escapar. Era el 11 de octubre de 1968. En la mañana del 14, 27 prisioneros rompieron filas para sentarse en el césped y pudieron hablar con el comandante de la prisión, capitán Robert S. Lamont, al que querían expresar las injusticias que se cometían con ellos. Pero fueron arrestados y se les acusó de amotinamiento.

Corte Marcial:

Después de tres investigaciones, que costaron al ejército medio millón de dólares, los amotinados fueron procesados en el Presidio, en el Fuerte Irwin, en Fuerte Ord en California, y en el Fuerte Lewis en Washington, entre enero y junio de 1968. Las primeras sentencias pedían 16 años de prisión, pero debido a las protestas públicas, fueron rebajadas más tarde a 3 meses. El capitán Dean Flippo, el fiscal militar, afirmó en el tribunal: «Es el ataque al sistema, no el método de ataque, el que es importante para determinar si existió amotinamiento».

Significación: Más de 100.000 militares enfrentan cortes marciales cada año. Son confinados sin tener opción a una fianza; no tienen garantía de tener jueces imparciales, y en el 95% de los casos, el veredicto es «culpable». Estos convictos pierden todos sus derechos: pueden sufrir un tratamiento cruel e inhumano durante su confinamiento, a tal punto que

algunos enloquecen y otros recurren al suicidio; todo en nombre del orden a toda costa, ya que es ésta la disciplina militar.

La masacre de My Lai

El teniente William L. Calley y Charlie Company subieron a los helicópteros para dirigirse a la aldea de My Lai, en el noreste de Vietnam del Sur, a las 7 y 30 de la mañana, el 16 de marzo de 1968. La noche anterior las instrucciones del capitán Ernest Medina aconsejaban un enfrentamiento directo con el 48.º Batallón del Vietcong. Las órdenes eran: matar al vietcong, destruir la aldea.

Sobre My Lai, a 1.000 pies de altura, el coronel Frank Barker dirigía el procedimiento. A 2.000 pies estaba el mayor general Samuel Coster que encabezaba la división americana; a los 2.500, el comandante de la 11.a Brigada de Infantería, coronel Oran Henderson. El fotógrafo Ronald Haeberle y el reportero Jay Roberts también estaban, para registrar los pormenores de una batalla importante.

Una hora y media después aterrizó Charlie Company; el suboficial Hugh Thompson, mientras tanto, sobrevolaba My Lai en un vuelo de observación. Lo que vio no era una batalla sino una masacre de viejos que huían, mujeres y niños que eran ametrallados por los americanos. Una zanja llena de cuerpos sangrantes, retorcidos y aún gimientes, era el blanco principal.

Mientras Charlie Company almorzaba, rodeado de vietnamitas muertos, llegaron órdenes de Medina para suspender el ataque. Ni un solo enemigo había sido herido durante toda la mañana, habían sólo matado a más de 100 ciudadanos desarmados, inclusive niños. Después del incidente se propagaron rumores y el coronel Henderson anunció a Medina que habría una investigación. Este último pidió a sus hombres que estuvieran atentos. Pero luego de una charla sobre el fin de My Lai, no hubo investigación.

De regreso a USA, 18 meses después, Robert Ridenhour, un veterano en Vietnam aunque no participante en el ataque a My Lai, hizo estallar la verdad de la historia. El presidente del Comité de Servicios Armamentales, congresal L. Mendel Rivers, de Carolina del Sur, pidió la intervención del Pentágono. Siguió una investigación secreta.

Corte Marcial:

El 12 de noviembre de 1970 en el Fuerte Benning, Georgia, el lugarteniente Calley escuchó los cargos que se le hacían: asesinato premeditado de 30 orientales en el encuentro de dos senderos, en el sur de la aldea; de 70 en una zanja en la zona oriental; de un monje y un niño de 10 años.

El juicio alcanzó estado público. América escuchaba. Transcurrieron cuatro largos, aburridos meses de testimonios. Las contradicciones eran frecuentes en los rigurosos interrogatorios. En cierto momento, en respuesta a una pregunta directa, Calley contestó: «No fue un gran negocio».

El comandante en jefe americano afirmó públicamente: «Lo que aquí se ve es en verdad una masacre y bajo ninguna circunstancia la podemos justificar... No podemos nunca ser partícipes ni aceptar atrocidades en contra de los ciudadanos».

Al final, 3 años después de la fecha en que Charlie Company aterrizó en My Lai, el proceso fue sometido a la apreciación del jurado. El veredicto: culpable. La sentencia: trabajos forzados para toda la vida, destitución de su cargo y multa.

Significación: Por primera vez en la historia, una noticia trajo en un instante a los hogares americanos el horror de los hombres que habían sido bombardeados, mutilados y quemados. Los ciudadanos no tuvieron estómago para soportar la carnicería de la guerra. Durante el juicio, el público fue bombardeado diariamente con testimonios y sus contradicciones; y las miles de cartas a senadores, congresales, periodistas e inclusive al presidente demostraron claramente que ellos no aprobaban el sistema de la justicia militar que castigaba al hombre más bajo de la jerarquía mientras dejaba totalmente limpios a los de grados superiores.

Cuando se dio el veredicto, el comandante en jefe Nixon opinó sobre este juicio: «Ya que ha captado la atención del público americano al grado en que lo hizo, exige algo más que una revisión técnica proporcionada por el Código de Justicia Militar».

El senador Birch Bayh hizo esta declaración pública: «Yo concluyo por pensar que el presidente está decidido a hacer política con la decisión de Calley y la tragedia de My Lai entera».

Al final, la sentencia fue reducida a sólo 10 años, pero Calley, después de cumplir con una tercera parte de ella, fue liberado por una corte civil en noviembre de 1974.

F. M. W.

PEQUEÑOS INCIDENTES QUE PROVOCARON GRANDES GUERRAS

Año: 1152

Guerra: Guerra de las Barbas

Lugar: Francia

Oponentes: Francia versus Inglaterra

Provocación: Cuando el barbado rey Luis VII de Francia se casó con Eleanor, hija de un duque francés, recibió como dote dos provincias en el sur de Francia.

Mientras regresaba de las cruzadas, Luis se afeitó la barba con gran disgusto de su esposa, que lo encontraba feo sin ella. Pero él se negó a dejarla crecer de nuevo.

Entonces Eleanor se divorció de él y, después de haber contraído matrimonio con Enrique II de Inglaterra, demandó la devolución de sus dos provincias para entregarlas a su nuevo marido. Como el rey Luis no aceptó la petición, Inglaterra declaró la guerra para rescatarlas por la fuerza.

Resultado: La guerra duró 301 años. La paz fue declarada en 1453, después de la Batalla de Rouen.

Año: 1325

Guerra: Guerra del Cubo de Roble

Lugar: Italia

Oponentes: Estado independiente de Boloña versus Estado de Módena

Provocación: Un regimiento de soldados de Módena invadió Boloña para robar un cubo de roble marrón y, durante esta incursión, mató varios

cientos de ciudadanos enemigos. Boloña se movilizó, y marchó a la guerra tanto para recuperar el balde como para restaurar su honor.

Resultado: Una guerra de 12 años, con miles de vidas perdidas. Módena ganó la batalla de Zappolino y quedó con el cubo. Hoy, el *Secchia repita* (balde robado) puede ser visto en el campanario de la Ghirlandina, un campanile del siglo XIV, detrás de la moderna catedral.

Año: 1704

Guerra: Guerra de la Sucesión Española; más tarde, Guerra de la Reina Ana

Lugar: Por toda Europa

Oponentes: Francia versus Inglaterra, luego, Prusia versus Silesia.

Provocación: Una dama inglesa, Mrs. Mashaur, derramó un vaso de agua sobre el marqués de Torey. A pesar que ella dijo que había sido accidental, él afirmó que era un insulto intencional.

Este incidente removi6 antagonismos profundos y permiti6 que estallara la guerra.

Resultado: Cinco años de lucha que concluyeron con la Paz de Utrecht. El rey Luis XIV de Francia ubic6 a uno de sus nietos en el trono de España.

Año: 1739

Guerra: Guerra de la Oreja de Jenkins

Lugar: Europa y el océano Atlántico

Oponentes: Inglaterra versus España

Provocación: Cuando el bergantín del capitán Robert Jenkins retornaba de las Indias Occidentales en 1731, fue detenido y abordado por guardias costeros cerca de La Habana. Después de robar todo lo que había en las bodegas, el comandante español cort6 la oreja del inglés.

En Londres, el desorejado protest6 ante el rey, exhibiendo una funda de cuero que sostenía su oreja. Pero no se desarroll6 ninguna acci6n a partir de esto.

Siete años después, se relat6 el incidente ante un comité de la Cámara de los Comunes y dio lugar a una indignaci6n general, y apareci6 en

primera plana de los periódicos: Jenkins era un mártir. Usando su oreja como excusa, Inglaterra declaró la guerra a España. Su causa real fue la toma de las Indias Occidentales.

Resultado: Esta guerra se fusionó con la Guerra de la Sucesión Austríaca (1740-1748), con Inglaterra y Austria unidas contra España y Prusia. Concluyó con el tratado de paz de Aachen; el resultado fue: Inglaterra mantuvo su primacía sobre los mares y España no perdió casi nada de tierra.

¿Qué pasó con Jenkins? Ganó un puesto como supervisor de la isla Santa Elena, en América.

Año: 1840

Guerra: La Guerra del Opio

Lugar: China

Oponentes: Inglaterra v. China

Provocación: La Compañía de las Indias Orientales, que había sufrido un balance adverso de su comercio con China, decidió recuperarse de sus pérdidas financieras haciendo entrar opio en grandes cantidades en este país y así obtener rápidas ganancias.

El comisionado del Imperio Chino ordenó que el opio británico fuera destruido y, como respuesta, Inglaterra declaró la guerra.

Resultado: Los cañoneros británicos destruyeron algunas fortificaciones chinas. En 1842, una vez que China estuvo rendida, fue forzada a entregar Hong Kong y pagar una indemnización de 21 millones de dólares. Y así los ingleses continuaron haciendo entrar el narcótico a estas tierras.

En 1900, los chinos trataron de obtener la revancha pero fueron humillados. Los *Bóxers* (nombre actual: *Sociedad de Justicia y Armonía*), una organización secreta de 40.000 militantes patrióticos, pensaron echar afuera de su país a los intrusos; pero Inglaterra, USA, Alemania, Rusia, Francia y Japón enviaron 16.000 soldados para reprimir la rebelión y tuvieron éxito.

Los chinos debieron pagar una indemnización que alcanzó a millones de dólares (a pesar que USA devolvió casi 12 millones, la mitad de la suma total), tuvieron que abandonar Hong Kong en manos de los ingleses y

permitir que las naciones extranjeras establecieran cuarteles y tropas en Pekín.

Seis décadas después, China se desquitó. En 1965, el premier Chou En-lai de la República Popular China, hablando al presidente Gamal Abdel Nasser, de Egipto, le explicó una de las causas de la desmoralización de los soldados americanos en Vietnam del Sur: «Algunos de ellos son adictos al opio, y nosotros los estamos ayudando, ya que estamos plantando las mejores clases de este estupefaciente especialmente para los americanos... ¿Usted recuerda cuando el Oeste nos lo impuso? Nos foguearon con él. Y nosotros lucharemos con las mismas armas».

Año: 1857

Guerra: El Motín Cipayo

Lugar: India

Oponentes: Inglaterra v. Regimientos Hindúes

Provocación: El mejor regimiento inglés de nativos era el de cipayos, soldados hindúes que pertenecían a la casta de los brahmanes y mahometanos.

Inglaterra insistió para que esta tropa usara el nuevo rifle Enfield, cuyos cartuchos debían ser mordidos antes de cargarlos. Estos estaban untados con grasa de cerdo, alimento prohibido para los mahometanos, y sebo de vaca, animal sagrado para los brahmanes. La mayoría de los soldados se negaron a utilizarlos y, como respuesta, algunos fueron encarcelados en Meerut. Sus camaradas se amotinaron, los liberaron, mataron y mutilaron a cientos de ingleses en Cawnpore, Delhi, Lucknow.

«La vaca es un poema de piedad», dijo Ghandi; de la protección de este animal significa la protección de todas las creaciones de Dios, que no están dotadas de palabra».

Un tercio del ganado vacuno mundial está en India. En Kashmir, matar una vaca, aun accidentalmente, es penado con 7 años de prisión.

Resultado: Inglaterra aplastó el levantamiento y la India se sojuzgó totalmente a la corona inglesa.

Año: 1879

Guerra: Guerra de la Esposa que Huye

Oponentes: Gran Bretaña v. la nación Zulú

Provocación: La mujer de Siraya, jefe de los zulúes, lo abandonó y se escondió en territorio inglés. Entonces, las tropas de su marido atravesaron la frontera, la secuestraron y la balearon. Los ingleses les declararon la guerra por haber violado sus límites.

Resultado: Después de algunas victorias, las fuerzas indígenas fueron vencidas definitivamente en Ulundi. Apresaron al rey Cetywayo y los jefes zulúes firmaron la paz con Inglaterra.

Año: 1896

Guerra: Guerra del Juego de Cricquet

Lugar: Zanzíbar

Oponentes: Zanzíbar v. Inglaterra

Provocación: El almirante Sir Henry Rawson ordenó que su flota entrara en las aguas del puerto de Zanzíbar, para que sus oficiales pudieran desembarcar para asistir a un match de cricquet, en el que participaban ingleses.

Esta concentración de buques de guerra fastidió a Seyid Khalid bin Barghash, el sultán de Zanzíbar. El inmediatamente declaró la guerra, enviando su único barco, el *Glasgow*, a luchar.

La flota inglesa bombardeó su palacio y lo redujo a escombros; y también mató e hirió a 500 de sus soldados. Cuando su buque abrió fuego, los cañones británicos lo alcanzaron en el casco y lo hundieron.

Resultado: Zanzíbar solicitó la paz y el sultán escapó y pidió asilo en el territorio alemán. La guerra había durado 37 minutos y 23 segundos, la más corta de la historia.

Año: 1925

Guerra: Guerra del Perro Perdido

Lugar: Macedonia

Oponentes: Grecia v. Bulgaria

Provocación: Un perro de los soldados griegos cruzó la frontera de Bulgaria y su dueño se precipitó detrás de él. Los centinelas búlgaros mataron al soldado. Entonces las tropas griegas invadieron Bulgaria, asesinando e hiriendo a 48 enemigos.

Resultado: Una sesión de urgencia de la Liga de las Naciones arbitró el conflicto y se acordó en firmar la paz. Bulgaria pagó una indemnización de 30 millones de levas.

Año: 1936

Guerra: Guerra de Waziristan

Lugar: Distrito de Waziristan, en la frontera indo-afganistana

Oponentes: Inglaterra v. Waziristan

Provocación: Una joven de 16 años, Musamat Ram, en contra de los deseos de su familia hindú, se escapó con Nur Ali Shah, un maestro de escuela. Sus padres se habían opuesto a esta relación porque su amante era musulmán, e inventaron entonces ante la policía que ella había sido raptada. La apresaron y regresaron a su hogar, a pesar que ella protestaba diciendo que se había convertido a la religión musulmana. Nur Ali Shah fue sentenciado a dos años de prisión.

El jefe de una pequeña tribu muslim de Waziristan, el faquir de Ipi, resentido por una invasión que habían realizado los ingleses a su territorio en 1919, aprovechó el incidente para promover una guerra santa contra los británicos. Bautizó de nuevo a Musamat Ram, llamándola el Bebé del Islam y demandó venganza para ella. Rápidamente sus hombres se levantaron en armas y los enemigos se enfrentaron.

El conflicto duró dos años y costó a ambos contrincantes 11 millones de dólares.

Resultado: La guerra no dio victoria a ninguna de las dos partes. Los ingleses fracasaron en su intento de apresar al faquir, que escapó al exilio. La única ganadora fue el Bebé del Islam: fue reconocida como musulmana; su amante salió de la cárcel y vivieron felices.

I. W.

Orden internacional de espías

Requisito profesional: «Un humor picante o una especie de deseo por ver aquello que no debe ser visto, hacer lo que no debe ser hecho, conocer el secreto que no debe ser conocido...»

Tres grandes pasos hacia atrás

1480 a.C. — Josué, según le ordenó Moisés, dirigió una banda de espías en la tierra de Canaan.

334 a.C. — Alejandro Magno interceptó la correspondencia al exterior de sus soldados y estableció el más antiguo de los sistemas de espionaje postal.

878 d.C. — El rey Alfredo el Grande, «pionero del servicio secreto inglés», se disfrazó como un bardo (un poeta errante), se introdujo en el campamento militar danés y obtuvo suficiente información como para derrotar al enemigo en Edington.

Campeones del espionaje

Aquí están las historias de hombres y mujeres que, con sus éxitos y sus desatinos, su paciencia y su inteligencia, su fuerza y su debilidad, contribuyeron al desarrollo de una red de espionaje, sofisticada y difundida en el siglo XX.

Caballero Charles d'Edon. Francés. Trabajó para Luis XV, 1711

En 1755, la corte rusa de la zarina Isabel se deleitaba con la presencia de Lia de Beaumont, una jovencita «pequeña y delicada, con una tez blanca y rosada, y una agradable expresión de gentileza». Era «lectora» y se convirtió en camarera de Isabel, para la que leía mientras ella se relajaba en el baño. En realidad, Lia era Charles d'Edon, un espía francés al servicio de Luis XV, cuya misión secreta consistía en evitar que se firmara un tratado militar entre Rusia e Inglaterra (Rusia sería un aliado importante de

Inglaterra, si Francia atacaba el estado inglés de Hanover). La emperatriz escuchó el consejo de su dama y rechazó la propuesta.

Charles había sido un excelente imitador de las mujeres desde que su madre lo vistió con un atavío femenino, cuando tenía 4 años. En verdad, ella hubiera preferido que su hijo hubiera nacido niña. Y aun cuando estaba empleado como abogado en el ministerio de finanzas francés, él desplegaba su gusto por los volados y los adornos inútiles. Si bien fue un exitoso espía gracias a sus cualidades, también se distinguió como capitán del Ejército francés y como embajador extra oficial en Inglaterra. A los 26 años fue armado Caballero. Durante casi un siglo, se debatió el tema del «verdadero» sexo de Charles. En Inglaterra, Francia y en toda Europa, se llegaron a apostar 2 millones de dólares y, durante 3 años, un emprendedor inglés sobornó a sirvientes y llegó hasta trepar a las ventanas para ganar su apuesta de 1.500 dólares, pues afirmaba que el caballero era una mujer. En ciertas ocasiones, d'Edon fue atacado y como dice un historiador: «Se atentó contra su persona, con el propósito de ganar apuestas y se le humilló con investigaciones personales». Hasta después de su muerte en 1810, la discusión continuó: un doctor declaró que era en verdad un hombre, pero otros expertos en medicina siguieron afirmando que era hermafrodita.

Benedict Arnold. Americano. Trabajó para Inglaterra. Revolución Americana

Gracias a la valentía que demostró en las batallas en las colonias del norte y en Canadá, Arnold ganó el rango de general mayor del ejército de George Washington. En 1778, se dirigió a Filadelfia para hacerse cargo de las tropas americanas. El Consejo Ejecutivo Superior de Pennsylvania, que no estaba conforme con su conducta personal, informó de su mala conducta al Congreso y, cuando ya se habían hecho 4 de las 8 acusaciones en su contra, Arnold solicitó una corte marcial para reivindicarse. El consejo de guerra lo condenó en un solo cargo: la malversación de vagones del ejército. Más tarde se convirtió en comandante de West Point y no recibió el ascenso que él esperaba. Para vengarse, y con la ayuda del mayor John André, decidió entregar West Point a los ingleses por 20.000 dólares. Sin embargo, en 1780 fue apresado André y el complot descubierto, pero

Arnold se las ingenió para escaparse. Luego, actuó como oficial en el Ejército inglés y, cuando la guerra terminó, se convirtió en un próspero hombre de negocios. Murió solo y olvidado en Londres, en 1801.

En 1973, el doctor Vincent A. Lindner trajo el caso de Arnold ante el Consejo para la Corrección de los Archivos Militares y afirmó que las evidencias por las que se había condenado a Arnold eran insuficientes. Sin embargo, los miembros del Consejo pensaron que la nueva prueba presentada no acarreaba ninguna duda sobre la culpabilidad del reo, y rechazaron por unanimidad la absolución.

Lydia Darrah. Americana. Trabajó para USA. Revolución Americana

Una cuáquera llamada Lydia Darrah ejecutó su única misión como espía en 1777 cuando el general inglés Howe y sus 15.000 hombres ocuparon Filadelfia. Por esto se la reconoció como «salvadora del ejército de George Washington». Mientras se realizaba una reunión de oficiales enemigos en su casa, ella escuchó tras la puerta los planes de un ataque sorpresivo al «viejo zorro» y su tropa, que estaba cerca de Whitemarsh, y transmitió la información a Washington. La preparación militar de los americanos impidió que los ingleses hicieran un ataque en gran escala, y Howe retornó disgustado a Filadelfia.

Nathan Hale. Americano. Trabajó para USA. Revolución Americana

Un antiguo maestro, Nathan Hale, capitán del ejército de Washington, se ofreció voluntariamente para espiar a los ingleses en Nueva York. Vestido como un «granjero ordinario», entró al territorio enemigo, dibujó mapas y contó el número de hombres. Un pariente suyo, que trabajaba para los ingleses, lo reconoció y lo descubrió ante Howe. Hale confesó y fue ahorcado al día siguiente.

Cari Schulmeister. Francés. Trabajó para Francia. Campaña de Napoleón contra Austria. 1805

Schulmeister ofreció sus servicios a través de una carta, en la que afirmaba que los franceses lo habían confundido con un espía de Austria y lo habían exiliado. Decía que sus antepasados eran húngaros y que él

deseaba vivir en Austria para ayudar a este país en su lucha contra Napoleón. Los destinatarios se tragaron el anzuelo y Schulmeister no sólo fue bienvenido en Austria, sino que se convirtió en jefe de la Inteligencia. Actuaba entonces como un agente doble, transmitía información falsa de los franceses a los austríacos y secretos importantísimos del enemigo al emperador. Periódicos franceses, impresos especialmente para su trabajo de espía, hablaban del «desorden» de sus tropas y cómo se reprimían las sublevaciones internas de los soldados napoleónicos en Alemania. El espía planeó un ataque sobre las tropas francesas que supuestamente «habían emprendido la retirada», al mando del mayor Ney. El engaño tuvo éxito y Austria se vio obligada a rendirse. Schulmeister fue «capturado» por los franceses, «escapó» y retornó a Austria para preparar la base de la gran victoria de Napoleón en Austerlitz. A pesar de que él recibió importantes recompensas monetarias por los logros en Austria y otros países enemigos, nunca recibió la paga que tanto había ansiado: la condecoración de la Legión de Honor. Fue Napoleón quien evitó darle «honor al espía».

Fue capturado después de Waterloo, rescatado por medio de una gran suma de dinero y abrió un puesto de tabaco en Strasbourg, ciudad en la que murió en 1853.

Belle Boyd. Americana. Trabajo para el Ejército Confederado. Guerra Civil

«Femme fatale» de la Guerra Civil, Belle Boyd cautivó los corazones y las mentes de los soldados que luchaban tanto en el frente de los Confederados como en el de la Unión. A los 17 años, mató a un hombre que trató de izar una bandera de USA sobre el techo de su casa en Virginia. Atravesaba las líneas de la Unión frecuentemente con mensajes que transmitía en forma directa al general Stonewall Jackson. Y a pesar de que era bien conocida como espía, sus encantos enceguaban de tal manera a las fuerzas de la Unión que no despertaba sospechas. Al final fue traicionada por un amante y enviada a prisión, donde vivía como una reina, ya que se entretenía con una corte de admiradores, que le traían revistas, ropas y alimentos exquisitos. Gracias a un intercambio de prisioneros, retornó a Richmond donde continuó con su trabajo de espionaje. Pero antes del fin de

la guerra, se casó con un oficial de la Unión a quien había convencido para que se convirtiera en agente confederado. Tiempo después, Belley Boyd, que tenía entonces 21 años, recorrió USA e Inglaterra dando conferencias sobre sus aventuras pasadas. En los carteles de propaganda se la anunciaba como «la espía rebelde».

Emma Edmonds. Canadiense. Trabajó para el Ejército de la Unión. Guerra Civil

Cuando la enfermera Emma Edmonds se ofreció voluntariamente para misiones de espionaje, se le pidió que se sometiera a una dura prueba de eficiencia. Después de que un frenólogo afirmó su capacidad de guardar secretos, ella se tiñó su cuerpo con jugo de nogal, se puso una peluca y cruzó las líneas confederadas, haciéndose pasar por una joven obrera negra. Tras entrar en Yorktown, le dieron un hacha, una pala y una carretilla y la pusieron a participar en la construcción de las fortificaciones de la ciudad. Mientras trabajaba hizo un bosquejo de un plano del fuerte y anotó el número y el tamaño de las armas del enemigo. Escondió su tesoro en la suela de su zapato y retornó entonces al lugar donde estaba el Ejército de la Unión. Realizó después otras misiones para los nortños, hasta llegar a completar 10, pasando a menudo como una buhonera irlandesa y otras como soldado. Cuando cayó seriamente enferma en Vicksburg, la licenciaron con honores y ella retornó a su hogar en Nueva Inglaterra para dedicarse a escribir *Enfermera y espía*, un relato de su vida como agente de la Unión.

William Stieber. Alemán. Trabajó para Alemania. Conquista de Austria, 1866, y la Guerra Franco-Prusiana, 1870

El príncipe Otto von Bismarck se refería a Stieber llamándolo «mi rey de los sabuesos». En 1866, el espía, haciéndose pasar por un vendedor de imágenes religiosas y cuadros «obscenos», entró en Austria y recogió tal cantidad de información que Prusia fue capaz de conquistarla en 45 días. En 1868, se dirigió a Francia y permaneció allí 18 meses, tiempo en el cual estudió cuidadosamente el nuevo equipo militar francés, de manera particular sus rifles y ametralladoras. Después que Napoleón fue derrotado en la Guerra Franco-Prusiana, Stieber se jactó de haber tenido 40.000 espías

en territorio francés (10.000 es en realidad el número exacto). Dirigió en Berlín una «Casa Verde» donde «las personas importantes» se entregaban al vicio y a la perversión sin límites. Los archivos privados de este tugurio eran usados para chantajear a los parroquianos.

En 1892, Stieber murió de las complicaciones que fueron originadas por su artritis. Y a pesar de que su servicio a Alemania fue aclamado calurosamente —hasta ser llamado el padre del moderno sistema de espionaje alemán—, su funeral provocó pocas lágrimas. Se dijo que muchos asistieron sólo «para asegurarse de que el viejo sabueso estaba realmente muerto».

Robert Stephenson Smyth Baden-Powell. Inglés. Trabajó para Inglaterra. Guerra del Transvaal, 1899

El disfraz favorito de lord Baden-Powell era el de cazador de mariposas. Antes de su servicio en el ejército de Sudáfrica, se había dedicado a la caza de estos animalitos en los alrededores de los fuertes militares en Alemania, en Túnez francés y en Argelia. Al final de cada día «deportivo», el aficionado hacía dibujos de las mariposas atrapadas que escondían en realidad esquemas exactos de las plazas enemigas, además de la ubicación y tamaño de las armas. Durante la Guerra del Transvaal, Baden-Powell fue general del Ejército inglés, pero encontró tiempo para realizar un viaje de reconocimiento en las montañas Drakenburg de Sudáfrica. Pretendía ser un corresponsal «con vistas a recomendar el país para la inmigración». Se vistió con harapos y realzó su rostro con una barba, que había dejado crecer especialmente para esta misión; charló entonces libremente con los granjeros de Transvaal y hasta se permitió el placer de dedicarse a chismorrear «ociosamente». Los mapas que dibujó durante la travesía demostraron ser muy valiosos, ya que corrigieron numerosas imperfecciones que abundaban en los viejos planos usados en aquella época por los ingleses. Más tarde Baden-Powell describió sus métodos de rastreador y explorador en un libro, *Guía para el rastreador*. A partir de esta publicación, surgió el movimiento internacional de Boy Scout dirigido por él.

Mata Hari. Holandesa. Trabajó para Alemania. Primera Guerra Mundial

Su nombre verdadero era Margaretha Gertruida Zelle y había nacido en Holanda en 1876. Cuando tenía 18 años, dejó la escuela religiosa en la que estaba estudiando para casarse con Rudolf MacLeod, un capitán alemán de 40 años. Alguien dijo que ellos se habían encontrado a través de un anuncio en un periódico. La pareja vivía en Java, pero como su marido era un alcohólico y tenía arranques brutales, en los cuales arrastraba a Gertruida cogiéndola por los cabellos, ella lo abandonó y se trasladó a París. Se unió con un grupo para trabajar en el coro de un espectáculo de vaudeville pero no fue suficientemente «astuta» como para ser «descubierta». Como se negaba a pasar desapercibida, se erigió a sí misma como Mata Hari, una exótica bailarina hindú, y forjó una cantidad de mentiras para reforzar su historia. Con un maquillaje recargado, puso una nota de encanto en sus facciones regulares y en sus rutinarios desnudos, que pudieron más que su espigado talle. Según un observador, ella tenía «un cuerpo que carecía de exageraciones, y no era más excitante desnuda que vestida». Su dispendioso modo de vida era pagado por los alemanes que le encomendaron espiar a oficiales franceses y otros dignatarios extranjeros, con quienes se conectaba en sus viajes «artísticos». En ese momento, la paga que recibía era muy alta aunque era poco lo que como espía aportaba. Algunos críticos llegaron a decir que ella era una excusa para los oficiales alemanes, que aparentemente se sumergían en las profundidades del servicio secreto aunque, en realidad, lo que hacían era pagarse su entretenimiento y recreación. Cuando su comportamiento se transformó en un asunto demasiado delicado para el servicio secreto alemán, ellos la traicionaron mencionándola en un telegrama que fue fácilmente descifrado por los franceses. La apresaron, enjuiciaron y sentenciaron a morir ante un escuadrón de fusilamiento. Fue en 1917 y tenía 41 años.

Coronel Alfred Redi. Austro-húngaro. Trabajó para Rusia. Primera Guerra Mundial

Cuando los rusos se enteraron que el coronel Alfred Redi, jefe del servicio secreto austríaco, era homosexual, lo chantajearon y obligaron a traicionar a su patria. La traición fue revelada en toda su extensión al

comienzo de la Primera Guerra Mundial, cuando los alemanes confiscaron documentos extremadamente secretos de los servicios rusos en Varsovia. El había sido un espía ruso preeminente desde 1903 a 1913. Su organización había sido eficiente e innovadora, ya que él fue el primero en usar cámaras ocultas para vigilar, polvo para obtener impresiones digitales y el método de seguir a las personas amparándose en las sombras. Había suministrado a los rusos el Plan III; que proponía la invasión austríaca a Servia, y éstos se lo entregaron al comando militar servio. Pero, además de darles toda la información secreta que tenía sobre su país, él pasó datos totalmente falsos de la fuerza militar rusa a los estrategas austríacos. Fue llamado el más grande traidor de la historia, ya que sus acciones causaron la muerte de medio millón de compatriotas. Lo capturaron en Viena, después de haber cobrado su paga en una oficina postal. Con el tiempo, se suicidó.

Capitán Franz von Rintelen. Alemán. Trabajó para Alemania. Primera Guerra Mundial

En 1915, cuando aún USA permanecía neutral, Franz von Rintelen arribó a la ciudad de Nueva York haciéndose pasar por un hombre de negocios. Estableció una firma importadora-exportadora para camuflar sus verdaderos propósitos: evitar que los barcos, que transportaban material de guerra americano, llegaran a los países aliados. Lo lograba ubicando detonadores en ellos, que provocaban incendios «accidentales». Su misión, en realidad, no consistía en volar las embarcaciones ni matar a los marineros, sino en que el fuego estallara en las bodegas y que todas las municiones debieran ser arrojadas por la borda.

Su compañía, E. V. Gibbons, Inc., pudo firmar contratos para vender explosivos a los aliados, quienes no sólo le ayudaron en sus esfuerzos sino que también le suministraron cuantiosas ganancias.

El éxito financiero obtenido le permitió establecer una nueva compañía, Consejo para la Paz Nacional del Trabajo, que fue responsable de numerosas huelgas que se hicieron en USA.

Von Rintelen fue traicionado por un superior inmediato del servicio secreto alemán y lo arrestaron en Inglaterra mientras retornaba a su país, antes que USA entrara en guerra. Lo enviaron a América, donde pasó 4 años

en prisión, y en 1920 retornó a Alemania, encontrando que su heroísmo había sido ya olvidado. Se trasladó a Inglaterra donde murió en 1949.

Mathilde Carré. Francesa. Trabajó para Francia y Alemania. Segunda Guerra Mundial

Una de las espías más hermosas y exitosas fue Mathilde Carré, una mujer de ojos verdes, escurridiza y sensual que recibió el apodo de «El Gato». Cuando Francia cayó en poder de los alemanes, ella montó una unidad de espionaje con un general polaco, a quien llamaba afectuosamente «Armand». Trabajaron estrechamente con la resistencia francesa y, para ello, Mathilde se trasladó sin problemas a la Francia ocupada. Los alemanes la arrestaron en 1941 y le dieron un ultimátum: convertirse en un agente doble o morir. Desde entonces, «El Gato» cumplió tareas para el enemigo y mostró la pista para que 35 miembros de la resistencia fueran atrapados. La enjuiciaron por traición en Francia, en 1949, y respondió poniéndose histérica cuando fue pronunciada la sentencia de muerte. Se la conmutaron por cadena perpetua, pero en 1954 fue puesta en libertad.

Klaus Fuchs. Alemán. Trabajó para Rusia. Segunda Guerra Mundial

A pesar de que Rusia luchó junto a los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial, el proyecto de la bomba atómica fue compartido por USA y Gran Bretaña solamente. Klaus Fuchs, un físico alemán, fue el informante clave sobre el desarrollo de la fabricación de este artefacto. Todo comenzó cuando en 1941 fue contratado por los ingleses para dedicarse a la investigación nuclear. Rápidamente se contactó con Moscú y ofreció sus servicios como espía. En 1943, abandonó Inglaterra para convertirse en uno de los miembros del equipo anglo-americano, que trabajó en la creación de la bomba en USA. Mientras estaba enterado secretamente de todos los aspectos vitales del aparato: diseño, construcción, componentes, dispositivos detonantes. Y transmitió todos los detalles a un contacto ruso, que se encargó de hacerlos llegar a Moscú. El fracaso de un miembro clave en la Embajada Soviética en Ottawa provocó la revelación de evidencias contra el espía nuclear y permitió su captura y la de otros, como Alfred

Nunn May, David Greenglass, Harry Gold, y los famosos Julius y Ethel Rosenberg. Fuchs permaneció 10 años en prisión, después de los cuales continuó sus investigaciones nucleares en Alemania Oriental.

Banda MacLeod (hija de Mata Hari). Holandesa. Trabajó para los Aliados. Segunda Guerra Mundial

Banda, una maestra de la escuela de Java, era una joven de alta sociedad, brillante y bien parecida que frecuentemente entretenía a diplomáticos extranjeros, oficiales militares y periodistas. Cuando los japoneses tomaron Java, su tío, que estaba al servicio de los invasores, la amenazó con descubrirla como la hija de Mata Hari si ella no trabajaba para recoger información para ellos. Banda estuvo de acuerdo, pero en realidad se convirtió en un agente doble: ya que pasaba información a los aliados a través de su amante y amigo de confianza, un hombre llamado Abdul (quien trabajaba en apariencia para los japoneses, cuando por otro lado era un miembro de la clandestinidad indonesia). Así, la joven alertó a los aliados acerca de los planes de la batalla de Guadalcanal, además de otros ataques importantes en el Pacífico. Una vez que la guerra terminó, luchó por la independencia de Indonesia hasta que se logró establecer bajo el gobierno del doctor Sukarno. Más tarde espió para USA, en la China comunista, donde informó de su fuerza militar. Y, por último, en 1950 se dirigió a Corea del Norte y, desde allí, predicó la invasión del paralelo 38 en la zona sur. Fue arrestada por los comunistas y sentenciada a morir, sin haber sido juzgada. Apareció ante el pelotón de fusilamiento a las 5.45 de la mañana, a la misma hora en que había muerto su madre muchos años antes.

Nota: Si bien la mayoría de los historiadores conocen la existencia y talentos de una espía llamada Banda, algunos opinan que ella no era la hija de Mata Hari. Como dice un escritor: «Si Mata Hari hubiera sido su madre, lo que es bastante improbable, entonces Banda hubiera tenido 50 años cuando realizó su aventura final, mientras que en muchas de las historias escritas sobre ella, aparece en esta época como una joven hermosísima con inclinaciones románticas».

Richard Sorge. Ruso. Trabajó para Rusia. Segunda Guerra Mundial

Richard Sorge, uno de los más grandes maestros del espionaje de todos los tiempos, creció en Alemania y luchó en el ejército alemán durante la Primera Guerra Mundial. Al final de ésta, se convirtió en comunista y se trasladó a Rusia en 1925. Realizó trabajos como espía en Alemania y China, pero la red que estableció en Japón demostró ser su éxito más importante. Se hizo pasar por un corresponsal alemán y miembro del Partido Nazi, y así fue admitido en todos los círculos políticos más escogidos de Tokio. En 1941, informó a Moscú que los alemanes invadirían Rusia el 22 de junio, pero Stalin ignoró el aviso y, como resultado, los rusos sufrieron catastróficas pérdidas. Los vapuleados líderes moscovitas lo presionaron para que respondiera a una pregunta crucial: ¿Los japoneses también invadirían Rusia? Con la ayuda de sus contactos en el Gabinete Imperial japonés, Sorge contestó que no. Entonces, Stalin ordenó rápidamente a sus 250.000 hombres apostados en Siberia, que retomaran al frente occidental. Esta maniobra salvó a Moscú de los alemanes que avanzaban y al espía se le atribuyó el mérito de «haber cambiado el curso de la historia». Se supone que Sorge había sido ahorcado por los japoneses en 1944, aunque muchos creyeron que había escapado a Rusia donde continuó su trabajo. Stalin se negó a reconocerlo como héroe, probablemente debido a su vergüenza por el éxito que habían obtenido los alemanes cuando atacaron en 1941. A pesar de esta oposición, el pueblo ruso lo proclamó «Héroe de la Unión Soviética», le puso su nombre a una calle moscovita e hizo imprimir su retrato en un sello postal.

Coronel Rudolf Abel. Ruso. Trabajó para Rusia durante la Guerra Fría

Abel llegó a Nueva York en 1948, se hizo pasar por fotógrafo y dirigió la red de espionaje soviética en USA durante 10 años. A pesar de que las indagaciones que realizó permanecen desconocidas, descubrió con certeza una valiosa información sobre armas nucleares y cohetes americanos. Un cartucho de níquel encontrado por un vendedor de diarios de Brooklyn ayudó al FBI a capturar a Abel. La pieza contenía un diminuto trozo de film, con un mensaje en código. Fue sentenciado a 30 años de prisión pero

fue intercambiado en 1962 por un espía norteamericano, Francis Gary Power. Su carrera se prolongó casi 30 años.

Francis Gary Power. Americano. Trabajó para USA durante la Guerra Fría

Francis Gary Power fue derribado el 1.º de mayo de 1960, mientras volaba en un avión a chorro americano sobre Rusia, cumpliendo una misión de espionaje. Esta fue la primera prueba de que USA había autorizado los vuelos de reconocimiento y, como respuesta, Rusia usó el incidente para romper la Conferencia de Paz de París. El prisionero fue sentenciado a 3 años de cárcel y 7 años de trabajos forzados, pero más tarde pudo volver a su patria gracias a que lo intercambiaron con el coronel Abel. Vivió luego en Los Ángeles y trabajó como piloto de helicópteros para una estación de radio local.

El espía de ocho ojos: La familia que entregó a Pearl Harbor

Millones de americanos pueden aún recordar el día 7 de diciembre de 1941, cuando sentados inmóviles junto a sus aparatos de radio, escucharon la información de un ataque sorpresivo a Pearl Harbor. Este Día de Infamia —como lo llamó el presidente Roosevelt— permanece particularmente en la memoria porque era un domingo, día familiar, que hace más irónico el hecho de que el ataque fuera posible gracias a la ayuda de una familia de espías poco conocida.

Ellos eran como cualquier otra familia de Honolulu, personas amables, con muchos amigos en la isla, que no despertaban absolutamente ninguna sospecha. Habían tenido suficiente inteligencia como para pasar por personas que llamaban poco la atención, y ni siquiera un paranoico hubiera pensado que su vecino de mediana edad y su respetable esposa podían ser espías, menos aún su hermosa hija adolescente y su hijo de 6 años. Pero el hecho es cierto: toda la familia Kühn, hasta el niño, espionaron en forma activa para los japoneses, poniendo en marcha una de las grandes hazañas de la historia.

La historia comenzó con la encantadora hija del matrimonio, Susie Ruth. Cuando sólo tenía 17 años, se había convertido en la amante del ministro de Propaganda nazi, Joseph Goebbels, quien a pesar de su fealdad, tenía muchas mujeres ambiciosas a las que podía elegir en el Berlín de la preguerra. Rápidamente se quiso deshacer de ella y se le presentó entonces un problema aparentemente insuperable: la jovencita era hija del doctor Bernard Julius Otto Kühn, quien tenía una gran influencia sobre el Partido Nazi en 1935. Kühn o Kuehn había servido como guardiamarina en la Marina Alemana durante la Primera Guerra Mundial y cuando finalizó se convirtió en médico. Su experiencia en el ejercicio de la medicina fue decepcionante y, completamente amargado, encontró más fácil descargar sus culpas en un chivo-emisario, los judíos, y unirse al Partido Nazi. Cultivó una estrecha amistad con Heinrich Himmler, jefe de la Gestapo, y él mismo se transformó más tarde en un funcionario menor de la terrible policía secreta.

No era fácil deshacerse de una adolescente con tales conexiones, pero el astuto Goebbels finalmente dio con la solución. Los japoneses, con quienes los nazis tenían estrechas relaciones en ese momento, habían solicitado el préstamo de un espía occidental para trabajar en Pearl Harbor, ya que era prácticamente imposible que un oriental pudiera pasar desapercibido en una comunidad americana. Sería un arreglo por el que los japoneses pagarían considerablemente y se harían cargo de todos los gastos. Aprovechando esta oportunidad, Goebbels recomendó a Ruth Kühn y su familia.

El médico aceptó rápidamente la propuesta y el 15 de agosto de 1935, desembarcaron en Honolulu. Sólo habían dejado atrás a Leopold, el hijo mayor. El grupo incluía al padre de 41 años; su esposa, Friedel; la atractiva Susie Ruth; y su medio hermano, Hans Joachim, algunas veces llamado Eberhard, que tenía 6 años. Compraron una casa en la ciudad Pearl y una cabaña en Kalama, muy cerca del océano, desde donde se veía Pearl Harbor. Tenían diferentes historias para no ser descubiertos. A algunos, Kühn les contó que era un médico retirado, ya que había recibido una gran herencia; a otros, que era un estudioso de la historia de Hawaii; y para unos terceros, se hizo pasar como inventor. Ninguno de sus amigos que visitaban su bien instalada casa, llena de pinturas y esculturas magníficas, sospechó nunca su verdadera profesión, ni siquiera cuando la señora Kühn viajó a Japón dos veces y retornó con 16.000 dólares, que depositó en una poderosa cuenta bancaria. Grandes sumas de dinero eran misteriosamente transferidas a su cuenta desde un banco suizo, hasta que llegó a elevarse a la cantidad de 100.000 dólares. Siempre que alguien le hacía alguna pregunta al respecto, el doctor Kühn explicaba con sencillez que había hecho exitosas inversiones en el extranjero.

Mientras tanto, la familia recogía y transmitía una cuantiosa información militar secreta. Todos se ocupaban de esta tarea. En 1939, recibieron instrucciones de obtener todos los datos posibles sobre los barcos que estaban en el Pacífico —especialmente de aquellos que atracaban en Hawaii— porque los japoneses se estaban preparando para poner en acción el osado proyecto del almirante Yamamoto, que pretendía atacar Pearl Harbor y, de esta manera, dar un golpe bajo a USA.

La hermosa Ruth consiguió información de diferentes maneras. Primero se dio maña para ser citada por militares y, con sus encantos, no tuvo problemas en recolectar detalles sobre barcos, bases y asignaciones.

Su tarea se hizo más fácil cuando se comprometió con un joven oficial de la marina y aún más, cuando abrió un salón de belleza en Pearl Harbor, que se transformó en la fuente más importante de información. Ofrecía los mejores y más baratos servicios de la isla, y eran las esposas de los militares de más alto rango, quienes cometían indiscreciones y le revelaban secretos que aventajaban las expectativas de la joven, si bien la irritaban un poco.

—Hablaban demasiado —diría más tarde—. Era un alivio cuando dejaban el lugar.

Era tal la cantidad de datos que se filtraban en el negocio, que su madre debió bajar a la ciudad varios días para ayudar a escuchar las conversaciones, dejando momentáneamente de lado su trabajo específico, que consistía en registrar todos los secretos que recogían sus familiares. Frau Kühn, una pesada mujer que podía constituir por sus características el ideal de tía favorita, acompañó también a su marido en las «expediciones» que realizó a las montañas para adelantar sus «estudios sobre Hawaai». Muchas veces, ella usaba unos poderosos binoculares para observar los barcos que estaban en el puerto y las instalaciones militares. Otras, junto con su marido, navegaba a bordo de un pequeño bote alrededor del mismo Pearl Harbor, sonriendo a los marineros que estaban en la cubierta de las grandes embarcaciones, mientras tomaba nota mentalmente de todo lo que veían.

Hasta el pequeño Hans Joachim cumplía su misión como espía, probablemente el único niño que se dedicó a esta tarea en toda la historia del espionaje. Se convirtió en un agente activo después que cumplió los 11 años. Su madre le ponía un traje de marinero y su padre lo llevaba a caminar a lo largo de la ribera. Los oficiales que estaban a bordo de los buques de guerra, a menudo lo invitaban a subir y lo hacían pasear por el barco, contestando todas las preguntas que hacía el «pequeño e inteligente navegante». Lo que ellos no sabían era que el doctor Kühn, que nunca ascendía a cubierta, había preparado al muchacho para que hiciera

preguntas claves, para que observara y recordara cualquier cosa que le pareciera inusual.

El niño era interrogado tan pronto como regresaba a casa y sus datos, así como los traídos por los demás miembros de la familia, eran registrados por Frau Kühn. Al principio, las informaciones eran entregadas en secreto al cónsul general japonés, quien las enviaba a Tokio a través del correo diplomático. Pero hacia el fin de la investigación, se tomaron mayores precauciones. El maestro del espionaje japonés, Takeo Yoshikawa, había arribado a Honolulu para trabajar con los Kühn. Mientras él vigilaba con los binoculares desde el Consulado japonés, el doctor le enviaba mensajes en clave desde el ático de la casita de Kalama. Este antiguo sistema de comunicación con linternas, aunque parezca increíble, permaneció sin ser descubierto hasta el fin.

Gracias a los esfuerzos que llevó a cabo este grupo durante años, los japoneses conocieron todo lo que debían sobre Pearl Harbor para el 7 de diciembre de 1941. La historia de este ataque pertenece hoy al folklore americano; «Recuerde Pearl Harbor» es un lema tan famoso como «Recuerde el Alamo» o «Recuerde el Maine», pero la historia de la familia espía permanece en general desconocida. En realidad lo que ocurre es que el trabajo de los Kühn no conviene que se conozca demasiado. Por ejemplo, 5 días antes del ataque transmitieron a los orientales un mensaje que describía cada barco americano detenido en las aguas hawaianas.

Los americanos descubrieron el engaño después del ataque. La familia se había encaramado al pequeño ático con una agilidad de ardilla y estaba observando los resultados de su labor a través de los binoculares a la vez que pasaban informaciones a Yoshikawa que estaba en el Consulado, cuando fueron apresados. La inteligencia militar se había despertado de su pasmosa tranquilidad y, por fin, dado por notificada de las misteriosas señales luminosas que partían del ático.

El doctor Kühn fue sometido a juicio y se lo sentenció a morir, pero más tarde le fue conmutada la pena por 50 años de trabajos forzados cuando ofreció valiosa información sobre sus contactos japoneses y nazis. Recibió la libertad después de cumplir 4 años como prisionero. Yoshikawa regresó finalmente a Japón, a cambio de un diplomático americano. Hoy es un

distinguido hombre de negocios en Tokio. A Frau Kühn le dieron una sentencia corta y luego retornó a Alemania con su hijo, como lo hizo también Ruth después de pasar unos pocos años en prisión.

R. H.

Libro de recuerdos militares

El lobo y el cordero

Érase una vez un lobo que estaba bebiendo en un manantial que corría por una ladera y cuando levantó la vista, vio un cordero que estaba comenzando a beber más abajo.

«Aquí está mi cena», pensó, «siempre que encuentre una excusa para atraparlo».

Luego le gritó:

—¿Cómo te atreves a enturbiar el agua que estoy tomando?

—No, señor —le contestó el pequeño animal—. El agua viene sucia desde allí, ya que corre desde donde usted está hacia mí.

—Bueno, entontes —dijo el lobo—, ¿por qué me insultaste el año pasado en esta misma época?

—Eso no puede ser —le respondió— ya que tengo sólo seis meses de vida.

—Me tiene sin cuidado, si fuiste tú o tu padre —gruñó la bestia; y acometió al pobre animalito comiéndoselo. Pero antes de morir, el cordero pronunció con sonidos sofocados:

«Cualquier excusa es buena para un tirano.»

Esopo (*Fábulas*)

Naturalmente al pueblo no le gusta la guerra... pero después de todo son los líderes quienes determinan la política de un país, y siempre es un asunto simple arrastrar a la gente con uno, ya se trate de una democracia, de una dictadura fascista, comunista o parlamentaria.

De una u otra manera, el pueblo puede ser persuadido. Esto es fácil. Todo lo que hay que hacer es decirle que ellos están siendo atacados y denunciar a los pacifistas como faltos de patriotismo porque quieren exponer su país al peligro. Da resultados en todas las naciones.

Hermann Góring

Notas

^{1} Juego de palabras: «in flew Enza» («entró volando Enza») se pronuncia como «influenza». (*N. del T.*)

^{2} Inspirada en la obra de Ferrer y Guardia, el célebre pedagogo libertario catalán que fue fusilado durante la Semana Trágica de Barcelona. (*N. del Editor.*)

^{3} Apellido comparable al («García» del castellano. (*N. del T.*)

^{4} De Fócida, país de la antigua Grecia. (*N. del T.*)

^{5} De Media, región de la antigua Asia. (*N. del T.*)